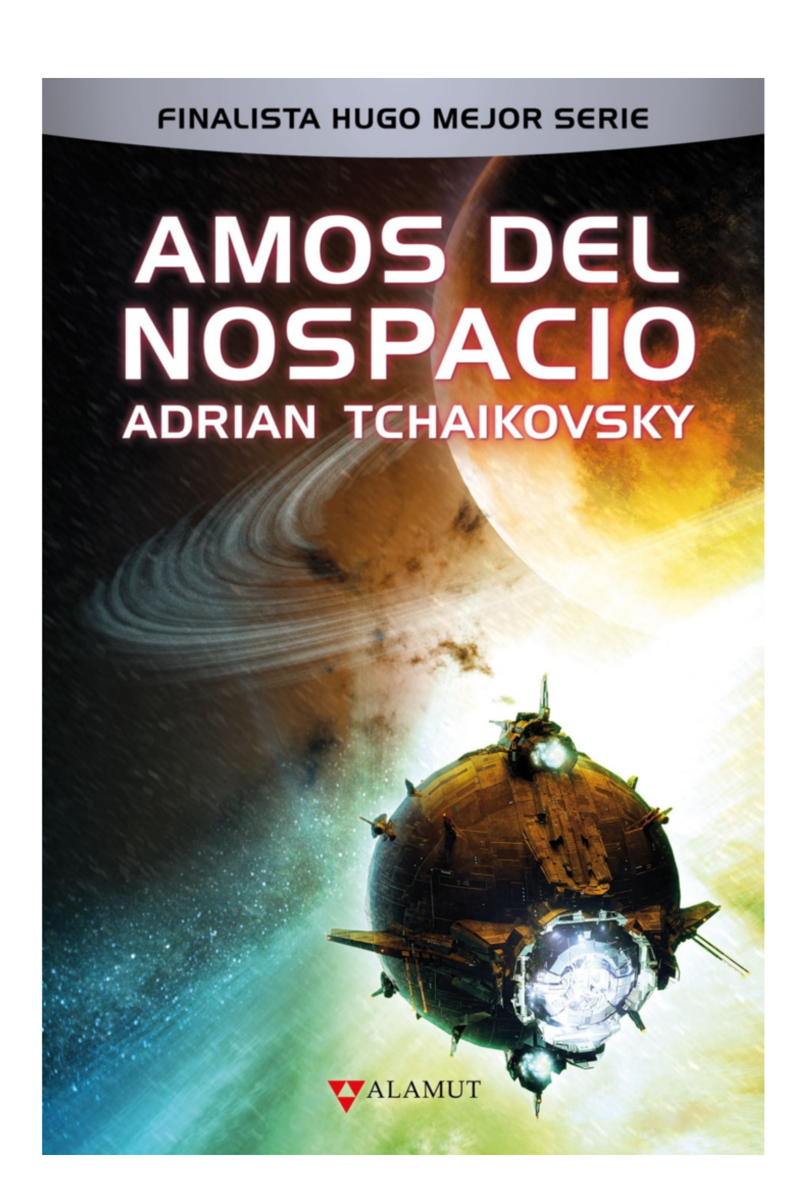

FINALISTA HUGO MEJOR SERIE
AMOS DEL NOSPACIO
ADRIAN TCHAIKOVSKY
ALAMUT

Tras el aviso del misterioso heraldo llamado Ash, los Arquitectos, orbes dentados del tamaño de lunas, atacaron los mundos humanos y los reconstruyeron con elaboradas esculturas inertes. Los restos de la humanidad se dispersaron por el espacio, sobreviviendo como pudieron y preparando sus armas para contraatacar

Idris fue una de estas armas. Su cerebro modificado puede pilotar naves por el nospacio, el sustrato del universo que permite el viaje interestelar. Pero también contactar con las mentes de los Arquitectos y ahuyentarlos.

Hasta que, décadas después, los Arquitectos regresan. Los restos de la humanidad debaten cómo reaccionar. El Partenón, poblado por mujeres soldados mejoradas, se enfrenta a los nativistas encabezados por los aristócratas de Magda. Otros humanos fían su suerte a los alienígenas de la Hegemonía, que prometen defenderlos.

Solo Idris tiene la respuesta. Gracias a los científicos renegados de la instalación conocida como el Ojo, puede operar en el nospacio junto con otros pilotos. Y allí ha encontrado el nido de los Arquitectos. Los aliados de Idris se aprestan a exterminar a los destructores de mundos. Pero Idris tiene otros planes: enfrentarse a los amos ocultos de los Arquitectos, averiguar sus designios para el universo, y derrotarlos en su propio terreno.

Adrian Tchaikovsky

Amos del Nospacio

La Arquitectura Final: 03

Título original: *Lords of Uncreation*
Adrian Tchaikovsky, 2023
Traducción: Julián L. Díez González



Para John Catling

Agradecimientos

Como siempre, le debo una enorme gratitud a Simón y Oliver, de la Agencia Mic Cheetham, así como a todo el mundo en Pan Macmillan que ha trabajado tan duro para llevar este libro hasta vuestras manos. Aunque, sobre todo, ¡gracias a todos los que han recibido esta serie de forma tan entusiasta!

La historia hasta aquí

Conceptos clave

Nospacio. La nada subyacente al universo. Los motores gravitacionales permiten a las naves acceder y viajar a través del nospacio, recorriendo años luz de espacio real en instantes. La mayor parte de los trayectos se llevan a cabo a través de los pasajes directos descubiertos entre algunas estrellas.

Los Arquitectos. Entidades del tamaño de lunas que surgieron del nospacio para convertir planetas habitados en extrañas esculturas. Uno de ellos visitó la Tierra para dar comienzo a setenta años de combates y huidas, en una guerra que costó miles de millones de vidas. Sólo el contacto con los Arquitectos a través de los intermediarios, humanos genéticamente modificados, puso fin al conflicto. Ahora, cincuenta años después, los Arquitectos han vuelto.

Originarios. En algunos planetas se han encontrado ruinas de la antigua civilización de los originarios, todavía un completo misterio. Antes los Arquitectos parecían temer cualquier rastro de esa antigua cultura. En los últimos tiempos se han dedicado a eliminar con dificultades esos restos de naves y planetas para llevar

adelante sus tareas de destrucción.

La Hegemonía. Un imperio alienígena controlado por los inescrutables essiel, únicos poseedores de la tecnología que permite trasladar artefactos originarios. Prometen a sus súbditos una protección contra los Arquitectos. Sin embargo, tras el regreso de éstos, no parecen temer tanto a esos artefactos como anteriormente.

Facciones humanas

Después de la explosiva dispersión de los refugiados humanos en la llamada Poliáspora, la humanidad sobrevive ahora en numerosas colonias, que van de mundos bien asentados hasta la precaria supervivencia entre planetas de los numerosos «espaciales». El comercio y los viajes dentro de la Esfera Colonial disponen de la ayuda de los intermediarios, que se cuentan entre los muy pocos seres capaces de navegar el nospacio sin emplear los pasajes. Las Colonias están gobernadas por el Consejo de Intereses Humanos, conocido familiarmente como el Hum, con sede en el mundo de Berlenhof.

La humanidad luchó junto a otras especies durante la primera guerra contra los Arquitectos, pero sus mejores aliados habían surgido de su propio seno. Entre ellos estuvieron los colmeneros, una inteligencia cibernética compuesta, creada como una herramienta pero ahora independiente. El Partenón de la doctora Parsefer, una sociedad creada artificialmente y compuesta sólo por mujeres, también estuvo en primera línea de combate.

Al poco de las secesiones tanto de los colmeneros como del Partenón surgieron facciones coloniales hostiles, que reivindicaban anteponer a la humanidad sobre cualquier otro grupo, y que incluían a los nativistas y los Traicionados. Ambos creían en la existencia de una conspiración para negar a los humanos un puesto de privilegio en el universo. Distintos grupos en el seno del Hum impulsaban y brindaban apoyo a estas facciones en ascenso, entre otros las autocráticas casas nobles de Magda, uno de los mundos

coloniales más influyentes.

Personajes principales

Dios Buitre. Una nave de rescate. Su tripulación incluye a la especialista en drones Olli, la abogada y duelista Kris, el factor comercial Kittering e Idris Telemmier. Idris es uno de los últimos intermediarios originales, que no buscaba más que vivir sus últimos días en paz hasta que una vieja amiga de la época de la guerra, la parteni Solaz, llegó para reclutarle para su gobierno.

Havaer Mundy. Un agente del Hum que en ocasiones persiguió y en otras se asoció con la tripulación de la *Dios Buitre* cuando se vieron implicados en el retorno de los Arquitectos.

El delegado Trine. Un arqueólogo colmenero, viejo amigo de Idris y Solaz de la época de la guerra, y autoridad académica en lo poco que se sabe sobre los originarios.

Ravin y Piter Uskaro. Nobles magdanos relacionados con los elementos más xenófobos del Hum, parte de una poderosa camarilla que busca salvar a un grupo de humanos escogidos llevándoles a naves arca.

El Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho. Un mafioso essiel de la Hegemonía, en ocasiones enemigo y en otras cuestionable aliado de la tripulación de la *Dios Buitre*. Parece sentir una cierta afinidad hacia Olli, por su empeño en sobreponerse a sus limitaciones físicas.

El equipo de investigación del Ojo, un proyecto científico heterodoxo, liderado por el obsesivo naeromath Ahab. Otros participantes son el doctor humano Shinandri y la ingeniera ciborg Tokamak Jaine. Trabajan junto con el heraldo Ash, el alienígena que en su momento advirtió a la Tierra sobre la llegada de los Arquitectos, un siglo atrás.

Los hechos recientes

El regreso de los Arquitectos ha dejado un rastro de planetas deconstruidos a lo largo del espacio humano. Y más allá. Ni siquiera la Hegemonía ha parecido ya inmune a sus atenciones.

La deserción de Idris Telemmier al Partenón fue la chispa que desencadenó las hostilidades entre las guerreras errantes y el Hum, el Consejo de Intereses Humanos que gobierna las Colonias. Gracias a su ayuda, el Partenón ha sido capaz de desarrollar a sus propias intermediarias, que sirven a la vez como arma contra los Arquitectos y como potencial amenaza para el Hum.

Una facción dentro del gobierno colonial, encabezada por la familia Uskaro, dirigió un ataque contra el Partenón con el fin de aniquilarlo en una guerra devastadora, a la vez que protegían la flota de naves arca que habían construido y en la que planeaban embarcar a una selección a su gusto de la humanidad. Sin embargo, la operación fue destapada por Havaer Mundy, que trabajaba para la jefa Laery, ex responsable del espionaje del Hum caída en desgracia.

Laery ahora se enfrentaba a los conspiradores, como parte de una alianza interespecies junto a la Asamblea colmenera conjunta y el enigmático alienígena Ash. Recientemente tomaron el control de la flota de arcas con el fin de forzar la cooperación entre el Hum y el Partenón, unificando sus esfuerzos para defenderse contra el enemigo común, los Arquitectos… y, si era posible, para contraatacar.

La esperanza de llevar el combate hasta el territorio de los Arquitectos nació a causa de los experimentos de Idris con una instalación originaria aún operativa, conocida como el Ojo. Un equipo de investigadores independientes, liderado por el naeromath Ahab, había usado la instalación para rastrear el origen de los Arquitectos en el seno del nospacio. Con la colaboración de Idris, habían descubierto lo que parecía ser el criadero de los Arquitectos, y consideraban que era posible un ataque dentro del nospacio para poner fin a esa amenaza. Idris, sin embargo, está seguro de que los Arquitectos son meros esclavos de otro poder desconocido en el interior del nospacio, simples peones obligados a destruir mundos contra su voluntad. Ahora que el Ojo había quedado bajo la

protección de Laery y el resto de sus aliados, Idris se sentía en desacuerdo con su proyecto. A la vez que intentaba proteger a esas entidades que la humanidad consideraba su mayor enemigo en el universo, estaba empeñado en localizar al verdadero poder oculto en el nospacio.

1
Estoc

1

Andecka

Andecka Tal Mar: intermediaria en una nave para tres tripulantes llamada *Atún Listado*, en ese momento operada nada más que por dos debido a la escasez de todo tipo de recursos, en particular los humanos. A su espalda se encontraba el mundo de Asur. Un ecosistema único, con posibilidades agrarias, científicas y minerales. Con una población de setenta millones, compuesta sobre todo de humanos pero con buen número de hanni y castigar. Y todos los vehículos que habían podido poner en órbita estaban acogiendo a tantos de ellos como les fuera posible. Como en los viejos historiotipos de la guerra. Porque había vuelto esa vieja guerra.

Enfrente de ella, a una distancia de varios cientos de millones de kilómetros, todavía no a la vista, se encontraba el Arquitecto. Estaba recortando esa distancia a un ritmo continuo y el auxiliar de Andecka, Staven, había trazado la elegante curva de su rumbo. Le llevaría a interceptar la órbita de Asur con precisión milimétrica, situarse sobre el planeta, y entonces…

Deshacerlo. Rehacerlo. Convertir un mundo vivo en arte muerto.

Las estimaciones de la cibernet de Asur señalaban que en torno a sesenta y siete millones de personas continuarían sobre el planeta cuando empezara su labor, y eso en el mejor de los casos.

—¿Sabemos algo de refuerzos? —Las cicatrices de Andecka le picaban. Las que dibujaban una especie de relámpago en su cráneo, por la cirugía. Sólo había existido una intermediaria de nacimiento, y ésa Andecka defendiendo Berlenhof. Entonces iban en una nave mucho mayor que la *Atún Listado*, fue Santa Xavienne, que había muerto justo al lado de un crucero de combate parteni totalmente equipado, aunque eso no hubiera ayudado una mierda.

Staven se limitó a gruñir, y cuando repitió la pregunta, le

respondió sin contemplaciones.

—Si hubieran llegado, ¿no te parece que te lo habría dicho? —Con el tono sarcástico que usaba cuando estaba muerto de miedo.

No había llegado ayuda. Lo que era un problema cuando todo tu plan de ataque estaba basado en que apareciera alguien más.

—Improvisaremos —repuso Andecka.

—Estamos muertos —resumió Staven, aunque no varió el rumbo de la *Atún*.

La estimación de bajas de la cibernet partía de la suposición de que alguien ganara tiempo para la evacuación, y ese alguien parecía ser Andecka Tal Mar. Allá en tiempos de la anterior guerra, había flotas de naves de combate, drones, se enviaba al espacio todo lo que sirviera para desviar unos momentos la atención del Arquitecto de los transportes repletos de refugiados. Al menos había cambiado a mejor. Ahora usaban a intermediarios como Andecka. Porque, entre todos los seres del universo, era ella quien podría intentar hablar con el Arquitecto. Entrar en contacto con esa mente vasta y extraña para gritarle «¡estamos aquí!», como en ese viejo mediotipo para niños. Para que se detuviera un instante.

Quizá incluso más… Salvo que en su interior una vocecita le decía que no iba a ocurrir nada parecido, sino que el coloso se hartaría de ella, y la convertiría junto con Staven y la *Atún* en una interesante filigrana de moléculas antes de hacer lo mismo con el planeta en sí.

—Espera, que llega algo grande de verdad. —La voz de Staven mostraba una repentina chispa de esperanza, que desapareció de inmediato—. No. No son ellos.

Andecka repasó el instrumental mientras se alejaban de Asur. Staven había marcado un rumbo de intercepción para gritarle lo más cerca posible sus quejas infinitesimales al oído de cristal del Arquitecto.

—¿Entonces quién…? —El peor escenario posible sería otro Arquitecto, algo que había pasado un par de veces antes. Al parecer había algunos planetas que los monstruos querían requetemuertos. Por pocas posibilidades que tuviera Andecka contra uno, quedaría reducida a una chinita en el camino contra dos.

—Transporte. Que me jodan. —Staven sonaba como si estuviera sufriendo un ataque al corazón, hiperventilando mientras hablaba

—. Transporte. Castigar.

Ella llevó la información a su propia pantalla. No era algo de lo que tuviera que estar pendiente en ese momento, pero quería estar al tanto.

—Coño, es grande —admitió. No del tamaño de un Arquitecto, desde luego, pero no era consciente de que los castigar contaran con megacargueros de ese tamaño. Seguía conectada a la cibernet de Asur y echó un vistazo a la información que circulaba, lo que le llevó a la imagen de una boca rodeada de tentáculos que formaba la cabeza de un castigar, con cada zarcillo ondulante rematado con un ojo similar a una perla y una garra.

—Están diciendo… —Andecka pestañeó—. Que pueden llevarse a dos millones y medio de personas. ¿Cómo podrán meterlas…?

Staven le pasó las características de la nave. No había sido consciente de lo grande que era. Había vivido en ciudades más pequeñas. Las colonias humanas dependían en gran medida de pequeños transportes, reliquias de los tiempos en que cada metro cubico de espacio de carga se empleaba para mover a una civilización en rápido derrumbamiento. Los castigar, en cambio, apostaban por el transporte de gran volumen entre sus mundos, y aquí estaba una de sus mayores naves, quizá por primera vez sobre un mundo humano. Y venía a una velocidad que hizo que Andecka pensara en que más valía que la capacidad de frenado gravitatorio de los castigar estuviera muy por encima de la tecnología humana, porque en caso contrario quizá el Arquitecto no tuviera la oportunidad de deformar ese mundo.

La cibernet empezó a darles indicaciones. Porque la capacidad de sacar del planeta a dos millones y medio más de personas no serviría de nada si no daba tiempo a embarcarlas.

—Diles que haremos lo que haga falta, por supuesto —dijo Andecka. «¿Dónde demonios están nuestros refuerzos?». Luego se hizo con el timón de la nave, sólo porque la ilusión de control le ayudaba a su propia preparación mental. Directos a ese distante alfilerazo de luz reflejada que ya podía intuir. Un monstruo del tamaño de una luna, con una mente en su interior. Su objetivo.

—Te lleva a hacerte preguntas —dijo Staven, interrumpiendo su trabajada concentración.

—¿El qué, Staven? ¿Qué tendría que preguntarme?

—Vi grabaciones de ese lugar de la Hegemonía. Donde atacaron al Arquitecto. Aparecieron dos más, casi directamente en órbita. Lo que quiero decir es que pueden hacerlo. ¿Por qué entonces lo de aparecer tan lejos?

—No lo sé. ¿Quizá necesiten un rato de tranquilidad para pensar? —le espetó Andecka, pero estaba totalmente concentrada. Porque él llevaba razón. Había una extraña amabilidad en la forma en que los Arquitectos se aproximaban para llevar a cabo su actividad letal. Podrían limitarse a emerger sin más del nospacio justo en el pozo gravitatorio del planeta. Quizá les resultara difícil o costoso, pero tenían la capacidad de hacerlo. No había razón para ese avance parsimonioso, que daba algo de tiempo a los habitantes del planeta a abandonarlo. Era como si saborearan el terror de sus víctimas, el presagio de su final. «O como si nos dieran las máximas posibilidades de escapar».

Existía una absoluta división de opiniones entre la gente sobre lo que realmente querían los Arquitectos. La mayoría decía que eran monstruos genocidas, y unos cuantos con una visión algo más científica se limitaban a apuntar que resultaban incognoscibles y que las personas no les importaban, sin más. También había quien de hecho sabía la verdad porque habían llegado hasta las mentes de esas entidades. Gente como Andecka. Gente como su semi mentor, Idris Telemmier, el intermediario vivo más viejo. El hombre que había ido hasta más lejos que nadie, y ahora mismo se adentraba en nuevos territorios.

Eran esclavos, decía. La mayoría de la gente —incluso dentro del actual esfuerzo conjunto para conseguir intermediarios en el Ojo— no le creía. Aunque Andecka sí. Tampoco es que hubiera muchas cosas que pudiera decir Idris Telemmier que Andecka no fuera a creerse. Despertar esa admiración le hacía sentir profundamente incómodo, pero ella le había visto de cerca desplegando toda su maltrecha gloria. Era una llama humana que de algún modo brillaba con el doble de resplandor, sin apagarse nunca. Y ese ardor le dolía, bien lo sabía ella. Había sentido alguna vez ese calor, pero en el caso de Idris era una combustión continua.

Fue al menos en parte por Idris que había ido a parar a Asur, antes que algún otro intermediario, a tiempo de pedirle a la cibernet que diera comienzo a la evacuación. Era algo que no se

había hecho nunca antes, en la primera guerra. Un sistema de aviso temprano.

«Si contáramos con la tecnología mágica de la Hegemonía con la que pueden simplemente teletransportar a todo el mundo fuera de un planeta». Al parecer existía algo así, salvo que la Hegemonía essiel no iba a admitir su existencia, mucho menos a compartirlo.

Ante ellos, el Arquitecto ya era un punto brillante del tamaño de un pulgar. Si forzaba la vista podía llegar a distinguir algún detalle en el rostro dentado que mostraba a Asur y su sistema estelar.

«Hay algo que tiene su hogar ahí dentro», se dijo a sí misma. «Puedo llegar a alcanzarlo». Sin volverse loca. Sin sufrir daños biológicos irreversibles. Podía deslizar su consciencia intermediaria a través del vasto laberinto del interior del Arquitecto hasta encontrar ese punto focal en el que un humano modificado y un gigante inconcebible podían sentarse a charlar. Casi. Nunca lo había hecho antes sin ayuda. «Hay una primera vez para todo».

—Mantén el rumbo firme —dijo, demasiado acelerada y nerviosa—. Que podamos esquivar lo que nos pueda…

—Lo sé, lo sé. —La voz de Staven sonaba más aguda que nunca por el terror.

Ella volvió a concentrase en la luz reflejada por el Arquitecto, ya con la sensación de que su mente se desplegaba, extendiéndose en la dirección sin nombre que la pondría en contacto con aquel completo alienígena.

Sintiendo cómo el miedo ascendía desde sus entrañas para aferrar su mente, y sin saber en que momento debía luchar o dejarse llevar. Ninguna de las dos cosas le parecía que fuera a servir de nada. Eran respuestas de tipo humano e iba a encararse con algo profundamente inhumano.

Y entonces…

—¡Contacto! —le llegó de Staven, como si él fuera el intermediario y no ella. Sus siguientes palabras fueron balbuceos confusos y tuvo que revisarlas mentalmente—. Son ellas. Gracias a Dios. Joder, gracias. ¡Son ellas!

Los propios indicadores de Andecka ya estaban dominados por los rebotes que producía el Arquitecto en los sensores, pero registraban la llegada al sistema de otra nave, que había surgido del nospacio entre Asur y el Arquitecto. No era otro regalo de los

castigar. Una nave de guerra, y grande.

—¿Cómo es que nosotros vamos en esta lata de sardinas y ellas tienen eso?

—*Atún Listado*, aquí la *Gran Brigitte* —llegó una voz por los comunicadores, en un colvul cortante con acento parteni—. Informe de la situación.

—Más vale que traigáis a una puñetera inter —les soltó Andecka, y que le dieran a los protocolos y jerarquías.

Hubo una pausa tensa que permitió calcular cuántas *Atún Listado* cabrían a la sombra de la *Gran Brigitte* hasta que llegó la respuesta.

—*Atún Listado*. Al habla la cognoscente intermediaria Tumba. ¿He escuchado la voz de Andecka?

—Que Dios y su profeta nos guarden y protejan, así es —respondió Andecka. Mucho antes de alistarse como voluntaria, había sido educada en una familia religiosa, y parte de aquello tendía a reaparecer cuando se encontraba bajo presión. También sentía una punzada de envidia, la verdad. No sólo porque Tumba tuviera su propio crucero de guerra para jugar, sino también porque la colega parteni de Andecka no mostraba el entramado de cicatrices y traumas internos que el proceso de convertirse en intermediaria le había dejado a ella. «Hacen trampas», era el juicio poco caritativo de la mayoría de los inters coloniales, pero en ese momento a Andecka le parecía mejor tener la ayuda de una tramposa que afrontar sola la situación.

Había trabajado en «operaciones combinadas» como ésta otras tres veces. Se conocía el mecanismo. Al final no importaba lo grande que fuera la nave, o cuántas armas hubiera traído el Partenón. Al final la guerra no se estaba peleando con cañones. Serían la mente de Andecka y la de la cognoscente Tumba frente a la del Arquitecto.

Staven fijó a la *Atún Listado* en una trayectoria en bucle con la que ganar tiempo sin perder velocidad, para que la *Gran Brigitte* se les uniera y después ambas naves emparejaran su ritmo y dirección. El Arquitecto había pasado de verse como un pulgar a una mano entera, y ya aparecía en su verdadera naturaleza: un monstruo del tamaño de una luna que afectaba a todos los sentidos de intermediaria de Andecka. Y que desplazaba mucha más masa de la

que sus ya enormes proporciones podía albergar, proyectando una enorme sombra sobre el nospacio. La muerte; el destructor de mundos. Salvo que ni siquiera se le podía comprender en esos términos. Reformador, artista, artesano. Los planetas que dejaba atrás quedaban moldeados en la forma de una escultura precisa. No todos los contactos que se habían establecido con ellos habían dejado las mismas impresiones. Aunque los Arquitectos hicieran lo que hacían porque sus amos les empujaban a ello, nadie sabía cuáles eran las intenciones de esos amos. Por qué querrían convertir uno por uno todos los planetas del universo en piezas de su museo de deformaciones.

—¿Cuánto más nos acercamos? —jadeó Staven. Las cordilleras de cristal recortado que formaban la faz del Arquitecto ya llenaban sus pantallas.

Andecka pasó el árbol de decisión que había preparado a Tumba. En unos instantes la parteni lo había modificado y devuelto. En los segundos previos a su aproximación al Arquitecto, ese plan fue y volvió entre ellas media docena de veces. Era un procedimiento que se había establecido entre los inters en los primeros encuentros que implicaron a operativos combinados. Porque la mayor parte de las veces hacía falta más de una mente para imponerse a un Arquitecto. Excepto que tuviera suerte o fuera Idris Telemmier.

El último árbol de decisión que envió Tumba estaba lo suficientemente cerca de ser algo con lo que Andecka pudiera trabajar. «Conforme», le respondió. Cada intermediario era distinto, y cada uno tenía roles que podía cumplir y otros que no. Todo consistía en disponer distintos círculos y ver dónde se producía la superposición. Se discutía mucho sobre la posibilidad de entrenar parejas de inters que supieran trabajar juntos, y probablemente sería algo que se hiciera tarde o temprano. Pero en ese momento había demasiado universo para muy pocos inters. Así que el Comité de Enlace colonial adoptó el árbol: un plan de ataque mutable que cada pareja reunida por las circunstancias pudiera adecuar para compaginar sus fortalezas.

Y el Arquitecto ya estaba aquí. No físicamente, que ya llevaba un presente buen rato. Aquí, en su cabeza, casi estirándose para encontrarse con ella, como si fuera parte del plan tanto como ellos

mismos.

Andecka soltó un ruidito y empezó a sentir lejanamente dolor mientras se encogía en su asiento, con el cuello agarrotado, las articulaciones retorcidas, y mordiéndose la lengua. Los lamentos preocupados de Staven le llegaron como en un lejano eco. Y luego la descomunal ciudad abarrotada que era la mente del Arquitecto la envolvió. Un laberinto de recovecos y vacíos, que era como representaba su mente de inter la complejidad alienígena. Recordó la primera vez en que aguantó junto a Telemmier y probó aquello. Casi se muere, como le pasó a los demás que iban con ellos. Entraba en un lugar para el que la mente humana no estaba preparada, de la misma forma en que su cuerpo no resistiría el vacío del espacio. Y la mente se lo hacía pagar al cuerpo. Su corazón, su cerebro, cada órgano, se enroscaba y quebraba en su intento de escapar del lugar al que les llevaba. Y todo mientras seguía cazando esa chispa, el alma dentro del cenotafio, que era el lugar en el que ella y el Arquitecto podrían encontrarse.

Y no estaba sola.

El árbol continuaba intacto. Podía sentir también a Tumba ahí fuera, tomando una decisión tras otra, siguiendo el plan. Actuando como una mano izquierda y una derecha que supieran cada una lo que hacía la otra. Complementándose, aunque hubieran conseguido de forma tan distinta sus pases de acceso a la mente del destructor de mundos. Habían entrado en el cerebro de Andecka, lo llenaron de drogas, le implantaron órganos cibernéticos, y un centenar de sus compañeros que siguieron el mismo proceso habían muerto, todo para convertirla en lo que era. Tumba era de la nueva promoción que producía el Partenón, sin cicatrices, nada más que a partir de una predisposición genética a la que se aplicaba un enorme despliegue de tecnología. La pura envidia que sentía Andecka hacia ella estuvo por un instante a punto de romper el vínculo entre las dos, pero recobró el control. «Ya te cabrearás cuando tengas tiempo».

Se acercaban. Nadie podía comprender la mente de un Arquitecto, no del todo, pero los repetidos contactos y los análisis de datos previos a cargo de los colmeneros habían mostrado patrones comunes y caminos. Técnicas y ejercicios mentales que ayudaban a desenredar el problema, y que indicaban qué ramas y

nodos del árbol de decisión iban siguiendo. Como si fueran esgrimistas o practicantes de algún juego que siguieran una pauta determinada de movimientos y respuestas de apertura. Los árboles funcionaban tan bien que de hecho habían desarrollado un juego a partir de ellos. Algo para que los inters practicaran cuando no había Arquitectos cerca. Andecka incluso había oído que había civiles que lo jugaban, como si fueran capaces de entender lo que suponía vivir aquello.

«Intenta jugarlo mientras te operan del cerebro en medio de un huracán», pensó, sin simpatía alguna.

El Arquitecto se estaba percatando de su presencia e intentaba callarla. Quería que Tumba lo supiera, y en ese instante la parteni ajustó su propia aproximación, acercándose para apoyarla. El ojo de la mente de Andecka le mostraba enormes losas de piedra que la acechaban por todas partes con la intención de sepultarla. Existía la tentación de crecer, de ponerse a la altura de su agresividad, abrirse, pelear. Pero así no se podía ganar nunca. Por grande que fuera tu poder como inter, incluso si eras Idris Telemmier o la propia Santa Xavienne. Así que era mejor ser más rápido, más pequeño. Utilizar las ventajas de ser humano y convertirte en insignificante. Una mota de polvo. Un mal sueño. Ella se deslizaba por debajo, entre y a través de los átomos de los accesos al Arquitecto, con Tumba a su lado, cazando, cazando…

Ya lo había hecho antes. Cuatro veces consiguió alcanzar la cognición de un Arquitecto. Y en otras dos fracasó, y los dos mundos murieron por ello. Su tasa de éxitos era mejor que la de la mayoría.

Ahora tenía una sensación más clara de la presencia de Tumba, la mujer parteni a bordo de su elegante y gran nave, rodeada de tecnología nueva y resplandeciente. Salvo que la propia mujer ni brillaba ni se sentía completa. Herida, dolida. También tenía cicatrices, aunque sólo estuvieran en el interior. Y mientras se adentraban en el Arquitecto, se entrelazaban más, una dentro de la otra para converger en un único filo que se colaba en las grietas del grosor de un cabello que había en el interior de la mente del Arquitecto hasta que…

Las tenía. Le tenían. Las puntas de los dedos se unieron. Sólo que ellas ponían de su parte todo lo que fueron, eran o serían, mientras

que el Arquitecto sólo ponía en el contacto la porción más diminuta de su ser. Pero bastaba.

«¿Por qué?», le preguntaron, y «por favor», le pidieron, señalando a los millones de habitantes del planeta. La gente, la biosfera, la vida. La absolutamente irremplazable variedad de formas y especies únicas de Asur. Los sueños individuales de su gente, la mayoría de la cual no podría ser evacuada a tiempo. Y todo eso se perdería.

El Arquitecto —inmenso, inhumano, forzado— las sorprendió y asaltó sus mentes con su propio ser. Sin intentar siquiera eliminarlas, porque de haber tenido el mínimo pensamiento en ese sentido ya serían polvo, átomos, cáscaras vacías sentadas en sus respectivas naves. Pero ni lo intentaba, aún no. Podría. A veces lo hacían. Los Arquitectos guardaban muchas similitudes con las antiguas concepciones de la divinidad. Tan descomunales que no se les podía abarcar, pero a la vez capaces de notar la caída de una golondrina. Lo bastante poderosos para percibir el universo a cualquier nivel hasta llegar al atómico. Y eso incluía, en algún punto de la cadena, a los humanos.

Andecka y Tumba no eran guerreras en ese momento. Eran suplicantes. Todo lo que podían hacer era implorar. Su única arma era la empatía. Aunque una resistencia militar extrema había conseguido la destrucción física de Arquitectos al menos en dos ocasiones, que se supiera, la empatía había salvado a muchos más mundos.

Su respuesta desgarró a Andecka, que tuvo una sensación fantasmal, como si su cuerpo se sacudiera y agitara en sus ataduras mientras Staven le administraba las dosis de medicinas necesarias para mantener el latido regular de su corazón y el fluir de su sangre.

«No me obligues», decía el Arquitecto. La información le llegó a Andecka, sin importar lo alienígena que fuera la inteligencia que la remitía. Ella, por su parte, ante ese tipo de mensajes, confirmaba que no sabía si a quien le estaba implorando era al Arquitecto o a sus amos.

Tumba puso en marcha un nuevo asalto, regurgitando la información que les suministraba la cibernet de Asur. Las imágenes de niños y la información demográfica, los planes para crear nuevos

asentamientos para familias, los nacientes mediotipos, los estudios ecológicos. El alma de aquel mundo, convertida en un arma.

Le hizo retroceder. Se palpaba la desesperación, pero Andecka no discernía si era suya, de Tumba o del Arquitecto. Hasta que creció más y más, y supo que una simple mente humana no podía albergar tanta amargura y pérdida.

«Lo va a hacer de todos modos», pensó, y advirtió que Tumba había llegado a la misma conclusión. Habían puesto todo lo que tenían a sus pies, y el ser lo sentía muchísimo por su pérdida. Oraciones y compasión del divino destructor de mundos para los que se disponía a aplastar con su bota de cristal.

Y entonces.

Un momento de desconexión brutal. Ella gritaba, pero eso era algo que hacía su cuerpo. Por un instante perdido, su mente quedó atrapada entre el nospacio y lo real, aprisionada en la frontera del peligro inminente de dejar de existir. Pero Tumba la sostenía. Tumba era su faro, su ancla, su salvavidas. Se recuperó paso a paso bajo el ala de Tumba, hasta que volvió a existir como Andecka Tal Mar, que oraba agradecida a un dios en el que en realidad no creía. Y el Arquitecto…

Se había ido. Había vuelto a sumergirse en el nospacio donde se crió. Dejaba detrás sólo una amarga comprensión. «Dolor. Pérdida. Coste». Las cosas innombrables que sus amos extraían de él, de algún modo. Como fuera que funcionaba su relación. Nadie lo sabía.

Regresó a su cuerpo entre una sinfonía de alarmas médicas, y se sintió de vuelta en casa. La consciencia que sentía de la presencia de Tumba se desvaneció, encogiéndose hasta que la mujer se redujo a una voz en los comunicadores, después de haber sido momentos antes algo a medio camino entre una hermana y una parte de ella misma.

La cibernet de Asur —al igual que buena parte del resto del planeta— intentaba hablar con ellas. Probablemente para darles las gracias, pero Andecka se estaba recuperando de una sucesión de paros cardíacos en ese momento, con la única ayuda de los dispositivos médicos de la nave para seguir adelante, y realmente no estaba de humor para cumplidos.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Staven. Una nave paquetera había parado en Asur hacía poco, dejando el siguiente listado de

predicciones de Previsión del Ojo: el sistema de alarma temprana con el que no contaron en la primera guerra, y que había salvado tantos mundos en ésta. Sin duda habría otra asignación para ella, y muy poco tiempo para llegar donde fuera. Andecka sabía que no estaba lo bastante muerta todavía como para que la sacaran de la rotación.

—Buen trabajo —envió a la *Gran Brigitte*—. Nada mal para una pati. —La pulla era prácticamente obligada.

—Lo mismo digo, refu —llegó la inmediata respuesta de Tumba. Y luego, antes de que la comandante de la *Brigitte* pudiera restringir las comunicaciones—: Pero de verdad que sí, hermana. Un placer.

—Tres sin asistencia —informó Staven. Se refería a mundos que afrontaban una sentencia de muerte inminente sin que ningún otro inter hubiera anunciado que se dirigía a ellos. Puede que alguien hubiera llegado ya cuando lo hiciera Andecka, y entonces seguirían a otra parte. O puede que estuvieran completamente solos y casi con seguridad condenados. Nunca lo sabían, dada la naturaleza intermitente de las comunicaciones entre las estrellas—. ¿Lista para el nospacio? ¿Cuánto tiempo necesitas?

«El nospacio». De donde venían los Arquitectos. El vacío irreal entre lo real. Staven podría ponerse en suspensión para el trayecto, pero Andecka debería seguir despierta para pilotar la nave. Despierta, pero no sola. Sintiendo la otra alegría de ser un inter, el otro castigo además y más allá de machacar tu mente contra la faz dentada de los Arquitectos.

—Elige uno —le indicó—. Vamos.

2

Kris

Keristina Soolin Almier, abogada. Puede que vivieran el final de la civilización humana en la superficie de los planetas, pero la gente seguía necesitando abogados. Y sí, había tenido problemas con una mezcla de facciones radicales decididas a convertir en rehenes a las Colonias y el Partenón, pero eso sólo suponía que las leyes eran más necesarias que nunca. Era una gran verdad del gremio que cuanto más salvaje se volvía la situación, más abogados hacían falta para ahorrarse problemas. Ahora mismo, con todo derrumbándose y reconstruyéndose a su alrededor, trabajaba en tareas mucho más próximas a su titulación académica que en los diez años previos. Viajar como ángel guardián de Idris Telemmier había sido una labor en derechos civiles, y estaba cualificada para ella, pero su principal formación había girado en torno a los contratos. Y los contratos eran el tejido que mantenía unida la estructura del universo, en lo que se refería a una abogada. Tampoco es que el Ojo tuviera precisamente un excedente de personal con formación legal. Y los que la tenían eran en su mayoría parte de la Asamblea colmenera conjunta. Las partes humanas coloniales de ese proyecto diverso necesitaban en ese momento a todas las personas con formación en derecho que hubiera disponibles, así que tenía tanto trabajo como quisiera.

Ella y el resto del equipo legal acababa de visitar Berlenhof, para regatear con el Hum y un par de factores hannilambra sobre equipos, envíos y suministros. Porque el Ojo era una empresa intensiva, que acaparaba energía, materiales y personal. No le gustaba a nadie, pero todo el mundo sabía que lo necesitaban. Por ahora. O al menos Kris esperaba que lo supieran.

Aunque en ese momento, tras despertarse del nospacio con las

noticias de su éxito ya enviadas por adelantado, esperaba poder pasar algo de tiempo con los amigos, sin tener la cabeza enredada en vericuetos legales al menos durante un par de días. Se lo merecía, se dijo.

—¿Qué demonios estoy viendo? —preguntó a uno de sus acompañantes, otro graduado en Scintilla llamado Maxin Dreidel. Acababa de llegar al proyecto, llevado por sus conocimientos de la jurisprudencia de Berlenhof. Era la primera vez que había salido de un planeta, por lo que ella sabía, y Estoc era un lugar particularmente poco adecuado para esa ocasión.

Era un sistema aislado, para el que se había descubierto nada más que un pasaje a través del nospacio. Sus habitantes previos, todavía muy presentes allí, que se mostraban incómodos pero al menos cooperativos, lo habían escogido por esa misma razón justamente. Tenía una estrella que era como un martillo pilón, que temblaba por un colapso interno y emitía tremendas ondas gravitatorias que atormentaban el moribundo embrión de un planeta. Los astilleros de arcas se habían construido en órbita geoestacionaria alrededor de ese mundo, con un vasto despliegue de cosechadoras preparadas para atrapar cualquier energía gravitatoria disponible y almacenarla para su uso posterior.

Eso bastaba para atraer la mirada de cualquiera, pero a medida que su nave se acercaba —un robusto y anticuado transbordador de pasajeros, más que adecuado para el transporte de abogados—, los propios astilleros reclamaban la atención. Kris todavía recordaba la primera vez que vino. Había visto astilleros antes, por supuesto, durante su transición de habitante de un planeta a espacial. Pensaba que ya no le podía sorprender nada. Y luego la *Dios Buitre* se había acercado más, y los astilleros, y las naves que construían, habían seguido creciendo más y más, incluso cuando todavía seguían lejos.

Aquél había sido un enorme proyecto secreto, una empresa increíble tanto en términos logísticos como de organización encubierta. Un puñado de poderosos grupos en el seno de las Colonias había mantenido conversaciones clandestinas desde la primera guerra, por lo que había podido averiguar Kris. Les preocupaba el regreso de los Arquitectos. Y consideraban que no era práctico proteger a las Colonias, a todos esos mundos, para los que los inters suponían un escudo frágil y tan poco fiable. Así que

empezaron a reunir tanto conocimientos como materiales dirigidos al objetivo de reconfigurar a la humanidad —o al selecto porcentaje que pudiera salvarse— como una especie nómada, siempre en marcha. Para lo que necesitaban naves.

Los astilleros de Estoc eran de una escala mayor que cualquier cosa que hubiera creado ninguna especie conocida por la humanidad. Las grandes instalaciones del Partenón no eran en absoluto comparables. Los enormes transportes de los castigar sólo eran así de grandes porque los alienígenas con aspecto agusanado los construían segmento a segmento, y luego los ensamblaban en el vacío del espacio. Quizá sólo los naeromathi habían llegado a poseer algo similar, cuando empezaron su propia existencia a bordo de arcas. Si fue así, ese lugar de construcción se había perdido mucho tiempo atrás junto a sus propios planetas, porque no quedaba ningún rastro.

Había que reconocer que los conspiradores de las arcas habían pensado a lo grande, y habían hecho todo lo posible para dar cabida a la mayor cantidad posible de gente, aunque sólo fuera una fracción de todos los seres humanos.

«Y puede que todavía nos vemos abocados a eso», Kris era bien consciente de ello. Los trabajos en la flota de arcas no se habían detenido, aunque se ralentizaron cuando parte de los recursos disponibles se dirigieron al propio Ojo y a la nave que lo albergaba. La joya de la corona de Estoc, que el cártel del Ojo había arrebatado por la fuerza a esos teóricos salvadores.

Las propias arcas eran enormes, pero de una escala asumible para el ser humano. Habían sido construidas de la misma forma en que los humanos construían todas sus naves, sólo que a una escala mayor. Mientras pasaban ante sus grandes cascos curvados, uno tras otro, Max Dreidel no apartaba la mirada. Un despliegue de grandes naves sobredimensionadas, de quinientos kilómetros de longitud, algunas completas y otras todavía nada más que armazones en construcción. Pero ésas no eran las que iban a dejarle sin palabras.

Kris sabía de salvamentos, o al menos eso pensaba después de sus años en la *Dios Buitre*. Era un negocio sucio e impredecible; también peligroso. Los del gremio tenían sus propias historias y cultura, fruto de su trabajo en los propios límites del espacio humano, allí donde las cosas fallaban y morían. Y una fantasía que

se escuchaba con frecuencia era la del Gran Hallazgo. Ese descubrimiento único que enriquecía o destruía a una tripulación. Una nave alienígena: no de una especie conocida como los hanni o los castigar, o incluso de la Hegemonía, sino algo sobre lo que nunca se hubieran tenido noticias, deambulando sin dirección por el vacío profundo. Tecnología desconocida, estética nunca vista, el producto de una civilización y unas mentes con las que la humanidad no se había cruzado antes. La *Dios Buitre* nunca había dado con un fabuloso pecio de ese tipo, y Kris nunca había conocido personalmente a nadie que lo hubiera hecho.

Pero alguien lo encontró.

Le dijeron que había sido el Cuerpo Cartográfico. Flotando sin más en el espacio, en una estrella desprovista de planetas, en un callejón sin salida de los pasajes. Y el Cuerpo había seguido explorando ese sistema, porque esa cosa debió salir de alguna parte. Debían existir más pasajes que dieran allí, todo el mundo estaba seguro. Quizá toda una próspera civilización esperara al otro lado, o tal vez nada más que un montón de ruinas abandonadas. Cualquiera de las dos cosas sería el descubrimiento del siglo.

Al principio nadie comprendió la magnitud del hallazgo. Sólo eran piezas. Todo muy complejo desde un punto de vista técnico, pero lo que lo hubiera llevado hasta ese lejano sistema moribundo había muerto a su vez. Un accidente al emerger del nospacio, dejando como resultado no un pecio, sino una nube de componentes unidos por su propia gravedad reducida y un débil campo magnético. Hasta que, décadas después, un diligente equipo de científicos descubrió sus secretos.

Lo llamaban la Hueste. Como la celestial. Todo el mundo daba por hecho, por supuesto, que había sido una nave, pero tardaron en darse cuenta de que todavía lo era. En presente. Una nave construida por una especie que tenía un enfoque espectacular sobre cuestiones como la integridad del casco de una nave, la atmósfera y las fuerzas gravitatorias.

El propio Ojo era una gran roca de bordes irregulares, la única instalación originaria semi intacta descubierta jamás, arrancada del suelo de un mundo tóxico y llevada de allí hasta Estoc. Era el centro de los trabajos del cártel para dar un vuelco a la guerra contra los Arquitectos, pero de no existir la Hueste, no habría sido más que

una instalación estática en medio de un sistema aislado, absorbiendo recursos y personal de los enormes astilleros. Una base de operaciones y un laboratorio de investigación, pero nada más.

Maxin soltó un juramento, con la cara cenicienta, cuando dieron vuelta a la masa de un arca casi completa y vio al Ojo girando sobre su eje.

Las piezas de la Hueste se habían convertido en su estructura. Cuando el equipo científico las activó, esos cientos de componentes individuales habían generado un campo gravitatorio entre ellos, delimitando un espacio que podía cobrar distintas formas o expandirse, simplemente con mover las piezas. Y juntas formaban una nave que sólo existía mientras durara la energía. En el momento en que se volviera a apagar el interruptor, volverían a ser nada más que una nube de fragmentos flotantes. Pero mientras la realidad admitiera su presencia, la Hueste podía delimitar un espacio tan grande como el de una de las arcas o —una vez que el cártel se hizo cargo de ella— tan grande como el Ojo. Pudieron usarla para convertir el trozo arrancado de la instalación originaria en una fortaleza móvil. Capaz de escapar, si los Arquitectos aparecían alguna vez en Estoc. Capaz, como insistieron en ello los integrantes del sector más agresivo del cártel, de llevar la lucha hasta el enemigo.

Salvo que el enemigo moraba en el nospacio, por lo que había sido posible descifrar. ¿Cómo se podía llevar a cabo un ataque en un lugar donde no eras real? Al parecer ni siquiera aquello suponía un obstáculo para las ambiciones del cártel. Idris le aseguró a Kris que estaban trabajando al respecto.

La Hueste era como una capa de escamas que relucía con un dorado rojizo bajo la luz deslumbrante de Estoc. Con una forma curiosa, cada capa carecía de simetría, y sin embargo combinadas formaban un conjunto que llamaba la atención. Había algo en la forma en que se organizaban los distintos componentes que el alma sentía como una especie de cortecito de papel. La desconocida especie que había diseñado la Hueste tenía una forma de pensar muy distinta a la humana. Incluso ahora, la ingeniería inversa aplicada a la nave no había conseguido ofrecer ningún dato sobre los constructores de la Hueste. Trine, el colmenero que supervisaban la actual fase de investigación, habían teorizado que

podría tratarse de una antigua especie que de algún modo fue capaz de alcanzar la navegación espacial avanzada sin desarrollar ningún tipo de forma de escritura.

—Una comunicación para ti, Kris —le dijo el piloto, y Kris se conectó en su propio tablero.

—¿Idris?

—Sería una suerte —le llegó una voz familiar, que mantenía su anticuado acento parteni—. Está abajo. Apenas sale a tomar un poco el aire.

—Solaz —la saludó Kris.

—Tenemos que hablar sobre él. Se está obligando demasiado. —Solaz nunca había sido de charlas informales.

—De acuerdo, me acercaré a Boca del Pozo después de que me ponga al día. —Kris tenía un ojo puesto en las noticias, todo lo que hubiera llegado a Estoc mientras estaban en tránsito. Como ella y los demás venían de un enlace colonial, la mayor parte le resultaba conocido, pero captó un par de novedades—. Parece que conseguimos mantener intacto Asur —observó—. Eso fue un buen trabajo.

—Sí, pero Dos Tiemos se perdió —respondió sin emoción Solaz. Kris ni siquiera podía situar ese lugar. Algún mundo en el que nunca había estado y al que nunca podría ir ya—. También dos mundos en el espacio castigar. Pequeñas colonias mineras. Parece que están usando alguna teoría gravitacional laberíntica para mejorar de algún modo las predicciones sobre el movimiento de los Arquitectos. Estamos trabajando en los cálculos. Todo más allá de mis competencias. —Kris se imaginó a Solaz encogiéndose de hombros—. A ver si nos vemos. Vente a darle algo de caña a Idris y al Doc Shin, ¿no?

Kris no había tenido ocasión de ver el Ojo cuando seguía sobre la superficie de un planeta. Algo por lo cual, a decir verdad, se sentía bastante agradecida. Aquel planeta se encontraba en un entorno tan hostil que hasta los propios originarios —fueran quienes fueran— no habían sido capaces de volver para desmantelar el lugar. Con la dificultad añadida de que intentaban trabajar en él desde el otro lado, desde el nospacio, según dedujo Idris. Y entonces, por supuesto, Idris se puso al mando y utilizó los descomunales motores gravitatorios de la Máquina para desgajar toda la instalación del

planeta a través del nospacio y ponerla en órbita. Donde se había convertido en una laberíntica roca sin aire porque, no hace falta decirlo, sus constructores originales no habían diseñado el lugar para su uso en el espacio.

Luego el cártel, ese conjunto heterodoxo de aliados de circunstancias, se lo llevó a Estoc y lo instaló entre las escamas cambiantes de la Hueste, le dio una atmósfera, gravedad y tanta estabilidad como podía proporcionar aquella estructura casi onírica. Kris siempre se sentía mareada al menos una hora después de llegar allí. El propio Ojo era un entramado de espacios y orientaciones, túneles, caídas y amplitudes repentinas que ningún humano habría concebido jamás. Y cuando llegabas hasta uno de los bordes mellados donde había sido cortado, allí estaban las placas brillantes de la Hueste, unidas por nada más que el vacío. Ella prefería naves en las que apretar el botón equivocado no apagara toda la estructura.

Pero la unión del Ojo y la Hueste tenía otras ventajas. Nadie sabía quiénes habían sido los originarios, o quiénes fueron los constructores de la Hueste, pero combinar sus tecnologías suponía una oportunidad única.

Los distintos departamentos del Ojo habían sido designados por un grupo de majaretas, en opinión de Kris. Estaba Previsión, donde un equipo de inters en rotación utilizaba la maquinaria del Ojo para detectar los movimientos de los Arquitectos e intentar deducir qué mundos serían sus próximos objetivos. Por su parte, Disipación contaba con un equipo de filósofos y físicos altamente teóricos que supuestamente trabajaban en posibles armas contra los Arquitectos. Y estaba Esquema, el mando central, donde cualquiera que pasara por allí defendía sus propias ideas sobre lo que hacer con toda la tecnología avanzada reunida en el lugar. También había otras partes de la construcción alienígena que habían sido consagradas a cometidos más mundanos como que la gente durmiera, comiera y demás. Y finalmente estaba la Boca del Pozo, que se había convertido en el eje del proyecto, donde la comprensión de la física del universo de todas las especies conocidas se había puesto contra las cuerdas.

Tuvo que pedir que alguien la llevara allí. Un taciturno colmenero se ofrecieron finalmente, porque cuando ella terminó de

dar su informe en Esquema les pareció que ya estorbaba. La entidad de cuatro patas con forma de lata podían desenvolverse en los desafiantes tramos verticales del Ojo mucho más rápido de lo que ella les podía seguir, y le comunicaron la impaciencia que les despertaban las limitaciones humanas de forma bastante elocuente, pese a carecer de rostro. Para ella era como si no hubiera estado allí antes, porque Kris era parte de la numerosa minoría que se sentía absolutamente incapaz de aprenderse la disposición del lugar, o simplemente de seguir los carteles que habían clavado siguiendo al menos tres planos totalmente contradictorios. Algo en aquel sitio ofendía su sentido interno del espacio y la dirección, que solía ser bastante fiable.

Aparecieron en la Boca del Pozo de forma inesperada, por el techo, desde el que tuvo que bajar por una tambaleante escalera de mano metálica. Todo el Ojo era así: distintas manos habían contribuido con añadidos a la piedra originaria, incorporando puertas, rampas, escaleras, conductos, cables y relés. Todo atornillado sin la menor atención a la estética, en algunos casos a una escala humana y en otros de mayor tamaño.

En la propia Boca del Pozo prácticamente todo estaba atornillado, una burbuja abovedada situada en lo que Kris consideraba para sus adentros como el reverso del Ojo. Gran parte eran simples andamios. Seguían diciendo que lo cerrarían, pero cada vez que volvía aún podía verse a través de las grandes piezas flotantes de la Hueste y todo el vacío entre ellas. Y era sólo el segundo aspecto más desagradable del lugar para la vista.

Había una docena de humanos y técnicos colmeneros trabajando allí, la mayoría añadiendo más material: cables, cajas y conductos, entre otras cosas de las que Kris no podía comprender el objetivo. Ahora había cinco grandes objetos en forma de columna alrededor de un espacio circular, simplemente sujetos con remaches sin ningún sentido de la simetría. En el centro, por supuesto, estaba el propio Pozo, pero ella prefería no mirar hacia allí porque estaba abierto en ese momento, y sólo sentirlo le dañaba la mente.

Solaz la saludó. Se fijó en que la parteni llevaba el equipo completo: todo menos el casco y, afortunadamente, el acelerador. Fue de inmediato hacia ella, manteniendo el Pozo a su espalda, y le dio un rápido abrazo.

—¿Problemas con los vecinos?

Solaz negó con la cabeza.

—Todavía no. Los habrá pronto, me parece, pero por ahora se comportan. —La mayor parte del personal de los astilleros de Estoc seguía a sueldo de los anteriores propietarios del lugar, antes de la intrusión del cártel. No eran amigables, en particular la notable familia nobiliaria magdana de los Uskaro, pero se vieron renuentemente sometidos ante las amenazas y el proyecto del cártel. A Kris, que había sido una especie de prisionera-huésped suya anteriormente, le sorprendía que no se hubiera desencadenado aún una tormenta. «Seis meses de esta alianza forzada, no habría apostado por ello». Kris era consciente de que se debía sobre todo a la gente de Solaz. Mientras el Partenón siguiera comprometido en su apoyo al Ojo, y al ataque que podía desencadenar contra los Arquitectos, todos los demás se mantendrían firmes.

—¿Dónde está…? —empezó Kris, y Solaz asintió en la dirección a la que ella no quería mirar—. ¡Doc Shin! —gritó—. ¿Cuánto lleva?

Kris distinguió al hombre moreno y anguloso en una de las columnas, donde posiblemente intentaba esconderse del escrutinio de Solaz. El doctor Haleon Shinandri se escabulló moviéndose aparentemente a un lado, aunque no lo hiciera.

—Son diecinueve horas, sí —dijo apresuradamente, como si estuviera intentando pasar un control de fronteras sin que le pararan—. No es un problema. No tiene que ser un problema, oh, vaya que no, en absoluto.

Solaz le miraba como si quisiera abofetearle hasta hacerle daño de verdad, pero en su lugar dirigió a Kris una muda mirada de súplica.

—¿Tendré que ir a hablar con el cártel? —preguntó Kris—. ¿O va a sacarlo?

—No quiere salir —murmuró Shinandri—. Es tanta su dedicación a la causa, desde luego. ¿Cómo puedo pedirle…?

—A Idris no se le piden las cosas. Sólo se le dicen —señaló Kris, que tenía una prolongada experiencia al respecto—. Por eso ha pasado la mitad de su vida escondiéndose de las responsabilidades. Porque una vez que se apoderan de él ya no sabe cómo parar. Sáquele, doctor, por favor.

Idris

Idris estaba completamente inmóvil y a la vez caía. En la parte posterior de su mente deseaba caer más rápido, sólo por si así podía escapar de las voces.

Una incierta cantidad de tiempo atrás le habían atado a la Máquina en el corazón de la Boca del Pozo, tumbado en una losa como si hubiera llegado antes de tiempo a la morgue, conectado a más monitores médicos de los que pensaba que pudieran existir. Y no estaba solo. Le habían preparado, aconsejado, mimado, tranquilizado, le pedían que compartiera sus sensaciones. Una cognoscente médica parteni soltaba números en parsef. El doctor Shinandri se frotaba las manos y especulaba sobre los avances que conseguiría. E Idris intentaba alejarles porque de repente su soledad estaba demasiado poblada.

Porque había más. Cinco intermediarios más. Tres veteranos del Comité de Enlace —lo que suponía que llevaban en activo como un tercio del tiempo que él—; una novicia que se sumergía por primera vez y estaba sufriendo ya un ataque de pánico que podía producirle una embolia; y una de la reciente promoción de partenis, con su silueta abultada por toda la tecnología extra que necesitaría para seguir hasta donde les conduciría Idris. Ahora eran un equipo y accedían juntos al nospacio.

Algo que no se podía hacer. Nunca.

Había vivido su vida siguiendo esa máxima. Cuando estás en el nospacio vas por tu cuenta. Nadie más sobrevive a la entrada; todo el mundo se quedaba solo del otro lado de la frontera entre lo real y lo irreal. No importaba que hubiera otros en tu nave, a tu lado, incluso sujetándote la mano. Te sumergías solo en el nospacio, hasta que la Presencia percibía tu intrusión y empezaba a acecharte.

Pero aquí estaba, liderando un equipo.

Era gracias a la ingeniería del Ojo. No es que fuera su propósito original, por lo que deducía el doctor Shinandri. Pero un buen montón de personas inteligentes habían investigado, y sus conclusiones sirvieron para crear la Boca del Pozo. El propio Doc Shin, Ahab el naeromath, el heraldo Ash, el delegado Trine, y unos cuantos científicos punteros coloniales, parteni y colmeneros, trabajando juntos, hasta la extenuación hasta que consiguieron algo

que rompía con todas las limitaciones del nospacio. Luego pusieron a Idris y los otros inters dentro y les pidieron que salieran de caza.

Era estupendo para que Previsión señalara el próximo objetivo del ataque de un Arquitecto, con aproximadamente un setenta por ciento de éxito. Estupendo para que los inters errantes hicieran cuanto les fuera posible para retener a los monstruos a su llegada. Pero Idris sabía perfectamente que el proyecto del Ojo estaba lleno de halcones que no se contentarían con un uso defensivo poco sistemático. No parecía una solución a largo plazo ante el genocidio desencadenado por los Arquitectos.

Ahora descansaba sobre su losa. A su alrededor, el espacio cavernoso de la Boca del Pozo resonaba con extraños ruidos. Metal tensado, mamparas bajo presión, los chirridos de los fallos estructurales como gemidos de una ballena distante. Sonidos de decrepitud, y nadie entendía del todo la razón, pero habría apostado buena viruta a que no era nada bueno.

Y los otros. Podía entreverlos, como ráfagas en el rabillo del ojo. Se movían en el espacio curvado de la Boca del Pozo, contemplando la perturbadora grisura del vacío del nospacio. Cuando miró con los ojos entrecerrados, que incluso así le dolían, pudo enfocarles. Estaba la parteni en su uniforme gris, con los puños apretados y los ojos cerrados mientras exploraba con su mente. Estaba la novata del Comité, que se agarraba las rodillas y se mecía. Sabía que podía ir hacia ella. Confortarla. Esperaba que alguien lo hiciera, pero no sería él. La idea del contacto humano en el nospacio le parecía un anatema. Era su lugar de soledad, había vivido toda su vida adulta considerándolo así. Escuchar sus voces ya era lo bastante malo. Escuchar el tono distorsionado del doctor Shinandri desde la parte superior del pozo, enviándole datos, cosechando los descubrimientos de Idris, le molestaba lo suficiente. Era como si ya no pudiera seguir siendo dueño de su propia mente.

Y además estaba el asunto de tener que mentir sobre lo que hacía. Esperar que nadie descubriera lo alejado que estaba de la misión. Excavando en las capas inexistentes del nospacio, persiguiendo algo muy distinto al objetivo encomendado.

Los demás cumplían con el trabajo lo suficientemente bien y él posiblemente no haría más que estorbar si intentaba ayudarles. Intentaban cartografiar el nospacio, esa región que no obedecía a

las reglas del espacio normal y de hecho no existía de la misma forma que lo hacían la materia y el espacio normales. Trazando un sendero a través de lo imposible, supuestamente llevarían la pelea hasta los Arquitectos con cualquier arma que alguien pudiera concebir para esa circunstancia. Así que dejaría que alguien se llevara la gloria de descubrir el elusivo atajo a través de la nada que conduciría directamente adonde se reunieran los Arquitectos. Idris, a pesar de que ése fuera su trabajo, no quería saber nada al respecto.

Le llegaron voces otra vez desde la realidad. Shinandri, Ahab, su ingeniera Tokamak Jaine. Y luego Trine, el viejo colmenero. Trine, que sabían más sobre los originarios y su trabajo que nadie más con vida. Que habían llegado a cobrar consciencia de ellos mismos cuando ejercían como secretario mecánico y propiedad de alguien durante la guerra. Habían vivido toda la pelea de su especie por sus derechos y su independencia, y ahora se habían convertido en el principal experto en el tema de estudio de su dueño original.

—Idris, mi querido compañero de investigaciones, has vuelto a perder el rumbo —sonó la voz aguda y burlona de Trine, que podía afilarse con el más hiriente sarcasmo en un abrir y cerrar de ojos—. Casi se podría pensar que tu mente no está concentrada en la tarea.

Nada podría estar más lejos de la verdad, salvo por el detalle de que su tarea y la de Trine eran distintas.

—¿Qué necesitas?

—Estoy tomando unas lecturas más exhaustivas del Ojo, mi estimado sonar humano, y necesito tus datos. Envía señales, Idris. Envía señales y muéstrame qué ecos te llegan de vuelta desde los más remotos rincones de ninguna parte. Me inclino a pensar que me acerco a un importante descubrimiento. O quizá a un fracaso, si sigues divagando.

Así que Idris tuvo que volver al rebaño, integrarse con los demás un tiempo, mientras Trine experimentaban. El colmenero habían formado equipo con Ahab, Ash y Shinandri, y juntos diseñaron un desconcertante plan de gran alcance. Una forma de usar el Ojo contra los Arquitectos.

La primera vez que le ataron a las Máquinas dentro del Ojo y le dieron una panorámica infinita del nospacio, Idris buscaba algo bastante distinto. Y cuando dieron con esa nube de organización y

estructura, enterrada en un no-lugar en el que no debería existir nada, pensó que lo había encontrado. Pero no era a los Arquitectos a quienes perseguía. Desde aquel encuentro sobre Berlenhof, su objetivo era la mano que empuñaba el látigo. Las entidades inconcebibles que habían convertido a los Arquitectos en su cincel y martillo para dar una nueva forma al universo.

Pero lo que habían encontrado era a los Arquitectos. Su origen. Un nudo de información dentro del nospacio que era su lugar de crianza, y que el proyecto del Ojo estaba decidido a descrear. Que era el objetivo en el que Trine estaban trabajando, para averiguar cómo destruirlo.

Aunque Idris continuaba con su caza de mayor jerarquía, al margen de lo que le contara a sus superiores.

Y ahora —lo que quería decir después del paso de una cantidad adicional de tiempo imposible de medir desde que Trine le habían hablado—, volvía a tener a esos superiores hablándole al oído, susurrándole como demonios.

—Idris —sonó la voz entrecortada de Shinandri, siempre al borde de deslizarse a una risotada histérica—. Es el momento, Idris. Ya llevas ahí abajo tiempo de sobra. Vuelve y veamos lo que tienes.

Pero la mente de Idris estaba muy lejos, fuera de los confines teóricos de la Boca del Pozo. Estaba sumergido por completo, a fondo, en el nospacio, notando el movimiento pausado de la Presencia que intentaba encontrarle. No tenía ninguna referencia sensorial, sólo la sensación visceral de algo vasto, presente en el corazón de todo, desenrollándose y expandiéndose a través del volumen completo de la irrealidad. Extendiendo sus ciegas percepciones en su busca. Lo más temido. La entidad con la que no te podías relacionar sin resultar destruido. Salvo que Idris la llevaba esquivando la mitad de una vida y le quedaban todavía recursos para eludirla. Y lo que estaba buscando, lo que realmente daba las órdenes a los Arquitectos, también estaba allí abajo. No era la Presencia misma, sino algún otro morador de las mismas profundidades.

—Idris —era otra vez Shinandri, pero estaba acostumbrado a no hacer caso a ese hombre. Después de todo, los demás seguían también ahí fuera. Que Doc Shin les molestara a ellos.

Pero luego llegó otra voz.

—¡Idris! —Kris. Había vuelto, al parecer—. Idris, necesitamos que te desenganches.

Pero estaba llegando a algún sitio, lo sabía. Cayó aún más, sintió las voces cada vez más débiles. Era un buzo con un cinturón de lastre, sumergiéndose a fondo en ese negro abismo. Era un astronauta a la deriva cuyo impulso le llevaba a alejarse de su nave.

Se movió debajo de él, acogiéndole. Podía sentir que lo que había a su alrededor se volvía más complejo a medida que la Presencia desplegaba su existencia junto a él. Kris seguía hablándole al oído, pero él la percibía muy, muy lejos. Miraba hacia el abismo, deseando que le devolviera la mirada. «Vengo a por ti».

—Idris, te juro que voy a empezar a sacarte esos tubos yo misma —dijo Kris, de forma bastante clara, como si estuviera justo a su lado.

—Ve a molestar a los demás —le respondió en un susurro, a sabiendas de que su voz podía ser escuchada por alguien más que Kris, y que aceleraba su perdición sólo por hablar—. Llevan el mismo tiempo que yo.

—Han venido y se han marchado tres turnos, Idris —dijo Kris con tono razonable—. Rotaciones tras las seis horas que se consideran seguras. Tú ya estás en la cuarta. Tienes que volver con nosotros.

—Imposible. —Pero abrió los ojos, los ojos irreales, que miraban hacia la Boca del Pozo irreal, y se dio cuenta de que las sombras de sus compañeros no correspondían a la gente que pensaba que estaría allí. Era un grupo totalmente distinto: nuevas caras, una nueva identidad gestalt que empujaba contra los límites de su mente.

—Yo… —Y la Presencia estaba con él, allí, en la Boca del Pozo. El séptimo donde debería haber seis. Una silueta a su espalda, espiando a través del espacio curvado.

No hablaba nunca, por supuesto, todo el mundo lo sabía. Pero le habló antes, una vez, y ahora percibió cómo tomaba aliento.

«¡Estoy tan cerca!». Pero era mentira, lo sabía. El nospacio no tenía referencias y no podía saber si se estaba llegando a ninguna parte.

—Idris —volvió a decir Kris, y hubo un susurro de otra voz que se perdió debajo de su nombre. Una respiración en su nuca. Unos

labios fríos en su oreja.

—De acuerdo. Está bien. —Hizo un sonido malhumorado y amargo, pero cuando regresó a la realidad su corazón reforzado daba espasmos, y prácticamente cayó en los brazos de Kris y Solaz cuando se despegó como pudo de la losa.

3

Havaer

—Una nueva intrusión —llegó la voz crujiente y artificial de Colvari al oído de Havaer.

—Al fin. —Lo llevaban esperando demasiado tiempo. La pequeña rata había sido muy cuidadosa. Los dos últimos incidentes de filtraciones de datos se produjeron bajo la vigilancia de Havaer, pero los había cubierto tan cuidadosamente que sólo se descubrieron en retrospectiva. Si no fuera por la escasez de personal entrenado disponible, su jefa seguramente le habría despedido. La verdad es que Havaer se habría despedido a sí mismo. La única circunstancia atenuante era que esta rata en concreto se encontraba como en casa en este sistema específico en que se infiltraba. Era una de las pesadillas habituales de los agentes encubiertos: llegar a un lugar en el que el enemigo se había acomodado ya tiempo atrás. Nunca podías estar seguro de descubrir todas las puertas traseras y trampas, sin importar lo mucho que buscaras.

Y aquí estaba otra pequeña vía de acceso oculta que al fin quedaba expuesta. Alguien estaba dentro del sistema del Ojo, extrayendo los datos más recientes. Havaer sabía que la teoría era que todos esos datos se compartían entre los socios. Esta condición estaba sepultada en alguna parte de la compleja telaraña de acuerdos que la Asamblea colmenera conjunta había diseñado respecto al Ojo y su uso. Sin embargo, ninguno de los demás integrantes de esta extraña asociación confiaba en su cumplimiento, Y Havaer admitía que no les faltaban razones para ello.

Había más cosas aparte de los datos del «escrutinio del nospacio», como la gente había empezado a llamarlo, como si el Ojo y su maquinaria atornillada fueran la bola de cristal más cara del universo. Había un continuo goteo sobre la administración de la

flota de arcas, la seguridad del sistema, todo tipo de pequeños consejos útiles que alguien podría emplear para un motín en el interior o un ataque desde el exterior. Ninguno de los cuáles era imposible, dadas las capacidades y predilecciones de los socios menos relevantes de la empresa.

El equipo de Havaer se componía de otros tres agentes humanos, un único hannilambra disidente y un indeterminado grupo de colmeneros liderados por su antiguo compañero Colvari. Ahora mismo los colmeneros se ocupaban de los cálculos más complejos, trazando la ruta por la que se había producido la filtración y enmascarando protocolos para descubrir de dónde procedía el intruso. En algún lugar de la flota de arcas, una persona había dado las órdenes para que todo aquello ocurriera, equipado con *hardware* de primer nivel a la altura de su talento e intuición para mantenerse un paso por delante de los cazadores.

—Es de los constructores —decidió Havaer. Casi un alivio. La última vez que habían tirado hasta el final del hilo de una filtración llegaron a una parteni, lo que auguraba un epílogo del asunto demasiado agitado para su gusto. Al final la espía se rindió de forma lo suficientemente pacífica, porque el Partenón hasta el momento jugaba de forma civilizada, pero la próxima vez quizá con la misma facilidad terminaran recibiendo la visita de un grupo de mirmidones con aceleradores, y toda la paz del lugar se acabaría de golpe.

Pero ahora mismo, quien marcaba el ritmo de ese alegre bailoteo a través de la arquitectura virtual de la flota de arcas jugaba claramente en casa, lo que suponía que era un agente de los magnates coloniales que dieron comienzo a todo el proyecto de las arcas. El Hum y las Colonias en conjunto desempeñaban en ese momento un papel secundario. Havaer tenía la impresión de que la velocidad de los acontecimientos había sobrepasado su capacidad de reacción. Todavía quedaban una serie de comités que llevaban debatiendo cómo responder a la desastrosa situación desde antes de que se llegara al punto actual. Sin embargo, los constructores, el grupo de ricachones que se habían preparado para abandonar la vida planetaria y vivir para siempre en naves —idealmente sin otra competencia humana, después de que las flotas colonial y parteni combatieran hasta la destrucción mutua— tenían la situación clara.

También estaban profundamente furiosos porque sus astilleros de Estoc hubieran sido requisados y sus arcas dadas de lado en favor del proyecto del Ojo. Estaban en especial picados con que su maravillosa Hueste de tecnología alienígena se hubiera redestinado a albergar al propio Ojo. Al fin y al cabo, pretendían que fuera su gigantesco yate privado en ese futuro nómada que habían concebido para la humanidad. Y, como ponía de manifiesto esta última infiltración, podían sonreír y estrechar manos en público todo lo que hiciera falta, pero en privado no lo habían dejado correr.

—Y rastreado —volvió a sonar la voz de Colvari en su oído, junto a unas coordenadas.

—Bueno, esto resulta innecesariamente embarazoso —comentó Havaer, al ver de dónde se trataba—. Todo el mundo fuera de la nave. —Abarrotaban un transbordador armado atracado en la Hueste, porque asumían que el espía se encontraría en su propia nave, también seguramente armada, en algún lugar de la flota. Pero, en su lugar, los constructores tenían el descaro suficiente como para disponer de alguien actuando en el propio Ojo, allí mismo, junto al propio núcleo de la red.

Los colmeneros habían dejado la parte física de las tareas de seguridad a sus colegas humanos, lo que Havaer admitía que sentaba un mal precedente, dada la forma en que habían variado las relaciones entre las dos especies en los últimos tiempos. Desde que consiguieran la independencia después de la guerra, la Asamblea colmenera nunca había lucido su musculatura política, sin importar los escenarios de pesadilla que previera la humanidad colonial. El hecho de que cada encarnación colmenera fuera en resumen una colonia de insectos ciborgs metidos en algún tipo de estructura móvil tampoco ayudaba, aunque fuera así cómo los humanos los construyeron. Luego pasaron décadas, los colmeneros prestaron servicios grandes o pequeños a la humanidad, y la situación se convirtió en aceptada y estable. Los colmeneros trabajaban sin protestar, y la gente se olvidó de que en el corazón de su sociedad existía una gran mente colmena que ya no estaba bajo control humano. Hasta hacía muy poco, cuando informaron tanto a las Colonias como al Partenón de cómo iban a ser las cosas en lo sucesivo. Havaer había terminado de algún modo del lado de los

colmeneros en la nueva ecuación, debido a que su jefa había sido una de las fundadoras del cártel, pero no se sentía del todo complacido al respecto. Por decirlo con franqueza, podía entender por qué los constructores de arcas, y una importante porción del resto de la humanidad, se sentían bastante incómodos con todo aquel estado de cosas.

«Claro, claro», se dijo, «vamos a por los Arquitectos. Es difícil oponerse a un objetivo así. Salvo que, una vez se resuelva el asunto, el cártel decida que existe algún otro gran proyecto en el que es necesaria la cooperación de todos… ¿bajo pena de muerte?».

Pero lo cierto es que había escogido bando. Y mientras fueran los Arquitectos quienes recibieran el golpe de aquel martillo, podría vivir con ello. Aunque habría un momento en el teórico futuro —siempre asumiendo que los acontecimientos permitieran que hubiera un futuro— en el que tendría que mirarse un buen rato de forma crítica en el espejo.

Para cuando llegó al punto específico de acceso, el espía ya se había marchado, pero Havaer había dispersado a su equipo para cubrir todas las vías de escape a partir de allí. Cada escama específica de la Hueste tenía una construcción peculiar: un escudo curvo de quinientos metros de largo, con su superficie exterior salpicada de conexiones y generadores de campo, mientras la interior, más pulida, se había llenado con un caos de adiciones posteriores que permitían a las manos humanas interactuar con la tecnología alienígena y controlar su generación de campo. Había un asiento de piloto en cada una, dispuesto para un intermediario, y un acceso limitado a la red para tareas de mantenimiento. Cada escama era una nave en sí misma, o podía servir como puente de mando para la Hueste en conjunto. Todo muy modular, y ni remotamente similar a la forma en que los humanos hacían las cosas, pero era el lugar desde el que los constructores pensaban dirigir su imperio de arcas. Era algo deliberadamente flexible y diseñado para sobrevivir a cualquier cosa.

Su rata había estado en los túneles. Intentó llegar primero al asiento del piloto, y Havaer se dijo que quizá hubiera anulado códigos que podrían desprender esa escama del conjunto de la Hueste, con la esperanza de alejarse mientras los demás estuvieran ocupados reparando la integridad del campo de la nave. En otras

circunstancias eso supondría simplemente restablecer la gravedad, pero con la Hueste el campo entre las escamas era también el casco conjunto y por tanto su reparación resultaba bastante más prioritaria. Sin embargo, Havaer se había asegurado de que uno de los suyos llegara de inmediato al puesto de mando: su hanni, que podía deslizarse al doble de velocidad que los humanos por conductos estrechos. El resto del equipo se acercaba, pero no parecía que la rata estuviera acorralada. Conocía el entorno mejor que Havaer. Mejor, de hecho, de lo que se especificaba en los datos proporcionados por los constructores. Y ésa era la razón por la que apareció totalmente equipada en el exterior de la Hueste, extendiendo ya los asideros gravitatorios de sus hombros, lista para cabalgar el campo de la Hueste hacia algún punto teóricamente seguro.

Y allí se encontró con Havaer. No había anticipado exactamente cómo conseguiría la rata hacer ese truco, pero estaba completamente seguro de que encontraría el medio. Havaer tenía una mente retorcida que en ese momento estaba entregada a esa tarea, porque la jefa Laery no tenía suficientes agentes fieles con los que contar.

La distancia a su objetivo era de doscientos metros y el exterior de la escama de la Hueste estaba ligeramente curvado, pero aun así tenía un buen ángulo, y alguien lo suficientemente loco le había confiado un acelerador. Además, estaban en el vacío, donde el alcance de los proyectiles de las armas no tenía otro limite que el teórico borde del universo.

—Si intenta despegar usaremos el campo gravitatorio —informó a la figura distante. Había amplificado la imagen en una esquina de su casco, y vio cómo se quedaba congelada. Llevaba algún tipo de arma pequeña enfundada en el cinturón, y si disparaba en su dirección podría haber problemas, sin importar la puntería—. No —dijo Havaer, pero el otro sacó el arma de todas formas. Él soltó una maldición y apuntó con su acelerador, torpón dentro del traje—. Mire. —Incluso le envió la imagen de su visor en que aparecía como un blanco fácil.

La rata se detuvo, y por un segundo esperó que se impusiera el sentido común. Luego dirigió la pistola contra su propio casco.

—Oh, por… —Havaer pensó por un instante absurdo disparar su

propia arma, pero la verdad es que enviarle la imagen del visor había sido sobre todo un intento de asustar. El disparo era difícil a esa distancia, incluso con toda la asistencia a la puntería posible.

Luego su objetivo se movió fuera de su vista. Había hecho tanto zoom que lo perdió por completo, y tuvo que retroceder para localizarlo a simple vista, al viejo estilo. Los indicadores de su traje le informaron de que se habían producido disparos, pero no parecía venir nada en su dirección. Un momento después localizó al objetivo, no volando como había pensado, sino tendido en el casco de la escama. Había una gran nube de partículas que se esparcían en todas direcciones y adivinó que eran gotas de sangre congeladas.

Colvari estaban allí. La estructura que usaban el colmenero en ese momento no era más que un cubo con extremidades para propósitos variados, perfecta para deambular por encima o dentro de una compleja maquinaria alienígena. Habían aparecido de la misma forma que el espía y saltaron sobre él, para quitarle la pistola por el sencillo procedimiento de cortarle la mano que la empuñaba a la altura de la muñeca.

Aunque fue demasiado tarde. Algunas de las partículas que se dispersaban eran material del casco, y parte de la sangre procedía del cráneo. Se llevaron al espía a cubierto tan rápido como pudieron, e hicieron lo que estuvo en su mano con el equipo médico disponible. Dejaron a Havaer mirando a ese espía que no revelaría ningún secreto. Salvo uno patentemente obvio cuando pudo mirarla con calma. Las cicatrices, que reconoció con certeza. Alguien había abierto el cráneo de esa mujer mucho antes de que la bala terminara el trabajo. Posiblemente la idea de esparcir sus sesos no le asustaba mucho. Sabía que los inters del Comité de Enlace llevaban una existencia miserable.

«Si hubiera llegado al asiento del piloto, podría haberse llevado toda la escama al nospacio y nunca la habríamos atrapado». Lo que significaba que la operación tal vez hubiera sido todo un éxito en términos de contraespionaje, pero Havaer no se sentía especialmente victorioso a la vista del cadáver.

Luego, por supuesto, tuvo que ir a informar a la jefa Laery. No era ningún placer ni en los mejores momentos, y estaba totalmente seguro de que aquello tampoco le parecería ningún triunfo a ella.

La jefa Laery había sido la responsable de un departamento de la

Oficina de Intervención del Hum, una veterana con el físico marchito de un insecto palo, larguirucha y quebradiza por sus periodos excesivos en puestos de escucha en gravedad cero. También causaba el terror entre sus subordinados, tanto que Havaer no podía entender del todo el motivo por el que, cuando dio la espalda a la Oficina, él terminó de su parte. Junto a ella y contra el conjunto de la Casa Ácida, como se conocía informalmente al servicio de seguridad de las Colonias. Porque la poderosa camarilla que construía esas naves arca se hizo a la vez con el control del escalafón superior de la Casa.

«Quizá sólo ocurrió porque nadie se molestó en preguntarme de qué lado preferiría estar», pensó con disgusto.

Laery había sido apartada, enviada a un retiro que se había ganado hacía tiempo. Pero en su lugar había seguido utilizando a Havaer y a un puñado de leales más como su grupo de espionaje privado, al que añadió nuevos amigos. Y ahora estaba en la cima del mundo, o al menos se sostenía en ella en un precario equilibrio gracias a un grupo de aliados de fiabilidad incierta y unos subordinados resignados.

Todavía no estaba seguro de cómo lo habría conseguido, pero llevaba mucho más tiempo en el juego que él. Era el rostro humano del cártel, por mucho que su gesto fuera el de haber estado sorbiendo limones con una pajita. De algún modo había asistido como protagonista a todo el proceso. No a través del ojo de la cerradura por la que Havaer había visto parte de lo ocurrido, sino con la panorámica completa. Había llegado hasta potencias alienígenas, científicos locos e incluso notorios criminales, y con ellos no había construido un imperio, sino tejido un guante que se había cerrado como un puño sobre los grandes imperios del espacio humano.

Contaba con los colmeneros, lo que suponía buena parte de su ventaja. La Asamblea colmenera conjunta gozaba de una perspectiva que no se veía afectada por la proximidad a ningún bando, y quería aportar lo posible a la lucha para poder continuar con su existencia. Los Arquitectos la amenazaban, así que los colmeneros respaldaban al cártel y sus planes de acabar con ellos para siempre. El resto del músculo lo aportaba al grupo la Cosecha Rota, que era una especie de sindicato del crimen de la Hegemonía.

El conocimiento procedía de la información extraída del Ojo y del heraldo Ash. Y Havaer no tenía problema en admitir que hasta ahí llegaba lo que sabía de aquella alianza. Ash había sido un misterio desde que apareció por primera vez en la Tierra avisando de la llegada de los Arquitectos. Un siglo después no se sabía más de él. Había seguido deambulando por los planetas conocidos tras la destrucción de la Tierra, por lo que le parecía a Havaer, debido a que los intermediarios podían suponer una opción para devolver los golpes. Y ahora el equipo del Ojo podía concretar esa posibilidad. El naeromath loco Ahab, el no menos chiflado humano Shinandri y la técnica ciborg Tokamak Jaine, que por cierto parecía bastante cuerda y agradable teniendo en cuenta que se trataba de alguien que había sustituido su torso por maquinaria en algún momento del pasado. Una vez más, la ciencia que utilizaban estaba mucho más allá de su nivel, pero entre su aportación y la del no menos trastornado Idris Telemmier parecía existir la opción de ganar la guerra.

Ése era el cártel. Su poderío y su potencial habían dado a Laery el suficiente impulso para llegar a Estoc y hacerse con el control de los astilleros de las arcas y sus restantes recursos, además de su buque insignia. También le había dado la influencia suficiente para enfriar el conflicto que acababa de desencadenarse entre las Colonias y el Partenón, que pasó de la ebullición a un hervor a fuego lento. La situación no satisfacía a nadie, y ambas partes apretaban y se entrometían allí donde tenían la sensación de que podían permitírselo. En esa situación, a Havaer no le faltaba trabajo. Pero en ese momento la verdad es que la humanidad en su conjunto remaba en la misma dirección. Si es que se podía remar en el espacio, pensó de forma puntillosa.

La siguiente vez que vio a Laery en persona fue como consecuencia de esa operación que se había resuelto de forma tan sanguinolenta. Quería que Havaer le diera detalles y pruebas de primera mano para cuando se viera con el jefe de la inter muerta.

Que era el *morzarin* Ravin Okosh Uskaro, de la familia Uskaro que formaba parte destacada de la camarilla de constructores de las arcas a la que había desplazado el cártel. Su integrante más tumultuoso, de hecho, dado lo mucho que se les había quitado en nombre de la lucha contra los Arquitectos. No sólo la Hueste y los

recursos de la flota de arcas, sino también la mayor parte de sus inters. Porque, más que cualquier otra cosa, para combatir a los Arquitectos hacían falta inters. El Ojo prácticamente se los comía y bebía. Trabajaban por todas partes en el lugar, sumergiéndose en las profundidades del Pozo, manejando Previsión, entrenándose en las disciplinas mentales que supuestamente les permitirían pelear contra lo impensable. No sólo usaban a los reclutas del Comité de Enlace de Uskaro, por supuesto. El Partenón tenía a sus propias inters, que probablemente también fueron reclutadas de forma nada voluntaria aunque nadie lo dijera, y también habían sido prestadas a la causa. El hecho era que la última vez que Havaer había estado por allí a quien se tuvo que enfrentar Laery fue a la monitora superior Tacto, a la que sugirió que tampoco estaba exactamente satisfecha con la forma en que marchaban las cosas.

Uskaro era un anciano elegante, de pelo y bigote plateados. Se plantó ante ella con esa falsa rigidez militar que la nobleza magdana lucía cuando no se veía obligada a doblar el espinazo. El frontal de su camisa esmeralda relucía con filas de medallas. El efecto era ligeramente bufonesco, y Havaer supuso que era intencionado, porque Ravin Uskaro no era ningún tonto.

—Gracias por dedicarme algo de tiempo antes de su regreso a Magda, *morzarin* —dijo Laery con suavidad—. No nos llevará mucho.

—Entiendo que su gente ha matado a una de mis intermediarias. —Havaer tuvo que concederle la valentía de salir jugando al ataque.

—Me alegra que los dos estemos informados del asunto. —Laery se adelantó sobre su silla, o al menos la silla la adelantó en una serie de movimientos levemente traqueteantes. Havaer había estado en la posición equivocada respecto a esa silla demasiadas veces. El dolor que obviamente sentía era uno de los sustentos de Laery, como también la incomodidad que generaba a sus subordinados.

Pero el *morzarin* no era el subordinado de nadie. Soportó su mirada de forma impasible.

—Estoy acostumbrada a sus intentos de conseguir información sobre nuestro proyecto —siguió Laery sumariamente—. Considero el tiempo que invertimos en evitarlo como una parte razonable del alquiler a pagar por el uso de sus magníficas instalaciones. —Un

buen golpe bajo la guardia del tipo, dado que la realidad era que ella se las había arrebatado—. Pero ahora ha implicado a inters en esta situación. Ha utilizado a parte de nuestro muy limitado arsenal de armas vivientes para convertirla en su espía. Luego, cuando la aprehendimos, le ha dado órdenes de matarse. Privando a la especie humana de un bien irremplazable. Sabe con exactitud cuántos… cuán pocos… intermediarios tenemos, incluso contando con los forzosos del Comité de Enlace. Incluso con el Partenón. Malgastar a uno de ellos para sus jueguecitos de espionaje es algo criminal.

Uskaro levantó la barbilla, sin retroceder.

—¿Cree que las Colonias serán su pelele para siempre en este proyecto? ¿Cree que el conjunto de la especie a la que pertenecía aceptará esta traición con mansedumbre? Ya habrá visto lo que se dice en el Hum. Se la tolera a duras penas en su posición actual. Nos ha robado, y mantiene en secreto lo que consigue gracias a ese robo. Las naves e instalaciones que utiliza aquí no son suyas, son nuestras. Los inters son nuestros.

«Los inters son dueños de sí mismos», pensó Havaer. Pero era un territorio gris en términos legales y morales. Los inters originales del Comité de Enlace se licenciaban en todos los casos sujetos a contratos que les convertían en la práctica en propiedades: después de todo, para empezar eran en su mayoría convictos. Las nuevas promociones estaban compuestas en su mayor parte de voluntarios impulsados por la guerra, y eran libres. Además, el cártel anuló cualquier atadura que tuvieran los inters más veteranos cuando se hizo cargo de Estoc. Aunque esos inters volverían a convertirse en siervos en el momento en que dejaran el proyecto, lo que suponía que no tenían otra alternativa que colaborar con la alianza de Laery.

—Sé con exactitud lo que dicen sus aliados en el Hum, *morzarin* —respondió directamente Laery—. Y los dos sabemos que pueden hablar cuanto quieran. El Hum, cuando menos, está dividido al respecto. En cualquier momento en que esa situación cambie, estoy más que dispuesta a enviar a un delegado colmenero a explicarle a todo el mundo en qué consistía esa pequeña aventura suya de las arcas. Cómo iban a seleccionar quién tendría un asiento a bordo y quién no, abandonando la mayor parte de los mundos humanos a los Arquitectos. Y cómo precipitó el enfrentamiento con el Partenón

nada más que para librarse de unas rivales. Estoy convencida de que su respuesta será que estaba afrontando decisiones duras por el bien de la humanidad, pero no creo que haya mucha gente que interprete su actuación de igual manera.

—Quizá no tenga tomado el pulso al Hum con tanta precisión como cree —gruñó en voz baja Uskaro, con un tono que a Havaer le sonó tan seguro que no pudo evitar un escalofrío.

Pero Laery continuó impertérrita.

—Bueno, en ese caso todo volvería a ser como siempre. Incluso si consigue que la mayor parte del Hum baile a su son, sé de gente que tendrá algo que decir si la armada colonial se presenta aquí para recuperar la instalación por la fuerza. Ya sabe, las mujeres hablamos entre nosotras.

—Se está sobrepasando —respondió Uskaro en un tenso susurro —. Usted no es más que una burócrata con delirios de grandeza. Asistiré a su caída.

Laery le dirigió una larga mirada fija y luego movió unos dedos esqueléticos para despedirle. Havaer vio cómo el hombre se marchaba con su capa de orgullo aristocrático hecha jirones, y se sintió preocupado.

Ravin

Ravin Uskaro podría dar la vuelta a la situación de cara a sus aliados. Los otros constructores, el resto del clan Uskaro en Magda, el *lobby* nativista en el seno del Hum. Todos ellos estaban ya lo bastante soliviantados por la forma en que el cártel se había impuesto y había tomado el control, nadie estaba contento.

Se había rebajado a tratar con esa vieja bruja marchita de Laery, y le había anticipado que no se saldría con la suya. Había asegurado a su sobrino Piter que todo marchaba de acuerdo a lo previsto, que ciertas pérdidas eran inevitables. Siempre había un plan mayor, más allá de lo que hubiera descubierto o frenado el enemigo. ¿Acaso no eran magnates de Magda, la más poderosa de las Colonias?

Sólo cuando estuvo de vuelta en su nave, a salvo de cualquier mirada indiscreta mientras se preparaba a dejar Estoc, pudo reflexionar con calma y admitir que estaba bloqueado. Él y los demás constructores habían sido superados, les habían robado sus

secretos, habían descubierto su proyecto y les habían incorporado a ese ridículo asunto del Ojo. Iban a golpear a los Arquitectos, decían. ¿Invertirían cada inter y cada opción de futuro que le quedaba a la humanidad en una fantasía lunática? Laery podía burlarse cuanto quisiera de las arcas, y sobre cuánto se había desviado ese proyecto de sus objetivos originales. «¡Pero al menos nosotros preservaríamos a parte de la humanidad!». Los Arquitectos habían convertido a los planetas habitados en presas, pero no habían perseguido a los vagabundos naeromathi ni atacado a las naves jardín de las parteni. ¡La humanidad normal necesitaba ponerse a salvo!

Y sí, esa pequeña porción que sobreviviera estaría gobernada por gente como Ravin Uskaro, porque ése era su papel. Había nacido en el seno de una clase dirigente, bendecido con una herencia superior. Así es como eran las cosas. De forma irónica, tenía la sensación de que las más honestas entre sus rivales parteni verían las cosas desde el mismo punto de vista. Después de todo, eran el resultado de un proyecto eugenésico que había quedado fuera de control. Su fundadora había escogido qué elementos de la humanidad incluir en su mezcla genética para conseguir «la raza perfecta». ¡Y gente como Laery no podía ver el peligro que había detrás!

Pero mientras el Partenón siguiera intacto y supusiera una amenaza, Laery podría usarlo como un palo con el que amenazarles, de la misma forma en la que probablemente utilizaría a la armada colonial como el palo con el que las amenazaría a ellas. Qué mujer tan limitada. Qué insignificante chupatintas. Y sin embargo, de algún modo, había conseguido convertirse en el fiel de la balanza de la política del universo, con un dedo listo para alterar el equilibrio. Ravin podía amenazar con las represalias que le pareciera, pero en ese momento no tenía ningún medio de ejercerlas, salvo desplegar a tantos agentes como le fuera posible con la esperanza de que el goteo de información que le trajeran del Ojo terminara resultando en algo útil.

Había otro detalle aleccionador. Había estado bien lo de dar una impresión inflexible a Laery sobre el asunto, pero su espía no tenía ninguna orden de matarse. Lo había decidido totalmente por su cuenta. Una inter muerta no le servía a nadie y sabía que los inters del Comité de Enlace eran problemáticos. El proceso de convertirles

en intermediarios resultaba mortal en la mayor parte de los casos, y los supervivientes quedaban traumatizados. Pero la flota de arcas dependía por completo de ese grupo de intermediarios, sin los que se vería limitada a transitar los pasajes conocidos. Vulnerable y limitada.

Le gustaba la idea de que la desesperada reacción final de su espía hubiera surgido de la lealtad arraigada y del condicionamiento que habían intentado inculcar a sus inters. Aunque Laery había socavado las suficientes capas de su compostura como para dejarle a punto de perderla.

«No soy un monstruo», siguió con su reflexión. «Son cosas necesarias. Es necesario que la humanidad tenga más intermediarios, al coste que sea. La supervivencia de la especie…».

Cuando sonó un timbre, esperaba que fuera un mensaje de su tripulación diciéndole que se preparara para entrar en suspensión para el viaje. Pero se trataba de una comunicación externa. Se quedó helado. Se había aislado para afrontar todos esos pensamientos negativos y luego volver a enfrentarse al universo con la compostura adecuada. Y sin embargo, quien fuera que entraba en contacto con él ahora le estaba dando un aviso. «Podemos sortear tu seguridad».

«Laery», supuso. La mujer no podría resistirse a restregarle por las narices su poder. «No puedes colocarnos a tus espías, pero nosotros podemos llegar hasta ti». No le daría esa satisfacción. Pero el timbre volvió a sonar, una delicada nota musical emitida por una verdadera campana con un auténtico badajo metálico, porque los Uskaro sabían apreciar la belleza. Obligó a sus rasgos a reflejar su cortés desdén habitual e hizo un gesto con la cabeza al sistema de comunicaciones para que abriera un canal.

Luego no pudo controlar su expresión. Se dio cuenta de que abría los ojos y alzaba las cejas. No era Laery. En su lugar, se encontró con una cara demasiado familiar pero absolutamente inesperada.

4

Olli

—Eso —dijo Olli— puede que haya sido lo más jodido que he visto en mi vida.

Kittering, a su espalda en la oscilante plataforma sobre la que viajaban, soltó un breve ruidito que posiblemente fuera de confirmación. Su traductor se peleaba con un nuevo parche de *software* que le permitía hablar con ciertas especies locales en su propio idioma dos veces de cada tres, pero a cambio su capacidad de conversar en colvul se había degradado de forma significativa.

—Quiero decir, ¿se trata de algo habitual por aquí? —siguió Olli. Iba dentro de su andador, que se aferraba con la mayor parte de sus patas al suelo orgánico y suave de la plataforma, aunque reservaba una para dar un toque a la mujer que tenía a su lado. Como siempre, tocar a una tothiat daba más la sensación de empujar un muro que a una persona. Heremon no dijo nada, ni tampoco la especie de langosta segmentada que llevaba sujeta a su espina dorsal y que era, en apariencia, Heremon también. La tothiat en su conjunto le daba escalofríos a Olli, pero en ese momento se encontraban en una situación muy alienígena en un mundo muy alienígena, y al menos Heremon tenía pinta de humana y podía hablar, hacer gestos y demás cosas normales.

En parte se había esperado que le ofrecieran recibir el tratamiento tothiat cuando llegaron a este mundo, Profano. Ahora estaba entre las favoritas de un essiel al que se podía considerar como capo criminal o ángel caído, dependiendo de cómo se tradujeran ciertos conceptos de la Hegemonía a términos humanos. Convertirse en tothiat parecía ser un infierno en vida de continuo dolor que también hacía de ti lo más parecido a un ser inmortal. Que era lo que el Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho, quería para sus

lugartenientes. Olli ya se había encontrado con tres de ellos hasta ahora, y recordó con satisfacción que dos de ellos no habían sobrevivido a la experiencia. Bien es cierto que en un caso ella no tuvo nada que ver con su fin, pero en ese momento se encontraba en un lugar extraño y hostil, y le convenía reforzar su autoestima tanto como pudiera.

Pero nadie le había ofrecido colocarle una langosta-avispa en la espalda para convertirla en inmortal, y no estaba segura de si sentirse aliviada o insultada por ello. Dado que había nacido sin la mayor parte de las extremidades comunes a los humanos, tampoco estaba segura de cómo le sentaría unirse a uno de esos simbiontes. Probablemente la cosa consideraría lo de unirse a ella como un mal negocio, pensó con amargura. Y además la intrusión quizá la privaría de su habilidad para manejar drones y otros remotos, que era lo que la convertía en útil para cualquiera. Así que en conjunto debería situarse principalmente en la parte «aliviada» de la ecuación, aunque siguiera interpretando como algo fastidioso que ni le preguntaran.

Aunque Aklu no era del tipo de los que aceptan un no por respuesta cuando ponía una oferta sobre la mesa. Aklu era uno de los fundadores del cártel del Ojo que ahora dictaba la política galáctica, y había decidido que Olli era alguien a quien quería de compañera en sus viajes… quizá como mascota. Era sin lugar a dudas la entidad individual más poderosa y aterradora con la que Olli se hubiera cruzado en su vida, sólo por detrás de un Arquitecto, lo que convertía todo lo que acababa de ver en aún más sorprendente.

Se aproximaban a lo que debía pasar por el espaciopuerto de Profano. En resumidas cuentas, un gran área metálica, con algún tipo de acojonantemente poderoso motor gravitacional enterrado debajo. Esa placa les ascendería, dentro de una adecuada burbuja de atmósfera, hasta la órbita donde les esperaría la nave de Aklu. Lo que significaba que Olli tendría que afrontar toda la logística necesaria para bajar de la cosa sobre la que montaban en ese momento. Parecía una especie de medusa que por algún motivo hubiera crecido hasta el tamaño de un elefante y evolucionado para desenvolverse en tierra firme. La criatura resultaba en su conjunto viscosa y desagradable, y la plataforma en forma de corona sobre la

que iban parecía todo el tiempo a punto de resbalarse. Aquí estaban, en el corazón de la Hegemonía, la sociedad más avanzada tecnológicamente con la que nunca habían tratado los humanos, y al parecer su desarrollo les había llevado más allá de la necesidad de la eficiencia. De hecho, tomarte tu tiempo con toda la calma necesaria en cualquier situación parecía ser la forma de funcionar en la Hegemonía, por lo que podía deducir, y el tiempo que se tomaban podía llegar a ser indefinido.

A su alrededor el paisaje era una especie de jungla. Aunque la vegetación fuera más bien como plumas de unos doce metros de alto, en tonos azules y púrpuras oscuramente iridiscentes. Si estiraba una pata de metal para tocarlas, las hojas se apartaban como gusanos. No había ningún sendero, porque esa especie de bosque lo cubría todo. Y no se percibía nada más salvo cierta vibración que ponía de manifiesto que la vegetación se apartaba todo el tiempo de su montura a medida que avanzaban, y luego recobraba la forma tras su paso.

—Tienen motores enterrados por todas partes —les había dicho Heremon a su llegada—. Si necesitas algo lo fabrican, lo transportan, lo hacen aparecer ante ti. Sin que veas nunca cómo lo hacen. —Parecía ser la forma en que funcionaba buena parte de la Hegemonía. Tecnología lo suficientemente avanzada como para pretender pasar por magia.

El disco despejado en el que ascenderían hasta la órbita estaba delante de ellos. Olli se preguntó si su viscosa montura se dignaría agacharse o si tendrían que deslizarse por la maldita cosa, o incluso peor, pedir ayuda a alguien. Había querido venir en su escorpión, el exoesqueleto castigar con el que era capaz de cualquier cosa incluyendo entrar en combate, pero al parecer no habría sido apropiado. Malditos convencionalismos essiel.

—Así que el jefe… —preguntó a Heremon—. ¿Estará por aquí?

La tothiat no había vuelto a hablar desde la ceremonia a la que acababan de asistir. Sin problema. Olli no se había sentido exactamente charlatana justo después. Había sido todo un espectáculo. Con todo, la mujer parecía estar evadiéndose más de la cuenta, y Olli le insistió con más brusquedad, lo suficiente como para que se tambaleara la plataforma sobre su montura.

Heremon la miró, y Olli habría recibido con gusto un gruñido,

una mala mirada o algún comentario hostil. Sabría cómo manejar esas reacciones. En su lugar se encontró que tenía los ojos llenos de lágrimas. Con auténtica pena humana. Olli abrió la boca para sacar partido de la situación, pero entonces se dio cuenta de que no odiaba tanto a Heremon. «Me estoy ablandando».

El espectáculo había tenido lugar en un anfiteatro en lo profundo de la jungla: un terreno limpio de medio kilómetro de anchura, amurallado con piedra y con motores escondidos. Siete essiel esperaban allí, cada uno en su propio sillón flotante y rodeado de una corte de sectarios humanos vestidos de rojo, así como de pequeños tymeree y miembros de otro puñado de especies cuyos nombres Olli ni conocía. Una especie de ranas rojizas eran nativas de Profano, por lo que le parecía entender.

Aklu había llegado con su propio séquito, compuesto tan sólo por Olli, Kit, Heremon y el colmenero con un revestimiento dorado que ejercían como su traductor y mayordomo. Usaba su propio asiento, que escondía las prótesis tentaculares que empleaba para abrirse paso cuando las cosas se ponían feas. El aspecto de Aklu en esas circunstancias era algo aterrador, dado lo fuerte y rápida que era esa estructura prostética, pero para Olli, toda una experta en exoesqueletos, también era una visión formidable. La cosa, Aklu, era un acojonante hijo de puta. Allí dejó a los otros detrás para deslizarse en solitario hasta el mismo centro del enorme recinto de piedra. Su aspecto era el de una larga concha puesta de pie, como el de cualquier otro essiel. En la cima mostraba su abanico de bracitos y pedúnculos, en la base el zarcillo serpenteante, ahora desplegado, suelto del asiento de forma que los campos gravitatorios pudieran elevarlo en el aire. Olli sintió en sus entrañas que algo en aquello tenía un regusto blasfemo. Había algo primario y atemorizador en ver al alienígena flotando, con la cola describiendo arabescos y su colección de apéndices desplegados como un abanico. La compleja tracería de plata que cubría los tres metros de altura de la concha, fluía como si fuera mercurio.

—Así que… —había empezado Olli, y luego se alzaron unas columnas de líquido que rodearon a Aklu para convertirse en máquinas firmes y traslúcidas, que le recordaron más de la cuenta a las marionetas cristalinas que los Arquitectos desplegaban en los planetas donde los monstruos necesitaban ensuciarse las manos

para llevar a cabo su labor. Por un momento todo estuvo inmóvil, e incluso ella reconoció que aquélla era una situación en la que su voz y sus comentarios no venían a cuento.

No estaba segura de dónde procedía la luz que se encendió. Si esos pilares cosechaban los rayos del sol o si la generaban por sí mismos o qué. El aire a su alrededor se estremeció, y entonces aparecieron unos rayos entre ellos, saltando en el espacio que rodeaban. Es decir, que alcanzaban a Aklu. Donde lo hacían, dibujaban en la concha del alienígena líneas negras en las que las partes carbonizadas se evaporaban como polvo, trazando nuevos surcos. Parecía ser algo aleatorio, accidental. Como si nadie hubiera comprobado si no había alguna gigantesca concha alienígena en medio de la trayectoria de los láseres. Pero entonces Olli pudo reconocer una especie de patrón. Cada pequeño surco de la línea trazada en la concha ardía en un orden determinado, y luego se unían erráticamente, conformando una imagen completa compuesta de pequeños segmentos. O tal vez fuera escritura, el último capítulo de un largo registro que añadir al guión serpenteante que ya se había tallado en la concha de Aklu. Al principio pensó que sólo afectaba a la concha, pero luego obtuvo una imagen amplificada de la pantalla de su andador y vio que cada línea ardía a través de ella, quemando la temblorosa carne grisácea que había debajo. Dolía. Podía ver lo mucho que le dolía. El largo zarcillo de Aklu se retorcía espasmódicamente, y sus brazos se sacudían estremecidos como si hicieran algún tipo de señales. Había visto morir antes a un essiel, de hecho por cortesía de Aklu. Así que sabía lo delicado y sutil que su dolor podía parecer a los ojos humanos.

—Están torturando al jefe —dijo al fin—. De eso va la cosa, ¿no? —«El jefe» era la mejor aproximación humana que podía dar a su actual relación con Aklu, y nadie intentó corregirla.

—Un breve y abstracto registro del Gancho —entonaron el colmenero en su voz musical—. Sus crímenes y faltas hasta la fecha son inscritos, la crónica de sus desvíos.

Había asumido que toda esa tracería plateada alrededor de la concha de Aklu no era más que algún tipo de ornamento. Pero no, el mercurio fluía en canales tallados hasta sus entrañas, con lo que ni siquiera estaba muy segura de cómo su jefe seguía de una pieza, salvo por el apoyo que le proporcionara su campo gravitatorio

personal.

¿Por qué Aklu, el ángel caído, volvía con los suyos tranquilamente para someterse a lo que fuera aquel infierno? Era un criminal, ¿no? ¿Un rebelde? Y pese a todo, de alguna forma, el chivo expiatorio de su cultura en conjunto. En el caso de los essiel, incluso las heterodoxias se acomodaban a reglas y rituales específicos.

«Me han metido en algo muy loco. Necesito escapar». Pero, de forma extraña, todo ese proceso que se prolongó durante horas pareció unirla más estrechamente a la monstruosa criatura. Ahora formaba parte del círculo de confianza. Al parecer, asistir a toda aquella atrocidad suponía un gran honor. Y Aklu era su monstruo. Hubiera querido interrumpir, gritar a los demás essiel, romper todo lo que hubiera alrededor y hacer de las suyas en general. Aunque no era lo suficientemente importante para suponer ninguna molestia, y lo que había alrededor estaba creado con esa tecnología líquida irrompible.

Pero no podía evitar sentirse furiosa por lo que le hacían a su jefe. En ese momento comprendió que llamarle «jefe» no era simple palabrería. Algo en la desafiante existencia de Cuchillo y Gancho frente a la Hegemonía apelaba directamente a la rebelde que en su interior no se había conformado nunca con vivir de acuerdo a sus limitaciones fisiológicas.

Y luego llegó el momento de irse, de volver a esa parte del universo que al menos comprendía a medias. Les dijeron que Aklu y el mayordomo volverían a la *Omnipotente Guadaña Matutina* después de que rellenaran los nuevos surcos con mercurio. Otra declaración de sus crímenes tallada a la vista de los demás essiel.

La cosa medusa-pulpo-elefante en la que iban se había comprimido a sí misma a medio metro de grosor, lo que significaba que pudo descender sin mayor complicación a la plataforma. Incluso los seres más extraños eran serviciales en el espacio hegemónico.

—Considerable alegría por marchar —anunció Kittering cuando pisaron el metal. Olli no pudo sino sentirse de acuerdo.

La plataforma dio comienzo a su suave ascenso, nada más que un gran disco de metal elevándose hasta la órbita que no parecía impulsado por nada. Olli procedía de una cultura en la que tener

todos los cables y tuberías a la vista era casi motivo de orgullo, con la ventaja adicional de permitir resolver muchas averías con la máxima facilidad al poder acceder a ellas sin mayor complicación. La verdad es que la Hegemonía le daba escalofríos. Y aquello no era en absoluto lo más loco de todo el asunto. En su opinión, el primer premio intergálactico a la chifladura se lo llevaba el hecho de que, mientras ascendían, no había literalmente nada más que esa jungla, con sus habitantes batracios. A esa distancia no quedaba más que un sutil rastro del anfiteatro, medio escondido entre las grandes plumas como un templo en ruinas, sin que hubiera nada más a la vista en todo el planeta. Profano no tenía nada más que una utilidad para la Hegemonía essiel. Por lo demás, dejaban a las ranas que continuaran con lo que cojones hicieran al cabo del día. Todo un mundo dedicado nada más que a dar palmetazos en los nudillos de Aklu y los restantes caídos en desgracia.

O quizá el premio a la chifladura hubiera que dárselo a Aklu, que seguía viniendo a que le dieran con una regla en sus inexistentes nudillos. Aunque desde luego no fuera cosa de Olli discutir nada. Se limitó a seguir sentada en su andador, elevada hasta el cielo por una tecnología que ella —la experta— no podía ni siquiera comprender, y dando vueltas a cómo pudo terminar formando parte de toda esa locura.

De vuelta a la nave de Aklu, fue en primer lugar a los niveles inferiores, para asegurarse de que la *Dios Buitre* no hubiera sido desmontada por alguno de sus gorilas. Aklu tenía buenos técnicos, pero también eran criminales, y ella no quería descubrir en el momento más inoportuno que el equipo necesario para su fuga había sido destripado y vendido por piezas. Las dársenas de la *Omnipotente Guadaña Matutina* no eran el tipo de lugar de trabajo lleno de ruidos y golpeteos al que estaba acostumbrada. Era en parte un templo, en parte un zoo. Cuando terminó de hacer los diagnósticos del equipo de la *Buitre* y volvió a su escorpión, fue a dar un paseo por el lugar. Porque le gustaba. Era relajante. Se entendía mejor con los monstruos que con la gente que la rodeaba, aunque algunos de esos monstruos fueran a la vez personas.

Había un ogdru al mando de otros de su especie que formaban la batería de pilotos de la *Guadaña*. La Hegemonía aún no contaba

con intermediarios humanos, aunque las posibilidades habían crecido gracias al puñetero Partenón, por lo que seguramente sería sólo cuestión de tiempo. Por ahora, cuando el divino essiel quería viajar por el nospacio sin limitarse a los pasajes, podía utilizar a esas bestias. Los ogdru eran originalmente una pacífica especie acuática, por lo que creía entender Olli, del doble de tamaño que los humanos y con un aspecto aterrador, pero de talante filosófico y difíciles de enfurecer. Tuvieron su momento evolutivo en que fueron el principal depredador de sus océanos natales, y de vez en cuando nacía una cría de ogdru que daba rienda suelta a su monstruo interior. Los instintos para la caza y la ausencia general de modales llevaban aparejados una serie de sentidos espaciales que les abrían las puertas del nospacio sin la angustia y el crujir de dientes a los que era tan propenso su amigo Idris. Por otra parte, Idris era al menos en teoría más dócil que un maduro depredador ogdru.

Aklu tenía tres a sus órdenes, dos grandes adultos que medían sus buenos quince metros de largo y acojonaban a Olli cada vez que pasaba junto a sus tanques, y Júnior. Júnior era aproximadamente del tamaño de un ogdru normal, aunque la rama salvaje de su especie crecía bastante más. Cuando se acercó a su tanque —por denominar de alguna forma a ese orbe de agua que flotaba unida gracias a un campo gravitatorio— culebreó para colocarse en un borde, para que ella pudiera extender uno de los brazos del escorpión y rascarle en sus escamas, duras como piedras. La parte delantera de un ogdru era en resumen una mandíbula partida en cuatro, bordeada por una serie de zarcillos sensibles. La parte posterior tenía unos musculosos tentáculos enrollados. Se dijo que uno de los adultos podría aplastar el casco de la *Dios Buitre* de un agarrón, así que era preferible que ese encontronazo no se produjera jamás. Pero Júnior era vivaracho y juguetón, algo así como el pulpito de compañía más mortífero del universo. Júnior le gustaba, y a su vez se había encariñado con ella. Probablemente porque podía rascarle con algo que no podía considerar como comestible.

Se alegró de haber vuelto a bordo, cerquita de su nave. La Hegemonía la asustaba. Aklu la asustaba. Y tan pronto como el convenientemente reprendido señor del crimen volvió a estar a

bordo, buscarían los pasajes que les conducirían a los límites del espacio humano y a Estoc. Eso en teoría la debería hacerse sentir mejor, pero Olli se dio cuenta, allí sentada alimentando a Júnior con inidentificables piezas de carne, que la perspectiva la hacía sentir incómoda. Las cosas se habían salido de madre allí hasta resultarle difíciles de entender. Sus antiguos camaradas estaban todos implicados en algo que parecía tan loco como el ritual al que acababa de asistir en Profano. Todo el mundo había trabado amistad de repente con gente de la que Olli estaba más que segura que no eran amistosos, específicamente respecto a ella. Estar allí rodeada de matones y sectarios era casi normal en comparación. Y por supuesto que ella debía parecer la elección lógica para actuar como enlace con esta rama aberrante del cártel, pero no estaba segura de a quién o quiénes debía informar de lo que había visto.

Extrajo la pizarra interna del escorpión para ver qué informes le habían llegado. Ésa era otra de las novedades: papeleo, aunque fuera sin papel. Y le tocaba encargarse de su parte, claro. Alguien había sido tan idiota como para convertirla en la favorita de un señor del crimen, y eso significaba que, cuando el escorpión se acercaba a uno de los sirvientes de Aklu y Olli le pedía algo con amabilidad, lo que fuera se hacía. No era exactamente poder. No era como Heremon, cuya simple palabra podía hacer que se torturara o matara a gente porque ella tenía un mal día. Olli se sentía obligada a admitir que tenía tantos días malos que quizá era mejor así. Pero si pedía algo de información, o echar un vistazo a las variadas actividades de la Cosecha Rota, se le facilitaba sin más preguntas. Además de asesinos, ladrones y contrabandistas, Aklu utilizaba a buen número de contables, oficinistas y demás. Lo que suponía que su organización producía una montaña de datos, y Olli la estaba recopilando para su uso personal.

Era posible que eso la pusiera en apuros cuando alguien uniera todos los puntos. O quizá ésta fuera una de esas cosas que resultarían problemáticas en cualquier otra parte, pero como la Hegemonía hacía las cosas de manera distinta quizá no le importara a nadie. En todo caso, Olli estaba acaparando información. De naves que estaban donde no se suponía que debían estar. Aunque la mayor parte de los negocios de la Cosecha implicaba que hubiera naves en lugares donde no debían, se dio cuenta de que empezaba a

percibir un patrón.

Lo que buscaba no eran Arquitectos. Eso estaba por encima de su nivel. Ni alguna otra amenaza alienígena como los naeromathi. Nada tan grande. A Olli le preocupaba más lo que hacían sus aparentes aliados. Seguía dándole vueltas al tema mientras se ponía en suspensión, lista para el viaje fuera de la realidad.

Su incomodidad no hizo más que crecer cuando la despertaron en Estoc. Habían navegado por el nospacio de sistema en sistema, usando a los ogdru para emerger en cada pasaje bien lejos de cualquier planeta. Después de todo, eran criminales. Ni a la Hegemonía ni a las Colonias les gustaría verles, precisamente. Por mucho que Aklu fuera parte del cártel del Ojo que estaba al mando de la situación, que les pararan con preguntas cada vez que aparecían en un sistema para terminar diciéndoles «¿sabe usted quiénes somos?» era una absoluta pérdida del tiempo.

Así que se quedó en suspensión bastante tiempo, y se despertó para encontrarse con toda la armada del Partenón revoloteando alrededor de los astilleros de Estoc como si fueran las dueñas del lugar.

Bueno, vale, eran tres naves. Pero de las grandes. Y se suponía que habían venido nada más que a cambiar el turno de las inters parteni que ayudaban en el Ojo. A las parteni les gustaba proteger bien a sus nuevas armas humanas. Aunque la verdad es que no engañaban a nadie. No es que una nave grande pudiera salvarte de un Arquitecto, pero sí te ponía por delante de muchos rivales humanos. Esa actuación recordaba que irían a por las Colonias en el momento en que el cuartel general del cártel diera por seguro el universo.

Alguna de las mejores amigas de Olli eran patis. O puede que no fuera exactamente eso. Una persona con la que se llevaba bien era parteni, aunque a Olli le gustaba pensar que Solaz llevaba el suficiente tiempo fuera del nido como para que hubiera empezado a adoptar algunas costumbres coloniales y sacarse por lo menos la mitad de ese palo que todavía le sobresalía del culo. Pero el resto… De verdad que desconcertaba a Olli la forma en que todo el mundo trataba al Partenón como si fueran sus mejores amigas sólo porque iba bien para la ofensiva contra los Arquitectos. La mujer que había creado de la nada su cultura y su genoma tenía una visión

particular del futuro de la especie humana, y Olli estaba totalmente segura de que alguien tan jodida como ella no habría formado parte de ese futuro. Solaz podía hablar cuanto quisiera sobre que ése no era el camino que habían escogido, pero Olli estaba segura de que alguien en el alto mando pati tenía un plan genocida de siete puntos clavado en la pared de su despacho. Y, lo mismo que esos bastardos de las arcas, una vez que tienes el plan, y dispones de los fondos o el poder necesario para emprenderlo, la naturaleza sigue su curso, ¿verdad?

Una vez que llegó al Ojo, toda la banda se reunió al fin. Kris reorganizó el comedor para colocar unas cuantas mesas juntas, y terminaron disfrutando de un adecuado almuerzo familiar al estilo colonial. Compuesta de la horrible comida prefabricada de las impresoras que habían acoplado en los muros de piedra alienígenas, pero eso era el equivalente de la comida casera para Olli. Allí estaban Kit y ella, y Kris. Olli quería hablar con Kris, como en los viejos tiempos, tan sólo tocarle las narices, quejarse y sacarla de sus casillas. Pero Kris estaba sentada junto a Solaz y las dos charloteaban como si fueran las nuevas súper coleguis. La verdad es que se habían quedado solas, dado que Idris habría estado en el Pozo casi todo el tiempo y Olli había salido a su viaje de intercambio cultural por la Hegemonía. Pero aun así le resultaba irritante que Kris mantuviera la situación una vez que Olli había vuelto y estaba disponible para que la puteara.

También tenían a Trine, la unidad colmenera con rostro holográfico que llevaban siendo supuestamente un gran erudito sobre los originarios desde la guerra. Trine se sentaban junto a Olli y hablaban, y al menos la distraía un poco, aunque en realidad sólo hablaban sobre sí mismo. Su gesto fantasmagórico parpadeaba y sonreía, y el despliegue de brazos repartido por su cuerpo cilíndrico partía cada bocado que le colocaban delante para alimentar a la colonia de cucarachas ciborg que vivían en su interior. A Olli le parecía bien, porque los colmeneros eran buena gente en su opinión. Así que escuchaba vagamente a Trine mientras Kris y Solaz se iban contando anécdotas. Se preguntó si ya estarían durmiendo juntas. Porque todo el mundo sabía cómo se comportaban las parteni al respecto, y Kris no era precisamente tímida. Olli bajó la vista hacia su comida.

Del otro lado de la mesa, pasado Trine, estaba ese siniestro científico, Shinandri, picoteando la comida y respondiendo con ocasionales carcajadas a los comentarios del colmenero. Enfrente tenía a Tokamak Jaine, la ingeniera jefe del Ojo, que era la perfecta técnica colonial de acuerdo al manual de Olli. La forma en que había acondicionado el lugar para ser ocupado por humanos, simplemente atornillando a las paredes cada puñetita que pudieran necesitar, sin florituras ni complicaciones, era el tipo de enfoque práctico que Olli admiraba. Así que ella y Kit hablaban de chismes con Jaine a través de la mesa, algo que al menos parecía normal y razonable. Más que normal, si Olli era sincera. Con lo raro que se había vuelto todo el mundo, a veces sentía que Jaine era la única humana con la que se podía comunicar con naturalidad.

Después de Kit había un hueco y luego estaba Idris, desplomado en un extremo de la mesa como si hubiera llegado antes de tiempo a su propio funeral. Al fin había conseguido sacar su mente del Pozo y su cuerpo de la maquinaria que habían desarrollado Jaine y Shinandri. Tenía un aspecto miserable, como era habitual en Idris en opinión de Olli. Por un momento sus miradas se encontraron, él esbozó una débil sonrisa, y a ella le habría gustado tomarle de su huesudo bracito —el que todavía le quedaba, no el reemplazo mecánico del que había perdido— y llevárselo para hablar a solas. No como en los viejos tiempos, porque Idris nunca había sido hablador, sino sobre los viejos tiempos, y cómo había cambiado todo. Habían sido la tripulación de una nave de rescate errabunda. Una de las buenas, la verdad, porque contaban con Idris y gracias a él podían hacer el tipo de trabajo en el vacío profundo al que nadie más podía llegar, pero sin dejar de ser nada más que una tripulación. Una pequeña familia enlatada, como en las que vivían la mayoría de los espaciales. Ellos dos, además de Kris y Kit. Y el capitán Rollo: muerto. Bamey: muerto. El colmenero Medvig: también muertos. Los espaciales morían y la vida seguía su curso, pero la sensación de Olli era que la vida había dado un giro brusco sin que nadie le consultara. «He pasado demasiado tiempo como mascota de un essiel porque así me sentía más cómoda que con mis verdaderos amigos».

Las conversaciones se apagaron y tuvo la oportunidad de intervenir en voz alta para decirles: «Esto no es para lo que me

apunté. No estoy contenta con cómo van las cosas. ¿Podríamos tomar otro camino?». El problema era que aquí estaban en marcha temas importantes. Estaban salvando al universo de los Arquitectos. ¿Dónde quedaban las preferencias personales de Olian Timo en un escenario semejante? Además, Olian Timo se quejaba y maldecía, pero no se enfadaba. Era dura y arisca, y no se sentía abandonada por sus amigos o se deprimía sólo porque la vida siguiera su curso. Eso era para gente como Idris. Olli era el tipo de persona que siempre estaba dispuesta a arreglar los problemas, no la que los desencadenaba.

Así que pasó el momento y en lugar de intervenir insultó a Trine, algo a lo que el colmenero estaban más que dispuestos a dar réplica. Luego Kit y ella sacaron un pequeño tablero de Paso de Tierra y él le ganó algo de dinero, y luego ambos les rompieron el culo a Shinandri y Jaine en una partida de dos contra dos, lo que fue estupendo. Pero las risas de Solaz y Kris retumbaban al fondo de su cabeza, y ella se puso a pensar en cómo irían las cosas una vez que hubieran terminado con lo que estaban haciendo allí. No se imaginaba a ninguno de ellos volviendo a la *Dios Buitre* para retomar la vida itinerante de una nave de rescate. Serían peces gordos con grandes proyectos, no como ella. Olli sabía de qué puñetero lado se quedaría, y no estaba segura de que fuera a ser el mismo que el de Kris. Desde luego no sería el mismo que el de Solaz.

«Puto Partenón». Soltó alguna brusca excusa, típica de Olli, e hizo que su andador retumbara fuera del comedor. Iba a jugar otra vez con Júnior, y tramar la caída de sus enemigos.

5

Olli

—Tu cara —dijo Olli burlonamente—. Casi como si el universo no girara en torno a ti, después de todo. Aunque lo hace, por si no te has dado cuenta. Al menos esta porción en la que estamos.

Idris ni siquiera la miraba. Era al día siguiente de la comida en que se reunieron todos. Nadie le dejaba jugar hoy con las maquinitas guays por lo mucho que había abusado de ellas. En su lugar, alguien le había sentado delante de un bol de tofusoja, aunque él no se la estuviera comiendo. Olli echó un vistazo alrededor por si acaso Solaz o alguna de sus hermanas pudieran escucharles, y luego apartó una silla para poder ocupar el sitio con su andador.

—Idris —empezó, y luego le clavó una de las puntas de goma de una de sus piernas en la espinilla.

—Hola, Olli. Sí. Idris. Ése soy yo —murmuró. Una mano buscó la cuchara y separó un poco de comida, aunque luego no pareció saber qué hacer con ella.

—Que me jodan, me habían dicho que te has estado friendo el cerebro, pero no me había dado cuenta de lo que te habías llegado a pasar. —Olli meneó la cabeza con disgusto—. Necesitas pegarte una buena tumbada y mirar al techo doce horas o algo así. —Una de las muchas cosas que estaban jodidas en Idris era que llevaba sin dormir desde antes de que Olli naciera. Ni tampoco había envejecido, al parecer. Debió ser todo un numerito cuando le convirtieron en inter.

Por fin Idris la miró directamente, y Olli tuvo que encararse con los abismos insondables sepultados en su mirada.

—No me dejarán volver al Pozo hasta que descanse —dijo, con la voz temblorosa. La mano orgánica que le quedaba daba

golpecitos a la mesa. La prótesis mecánica de la izquierda sostenía totalmente inmóvil la cuchara—. Pero no puedo descansar. Necesito volver a bajar al Pozo.

—Hay una larga lista de cosas que necesitas, y que te ayuden diría que está entre las primeras —gruñó Olli—. Escucha…

—Estoy tan cerca. —Estaba muy tranquilo, aunque la interrumpió con firmeza.

—¿De los Arquitectos? ¿De su nido, o lo que coño tengan?

—De ellos.

Por un momento no cayó en la cuenta de a lo que se refería pero luego lo recordó. Los supuestos amos a los que llevaba persiguiendo desde Berlenhof. Por lo que se refería a Olli, combatir a los Arquitectos era más que de sobra, pero ya había escuchado a Idris hablar las suficientes veces al respecto como para saber que era inútil discutir con él.

—Mira —empezó—. Te has estado forzando demasiado, ¿no te parece? Necesitas una pausa, pero como dices, no puedes apagarte el cerebro sin más. Lo que te convendría es un cambio de aires.

Idris la miró sombríamente.

—Olli…

—Escúchame. Necesitas una pausa. Yo necesito un piloto. Para una pequeña exploración, aquí cerca. Revisiones de seguridad, ¿entiendes? Todos necesitamos una distracción. —Hablaba demasiado deprisa y él estaba demasiado implicado con Solaz y el Partenón como para que Olli le explicara los verdaderos motivos. Necesitaría pruebas palpables para que lo entendiera, y le necesitaba para conseguir esas pruebas. Sus sentidos y su capacidad para llevar a la *Dios Buitre* a cualquier parte—. ¿Qué te parece? Vente a dar un paseíto con la *Buitre*. Como en los viejos tiempos. Que tu cabeza se despeje. Al nospacio de la forma tradicional, sin que te aten a un potro de tortura como he visto que hacen en la Boca del Pozo.

—Olli, no lo entiendes. Tengo que volver.

—Mira, un cambio de perspectiva podría ayudarte, ¿no te parece? Ver otra vez el nospacio desde fuera quizá ponga algo en marcha.

—No es lo mismo. No es como estar dentro. Como hundirse a fondo. —Su voz se tiñó con una nota inquietante, lúgubre. Tanto

como para provocar un estremecimiento. Fuera por lo que fuera lo que Idris estaba pasando, le devoraba por dentro—. El Pozo llega hasta el fondo, Olli —le explicó—. Si pudiera seguir bajando. Si pudiera hacerlo sin que me encuentren. Nunca supimos cómo funcionaba, hasta encontrar el Ojo. Cómo estaba estructurado el nospacio. Puede que no sea real, pero tiene una estructura. Igual que una idea puede tener una forma. Nada más que una idea, pero todo el universo que conocemos se extiende sobre ella, como si fuera una piel. Y es pequeño, Olli, tan pequeño, comparado con lo real. Pero en el corazón de todo, en todas partes, todo el tiempo, todo a la vez. Y en su núcleo… —Una risita entrecortada se le escapó, preocupantemente parecida a las del doctor Shinandri—. Esas viejas historias sobre el inframundo. Donde aguarda un monstruo. ¿Has leído alguna? Un monstruo al que superar para poder ir del otro lado. Hay un monstruo en el nospacio, Olli, y creo que hay algo detrás de él.

—O, simplemente… ahí —respondió ella—. Quiero decir, ¿por qué tiene que haber cosas detrás de cosas que están detrás de otras cosas? ¿Por qué no hay más que un monstruo en el centro de todo? Dado lo jodido que es el universo, eso tendría sentido, ¿no te parece?

Pero Idris sacudía la cabeza violentamente.

—No. Puedo sentirlos ahí. Sólo necesito superarlo y… hablar con ellos. Explicarles. Como pasó con los Arquitectos. Decirles que estamos aquí. Decirles que nos están matando y entonces… todo terminará. Y podré parar.

—Así que la respuesta es que no te vienes conmigo a la *Buitre* —resumió Olli, porque si él podía ser un monomaniaco, ella también. Idris se limitó a parpadear, como si ella hubiera empezado a soltar chirridos estridentes como un hanni, y Olli se rindió.

«Nada que hacer», escribió a Kit. «Sigue diciendo insensateces».

«La poca claridad forma igualmente parte de nuestros propósitos», respondió Kit poco después. Ella le había dicho que quería sacar a la *Buitre* para un reconocimiento pero nada más. Y ahora se veía limitada a los pasajes, porque nadie más iba a prestarle un inter, uno de los recursos más demandados de la galaxia en ese momento.

A no ser que…

«Kit, voy a la *Guadaña*. Te veo allí».

—Sería algo así —dijo Olli, y luego tuvo que detenerse a pensar en cómo sería. O cómo se lo podía explicar de la mejor manera posible a Kit, al menos. Ahora estaba en su escorpión, porque lo prefería cuando iba a la *Omnipotente Guadaña Matutina*, donde además no sorprendía a nadie. Había recogido a Kittering de la *Dios Buitre* y se encontraban en lo que Olli consideraba el acuario de la nave hegemónica, con los tanques de los ogdru flotando como mundos a los lados.

—Dime cómo es —pidió Kittering. Sus ojos inmóviles estaban fijos en ella, con el cuerpo muy rígido y los brazos blindados plantados en el suelo, con una vaga similitud a un humano que se apoyara en los codos. Sus mandíbulas se retorcían y enroscaban una en la otra, y ella le conocía lo suficiente para interpretar todo aquello como inquietud y suspicacia.

—De acuerdo entonces —dijo ella—. Lo que no sabes es que he estado husmeando un poco mientras estuve con la Cosecha. Jueguecitos de espía. Siguiendo el rastro a posibles rivales.

—El Partenón —completó Kittering—. Es conocido.

—No, escucha, intento decirte cosas que no sabes. Porque he estado… Espera… —Olli se inclinó hacia adelante dentro de la cápsula del escorpión—. ¿Qué es lo que sabes?

—La información se ha estado acumulando sobre avistamientos de naves parteni, según informaron varios agentes asociados con la Cosecha Rota y los que tratan con ellos —explicó Kit—. Tu fuente «Hexapos» soy yo mismo, recurriendo a contactos comerciales para ampliar tus fuentes de datos.

—¿Qué cojones? —repuso Olli, al ver su golpe de efecto desvanecido por completo—. ¿Por qué no has dicho nada?

—La presunción de actividad clandestina lo impedía —dijo Kit, y luego aclaró—: Pensé que actuabas en secreto.

—Actuaba en secreto —reventó Olli, en voz lo suficientemente alta como para que causara ondas en los cuerpos suspendidos en agua—. Pero escucha, pensé que a ti… ya sabes, que te gustaba Solaz.

—También a ti —observó Kit.

—Yo… No es que no me guste Solaz. Quiero decir, está guay

para ser una pati. Pero forma parte de su cadena de mando. Si esa monitora Tacto le dice que salte, no se va a poner a discutir, ¿verdad? Y… No creo que haga preguntas, porque sabe que no le gustarían las respuestas. Sólo es que… no confío en el Partenón. Quiero decir, tampoco en el Hum, pero es… Ah, joder. No me di cuenta de que lo sabías. Ahora me siento jodidamente idiota.

—Aún puedes experimentar placer en tu deseo de informarme, aunque el conocimiento ya estuviera presente —le dijo Kittering con entusiasmo—. ¿Hemos terminado?

—Sí. No. Mira, yo… ¿Tienes una pizarra a mano?

Kit se sacó una de detrás de los brazos y la sostuvo cuidadosamente, para que ella pudiera echar un vistazo a los datos que había reunido cuidadosamente. Un complejo enredo de conexiones similar al tablero de un teórico de la conspiración, que mostraba todo tipo de avistamientos de naves parteni. O posibles avistamientos. O rumores de que habían estado en alguna parte.

—Da la impresión de que planean algo —explicó ella, mientras Kit repasaba los datos—. Parece como si estuvieran llevando naves a determinadas posiciones para controlar al Hum, o al cártel, o… cualquier cosa. Me paso el día escuchando a Solaz sobre que no son así, o que ya no lo son, o que… Y cada vez que estamos en el Ojo aparecen otras tres naves y todo es en plan «oh, sólo traemos y llevamos inters, la verdad», pero llegará un día… Quiero decir, que el Ojo, las arcas, todo está ahí sin una puta protección. Igual quieren venganza por esa nave jardín suya que se cargaron, o hacerse con la flota de arcas para que las élites del Hum no puedan escaparse, o capturar el Ojo para ellas, o… algo.

Kit la miró, con las mandíbulas aún inquietas, mientras ella seguía hablando. Olli hizo un gesto de frustración, chasqueó las garras del escorpión e hizo restallar su cola.

—No me crees, ¿verdad? —concluyó—. Suena todo a locura.

—La creencia es sólo una parte en este asunto —dijo Kittering—. Tú no me resultas creíble. Yo no me parezco infalible. Estás angustiada por las posibilidades. ¿Qué propuesta se hace?

—¿Me estás siguiendo el rollo? —gruñó Olli—. ¿Es eso? ¿Me dejas soltar mis sospechas para que me quede a gusto?

Unas rápidas sacudidas de las mandíbulas manifestaron de forma elocuente su exasperación, antes de que el traductor volviera

a hablar.

—No vas a conseguir nada mejor. ¿Preferirías que no te siga el rollo? Estoy siendo un amigo. Sin coste.

Su forma de ser le demandaba revolverse contra algo así y pasar al ataque, convertirlo todo en algo personal, pero Olli se lo tragó porque las palabras de Kit eran en cierta forma una oferta de paz. Él había aceptado tomar en consideración su paranoia, por los viejos tiempos. Y era, como le había dicho, todo lo que ella conseguiría.

—Vale, de acuerdo entonces —dijo ella—. En ese caso, ayúdame a mover este gran globo de agua y engancharlo a la consola de navegación de la *Buitre*.

—¿¡Aclaración necesaria!? —La traducción dejaba de manifiesto la presencia simultánea en la frase de interrogación y exclamación.

—Idris no me va a seguir el juego —le dijo Olli—. Pero no llegaremos a ninguna parte si no hacemos más que seguir los pasajes como parte del tráfico regular. El Partenón ahora tiene inters. No van a conformarse con colocar todas sus naves y soldados en los lugares que cabría esperar. Necesitamos salir de los senderos marcados. Así que vamos a llevarnos prestado a Júnior.

En retrospectiva, Olli se preguntaría si en parte no esperaba que el plan fracasara en sus primeros pasos. Después de todo, lo que hacía era nada menos que quitarle una propiedad de valor incalculable a un criminal alienígena chiflado y cuasi divino, arrebatándoselo del propio centro de su poder, un lugar repleto de asesinos sectarios que obedecían cada uno de sus caprichos. Había pensado que no era algo que se pudiera hacer a la ligera. Salvo que nunca había explorado antes hasta dónde podía llegar su nebulosa influencia sobre Aklu el Inefable, y descubrió que alcanzaba bastante más lejos de lo que se habría imaginado. Cabía imaginar que la ya mencionada locura del jefe suponía que si una de las favoritas de Aklu empezaba a llevarse propiedades importantes, nadie se atrevería a ponerle objeciones por temor a ser eviscerado sumariamente o algo por el estilo. Probablemente habría sido distinto si hubiera ido a por Heremon, el mayordomo colmenero o algún otro personaje destacado. Pero en este caso lo que ocurrió fue que encontró los controles de los generadores gravitatorios que mantenían el tanque esférico de Júnior, averiguó cómo soltarlos de

la estructura de la *Guadaña* y después se limitó a conducir al joven monstruo marino hasta la *Dios Buitre* como si lo llevara atado de una cuerdecita. Había un disco de tres metros por debajo y otro por encima del tanque, y entre los dos producían el tipo de campo de gravedad invulnerable que haría sollozar a un ingeniero colonial. A Olli se le ocurrió que su traición a la Cosecha Rota sería doble, porque además de llevarse a un piloto inestimable, esos generadores eran del tipo de tecnología líquida hegemónica que ninguna otra especie podía replicar. Si decidía ponerlos a la venta y escuchaba las ofertas que le pudieran llegar del Hum o los hanni, seguramente sería muy rica y luego muy cadáver, en ese orden. «Objetivos vitales…».

Júnior y su tanque llenaron gran parte del muelle de drones de la *Buitre*, que era el único lugar de la nave con capacidad suficiente para meterlos. Incluso tuvo que sacar su propia cápsula de control, que normalmente era donde pasaba más tiempo a bordo. Aunque lo cierto es que la vieja *Buitre* usaba una tripulación mínima esos días, dado que Idris, Kris y —la incluyó a regañadientes— Solaz parecían tener cosas mucho mejores que hacer. Así que ella estaba al mando sin más compañía que Kit y podía dejarle sus antiguos dominios a Júnior.

Era como si esa ocupación consolidara un cierto vínculo con el inmaduro espécimen, decidió. Si hubiera intentado secuestrar a uno de los ya crecidos habría tenido que poner a la nave en el tanque más que al tanque en la nave.

—Pues vale, entonces —anunció, una vez se instaló en el andador, porque no quedaba sitio para el escorpión—. Tengo un plan. Un plan de búsqueda. —El espacio, como se suele decir, es muy grande. Pero ni siquiera los intermediarios aparecían sin más en el vacío entre las estrellas. Especialmente si eran, digamos, parte de una flota que debía moverse junta. Se necesitaban puntos de referencia para trazar las rutas, preferiblemente sistemas estelares conocidos. Pero si eras un inter, no era necesario que esos sistemas contaran con pasajes. Y la distancia seguía siendo importante, según entendía Olli. Las partes del universo más alejadas exigían más tiempo de trayecto. Así que había estudiado mapas estelares. No las redes de conexión entre pasajes que parecían una mezcla entre un sistema de transporte planetario y un cuenco de ramen, sino

verdaderos modelos tridimensionales que mostraban la disposición relativa de las estrellas. Con Estoc en el centro y luego el resto. Porque cabía la posibilidad de que, ahí fuera, descubriera restos de naves donde no debería haberlos. Rastros de motores, desperdicios, escombros. Indicios de que alguien con inters disponibles —pongamos por caso, hipotéticamente, el Partenón— estuviera reuniendo una flota de naves de guerra como preparativo para tomar el control del Ojo. Tal vez Olli no entendiera gran parte de lo que pasaba en Estoc, pero sí se daba cuenta de que el Ojo era con absoluta certeza el mayor premio posible ahora mismo en la galaxia. Y todas esas migajas y detallitos, todo ese goteo de datos inquietantes que había extraído de las fuentes de información de la Cosecha, contribuían a sus sospechas de que los perfectos ejemplares genéticos del Partenón no iban a conformarse con compartir ese premio por mucho tiempo más. De forma sibilina, silenciosa, los ángeles guerreros estaban en marcha.

—Júnior, ¿estás conectado? —Cuando acopló al ogdru en el muelle de drones, le pareció que sus generadores se conectaban con los sistemas de la *Buitre*… de manera algo demasiado fácil para su tranquilidad, para ser sinceros. A pesar de que sabía que Júnior no podía entenderla o contestarle, porque un ogdru salvaje no contaba con una inteligencia suficientemente desarrollada. Eran en resumen animales inteligentes. Listos y peligrosos, pero así era justo como le gustaban a Olli.

Metió sus coordenadas elegidas al tuntún en el sistema de la *Buitre* y esperó a ver qué tipo de respuesta le llegaba. La posibilidad de que algún tipo de incompatibilidad esencial de *software* liquidara toda la misión parecía bastante alta.

—¿Júnior? —Su voz llegaría hasta el muelle de drones y sabía que la superficie líquida del tanque permitía el paso de sonido. El ogdru desde luego percibía sonidos, y oía como parte de su capacidad sensorial—. ¿Listo para salir de caza? Sólo di algo, mueve una aleta o lo que sea. —No perdía de vista su ubicación, en la que la forma tentacular daba vueltas alrededor de su pequeño globo de mar.

—Sin detectar ninguna actividad de sistema —comentó Kittering apesadumbrado.

—Ya —admitió Olli—. Hey, Júnior. Vamos allá. —Destacó el

primer punto donde quería buscar en los sistemas de navegación de la *Buitre*. Una localización en la malla que formaban los pasajes a la que ella misma jamás podría llegar con la nave. «Al final voy a tener que secuestrar a Idris, ya verás». Por un momento su mente estuvo por completo ocupada por la imagen de un camino de migas o algo parecido que dirigiera a Idris hasta la *Dios Buitre*, donde ella cerraría la puerta tras él y le recordaría quiénes eran sus verdaderos amigos. Casi ni se enteró cuando habló Kit.

—Actividad de motores registrada…

Salieron disparados al nospacio como si embistieran contra él. No era como lo habría hecho Idris, ni siquiera cuando tartasaltó a través del campo de batalla de Berlenhof aquella vez. Júnior se hizo cargo sin más de los motores gravitacionales de la *Buitre* y convirtió a la nave en una extensión de su cuerpo. Y puesto que Júnior era en el fondo de su ser un letal y sigiloso depredador, proclive a repentinas acometidas con las fauces abiertas, desgarraron brutalmente el intersticio entre lo real y lo irreal, y Olli se encontró tambaleándose de repente, a solas en la cápsula de mando de la *Buitre*. Más sola de lo que cualquier humano lo hubiera estado jamás, la única cosa real en todo el universo. Tan sola que estaba en peligro de salir por el otro lado y encontrarse con alguien al que realmente no quería ver.

Obligó al andador a dirigirse adonde se encontraban las camas de suspensión, a sabiendas de que, en su propio universo, Kit estaría deslizándose hacia la cápsula adaptada para hannis de su habitación con el mismo propósito. Sacar su cuerpo truncado del andador y echarse en la cama fue un desafío, y todo a la vez que los pelos de su nuca le decían que había algo que le prestaba atención. Se había fijado en la pobre Olian Timo, que peleaba contra sus limitaciones biológicas, algo que le llamaba como si fuera sangre en el agua. Luego ella se dejó caer en la cama de suspensión, al menos en la parte de ella que llenaba con su cuerpo, y utilizó sus implantes para fijar el momento de despertarla tan pronto como salieran del nospacio. Pulsó mentalmente el último botón que la haría perder el conocimiento. Por entonces sus ojos ya estaban cerrados porque no quería mirar a través de la cobertura trasparente de la cama y encontrarse con algo que le devolviera la mirada.

Y entonces la cama la despertó de nuevo y al momento estuvo

lista y en movimiento, consciente de que si su presentimiento obtenía resultados esta primera vez, quería estar totalmente preparada para sacarle partido. Se conectó a los sensores y sistemas de la nave. Pidió informes.

Nada.

Habían vuelto a la realidad mucho más lejos de la estrella de destino de lo que le habría gustado a cualquier piloto humano, pero era de imaginar que a los ogdru no les importaba tanto, lo mismo que no parecían importarles los horrores de la cosa del nospacio que afectaban tanto a la mente humana. Ventajas de ser una bestia estúpida. Había tres planetas en el sistema, un pedrusco y dos grandes globos gaseosos. Olli usó todos los escáneres que había preparado para detectar las huellas de la amenazante flota parteni. Pero no había nada.

Tan sólo era un primer intento, y tenía un buen número de alternativas. Incluso si las reducía al área que tuviera a su alcance un ataque rápido contra Estoc, el espacio era muy grande.

Se enlazó brevemente con Kit, y luego indicó el siguiente lugar en su tablero. Esta vez ni siquiera salió de la cama, y se aseguró de que estaría inconsciente en cuanto Júnior volviera a estar a los mandos.

Para la novena salida a la realidad ya había establecido una rutina. Después de todo, siempre había sabido que el camino sería largo. Se despertaba, comprobaba las lecturas, luego dejaba que la *Buitre* deambulara un poco. Vio grandes estrellas rojas y estrellas blancoazuladas, amistosas estrellas amarillas y una decadente ambarina que apenas podía considerarse ya como tal. Hubo planetas que no eran más que peñascos, algunas bolas de hielo, y uno que mantenía una próspera biosfera de resplandeciente verdor. Puede que incluso hubiera vida allá abajo que mirara al cielo y soñara con la posibilidad de que existiera algo ahí fuera, pero dado que ese sistema estaba totalmente alejado de los pasajes, y Olli no tenía tiempo de decir «hola», nadie lo sabría jamás.

Después de todo, su itinerario incluía un buen montón de destinos más.

Idris y los otros inters puede que se quejaran siempre del peaje de pasar demasiado tiempo despiertos en el nospacio, pero para el

vigésimo octavo despertar de Olli, ya le parecía que podía ser menos desagradable que rebotar como una pelota al entrar y salir de la inconsciencia. Júnior parecía estar más que contento de retozar como si fuera una mascota medio entrenada, mientras seguían sin descubrir exactamente nada. Oh, una barbaridad de datos que probablemente podría vender al Cuerpo Cartográfico, pero no lo que había estado segura de encontrar. Ningún rastro de una acechante amenaza parteni que se cerniera sobre Estoc en el vacío, donde el tráfico normal no se aventuraba. Era frustrantemente consciente de que aquello no suponía que no estuvieran allí, con tanto universo en el que esconderse, incluso muy cerca. Pero después de haber pasado tanto tiempo buscando averiguar la mejor forma en que otras naves podrían acercarse sigilosamente al proyecto del Ojo, estaba segura de que las descubriría con las manos en la masa. Pero no había sido nada más que una fantasía nacida de su propia suspicacia, y necesitaba pensar en que al menos habría conseguido algo.

—Kit, cometí un error —admitió. Había salido de la cama y detenido la búsqueda. Estaba de vuelta en el andador y caminaba hacía el puesto de mando.

—Era la revelación esperada —dijo Kit por el comunicador de la nave. Dada su mayor movilidad, ya estaba en su puesto cuando ella llegó.

—No me creíste desde el principio, ¿verdad?

—Eso es correcto.

—¿Voy a escuchar un «te lo dije»?

—A partir del hecho de que esas palabras no fueron dichas, sería impreciso. Considérate a ti misma disculpada. ¿Te hace sentir mejor?

Olli dirigió al hanni una mirada penetrante.

—¿Todavía me sigues el rollo?

—Como un amigo.

¿Quién podría decir lo que «amigo» significaba realmente para Kit? Pero los hanni y los humanos tenían muchos sentimientos similares, así que ella tuvo que admitir que posiblemente sería un concepto que ambas especies compartían. O al menos prefería creerlo así.

—He sido una gilipollas.

—No hay discusión al respecto.

—Que te jodan —decidió—. Vamos a casa a ver en cuántos problemas nos hemos metido con Aklu. —Y entonces Júnior tomó el control de la nave.

No había diseñado los controles para que pudiera hacerlo, pero al parecer la tecnología hegemónica era capaz de superar todos los obstáculos que ella pudiera plantear. Había paseado a Júnior lo suficiente hasta ese momento como para que el ogdru no pusiera ninguna pega, pero ahora que habían parado de vagabundear, su bulliciosa mascota se aburría.

—No, espera… —empezó Olli antes de que la *Dios Buitre* volviera a sumergirse en el nospacio.

Sólo había llevado a su andador medio camino de vuelta a la cama de suspensión cuando volvieron a salir, y dejó a medias una maldición y unos insultos confusos hacia Júnior antes de que el Ogdru les volviera a propulsar fuera de la realidad. De nuevo sola, Olli sintió un momento de pánico ante la sensación de que la presencia invisible no se había alejado de ellos desde la última vez, en lugar de volver a la casilla de salida como debería haber hecho. Casi se tiró fuera del exoesqueleto, pero luego hizo que sus piernas la llevaran hasta la cama. Ya estaban de vuelta en la realidad cuando llegó allí. Le gritó a Júnior mientras Kit le gritaba a ella. Y volvieron a sumergirse. Luchó contra sus implantes y los sistemas de la nave. Intentó anular el acceso de Júnior sin dejar de sentirse aterrorizada por la idea de que, si lo hacía en el nospacio, puede que no volvieran nunca. Cuando volvieron a la realidad y comprobó las lecturas de los sensores, supo que estaban en algún lugar totalmente alejado del área a la que había limitado su búsqueda, y se dio cuenta de que Júnior ya no continuaba con su caza, sino que iba de un lado a otro del universo de forma aleatoria, totalmente fuera de control. Porque era un inmaduro monstruo marino alienígena con la percepción del nospacio propia de un inter, y le habían tratado como a una mascota.

Cuando volvieron a deslizarse al nospacio la siguiente vez no quiso ponerse en suspensión, porque para entonces podía sentir a la Presencia completamente dentro de la nave. Esa Presencia mítica de la que Idris solía hablar. Estaba allí, justo fuera, en el pasillo central. Y si ella se dormía, seguiría allí, vendría a su cápsula para

contemplar su silueta indefensa…

De nuevo en la realidad, tras un cambio brusco y estrepitoso. Ahora le imploraba a Júnior, berreando en los comunicadores:

—¡Se acabó! ¡No lo hagas más, por favor!

Luego escuchó a Kit.

—Se ha producido una detención.

—¿Qué? —preguntó.

—Corrección. Hay órdenes de que nos preparemos para ser abordados. ¡Somos un objetivo!

Olli rebuscó en su consola hasta ver lo que había ahí fuera.

Estaban en un sistema que sólo tenía un número como descripción en la base de datos colonial. El Cuerpo Cartográfico ni siquiera había ido allí jamás. Una furiosa estrella naranja rodeada por un anillo de polvo y piedras, muy espaciadas, que nunca llegaron a formar un planeta o dejaron de serlo mucho tiempo atrás.

Y habían aparecido justo al lado de la flota parteni. Aquí estaba. Júnior no se había limitado a deambular como un perrillo con problemas de atención. Había intuido lo que buscaba y había salido a por ello. De la manera adecuada, persiguiendo el rastro a través del vacío. Porque la caza era algo que los ogdru salvajes comprendían. Uno de ellos rastreó tiempo atrás a la *Buitre* a través del nospacio, algo que no era posible según los conocimientos coloniales. Los ogdru experimentaban lo irreal a unos niveles más profundos que los inters humanos, sólo que no eran capaces de compartir sus experiencias.

Pero ahora Júnior había dado con la guarida de su presa. Toda una flota: cuatro grandes naves de guerra y un enjambre de vehículos auxiliares. Al acecho más allá de los pasajes, exactamente como había imaginado Olli. Salvo que ella también había imaginado que las avistaría desde mucha mayor distancia de a la que se encontraban, con lo que ya estaban apuntando a la *Buitre* con sus mecanismos de rastreo y le exigían saber quiénes eran. Pedían su rendición para subir a bordo a una escuadra de mirmidones. Olli no se hacía ilusiones sobre lo que pasaría después.

—¡Llévanos a casa! —gritó, intentando dar instrucciones de una forma en que Júnior las comprendiera. Y justo entonces las parteni perdieron la paciencia y empezaron a disparar.

Kit ya había puesto en juego su mejor protección gravitatoria, y

quizá las parteni no se esperaran que un pequeño remolcador destartalado fuera capaz de encajar tantos golpes, porque la primera salva de aceleradores se desvió de su rumbo en un arcoiris de frustración.

—¡Vámonos! —le gritó Olli a Júnior, por todos los medios que se le ocurrieron para que la instrucción llegara clara hasta el tanque del ogdru. Las cámaras del muelle de drones mostraron a su improvisado piloto dando volteretas en su burbuja líquida, al parecer muy satisfecho de sí mismo. Parecía decir: «¡Os traje hasta aquí! ¿A que soy listo?».

—¡Vámonos! ¡A casa! ¡Con Aklu! ¡Joder, a casa! —gritó Olli, sin resultado. Si Júnior no estaba recibiendo sus instrucciones por el sistema, mucho menos mediante una simple voz humana. La siguiente ráfaga de disparos ya llegaba hacia ellos tras los cálculos compensatorios de las artilleras parteni.

La impresión era que su objetivo era inutilizar la *Buitre*, para poder luego abrirse paso y averiguar qué tenía dentro. Fue la desordenada forma de trabajo de los espaciales la que salvó la situación, porque ninguna parte de las entrañas de la vieja nave de salvamento estaba exactamente donde se suponía que debería estar: todo se había reubicado una docena de veces desde el montaje original. Olli vio todo un desfile de notificaciones de daños, pero los sistemas vitales a los que apuntaban las patis sobrevivían. Con todo, el tablero refulgía en rojo y la nave daba la convincente impresión de estar a punto de convertirse en un fantasma.

Júnior captó el significado de la situación y les devolvió al nospacio de forma tan súbita que Olli se mordió la lengua.

Viajaron más tiempo esta vez, con la Presencia a bordo desde el principio. Ahora merodeaba en su camino a la cápsula de suspensión, el astuto cabrón. No debía perder el conocimiento, porque no podía saber qué la esperaría cuando volvieran a emerger a lo real. Así que Olli cerró los ojos y cortó su propio acceso a los sistemas de la nave. Y luchó contra sus propios intentos de restablecerlo. Porque su única herramienta ahora mismo era limitar su capacidad de matarse, al no poder utilizar la nave como herramienta suicida.

Después de demasiado tiempo, volvieron a lo real, y cada músculo de su cuerpo dolía por el periodo de tensión y

agarrotamiento. Juró no volver a meterse jamás con Idris.

—¿Kit? —preguntó, porque lo primero era lo primero.

Pero Kit se había metido en su cápsula y al parecer había pasado por todo aquello durmiendo. Ahora se despertaría de unos seguramente dulces sueños.

Activó los sensores de la nave. Estaban… bueno, en ninguna parte, la verdad. Literalmente. Ni siquiera una estrella. Tenían que huir, así que Júnior les había llevado al rincón inencontrable más cercano. Olli sintió por un momento casi un horror existencial al saberse ubicada en el vacío entre estrellas, de una forma en la que verdaderamente no se había encontrado jamás.

Luego recordó con exactitud de lo que huían. Porque el siguiente punto del orden del día era dar a conocer lo que habían visto. Que todo el mundo supiera que el Partenón era una banda de putas traicioneras como lo había sabido ella siempre. Oh, seguro que no les faltarían buenas razones por las que mantener toda una flota escondida en un área no transitada, pero cercana a Estoc. Esperaba escuchar las justificaciones que pudiera encontrar Solaz.

Bueno, la verdad es que no. Se dio cuenta de que en realidad no quería encararse con Solaz, porque estaba completamente segura de que, fuera lo que fuera en lo que andaban las parteni, no se lo habrían contado a su hermanita del alma. La verdad era que explicarle aquello a Solaz sería doloroso. Olli se sintió sorprendida por lo poco que le apetecía hacerlo. Pero lo que sí era necesario era contárselo a alguien.

—Aklu —decidió—. Volvamos a Estoc y Aklu verá qué hacer. —O al menos esperaba que lo supiera. Aunque era difícil saber por dónde podía salir en cualquier circunstancia Cuchilla y Gancho. No reaccionaba ante las situaciones como lo haría un humano. «Se lo podría decir a esa puta enclenque de Laery», consideró Olli, hasta que consiguió que la *Buitre* le revelara al fin dónde se encontraban. Al parecer en absoluto cerca de Estoc, porque Júnior realmente les había escondido. Pero no se había limitado a alejarles de cualquier cosa. De hecho, estaban de vuelta en los dominios de Olli. Se habían escondido de las parteni bajo las faldas de las Colonias. Por lo que pudo deducir, estaban a un salto corto de distancia de unos cuantos mundos humanos. Y en ese momento no confiaba en la nave más que para dar algún salto corto. Si hubiera comprendido

correctamente los informes de daños, podría haberse muerto de miedo sin más durante la prolongada caída al nospacio. La *Buitre* renqueaba, y toda una exhibición de luces rojas en el tablero de mandos afectaba a los trayectos nospaciales.

«Laery», se repitió. No conocía a Laery. Havaer sí, pero no confiaba en Havaer. Laery había estado lista para bajarse del barco y empezar a estrechar las manos de todo tipo de personajes, unos cuantos de los cuales ni siquiera tenían manos. Quién podía saber a qué tipo de acuerdos retorcidos podría llegar con el Partenón.

Hablar con Laery podía ser una forma rápida de que la vieja Olli, Kit y la *Dios Buitre* desaparecieran sin que nadie pudiera descubrir lo que les había pasado. Seguro que Laery había escondido unos cuantos cadáveres cuando le tocó hacerlo.

Y Aklu tenía una nave. Era una buena nave, desde luego. Era hegemónica. Pero, ¿podría enfrentarse con ella a toda una flota del Partenón? ¿Hasta qué punto quería apostar por algo así? ¿Y qué pasaría si a Aklu, simplemente… aquello no le importara? El Partenón, las Colonias, todos ellos no eran nada más que humanos, ¿no? Ni siquiera esos simpáticos sectarios humanos con sus túnicas rojas. ¿Qué pasaría si iba a Aklu y Cuchilla declinaba engancharse a la situación?

Había una flota parteni, y probablemente convertiría a Estoc en un lugar al ciento por ciento parteni que pudieran usar contra las Colonias tan pronto como hicieran retirarse a los Arquitectos… o incluso antes. O puede que pasaran de Estoc y aparecieran sobre Berlenhof, con su reluciente promoción de intermediarias liberadas de la misión contra los Arquitectos en el Ojo. Porque Idris, el tonto del culo, había pensado que podía confiar en ellas y les había dado acceso al universo.

—No —dijo. Kit clavó la mirada en ella—. La idea me gusta incluso menos que a ti, Kit, pero tenemos que ir por lo legal. —Casi escupió. Toda su vida había sido una espacial orgullosa de su independencia de cualquier control externo, que hablaba de las Colonias y sus gobiernos con disgusto y una absoluta falta de respeto. Un obstáculo que evitar, antes que cualquier posible fuente de ayuda o protección frente al universo. Pero ahora mismo, si quería poner una piedra lo suficientemente grande ante las ruedas del avance del Partenón, sólo había un sitio al que acudir.

Sólo harían pequeños saltos al nospacio en el camino de vuelta a Estoc. No confiaba en que la *Buitre* fuera capaz de nada más. Casi podría trazar una línea de puntos que les condujera a través de pasajes siempre que fuera posible. Y podía torcer un poco esa línea para pasar por toda una serie de sistemas con presencia de la armada colonial.

Iba a chivarse de las ángeles del Partenón al gobierno, y eso le dejaba un regusto muy amargo en la garganta.

6

Ravin

—¿La identificación es segura? —insistió Ravin Uskaro—. ¿Es la *Dios Buitre*?

En la pantalla —el espejo con marco ornamentado de su habitación— su sobrino Piter asintió. El chico estaba sonriendo, lo que podía ser buena o mala señal. El sobrino y potencial heredero de Ravin seguía siendo, pese a sus mejores esfuerzos por educarle, un bala perdida. La leve sonrisa podía indicar un triunfo para la familia o la convicción de que podría satisfacer alguna cuentecilla pendiente que terminaría con Ravin invirtiendo dinero y tiempo para paliar los daños.

—Les han avistado ya tres veces —informó Piter—. Salen del nospacio cerca de instalaciones de la armada, emiten una letanía incoherente y vuelven a marcharse.

Ravin estudió los datos, ya superpuestos con un mapa de pasajes. No le llevó mucho tiempo ver que la *Buitre* estaba en rumbo de vuelta a Estoc. A saber la razón exacta por la que se habían alejado tanto de sus caladeros habituales.

—¿Y dañada, has dicho? —preguntó.

—Es lo que indica la mayoría de las fuentes —confirmó Piter—. Alguien les dejó bastante tocados.

Ravin había tratado más de la cuenta con la tripulación de la *Dios Buitre* seis meses atrás. Su abogada, Almier, casi había matado a Piter, y esa asesina tullida que ejercía de ingeniera se había abierto paso en la propia nave de los Uskaro. No sería exagerado decir que no eran sus vagabundos favoritos de la galaxia. Revisó los mensajes que había estado enviando la *Buitre,* que estaban suficientemente salpicados de palabras gruesas como para sugerir que la asesina tullida estaba ahora al mando.

«Una alerta», reflexionó. «Sobre el Partenón». Y por ahora la armada no la estaba tomando en serio, porque la *Dios Buitre* no era una fuente creíble. Pero Piter había estado en contacto con partidarios de Ravin dentro del cuerpo, buenos soldados que habían decidido que la familia debía estar informada.

Unos sencillos algoritmos le permitieron predecir el rumbo de la *Buitre*. Si estaban trazando una línea desde donde estuvieron hasta Estoc, especialmente a través de sistemas con presencia de la armada colonial, era bastante fácil comprender sus intenciones.

—Piter —le dijo—, informa a nuestros amigos de que hemos transmitido el mensaje a los interesados más relevantes, y que no se preocupen más al respecto. Sin duda no es más que otra intriga de esos réprobos de la *Buitre* tocándole las narices a todo el mundo, como suelen hacer, pero vamos a echarle un vistazo por si acaso. Recuérdales la turbulenta relación de nuestra familia con el Partenón. Después de todo, ¿quién mejor que nosotros para descubrir si hay algo detrás de esta historia?

Luego se tomó unos instantes para reflexionar sobre la situación. En ese momento estaba muy cerca de un montón de cosas. Una tirada de dados que lo arriesgaría todo para quedarse con todo. ¿Podía permitirse desentenderse de la *Dios Buitre* deambulando con su extraño y alarmante mensaje?

No sería el hombre que era si dejara al azar ese tipo de cosas.

Envió a Piter las coordenadas de la posible siguiente aparición de la nave en el espacio real, así como a una serie de naves militares que eligió sin seguir la cadena de mando establecida. Las que contaban con capitanes cuya simpatías por los nativistas fueran lo suficientemente intensas, o se consideraran a sí mismos magdanos antes que coloniales. También se daba el caso de otra nave en que la capitana era una sobrina suya. Un grupo especialmente escogido, aparte de todas las fuerzas que había sido capaz de reunir para su próximo y desesperado intento por recuperar el equilibrio en el universo.

Y todo ello dependía en gran medida de esa única reunión que había mantenido sólo unos días antes. Ese rostro inesperado que apareció en su pantalla, rompiendo su aislamiento para hacerle una propuesta muy interesante. Después de que Laery le hubiera abroncado y enviado a Magda con un inter muerto en su conciencia

Olli

La armada les estaba esperando cuando emergieron esta vez del nospacio. Olli se les quedó mirando nada más por un momento, como si los militares coloniales hubieran utilizado algún hechizo o algo. Un instante después el sentido común le recordó que ella y Kit no habían sido exactamente sutiles en esa línea que habían trazado a través del nospacio y la realidad.

—Bueno, supongo que después de todo alguien nos estaba escuchando —admitió, mirando el pequeño bloqueo militar. No había quedado claro antes si alguien había reparado en ellos. Ahora que sí, no sabía cómo sentirse al respecto.

Se sintiera como fuera, el contexto quedó claro que era serio cuando les llegó una orden de detenerse.

—*Dios Buitre*, aquí la nave de la armada colonial *Retarius*. Parece que tienen algo que contarnos.

Olli se quedó pensativa. Sin dirigir su mirada al tablero o a Kit, daba vueltas a algo dentro de su propia cabeza. Malos recuerdos, imágenes de peleas. Porque conocía esa voz.

Kit estaba arañando su andador, con el evidente deseo de salir cagando leches de allí. Podía entenderle. No era difícil reconocer el tono engreído y pagado de sí mismo del boyardo Piter Uskaro.

—¿Qué cojones quieres? —le preguntó.

Si él se ofendió en alguna medida por aquella falta de respeto hacia sus privilegios feudales, no se traslució en su voz.

—¿Qué es eso del Partenón?

—¿Ya han atacado Estoc? —reventó Olli antes de poder controlarse. Kit ahora le estaba pinchando y ella se lo sacudió de encima, irritada.

—¿Atacar Estoc? —Piter posiblemente quería parecer desconcertado, pero lo único que consiguió fue sonar burlón—. ¿A qué se refiere? —Un suspiro—. Mire, Timo, ¿se llama así? Si tiene algún aviso que hacer sobre las parteni, hablemos. Tampoco son amigas nuestras.

Olli pestañeó. Las cámaras del muelle de drones mostraban a Júnior dando vueltas en su tanque, inseguro.

—No vamos a acercarnos —le dijo a Piter—. Súbete a un transbordador, ven aquí y hablamos.

—Sentimientos insatisfactorios presentes —destacó Kit. Olli le hizo una mueca.

—No es lo ideal, lo entiendo —admitió al hanni—. Pero piénsalo Si hubiéramos ido a contárselo a Aklu, no sabemos por dónde habría salido la almeja cabrona. Y la *Guadaña* es un juguete estupendo, pero, ¿podría plantar cara sola a todas esas naves parteni?

Kit produjo un sonido chirriante con sus mandíbulas que no se tradujo.

—Mira —continuó Olli, consciente de su necesidad de seguir hablando del tema en voz alta para vencer sus propias reservas—. Sé que ya las hemos tenido con estos pájaros antes. Son unos mierdas. Se llevarían a Idris si pudieran. Pero si tenemos que enfrentar a unos mierdas con otras por un bien mayor, ¿no es lo más conveniente? Y son de las Colonias, ¿no? Son humanos.

—La humanidad es uno de sus atributos. —Kittering no la miraba, sino que su blindaje se movía sobre su propia consola—. También lo posee Solaz.

Un transbordador ya había salido de la *Retarius* en su dirección. Olli movió cuidadosamente la *Buitre* de forma que la trayectoria del transbordador complicara cualquier movimiento ofensivo de la nave de guerra.

—¿Qué quieres decir? —le gritó a Kit—. ¿Crees que vamos a ir, darle un abrazo, y ella encontrará de algún modo las pelotas necesarias para hacer que las suyas se retiren? Me gusta Solaz, Kit. Pero ella no es su gente. No puedes confiar en las parteni. Demasiadas de ellas nos miran y les parecemos obsoletos. Mediotipos de ayer. Y los Uskaro son unos cabrones ambiciosos, desde luego, pero no van a empezar ningún genocidio a corto plazo. Puede que ellos y las patis se revienten mutuamente y hagan del universo un lugar mejor.

—Emerge una falta de convicción —respondió Kittering.

—Si tienes algo que decir, adelante.

Por un momento sólo se miraron, pero la pequeña corona de ojos del hanni se apartó de ella con decisión. Entonces se alzó en su taburete, con un bailecito de sus piernas articuladas para colocarse frente a ella y los brazos levantados. Era una postura firme para un hanni, propia de una pelea o una discusión. Se dio cuenta de que

estaba enfadado. O lo que sintieran los hanni como enfado.

—Esto va demasiado lejos —empezó Kit—. Son socios nada fiables. —O eso es lo que soltó el traductor, aunque se dio cuenta de que se correspondía con palabras seriamente malsonantes en el hanni original—. Acuerdos anteriores aseguran nula confianza. Todos los anteriores contratos cerrados con Solaz proporcionaron beneficios más allá de las expectativas. Estos arreglos no serían aprobados por Kris o Idris. O Rollo.

Olli abrió la boca para decir algo de lo que se arrepentiría, sobre el cadáver de Rollo y demás. La loca aventura que le había costado la vida fue una a la que Solaz se apuntó sin que hiciera falta. Olli se daba cuenta de que podía retorcer eso hasta un «sin ella, seguiría vivo», pero no era tan deshonesta consigo misma.

—No lo pillas —murmuró con hosquedad—. Tú… Son humanos. Humanos y patis. O humanos normales y humanas del Partenón, si quieres. Pero… Es como si hubiera ahí fuera otros hanni que pudieran venir en cualquier momento, apartaros de cualquier buen negocio, llevarse todo para sus crías y dejaros sin nada. ¿Me entiendes?

—Tus poco entusiastas intentos de entender mi ciclo vital aparte —repuso con acidez Kit—, éste no es un comportamiento adecuado. De lo que eres consciente.

—No tienes que decirme de lo que soy consciente. —Vio cómo el transbordador se aproximaba.

—Recibes el beneficio de la duda en recuerdo a mi estima hacia tu carácter ético.

Olli tomó aire para otra respuesta furibunda. Algo que elevara el tono, que volcara todo sobre Kit, y abriera otro frente para no tener que lidiar con éste. Quizá llamarle cangrejo mamón, y soltar unos pocos estereotipos sobre los hanni y su ansia de beneficios con los que apartarse del problema real. Pero se detuvo. Era mejor apartar cualquier distracción de la verdad desnuda. De lo que la asustaba más.

—No podemos dejar que el Partenón siga adelante —dijo—. Necesitamos a estos cabrones para lidiar con sus cabronas. Que el resultado sea… cabronez mutuamente anulada. O algo así. No puedes entenderlo, Kit. Es la guerra. Los hanni no tenéis guerras.

—Hubo guerras hechas por los hanni —respondió Kit—. No os

son conocidas. Mejoramos. ¿Por qué crees que nos gustan tanto los juegos?

Olli encajó eso, se preguntó si realmente era la más lista en esa discusión, y aceptó que lo que Kit decía armonizaba con una vocecita en su interior que llevaba un rato intentando atraer su atención.

—Vale —aceptó—. De acuerdo entonces. —El transbordador estaba cerca, les saludaba, les decía que mantuvieran la posición. En su lugar, empezó a dejar que la *Buitre* se alejara a la deriva del punto de encuentro que buscaba la lanzadera.

Les llegó de inmediato una batería de avisos tanto del transbordador como de la *Retarius*. Les decían que apagaran motores y se quedaran quietos. Que se prepararan para ser abordados. Esta última orden fue la gota que colmó la paciencia de Olli. De repente el transbordador había dejado de ser una delegación negociadora, debía ir lleno de tropas o de guardias *voyenni* magdanos.

—Júnior, vamos. Ahora. Vámonos ahora. ¡Sácanos de aquí ya!

La primera ráfaga de acelerador ya estaba en camino, detectada por sus instrumentos sólo un instante antes del impacto. Una multitud de proyectiles inundó el volumen de espacio en el que se encontraban y los suficientes alcanzaron a la *Buitre* como para que todo el tablero de Olli volviera a teñirse de rojo, y luego muriera. Sonaron alarmas y luego la mitad se pararon por las peores razones posibles, no porque todo se hubiera arreglado milagrosamente. Estaban perdiendo atmósfera y no podía ajustar el envoltorio gravitacional para retenerla, porque Kit estaba usando todo lo que les quedaba para defenderse de la siguiente salva de disparos.

«¿Qué? ¿Tanto me odian los Uskaro?». Y sí, por supuesto que sí. Había desguazado su magnífico yate la última vez, y antes no habían sido tampoco de fiar. No tendría que sorprenderse. Pero sí había pensado que serían capaces de entender las situaciones a gran escala, en particular a la luz de la información que acababa de pasarles.

Los esfuerzos de Kit con el escudo les salvaron de la siguiente explosión. La *Buitre* estaba dando tumbos salvajemente, con algunos de sus motores de reacción en marcha, incluso los que no quería, mientras que otros no respondían. Los impulsores brachator

que deberían haber estado tirando de ellos a izquierda y derecha contra la microestructura gravitacional del espacio hacían algo, pero fuera lo que fuera, ni ella ni Kit podían contrarrestarlos. La *Buitre* era una bala perdida, y ahora mismo eso significaba, entre el escudo y su rumbo descontrolado, que la segunda descarga no les había hecho nuevos agujeros. Pero era una situación estrictamente temporal.

—¡Anillo gravitatorio a máxima potencia! ¿Qué estás haciendo? —le preguntó Kit. De repente ya no tenían escudos y toda la energía disponible se dirigía a los impulsores principales.

—No soy yo —dijo Olli, y obviamente Kit tampoco, lo que sólo podía querer decir algo malo. Lo más probable, que era inminente un fallo terminal de los motores. No es que los impulsores tuvieran para entonces mucho con lo que explotar, pero la energía potencial en la frontera espacio-nospacio podía proporcionar combustible de sobra. Y si los motores la acumulaban y luego perdían el control, ofrecerían unos preciosos fuegos artificiales para disfrute de Ravin Uskaro, y no dejarían tras de sí restos suficientes ni siquiera para llenar una de sus elegantes copas de vino.

Su pantalla se llenó con caracteres. Eran letras en colvul, porque la *Buitre* tenía un sistema informático colonial, pero fuera lo que fuera lo que quisiera expresarse lo que apareció era una jerigonza incomprensible. Le dio muy malas vibraciones, con todo. Como que había algo que había entrado en pánico, gritaba e intentaba huir.

No prestaba atención al muelle de drones, no con los daños que habían sufrido. Pero era evidente que la zona mantenía la conexión con el resto de la nave porque mantenía el contacto con Júnior. Puede que el ogdru fuera un depredador, pero todos los depredadores saben cuándo han sido superados. Su monstruosa mascota quería huir y Olli no tenía ni idea de si la *Buitre* estaba lo bastante entera para sobrevivir al consiguiente tránsito.

Pero no es que fueran a seguir allí por mucho tiempo tampoco.

Se giró para mirar a Kit, para avisarle como pudiera, cuando la *Dios Buitre* fue arrancada de la realidad y se fue, soltando piezas y chorreando atmósfera.

Ravin

El *morzarin* Ravin Uskaro vio cómo la masa andrajosa de la *Dios Buitre* se abría paso al nospacio. El capitán de la *Retarius* informó de inmediato de que la nave de salvamento tenía un setenta por ciento de posibilidades de no sobrevivir a su reentrada a la realidad, considerando las estimaciones de daños sufridos. La propia predicción sombría de Ravin era que no había visto por última vez a la apestosa nave. Era más difícil librarse de Olian Timo que de una enfermedad venérea que trabajara recaudando impuestos para el Hum.

Pero tampoco conseguiría nada con su estúpida alarma. No por un tiempo. Lo que dejaba limpio el tablero para que Ravin hiciera su siguiente movimiento. De acuerdo con su nueva alianza.

Ese inesperado contacto que llegó después de que Laery le dejara inerme. El rostro inesperado que apareció en su pantalla personal. La última cara que habría esperado ver en todo el universo, en cualquiera de sus encarnaciones. Enemiga, y pese a todo…

Un encuentro en persona habría parecido absurdo, dadas las circunstancias. Si no hubiera sido por la naturaleza de su confrontación, sin duda podrían haberlo tratado todo a distancia, a través de una transmisión convenientemente codificada. Pero sus adversarios incluían a los mejores espías coloniales, a las del Partenón y, lo peor de todo, a los colmeneros. Nadie sabía realmente hasta qué punto se habían infiltrado en los asuntos humanos. Habían sido los mejores amigos de todos y las herramientas más útiles durante décadas.

El hecho de que Ravin se enfrentara tanto con su propia gente como con el Partenón convertía en problemático cualquier posible encuentro de subordinados. Así que él mismo partió para esa cita secreta en la reformada *Raptórida*, purgada de cualquier cosa que oliera a tecnología colmenera. Él y su sobrino Piter, su peón y co-conspirador desde que el chico llegó a la mayoría de edad. Junto a ellos viajó un reducido grupo de su personal, hombres cuyas familias tenían vínculos con los Uskaro desde hacía generaciones, y también sus guardias *voyenni*, que morirían por él si era necesario sin dudas ni preguntas.

Podría haber resultado ser un trampa, pero desde que el maldito cártel se había puesto al mando Ravin se sentía ya en una trampa.

Todos los planes de los constructores de arcas habían quedado expuestos y arruinados por la maldita gente de Laery. Se había terminado la posibilidad de pastorear apaciblemente a la porción adecuada de la humanidad hacia un nuevo amanecer nómada. Una civilización que recorriera la galaxia con las comodidades y lujos del hogar. Y, si sus planes hubieran dado frutos, ni siquiera habrían tenido la amenaza del Partenón tras ellos. Pero todo se arruinó. Todos esos recursos fueron robados y dedicados a la peregrina idea de ir a pelear contra los Arquitectos en el nospacio. Laery estaba más que dispuesta a arriesgar en ello todo el futuro de la especie.

«Me empujasteis a esto», decidió sombríamente, mientras la *Raptórida* emergía del nospacio cerca del lugar fijado. La piloto inter era la única persona a bordo que no estaba ligada a él por parentesco o por generaciones de servicio, pero en su cabeza había algo más que la cirugía del Comité de Enlace. Sabía muy bien que era de su propiedad. La había destruido para convertirla en su criatura, y con eso bastaba.

—¿Ya están? —preguntó Piter. El joven boyardo se inclinó sobre las pantallas del puente, con el ceño fruncido. Fuera sólo había una pequeña estrella blancoazulada, el punto brillante al que se había dirigido su inter. La orbitaba un único planeta, una bola de hielo, casi al límite del alcance gravitatorio de la estrella. Un sistema muerto, sin interés ni utilidad para nadie, y sin ningún pasaje del nospacio que sus instrumentos pudieran detectar. Un lugar tan anónimo como el que más para una reunión clandestina, o una emboscada.

—Una nave, tío —informó Piter—. Aunque una nave de guerra. Una de las grandes. Su señal la identifica como la *Skathi*. Nos saludan. —Tragó saliva—. Todavía nos podemos ir.

La voz de Piter temblaba, y Ravin sintió la misma inquietud, en su interior, pero no cedió.

—¿Cobardía? ¿Tan bajo ha caído el nombre de los Uskaro? Responde apropiadamente. Estamos aquí como iguales. Compórtate en consonancia.

Piter le dirigió una mirada furiosa, pero un momento después habló con voz calmada.

—Nos invitan a acoplarnos.

«La suerte está echada», decidió Ravin. Laery le había

arrebatado más de lo que podía soportar. Había perdido prestigio ante la familia, sus pares los constructores de arcas y la humanidad en conjunto. La facción nativista escapaba a su control, decían que se había arrodillado, que no era el líder de la especie humana que habían pensado. Unos pocos más y les habría perdido por completo a manos de algún demagogo oportunista. Y cuando se te escapa el control de ese tipo de serpiente, lo normal es que no tardes en sentir su mordedura. Siempre están buscando un cabeza de turco al que culpar de sus desgracias.

Antes de esa inesperada petición, había sido un ciego en un laberinto. Ahora se había prometido encontrar una salida y se abalanzaría sobre ella, fuera la que fuera.

La *Skathi* era todo lo que habría podido imaginar. Una extensa nave cónica segmentada, con la parte delantera musculosa y sin refinamientos, abultada por un propulsor gravitatorio y las baterías de armas principales. Una nave de guerra parteni de primera clase. Incluso si hubiera aparecido en el crucero más potente que pudiera pedir prestado de la armada colonial, no habría estado a la altura en caso de un cara a cara. Y aquí estaba, en un yate armado, acercándose a la sombra de la nave de guerra. Sin mostrar miedo. Que le condenaran si iba a darles ninguna satisfacción.

Había mirmidones totalmente equipadas esperándole cuando Piter y él desembarcaron. Media docena de *voyenni* armados bajaron con ellos sin que hubiera ninguna objeción. La falta de cualquier protesta era un insulto en sí mismo que sólo podía dejar pasar.

Tras un breve paseo en el que demasiadas mujeres con el mismo rostro les siguieron con la mirada, terminó en un pequeño camarote. Quizá fuera una cuestión de ahorro de espacio en el interior de una nave. O quizá fuera el tipo de habitación donde se daba el tipo de conversaciones en las que alguien preguntaba y otro era golpeado hasta que respondiera.

Le esperaba una única mujer. Compacta y esbelta, como todas las parteni; tenía un toque plateado en los cabellos y unas pocas arrugas en su rostro, que por lo demás era como el resto. Su uniforme la identificaba como ejemplar. Capitana por tanto de esta nave y de todas las auxiliares que la rodeaban. No exactamente un personaje principal dentro del Partenón, pero éstos eran tiempos sin

precedentes. No se sabía quién podía aprovechar las circunstancias para ascender hasta la cima.

—*Morzarin* Ravin Okosh Uskaro —le nombró, con un leve acento en su colvul.

—Ejemplar Piedad —le respondió con un ajustado asentimiento de respeto. Los convencionalismos en las onomásticas parteni siempre le habían parecido un chiste. No tenía ni idea de por qué su fundadora, la doctora Parsefer, había decidido utilizar sustantivos neutros como nombres propios, ni por qué siempre los traducían ante los extranjeros, en lugar de mantener la palabra original parsef que sonaría como algo verdaderamente personalizado. Era como si quisieran restregarte por la cara esas virtudes con las que supuestamente se adornaban. Y le daba la sensación, de que entre todas las parteni, la ejemplar Piedad era de las que peor respondía a su nombre.

Ella estaba sonriendo, y eso no le gustó. Quizá tampoco hubiera salido de la victoria del cártel sin daños, pero desde luego no habría perdido tanto como Ravin. Y esa sonrisa significaba que lo sabía, y que disfrutaba viéndole humillarse, por mucho que le tendiera generosamente una mano.

—Demos por asumido que hemos intercambiado las cortesías habituales —le dijo Ravin para ir al grano—. Nos hemos interesado por la familia del otro, completado todas las formalidades sobre nuestras casas y jardines, y lo estupendos que son los uniformes de cada bando. Usted consideró adecuado ponerse en contacto conmigo. Así que quizá pueda explicarme cuáles son los temas relevantes de los que quiere hablar conmigo.

La ejemplar asintió levemente antes de responder.

—Entré en contacto con usted porque no parece sentirse satisfecho con la actual situación tanto en Estoc como dentro de las Colonias.

—No me puedo imaginar por qué podría pensar tal cosa —repuso Ravin con suavidad—. No cabe duda de que salvar al universo de la amenaza de los Arquitectos es algo que interesa a todos.

—No cree que se pueda conseguir —intervino Piedad—. Y antes de que me lo niegue más veces, tampoco yo. He tenido acceso a una cantidad limitada de datos del proyecto, no dudo que al igual que

usted. Hay demasiadas incógnitas como para apostar tanto en ello. Es una quimera concebida por quienes sacrificarían a la humanidad entera por tener nada más que una oportunidad de dañar a los Arquitectos. Ash, los naeromathi, el intermediario Telemmier. Ninguno de ellos piensa de forma racional.

Ella se sentó al fin, y él la imitó, con Piter todavía tras su hombro. El movimiento para colocarse en la silla fue complicado para Piedad. Supuso que hacía que le dolieran viejas heridas, y se preguntó si las habría sufrido luchando contra los Arquitectos o contra humanos.

—Hasta ahora no ha dicho nada con lo que esté en desacuerdo —admitió—. Y es consciente de que he sido derrotado. Estoy seguro de que es algo que la complace cuando lo piensa. Pero yo trabajaba en un posible futuro para los seres humanos y me lo quitaron. Y muy probablemente firmaron con ello la sentencia de muerte de toda mi especie.

—Soy muy consciente de que ese futuro suyo para la humanidad no nos incluía —dijo Piedad con un tono distendido.

Piter y los *voyenni* estaban tensos como cables, con la vista fija en las mirmidones y las armas preparadas. Ravin sentía la violencia acercándose más allá de las paredes de esa habitación, presta a entrar y desencadenarse. Si empezaban los disparos, lo más probable era que no saliera nadie de allí con vida. Se obligó a transmitir calma, incluso sonrió de forma agradable a la mujer que tenía enfrente.

—No niego nada —resumió—. Sus espías habrán tenido tiempo de sobra para unir todos los puntos. Su gente ha vivido como una potencia espacial aparte durante mucho tiempo, y hemos acumulado demasiadas historias. Siempre habrían sido una amenaza para nosotros, lo mismo que siempre habría una voz en el Partenón diciendo: «Acabemos con ellos». Una voz quizá parecida a la suya.

—Una voz exactamente como la mía —dijo, pero le devolvió la sonrisa—. Cuando orquestó su ataque contra la *Ceres*, fui la primera en abogar por una guerra total, sin prisioneros, sin restricciones. —La sonrisa se ensanchó—. Sin piedad.

—Y entonces surgió el cártel y yo perdí mis arcas y mi futuro —señaló Ravin—. Usted no perdió más que su guerra. Que en realidad

nada más que se pospuso. Así que me parece que ha salido bastante bien librada en comparación. Muy bien, entonces, ¿qué le ha llevado a proponer esta agradable charla?

—*Morzarin* Uskaro, soy realista antes que nada —respondió—. No diré que no encuentre su idea de una humanidad de refugiados ofensiva a priori, pero no me parece necesaria para conseguir mi guerra. Porque podemos tener otras opciones, si conseguimos librarnos de ustedes.

Ravin se la quedó mirando unos largos instantes, haciendo girar los engranajes de su mente hasta que algo encajó.

—Entiendo.

—¿De verdad?

—Algo ha cambiado entre su gente desde la *Ceres*. —Había pasado nada más que medio año, pero habían ocurrido muchas cosas—. A causa de Telemmier. —Sintió que merecía poder anotarse ese punto, recordarle que su gran salto adelante únicamente fue posible con la ayuda de un traidor colonial. El Partenón no lo habría podido conseguir por sí mismo.

—Éste es un universo grande, *morzarin* —aceptó ella, simulando bien su posible irritación—. O lo es cuando tienes intermediarios para pilotar tus naves. Ése era su plan para las arcas, y puede darse todavía. Y ahora que nosotras tenemos nuestras propias intermediarias, podemos ir donde queramos. Salvo por un detalle.

—La historia.

—Todavía hay entre las mías quienes están enganchadas al pasado —admitió ella—, atadas a las Colonias, que se ven a sí mismas como las defensoras de nuestros débiles hermanos. Demasiados recuerdos de la primera guerra. De cómo derramamos nuestra sangre para salvar sus vidas. Como si fuera algo que celebrar. Necesitamos apartarnos de ustedes de una vez y para siempre. Admitir que, si ser como usted es ser humano, entonces no somos meramente humanas. Tenemos nuestro propio destino, y no pueden seguir esperando que seamos su escudo. Pero, por ahora, nuestras intermediarias están todas asignadas al proyecto del Ojo, o a salvar sus mundos. Trabajan junto a los inters que el cártel les robó. Así que ni usted ni yo tenemos lo que queremos. Cuando una de mis subordinadas es convocada a presentarse ante ellos, me dicen: «No puedes luchar contra nosotras y contra las Colonias». Y

estoy seguro de que a usted le dicen: «No puedes luchar contra nosotros y contra el Partenón». ¿Me equivoco?

—En absoluto. Y veo que se encamina al tercer paso inevitable en ese silogismo —observó Ravin. Casi le avergonzó descubrir que el corazón se le había acelerado.

«No pueden enfrentarse a los dos».

No serían todos los medios disponibles de las Colonias, sólo las fuerzas que pudiera reunir la familia Uskaro, ayudada por el hecho de que todos los astilleros de Estoc fueron anteriormente suyos, lo mismo que todos los trabajadores empleados en la flota de arcas. Y tampoco sería todo el Partenón. Probablemente sólo una facción minoritaria. Pero Ravin sabía que una minoría podía parecer mayoritaria si actuaba con suficiente decisión.

—Creo intuir —dijo— que ya debe tener fuerzas dispuestas. Y eso supone, si rechazo involucrarme, que no podré abandonar esta nave y usted dará los pasos que tiene previstos sin más ayuda.

—Son intuiciones razonables —admitió Piedad.

—No rechazo participar —repuso directamente Ravin—. Así que hablemos en detalle de qué puedo hacer por usted, de qué puede hacer usted por mí, y de cómo nos separaremos después de forma amistosa.

7

Idris

—Idris. —La voz de Andecka Tal Mar le sonó justo en el oído, y a la vez muy distante—. Idris. *Menheer* Telemmier, ha ido demasiado lejos.

Intentó sintonizar el sonido. Al haberse alejado tanto no podía escucharla bien. Estaba ahí mismo, en el rabillo de su ojo, o al menos ahí andaba una sombra fantasmagórica suya. Entrometiéndose en la soledad del nospacio. Conectada a la maquinaria.

El resto estaba más allá. Y a la vez estaban todos con él, en la Boca del Pozo, casi al alcance de su mano. Cuando se sumergía, la huella limitada de la Boca del Pozo se volvía a cambio mutable. Podía moverse para apartarse de ellos sin que su posición espacial cambiara en absoluto, deslizándose en esa otra dirección. Retrocediendo; ondulando; ahora nada más que un punto demasiado distante de ellos como para que pudieran arrastrarle de vuelta, tirando de su tubo de oxígeno para sacarle fuera de los abismos. Él estaba lejos y se desplazaba más. Podía permitir a Andecka saludarle como el espectro zumbante de una mosca en su oído. Podía permitir que las voces de la gente del Pozo descendieran tintineantes desde la realidad. La risa aguda de Shinandri, los números exhaustivos de Jaine y lo demás. Permitírselo. Él se alejaba. Cazaba su propia presa. Estaba…

—*Menheer* Telemmier. —Otra vez dentro de su cabeza—. Por favor, necesitamos su ayuda. —Tirar de esa conexión con ellos era algo humanamente normal, por muy débil que ahora le pareciera. Hasta que volviera con ellos, encogido a las dimensiones de la Boca del Pozo según las percibía ahora. Tras empaquetar todo el espacio hipotético que se había desplegado ante él como una alfombra

infinita.

—Estuve cerca —murmuró, enfurruñado como un colegial.

—*Menheer*, se adentró demasiado. —Andecka Tal Mar, la voluntaria, la comprometida. Una mujer que se había sometido a la barbarie del Comité de Enlace porque estaba convencida de que la humanidad la necesitaba. Y llevaba razón. Era la mejor de su clase porque no era una convicta a la que habían reclutado. Llevaba sus cicatrices con orgullo.

—Esta estructura aquí. —Era una de las parteni, su sombra y su figura despertaron algo brevemente en el ojo de la mente de Idris. Atrajeron su atención como si destacara una parte del complejo constructo de información que era el vivero de los Arquitectos. Mientras él estuvo fuera en su propio jueguecito, todos habían seguido con sus propias tareas, por supuesto. Resolviendo la ecuación. Desentrañando la inconcebiblemente densa maraña de información que constituía el lugar de procedencia de los Arquitectos. Alimentando con datos extraídos del Pozo a Shinandri, Ahab y los demás, para que pudieran adaptar los apenas comprendidos motores del Pozo a su tarea.

Y buscaban conseguir lo mismo de sus pequeñas experiencias, que siempre parecían ansiar, pero que a él le parecían tan limitadas. Tenían todas las cifras y la jerga, el lenguaje técnico que iban construyendo a medida que avanzaban, porque nadie había hecho nada parecido antes. Lo manejaban como si fuera una ciencia, donde se podía aplicar lógica sobre experiencia para extraer conocimiento. Pero él había aprendido que en este caso no funcionaba así. Lo que había conseguido llegó sin más. No había nadie disponible para enseñarle salvo Santa Xavienne, la única inter nata. Ella simplemente nació así, y no había logrado entenderlo más de lo que lo entendía él. Habían aprendido cosas juntos, pero a la vez cada cual había avanzado por su cuenta. Nada de esa idea de comparar notas de manera gregaria.

Así que se unió a los demás hasta que sintió que ya estaban convencidos de haber conseguido algunas auténticas aportaciones de Telemmier, tan valiosas como si hubieran frotado las ecuaciones para ver si les daban suerte, y luego volvió a escabullirse. A poner distancia con ellos por mucho que pensaran que iban en su mismo barco. Cayendo.

Como si su rincón de la Máquina del Pozo se extendiera hacia abajo, a lo lejos. Arrastrado hacia una imposiblemente atenuada esquina mientras tiraba contra la gravedad del Ojo y el Pozo y todo lo demás. Las paredes percibidas a su alrededor se revelaban como un tejido delgado, una pura ilusión. Papel pintado sobre los infinitos horrores del nospacio. Cerró los ojos y el ojo de su mente, hasta que pudo alcanzar la realidad más allá de toda esa ilusión… La irrealidad.

Él la sintió agitarse al instante. Era como se comportaba últimamente. No le dejaba ni un mínimo periodo de gracia para recuperar el aliento. Ahora él era la mosca posada en la oreja del kraken.

Recordó cómo era todo tiempo atrás. Esos loqueros del Programa de Intermediarios diciéndole a los candidatos que no había ninguna Presencia. Sólo el cerebro humano reaccionando al problemático vacío del nospacio. Pero ni la concentración ni los ejercicios mentales desarmaban el temor que despertaba. Seguía siendo el caballo de batalla en el Comité de Enlace, por lo que sabía. Pero no lo era para él ni los demás inters.

Se desplegaba. Vasto, ciego, perezoso. Sus tentáculos irreales se extendían por el abismo sin luz para tocarle. Si le atrapaba, ¿sería algo que sólo se manifestaría dentro de su cabeza, o se comportaría como el vehículo que llevaría al monstruo hasta los demás? ¿Era su exploración en solitario un acto profundamente imprudente y egoísta?

Cayó más allá. Se imaginó a sí mismo: una solitaria figura adentrándose en la oscuridad de un abismo oceánico. En la negrura. En las profundidades moradas por los monstruos. Más allá del alcance del sol. Acariciado por el toque del leviatán pero apartándose de él.

—Idris. —Débil en su mente. Andecka otra vez, al darse cuenta de que se había ido. «¡Dejadme solo!». Borrarla. Cortar la cuerda, o intentarlo. Dejarles que mordisquearan los datos como ratas. Otra vez: no quería formar parte de aquello.

«¿No ser parte de la salvación de la especie?». ¿Era su propia mente, que adoptaba la voz y los manierismos del heraldo Ash, el alienígena? ¿O habían traído a Ash a la Boca del Pozo para razonar con él?

—No tengo ninguna objeción a salvar la especie —le dijo nada a nadie, puesto que estaba suspendido en el vacío—. Mi objeción es a exterminar otra especie para conseguirlo.

«¿Es que los Arquitectos son siquiera una especie?». La voz de Ash era enloquecedoramente razonable. «¿O sólo construcciones que siguen el designio de sus amos? ¿O incluso una aberración surgida de manera casual a partir de la estructura del nospacio? ¿Quién eres tú para decidir qué debe incluir el universo o no?».

—Vete con esa lógica a los colmeneros, a ver qué te dicen —sugirió Idris. La parte de su mente apartada de la conversación mantenía la sensación de la nada debajo de sí. Se sentía bajo la sombra de la propia Presencia, escabullándose de la extensión ilimitada de su correoso contorno. Y más allá, después…

El abismo le devolvió la mirada.

Llegó un momento de infinita claridad. La lámpara del buzo que descendía indefensa para iluminar el lecho marino. Las ruinas. La Atlántida.

Ésa fue la traducción que hizo su mente de lo que sus sentidos de intermediario le transmitían. Una estructura hundida, sin luz. Cubierta de vegetación. Con los tejados abiertos por la presión y las corrientes. Y dentro…

Devolviéndole la mirada. Incluso desconcertado. «¿Quién se atreve a entrometerse…?».

Luego desapareció. La enorme distancia desentrañada le devolvió el golpe. En parte por su propia sorpresa. En parte por los gritos de los demás. Andecka, Shinandri, demasiadas voces. Y perdido entre ellos había un susurro burlón que podía corresponder a Ash y podía proceder de esa otra cosa que tomaba prestada la voz de Ash.

O puede que fuera nada más que su cerebro enfermo que se hubiera echado a perder después de estar apartado tanto tiempo de la realidad. Sumergido en profundidades y presiones que no podían ser buenas para la consciencia humana. Ni siquiera para la suya, el segundo hijo del Programa de Intermediarios, más cercano a ser un nativo del nospacio de lo que hubiera llegado a estar ningún otro ser humano.

Reventó contra ellos, tambaleándose como un borracho a la salida de un bar.

—¡Lo tenía! No, no me importan vuestros cálculos. Lo tengo, no… no os voy a contar lo que me ha pasado. Creéis que mi punto de vista vale más que cualquier cosa que… —Furioso, incoherente, apartándose de ellos a la vez que giraba a su alrededor. Consciente de que había estado lejos, allá abajo, demasiado tiempo. Que llevaban intentando alcanzarle desde siempre. Que si no le hubieran arrastrado, no habría quedado nada que arrastrar. O peor, que lo que hubieran podido devolver a la luz del sol podría no ser ya él.

La voz de Andecka se impuso a sus protestas.

—Idris, nos atacan.

Solaz

Se había vuelto complaciente. Hubo un tiempo —cuando perseguía a Idris, peleaba con los Uskaro y la Cosecha Rota, como parte de la tripulación de la *Dios Buitre*— en el que se había sentido como el eje del futuro. Tarekuma, Arc Pallator o Infierno de Criccieth; nombres brutales en los que se vivieron momentos brutales.

Luego el cártel había emergido de las sombras y se hizo con el timón. Había trasladado el Ojo hasta Estoc. Se había puesto al mando. El ansiado programa de intermediarios parteni había obtenido su primera promoción de inters, para la que fueron fundamentales la ayuda de Idris y la existencia del Ojo para practicar. La «delgada barrera de acero» contra los Arquitectos había empezado a salvar mundos, o al menos a conseguir tiempo para hacer posible la evacuación de una forma más elaborada que no fuera simplemente enviar a gente y naves a su condenación, como en la guerra anterior. Cuando Previsión empezó a interpretar las mareas del nospacio de forma que fuera posible predecir los movimientos de los Arquitectos, consiguió relajarse al fin. Bastaba con que se plantara en la Hueste e hiciera de niñera de Idris junto a Kris. Los tres formaban un improbable engranaje triangular en una maquinaria mayor en la que no le tocaba girar las manivelas a mano. Que era como debían ser las cosas, por lo que a ella se refería. Ése era el núcleo de la manera de actuar del Partenón: formar parte de algo mayor que tú misma. Aunque se apoyara en el trabajo clandestino del servicio de inteligencia, el Aspirat, se sabía parte de un equipo más amplio. Te entregabas por tus hermanas,

pero siempre podías contar con ellas. El futuro de la especie humana suponía un gran peso, pero por ese motivo era preferible repartirlo entre tantos hombros como fuera posible.

Con Idris sumergido en el Pozo —que parecía ser su ubicación más frecuente estos días—, ella estaba en la cantina con Kris y Trine. «Cantina» quizá era una definición que le venía grande. Era una habitación con ángulos extraños en el interior del Ojo. Estaba formada por tres esquinas desiguales de piedra originaria, recubierta por feas placas metálicas por los primeros intrusos que llegaron al lugar, no humanos, y luego con añadidos a escala humana atornillados. Con esa estética espacial, sin el menor interés por el aspecto de nada siempre que cumpliera su función y se pudieran recoger después todos los cables y tubos con facilidad.

Trine estaban comentando sus más recientes descubrimientos. Centrándose menos en los detalles técnicos, que ni Kris ni Solaz comprenderían, que en el hecho de que habían sido Trine quienes los hicieran. En el Ojo, Trine estaban consiguiendo al fin el reconocimiento que creían merecer. O al menos una parte. Probablemente no existiera reconocimiento suficiente en el universo para colmar los deseos de Trine.

La voz que crepitó en el canal de su comunicador personal se medio perdió por los problemas de la señal. Unos instantes de repiqueteo de un tono algo familiar consiguieron filtrarse. «Ejecutora Solaz… Por favor, Idris… Traicionadas… Silenciadas… Tenemos que…». Y nada más. Se puso de pie, tiró la silla en que había estado sentada, y Kris y la cara proyectada de Trine la miraron, con la charla interminable del colmenero al fin en pausa. Les hizo un gesto para que contuvieran sus preguntas y accedió a todos los canales que pudo. Tiró de rango, en su condición de ejecutora, y del poco crédito del Aspirat que pudo conseguir. Intentó identificar el recuerdo de la voz, porque la comunicación había llegado sin identificación.

«¿Cognoscente Tumba?». Una de las inters parteni, la primera, de hecho. Una de las protegidas de Idris. Solaz estaba segura. Intentó contactar con la mujer. ¿Estaría al menos en el sistema? Sí, su nombre estaba en la lista de las que descansaban de la rotación de la «delgada barrera de acero» y se turnaban en el Pozo. Le envió una señal, pero no consiguió nada. Volvió a intentarlo, consciente

de que el resto de la cantina ya tenía la mirada fija en ella. Trine extendieron un brazo de metal para tirarle de la manga y que se volviera a sentar, pero ella se apartó de los demás.

No sólo era la falta de respuesta. Su canal estaba caído, como toda la red parteni. No podía comunicarse con nadie.

Salió de la cantina sin dar ninguna explicación, consciente de que la situación la superaba. Necesitaba su equipamiento, un arma. Al abrirse paso en una sala llena de mecánicos fuera de servicio y un puñado de inters de mirada vacía, vio un par de mirmidones en el extremo opuesto que parecían igualmente alarmadas. La vieron y empezaron a correr en busca de unas órdenes que ella tampoco tenía. A mitad de camino hacia Solaz, el siguiente acontecimiento se adueñó del lugar. Vio su impacto en todos. Unas pantallas colocadas al azar se encendieron para mostrar las noticias. Se activaron canales de comunicación individuales, redes de chat privadas. Todos mostraban lo mismo. Unas naves habían llegado al sistema, emergiendo del nospacio demasiado cerca de los muelles de Estoc. Dos grandes naves de guerra y media docena de tamaño mediano. Algunas de la armada colonial, otras pintadas con la compleja heráldica de las familias nobles magdanas.

«Traicionadas». Una de las palabras que escuchó a Tumba. Aunque, ¿podría algo así catalogarse de traición? ¿Sentía Solaz la más mínima sorpresa?

—Hay que prepararse —le dijo a las dos mirmidones—. Que se os unan todas las que encontréis. Las cognoscentes estarán trabajando en las comunicaciones. —Cómo las habrían hackeado los coloniales no lo sabía. Todas habían sido complacientes. Seguía en marcha una guerra que había olvidado, lo mismo que las demás. «Nos olvidamos de vigilar nuestra espalda».

Valoró las fuerzas disponibles de los distintos bandos lo mejor que pudo, dada su comprensión muy aproximada de las capacidades coloniales. Una fuerza importante, pero no insuperable. Había una fábrica colmenera que estaría armando a sus unidades en ese mismo instante. Y estaba la *Omnipotente Guadaña Matutina*, a la que ella le concedía estar a la altura de su hiperbólico nombre.

Pero sería duro. Era el momento de reunir las tropas que hubiera disponibles y prepararse a rechazar abordajes. Porque las Colonias no iban a destruir a su preciosa Hueste.

Sin nadie más que se hiciera cargo, terminó por usar los canales genéricos del Ojo. No es que al hacerlo pudiera esparcir más el pánico que ya se estaba multiplicando. Había que dar puntos de reunión para las mirmidones que escucharan. «Armadas y listas». Asegurarse de que había manos parteni a cargo de la gravedad y la atmósfera. Ordenar a los civiles que agacharan la cabeza y se apartaran de su camino. Y todo mientras se preguntaba por qué demonios la monitora Tacto no lo estaba haciendo ella misma, por qué tenía que ser la parteni de más jerarquía a bordo.

Se encontró a trece mirmidones, totalmente equipadas y listas, cuando llegó al punto de encuentro más próximo. Para entonces tenía como un millón de peticiones de comunicación a la espera, como si todo el mundo salvo las tropas intentaran preguntarle qué pasaba. Descartó la mayoría, incluyendo llamadas de Kris y Trine. Era el momento de volver a ser una soldado. Tiempo de ganar tiempo, aunque no se pudiera hacer más. Las pantallas de la Hueste le mostraron que las naves magdanas ya estaban tomando el control de algunas zonas. Algo que era bastante complicado con una «nave» tan extraña como la Hueste. Que se extendía, bastante literalmente, por todo el lugar. Cualquier ataque tendría que pelear por cada plaqueta, y luego abrirse paso a través de la laberíntica pesadilla del Ojo. Y Solaz se encargaría de complicarles la vida a cada paso del camino.

Luego llegó una nueva flota. Sólo que en este caso ella reconoció las naves… Bueno, sus siluetas y sus especificaciones. La *Medusa*, la *Reina de Aragón*, la *Skathi* y vehículos auxiliares. Las mirmidones lanzaron gritos de júbilo, y aunque fuera una falta de disciplina, no pudo evitar unirse a ellas. Los Coloniales habían preparado la trampa, pero las suyas tenían prevista esa eventualidad. Y ahora los nobles Uskaro y sus aliados de la armada iban a ver sus culos aristocráticamente pateados.

Las comunicaciones se activaron de inmediato, como si se hubiera pulsado un interruptor, y Solaz informó de su disposición para el combate tan pronto como se dio cuenta del cambio, como si se hubiera liberado presión en su oído. Una línea con Tacto, otra con las naves recién llegadas.

La respuesta inmediata llegó de la ejemplar de la Skathi.

—Recibido y entendido. Permanece a la espera de instrucciones

adicionales.

Solaz frunció el ceño dentro del pequeño mundo de su casco blindado.

—¿Puede repetir? Dije que estamos listas para repeler el abordaje. —Se fijó en que las naves de los Uskaro no estaban frenando o preparándose para la defensa.

—No os impliquéis. Quedaos quietas y no ofrezcáis resistencia. —Era lo suficientemente inesperado para que comprobara por segunda y hasta tercera vez las credenciales de la transmisión—. Os haremos llegar transbordadores para traeros a la flota cuando sea posible.

Solaz notaba a su gente mirándola, esperando a ver si la cadena de mando cambiaba las órdenes tras pasar por ella. Porque la transmisión había sido a través de canales genéricos parteni. Era impensable que hiciera otra cosa que confirmar lo que les venía de arriba. Así funcionaban las cosas. Engranajes en un mecanismo mayor. Muchos hombros para soportar la carga. De repente a Solaz la idea no le hacía ni remotamente feliz.

Intentó de nuevo el enlace con Tacto, pero no consiguió nada, ni siquiera un eco. Su propia cadena de mando había sido decapitada.

Abrió una pantalla dentro de su casco y vio las naves acercarse, preparándose para atracar. Apretó su acelerador, inútil, mientras intentaba descubrir qué acababa de pasar en el universo.

Ravin

Piter había implorado para tener el mando del yate *Raptórida*, lo que para Ravin demostraba falta de ambición, pero no le envidiaba al chico el honor. El capitán del yate tenía órdenes estrictas de mantener la nave lejos de cualquier peligro. Ravin era favorable a templar el carácter de los vástagos de su familia en la guerra, pero en formas que no implicaran ningún tipo de peligro. La diferencia entre una respetable cicatriz de duelo en la mejilla y recibir un navajazo en los riñones en un callejón.

Él mismo se había puesto al mando de la nave llamada *Gran Nicolás*, que perteneció a la armada pero fue licenciada antes de quedar obsoleta gracias a un pequeño juego de manos familiar con metálico de por medio, y luego readaptada para el combate

moderno. No es que pudiera resistir mucho rato a los buques más recientes de la armada o a los del Partenón, pero era el mejor puño de hierro que Ravin podía esconder en su guante de seda.

Y hubo ese momento preocupante en el que pareció como si pudiera ser necesario sacar a la *Gran Nicolás* de Estoc de forma tan precipitada como llegó. La flota navegaba hacia la Hueste y los muelles, con todas las arcas a la espera de ser reclamadas por sus legítimos dueños. Pero sin señal de sus aliados, y con algunos desafíos ya puestos en marcha por parte de los responsables del cártel. No es que no pudieran hacerse con la Hueste con lo que contaban, porque habían traído mucha potencia de fuego y las fuerzas coloniales y parteni presentes no tenían tanta. Le preocupaba más la fábrica colmenera que tuvo bajo contrato como socia hasta que pasaron a formar parte del cártel. Parecía que ahora la Asamblea colmenera había decidido que merecía un voto en la política galáctica, tras décadas de trabajo mecánico y obediencia. Y sí, el nido de bichos había conseguido cierta «independencia» política, pero Ravin siempre tenía la sensación de que era bajo la estricta asunción de que no la utilizarían para hacer nada molesto con ella.

Y allí fuera, más allá de la fábrica colmenera, estaba la verdadera amenaza. Ravin admitía que, aunque sus fuerzas pudieran afrontar a los colmeneros por sí solas, ni siquiera sabía cuáles eran las verdaderas capacidades de la *Omnipotente Guadaña Matutina*. Había tenido un encuentro demasiado cercano con la Hegemonía medio año atrás, que le había bastado para confirmar que la legendaria inercia de esa civilización no suponía estancamiento tecnológico. Antes de enfrentarse directamente con el Inefable Aklu, preferiría tener de su lado a media armada colonial, sin importarle mucho cuántos combatientes sobrevivieran.

Pero la *Guadaña* seguía inactiva, y posiblemente Aklu simplemente no interpretara la repentina aparición de la fuerza de Ravin como un ataque. Quién podría saber lo que pensaba un essiel, más allá de que tenían una consideración muy elevada de sí mismos. Ravin se enlazó brevemente con los capitanes a sus órdenes. Todos eran veteranos de la armada, sacados del retiro o próximos a él, muchos de los cuales recordaban cuando los colmeneros no eran más que propiedades. Eran patriotas coloniales,

nativistas. Hombres que consideraban el servicio militar glorioso, pero no estuvieron presentes cuando llegaron los Arquitectos. Hombres que se sentían traicionados por la secesión parteni y por la forma en que evolucionaban los acontecimientos en general. Hombres que tenían la suficiente ambición como para ser útiles, pero no tanta iniciativa como para hacer preguntas equivocadas o resultar peligrosos. Confirmó sus órdenes, les aseguró que había aliados en camino, y luego les envió hacia la fábrica colmenera para enseñar a esas inteligencias ciborg lo que les pasaba a los electrodomésticos que se venían arriba. Con una orden al capitán de la *Gran Nicolás*, dirigió a la nave y su escolta rumbo hacia la Hueste. Todo de acuerdo al plan, salvo que el plan había contemplado la llegada de refuerzos. Y ahora la *Guadaña* había cambiado de rumbo, acelerando paulatinamente, volviendo su ancho rostro y su mortal peligro hacia el solitario mundo de Estoc. Esa nave era un cacharro desagradable. Una especie de sol estilizado, algún tipo de extravagancia iconográfica en la que se encontraban las imaginaciones de essiel y humanos. Una forma rayada, como un disco con púas, construido alrededor de un eje central tripulado y motores gravitacionales engañosamente ligeros. La Hegemonía era capaz de meter mucha potencia en muy poco espacio, y su tecnología líquida probablemente suponía que cada sistema podía ser reutilizado para otra tarea en caso necesario.

—Mantenga el rumbo —dijo al capitán de la *Nicolás*, con la voz admirablemente firme bajo la mirada del hombre. Mientras veía a la *Guadaña* deslizarse dentro del sistema como un extraño tiburón.

Luego todas las alarmas del puente se activaron a la vez cuando la caballería —odiosa pero necesaria— hizo su aparición. Un buen puñado de naves parteni que saltaron muy en el interior del sistema gracias a sus navegantes inter. ¿No había sido esa la pesadilla de todo estratega colonial desde la secesión? Y ahí estaba Ravin, prácticamente vitoreándolas. «El universo se ha vuelto loco». Pero esa locura había empezado con la deconstrucción de la Tierra casi un siglo antes. Éste no era más que el siguiente paso lógico. El punto en el que la humanidad finalmente se libraba de peso muerto, el paso siguiente en la evolución social de la especie. Vida en el espacio, no en la ilusoria estabilidad de un planeta. El Partenón y los constructores de arcas habían llegado al final a la misma

conclusión. Ravin sería uno de los señores de un feudo nómada, y el futuro de la humanidad estaría asegurado sin importar lo que hicieran los Arquitectos.

La ejemplar Piedad apareció en su pantalla, con su aspecto severo y agrio.

—Mis agentes en los astilleros han neutralizado a las disidentes entre mi propia gente, y se ha ordenado a las demás que no intervengan. No abra fuego y no se encontrará ninguna oposición a bordo, *morzarin*.

—Conforme e igual por nuestra parte. —Tenía muchos leales entre las tripulaciones y el personal técnico de los astilleros que estarían haciendo su tarea. Al fin y al cabo, Laery no había estado en disposición de reemplazarlos a todos. Había echado a los mandos cuando tomó el control, pero Ravin y los suyos habían elegido cuidadosamente a todo el personal de Estoc. Laery no entendía en su conjunto la estructura de profundas obligaciones feudales creada por los magdanos. Era una burócrata, no una verdadera líder.

—En marcha para interceptar al essiel —le informó la ejemplar Piedad, y Ravin asintió. Sus propias naves de la armada ya estaban deshaciéndose de la capa exterior de las defensas colmeneras, un enjambre de estructuras emergidas de la fábrica para librarla de explosiones y fuego de acelerador. La *Guadaña*, mientras, no frenaba. Nada sugería que la llegada de la flota parteni hubiera variado la situación para la nave essiel en lo más mínimo. Ravin se humedeció los labios, repentinamente secos. «¿Y si basta con ella?».

Pero ya había ido demasiado lejos para sentir miedo. Sin la flota de arcas y los astilleros de Estoc, sus planes no eran más que polvo. Lo había apostado todo, y si no había más remedio pagaría por todo. Era el futuro de su familia y de su especie. ¿Cómo podría arriesgar menos?

Havaer

Pocos segundos después de que la pequeña flota de Ravin Uskaro entrara en el sistema, Havaer Mundy recibió sólo una palabra a través de su canal encriptado.

«Silencio».

No se permitió pensar al respecto hasta ponerse en camino. Se

encontraba en una de las escamas de la Hueste, comprobando los cables de comunicaciones a la vieja usanza. Sólo trabajo de contraespionaje rutinario, debido a la sensación de la jefa Laery de que podría existir una brecha de seguridad. Luego la sorpresa se extendió entre los que le rodeaban —técnicos, un par de intermediarios— cuando aparecieron las naves. A lo que siguió ese «silencio».

Se puso de pie y empezó a andar con aire indiferente. Quería evitar en lo posible que nadie se fijara en él, algo sencillo porque todos los demás tenían otras prioridades en ese momento. Se dirigió a las taquillas de emergencia que los constructores originales de las arcas habían dispuesto en los extraños espacios geométricos de las escamas.

Se vistió, moviéndose aún con la misma naturalidad con la que iría a buscarse una taza de kafeinado, sin hacer contacto visual con nadie. «Silencio» era el peor escenario posible. Significaba que no podía esperar más órdenes en el futuro inmediato. Significaba que no confiara en nadie y desapareciera. Cada escama en sí era, la verdad, demasiado pequeña para esconderse, así que la orden suponía también ir al Ojo, y no tenía a su disposición ninguna nave.

Empleó sus códigos privilegiados para pasar la compuerta sin activar ninguna alarma, aunque inquieto durante el medio minuto que estuvo encerrado en la reducida habitación mientras la atmósfera circulaba. Luego salió y se quedó parado en el casco color rubí de la escama, mirando arriba/abajo a la enorme monstruosidad destartalada que era el Ojo.

Después de haber estado enterrado originalmente en la corteza de un planeta especialmente desagradable, ahora era una espantosa masa desgajada de piedra oscura, vagamente rodeada de los escudos curvos que eran las escamas de la Hueste. Todo el tiempo parecía como si le fueran a caer encima.

Comprobó su mochila. Tenía impulsores a reacción y algo de combustible para el caso de que la situación se volviera desesperada, pero de momento el Ojo y la Hueste mantenían un campo gravitatorio conjunto por el que podía moverse utilizando los controles básicos de la mochila. Empleó los códigos privilegiados para conectarse a los sistemas del Ojo y se puso en marcha por el vacío, arriba/abajo desde la parte inferior de la

escama hacia la irregular superficie exterior del Ojo. Ahora estaba casi en el vacío, pero a medida que se acercara al peñasco el aire se espesaría, retenido por el gradiente que producía el campo magnético. Empezaría a encontrarse turbulencias y pequeñas dificultades microclimáticas, y tendría que actuar personalmente para corregir la dirección. Pero ahora mismo no podía más que dejarse ir, lo que suponía que todavía podía ver lo que pasaba.

«Silencio» significaba que estaba por su cuenta. ¿Podría acceder a sus propios contactos? Era una decisión relevante y la tomó. Porque los canales generales le mostraban con precisión adónde se dirigían esas naves, y aunque no necesariamente le convenía fiarse de la ayuda humana, los colmeneros no iban a darle la espalda.

Mandó una señal al canal que compartía con Colvari. Una ráfaga en *stacatto* para establecer el contacto, enrutaciones, encriptamientos. Ni siquiera sabía si le buscaba alguien. Lo más probable era que Havaer Mundy fuera la última persona que nadie tuviera en la cabeza, amigo o enemigo. «Silencio», pese a todo. «Silencio» significaba que no se podía ser demasiado prudente.

«¿Qué me puedes decir?», envió a Colvari, allá donde estuvieran el colmenero. Con algo de suerte no en la fábrica colmenera, dada la situación en marcha.

Ya percibía el empuje creciente de la gravedad del Ojo tirando del traje cuando le llegó la respuesta, a través de un enlace desviado, camuflado entre el tráfico constante con el que las escamas regulaban sus posiciones relativas. Eran datos comprimidos y codificados para él, usando los protocolos privados que habían acordado y no compartieron con nadie más. Como cuando Havaer y el colmenero desentrañaron los archivos que expusieron el plan de los constructores de arcas en Arc Pallator.

«Estuvo bien», pensó débilmente Havaer, «trabajar a la vista de todos por un tiempo». Pero parecía que le tocaba volver a las sombras. Quizá para siempre. «Silencio».

En cuanto decodificó las primeras imágenes, se las quedó mirando en la pantalla del interior de su casco mientras seguía cayendo hacia el Ojo.

Eran de la propia fábrica colmenera. Deseó con sinceridad que Colvari se las estuvieran pasando y no fueran quienes las hubieran tomado, porque mostraban un grupo de naves de la armada

destrozando el satélite. Los colmeneros peleaban, al menos pudo ver eso. Estructuras individuales giraban en una gran nube sobre la fábrica, arrojándose contra la tormenta del fuego defensivo disparado por los aceleradores de la armada. Puede que cada una tuviera en su interior una colonia colmenera, todo un nudo hirviente de insectos cibernéticos que, conectados, generaban una mente consciente artificial. Y les estaban machacando. Era evidente que las naves militares habían venido equipadas específicamente para este combate, ya que mostraban baterías de aceleradores con rastreo rápido. Donde los colmeneros conseguían avanzar, tenían que centrarse en esas naves. Todas sus herramientas de construcción debían emplearse ahora para la destrucción, castigando cada punto vulnerable al que pudieran llegar. Hackeando los sistemas reforzados de las naves enemigas. Intentando subyugarlos, sobrecargar los reactores, corromper los sistemas de aire, limitar los motores gravitatorios. Pero ya había tropas saliendo de las naves de la armada como hormigas, cazando a todas las estructuras que hubieran superado la cortina de fuego. Havaer no les daba muchas posibilidades.

Cuando quedó claro que la primera fase había terminado en el espacio, la fábrica comenzó la segunda fase. Usando sus propios motores gravitatorios para acelerar piezas y estructuras sueltas, o cualquier otro trozo de materia disponible en realidad, se reconfiguró como un cañón de riel improvisado y empezó a lanzar masa en bruto contra el enemigo. La primera andanada tomó por sorpresa a las naves y Havaer vio que una de ellas se doblaba por el impacto de esa maquinaria superacelerada. Una corriente de atmósfera helada, el resplandor de unas llamas extinguidas al instante y luego una sacudida cuando los grandes motores de la nave explotaron. El resto de la flota reajustó rápidamente sus escudos para protegerse de la repentina tormenta de proyectiles. Se apoyaron en la pendiente gravitatoria de forma que el espacio se torció para alejar de ellos toda la masa que les llegaba, inofensiva en su rumbo al vacío, sin desviarse de su trayectoria en línea recta.

Fin de la transmisión.

Havaer ajustó su ángulo de aproximación y luego recibió unas pocas imágenes desde una perspectiva distinta, las suficientes para sugerir que Colvari no estaban en la fábrica condenada. Las parteni

habían llegado, pero Havaer ya había deducido por otras comunicaciones que eran malas noticias. Ahora vio a su trío de grandes naves descargando contra la *Omnipotente Guadaña Matutina*. Un temporal de disparos de acelerador se precipitaba invisiblemente a través de los kilómetros de espacio que les separaban y entonces… Havaer pestañeó. El motor gravitatorio de la *Guadaña* se había hecho con la descarga y había plegado sin esfuerzo los contornos del espacio a su alrededor, reuniendo cada bala con el cuidado de un dios que contara gorriones. Las iluminó de forma que una constelación giratoria brilló ante el gran disco rayado de la nave hegemónica. Luego las envió al vacío en todas direcciones, ardiendo, en un gesto de puro desprecio divino. Jamás había visto algo así. La mitad de la la tormenta de disparos volvía directamente contra las parteni. Los datos de Colvari indicaron que la *Reina de Aragón* y la *Skathi* sufrieron daños. La *Guadaña* mantuvo su rumbo sin rodeos, tan serena como un crucero de placer y preparando quién sabe qué armamento essiel…

Luego la transmisión se volvió a cortar, en cuanto tocó la superficie rocosa del Ojo, y en la siguiente le apareció la jefa Laery. En su oficina, delgada como un palo, extrañamente recta por el mínimo exoesqueleto que llevaba debajo de la ropa. Cuatro *voyenni* se abrieron paso con las armas preparadas, y le exigieron que se tirara al suelo. Le pedían que tirara armas que no tenía. La cámara estaba colocada detrás de ella, así que no pudo ver su cara cuando extendió las manos con artrosis. «¿Yo, una anciana? ¿Qué problemas puedo causar?». Al menos no la habían abatido. Era un golpe civilizado, siempre que no fueras un colmenero o hegemónico.

Los *voyenni* eran grandotes, e iban equipados con aceleradores y armadura de combate con los colores verde y oro de los Uskaro. Rodearon a Laery con los cañones directamente apuntados a la cara de la mujer, sin dejar de pedirle que se tirara al suelo. Havaer estaba ya en el exterior del Ojo, esforzándose contra la gravedad, y empujando a través de la atmósfera, que resultaba una limitación chocante después de su prolongado movimiento en el vacío. Había una abertura cortada en bruto a un centenar de metros, y buscó mapas del laberíntico interior para descubrir cómo podía llegar hasta su jefa. A sabiendas de que podría ser demasiado tarde.

La vista cambió. Laery era escoltada por uno de los extraños lugares del Ojo, exhibiendo su fragilidad: pequeños pasitos, movimientos cuidadosos. Y el Ojo era un lugar de accesos terribles. Espacios originarios de ángulos extraños cortados por grandes losas metálicas naeromathi, luego perforadas por las escaleras, respiraderos y pasarelas colocados por los humanos que había llevado allí Ahab. Se dio cuenta de la frustración e impaciencia de los *voyenni* mientras intentaban que Laery pasara por una compuerta. Tan frágil que apenas le podían poner las manos encima sin romperle las ramitas que tenía como extremidades.

Ella golpeó en cuanto pasó la compuerta, y la perspectiva de Havaer pasó a la cámara del traje de uno de los *voyenni*. Sabía que Colvari peleaban en su propia guerra informativa, infiltrándose en los sistemas del enemigo.

Dos de los *voyenni* estaban debajo de Laery, uno intentaba alcanzarla para tirarla de la escalera. Había otros dos arriba, uno a medio salir de la compuerta cuando ésta se cerró de forma explosiva y le cortó por la mitad.

Laery se vino abajo, un saco de huesos a los pies de los hombres que estaban debajo. Intentaban todavía reaccionar a lo ocurrido con la compuerta cuando el sistema anti incendios se activó e inundó el lugar con un polvo ignífugo que fue absorbido unos instantes después. Por supuesto que los *voyenni* llevaban puesta ropa de combate y Laery no, pero a pesar de eso, cuando el aire de recambio inundó el lugar, uno de los hombres al pie de la escalera estaba en el suelo. Havaer no tenía ni idea de lo que le habría ocurrido, pero su arma había desaparecido, al igual que Laery.

Por poco no le envió una señal en ese momento, pero «silencio» significaba silencio. Mantuvo un canal abierto y confió en que ella llamaría cuando supiera dónde podrían encontrarse. Mientras, él se metió en el interior del Ojo, encogiendo el cuerpo hasta que el «abajo» le quedó definido y el hueco al que había estado a punto de dejarse caer se convirtió en un retorcido pasillo con una pendiente enervante, que le revolvió el estómago. Y eso era de lo mejor que se podía esperar de los espacios originarios. No habían sido creados con la idea de que los humanos se arrastraran por ellos.

Otra fluctuación momentánea en el flujo de datos. Intentó por unos instantes convertirlos en imágenes, pero luego se dio cuenta de

su origen: Laery, no Colvari. Unos datos dispersos y aleatorios a partir de los que podía tamizar unas coordenadas. Estaba en marcha y necesitaría determinar su propio rumbo para interceptarla.

Él no iba armado. No hacía tanto eso parecía innecesario.

Su mapa del interior del Ojo le presentó un enloquecido trayecto obstaculizado con escaleras y compuertas, caídas y gateras que podrían llevarle hasta ella. Podría moverse más deprisa sin el traje, pero por ahora no se fiaba de la atmósfera, y en cualquier momento podría volver a encontrarse fuera y huyendo. Tenía que hacer el esfuerzo y confiar en que no se encontrara ninguna estrechez por la que no pudiera pasar con el equipo de propulsión.

Ni siquiera pudo confirmar a Laery que estaba de camino. Las comunicaciones en el Ojo ya eran complicadas sin aquella intervención hostil. Se dependía del mínimo esquema de enlaces dispuesto por Tokamak Jaine, además de lo que hubieran aportado los ingenieros de Laery. Y como puede que estos últimos fueran también gente de Uskaro, cualquier cosa que Havaer transmitiera debía estar codificada, enmascarada, y desviada de forma que nadie pudiera rastrearla hasta él de manera inmediata. Siguió moviéndose, abriéndose camino como un gusano en una manzana. Sólo un diminuto humano en marcha por las entrañas de piedra de una descomunal reliquia muerta.

Saludó a Colvari como pudo, y obtuvo un resonar de datos entrantes como respuesta. Radio Libre Colvari seguía viva, y cambiaba de ubicación hacia algún otro lugar dentro del Ojo. ¿Y a quién más podía llamar Havaer, la verdad? Puede que a Kris Almier, porque ella estaría a la cabeza de la gente que no recibiría a los Uskaro con los brazos abiertos. ¿Solaz? No ahora, mientras las naves parteni estaban viéndoselas con Aklu. ¿Telemmier? Ya era difícil que el tipo te prestara atención cuando te plantabas delante de él en condiciones normales, a saber ahora. Havaer se limitó a agachar la cabeza y seguir adelante, a la espera de señales de Laery o Colvari.

Cuando se encontraba a dos salas de distancia del punto de encuentro, la siguiente compuerta no se abrió. Probó con sus códigos privilegiados, pero estaba encerrado. Alguien se había abierto paso en el sistema y lo había cortado por fuerza bruta. En cuclillas en su aparatoso traje, con su propia respiración

retumbándole en los oídos, Havaer sacó a tientas una caja de herramientas y empezó a trabajar en el panel. Las adiciones de Jaine eran del tipo espacial estándar, lo que quería decir que estaban concebidas para que alguien las accionara a mano en caso de emergencia. Supuso que ésta no era la emergencia en la que ella pensaba al instalarlas, pero a él le servía.

A mitad del trabajo, Colvari restablecieron una conexión de vídeo. Otra vez la cámara del traje de un *voyenni*, porque era la única transmisión que parecía permitirse.

Habían llegado hasta Laery.

Estaba contra una compuerta, y por su aspecto podría ser la misma contra la que peleaba Havaer. Tenía el acelerador robado apoyado contra el hombro: no es que esas armas tuvieran retroceso, pero ayudaba a apuntar. Dos puntales habían emergido de su exoesqueleto para afianzar más el arma, otro pequeño truco con el que nadie sabía que contaba. Desde su punto de vista, Havaer distinguía al menos a media docena de *voyenni* a cubierto de unas mamparas de piedra inclinadas que sobresalían del techo. Uno asomó la cabeza y Laery disparó, los perdigones del acelerador hicieron saltar chispas de la piedra oscura y rebotaron por el lugar.

Redobló sus intentos de abrir la escotilla, se arrancó los guantes para trabajar más deprisa. No era ningún mecánico, pero procedía de una cultura en la que todos aprendían nociones básicas porque sólo una generación atrás había sido una cuestión de vida o muerte.

La postura de Laery cambió. La pequeña figura se enderezó, como si admitiera al fin la presencia de sus enemigos. Havaer escuchó una voz que procedía de algún lugar cercano a la cámara.

—Contaré hasta tres para que tire ese juguete y se rinda. Todos queremos lo mejor para la humanidad, Laery. Es algo que respeto. Espero que usted también.

La cabeza de Laery se ladeó, como si pensara. Las manos de Havaer seguían con la tarea. Ahora intentó enviarle una señal. Que se fuera a hacer puñetas el «silencio». «Estoy aquí mismo. Entretenlos nada más». Pero el mensaje no le llegó. Los Uskaro habían emulado las comunicaciones. Havaer no podía enviar una señal ni a través de la puerta.

Ella dejó caer el arma y entonces, tan pronto como los dos primeros *voyenni* incautos dejaron de estar a cubierto, la volvió a

levantar y la vació en su dirección, arrancando astillas de la piedra. Descuartizó al dúo de optimistas y los rebotes de los disparos convirtieron a otros tres en marionetas que chorreaban sangre. El que llevaba la cámara se tiró hacia atrás, con lo que Havaer pasó a ver nada más que los ángulos de piedra del techo. Luego le llegó el agudo quejido de un acelerador cercano que devolvía el fuego.

La ráfaga abrió tres agujeros en la compuerta en que trabajaba y se quedó a un dedo de distancia de hacer lo mismo con su cráneo. Cayó hacia atrás, las herramientas se dispersaron, y vio las grietas provocadas en el visor de su casco por el ligero roce de uno de los disparos.

El punto de vista de la cámara se estabilizó. Los *voyenni* emergieron cautelosos, con las armas dispuestas. Quedaban unos mínimos restos triturados en la base de la compuerta agujereada. Apenas el suficiente material para crear con él un cuerpo humano, desde luego. Sólo para una muñeca, un modelo a escala, un simulacro poco preciso de una forma humana. Huesos desnudos.

Su punto de vista se acercó hasta que los *voyenni* se detuvieron en un cauteloso, casi respetuoso, círculo alrededor del cuerpo de la jefa Laery. Su torso estaba desmenuzado, la sangre esparcida como en una mancha de Rorschach sobre la piedra negra parecía una instalación artística. Probablemente sólo era resultado de un puñado de disparos, pero el impacto la habría destrozado casi al instante.

El *morzarin* Ravin Uskaro entró en escena ahora que las armas habían callado. Havaer vio su perfil aristocrático cuando la cámara corporal del *voyenni* se dirigió hacia su amo.

—Qué desperdicio. —Aunque Ravin no sonaba exactamente descontento con lo ocurrido. Havaer no podía concebir que mantuviera a Laery mucho tiempo cerca. Una mente demasiado peligrosa como para que anduviera suelta. El noble magdano dio otro paso adelante y se inclinó sobre el cadáver como para asegurarse de que estaba realmente muerta.

Laery se abalanzó sobre él y Havaer casi gritó de la sorpresa. No era un movimiento humano. Vio cómo sus fatigadas articulaciones se quebraban por el gesto. La mano que se cerró alrededor de la garganta de Ravin tenía huesos quebradizos y atrofiados, pero estaba respaldada por un exoesqueleto que seguía las instrucciones

finales de su dueña. La imagen bailó y giró mientras Ravin se tambaleaba hacia atrás, con el liviano cadáver aferrado a él, sus garras mecánicas clavándose en su carne. Uno de los *voyenni* soltó un culatazo al brazo muerto de Laery y lo desgajó por el codo, pero la mano continuó buscando causar daño. Havaer la animó en silencio.

Pero consiguieron al fin soltarla, dejando a Ravin boqueando, sentado sobre la sangre que había brotado de las marcas de garras que Laery le dejaba como regalo póstumo. Viviría, el cabrón, y Laery ya estaba muerta. Pero Havaer juró devolver el favor a la primera ocasión que tuviera.

Él y Colvari estaban ahora por su cuenta, y había buen número de gente de Laery de la que tenía que ocuparse ahora. La pelea entre las parteni y la *Guadaña* continuaba, y eso todavía podía servirle de ayuda. Puede que Laery estuviera muerta, pero hasta que se uniera con ella tenía trabajo por delante.

8

Olli

Salieron a la realidad y las últimas luces rojas en el tablero de Olli parpadearon y murieron. Esperó a que las luces de emergencia se activaran, pero al parecer uno de esos indicadores en rojo significaba que ese sistema había muerto también.

—¿Kit? —preguntó.

Un resplandor gris plomizo creció lentamente desde algún lugar próximo. Eran las pantallas incorporadas al blindaje de los brazos y la espalda de Kit, las que usaba para emitir publicidad pagada, ahora empleadas como débiles lámparas.

—Intentos de un diagnóstico de daños se ven obstaculizados por los daños a los sistemas de diagnóstico de daños —llegó la voz entrecortada del traductor—. Tenemos energía muy limitada.

—Ya lo veo —confirmó lacónicamente Olli. No podía conseguir que las cámaras internas funcionaran, así que decidió aventurarse al muelle de drones con su andador, que tenía una batería de uso prolongado, aunque no indefinido. La gran esfera de agua de Júnior seguía siendo una gran esfera de agua, no se había convertido en un charco o una masa de hielo. Eso era algo. Era de las pocas cosas que le quedaban, casi todo lo demás había quedado en nada.

Pero ella era una espacial. Era una descendiente de los que sobrevivieron en el límite en expansión de la poliáspora impulsada por los Arquitectos, en tiempos de la guerra. Podía arreglar cosas. Podía salir adelante.

Se transfirió al escorpión. Tenía una menor carga de energía, pero le hacía sentir mejor y llevaba incorporadas un montón de herramientas. Y entonces se dispuso a ver qué se podía arreglar.

Las comunicaciones entre el interior de la nave y el puente de

mando fueron fáciles. Eso al menos le permitía hablar con Kit. Después de unos cuantos juramentos, retoques y golpetazos a cosas con una garra, también consiguió recuperar la luz de emergencia, aunque era más débil de lo que le habría gustado y sospechaba que las células de energía que empleaban seguían perdiendo potencia.

No había con qué arrancar. Ni impulso. El reactor se había llevado algunos impactos directos y se había abierto al espacio, una opción preferible a hacerlo hacia las áreas de la tripulación, la verdad. Para la mayoría de las naves eso supondría su fin. La hora de hacer una petición de socorro. Salvo que Júnior les había llevado directamente al centro de la nada, y una petición de socorro tardaría varios siglos en llegar a cualquier lugar útil. La nave de rescate en el espacio profundo *Dios Buitre* se había convertido, en su última aventura, en una nave a la que rescatar en el espacio profundo. Y Olli era muy consciente de cuánto tardaban la mayoría de las naves en su situación en ser encontradas. Nunca, en la mayoría de los casos.

El calefactor interno del escorpión estaba trabajando al máximo para mantenerla solamente congelada en vez de muerta. Vio que Kit había mejorado la eficacia de sus pantallas hasta conseguir que relucieran en un rojo cereza y se mantuvieran activas. Al parecer los hanni podían apagar parte de sus órganos selectivamente y perder extremidades en condiciones bajo cero, lo que suponía un punto a favor de la biología no humana. Nada de eso era una solución a largo plazo, por supuesto.

Y ella tenía una solución a largo plazo. Estaba sentada frente a ella. Un nuevo reactor. Bueno, «nuevo» era una palabra optimista para ser aplicada a una mezcolanza de viejas piezas de basura, pero ahí estaba. Lo había compuesto a partir de todos los desechos que Kris le pedía constantemente que tirara, y que había conservado obstinadamente porque nunca se sabe.

Bueno, no lo había sabido nunca, ni tampoco Kris, hasta ahora. Concretamente, sabía que podría no bastar.

Olli era el ejemplo perfecto del viejo adagio espacial: «Confórmate y repara». Kit también tenía buenas manos —o buen abanico de mandíbulas— con la tecnología colonial después de todo ese tiempo. Trabajaron con una prisa febril, cada uno incentivado por los estimulantes adecuados a su especie, porque irse a dormir

en una nave moribunda era una invitación a no despertar. Y al fondo de la mente de Olli había una cuenta atrás. Las parteni estaban en marcha, y ese cabrón de Uskaro haría lo mismo. No podía estar segura de que fuera la misma operación, o si unos y otros estaban a punto de enzarzarse y llevarse todo lo que hubiera en el sistema de Estoc por delante en el proceso. Pero lo cierto era que había algo en marcha, que sus amigos estaban en medio, y que ella estaba ahí mientras, en el vacío irrastreable, en una nave muerta.

Tenía el cadáver de una nave sobre la camilla, con un corazón de repuesto allí mismo. Su ridículo reactor improvisado con piezas de mierda. Aunque puede que no funcionara. Nada puede salir de la nada, y lo que tenía equivalía a nada.

A medida que lo montaba, soñaba con enseñárselo a Jaine. Bromear sobre él. «Sí, os rescatamos con esto». Imaginó a la ciborg riéndose de sus soluciones. El pensamiento le dolía. Kris, Solaz e Idris, vale, pero en ese momento Olli quería ver a Tokamak Jaine más que a nadie. El sentimiento le sorprendió como una cuchillada en los riñones cuando ni siquiera sabes que estás en una pelea.

Pero no podría ver a Jaine, porque no podría arrancar ese reactor. No podía conseguir ese primer empujoncito necesario que desencadenara sucesivas reacciones como una bola de nieve que llegara a convertirse en una fuerza que permitiera a Júnior devolverles al nospacio, para desvanecerles en la nada o llegar hasta Estoc. Todo lo demás estaba arreglado, asegurado, apañado lo suficiente como para permitir ese salto desesperado. Todo salvo la propia fuente de energía que insuflaría vida al reactor de forma que a su vez pudiera transmitirla a todo lo demás. El detalle que marcaba la diferencia para que la *Dios Buitre* fuera una nave espacial o un montón de escombros perdidos en la vastedad del universo.

—Kit —dijo al fin—, no puedo hacerlo. No hay nada en esta nave que tenga la potencia necesaria para hacer que esto se ponga en marcha. —Había tenido en cuenta al escorpión y a su andador, la energía de los sistemas de emergencia, incluso las propias pantallas de Kit. Había tenido en cuenta cada ergio disponible a bordo y no conseguía alcanzar la cantidad necesaria—. Que me jodan, lo siento, Kit. La he cagado de verdad. He tomado tantas

malas decisiones.

—Pregunta, ¿cómo está Júnior?

Olli frunció el ceño, pero Kit se inclinaba a preocuparse por el colectivo, y Júnior desde luego era uno más de la tripulación. Giró el escorpión para mirar detrás de ella. La gran esfera de agua seguía allí. Júnior flotaba en su interior, señalando en su dirección, posiblemente hambriento y considerando si ella serviría como aperitivo o no.

—Júnior está bien. —Era otro motivo para fustigarse. Otra criatura más a la que había jodido en su estúpida cruzada.

—¿Por qué? —preguntó Kit.

—¿Por qué el qué? —repuso Olli sorprendida.

—¿La temperatura ambiente del muelle de drones es cómo? —El traductor de Kit cada vez era más escueto.

—Es… —Comprobó los datos de la consola del escorpión—. Joder. Veintinueve bajo cero ahí fuera. Y cayendo.

—Registros similares aquí —confirmó Kit—. La cuestión es por qué Júnior está bien entonces.

Olli se dio la vuelta y miró al ogdru en su entorno acuático. Líquido. Sin congelar. Y en buen estado. Era tecnología hegemónica, pero la tecnología hegemónica también necesitaba energía. El tanque la había estado tomando de la *Buitre*. Estaría bien jodida si terminaba por aceptar que una tecnología lo suficientemente avanzada era en realidad magia.

—¿Así que por dónde…? —Empezó a tomar datos, moviendo un sensor en el agua antes de que Júnior pudiera hacer una investigación destructiva. La temperatura dentro de la esfera era de un par de grados por encima de la congelación. Suficientemente cálida. Y Júnior no estaba extrayendo energía de la nave, por la muy sencilla razón de que no había de dónde. Así que…

—Kit… —Olli reconfiguró sus instrumentos, no sólo el escorpión sino todas las herramientas que funcionaban todavía. Por un momento las luces parpadearon débilmente sobre el muelle de drones mientras dejaba que las baterías de su exoesqueleto se vaciaran en las de la nave.

Abrió los ojos como un búho.

—Kit, Júnior está… produciendo energía.

—¿Biológica? —inquirió Kit.

—No, no es… No estoy segura de creer lo que veo. Júnior está interactuando con el nospacio.

—¿Eso es por lo que lo trajimos a bordo?

—Sí, pero para navegar. Dentro del nospacio. Si comprendo correctamente esta insensatez, Júnior está interactuando con los límites del nospacio desde este lado. Sólo… frotando. Para mantener su baño caliente.

Siguió un prolongado silencio que quedó colgado entre los dos, y aunque Kit no fuera humano Olli se dio cuenta que sentía las mismas reticencias que ella de decirlo en voz alta. De dar forma a la débil esperanza que ambos acababan de sentir.

Júnior producía energía, mediante un proceso totalmente fuera de la comprensión técnica de Olli. Pero una vez que entraban en el espacio real, parecía ser algo tan sencillo como para usarlo para calentar agua. Y era posible, sólo posible, que funcionara lo suficientemente bien como para poner el reactor en marcha.

Kris

Sacar a Idris de la maquinaria del Ojo fue toda una operación militar. Ya habría sido lo bastante difícil en una situación normal, y ahora al parecer les atacaban. Tuvo que explicarle todo tres veces mientras él evidentemente intentaba recomponer su cabeza. Su mano artificial seguía sufriendo pequeños espasmos, al margen de los temblores que recorrían el resto de su cuerpo. Uno de sus ojos estaba entrecerrado perezosamente, luego se abría demasiado. Debería estar preocupada por la posibilidad de que se estuviera causando a sí mismo daños cerebrales, pero así eran los inters en general e Idris en particular.

—No pueden venir con esto ahora —fue al fin capaz de decir, cuando consiguió que entendiera que no había llegado una sino dos flotas enemigas al sistema. Ambas ignorando a los que habían sido sus enconados rivales de toda la vida para atacar a las defensas del astillero.

—Eso es exactamente lo que intento que comprendas —admitió Shinandri, con agria indignación. El resto del equipo de la Boca del Pozo se habían reunido alrededor de las Máquinas, ahora vacías, a la espera del desarrollo de los acontecimientos. Lo que llegaba de lo

que ocurría en el resto del Ojo era escaso, y de fuera aún menos. Parecían producirse múltiples intentos simultáneos de interferir las comunicaciones. Kris se sentó y abrazó al crispado Idris, en el centro de un confundido círculo de inters del Comité de Enlace, entre ellos Andecka Tal Mar. Shinandri estaba encorvado sobre una de las Máquinas, medio vestido con el traje lleno de tubos que usaba para sumergirse con los intermediarios. No podía experimentar el nospacio de primera mano como ellos, pero le era posible recopilar datos de su neurometría, por lo que entendía Kris. Estaba abajo con ellos cuando empezaron los combates, y ahora se abrazaba las rodillas y fruncía el ceño como si todo aquello fuera dirigido personalmente contra él. Jaine, en cambio, sólo estaba sentada con sus herramientas y había extraído un panel para trabajar en lo que hubiera dentro, como si la emergencia fuera una pausa para mantenimiento no programada.

Sonó un estruendo fuera y todo el mundo se sobresaltó, pero no eran más que Trine otra vez. El colmenero se habían cansado de esperar y habían salido, según dijeron, para compartir sus ideas con alguien más. Ante la mirada esperanzada del resto, su cara iluminada simuló un enfado.

—He sido incapaz de encontrar nada de utilidad, estimados compañeros —anunciaron—. Los únicos individuos en las proximidades de esta ubicación eran parte del personal técnico, que se mostraron profundamente irrespetuosos con mi persona y mi especie. Empiezo a pensar que las cosas no van del todo bien. —Kris se dio cuenta de que estaba haciendo el payaso. Soltando grandilocuencias para subir la moral en general, o posiblemente al menos la suya—. ¿Entiendo que nuestros gloriosos líderes no han aparecido con un estandarte de batalla o un ejército?

Kris movió la cabeza, mirando a la puerta de hierro de forma irregular que conducía a la siguiente sala. Todavía era parte de la Boca del Pozo, y allí había otra Máquina, pero no estaba construida para humanos. Era el cubil de Ahab, que había sido el principal motor al comienzo de la transformación del sitio originario en el Ojo. Y puesto que Ahab era un referente en el cártel, dos de sus líderes habían entrado a verle. Ninguno había salido aún y Kris deseaba con todas sus fuerzas que lo hicieran con algún plan, porque ahora mismo nadie sabía qué hacer.

Entonces Idris se despertó lo suficiente para hablar.

—¿Dónde están los demás?

—Están… —Kris intercambió una mirada incómoda con Jaine—. Las parteni se fueron sin más, Idris.

—¿Y ahora qué?

—Sus inters, ellas… las llamaron, y se fueron. No parecían contentas, pero supongo que tenían que seguir órdenes. Después de todo, hay naves suyas ahí fuera. Entre otras. —Hizo una mueca—. Las hemos perdido.

—Solaz…

—He intentado llamar a Solaz, pero no he conseguido comunicarme con ella.

—Pero tenemos que hacerlo. —Idris se levantó de un salto, luego se sentó detrás de ella, pestañeando rápidamente—. Trine…

—No he detectado la presencia de una sola parteni en mis paseos —confirmaron el colmenero—. Evacuadas, un montón. A mí también me gustaría muchísimo tener ahora mismo un canal abierto con nuestra vieja colega la mirmidón ejecutora Solaz, aunque fuera tan sólo para ofrecerle algunas ideas selectas sobre su elección de lealtades.

—Estoy en ello —dijo Jaine. Todo el mundo se la quedó mirando y ella les devolvió un arqueo de cejas—. ¿Qué pensabais que estaba haciendo? Intento abrirme paso a través de este enredo de embargos de comunicaciones en que nos han metido. Nada más que seguid a lo vuestro, ¿vale? —Volvió a meter la cabeza entre la maraña de cables en la que había estado escarbando—. Esperad, un momento. Llega algo.

Sonó una voz por los altavoces de emergencia atornillados al techo. Kris ya iba a pronunciar un «joder» después de unos segundos porque, pese a la estática y las distorsiones, reconoció la voz.

—Atención a toda la tripulación a bordo de la instalación conocida como el Ojo —anunció el *morzarin* Ravin Uskaro—. Sepan que las instalaciones de Estoc vuelven a estar bajo control de sus legítimos dueños. Se ordena a todo el personal que se quede donde está hasta que las tropas de liberación les hagan llegar nuevas instrucciones. No sufrirán ningún daño salvo que ofrezcan resistencia a nuestras fuerzas, o se nieguen a seguir las órdenes que

se les indiquen. —Quizá continuó, pero Jaine soltó un ruidito de triunfo y la voz de Ravin se interrumpió abruptamente.

—He conseguido un canal —comentó—. El idiota hijo de puta me lo ha regalado con esa mierda del anuncio de servicio público. No tenemos mucho tiempo. ¿A quién queremos?

—Solaz. Canales parteni. —Quizá hubiera un mejor uso para esa posibilidad, pero Kris estaba de acuerdo con Idris y Trine en este caso. Realmente necesitaban saber qué pasaba con el Partenón.

—Oído cocina —dijo Jaine—. Imaginad que escucháis algo de música de espera. Tararí, trali, lorolo… ¿Listos? Hablad ahora o lo que ya os imagináis para siempre.

—¿Solaz? —preguntó Kris, aunque Trine hablaron por encima de ella.

—Mirmidón ejecutora, vieja camarada de armas, espero que nos pueda dar alguna explicación. —Porque, en su caso, ¿por qué decir en una sola palabra lo que podía estirarse a una docena? Idris no dijo nada, sólo les miraba inexpresivo.

—¿Kris? —La voz de Solaz llegó débil, pero también ella hablaba bajito, como si no quisiera que la escucharan.

—¿Qué está pasando, Solaz? —preguntó Kris de inmediato.

—No lo sé, Kris, pero… nos han retirado a todas. Órdenes de una ejemplar de flota. Ahora hay *voyenni* por todo el Ojo. Nosotras simplemente les vemos pasar. No entiendo nada. —La voz de Solaz tembló ligeramente—. Ni siquiera debería usar los comunicadores. Lo si… lo siento, Kris. Trine. Todos.

Luego la conexión se interrumpió, Jaine soltó una maldición y volvió a la tarea en el panel.

—Bien, esto es manifiestamente insatisfactorio —comentaron Trine—. Voy a poner una reclamación. —El hueco de su cara luego titiló, atento a algún sonido que Kris no llegó a escuchar. Un instante después aparecieron visitantes. La última persona que hubiera querido ver, junto a sus matoncillos para mantener a todo el mundo a raya. El propio Ravin Uskaro llegaba para tomar posesión de la Boca del Pozo. Se sorprendió al recordar que, en efecto, los astilleros de Estoc, las arcas a medio construir y la Hueste estuvieron en sus manos antes de que el cártel se hiciera con el control. El Ojo, sin embargo, fue un añadido posterior. Un tesoro alienígena transportado a través del nospacio y acoplado allí. Lo

que los Uskaro harían con él era algo de lo que no tenía la menor idea, pero seguro que entenderían que era un premio único y de incalculable valor.

La mirada que dirigió a los presentes fue paternal, posesiva. Después de todo, la mitad de los inters congregados allí habían sido antes propiedad de su familia, a través de contratos de servidumbre. Volvían a ser suyos, y podría añadir al fin a Idris Telemmier a su colección.

Se dio cuenta de que debía haber tenido un día con sus altibajos. Había aparecido vestido de gala, con un uniforme magdano cubierto de unas medallas con las que seguramente habría nacido ya. También llevaba una aparatosa envoltura médica que le mantenía el cuello firme, al punto de que le haría difícil mirar a la izquierda durante algún tiempo. Alguien había estado cerca de amargarle el triunfo.

Trine se adelantaron. Kris se estiró para agarrarles pero fue demasiado rápido. Los voyennis tenían todos sus aceleradores dispuestos, y les bastaría un segundo para liquidar al colmenero y a toda su prolongada carrera académica, pero Trine no parecieron percibir la amenaza. En su lugar, se estiraron en toda su extensión, casi dos metros por encima de Ravin cuando desplegaron por completo sus patitas como de pájaro.

—Presento una protesta formal —anunciaron con grandilocuencia, moviendo su arsenal de brazos polivalentes en señal de fastidio—. Soy delegado de la Asamblea colmenera conjunta. Exijo recibir el tratamiento diplomático adecuado y que se me repatrie a una embajada. Esta conducta es inaceptable.

Kris esperó que el temperamento de Ravin entrara en combustión, pero al parecer las tribulaciones por las que hubiera pasado quedaban muy atrás, ya que miró al colmenero sólo con un suave desdén.

—Delegado —comenzó con un respeto burlón—, ¿me permite mostrarles algo antes de que me presenten sus agravios en detalle? Una pequeña actualización de noticias, ya que su percepción puede estar algo por detrás de los últimos acontecimientos.

Uno de sus acompañantes desenrolló entonces una pantalla. Todo el mundo se inclinó a ver lo que fuera. Habían estado casi incomunicados desde que las naves coloniales llegaron al sistema.

Reconoció la fábrica colmenera. Incluso en esa primera imagen aparecía agujereada y maltrecha. De algunas partes emergía atmósfera llameante que se perdía en el vacío. Su ángulo respecto al mundo que había abajo parecía terriblemente desviado, y Kris comprendió que estaba cayendo. Hacia el pozo de gravedad de un planeta, de forma que su parte inferior había empezado a brillar por la fricción atmosférica.

Dirigió la mirada a la cara de Trine. Se había quedado congelada en la furia diplomática que transmitía unos momentos antes.

Vieron la fábrica colmenera morir, en caída libre contra el planeta, resplandeciendo como una estrella. Ardiendo, pero todavía con la suficiente masa como para impactar como un cometa contra la corteza sin vida. Incontables consciencias colmeneras se desvanecían, un repositorio de mentes abierto en canal. Un crimen de guerra.

—¿Cómo decían, delegado? —le preguntó Ravin con un tono agradable—. Quizá quieran reconsiderar la importancia de sus credenciales diplomáticas. Al igual que su petición de ser devuelto a su embajada, dado su actual estado. —Asintió con la cabeza en un gesto que obviamente le supuso un latigazo de dolor, y uno de los *voyenni* se adelantó. Sin más ceremonia, el hombre sacó una porra y golpeó directamente el torso de Trine, después barrió sus piernas, con la obvia intención de tirarle al suelo.

En su lugar, Trine terminaron agachados de forma totalmente inhumana, sujetos por su abanico de brazos y por una pierna.

—Sois reconocidos expertos en la tecnología originaria que nos rodea —les comentó Ravin—. Por ese motivo retendré vuestros servicios como almacén de datos y analistas. Pero no os confundáis. No sois ningún delegado. No sois, por lo que a mí concierne, una persona. Dejaréis de haceros pasar por una. Mi personal técnico vendrá en breve para colocaros en vuestro nuevo lugar de trabajo.

Kris esperó una réplica contundente que probablemente le habría costado a Trine la pérdida de alguna extremidad, pero el colmenero se recompusieron y se quedaron como en cuclillas, con las rodillas a la altura de la cabeza. Su rostro varió a una expresión neutral e inofensiva y luego replegaron los brazos. Recordó que Trine eran viejos, posiblemente la encarnación continuada más vieja de cualquier personalidad colmenera en cualquier parte. Eran

una posesión en el momento en que existieron por primera vez. Habían vivido para ver cómo los suyos recibían derechos como seres inteligentes. Pese a sus bravatas y fanfarronadas, recordaban y sabían cuándo no forzar su suerte.

Ravin recibió entonces algún tipo de mensaje, porque se puso rígido y se apartó, mientras los *voyenni* formaban en guardia a su alrededor. Un momento más tarde, Kris escuchó pasos rítmicos y luego apareció una escuadra de mirmidones parteni. Mujeres pequeñas y compactas, con el rostro oculto, en sus temidas armaduras de combate. Los *voyenni* se pusieron en guardia, pero las mujeres simplemente parecieron no considerarles una amenaza. Aunque si empezaba un tiroteo entre ellos en la Boca del Pozo, se dispararía lo suficiente como para que todo el mundo se llevara su parte.

La mitad de la escuadra se encaró directamente con los *voyenni*, una prueba de que fuera cual fuera la alianza antinatural que estuviera en marcha no había sido exactamente escrita en piedra. El resto fue haciendo resonar sus botas hacia la gran puerta que conducía a las dependencias de Ahab, y esperó.

Kris descubrió que estaba conteniendo la respiración. ¿Se abrirían paso a tiros los líderes del cártel, armas en ristre? No parecía su estilo, pero la verdad era que no tenía la menor idea de en qué punto se encontraban en ese momento.

La puerta se abrió finalmente con un chirrido desagradable. Kris vio a Jaine mover la cabeza, y casi pudo escuchar a la ciborg pensar «quería haberme puesto con ello».

Salió una sola mujer, la monitora superior Tacto, antes conocida como la jefa de Solaz. Miró a las mirmidones inexpresiva.

«Diles que disparen», la urgió mentalmente Kris. «¡Que den la vuelta! Usa tu puñetero rollo de espía. ¡Haz algo!».

Pero Tacto sólo se quedó mirando un instante, sin conceder la menor atención a Ravin y su gente. Luego se adelantó y las mirmidones la rodearon, no a modo de guardia de honor sino dándole claramente un trato de prisionera. Procedieron a marcharse de la Boca del Pozo y eso fue todo.

—Joder —dijo Kris, demasiado alto. No se había dado cuenta de cuánta esperanza había puesto en que aquello se hubiera desarrollado de otra manera.

Ravin soltó un chasquido indulgente y llegó a decir «y ahora, *mesdam* Almier, ¿no le importaría…?» antes de que Ahab saliera en tromba de la habitación de al lado, con su enorme masa entrando apenas a través de la puerta.

Ahab era el único naeromath que Kris había visto de cerca. El aspecto original de la especie era desconocido, dado que los Arquitectos habían destruido los mundos en que evolucionaron, así como cualquier otra cosa relacionada con su especie con la única excepción de las flotas de arcas depredadoras que deambulaban por el espacio. La gente pensaba que originalmente fueron seres acuáticos. Lo normal era verles en tanques y globos, monstruos de largos cuellos a los que se vislumbraba tenuemente.

Ahab se había adaptado. Tenía la piel cicatrizada repleta de implantes repulsivos, con la mayor parte de su cabeza ocupada por una batería de sensores artificiales y quizá armas. Su corpachón reposaba de costado sobre una estructura de seis patas, todo el tiempo a punto de derrumbarse pero que parecía tan ágil como una araña cuando hacía falta. Y ahora avanzaba hacia la gente de Ravin a buena velocidad. Y gritando. Ahab tenía el único traductor naeromathi-colvul que nadie hubiera visto. Siempre gritaba.

—¿Por qué se han parado los trabajos? —exigió—. ¡La interrupción debe terminar!

Shinandri y Jaine, los viejos socios de Ahab, se habían levantado e intentaban interceptarle. Todos los *voyenni* le apuntaban con sus aceleradores. La sala estaba a un dedo tembloroso de distancia de acoger una masacre.

—¡Ahab, cálmate! —gritó el vozarrón de Shinandri.

—¡Jefe, no se puede hacer nada! —añadió Jaine.

—¡Nuestra victoria está cerca! —aulló Ahab—. ¡El viaje inaugural no se debe detener! —Kris no tenía ni idea de lo que significaba aquello, porque los detalles exactos de lo que hacían con el Ojo la verdad es que estaban más allá de su comprensión. Aunque era obvio que Ahab se había dado cuenta de que el lugar estaba repleto de armas. Alzó y movió la cabeza adelante y atrás, pero detuvo su precipitada carrera. Ravin miró al naeromath con un horror fascinado. Posiblemente estuviera considerando qué aspecto tendría disecado y expuesto en una de sus mansiones de Magda.

—¿Esta cosa vale para algo? —preguntó.

Un gruñido metálico surgió de los implantes metálicos de Ahab, pero Shinandri se interpuso entre él y los *voyenni*, con los brazos extendidos.

—Su señoría, *menheer* boyardo, o el tratamiento que sea apropiado. No sé cuáles son sus planes para ninguno de nosotros, o para lo que hemos construido aquí, pero le ruego que reflexione. Estamos llevando a cabo un estudio valioso, añadidos irremplazables a los depósitos del conocimiento. Una exploración del nospacio sin paralelo en ningún otro lugar del universo. Un medio, me atrevería a decir incluso, de atacar a los propios Arquitectos. De convertirnos en amos de esos lugares que se extienden en los abismos profundos por debajo de nuestra percepción, ¡sí, de dominar incluso ese territorio! Le imploro que no desdeñe tales cosas. Y le presento a este Ahab, que está mi espalda. —De hecho, la cabeza roma y parcheada del naeromath colgaba por encima, algo delante de él—. Es la mente maestra detrás de todo esto. Yo por mi parte soy un científico y no de poca relevancia, pero nada de esto podría haberse conseguido sin el genio de Ahab.

El gesto de Ravin era indescifrable. Kris le consideraba totalmente capaz de cancelar sin más todo el proyecto del Ojo fuera cual fuera el daño que causara, disparar contra Shinandri y Ahab, y no dedicarle un pensamiento más al tema. Pero no era ningún tonto, y quién podía saber qué uso se podría dar a la tecnología originaria en el futuro.

—Manténgalo bien atado —ordenó a Shinandri. Y luego recibió otra llamada que capturó su atención—. Cuando hayamos terminado de asegurar el sistema, serán conducidos a los lugares oportunos —dijo a los prisioneros. Y seguidamente se fue, dejando a media docena de *voyenni* para vigilarles y asegurarse de que nadie tuviera ninguna idea rara.

Olli

Llegaron a tiempo para el final.

Olli estaba preparada para encontrarse problemas cuando emergieron en el sistema de Estoc, y no faltaban problemas. Pero eran de tal envergadura que nadie se percató de la llegada de la *Dios Buitre*.

La flota del Partenón que Júnior había rastreado antes ya estaba allí y en acción. Había otros asuntos en curso, con la banda de Uskaro esparcida por toda la Hueste y la flota de arcas, pero era el Partenón el que atraía la mirada de Olli. Frente a frente contra el Inefable Aklu.

El disco de la *Omnipotente Guadaña Matutina* giraba sobre su eje como la cuchilla de una sierra circular. Tres grandes cruceros parteni le estaban dirigiendo una insensata cantidad de munición, tanta que casi se podían distinguir los escudos gravitatorios de la *Guadaña* a simple vista. En vez de limitarse a deformar el espacio para alejar el fuego de los aceleradores, la nave hegemónica producía vórtices y hendiduras en el tejido básico de la materia. Hacía malabares con la estructura del universo para reunir y recoger los disparos de sus enemigas, antes de devolvérselos en grandes tormentas de proyectiles que se extendían en kilómetros cúbicos de espacio. La *Guadaña* tenía también sus propios aceleradores. Las armas se abrían como poros, como ojos, sobresaliendo del casco para pestañear, resplandecer y luego volver a cerrarse. Olli vio que una de las naves parteni —la *Medusa*, según su identificación— dio un bandazo hacia un lado cuando una de esas descargas la alcanzó, para perder luego sus segmentos posteriores cuando desvió la energía de los impactos a lo largo de su extensión. Y no sólo recibían las naves grandes. Había todo un despliegue de otras menores en el abarrotado espacio entre los cruceros y la *Guadaña*, incluyendo una cantidad incalculable de los pequeños cazas Punto Cero que las parteni desplegaban para distraer a los Arquitectos. Los instrumentos de la *Buitre* no eran capacees de rastrear a todos los participantes en la batalla, pero podía ver pequeñas ráfagas de fuego y datos cuando la *Guadaña* llenaba el espacio cercano con partículas cristalinas que trituraban a cualquier enemigo que se le acercara más de la cuenta.

Por un momento pensó que era así de sencillo. El insuperable poder de la Hegemonía se impondría, como siempre. Incluso contra lo mejor que le pudiera lanzar la ingeniería humana. Y por una vez estaba bien, puesto que ahora ella se encontraba de forma inexplicable del lado de los divinos essiel. O al menos de uno de ellos.

Pero entonces Kittering destacó toda una serie de avisos y

fracturas a lo largo del casco radial de la *Guadaña*. Después de todo, Olli estaba acostumbrada a las naves humanas. La *Guadaña* había sido diseñada con una estética alienígena. No hanni, por supuesto, pero al parecer Kit había prestado más atención cuando habían visto aquella vez enfrentarse a la Hegemonía y los humanos sobre Arc Pallator. Quizá las parteni tampoco se hubieran dado cuenta, pero la *Guadaña* había sufrido daños importantes. Algunas de esas líneas geométricas regulares que se podían ver no formaban parte del diseño, sino que eran grietas. El Partenón había sufrido pérdidas, pero parecía que iba ganando.

Los tres cruceros avanzaron, y el tablero de Olli se iluminó cuando descargaron sus disruptores de masa para comprimir el espacio alrededor de la *Guadaña*. Vio los rayos de ese sol artificial combarse y deformarse bajo la fuerza del ataque. Había sido testigo en el pasado de cómo ese tipo de tratamiento pulverizaba a naves normales. Era un arma inspirada por los Arquitectos, que además también había servido para agrietar su estructura cristalina. Pero los rayos dentados de la *Guadaña* volvieron a extenderse. Algo retorcidos, con jirones en los bordes, pero esforzándose por recuperar su forma y orientación original.

—Comunicación establecida. Llega un saludo de la *Guadaña* —anunció Kittering.

—Timo. ¿Nos robó algún arma cuando se llevó a nuestro ogdru?

—Era Heremon, la lugarteniente de Aklu. La sangre fría encarnada, pese a que su transmisión se veía perturbada por la estática causada por el bombardeo que recibía la *Guadaña*.

—No —dijo Olli—. Pero estamos llegando. ¿Situación?

La pausa posterior de algún modo le transmitió a Olli la sensación de lo mal que estaban las cosas. Ese breve periodo mientras Heremon intentaba reunir las palabras, que nunca le habían faltado antes.

—¿Cómo está el jefe? —preguntó Olli, porque en ese momento necesitaba escuchar a alguien que le hablara. Aunque fuera una mafiosa semihumana inmortal—. Vamos, os traigo de vuelta a vuestro calamar. Dime qué podemos hacer.

—Cuchilla y Gancho ha recibido una ligera afrenta a su honor —afirmó Heremon con rigidez; quién sabe qué cojones querría decir. Una traducción humana de un estado de ánimo essiel, salvo que

Heremon ni siquiera era una verdadera humana. Luego llegó un chorro de datos que Kit recibió y tradujo. Un informe de daños. La mayoría de ellos estaba aún lejos de cualquier especificación técnica que Olli reconociera, pero el significado global del mensaje era claro.

Los disruptores de masa volvieron a hablar. Al estar ahora más cerca, la *Buitre* percibió la onda distante de su descarga y Olli escuchó mamparas torturadas que gemían al compás. La *Guadaña*…

Pensó por un momento que simplemente se había ido. Las pantallas rebosaban de una tormenta de datos que sugerían que la nave hegemónica se había descompuesto, rota en un billón de piezas. Pero luego reapareció, aparentemente íntegra, salvo que había en ella algo horriblemente estropeado que sus instrumentos podían detectar pero no analizar.

—¿Podéis llegar hasta nosotros? —preguntó Heremon.

—No con esos disruptores de masa —dijo Olli escuetamente. Kittering lanzaba juramentos. Eran obscenidades hannilambra que su traductor no podía convertir, pero las reconoció, mientras él continuaba con una interminable retahíla de palabrotas incrédulas. Había procesado lo visto mejor que ella, y le había asustado hasta las entrañas.

—Chupaos esa, mamones —dijo Heremon, totalmente en calma. Por suerte, no iba dirigido a la *Buitre*.

Kittering envió una serie de cálculos a su consola con los que intentaba describir lo que acababa de pasar. Olli tardó en interpretarlos pero luego los comprendió, y se unió a él en sus imprecaciones. Los disruptores de masa habían hecho añicos a la *Guadaña*, o más bien la *Guadaña* había permitido que la hicieran añicos. Había llegado a desgajarse, con la estructura rígida separándose en partes que se mantenían débilmente unidas por el campo gravitatorio. Porque la tecnología líquida que usaba la Hegemonía podía romperse simplemente con torsión gravitacional. Así que toda la nave se había triturado a si misma, y a la vez se había reconstruido para descargar en el proceso la colosal disrupción que había recibido. Olli no sabía cómo afectaba aquello a la gente corpórea que hubiera a bordo. Y sí, Heremon seguía hablando, pero justamente Heremon podía sobrevivir a casi

cualquier cosa.

Luego la *Guadaña* respondió. Acercarse lo suficiente para usar los disruptores de masa había puesto a las parteni al alcance de las armas principales de Aklu.

No hubo ningún rayo, ningún misil. Los sensores de la *Buitre* dejaron por un momento de percibir a la *Reina de Aragón* parteni, mientras volvía a disparar su disruptor de masa. El rastro gravitatorio del crucero fue por un momento la sombra de algo mucho mayor.

La impresión, para el falible entendimiento humano, fue que algo se había levantado de manera imposible debajo de la nave, entendiendo esa posición inferior en realidad como un lugar de la estructura subyacente al universo, del nospacio. Como si unas fauces abiertas atrajeran hacia sí todo el espacio. Monstruos y pesadillas. De forma racional, sensata, Olli entendió que lo que la *Guadaña* había hecho realmente era poner a distancia un delicado dedo en el propio disruptor de masa de la nave parteni cuando intentaba disparar, invirtiendo los campos que generaba el arma y centrándolos en la propia *Reina*.

En un periodo de unos tres cuartos de segundo, la *Reina de Aragón* se convirtió en una corriente en espiral de metal y materia orgánica de un millar de kilómetros de longitud, retorcida en un complejo arabesco que Olli quiso pensar que dibujaba un «que os jodan» en essiel.

Después de eso, los otros cruceros pusieron más distancia con el enemigo, fuera del alcance efectivo de armamento gravitatorio como los disruptores o de aquel infierno que acababa de desencadenar Aklu. Aunque los cañones aceleradores tenían un rango teórico que estaba limitado únicamente por la curvatura del universo, así que podían seguir usándolos, y los escudos de la *Guadaña* eran capaces de manejar una porción cada vez menor de esa tormenta continua.

—Vamos ahora —le envió Olli a Heremon, y movió a la vieja y torpona *Dios Buitre* más cerca, manteniendo el casco y los escudos de la *Guadaña* entre ella y la muerte con la que las parteni llenaban el espacio.

El puesto de atraque posterior que escogió les llevaba

directamente al acuario donde mantenían a los ogdru. Tuvo la vaga idea de repatriar a Júnior con sus parientes, o compañeros de encierro, o lo que fuera. Pero se dio cuenta rápidamente que no iba a ser posible. Las cosas estaban peor en la *Omnipotente Guadaña Matutina* de lo que jamás habría pensado.

Kit se quedó en la *Buitre* mientras Olli se aventuraba con el escorpión. Aunque ni siquiera ese exoesqueleto probado en combate podría sobrevivir al tipo de problemas de carácter estructural que sufría la *Guadaña*.

Fuera lo que fuese que hicieron para resistir a la descarga de los disruptores, no había funcionado del todo. Cuando la *Guadaña* se había recompuesto, nada había vuelto al lugar al que debía. Cada superficie que pudo ver Olli aparecía como serrada por discontinuidades. En cada pared había patrones fractales en espiral, de bordes cortantes. El mismo suelo bajo las patas del escorpión se percibía áspero y borroso por desencuentros a nivel molecular. Podía sentir que toda la nave a su alrededor vibraba con una terrible incorrección, como si sólo la fiera concentración de su dueño evitara que saltara en pedazos sin más.

Los ogdru estaban muertos. La maquinaria de sus tanques había fallado, algunas partes estaban inclinadas, medio tragadas por el suelo o el techo. Había largas estalactitas y estalagmitas de hielo dispersas a su alrededor, en ubicaciones aleatorias, que se descongelaban lentamente. De los propios pilotos no quedaban más que unas abultadas masas grasientas de tentáculos tras colapsarse bajo su propio peso.

Los restos de uno de los tripulantes de Aklu estaban allí, medio incrustados en una pared, y le deseó que hubiera sido rápido.

—Estoy aquí —le dijo a Heremon—. Justo aquí. Voy donde me digas. ¿Dónde cojones estáis?

La única respuesta fue una señal luminosa, que fue siguiendo a la largo de una nave convertida en la versión pesadillesca de la que recordaba. Cada pasillo nacarado estaba mellado o roto, donde estaban algunas puertas ahora había callejones sin salida, se abrían ventanas desnudas al vacío del espacio. Y los muertos. No vio a un solo miembro de la tripulación con vida. Y a pesar de todo la nave seguía combatiendo. Podía sentir cómo se estremecía con cada nueva salva de aceleradores, y el hecho de que no se hubiera

desintegrado bajo ese bombardeo le indicaba que algo seguía haciendo su labor.

Alcanzó al fin el salón del trono. O el apretujado espacio no euclidiano en que lo había convertido la batalla. Y allí, en su centro, estaba Aklu.

Por cortesía de Aklu, Olli había visto en una ocasión más de lo que hubiera deseado sobre las entrañas de un essiel, y le preocupaba recibir una actualización protagonizada por el propio Inefable.

Pero no fue tan malo. El diván ingrávido en el que se solía acomodar Aklu no había sobrevivido al combate. Lo que quedaba era un desorden de componentes cortados, con el essiel subido en un ángulo improbable, sujeto a él todavía, y todavía vivo. A un lado y en parte debajo estaba la estructura dorada del mayordomo colmenero de Aklu, que siempre había sido su portavoz. Ahora no decía nada, aunque la jaula abierta de su torso rebosaba de actividad. También vivo todavía, en teoría. Y estaba Heremon.

Había sufrido el mismo destino que el tripulante del acuario. Una pierna, una cadera y parte de su abdomen y sus costillas se habían fundido con el suelo perlado. Pero su espalda con el simbionte tothir acoplado estaba limpia, así que por supuesto seguía viva y coleando. Y sufriendo un dolor increíble, a juzgar por el gesto de su rostro. Olli recordó la voz serena por los comunicadores y se estremeció.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó, porque afrontar todo aquel desastre parecía muy por encima de sus capacidades.

—Soplete de corte —soltó Heremon—. ¿Tienes alguno? —Mantenía ese siniestro tono inalterable.

—Tengo de todo en este exoesqueleto. —Olli se giró hacia el sillón roto de Aklu—. ¿Necesitas que libere al jefe? ¿Aún se puede tener en pie? —Porque por supuesto conocía el secreto de Aklu, el extraño estigma de su alienación del resto de su especie.

—Sí, pero primero a mí —le dijo Heremon.

—¿A ti qué? —La nave se volvió a estremecer a su alrededor y escuchó un terrible rechinar: no de una parte contra otra, sino de moléculas contra moléculas, unidas sólo de forma temporal y ansiosas por liberarse.

—Ahí os va, cabronas —soltó Heremon, pero en tono de

conversación. Un excitado Kit le dijo al oído de Olli por el comunicador que la *Medusa* se había llevado un impacto de aceleradores masivo, superior incluso a lo que la tecnología de segmentación parteni podía absorber. Ya sólo quedaba en el combate la *Skathi*.

Al mirar a su alrededor, Olli tuvo que admitir que podría bastar.

—Primero yo, si no te importa —salió de los dientes apretados de Heremon.

Olli se dio cuenta de que había un cortador manual cerca de la tothiat. Dedujo lo ocurrido.

—¿Has…?

—No pude —la interrumpió Heremon—. Lo intenté. Duele demasiado y sigo volviendo a crecer. Puto metabolismo.

—Sí, sí, inmortal e invulnerable, pobrecita. —Pero Olli se sentía profundamente revuelta. Heremon no se podía liberar a sí misma del casco porque se regeneraba más rápido de lo que podía chamuscar su propia carne. Olli, por otra parte, tenía mejores herramientas, y posiblemente le debía a Heremon algo de dolor. Se enorgullecía de ser una auténtica cabrona, al fin y al cabo. ¿Por qué acobardarse por torturar a un gángster o dos?

Sólo que fue lo más duro que había hecho jamás. Incluso con Heremon totalmente inmóvil y ni siquiera gritando mucho, comportándose como una paciente perfecta que hacía todo lo que le ordenaba el doctor. E incluso con el soporte vital del escorpión filtrando el aroma de carne quemada. Tuvo que trabajar deprisa, porque los tentáculos descerebrados del tothir intentaban continuamente recomponer la inserción del cuerpo en la pared.

Al final consiguió liberar a Heremon, al arrancar lo que quedaba de ella para evitar cualquier intento de reparación. Luego dirigió su atención al diván roto en el que Aklu había esperado pacientemente, y se plantó sobre el essiel en su brutal estructura miriápoda. Las propias extremidades artificiales de Aklu estaban atrapadas por el asiento aplastado, y se dio cuenta de que, si quería, podía librar al universo de un gángster monstruoso, allí mismo, en ese preciso instante. Los brazos de Aklu se estremecían y de su concha surgían gemidos estruendosos, pero no estaba el colmenero para traducir, y el essiel había perdido su terrible majestuosidad.

No importaba. Sólo tenía que trabajar con la cortadora y rebanar

los sistemas inutilizados del diván, loncha a loncha, como un cirujano oncológico, salvo que en este caso se sentía como si estuviera destruyendo el cuerpo para dejar libre la infección. Una vez que avanzó lo suficiente, Aklu se desplegó del amasijo de restos del asiento como una flor venenosa. Su disco de fijación se retorció y se enterró en medio de un nudo de tentáculos segmentados, que surgían de un espacio imposiblemente pequeño, y golpearon a Olli en el culo metálico del escorpión. Por un momento Aklu se alzó sobre ella como la peor pesadilla de un cibernetista, antes de replegarse a una proporción menos monstruosa.

—Tenemos que irnos —dijo Heremon. Se había arrastrado para llevarse en brazos el torso repleto de insectos ciborg enloquecidos del colmenero. Sin necesidad de preguntar, Olli la levantó.

—¿Te van a volver a crecer esas partes? —preguntó. Donde terminaba el cuerpo de Heremon, las fibras del tothir se entretejían de una manera ansiosa y caótica.

—Ni puta idea —dijo con suavidad Heremon—. Nunca ha sido así. ¿Qué tal está vuestra nave?

—Kit, ¿cómo está nuestra nave? —pasó la pregunta Olli.

—Muy deseosa de tenerte de vuelta en ella —respondió brevemente Kit.

De repente, un espasmo casi orgánico atravesó la *Guadaña*. Olli sentía como si cada componente del suelo bajo sus pies estuviera rellenando un formulario de divorcio.

—Vuelvo con la compañía de unos amigos —le dijo, mientras se ponía en camino, con Aklu siguiéndole los pasos—. Y luego salimos cagando leches del sistema.

2
Estoc, bajo ocupación

9

Ravin

Al final todo quedó tranquilo, silencioso y bajo su control.

Los vendajes en su garganta eran un evidente recordatorio de que había subestimado la oposición que encontrarían, incluso al borde mismo del triunfo. Ravin, después de todo, se podría haber quedado en una nave mientras sus *voyenni* se hacían cargo de la situación. Pero había una cierta *noblesse oblige* en todo el asunto. El que le hubieran traído simplemente las noticias de la victoria y una grabación del arresto o la muerte de Laery habría supuesto muy poca satisfacción. Ella le había arrebatado todo. Había robado los frutos de una década de cuidadosas maquinaciones sólo para desarrollar su ridículo proyecto. Hubiera preferido que sobreviviera para ver el fracaso de sus propósitos, pero muerta le valía. Un personaje peligroso, esa Adela Laery. Quizá hubiera sido lo mejor que no permitiera que la capturaran.

Con la Hueste y el Ojo en sus manos, había vuelto a su nave insignia, la *Gran Nicolás*. Se había mantenido apartada del combate contra los colmeneros, así que se libraba del desorden que podrían suponer unas reparaciones que quizá perturbarían su serenidad. En circunstancias ideales consideraría convertir la Hueste en su base, pero la nave alienígena fragmentada albergaba en su interior esa roca irregular que era el Ojo.

«Decisiones, decisiones…». Podía lanzar esa maldita cosa contra el sol si quería, por supuesto, y recuperar a la Hueste para su propósito original. Reclinado en su asiento, escuchando el alboroto de los sirvientes preparando sus dependencias, revisó sus planos. Una nave perfectamente distribuida, sin casco, sólo compartimentos y conexiones en el espacio, sujetos por el campo gravitatorio de la Hueste. Un arca diáfana, desde la que los señores de la flota podrían

observar el cosmos del que se habían adueñado. Algunos de los otros miembros del grupo de constructores habían palidecido ante la idea de enfrentarse a la visión continua de ese abismo, preocupados porque el efecto en la mente humana fuera similar al de la exposición al nospacio. Ravin se había burlado de ellos. Mentes limitadas que servían para mundos limitados, inadecuadas para heredar el universo.

Aunque lo cierto era que el Ojo le fascinaba. Poderoso, único, ¿qué le podría disgustar en él? Y sin embargo el propósito al que lo había dedicado esa camarilla de científicos raritos parecía una forma de mirarse el ombligo. Inofensiva, cierto, y que había proporcionado algunos avances fiables para predecir ataques de los Arquitectos aquí y ahora. Pero llegar a dominar todo ese universo deshabitado era un consumo de recursos absurdo. Rastrear el nospacio en busca de los Arquitectos era el culmen de la locura. Sin embargo, si este Ojo era en resumen un motor que podía cartografiar y afectar al nospacio, se le podían dar otros usos. Y si ese naeromath loco pensaba que podía ser usado como un arma contra los Arquitectos, entonces podía ser un arma contra cualquier cosa. La Hegemonía, el Partenón, razas alienígenas aún no encontradas. Tenía suficiente potencial como para mantenerlo por ahora junto a su plantilla de auxiliares. Quizá para trasferirlo a una ubicación menos distinguida a su debido tiempo.

Por supuesto, necesitaría sacar a todos los inters de ese proyecto. Había planeado este golpe —con la ayuda de los numerosos quintacolumnistas procedentes del proyecto de las arcas original— en un momento en el que la mayoría de los intermediarios robados por el cártel estuvieran en la Hueste. Ahora volvían a ser suyos, como debía ser. Y se les necesitaba para servir a la humanidad… a su humanidad. La gente que se llevaría en las arcas para embarcarse en la siguiente fase de la evolución de la especie. Había esperado que recuperar a sus pilotos domésticos sería tan sencillo como chasquear los dedos y enviar las órdenes oportunas. Pero el cártel no se había quedado quieto. Un puñado habían acudido mansamente a su llamada, pero la mayoría ya habían visto debilitado su condicionamiento, y arrancados sus implantes. Ravin estaba preparando una nave paquetera para dar a conocer sus intenciones y órdenes a todo el universo, lo que incluiría una

petición al Comité de Enlace. Les solicitaba un equipo médico completo para redomesticar a los intermediarios y devolverles a la condición fiable y flexible en la que les necesitaba. Por suerte, la nobleza magdana, y los Uskaro en particular, habían sido desde hacía mucho tiempo generosos donantes al Comité, y la mayor parte de sus directivos estaban en la agenda de Ravin de una u otra forma. Contaba con todos los recursos necesarios en ese aspecto. Dispondrían una clínica de reconversión masiva a su petición, y apretarían los grilletes mentales de los que fuera necesario.

Y luego estaba Idris Telemmier. Sentado en su camarote, Ravin recuperó los archivos sobre el tipo, un historial imposiblemente largo. Un inter de la primera promoción que de algún modo seguía sano y salvo… o al menos lo suficientemente sano. Joven, incluso, pese a ser unos pocos años mayor que Ravin. Sin duda el mayor éxito del viejo Programa de Intermediarios de la primera guerra. El hombre con el que el sobrino de Ravin, Piter, se había topado y al que tomó por un desertor del Comité de Enlace. También alguien que le había costado a Ravin demasiados buenos *voyenni* en Arc Pallator e Infierno de Criccieth. Y aquí estaba, empaquetado como un bonus junto al resto. Demasiado peligroso, ahora mismo, como para ponerle un casco y sentarle en una nave, pero eso cambiaría. La pequeña mente descompuesta de Telemmier podía ser encadenada como la de cualquiera, con el uso de la programación psíquica adecuada e implantes punitivos. Sería la joya de la corona nómada de la flota de arcas. Y, como al parecer no envejecía, podía servir a muchas generaciones de la familia mientras pasaban de sistema a sistema, señores de todo lo que podían supervisar a través de las paredes transparentes de la Hueste…

Un timbrazo le informó de que Piter estaba fuera, e hizo una señal para dejar que el chico pasara. Su sobrino se había comportado aceptablemente en la destrucción de la fábrica colmenera. Naves más pequeñas de la familia se divertían ahora con la caza de las últimas estructuras colmeneras que quedaban en el sistema, usándolas para practicar el tiro, pero eso no era algo que necesitara una supervisión aristocrática.

—Tío, una nueva nave parteni acaba de emerger del nospacio — le informó Piter, con un tono levemente malhumorado, como si fuera culpa de Ravin, o si el desarrollo de los acontecimientos se le

debiera consultar antes. «Le das al chico el mando de una nave en combate y sale con ideas por encima de su posición».

—De ahí que te pidiera venir. Un frente familiar unido. —Aquí era donde las cosas se podían complicar. Las parteni habían sufrido gratificantes pérdidas en su pelea contra Aklu. Ravin podía incluso dedicarle un pensamiento de aprecio al fallecido Inefable por plantear una defensa tan enérgica. «¡Dos cruceros parteni eliminados! ¡Qué imprevista alegría!». Si el essiel se hubiera limitado a ceder o huir, Ravin habría acudido a la mesa de negociaciones con una flota completa de cuatro naves de guerra enfrente, una fuerza muy superior a la que pudiera llegar a igualar. Pero ahora, con la *Guadaña* finalmente hecha añicos, la ejemplar Piedad sólo tenía su propia maltrecha *Skathi* y esta recién llegada, la *Medea*. Seguían sin ser rivales a las que Ravin se quisiera enfrentar, pero era una situación en la que podría tener ventaja si las parteni eran lo suficientemente estúpidas para enzarzarse en ella —. Estamos a punto de probar el honor de nuestras aliadas —le dijo a Piter—. Boca cerrada y gesto sereno.

El chico pareció disgustado pero asintió. Seguidamente Ravin confirmó estar listo al canal de comunicación de Piedad.

Ella apareció en la pantalla con una oficial de aire severo a cada lado, el mismo tipo de demostración de fuerza que Piter y él hacían presentándose con sus uniformes y condecoraciones.

—Le doy mi más cordial enhorabuena por su victoria sobre los hegemónicos, ejemplar —le dijo Ravin con simulada alegría. El tono florido ocultaba todas las espinas imaginables sobre sus pérdidas, en un tono diplomáticamente irreprochable, pero que sin duda ella percibiría de forma inequívoca. Su rostro no lo reflejó en modo alguno, por supuesto, pero, ¿quién podía saber en qué medida las parteni conservaban emociones humanas?

—También para ustedes por su triunfo sobre la Asamblea —respondió ella—. Cabe esperar que no volverán a confiar en sus servicios en ninguna parte. Puede que interpreten ese ataque como una vulneración de su contrato.

Lo interpretó como un chiste y devolvió la correspondiente risita.

—Los días en que la humanidad dependía de la capacidad productiva de las cucarachas terminaron, por suerte. —

Probablemente habría en ese momento un centenar de diplomáticos intentando desesperadamente poner distancia entre el Hum y el grupo de los constructores de arcas, dado que la verdad era que el gobierno dependía de los colmeneros, pero Ravin y sus pares ya habían cortado por su parte esos lazos. Sólo una forma más de mantenerse por delante en la competición…—. Veo que envían transbordadores a la Hueste.

De hecho, sus propias naves vigilaban cautelosamente. Y las fuerzas *voyenni* dentro del Ojo y los distintos fragmentos de la Hueste estaba en alerta máxima para el caso de que desembarcara una fuerza de mirmidones. Aunque la estructura de la Hueste la hiciera difícil de capturar, salvo que ya se tuviera gente dentro. Si las parteni iban a traicionarle de ese modo, se llevarían una decepción.

—Vamos a recoger a nuestra gente para traerla a mi *Skathi*. —La voz de Piedad sonaba cansada—. Nos reuniremos con el resto de la flota y planearemos nuestro siguiente movimiento, una vez que hayamos extraído a nuestros recursos de esta aventura innecesaria. —Lo dijo todo con el rostro totalmente inexpresivo, y Ravin asintió con suavidad. Entre ellos se extendía todo un abismo de complicidad: lo que él sabía, y lo que ella sabía que él sabía. Porque conocer lo que estuviera haciendo un Partenón unido siempre había sido casi imposible. Obtener información de un Partenón dividido, que estuviera envuelto en una guerra civil, estaba siendo otra cuestión enteramente distinta. En ese momento no faltaban intermediarios de terceras potencias con material interesante a la venta. Había naves del Partenón en ubicaciones extrañas, dañadas, que descargaban amotinadas, o se disparaban entre ellas. Piedad había hecho su movimiento, pero Ravin tenía la sensación de que todavía no contaba con un respaldo mayoritario.

Lo que sí tenía, ahora que los transbordadores habían atracado, era a las intermediarias parteni. Por supuesto que Ravin se habría sentido encantado de quedárselas, pero esa opción nunca estuvo sobre la mesa. Tanto él como Piedad sabían que podrían estar definiendo el escenario para un conflicto futuro, cuando las flotas nómadas de las parteni y la humanidad colonial colisionaran en una estrella impensablemente lejana. En el mejor de los casos habría preferido que nada de aquello fuera necesario, que hubiera

conducido a las parteni a una guerra de aniquilación mutua contra las Colonias y nunca hubieran perdido el control de los astilleros de Estoc y las arcas. Pero el cártel se había entrometido en sus planes y por ello se había visto obligado a esa desagradable alianza.

Que Piedad siguiera combatiendo contra sus hermanas, pues, o que se llevara a sus secesionistas a recorrer la galaxia, al margen de los pasajes. El universo era grande. Lo más probable era que las dos ramas errantes de la humanidad nunca llegaran a encontrarse.

Las mirmidones de los transbordadores no habían creado ningún problema. Las dificultades se habían producido en otras partes.

—La *Medea* permanecerá en el sistema —le informó la ejemplar Piedad.

—¿Ahora? —preguntó Ravin—. ¿Y para qué hace falta?

La mirada que le dirigió Piedad fue de frío desprecio.

—Porque tengo asuntos que atender en otros lugares, y aunque estoy segura de que también tendrá cuestiones pendientes que requieran su atención, no me gustaría descubrir que aparecen naves coloniales para interferir en asuntos parteni. La *Medea* le proporcionará un respaldo muy necesario y capacidad de combate en el caso de que la Hegemonía o los colmeneros se sientan ofendidos por lo que ocurrió aquí, *morzarin*. Y me irá enviando paqueteras con información sobre los avances que haga usted. Con la confirmación de que vuelve a ocuparse de sus asuntos con esas arcas y la elección de los integrantes de su humanidad futura. En lugar de emprender cualquier otra acción de la que luego ambos nos arrepentiríamos.

—Por supuesto, puedo ofrecerle absolutas garantías de que nada de esto es necesario —dijo cansadamente Ravin—. Pero si esto le proporciona paz mental, entonces extiendo una invitación formal a la *Medea* para que siga en el sistema, como muestra de la continuidad de nuestra alianza. —No invirtió ninguna simpatía en la sonrisa que dirigió a la mujer, ni tampoco la recibió a cambio—. Sin embargo, cualquier nueva adición a sus fuerzas presentes aquí tal vez sea interpretada como una provocación por mis naves. Lamentaría que confundieran algún acto por su parte como un arranque de hostilidades.

Piedad asintió.

—Nos entendemos mutuamente, *morzarin*.

Después de liquidar ese gravoso asunto, le hizo un gesto de conformidad a Piter.

—Momento de atender los asuntos domésticos. Reúne a los inters para transportarles y acondicionarles. E imagino que necesitamos un portavoz para tratar con ese equipo científico suyo.

—El líder es… excéntrico. —Piter le recordó torciendo el labio. Ravin asintió.

—Él no. Que se quede con sus juguetes. Tampoco el naeromath, obviamente. ¿Se sabe algo del Heraldo? —Todos los informes situaban al alienígena, Ash, a bordo del Ojo cuando se capturó, pero nadie había visto a la peculiar criatura. Tenía un largo historial de apariciones y desapariciones en circunstancias misteriosas en el que Ravin no creía particularmente, pero ahora empezaba a preguntarse…

—No, tío —confirmó Piter—. Pero conozco a la persona adecuada.

Era, quizá, la elección perfecta, así que Ravin envió al chico a hacer los honores, y luego preparó el último de los mensajes que enviaría en la paquetera. Información para el resto de los constructores de arcas para confirmarles que sus bienes habían sido recuperados y el proyecto podía avanzar a la siguiente fase. Y, tácitamente, dejando claro que Ravin y la familia Uskaro controlaban ahora una parte mayor de todo lo que importaba que la que tenían antes.

Kris

Dado su historial previo con la familia Uskaro, Kris había esperado que la situación fuera peor. Un confinamiento en su alojamiento parecía una medida leve, considerando las circunstancias. Y, sí, los alojamientos en el Ojo no eran exactamente lujosos: una esquina de piedra tapiada con un puzzle de placas de hierro y luego equipada con comodidades improvisadas allí donde Jaine pudo poner cables. Kris podía desplegar una cama, hacer sus necesidades y pelearse con la impresora, que se resistía a resultar operativa. Pero nada de comunicaciones ni de acceso a medios. La puerta no tenía cerrojo porque Jaine no se había tomado la molestia de poner ninguno, pero había un guardia *voyenni* fuera; suficiente para evitar fugas

fáciles.

Se quejó de la impresora al guardia, que no le hizo el menor caso. Así que se puso por su cuenta, sin ningún asesoramiento, a intentar arreglarla. Kris nunca había formado parte del todo de esa vida espacial de gente con cajas de herramientas llenas de todo lo necesario y que sabían cómo utilizarlas. Nació en una familia minera, cierto, pero… los gremios del hierro se habían asegurado de que los beneficios de la minería se repartieran, en lugar de ser exportados con el producto de su trabajo. De ahí que nunca hubiera tenido exactamente que ensuciarse las manos con los robots, y luego hubiera podido ir a una escuela bastante prestigiosa para estudiar derecho. A bordo de la *Dios Buitre*, entre las burlas de Olli, se había parapetado detrás de su educación como forma de eludir el mantenimiento de rutina. Ahora, suponía, iba a pagar por ello.

Esperaba que Olli estuviera bien. No sabía nada de ella. De ninguno de los demás. Una vez que la separaron de Idris y el resto de la gente del Ojo, los Uskaro podrían hasta donde sabía haberles pegado un tiro a todos. Aunque si había que disparar a gente, suponía que ella estaría a la cabeza de su lista. La continuidad de su semiconfortable existencia era una prueba teórica de que los demás debían seguir con vida.

Había un equipo de herramientas debajo de la impresora, porque Jaine tenía sus prioridades. Después de que sus intentos de conseguir algo de comer resultaran en un desastre gélido y plasticoso, Kris intentó encontrarse con su espacial interior y arreglar la puñetera cosa con la ayuda de una desastrosa aplicación de diagnóstico.

De repente, y sin que se lo pidiera, la máquina empezó a hacer algo. Kris retrocedió, por si acaso algo resultaba ser venenoso o explosivo. Lo que apareció al final fue una sucesión de hilos pegajosos que deletreaban su nombre.

Se los quedó mirando. Quizá hubiera hecho un trabajo de reparación tan disparatado que habría convertido a la impresora en autoconsciente.

O quizá, como sugirió un momento de reflexión serena, algo estaba poniéndose en contacto con ella a través de la única herramienta disponible.

Miró a la puerta, pero estaba cerrada del todo. Podría haber una

cámara en la habitación, pero en ese caso estaba muy bien escondida. Desde luego no era el tipo de cosa que se hubiera molestado en hacer Jaine.

Se imponía la cautela. En lugar de intentar hablar con la cosa, pulsó unas letras en el programa de diagnóstico. «¿Colvari?». El colmenero, el amigo de Havaer Mundy, ya le había ayudado en otra ocasión a través de una impresora.

La máquina gruñó y produjo lo que parecía como un plato de papel deshilachado. En el que sus dedos encontraron unos surcos en la parte trasera. Unas palabritas rayadas en la superficie que le decían: «Sí. Tiempo limitado. Cazan a los colmeneros. Escondido. Pregunta».

Se resistió al impulso de escribirle algún consuelo. No era momento para sutilezas civilizadas. «¿Quién sigue libre?», escribió con una mano a la vez que ponía el plato en el compartimento de reciclaje de la impresora.

La réplica llegó en un tenedor malformado. «Havaer. Un puñado de colmeneros más. Aklu Laery caídos. Otros vivos. Trasladan a los inters. Pregunta».

Se detuvo un momento porque había muchas dudas que reclamaban la prioridad. ¿Qué era lo más importante para ella ahora mismo?

«¿Cuál es el plan?».

«Espera», le dijo el borde arrugado de un vaso medio derretido, en letras que apenas pudo distinguir. «Valorando la situación». Pero ya se había puesto al día con el mensaje anterior y escribía frenéticamente preguntas sin necesidad de que se lo pidiera.

«¿Qué hay de la *Dios Buitre*?». ¿No estaba Olli con Aklu?

«Hay informes de su destrucción. No confirmada», llegó la respuesta Colvari, con los caracteres perforados en una hoja de papel. Kris la agarró con tanta fuerza que la hizo pedazos.

Pero Olli era una superviviente. De toda la gente que conocía, Olli era la mayor superviviente. Y Kittering se adaptaba a lo que viniera. Habrían encontrado algún medio para salir. No daban el perfil de heroicidades absurdas. Aunque lo dudaba algo más de Olli, que podía tener ese rasgo oculto profundamente, en un rincón que jamás admitiría que existiera.

Luego unas botas resonaron al acercarse a su cuarto y el *voyenni*

se puso en guardia. Dejó que el reciclador se llevara los restos de papel y tecleó: «Tengo que irme buena suerte».

Era Piter Uskaro quien se dignaba conocer los extraños ángulos de su camarote. Venía con dos *voyenni*, lo que encontró ligeramente gratificante. Tenía pinta de que preferiría apuñalarla a ser amable, pero era de suponer que su tío sujetaba las riendas. La última media docena de veces que se habían encontrado no había ido exactamente bien. Kris le frustró con tecnicismos legales la primera vez y le cortó la garganta la última. Le taponó la herida antes de que se desangrara, pero era consciente de que ése no seria un detalle que valorara mucho.

Se dio cuenta de que él llevaba un pequeño discurso preparado. Un fanfarroneo que había guardado para este público de una sola persona, sobre cómo todo se había dado vuelta al final a favor de los Uskaro. Cómo debería haberle permitido quedarse con Idris aquella primera vez. Y ella tenía ganas de acercársele y preguntarle «¿qué tal va la garganta?», o interrumpir de alguna otra forma su monólogo, o escupirle en la cara o patearle. Seguir los dictados de su naturaleza y plantar cara a un poderoso, lo mismo que disfrutó haciendo en un centenar de tribunales en estaciones y planetas a lo largo de la Esfera Colonial. Luego los dos *voyenni* se movieron ligeramente hacia afuera: hombretones con uniformes verde botella, los puños cerrados y gestos totalmente desprovistos de emociones humanas. Criados y entrenados para la obediencia y la brutalidad en un mundo en el que la gente sabía cuál era su sitio o era golpeada hasta aprenderlo. Esta vez ella ni siquiera llevaba un cuchillo, porque la maldita impresora no se lo había proporcionado.

Así que permitió que Piter soltara su charla, la soportó y dejó que los detalles le resbalaran. El que no reaccionara pareció decepcionarle, como un cómico que no consiguiera la respuesta del público. Así que todo lo que pudo añadir después de un silencio fue: «Mi tío solicita el placer de su presencia». Intentaba que sus palabras desprendieran veneno, pero Kris le negó la satisfacción de alterar de ningún modo su gesto pétreo.

La embarcaron fuera de la Hueste a una gran nave colonial que llevaba su misma deriva. Kris la entrevió brevemente a través de las pantallas del transbordador, un vehículo militar genérico de última

generación. No entre las más recientes incorporaciones de la armada, pero lo mejor a lo que los Uskaro podrían haber echado el guante de segunda mano para uso privado. En su interior, desde luego, todo lo que se veía era disciplina militar, mientras caminaban a un ritmo demasiado rápido, a través de pasillos pintados de azul, hasta donde la aguardaba el *morzarin*. Como se esperaba, disponía de un camarote engalanado con multitud de chorradas militares y heráldicas. A los boyardos magdanos les encantaba su pompa y circunstancia. El individuo estaba sentado en una gran silla, tras un elegante escritorio, cubierto de medallas que seguramente habría obtenido en distinguidos actos de heroica recepción de privilegios. También les gustaba jugar a los soldaditos, a los Uskaro. En otra situación se habría reído de él, pero la verdad era que acababan de ganar una batalla, así que no le divertía especialmente.

Un *voyenni* empujó una silla en su dirección: madera tallada con un asiento acolchado y respaldo. El tipo de lujo planetario del que los espaciales se burlarían. Kris se sintió como si diera de lado a los suyos cuando se sentó en ella. Pero la verdad es que no era realmente una espacial, como Olli nunca se cansaba de recordarle, y podía apreciar una silla cómoda, la verdad. Cuando otro de los matones le vertió un poco de vino en un delicado vaso, decidió que no ganaría nada con mantenerse enfurruñada por la situación.

—*Morzarin* —le interpeló, haciendo acopio de sangre fría—. ¿Ha venido a ver el estado de sus inversiones?

Se tensó para recibir un golpe, para que le arrancaran la copa de las manos y la tiraran de la confortable silla en la que estaba sentada. No ocurrió nada de eso. En su lugar, Ravin Uskaro la miró detenidamente.

—Lleva tiempo siendo una espina clavada en el costado de mi familia, *mesdam* Almier —le dijo—. No como representante de ninguna facción concreta, no como abogada de alguien, sino específicamente usted, como individuo. Es un logro notable para una leguleya itinerante.

Ella le respondió con un gesto cortés con el vaso, al que dio un sorbito. Era realmente bueno.

—Piter quería entregársela a los hombres. O tirarla al espacio. O alguna otra medida teatral —comentó Ravin sin cambiar el tono.

—Bueno, en ese caso… —Kris apuró el resto del vino para que quitárselo fuera al menos más difícil. La comisura del labio de Ravin tembló muy ligeramente.

—Le recordé a mi sobrino que somos personas civilizadas. Y que usted es una mujer educada que entenderá los métodos coloniales. No una bárbara espacial. Usted está familiarizada con contratos, acuerdos y prestación de servicios. Y con formar parte de un plan mayor. Si la historia de su antagonismo hacia mi familia muestra algo de su personalidad es que se trata de una mujer de recursos.

Ella dejó que la frase quedara ahí suspendida, sin darle valor. Ravin inclinó la cabeza.

—¿Espera que ahora llegue la consiguiente amenaza?

Ella se encogió de hombros.

—Esta conversación deja lagunas que resultan por sí mismas amenazantes, *morzarin*. Pero puede ahorrarme los detalles. He visto a sus hombres en el Ojo y esta nave por dentro. Vamos a asumir que soy más que consciente de que tiene la capacidad de llevar adelante cualquier amenaza que estime oportuno realizar. Lo que espero en realidad es la oferta que quiere presentarme. Viendo lo que acaba de hacer, no me imagino que pueda tener alguna inquietud legal que le perturbe y para la que necesite mi ayuda.

Ravin apuró su propio vino y se rió con sequedad.

—He heredado un curioso negocio al recuperar estas instalaciones. Poblado por toda una galería de monstruos, de hecho. He visto los archivos de todos ellos. No me parece que sean gente razonable y civilizada que entienda la forma de trabajo colonial. Aunque claramente suponen una oportunidad, es igual de obvio que son difíciles de manejar. Así que busco alguien que se ponga al mando.

—Quiere que yo sea su agente.

—*Mesdam* Almier, usted es alguien con quien puedo hablar y, a la vez, alguien que comprende a esos monstruos de ahí abajo. También es una persona lo suficientemente persuasiva como para imponerse a esas complejas personalidades y conseguir resultados. ¿Cómo puedo utilizarla para mis proyectos? ¿Cómo podría convertir los sueños enfermizos de esos raritos en oportunidades para mí? Usted no es mi única opción, pero sí quien tiene más posibilidad de sacar algo de todos ellos. Algo que justifique que no envíe todo ese

circo rumbo al sol. Porque si no consigo algo de esta forma, no me servirán de nada, ni querré que nadie se los quede. —Su voz se había vuelto muy dura al final—. ¿Me comprende?

—Quiere que colabore con usted.

—Le invito a que considere las alternativas. ¿No le apetece estar ahí, suavizar los cambios, facilitar el mal trago? ¿O prefiere que sea mi gente la que les dé un ultimátum?

—¿Y qué hay de mis amigos?

Ravin pestañeó. Por un momento no tuvo ni idea de a lo que se refería Kris.

—Su antigua nave —dijo al fin, tras un largo momento en que consideró no responderle—. Se cree que se perdió. Aunque los restos de una nave hegemónica no son un entorno fácil para analizar nada o llevar a cabo un salvamento. El precio de la guerra, *mesdam* Almier.

—¿Y Solaz? ¿Qué han hecho con ella?

Él torció un poco la boca.

—¿No se ha enterado? El Partenón ahora es mi aliado. No quieren tener nada que ver con toda esta charada. Su preciosa Solaz siguió las órdenes de abandonar la Hueste y reunirse con sus hermanas. Ahora están muy lejos, y que lleven tanta paz como dejan. —Kris se dio cuenta de que la situación era más compleja y menos definitiva de lo que decía el noble, aunque sus palabras le hicieron daño de todas maneras.

—¿E Idris?

Ravin la miró como si pensara que era idiota.

—Los intermediarios han sido conducidos a mi *Gran Nicolás* para una sesión informativa. Telemmier tendrá una nueva ocasión de ser un héroe de la humanidad, *mesdam* Almier. Después de una adecuada reeducación, será el piloto principal en la próxima gran Aventura de la especie humana.

—Sus arcas.

—Somos el futuro —le dijo Ravin, casi con amabilidad—. Desde el momento en que aquel Arquitecto desmenuzó nuestro planeta de origen, quedó claro que éste sería el futuro. Las parteni se dieron cuenta. Los naeromathi lo sabían. No hay otra forma de sobrevivir en un universo en que existen los Arquitectos que cortar lazos con la vida planetaria y salir a las estrellas. Las estrellas son nuestra

herencia, *mesdam* Almier.

—Ahora mismo contenemos a los Arquitectos —repuso ella—. Por primera vez podemos anticipar su llegada, y utilizar a nuestros inters para rechazarles. Es un progreso. Es un cambio en el rumbo de la guerra.

—Es una acción desesperada a la defensiva, nada más —replicó Ravin—. Es el momento de tomar lo que valoramos de la humanidad y ponerlo fuera del alcance de nuestros enemigos. —Se inclinó un poco sobre la mesa, lo que hizo que las medallas tintinearan entre ellas—. Me gustaría darle una posición a su altura, *mesdam* Almier. Usted es una mujer de grandes recursos. Demuestre su utilidad y conviértase en parte de este gran proyecto. Y, al hacerlo, convénzame del valor de estas criaturas descarriadas del Ojo, para que también sean salvadas. Tiene en sus manos la posibilidad de mejorar el futuro de ese grupo, de convertirse en alguien influyente aquí. Es usted una negociadora, alguien que trabaja buscando compromisos. Seguro que ya está pensando en formas de que este acuerdo le pueda proporcionar alguna ventaja, y también beneficiar a aquéllos que le importan. Créame. No le daría este discurso a Olian Timo o al fallecido capitán Rostand. Pero usted…

—Ya lo he entendido —le interrumpió, y percibió la ligera tensión de los *voyenni* mientras evaluaba cómo le sentaría tener algún grado de libertad—. De acuerdo, *morzarin*. Enséñeme el contrato. Déjeme ver lo que voy a firmar. —Estaba pensando en Colvari, Havaer y el resto de los que resistían, ocultos en algún lugar de la estructura del Ojo. Pensaba en cuánto de sí misma perdería y cuánto bien podría conseguir con ello.

10

Olli

—Prueba eso —pidió Olli, y Kit se volvió a inclinar con las delicadas herramientas sujetas en sus mandíbulas. Hubo un resplandor y luego destellos por las conexiones eléctricas, y esperó escuchar una voz, algún ruido, cualquier cosa. El crepitar y los sonidos como de arañazos que habían sido su compañía continua desde que empezó esa situación eran lo único que consiguieron.

No era trabajo esencial de reparación, o al menos algo que hubiera denominado así antes. La *Dios Buitre* tenía suficientes luces verdes en los indicadores como para dejar que la nave simplemente navegara un tiempo. Ahí fuera, en el espacio abierto, más allá de los pasajes, donde nadie se tropezaría jamás con ellos. Así que era el momento de intentar recuperar el habla del arruinado mayordomo de Aklu.

No podía decir que estar en espacio abierto sin Idris a bordo no la hiciera sentirse aterrada. Dependían por completo de Júnior para volver a… cualquier sitio, en realidad. Si el ogdru se ponía terco o le fallaba su tanque, o simplemente se quedaba muerto panza arriba como un pez de colores, estarían jodidos. Les llevaría un millar de años de viaje normal por el espacio llegar a cualquier lugar con instalaciones tan básicas como un sol y planetas. Puede que Aklu durara todo ese tiempo, pero la verdad era que la *Dios Buitre* no, sin mencionar al resto de los que iban en ella. Aunque, por alguna razón, cuando tomó prestado a ese monstruo inmaduro ni siquiera había considerado esas posibilidades. Todo le había parecido como una gran aventura.

Pero ahora mismo tenía todo un abanico de horrores entre los que elegir, y el que ocupaba más espacio en su mente era también el que ocupaba más espacio en la *Dios Buitre*. Tenía algún recuerdo

de esa Presencia ilusoria del nospacio de vez en cuando, que había sido desagradable, pero esto era peor. Un essiel vivo llenaba por completo cada parte del muelle de drones que no estuviera ocupada por el tanque de Júnior. Aklu el Inefable, Cuchilla y Gancho, furioso, inquieto y equipado con una pesadilla de tentáculos cibernéticos. La última vez que le había visto, Aklu estaba sujeto a lo que la gravedad de la *Buitre* consideraba el techo, pero que el generador personal del essiel había decidido que era el suelo. Lo que suponía que cuando Olli se acercaba, su oído interno le hacía sentir como si estuviera cayendo en múltiples direcciones a la vez. El vértice de la larga concha de Aklu estaba casi a la altura de los pies, mientras que el ovillo de enjutos miembros extendidos se esparcía como si fuera una mano arácnida. Todo su aspecto era como equivocado: la gravedad alterada, lo grotesco de la movilidad de un essiel y el puro, inexplicable temor que transmitía la especie, en absoluto contraste con su aspecto. Aklu estaba muy agitado y parlanchín, tanto que sus gruñidos alcanzaban cualquier punto en el interior de la *Buitre*. No había forma de escapar de ellos a bordo. Y nadie podía entender algo más que no fuera que el essiel insistía mucho en algo.

Así que todo se reducía a depender de esa triste y baqueteada jaula de cucarachas que intentaba arreglar. Olli ni siquiera sabía si quedaba lo bastante de la estructura viva del colmenero como para que pudiera funcionar. Probablemente algunos de los bichos se habían caído cuando la cosa fue mutilada por… las propias defensas de la *Guadaña*, suponía. Se preguntó si habían funcionado como se pretendía o si algún técnico de la Cosecha Rota se había descuidado.

La jaula abierta, con sus acabados dorados rayados y deslustrados, bullía con la actividad de los insectos. Trabajar en las conexiones de los bichos y el cableado exigía a Olli meter las manos hasta el fondo de ese enjambre activo y orientarse por el tacto. Por supuesto que los brazos que usaba eran las extremidades mecánicas del escorpión, y ella podía afinar sus hápticos para no percibir lo peor de los hormigueos. «Que se jodan los que tienen manos de verdad». El pensamiento le despertó una sonrisa, algo que le había faltado últimamente.

Se conectó al sistema de diagnóstico de la jaula, que insistía

alegremente en que todo iba bien. En otra pantalla del tablero del escorpión aparecían los datos de Kittering, porque intentaban enlazar al colmenero, a través de la *Dios Buitre*, al *software* de traducción de Kit. Lo que suponía en resumen que estaba lidiando con sistemas operativos diseñados por tres especies distintas. Dada la forma en que la ingeniería y los estándares de código variaban incluso entre los humanos, trabajar con aquello le hacía sentir la necesidad de abrirle a la galaxia un nuevo agujero en el culo ya mismo.

—Vale, esto va a funcionar —insistió. No lo hizo. Lanzó una maldición a Kittering y la *Dios Buitre*, y a la industria bélica que había dado como resultado la creación de los colmeneros. Salió entonces un zumbido bajo de alguna parte, y de algún modo pudo rastrearlo hasta el torso del colmenero. Pero no eran palabras, y no resultaba de ninguna utilidad.

Entonces llegó Heremon, que tampoco fue de ninguna ayuda. No había recuperado las partes que habían quedado emparedadas en el casco de la *Guadaña*, ni su cuerpo mejorado había dejado de intentar recuperarlas. El resultado no era bonito. Era tan desagradable en términos orgánicos que Olli se alegró de que el escorpión estuviera herméticamente cerrado.

Heremon había tomado prestado el andador de Olli, la estructura de seis patas que utilizaba para moverse en lugares civilizados. Olli tendría que desinfectarlo con el mayor cuidado antes de volver a usarlo, porque quién podía saber qué truquitos podrían poner en marcha las partículas de tothir sueltas por la carne humana. La única pierna que le quedaba a Heremon estaba doblada, con la rodilla en su barbilla, porque por supuesto el andador estaba diseñado para alguien sin piernas en absoluto. Iba ladeada unos treinta grados, con una mano agarrada a la estructura para mantenerse recta. Tampoco se había conectado al vínculo neural que lo operaba, así que su avance consistía en una serie de impulsos, rebotes contra las paredes y bruscas detenciones. Parecía furiosa y sometida a un enorme dolor.

Su parte tothir había extendido una telaraña de zarcillos de un rosa grisáceo por el andador, cubriendo una de las patas y por tanto obstaculizando su avance. Vibraba y se movía bajo la mirada de Olli, extendiéndose hacia arriba y luego encogiéndose de vuelta.

Estaba totalmente segura de que seguía buscando las partes del cuerpo sajadas. Si pudieran volver a la *Guadaña*, no le cabía duda de que se encontraría con esas porciones de Heremon aún vivas del otro lado del casco. Si sentaran a Heremon donde había estado, se reconectarían y la dejarían atrapada a la nave desguazada. La parte tothiat de Heremon no entendía el concepto de pérdida definitiva.

—¿Algo? —le espetó Heremon.

Olli le echó una mirada que le preguntaba de forma tácita si es que podía escucharle mantener una discusión coherente con un colmenero y, en caso contrario, ¿qué coño pensaba?

—Llévatelos con Aklu —le dijo Heremon—. Necesitan oír la voz de su amo.

—Vamos a ver si conseguimos que escuchen y hablen primero. No hace falta que sea nada complicado. Además, no es que ahora mismo podamos precisamente ignorar los putos discursos divinos.

—Necesita ver —dijo Heremon moviendo una mano, un eco distante de la parte gestual del lenguaje essiel, salvo que no contaba con las articulaciones necesarias para que funcionara.

—Mira, ya sé que todo el mundo tiene opinión, pero podrías nada más que… Kit, ahora. Prueba ahora. —Había compensado algunas peculiaridades en la arquitectura virtual hanni a las que no había hecho caso hasta entonces, y quizá ése fuera el problema.

El zumbido fue, por un momento, lo suficientemente alto como para sobreponerse a las quejas de Aklu, y vio cómo al menos uno de los altavoces de la *Buitre* emitía algo. Luego llegó una voz de las entrañas de la nave.

—Diagnóstico prometedor: lo que se ha perdido en funcionalidad se ha ganado en sabiduría. Porcentaje de la mente recuperado: ochenta y tres. —La sensación era un poco inquietante, porque la que sonaba era la voz de Kit, los tonos exactos con los que su traductor vertía sus palabras.

—Vale, estupendo —dijo Olli, con una sensación algo infantil de orgullo porque hubiera funcionado el primer truco que intentó cuando apareció Heremon para verlo—. ¿Me escucháis? Vosotros… ¿tenéis algún tipo de nombre? —Porque hasta entonces no habían sido más que los portadores de las palabras de Aklu.

—Las condiciones del contrato que nos sujeta desde nuestra encarnación especifican que no podemos darnos a conocer más que

como voz de nuestro amo —dijo la falsa voz de Kittering con grandilocuencia, como si esa revelación fuera un honor.

—Sí, pero… —Olli dirigió una mirada a Heremon y admitió que podía aceptar a la tothiat en su estado actual, porque iba a pronunciar algún tipo de herejía—. Quiero decir, sois… también vosotros. Querréis salir… o, de acuerdo, que os saquen… de ese acuerdo que acabáis de mencionar, porque a ver, nadie en mi nave va a ser un esclavo.

Heremon no pudo evitar una sonrisa ante esa afirmación y la voz incorpórea del mayordomo respondió.

—No tenemos otras necesidades que la de amplificar y hacernos eco de los deseos del Inefable. Debemos ser ubicados bajo la mirada de Cuchilla para recibir la bendición o el castigo que decrete Aklu.

Olli compartió una mirada de reojo con Kit, al menos tanto como un humano y un hanni podían compartir algo así.

—De acuerdo entonces —decidió insatisfecha, y colocó la jaula de bichos infatigables en el regazo inclinado de Heremon—. ¿Seguís ahí? ¿No se ha soltado nada?

—La conexión con tus sistemas está confirmada. No sentimos defectos ni tenemos tiempo de más discusiones. Llevadnos hasta Aklu.

—Tampoco tienes tiempo de dar las gracias —murmuró Olli, pero los tres bajaron por el pasillo central de la nave hasta el muelle de drones. Los cuatro, supuso, pero se le había hecho difícil pensar en el torso truncado como un ser inteligente antes de que empezaran a hablar. Y ahora que hablaban, parecían ansiosos por borrar su propia identidad.

Tuvo que detenerse antes de traspasar el umbral. Lo que la irritó, porque entraban al muelle de drones, su reino personal desde que se había unido a la tripulación de la *Dios Buitre*. Pero ahora casi no cabían. No con la gran esfera líquida que contenía al ogdru. No con el bosque de tentáculos segmentados que se aferraban a la parte superior de la sala como una hiedra alienígena, y esa concha que colgaba del techo.

Heremon intentó pasar por delante de ella para colocar al mayordomo. Después de chocar contra el escorpión y maldecir a Olli, decidió dejar la tarea a Kittering, que era lo bastante pequeño para colarse.

Aklu cambió su inclinación y empezó a gesticular furiosamente hacia la maltrecha caja, gruñiendo y rugiendo lo bastante como para hacer temblar cada placa y cada perno de la nave. Olli se dio cuenta de que era una discusión con un solo participante. Hasta que el mayordomo recuperaran su cuerpo, no podrían hablar a su amo o traducir para nadie más. Era literalmente nada más que un portavoz. Y ese portavoz tenía algo que decir.

—La operativa de las esferas celestiales y el adecuado funcionamiento de tronos y poderes exige que se reconozca esta afrenta. Que los usurpadores sean llevados ante el ojo abrasador del juicio regio, donde puedan ser evaluados. Llegaremos a la Sede de Registro, no arrastrándonos a la manera de los gusanos, sino rápidos y feroces, para poder exhibir el filo final y ser recompensados.

Las cejas de Olli se elevaron más allá de la línea de su cabello.

—Oh. Vale. Buena suerte con eso —dijo, con la certeza de que cualquier irreverencia tardaría en llegar hasta Aklu—. Me parece que estamos todos muy confusos por lo ocurrido. Quiero decir, también tengo amigos allí, claro. Me gustaría patear algunos culos patis y magdanos. ¿Algo de lo que ha dicho significa que vamos a hacerlo?

—Se han recibido coordenadas —señaló Kittering.

—¿Qué dices?

—A los sistemas de la *Dios Buitre* han llegado unas coordenadas de navegación —insistió Kit. Pese a la voz idéntica a la del mayordomo, el ritmo de las palabras le indicaba de inmediato quién hablaba.

—Vale, así que vamos a alguna parte. Deja que lo adivine. A la Hegemonía.

Kittering soltó un pequeño chirrido de más a menos con el que ella estaba familiarizada como el equivalente a un encogimiento de hombros.

—La localización nos es desconocida. No es un sistema hegemónico localizado. El gran tamaño y el oscurantismo cultural son sin embargo características hegemónicas. —Y, por supuesto, la proximidad geográfica entre las estrellas no tenía ninguna relación con las fronteras de las potencias galácticas. Si marcabas los sistemas hanni, castigar, coloniales y hegemónicos en un universo

tridimensional, estaban enredados de una forma extraña, intercalados y superpuestos. Los pasajes eran lo que importaba: el tejido conectivo del universo, situado por debajo de la realidad en el nospacio. El lugar más cercano era aquél al que se pudiera llegar sin necesidad de un piloto especializado, no la estrella que estuviera a menos años luz de distancia.

Pero este lugar, esta localización que había escogido Aklu, estaba bien alejada de cualquier parte de la red de pasajes a la que Olli hubiera ido jamás. Un lugar que ni siquiera estaba incluido en los nomenclátores coloniales. Así que sería claramente hegemónico, situado en una parte que nunca se había permitido que fuera visitada por los comerciantes y diplomáticos humanos.

—¿Ese sitio tiene nombre?

—La Sede de Registro —dijeron el colmenero y Kittering a la vez, una extraña sincronía de la misma voz.

Olli miró a Heremon.

—¿Te dice algo? ¿Has estado allí?

—No —dijo la tothiat. Sus ojos estaban muy abiertos—. He oído hablar del sitio. Cuando los essiel dicen «sede», se refieren a un lugar desde el que dirigir, desde el que dar órdenes. Un lugar desde el que se toman las decisiones de la Hegemonía. Hay una Sede de Introspección, y una Sede de Distinción, entre otras, para las que nunca pude tener una buena traducción al colvul. Es un lugar al que no vamos. Porque nosotros somos la sombra del sol essiel.

—Pues parece que ahora sí que vamos allí. ¿Irán a darnos una flota o algo así? ¿Para ir a zurrar a los malos? —Aunque quizá debería sentirse inquieta por las ramificaciones políticas de invadir la Esfera Colonial con una flota de guerra hegemónica, y desencadenar la mayor guerra desde el inicio del viaje espacial en la que no participaran los Arquitectos, en esos momentos la posibilidad le sonaba extremadamente satisfactoria a nivel personal.

—Creo… Allí pueden hacer cualquier cosa. Si quieren —respondió Heremon con calma. Olli sabía que ella era seis partes gángster y cuatro fanática sectaria, y en ese momento el porcentaje místico estaba en ascenso. O quizá se hubiera dejado una o dos partes de su personalidad como mafiosa atrapadas en el casco de la *Guadaña*—. Buena parte de la Hegemonía, de su poder y sus avances tecnológicos, se raciona de forma que la gente sólo tenga lo

necesario, o lo que los essiel necesitan que tengan. Las cosas son así más estables. El equilibrio es la prioridad, ¿no? Las Sedes son donde…

—Donde está el material bueno.

—Donde está todo.

—¿Tendrán allí una pierna nueva para ti? —le pinchó Olli, pero la burla no tuvo la menor respuesta.

—Pueden arreglarme —dijo Heremon. Se recogió los zarcillos retorcidos que se deslizaban por su cadera, y Olli no pudo evitar estremecerse.

—Claro, mejor que te echen un vistazo. No tiene buena pinta. Kit…

—Salida ya programada —confirmó el hanni—. Todos nuestros esfuerzos actuales se dirigen a restringir a nuestro piloto.

Júnior daba vueltas en su tanque incansablemente, con golpeteos de tentáculos y aletas que le hacían acelerar más y más.

—Mejor que tengamos las camas listas entonces —aceptó Olli, y luego dirigió la mirada hacia arriba, a Aklu—. No… tenemos nada para un essiel, como comprenderás. Y parece que vamos a pasar un rato largo en el nospacio.

—Es la penitencia del dios caído la de mirar al vacío y enfrentarse a todos los horrores de la profundad vastedad —llegó la voz de Kit con las palabras del colmenero. Si Aklu resultaba que tenía alguna forma de escuchar y entenderla, o era una simple coincidencia que hubiera intervenido en ese momento, era algo que no podía saber, pero la asustó.

—El Inefable nunca… —empezó Heremon, pero Olli interrumpió la explicación con el movimiento de uno de los brazos del escorpión.

—Lo pillo —repuso escuetamente—. Por lo que a mí respecta, yo sí. Y mejor que tú también. No necesitamos que te vuelvas aún más loca.

Por supuesto que Júnior no era más que una bestia estúpida. No se daba cuenta de que guiaba una nave a través del nospacio, sólo de que había recibido unas coordenadas, a modo de un aroma, de algo que podía perseguir como se hacía en los mares ancestrales. Pero cuando la *Buitre* emergió a la realidad y despertó a Olli, aparecieron mucho más lejos del sol del sistema de lo que ella se

esperaba en comparación con las trayectorias previas del ogdru. Como si quisiera ser respetuoso. O estuviera asustado.

Echó una mirada a lo que había fuera y decidió que ella también estaba asustada.

La Sede de Registro, o como fuera que los essiel llamaran al sistema donde se encontraban, no albergaba planetas. Quizá los hubiera tenido en algún momento. De lo contrario, alguien había importado unos volquetes de mierda desde algún otro lugar, lo que para la mente colonial de Olli resultaba poco práctico. Pero estaba asistiendo a un curso intensivo de lo que significaba realmente «práctico» cuando eras un divino essiel, que estaba ampliando sus horizontes más allá de donde se sentía cómoda.

Mientras los demás se despertaban —y el insomne Aklu seguía meditando en el muelle de drones—, ella ordenó a la *Buitre* dirigirse al interior del sistema, en dirección a la mayor estructura artificial que hubiera visto nunca. O que nadie hubiera visto nunca. Salvo que estaban en la Hegemonía, así que probablemente existiera en algún lugar una Sede de Grandeza o algo parecido que doblara el tamaño de aquello.

Habían construido un anillo en torno a la estrella. Olli tenía una noción superficial de las teorías humanas sobre astroingeniería colosal —esferas de Dyson, mundos anillo y demás—. Pero nadie había llegado a construir nada de esa escala. No existía la tecnología ni la necesidad. Tampoco tenía idea sobre qué necesidades impulsaban a los essiel, pero aquí estaba la prueba de que disponían de la tecnología. Un anillo que rodeaba totalmente una estrella. De cincuenta mil kilómetros de ancho por término medio, pero con bordes irregulares, de aspecto fractal. ¿Seguía en construcción? Repasó la forma de aspecto deshilachado y encontró algunos patrones. Quizá fuera así como debía verse. Distinguió un enorme enjambre de pequeños vehículos o remotos de construcción que revoloteaban alrededor de los bordes del anillo y consideró si no se ocuparían más que del mantenimiento. O puede que una reconstrucción continua del lugar fuera un mandato religioso para alguna extraña secta hegemónica. El interior del anillo, por lo que el equipo de sensores de la *Buitre* podía decirle, estaba compuesto de algún tipo de sustancia imposible que absorbía la radiación de la estrella sin dejar escapar absolutamente nada. El exterior resultaba

en cambio un poquito fresco para los estándares humanos, y estaba cubierto por una atmósfera de hidrógeno, helio y algún tipo de moléculas orgánicas complejas que esperaba no tener que inhalar en ningún momento cercano. No tenía ni idea de dónde iba toda la energía solar captada, de cómo funcionaba la termodinámica del lugar o para qué servía. Excepto como base para construir cosas, porque había una cadena punteada de enormes verrugas, como catedrales, a lo largo de todo el anillo, cada una en el centro de un complejo bullicio de naves. Al acercarse pudo ver que había también orbitales sobre el anillo. Parecían estar ligados a los edificios de debajo por algún tipo de conducto, por el que subían y bajaban cargas. Un ascensor pero sin cable, sólo pura fuerza gravitatoria.

Se le había unido Kittering. El hanni estaba agachado en su taburete, casi desesperado en su intento de entender algo de lo que veían, de cómo funcionaba. Uno de los mensajes inquietos que remitió al tablero de ella daba una idea de la escala. Las estructuras con aspecto de catedral se elevaban cincuenta kilómetros, y había más cosas que sobresalían en la superficie de brillo perlado. Algunos de los orbitales eran del tamaño de pequeños continentes. Todo era mayor de lo que tendría que ser, pero se trataba de un anillo alrededor de una estrella, y aunque todavía estuvieran lejos, podían ver muchos detalles.

A Olli no le gustaba sentirse humillada. Le disgustaba la idea de que hubiera en el universo cosas contra las que no pudiera lanzarse con su escorpión para que se apartaran del camino. Pero en ese momento tuvo que reconocerse inmersa en un buen baño de humildad.

—Ausencia de pasajes —observó Kittering. Lo que sugería que las únicas formas de llegar hasta esa joya de la Hegemonía era con el pilotaje de un inter, un ogdru salvaje o algo parecido. Eso era una locura en sí. Salvo que Kittering lo descartó, al comentar que había oído que los essiel podían activar y desactivar los pasajes para proteger sus sistemas más preciados. Por supuesto que era algo imposible, pero Olli no estaba del todo segura de haber empleado esa palabra de forma correcta a lo largo de su vida.

Dado que Heremon no se había dignado unirse a ellos, Olli se dirigió a despertar a la tothiat por las malas. Llegó hasta el colchón

de suspensión de la mujer pero luego retrocedió con una maldición. Las cosas habían ido espantosamente mal. La parte tothir no se había ido a dormir plácidamente como se suponía, sino que había seguido intentando curarse y volver a unirse.

El interior de la cápsula de Heremon estaba opacado por una telaraña de zarcillos de aspecto fúngico, a través de la cual Olli apenas podía distinguir el cuerpo de la mujer. Los datos de la cápsula no indicaban que pasara nada malo, pero también señalaban que no había nada dentro. Fuera lo que fuera lo que le estuviera ocurriendo a la bioquímica de Heremon, era algo que un sistema diseñado para humanos no podía reconocer. Olli decidió ir a buscar el torso del colmenero, lo que suponía acceder al caótico muelle de drones.

Aklu empezó a gesticular y soltar gritos tan pronto entró.

—Cuchilla y Gancho nos ha encargado hacer peticiones a la Sede —le dijeron el colmenero sin más preámbulos—. Llévenos allí donde podamos lanzar nuestras palabras al fuego.

—Vale, claro —respondió Olli—. Heremon está mal. Jodida del todo. —El pasillo central que conducía del muelle al puente de mando pasaba por las camas de suspensión, así que puedo mostrarle el problema al colmenero.

El atareado enjambre de bichos ciborg bullió antes de contestarle.

—Todas las cosas deben ser hechas de la manera correcta, adecuada. Comunicaciones, de inmediato, si es tan amable.

No la privaron de escuchar la conversación del mayordomo y el Divino Control de Atraque, o como demonios llamaran a lo que hubiera allí, pero no consistió más que en un vector de aproximación y un aviso de que no se desviaran de él. No era una línea recta, por supuesto. Nada tan humano o práctico. Era una ruta que les hacía pasar por tres de los colosales orbitales, parando cada vez para recibir alguna maldición o bendición ritual, o marcar una casilla en alguna críptica busca del tesoro. Olli se resignó a meterse en el escorpión y dejar que Kit les llevara de uno a otro lado en lo que parecía un trayecto errático. Salvo que, por un momento nada más, los sensores de la *Buitre* captaron una red de energía… no exactamente a su alrededor, sino como rezumando del nospacio. Un vasto y complejo laberinto de campos, que existió durante una

fracción de segundo cuando alguna parte del anillo lo aprovechó. Quizá la parte invisible del iceberg que era la Sede de Registro, el andamiaje que lo sostenía todo. Luego pensó en el trayecto que habían recorrido, y la que les habría caído si hubieran decidido después de todo emprender el camino directo. Ése era el problema con los malditos essiel: todo parecía un sinsentido religioso hasta que realmente empezaban a hacer milagros.

Su lugar de atraque previsto estaba en el centro de una hendidura en forma de anfiteatro, en uno de los orbitales, lo bastante grande como para acoger a toda una flota parteni y que sobrara sitio. Como la mayor parte de las construcciones essiel, tenía una superficie resplandeciente, de suavidad perlada, con pautas de triángulos y otros polígonos que se repetían hasta el infinito por toda la curva del anfiteatro y más allá. Tuvo que dejar de mirarlo, porque si lo hacía durante demasiado tiempo puede que el sentido del universo intentara colarse en su mente. En opinión de Olli, lo de perder la chaveta entendiendo la naturaleza fundamental de las cosas era algo propio de Idris, y a él hasta le gustaba.

Unas cosas aparecieron y se llevaron a Heremon, con cápsula y todo. Eran tan grandes como Olli en el escorpión e iban cubiertas por trajes de asalto segmentados. Tenían dos brazos enormes, y seis patas como zancos, absurdamente delgadas. Se deslizaban por la superficie del orbital con la lánguida facilidad de criaturas acuáticas, impulsadas por campos gravitatorios unipersonales. Olli no tenía ni idea de lo que eran, pero la Hegemonía era muy grande y los essiel tenían un montón de especies subordinadas.

Después vino un humano a hablar con ellos. Una mujer que lucía los ropajes sectarios rojo y púrpura más elegantes que Olli hubiera visto jamás, con un collar dorado rígido que se alzaba casi veinte centímetros por encima de su cabello blanco y ondulado.

—¿Estará bien? —preguntó Olli—. ¿Heremon? —No es que le importara, obviamente. Aunque algo así, a su pesar.

—Hacía mucho tiempo que no veía a un tothiat en ese estado —dijo la anciana hierograve—. Pero sí, podemos salvarla.

Su nombre era Gethiel. Era la única humana que vivía en toda la Sede de Registro. No podía explicar por qué había recaído en ella ese honor, salvo que le había llegado una convocatoria y uno no decía que no a los divinos essiel. Condujo a Olli y Kit al interior del

orbital, a unos salones perlados, donde les invitó a una comida preparada por ella misma: cocina humana y hanni, con el añadido de algunas rarezas hegemónicas. Tenía una pequeña unidad de cocina exactamente como la que usaba la familia de Olli, tanto tiempo atrás. Auténtica maquinaria de la poliáspora, adaptada a ese perfecto lugar essiel. Gethiel se afanó en el viejo y destartalado chisme espacial, preparando comida casera que luego colocaba en superficies invisibles con herramientas creadas al momento por los campos gravitatorios universales de la instalación. Pero el shock cultural ya iba perdiendo efecto y Olli quería alejarse cuanto antes de todo ese sinsentido apabullante, algo por el momento imposible. Así que fue una muy amansada y apacible Olian Timo la que se sentó y disfrutó de una buena comida, con Kittering a su lado, aparentemente afectado de forma similar.

11

Solaz

La llevaron primero a bordo de la *Skathi*. La trataron con un distante respeto. El correspondiente a su rango. No respondieron a ninguna de sus preguntas. Ella hizo una petición formal para hablar con la ejemplar de la nave. Se le dijo que se tomaría en consideración. Luego hizo otra petición formal para informar a su superiora directa, la monitora superior Tacto. Se le dijo que se tomaría en consideración. Ninguna de las dos cosas ocurrió; Solaz no se había sentido especialmente optimista respecto al éxito de cualquiera de ellas, pero la omisión deliberada convirtió la incomodidad en auténtico temor. Era el Partenón y las cosas no funcionaban así. La jerarquía respetaba a cada miembro y su categoría. Ése era el vínculo que mantenía unida a la sororidad, tanto como el entrenamiento y la herencia que la doctora Parsefer había creado para ellas. No eran como los *voyenni* magdanos o cualquier otra banda de matones coloniales, en las que los reclutas eran golpeados, humillados y aislados hasta que se aferraban a la bota que les pisaba como si fuera la teta de su madre. Los militares de las Colonias eran presentados siempre así entre las parteni. A los de abajo se les prohibía preguntar, se les negaba cualquier ayuda, y eran tratados como basura hasta que se adaptaban a la forma preferida por sus jefes. Pero el Partenón era distinto. El Partenón inspiraba lealtad en lugar de limitarse a exigirla.

Pero Solaz había sido leal al Partenón cada día de su larga vida y ahora le decían que sus peticiones se encontraban «en consideración». No era un sí, pero tampoco tenían la decencia básica de responderle con un no. Lo que significaba que sentían que no podían confiar en ella.

A bordo de la *Skathi* se la mantenía aparte de las demás parteni

asignadas al Ojo. No vio ningún rostro familiar. Luego la pusieron en suspensión para un tránsito nospacial y se descubrió a sí misma preguntándose cuándo y dónde despertaría. O si lo haría.

Pero despertó, para encontrar que estaban en algún otro sitio. Las cognoscentes a las que preguntó le dijeron que no sabían en qué sistema. Una llegó a decirle que con las pilotos inters era difícil seguir cualquier rastro. Dejó escapar una risita nerviosa. Y luego un gesto de una ejecutora cercana hizo que se escabullera. Luego vino una escolta a sacar a Solaz de la nave para conducirla a otro lugar de mayor tamaño. Una nave jardín… No la *Ceres* a la que estuvo asignada la última vez. Había sido derribada por los coloniales, ¿no? Una víctima de Ravin Uskaro y sus amigos, cuando prendieron hogueras con la intención de que todo lo demás ardiera y ellos quedaran a cargo de las cenizas. Al final le dijeron que era la *Ishtar*. Nunca había estado a bordo de ella antes, pero la conocía. No es que el Partenón tuviera tantas naves, después de todo.

La retuvieron por un breve periodo en una de las zonas verdes, un gran parque abierto rodeado de pistas de atletismo y canchas de deporte. Le dejaron mirar a las jóvenes que se entrenaban, a las niñas que salían de sus clases. Como si estuvieran recordándole lo que era ser una parteni. Como si necesitara que se lo recordaran. Siempre había un puñado de mirmidones cerca, no exactamente vigilándola, pero dispuestas a detenerla si dejaba de mostrarse relajada. Algo que no tenía intención de hacer, al ser la leal ciudadana parteni que era. Sólo quería saber qué pasaba y nadie se lo decía.

Y también quería saber qué le había pasado a los demás, claro. ¿Qué había ocurrido en Estoc? ¿Cómo es que todo había salido de una forma tan catastrófica? Quizá ésa era otra razón por la que le habían recordado toda su vida, esa rutina regular de la nave jardín, un recuerdo tan querido. Al ver aquello podía pensar que nada había ido mal. Debía estar equivocada. Quizá tuviera que repasar todos sus recuerdos.

Un grupo de jóvenes ralentizó la marcha al pasar junto a elfo, que estaba sentada en un banco plano, con la sensación de tener cien años, lo que no estaba lejos de ser la verdad. Se dio cuenta de que las conocía vagamente. También habían estado en la *Ceres*. Su escolta se tensó un poco cuando la llamaron por su nombre y se

acercaron, pero no parecían estar bajo la ley marcial aún. Nadie miraba por encima del hombro para descubrir a agentes del Aspirat. No era más que la vida siguiendo su curso. Así que Solaz y sus hermanas, todas ellas militares fuera de servicio, charlaron sobre la forma en que fue alcanzada la *Ceres*. Su sorpresa e incomprensión por los posibles motivos que llevaron a las Colonias a hacer algo así. Parecían pensar que lo que fuera que hubiera ocurrido en Estoc era una respuesta, aunque la armada colonial hubiera sido casi la única fuerza contra la que el Partenón no había luchado allí. Solaz pensó en levantarse y decirles lo que había pasado realmente, y el poco sentido que tenía, pero sentía la presencia de su escolta detrás, y prefirió no decir nada. La cadena con que la ataban le permitía llegar hasta las cortesías y la solidaridad.

Luego la entregaron a un nuevo grupo de escolta recién aparecido. De nuevo sin grilletes ni armas, sólo mujeres educadas de rostro impasible que la trataban como si ya no fuera una de ellas.

—¿Dónde vamos ahora? —sintió que podía preguntar.

—Informe —respondió la líder del nuevo grupo de escoltas, una compañera ejecutora. Eso debería haber supuesto presentarse ante la monitora Tacto, pero por supuesto no sería así. Con seguridad no la llevarían hasta un puesto de mando donde pudiera dar cuenta de su actuación. En su lugar la condujeron a las oscuras cubiertas bajo los jardines, donde estaban las instalaciones técnicas y las cognoscentes se movían como topos.

Y allí encontró una cara familiar.

La cognoscente superior Felicidad también había estado en la *Ceres*. Había dirigido el programa de intermediarias del Partenón, trabajando con Idris para detectar una línea genética en el recortado genoma parteni que fuera sensible a las corrientes del nospacio. Después de eso, por supuesto, llegó la fabricación de toda la maquinaria que necesitaban sus inters. Era necesaria tanto porque la inclinación parteni a ese tipo de sensibilidad estaba limitada incluso en los mejores casos, como porque preferían evitar toda la barbarie quirúrgica de la que dependían los métodos coloniales. Felicidad había sido una pieza clave a cada paso, la gran heroína científica del Partenón. Le había proporcionado la mejor arma contra los Arquitectos. La doctora Parsefer habría estado

orgullosa.

Salvo por el detalle, como recordó Solaz cuando la conducían ante Felicidad, de que la razón por la que las Colonias se habían mostrado tan celosos de sus inters era que los navegantes también suponían una gran ventaja frente a la superioridad militar parteni. Así que una científica parteni patriota podría también haber estado trabajando con ese objetivo en mente mientras constituía la primera hermandad de intermediarias.

—Mirmidón ejecutora Solaz —la saludó—. No creo necesario que te pongas firmes. Estoy segura de que aquí todas somos amigas.

Solaz se relajó externamente, no en su interior. La habían llevado a una pequeña sala en la que destacaba una compleja silla. Había un puñado de sensores listos para conectarse a la cabeza de quien se sentara en ella, y correas para sujetar los brazos en el caso de que el sujeto no lo hiciera voluntariamente. En la parte de atrás del cuarto escuchó un zumbido grave cuando una de las subordinadas de Felicidad encendió una máquina de afeitar.

—Formas parte del Aspirat, así que supongo que sabrás qué es esto —dijo Felicidad en un tono agradable.

Solaz lo sabía. Nunca lo había tenido que usar ella misma, ni siquiera había visto usarlo nunca. Siempre le habían dicho que era una reliquia de años atrás. Cuando el Partenón se había agrietado por distintas posturas en conflicto. Cuando el Aspirat había necesitado vigilar a su sociedad.

—Madre, si te puedo preguntar, ¿de qué va todo esto? —Su voz sonó neutral, casi desinteresada.

—Vivimos tiempos complicados —le dijo Felicidad, con tono arrepentido—. Dentro de los mandos existe ahora mismo una línea de pensamiento que considera que nos hemos permitido… mezclarnos demasiado con otras culturas. Con lo que la verdadera fortaleza del Partenón pudo resultar erosionada por el contacto con… ideas cáusticas, podríamos decir.

—No he escuchado a nadie manifestar esas opiniones, madre —repuso cuidadosamente Solaz.

—Tus misiones te han puesto en continuo contacto con esas otras culturas. Por supuesto, no se debe a ningún fallo por tu parte. Sólo has hecho lo que el Partenón te ha pedido.

—Mis órdenes procedían de la monitora superior Tacto y el

Aspirat —observó Solaz. Tacto superaba en rango a Felicidad, y el Aspirat estaba por encima de cualquier rama tecnológica que estuviera al cargo de este escondido lugar. Pero ninguna de las dos pullas pareció dar en el blanco.

—Existe una linea de pensamiento —continuó Felicidad, con la misma voz pasiva, como si ese tipo de cosas estuvieran totalmente por debajo de ella— que tiene la sensación de que las agentes que vuelven tras un periodo entre extranjeros, y que tal vez se hayan visto obligadas a comer con ellos, dormir junto a ellos, mimetizar sus tonterías y hablar sus idiomas, pueden haber corrido el riesgo de contaminarse. De perder claridad en su visión. De ahí la silla. Si hicieras el favor de sentarse e inclinar la cabeza…

Solaz le miró a los ojos.

—¿Soy sospechosa de deslealtad? —preguntó, añadiendo después un «madre» que llegó tarde y sin prisa.

—¿Harías el favor? —insistió Felicidad con aire despreocupado, si bien la escolta de Solaz seguía presente. No es que montar una escena fuera a resultar de ninguna ayuda. Así que se sentó y agachó la cabeza para dejar que el molesto campo de la afeitadora le rasurara la cabeza, para que pudieran colocarle los sensores. En realidad no era necesario. Había visto las mallas que usaban en el Programa de Intermediarios, tan finas que se perdían en el pelo de las candidatas. La silla era tecnología antigua, de una época más cruel, pero tampoco era ése el motivo. Lo entendía. Cuando dejara esa sala, fuera cual fuera el veredicto, su cráneo afeitado la señalaría entre sus iguales. «Es alguien que fue considerada sospechosa». Un periodo de prueba en el que todas la mirarían con recelo, nadie querría ser su amiga o ser vista hablando con ella. Un castigo por sus relaciones pasadas, en el mejor de los casos. Y tenía la sensación de que hoy no iba a encontrarse muchas veces con los mejores de los casos.

—Me apuesto a que a la Casa Ácida le encantaría disponer de algo así que funcionara con los coloniales —dijo Felicidad, en el mismo tono despreocupado, mientras comprobaba las conexiones—. Por supuesto, nunca lo tendrán. Sus mejores esfuerzos son ridículamente inadecuados, como siempre. Eso es lo que ocurre cuando se permite que prospere la variedad genética. Cada cerebro funciona de una manera distinta, ¿y cómo trabajar entonces? Por

supuesto, nosotras… —Solaz sintió un leve cosquilleo cuando los sensores se activaron y las pantallas de Felicidad mostraron una imagen de su mente. Una buena mente parteni, construida dentro de los cuidadosos parámetros diseñados por la doctora Parsefer. Con sus caminos bien conocidos que ofrecerían lecturas fiables. Sólo un poquito distinta. Lo suficiente.

—Eres, por supuesto, una leal soldado del Partenón —le dijo Felicidad—. No necesito atarte. —En las rendijas de aquellas palabras Solaz percibió que había un mensaje para las mirmidones que la habían escoltado, y que la sujetarían tan pronto como lo requiriera alguna falla en su lealtad.

—Soy leal —confirmó, y Felicidad revisó una pequeña batería de indicadores conectados a la silla para luego asentir con alegría.

—Aquí tenemos nuestro primer positivo —indicó—. Eres, o crees ser, leal al Partenón de acuerdo a tus propias ideas.

—Madre —dijo Solaz—, ¿podríamos terminar con esto lo antes posible? Estoy deseosa de volver al servicio activo. Por favor, haz tus preguntas.

—No tengo preguntas, ejecutora —respondió Felicidad—. Ése era el procedimiento original con la silla, pero ya no es necesario. Hablaré yo, en su lugar. Todo lo que tienes que hacer es escucharme. Y como sin duda por tu parte tienes muchas preguntas sobre lo que ocurrió en Estoc, voy a informarte al respecto. Dos pájaros de un tiro, como se suele decir. Ya sabrás, ejecutora, que el Partenón está atravesando un periodo de transición, centrado en la forma en que nos relacionamos con otras culturas. Existe la preocupación de que tus actitudes puedan haber sido contaminadas por esos refus. —El viejo insulto para los coloniales, la idea de que eran un cubo de sobras genéticas en fuga, a partir del que evolucionaba la especie al margen de la cruda realidad del universo. Una palabra que Tacto siempre había vigilado que no fuera empleada por nadie a sus órdenes.

—Como seguramente sabes, y gracias en no poca medida a mi trabajo, el Partenón tiene ahora acceso a navegantes mejoradas —siguió Felicidad.

—Intermediarias —dijo automáticamente Solaz, y luego apretó las mandíbulas porque no era momento de que hablara. Sin embargo, en su mente no pudo evitar el pensamiento: «Gracias en

no poca medida al trabajo de Idris. ¿Hasta dónde habríais llegado sin él?». Ese pensamiento se mostraría sin duda en los indicadores, que Felicidad no dejaba de mirar. Pero la cognoscente se limitó a seguir, con el mismo tono afable.

—Ése es el término colonial, por supuesto. Acorde con su propósito original. Servir de puente entre la humanidad y los Arquitectos, después del éxito inesperado de Xavienne Torino. Pero el Partenón no necesita ese tipo de enlaces. No tenemos necesidad alguna de interactuar con los Arquitectos. Llevamos a bordo de naves desde antes de la muerte de la Tierra.

Solaz no dijo nada. Fue su mente la que le dijo a la silla: «Combatimos contra los Arquitectos. Eso es lo que hacemos. Yo les combatí en la primera guerra, antes incluso de que tú nacieras. Para eso son nuestras intermediarias. Por eso nos las dio Idris».

Otra mirada de lado a los monitores antes de que Felicidad continuara.

—La capacidad de estas pilotos nos abre incontables posibilidades, ejecutora. Opciones totalmente nuevas. ¡El universo se ha hecho más grande! Podemos ir a cualquier parte. No debemos compartir una red limitada de pasajes con los demás… Los hanni, los castigar. Las Colonias. Podemos irnos sin más. Podemos encontrar algún lugar totalmente apartado de todos ellos y perfeccionar el sueño de la doctora Parsefer en paz.

El silencio de Solaz significaba: «Pero tenemos un deber».

—Habrá quienes consideren que lo necesario es mantener el rumbo que tomamos en el pasado —siguió Felicidad—. Después de todo, los refus siempre han estado más que contentos de usarnos como escudo. Y, una vez que se sientan a salvo, estarán más que contentos de demonizarnos, atacar nuestros intereses y mantener en secreto los suyos. Sabes que nos odian, pero eso no significa que no quieran que muramos por ellos cuando están en peligro. De ahí que haya entre nuestras líderes quienes cuestionen la necesidad de ir en su ayuda, como siempre hemos terminado haciendo. —Felicidad le dirigió otra pequeña sonrisa torcida, como si fueran dos amigas discutiendo las debilidades de alguna amante común—. Como siempre hemos estado encadenadas a ellos a lo largo de la historia, también a causa del alcance limitado de los pasajes, cada vez hemos terminado por ayudarles. Como si fuéramos unas mascotas suyas,

maltratadas pero leales. —Le regaló un giro teatral de ojos—. Pero ya no estamos obligadas. Ésa es la conclusión a la que han llegado la ejemplar de flota Piedad y nuestro actual liderazgo. Ya no tenemos que estar ahí para ellos, al fin. Que vayan por su cuenta, y al fin podremos ir nosotras por la nuestra.

—Eso es ideario del Partido de la Guerra —dijo Solaz cuando no le correspondía, de forma insubordinada, pero en ese momento todo eso se podía ir al infierno. El Partido de la Guerra, la camarilla de los malos viejos tiempos que había pedido subyugar a las Colonias por la seguridad del Partenón. Todas sus exaltadas líderes habían sido ejecutadas por ello. Habían escapado a las garras de la locura justo a tiempo.

—Oh, pero ya no —respondió Felicidad—. No se le parece. El Partido de la Guerra quería, bueno, la guerra. Nuestras actuales mandatarias quieren literalmente lo opuesto. Nada de guerra contra las Colonias, nada de guerra para defenderlas. Dejemos a los ingratos refus por fin a sus propios medios. No les debemos nada. Y menos aún que nuestras hermanas derramen sangre. Y ahora, ejecutora, vamos a ver qué tal lo has hecho.

Se inclinó de manera exagerada sobre los indicadores, pero las mirmidones ya estaban en marcha tras algún tipo de señal que Solaz no había captado.

—Me siento decepcionada, aunque quizá no sorprendida —dijo Felicidad suavemente—. Has pasado mucho tiempo entre ellos y es fácil olvidar tu edad. Tantas de la vieja guardia seguís ancladas en cómo eran las cosas antes de la secesión. He estado controlando tus respuestas emocionales y me temo que no puedo darte el alta médica ahora mismo. Tu lealtad sigue en cuestión.

Solaz se levantó, y Felicidad retrocedió un paso mientras las mirmidones se adelantaban. Pero ella se quedó inmóvil. Debía asegurar toda la autonomía que le fuera posible conseguir. No tenía sentido soltar un puñetazo y empeorar las cosas.

—Y entonces, ¿qué viene ahora?

—Se te retendrá —le dijo Felicidad. A través de una minúscula rendija en su compostura, Solaz percibió auténtico aborrecimiento. Una mujer que se había subido al barco del nuevo orden de las cosas y debía odiar a todas las que no hicieran lo mismo, para no ahogarse en una disonancia cognitiva—. Para reeducarte, si se

considera necesario. En caso contrario… El nuevo Partenón debe soltar lastre, ejecutora. Estoy segura de que lo entiendes. No hay lugar para las que no se comprometan plenamente con la causa. Es una auténtica nueva etapa para todas. O al menos para las que sepan adaptarse. —Y la sonrisa falsa volvió a su rostro mientras se llevaban a Solaz.

Ravin

Habían venido con tres intermediarios. No los forzosos a los que esclavizaba el Comité de Enlace y que, como Telemmier siempre había predicho, eran casi inútiles para tratar con los Arquitectos. Tres voluntarios de la nueva promoción. Supervivientes tanto a la cirugía como al adoctrinamiento. Gente con la que Ravin sentía que podía contar. Ya iban de camino a encontrarse con el Arquitecto que había llegado a Lassacar, como anticiparon los sistemas del Ojo. El propio Ravin había acudido a supervisar la evacuación.

Llegaría un día en que todo aquello no formaría parte de la existencia humana. Habrían completado las arcas y este tipo de huidas desesperadas quedarían atrás. Sin embargo, por ahora, la situación era que Lassacar era un mundo muy poblado con una notable comunidad científica y una sólida base nativista, elementos que la humanidad necesitaba proteger.

Lassacar no era Berlenhof o Magda, pero llevaba mucho tiempo colonizado. Los primeros asentamientos eran anteriores a la caída de la Tierra. Había siete grandes metrópolis esparcidas por sus continentes, además de incontables poblaciones de menor tamaño. Éstas incluían universidades importantes, centros de producción, y editores de mediotipos que difundían su contenido por la Esfera Colonial en naves paqueteras. Mucho que salvar, por tanto. Así que había venido y, tras unas pocas palabras, se había puesto al mando de las labores de evacuación. Después de todo, él estaba en un puesto destacado del movimiento nativista, gran parte del cual era financiado e impulsado —de manera tácita o expresa— por la aristocracia magdana. Había suficientes simpatizantes entre el personal administrativo de los orbitales de Lassacar como para asegurar que sería Ravin quien empezara a tomar las decisiones pocos minutos después de dejar el nospacio.

Los transportes de pasajeros ya se alineaban en las terminales de los elevadores o en órbita geoestacionaria sobre los principales espaciopuertos, listos para recibir transbordadores. Aunque el trabajo principal se desarrollaba en la superficie. Allí había toda una red de simpatizantes nativistas, al fin y al cabo: miles de reclutas potenciales listos para poner sus planes en marcha. Que no coincidían con el ordenado plan de evacuación diseñado por la cibernet de Lassacar, que pretendía acumular cuerpos en las naves para conseguir sacar del sistema a la mayor cantidad de gente que se pudiera en el tiempo disponible. No era lo preferible, según los planes de Ravin. Él —y en consecuencia lo que más interesaba para los futuros planes de la humanidad— tenía prioridades más relacionadas con la calidad que con la cantidad. Había numerosos aliados, colaboradores, inversores, así como sus amigos, familia y personal, gente que había consagrado su tiempo, su viruta y su influencia a la causa de Ravin. Gente cuyas ideas y voces, o amigos, necesitaría para seguir adelante. Había al menos treinta mundos colonizados para los que los constructores de arcas contaban con un listado de gente que debía ser salvada y trasladada a Estoc, para formar parte del futuro de la especie. Lassacar estaba en esa lista, con lo que la situación iba a ser también un ensayo de la forma en que se desarrollaría una eventualidad similar en el futuro. Después de todo, mañana le podría tocar a Magda o Berlenhof.

En ese momento estaba en tratos con un nativista local llamado Randall Sleit. No era el tipo de persona con la que Ravin quisiera ser visto en público. Un hombre que había entrado y salido de distintas instituciones por diferentes crímenes, algunos cometidos por la causa y otros de carácter puramente personal. Cuyas pesadas botas habían roto más de un caparazón hanni, que había estampado a unos cuantos defensores del panespecismo contra muros, además de dar palizas a uno o dos periodistas. Un hombre que comprendía que el universo había cambiado y que las antiguas restricciones ya no podían aplicarse. Y una figura que tenía numerosos seguidores, que incluso en esos mismos momentos se abrían paso a edificios públicos y hogares. Agarraban a la gente a la que Ravin quería salvar y les conducían a espaciopuertos y elevadores. Luego entraban armados en las salas de espera, de las que echaban a la patulea de inútiles que habían sido afortunados en los sorteos para

salir del planeta, dejando sitio al tipo de emigrantes valiosos que figuraban en las listas de Ravin. Algunos comprendían lo que pasaba, que su lealtad y apoyo les habían proporcionado un lugar en los últimos botes salvavidas. Otros, escogidos por sus capacidades, no tenían ni idea de por qué habían subido puestos en las listas, pero eran muy pocos los que ponían pegas al respecto.

Dentro de la administración de Lassacar se peleaban entre ellos, discutían y se enviaban mensajes urgentes. Las fuerzas de seguridad ya estaban fuertemente inclinadas del lado del bando que ponía por delante a la humanidad, y muchos de sus principales comisarios y agentes estaban en la reducida lista de Ravin. Así que se apartaban y dejaban a hombres como Sleit que hicieran su trabajo, o incluso se arremangaban para ayudar por su parte.

Fuera, en la fría extensión del espacio, los tres intermediarios se encontraban con el Arquitecto para conseguir que se retrasara. Uno fracasó casi al momento. Ravin hizo una mueca al escuchar el informe del capitán de su nave sobre la forma en que el inter había empezado a sufrir de inmediato convulsiones y una parada cardíaca. Los otros dos aguantaban para ralentizar cuanto fuera posible al Arquitecto. Todo a la vez que Ravin recibía los informes de Sleit e iba tachando nombres de su lista. Las lanzaderas despegaban y los elevadores subían cargados. Los transportes de pasajeros recibían a su carga selecta.

Mientras, el trabajo en las arcas avanzaba por fin en Estoc. Los astilleros casi habían languidecido mientras el cártel estuvo al mando del lugar. Sólo les importaba su ridícula excursión de pesca en el nospacio. Mientras que lo que Ravin intentaba era salvar a la especie. Sin duda Shinandri, Laery y los demás habrían soltado insensateces acerca de salvar a todos, pero Ravin tenía una visión más clara. No se podía salvar a todos. Aun suponiendo que todos merecieran ser salvados.

Los esfuerzos sobre el terreno no eran tan eficientes como le habría gustado, pero los dos inters restantes al menos retrasaban el avance del Arquitecto. Miró las cifras con tranquilidad. En lugar de un influjo de gente vomitada de forma aleatoria del pozo de gravedad a las naves, su selección se estaba salvando, y el pensamiento le brindó una cálida satisfacción. ¿Cómo se le podría criticar si estaba salvando a gente? ¿Cabía pensar en un propósito

más virtuoso? Eran los que valían la pena. Gente que enriquecería el futuro de la humanidad, no que se limitara a ocupar espacio. E incluso si eso suponía que los transbordadores o las cápsulas de los elevadores subían medio llenas, porque la gente de Sleit no pudiera reunir a los elegidos a la suficiente velocidad, seguía significando que se salvaba gente. Cada nombre tachado de la lista era una victoria contra las fuerzas de la destrucción universal y la entropía.

Llegó otro mensaje de sus inters. Estaban perdiendo influencia sobre el Arquitecto, que volvía a aproximarse de manera decidida. Una disculpa: «No podemos hacer que dé la vuelta». Pero Ravin no necesitaba que se fuera, sólo que tardara un poco más en llegar.

Envió órdenes a Sleit y los demás. «Acelerad. Por los medios que sean». Sleit no tenía problema con los medios. Ninguno de los implicados los tenía. Ya llegaría el momento, más tarde, en que el destino de la humanidad fuera decidido por los elegantes y los educados, la gente de la estirpe adecuada y con las mejores cualidades sociales. Pero a veces hacía falta un matón para hacer trabajo de matones. A lo largo de todas las ciudades de Lassacar, las autoridades dieron un paso atrás —las que no estuvieran ya arriba como parte de la lista de Ravin— y abrieron camino al tipo de anarquía en que prevalecería Sleit. Hombres armados, con vehículos militarizados y trajes blindados, se abrían paso por las calles de cada localidad, llegando hasta sus objetivos para luego conducirles a los puntos de evacuación; empujando, golpeando o simplemente disparando a los que insistieran en que ellos tenían billete. Que les correspondía un asiento. Que les deberían salvar. Ravin sabía que sería difícil. No era algo de lo que estar orgulloso, tener que recurrir a ese tipo de tácticas. Estaban en un periodo de la historia que, una vez estuviera lejos en el pasado, quedaría cubierto de oscuridad. Las nuevas generaciones que crecieran en las naves arcas no necesitarían aprender lo que se había hecho para asegurar su supervivencia.

Los transportes estaban a media capacidad cuando el Arquitecto se cernió sobre los cielos de Lassacar y los elevadores se detuvieron. Abajo, los espaciopuertos y nodos de transporte estaban bloqueados por el detritus de la humanidad, toda esa gente que reclamaba un puesto en el bote salvavidas pero que no era lo suficientemente útil, o no había tratado con la gente adecuada, o no había nacido en el

estrato correcto de la sociedad. En un universo ideal, sí, quizá se podría haber salvado a más, pero éstos eran tiempos de crisis y a Ravin le correspondía ser el hombre que tomara las decisiones difíciles. Un líder. Un héroe, según lo retratarían los libros de historia. Vigilaría con cuidado a los historiadores para asegurarse de que lo reflejaran correctamente.

Tenían un millón de señales en los comunicadores que pugnaban por ser escuchadas, procedentes de todos esos pueblos y ciudades. Entre ellas estaba la comunicación final de Randall Sleit diciendo que estaba en la posición acordada, listo para que una lanzadera le recogiera junto a sus fieles.

—Debemos irnos —decidió Ravin, y envió las órdenes necesarias al capitán. Los transportes, con su carga selecta, se soltaron de los cables de elevadores, salieron de la órbita y emprendieron rumbo. Todavía quedaba un millar de pequeñas naves, de empresas privadas, que intentaba subir gente, pero entre la presencia del Arquitecto y los daños causados a las infraestructuras por gente como Sleit, Ravin no estaba seguro de lo que podrían conseguir en el poco tiempo que quedaba.

12

Idris

Estaba en una de las arcas casi completadas, pero Idris no sabía en cuál. Las habitaciones aquí estaban abarrotadas: pequeñas estancias sin ventanas con literas y servicios básicos, los comunicadores desconectados y las pantallas de pared apagadas. Las puertas eran de plástico transparente, cero privacidad. Podía mirar lo largo del estrecho pasillo, a izquierda y derecha, y ver otros tres camarotes idénticos. Cada uno tenía un intermediario como único ocupante. Allí era adonde les habían llevado para prepararles para su reacondicionamiento.

Entre las muchas ideas que competían por monopolizar su amargura, una pequeña voz le sugería que ni siquiera Ravin Uskaro sería capaz de construir de manera intencionada un arca prisión, con lo que estos pequeños cuartos siniestros no podían haberse concebido originalmente como celdas. Eran los lugares en que viviría la humanidad en ese futuro nómada. Por supuesto no gente como Ravin Uskaro, Dios no lo permitiera, pero sí quienes repararan sus robots de limpieza o cepillaran a mano sus caros zapatos.

Si bajaba los párpados, podía sentir el Ojo ahí fuera. Ese pedazo desgajado de planeta que habían arrancado de la superficie de Infierno de Criccieth y lanzado al espacio, rodeado del casco disperso de la Hueste. Aún seguía ahí fuera, y no iba a utilizarse para el propósito adecuado. Quizá fuera su imaginación, pero se había convencido a sí mismo de que sus sentidos inters ahora le ataban a ese lugar. Había estado en sus Máquinas mucho más tiempo que nadie, al fin y al cabo. Se había sumergido más a fondo en el nospacio que nadie. Y lo había visto. Su forma. Lo mismo que había descubierto antes el criadero de Arquitectos para Ahab. Con

la perspectiva única que proporcionaba el Ojo, había dado forma a lo informe, había trazado una topología exacta de lo imaginario.

«Está ahí, lo sé». Al fondo, muy al fondo, en un lugar en el que las direcciones eran arbitrarias. O… no del todo. Había un eje inalienable en el nospacio, que era el «abajo», o para ser más precisos, el «lejos» de lo real. Y era un eje con un extremo. No se podía bajar más allá de ese gradiente inexorable. Hasta que llegabas a…

«Ellos».

El ruido de pasos y ruedas en el exterior le sacó de su ensoñación. Venían los médicos. Sonaba como si esta vez fueran varios, no uno que hiciera la ronda. Tampoco iban parando en cada puerta. Venían directamente a su sitio. Uno tenía un rostro que le resultó familiar, pero sabía que todos debían ser gente del Comité de Enlace. Dos hombres y una mujer con batas gris pálido, con un carrito autónomo detrás. Se lo quedó mirando, porque era algo muy de los mundos centrales y él llevaba mucho tiempo viviendo como un espacial. A los espaciales no les gustaban las ruedas. En una nave, en la que en cualquier momento alguien podría reactivar la gravedad, las patas articuladas eran siempre preferibles para una máquina, ya que permitían trepar, pisotear o patear cualquier superficie. Había que dar por supuestos un montón de detalles civilizados antes de que las ruedas fueran la mejor opción.

También había detrás un par de tipos grandes, seguramente sin cualificaciones médicas. No llevaban uniformes militares, sólo más ropa gris apagada, pero Idris comprendió que las fronteras entre «celador» y «oficial de seguridad» resultaban en esas circunstancias muy poco definidas.

—*Menheer* Telemmier —dijo uno de los doctores a los que no había visto antes, a la vez que abrían su puerta para deslizarla dentro del muro—. Es un honor.

Idris se apoyó en el respaldo de la cama y se quedó mirando.

Entraron todos, también el carrito. Uno de los dos celadores se dedicó a conectarle a la máquina, que empezó a informarles de su actividad neurológica.

—Soy el doctor Frye —se presentó el que parecía al mando. La mujer era la doctora Mirabilis y el otro hombre era el doctor Elis. Idris se dirigió a él.

—Le conozco. Salvé su mundo. —Intentaba dirigir la atención a lo que le parecía un exceso general de ingratitud que dominaba el ambiente. Ése fue el doctor que le había atendido sobre Berlenhof, después de que casi se dejara el cerebro intentando escapar de Aklu el Inefable. Y justo antes de que un Arquitecto llegara para convertir el principal mundo de las Colonias en una de sus mortíferas obras de arte. Pero le daba la impresión de que evitar el apocalipsis ya no se valoraba tanto. Elis no pareció avergonzado ni lo más mínimo.

—*Menheer* Telemmier —insistió crispadamente Frye. Era un tipo delgado y pulido, sin duda con una posición relevante en la jerarquía del Comité de Enlace—. ¿Puedo preguntarle, antes que nada, por su estado de salud en general? Para establecer un punto de partida. ¿Se siente cómodo con su prótesis?

Idris miró el brazo y la mano mecánicos. Seguía sin percibirlos del todo como algo propio. Se sentía torpón incluso para las tareas más sencillas. Pero toda su vida había estado centrada bien en el interior de su cabeza, bien en el funcionamiento íntimo del universo. Nada de eso requería especial destreza manual. Se encogió de hombros.

Frye llevaba una única lente sobre uno de los ojos, en la que parpadearon los datos mientras seguía con su lista de comprobaciones.

—¿Y lo demás? ¿Come bien? ¿Duerme bien?

Idris se echó a reír sin humor. Al parecer el amable doctor no había leído las notas del caso. Mirabilis se inclinó hacia él y le murmuró algo.

—Ah —dijo, con el aire de alguien que llegara hasta la siguiente tarea del día—. Nos supone usted un problema, *menheer*.

—Pues muy bien.

Una ligerísima exasperación se apuntó en las comisuras de la boca y los ojos del doctor.

—En circunstancias normales habría preferido ofrecerle un puesto en el personal del Comité, dada su prolongada experiencia sobre el terreno. Su ayuda para aconsejar y desarrollar a los nuevos intermediarios resultaría, estoy seguro, inestimable. Todavía podría ser el caso, dependiendo de la funcionalidad que conserve. Sin embargo… —El ojo se movió hacia arriba y abajo mientras

rastreaba los registros que le mostraba la lente—. El suyo parece un caso de máxima seguridad.

Miró a Idris dubitativo: ese individuo pequeño y famélico parecía demasiado frágil y joven como para que tuviera nada que ver con el extenso historial bélico que acompañaba a su nombre.

—Tengo la esperanza de que todavía tenga la posibilidad de ayudar por todos los medios posibles, después de que hagamos los necesarios ajustes, dada la forma en que se han refinado los procesos. Pero no es algo garantizado. Estos procesos están diseñados con la prioridad, por encima de todo, de dejar las facultades de navegación intactas.

Idris se incorporó de repente. Ante la sorpresa del otro, su idea era embestir para llevar su mano metálica hasta la garganta de Frye, y luego arrancarle la vida al tipo antes de que nadie pudiera reaccionar. Una respuesta totalmente proporcional. Lo que realmente ocurrió fue que uno de los celadores le volvió a echar hacia atrás, porque la fuerza con la que le puso una sola mano en el pecho bastó para neutralizarle. De todas formas era casi seguro que no habría agarrado a Frye con la mano prostética y ni siquiera le habría dejado las magulladuras que podrían ser su mayor éxito en un escenario realista.

—«Tengo que volver a la Máquina», quería gritarles. Refiriéndose al Ojo. Refiriéndose a poder sumergirse en los abismos del nospacio para confirmar su descubrimiento. Expandir el conocimiento humano de la estructura del universo. Descubrir al verdadero enemigo. Pero ellos querían meterle en otra máquina distinta para moldearle, acondicionarle e implantar cosas en su cráneo hasta que se convirtiera en un pastor domesticado, capaz de llevar a las ovejas de un lado a otro para mayor gloria de gente como Ravin Uskaro. Para traicionar y abandonar a los mundos de la humanidad, todos los mundos de todas las especies sintientes. Y convertirse nada más que en otro perro de trineo que tirara de los restos del ser humano a través de las ruinas, por toda la eternidad.

—Salvé su mundo —repitió—. Si llego a saber que no lo querían, no me habría molestado.

—Por desgracia —dijo Frye, con esa vocecita frágil suya—, su evaluación de lealtad no sugiere que vaya a anteponer los intereses de la humanidad a los propios de buen grado. Es usted obsesivo,

paranoide y propenso a delirios. Todo ello características comunes de los inters, por supuesto.

—¿Es que no salvé su mundo, entonces? Porque pensé que sería un tema de amplia difusión pública. ¿O es que deliro?

Frye sonrió. Idris, que se había encarado en varias ocasiones con los Arquitectos, se sobrecogió ante esa sonrisa. Era suave y amable. Podía convertir todos sus logros en ilusorios. Podía materializar a la loca flota de arcas de Ravin en el futuro, y trasformar a cualquiera que no estuviera dispuesto a despellejar a su propia abuela por ella en un traidor. Era una sonrisa que podía dejar caer sobre quienes considerara sus inferiores, mientras les torturaba y les esculpía para convertirles en útiles y obedientes pilotos de una flota que iría de la nada a la nada para siempre. O al menos hasta que se rompiera algo que no fuera posible arreglar.

—Ya puedes salir —dijo, después de que se marcharon. No estaba seguro de cómo lo sabía, pero desde luego que percibía algo en sus sentidos de inter que registraba una presencia donde no debía haber ninguna.

Ash, por supuesto. El heraldo Ash, con una de esas túnicas que eran lo único que daba a su aspecto alienígena una apariencia levemente humana. Ash, un poco fuera de la vista de Idris, donde Frye y resto del equipo médico habrían podido notarle. Pero no lo hicieron. Ash iba y venía sin que nadie supiera cómo.

—Deben estar buscándote por todas partes —dijo Idris. Vio a los inters de las otras habitaciones mirándoles. Al menos eso confirmaba que Ash estaba allí físicamente, no sólo en su cabeza—. Seguro que les tienes de los nervios sin saber dónde andas.

—De nada —respondió secamente Ash, con esa voz demasiado humana resonando desde su torso truncado.

—Tienes que sacarme de aquí —dijo Idris—. Mira, sabes que no soy de mendigar favores, pero me van a hacer trizas. Nos van a hacer trizas a todos. La vieja intobotomía. Otra vez esclavizar cerebros, Ash. Tenemos que liberar a toda esta gente de algo así. Apuesto que la ciencia ha avanzado como para que el proceso ya no sea reversible.

Ash le miró, y el enredo de órganos alienígenas bajo su capucha pareció considerar sus palabras.

—Me necesitas —insistió Idris.

—Tú te necesitas —repuso Ash pensativo—. Yo te necesitaba, pero eso fue cuando tú y yo llevábamos el mismo camino.

—¿Qué?

—¿Sigues siendo fiel a nuestra causa, Idris?

Idris aguardó que llegara una oleada de furia. No lo hizo, y sabía por qué.

—No sabes nada —le dijo obstinadamente a Ash—. Y te equivocas. Tanto tú como Ahab. Sois estrechos de miras. Hay otra forma.

—La hay. —Lo pronunció de tal forma que no pudo estar seguro de si se trataba de una pregunta.

—No tenemos por qué exterminar a sus crías. Quiero decir que si una de las opciones sobre la mesa es «exterminar a sus crías», es que debería haber alguna otra, ¿no te parece?

—No es un exterminio. No son niños. Ésas son ideas humanas.

—Soy humano. Todavía. Todavía soy humano. No puedo evitarlo. Tú quieres ir al lugar de donde proceden los Arquitectos y que no haya más Arquitectos. Genocidio.

—Ellos quieren ir al lugar de donde procedes tú, y a todos los lugares de los que proceda cualquiera, y que no haya más de vida ninguna clase —señaló Ash—. ¿Algo así está cubierto por el término «genocidio»?

—Pero ellos no quieren hacerlo. Les obligan. Y podemos llegar hasta sus amos.

—Puedes tú. —De nuevo esa inflexión ambigua.

Idris se estiró todo lo largo que era, como si algo así pudiera dar algún resultado.

—La he visto. La estructura profunda del nospacio. Porque existe. Todo el mundo cree que es tan irreal que no existe nada allí, pero ser perseguido por los malditos ogdru me enseñó que eso no es posible. Y todo el mundo piensa que, al no haber nada, entonces la única forma en que se puede navegar es a través de puntos de la realidad. Arrastrándose por el borde exterior, por la delgada superficie. Ahí es donde están los pasajes, aguantando todo en su lugar como si fueran una estructura de alambres y gomas. Ahí es donde vamos. Pero existen otros abismos, más alejados de lo real. E incluso más allá.

La no cabeza de Ash se inclinó un poco más, como pidiéndole

que siguiera.

—Existe un centro —continuó Idris—. Acercarse supone toda una lucha. Y… eso, la cosa, la Presencia, está ahí… no en el corazón de todo, sino a su alrededor, como un perro guardián. Y existe un núcleo, ahí es donde están. Lo sé. El grano de arena en la ostra.

—¿Desafiarías a una entidad que existe literalmente en el centro del universo? —le preguntó Ash.

—Bueno, no es que me guste la idea —dijo Idris—. Pero si la otra opción es aniquilar niños, es lo que haré.

—Te equivocas —repuso Ash con tristeza, pero esta vez Idris no iba a detenerse.

—¿De verdad? Dime cómo lo sabes. ¿Dónde conseguiste tu doctorado en todo lo que existe? ¿Eres uno de los originarios? ¿Pusiste el hormigón del primer pasaje? ¿Domabas a los Arquitectos antes de tener una crisis de conciencia? Porque siempre has dicho que no eres más que otra víctima, el último de tu especie, llegado para avisarnos de la tormenta que viene. Sólo otro refugiado, como Ahab. Así que cuéntamelo todo, si es que tienes ese conocimiento definitivo de cómo son las cosas. Si sabes de qué va todo esto, no entiendo en qué ha podido ayudar ser innecesariamente críptico.

Ash se lo quedó mirando un largo rato. No se podía leer nada en su lenguaje corporal, ningún disgusto, ninguna resignación doliente. La forma vagamente humana no era más que pareidolia, la reacción de la mente humana dibujando cosas donde no había nada.

—Adelante. —Idris sentía el latido irregular de su corazón, se notaba próximo a algún tipo de revelación de la verdad—. Cuéntame. ¿Qué es lo que eres? Vas y vienes, te mueves por el nospacio sin una nave. Eres el gran inter de todos los inters. ¿Cómo lo haces? ¿De dónde sales, Ash?

Ash pareció disminuir, encogerse dentro de la túnica.

—No puedo decir nada, Idris. Nada más que lo que ya he dicho. El último superviviente de una especie muerta. Un superviviente por puro azar, más que porque fuera nadie de especial relevancia. Incluso menos que Ahab. Sólo otro alienígena vagabundo que quiere dañar a los Arquitectos por los medios que estén a su alcance. ¿Te ayuda esto en algo, Idris? ¿Te alegra el corazón?

—Pues entonces ayúdame. Libérame. Libéranos a todos. Ayúdanos a fugarnos. Nos necesitas, pero nos necesitas libres.

Porque con nuestros cerebros encadenados somos inútiles. Los Arquitectos no nos escucharán. Y estoy seguro de que escuchaste lo que dijeron los médicos. Preservan la capacidad de navegar a cualquier precio. Eso supone que eliminan nuestra capacidad para luchar. Si les dejas ponernos más grapas en la cabeza, no puedes saber si te seremos de ninguna utilidad después. Ayúdanos.

—¿Y entonces destruiréis el criadero de Arquitectos? —preguntó Ash con escepticismo.

—No. Haré lo que crea correcto. Pero, ¿tienes alguna alternativa? ¿Soltar amarras y poner rumbo a la siguiente civilización, a ver si son capaces de producir mejores inters que nosotros?

Ash se estremeció, con un movimiento fluido de todo su cuerpo completamente inhumano, y después simplemente se marchó, se desvaneció de la vista de Idris. Confundió un momento su vista pero luego ya no estaba, había desaparecido, como un mago de tercera. Sólo que lo que había hecho era verdadera magia.

Y no había dejado ninguna respuesta.

Olli

Nada más terminar la cena se les unió el mayordomo. Sólo reconoció el torso repleto de movimiento. Los hegemónicos les habían puesto cinco patas y les habían coronado con una telaraña de brazos que podrían agitar adecuadamente cuando Aklu hablara con ellos. Seguían sin tener cabeza, pero quizá eso fuera menos importante para un essiel.

—Así que tienes lo tuyo —observó Olli. Dado que los colmeneros no consumían materia orgánica, y que los espaciales tenían los modales adecuados, se apartó para dejarles sitio en la estera en que se encontraban.

—Se te requiere. —La reconstrucción había recuperado también la voz tintineante del mayordomo—. Cuchilla y Gancho hace preparativos para los juicios venideros. Y, dado que has formado parte de este camino, se ha enviado por ti, para que recibas un momento de gracia.

—¿Eso significa que se cobra? —les preguntó Olli—. ¿Eso de la «gracia» se refiere a que voy a recibir algo a cambio de arrastrar

vuestros culos todo el camino hasta aquí? —Ella sabía que la gratitud a un nivel básico formaba parte de la larga lista de las cosas que los essiel no contemplaban.

—No hay remuneración, sino algo aún más precioso: una audiencia con el Inefable —le informó el colmenero.

Olli miró con incertidumbre a Gethiel, a quien acababa de conocer, pero seguramente la anciana entendía esas cosas. La hierograve le sonrió con simpatía.

—Todo lo que sé, *mesdam* Timo, es que no se les dice que no. Siempre saben qué es lo mejor.

—¿Está segura? —preguntó Olli—. Quiero decir, ¿lo mejor para quién?

—Oh, bueno —admitió Gethiel, que no estaba resultando especialmente útil. Aunque llevaba razón. No es que Olli pudiera quedarse sentada firme y hacer como si el audio del escorpión estuviera apagado.

Además de proporcionar extremidades al mayordomo, le habían conseguido a Aklu un nuevo asiento flotante. No era tan grandioso como los tronos absurdos donde le había visto antes. La verdad es que casi no era ni un sillón. Una larga vara en espiral, como un cuerno de unicornio, que colgaba del aire sujeta por campos invisibles. La base de Aklu, similar a un tronco, se deformaba a su alrededor, con lo que la concha quedaba ligeramente inclinada. La impresión general era de incomodidad. A Olli le pareció como si le hubieran vestido con tela de saco y cubierto de cenizas, una exhibición pública de la condición de paria del Inefable.

Con todo, habría seguido a la sombra tanto física como espiritual de Aklu de no ser porque la sala en que se encontraban era una especie de eje que parecía extenderse hacia arriba como un kilómetro, sin nada más que una abertura al vacío en el extremo opuesto. Las paredes curvas estaban cubiertas de pinturas incomprensibles, o jeroglíficos, o historietas, o quizá fueran pornografía essiel por lo que podía entenderlas Olli. El tamaño jibarizaba a Aklu, reduciendo a Cuchillo y Gancho a una escala que en ese marco resultaba similar a la humana.

—Hola, jefe —dijo Olli de forma insegura. Parte de ella no había dejado de temblar desde que vieron la Sede de Registro. Un choque cultural de una dimensión a la que ella habría pensado que estaba

inmunizada, en su condición de espacial viajada. Demasiado, demasiado alienígena, demasiado rápido.

Los brazos de Aklu se abrieron en abanico y se agitaron dibujando una serie de pautas. El mayordomo empezaron a traducir.

—Oh la menos considerada de la estirpe de Cuchilla. Oh portavoz de las maldiciones, la que se ofende, la que no pone obstáculos entre ella y sus deseos, para la que la mera naturaleza no es suficiente.

—Sarcasmo —identificó Olli—, ¿verdad?

—Cuchilla y Gancho espera escuchar cuáles son tus peticiones.

Las cuatro patas del escorpión se entrecruzaron de forma insegura mientras la mirada de Olli buscaba algo familiar a lo que aferrarse. Se dijo que pedirles que repitieran las órdenes del essiel no serviría de nada.

—Vale, peticiones, lo que queremos, ¿no? Nos vendrían bien algunas reparaciones en la *Buitre*. Preferiría algo de esa tecnología líquida tan molona, aunque estaría jodida si se rompe después porque fijo que no seré capaz de arreglarla. Al menos no sin pringarme bien con ella, ja. —Se daba cuenta de que estaba desvariando, así que devolvió su bocaza al camino previsto—. Quiero decir, que me preguntas qué quiero, y hay un buen montón de amigos que dejamos atrás cuando te saqué de Estoc. Kris y ese cabrón inútil de Idris. Solaz, supongo. Y empezaba a llevarme bastante bien con esa Jaine, de la tripulación del Ojo. Hay que admirar a una mujer que puede arreglar un reactor con dos cuerdas y cuatro grapas. Así que… Quiero decir, no sé si te lavas las… vale, no manos, sino… cosas… te lavas tus cosas respecto a todo este tema, o si quizá piensas en volver y patear algunos culos. O como digáis lo de daros patadas entre vosotros. Mira, colmenero, como queráis que os llamen, os saqué del fuego en la *Guadaña*. Haced que toda esta mierda que he soltado le suene a caviar al grandote, ¿vale? Y dile que si quiere volver y darle a las parteni y los Uskaro una buena bofetada essiel, que cuente conmigo, mientras no pille en medio a mis amigos. ¿Lo tenéis?

El colmenero habían estado haciendo indicaciones a Aklu todo el tiempo, y Olli no tenía más remedio que confiar en que transmitieran su mensaje sin ningún tipo de connotación ofensiva, y

sin que quedara como una idiota. Entonces Aklu empezó a responder mientras soltaba ruidos como de tuberías a punto de rajarse, que el mayordomo tradujeron.

—Cuchilla y Gancho aprecia tus ansias de venganza. Quede constancia de que los insultos dirigidos hacia cualquier mínima parte de la Hegemonía deben ser todavía respondidos. Por eso hemos venido aquí, para que nuestras quejas sean registradas.

—Vale —dijo Olli, insegura—. Venganza mediante burocracia pasivo-agresiva. Así es como van las cosas por aquí. Pues muy bien. No sé cómo eso podrá ayudar a Kris y los demás, pero…

—Golpearemos a todos —añadieron el mayordomo, con un tono indudablemente cortante en su voz cristalina.

—Burocracia con el máximo daño, supongo. —Olli pasó la mirada del colmenero sin rostro al essiel sin rostro, echando de menos con amargura la más ligera expresión corporal o facial que diera contexto a la conversación—. Pero mis amigos estarán bien, ¿verdad? Nada de golpearles. ¿No sería mejor liberarles y rescatarles?

—Un final que colme la ira de Cuchilla —repusieron el mayordomo.

—Que sí, de acuerdo —intentó presionar Olli a la desesperada —. Mira, no sé si me queda algo de crédito en el banco de Aklu ahora mismo, pero dile… pídele de forma súper amable… ¿habría alguna posibilidad de que salvara a mis amigos? ¿No podríamos conseguir un millar de tiarrones armados, y una flota capaz de joder a las parteni, y que yo estuviera al mando o algo así? No quisiera que mis amigos fueran vistos nada más que como daños colaterales.

—El resto lo dejamos a los caprichos del destino. No pierdas la esperanza. Aquéllos a los que Gancho mantiene cerca no carecen de recursos.

Se preguntó qué puñetero concepto alienígena habría terminado convertido en «esperanza» después de pasar por toda la cadena de traducciones. Aunque lo de «aquéllos a los que Gancho mantiene cerca»… debía referirse al cártel. Los restantes peces gordos que se habían confabulado para hacerse con Estoc e instalar allí el Ojo. Así que quizá ya estuvieran en marcha, y de alguna forma la noticia había llegado hasta Aklu, aunque Olli no podía imaginarse cómo. O puede que sólo fuera un comentario general sobre la cantidad de

recursos de que disponían, y Aklu estuviera también poniendo en ello su esperanza.

—Pues muy bien —dijo—. Vale, tan sólo decidme lo que yo y Kit y la *Buitre* podemos hacer. Estamos dentro, ya lo veo. Al menos hasta que recuperemos a nuestros colegas. Y les toquemos las narices a los malos, preferiblemente. Quiero decir, ¿estamos en el mismo bando, no? ¿En la misma longitud de onda?

Aklu la miró el tiempo suficiente como para que ella empezara a ejecutar diagnósticos internos del escorpión para no perder los nervios, pero entonces volvió a hacer un gesto y el colmenero dijeron simplemente:

—Pregunta.

—¿Qué? —Esa única palabra la había dejado perpleja.

—¿Deseas entender? Entonces debes preguntar. Se te permite.

—Yo… —Había demasiadas cosas que no entendía o que no sabía, así que al fin, en lugar de indagar sobre los misterios del universo, se limitó a decir—: ¿Por qué? Quiero decir, teníamos nuestras movidas en Tarekuma, vosotros y nosotros. Andabais con lo del crimen. Pues bueno, no tengo problema con el crimen. No soy quién para juzgar. Pero entonces… entonces pasaste a formar parte de esta loca conspiración galáctica, con el Aspirat pati, la tía de la Casa Ácida y el naeromath, sin olvidar a Ash, el mismísimo heraldo Ash. ¿Por qué tú?

Aklu se estremeció precariamente en dirección a ella, extendiendo sus pedúnculos oculares para examinarla desde diferentes lados. Sus gestos al mayordomo parecieron distintos, incluso contenidos.

—Porque es un error esforzarse contra la forma en que está hecho el universo. Los essiel no se aprovechan de los menores, ni se rebelan contra los grandes. Conocen su lugar, como maestros de las cosas que poseen, y que actúan en su nombre. Cuando llega el fuego, la marea, la tormenta, tienen sus conchas. Ése es el camino. Salvo que no hay perfección en este mundo, y por tanto deben hacerse excepciones. Por tanto, los que no pueden vivir dentro de sus límites son todavía útiles. Si combatir el destino es un error, cometamos un error. Cometamos todos los actos inefables. Rompamos las leyes. Luchemos contra lo que debe ser soportado. Seamos malvados, sin conocer la gracia. Rechacemos todos los

límites. Y así, aunque seamos maldecidos, negados, vilipendiados, seguiremos sirviendo al camino que dejamos atrás. Cuando llegue la amenaza que la concha no pueda resistir, allí nos encontrará, esperando.

Olli digirió todo aquello sin estar segura de haberlo entendido realmente, o de si había convertido en una narrativa a escala humana todas aquellas palabras. «Seamos malvados, sin conocer la gracia. Porque a veces la Hegemonía necesita un cabrón que joda las cosas para ellos».

Luego se les unió un recién llegado, otro humano, le pareció. Un joven con el rostro inexpresivo, cruzado por notables cicatrices de quemaduras no reconstruidas. Se dio cuenta de que tenía una langosta verdeazulada en la espalda. No era un humano, entonces. Otro tothiat.

Aunque había algo en la forma en que habló. Una inflexión extrañamente familiar en sus palabras.

—Dile al Inefable que es la hora —se dirigió al mayordomo, sin ninguna introducción o formalidad—. Dicen que están listos.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Olli.

—Olli, soy yo —dijo el hombre—. Ahremon.

—No conozco a ningún… —Olli dejó que las palabras se apagaran. No conocía esa cara. Conocía a la langosta. Había visto ya unas cuantas y todas tenían marcas distintas, tan características como huellas digitales—. ¿Heremon? Espera…

—Ahremon —le corrigió el tothiat.

Por algún motivo, aquello resultaba más duro de lo que Olli podría haber esperado.

—Así es cómo funciona, ¿no? ¿Estaba demasiado dañada, así que la dejaste suelta y te agenciaste un nuevo anfitrión?

Ahremon se la quedó mirando, y al menos ésa sí era una cara que Olli podía leer. Un poco triste, un poco desdeñosa, un poco divertida. El tipo de expresiones de Heremon, pero en los rasgos de otro.

—De todas las personas posibles, eres la que mejor debería entender lo de conseguirse unas piernas nuevas.

—¡No es lo mismo! —exclamó Olli, furiosa—. Ella era…

—Yo —dijo Ahremon—. No existe «ella». Sólo existo yo.

—El tothir.

—No, yo. La unión del humano y el tothir. Y sigo siendo yo.

—Pero no eres Heremon.

—Tampoco.

—No voy a entenderlo, ¿verdad? —decidió.

La sonrisa sarcástica que se dibujó en su rostro era exactamente la de Heremon.

—No, y tenemos que irnos. El Inefable va a ser juzgado.

Olli pestañeó.

—¿Juzgado? Pensé que de aquí iríamos a prepararnos, conseguir un ejército o algo.

Ahremon se encogió de hombros.

—El Inefable se ha atrevido a acudir a la Sede de Registro para presentar agravios contra los que se han desviado del camino de la Hegemonía. Se hará un balance y habrá un castigo. —De nuevo volvió esa entonación familiar, y la sonrisa que Olli medio reconoció—. El demonio ha subido al cielo con una lista de quejas. ¿Qué crees que puede pasar?

13

Solaz

La retuvieron al principio en la *Skathi*. La insertaron en una extraña sororidad artificial; treinta mujeres de edades variadas, de diferente experiencia y procedentes de distintas divisiones, sin nada más en común en apariencia que las sospechas sobre su lealtad. En todo momento había mirmidones armadas tan cerca como para escuchar sus conversaciones. En lugar de la fluida camaradería que había conformado la vida cotidiana de Solaz, percibía una tensa vigilancia. Nadie comentaba lo ocurrido en Estoc, el aparente golpe de estado que había tenido lugar en el seno del Partenón. Solaz se sentía desbordada por las preguntas. No sabía si Piedad contaba con algo más que un puñado de naves y las intermediarias, y era perseguida por una mayoría aún fiel a sus principios, o si era una representante del nuevo statu quo. En cualquier caso, Solaz se había convertido en resumen en un dinosaurio: una reliquia de tiempos pasados que se dirigía a la extinción. No tenían acceso a comunicaciones del exterior, a ninguna noticia. No confiaban entre ellas. Sí, quizá si Solaz se hubiera alzado y hubiera llamado a sus compañeras a alinearse en su bando, tal vez habrían sido capaces de encontrar una salida, aprovechar el impulso, incorporar a todas las que hubieran mantenido la cabeza gacha y hacerse con la nave para restaurar el orden natural de las cosas… O quizá todas la habrían señalado por sus intereses personales. Un intento desesperado de otras potenciales sospechosas, que no querían nada más que volver a estar con las demás en lugar de apartadas. Así que no dijo nada, lo mismo que las otras en su situación. Lo que suponía que, para el caso, las mujeres como Piedad y Felicidad habían ganado.

Se llevaban continuamente a grupos de sospechosas para evaluarlas, y luego las traían de nuevo. No contaban qué

procedimientos se seguían con nadie y a Solaz nunca volvieron a llevarla. De vez en cuando, alguna de las que se iban escoltadas por un grupo de mirmidones no volvía. Solaz se temió al principio lo peor, hasta que se dio cuenta de que en realidad eran las afortunadas, aquéllas cuya lealtad quedó confirmada en esas pruebas. Lo más probable era que las hubieran devuelto al servicio activo en el nuevo Partenón que construía la ejemplar Piedad. Luego se preguntó si en realidad eso no sería en realidad lo peor.

El que nunca la incluyeran en uno de esos grupos a los que volvían a poner a prueba no pasó inadvertido a las demás. Las otras bajo sospecha empezaron a mantenerse a distancia. Solaz estaba contaminada de una manera irreparable, demasiado alejada en el espectro de la deslealtad como para que la reeducaran o le dieran una nueva oportunidad.

Entonces vinieron a buscarla, y todavía fue peor. Una escolta mayor, con una ejecutora mirmidón todavía más severa al mando. Solaz y media docena de las demás fueron conducidas hasta un muelle de atraque. No era más que un enorme hangar abierto al vacío, en el que la intervención del campo gravitacional de la nave retenía el aire en el interior. Solaz se quedó ahí sin más que su uniforme de prisionera, junto a otras prisioneras: contó cuarenta y siete. Frente a ellas, mirmidones totalmente equipadas en sus armaduras de combate. Hubiera sido muy fácil romper el sello gravitatorio, vaciar el hangar y enviarlas a todas al espacio, mientras las guardianas se mantenían a salvo en sus trajes herméticos y con las botas aferradas al suelo. Comprendió que era justo lo que querían que pensara, que todo el escenario había sido dispuesto para intimidarla a ella y a las demás. Pero el que fuera deliberado no significaba que no funcionara.

Entró otro grupo armado, con las caras ocultas por los cascos. Solaz había lucido ese mismo traje con orgullo la mayor parte de su vida: mucho más tiempo del que la mayoría de esas mujeres habían vivido. Siempre había visto el uniforme como un símbolo de esperanza, de fortaleza y orgullo. Pero ahora estaba del otro lado y se preguntó si era así como se sentían los coloniales cuando contemplaban el poder de las mirmidones parteni. «Somos aterradoras».

Las recién llegadas llevaban a una sola prisionera, a la que Solaz

reconoció con un sobresalto. La monitora superior Tacto. Su antigua comandante estaba despeinada, como si no hubiera dormido desde el ataque a Estoc. Se la condujo hacia el grupo de prisioneras y se la colocó en el medio sin mayores ceremonias. Acabó junto a Solaz, como si fuera un simple movimiento browniano de masas el que la hubiera dispuesto allí. «¿Y qué posibilidades había de que eso ocurriera?».

Solaz sintió una diminuta llama de esperanza en su pecho.

—*Prête à combattre*, madre —murmuró.

Tacto no la miró ni pareció darse cuenta de su presencia. Parecía realmente quebrada, demacrada, grisácea y vieja de una forma como nunca la había visto antes. Le habían arrancado toda su firme autoridad.

—No tienes que combatir todavía, ejecutora, aún no. —Solaz apenas vio movimiento en sus labios, y tuvo que contenerse para no acercarse de forma obvia para escucharla mejor.

—Dime que hay un plan, madre.

Tacto le dirigió la más leve de las miradas.

—Van a trasladarte a una nave designada como penitenciaría. La *Ángel Alecto*. ¿La conoces?

Solaz consiguió mantenerse inexpresiva.

—Es una nave de combate.

—Bueno, la flota de Piedad no cuenta ahora mismo con muchas naves de gran tamaño para otras funciones. ¿Qué más puede hacer? Necesita aislar en algún lugar a aquéllas que no cumplen sus estándares de fidelidad. Como tú y yo.

Solaz meditó esas palabras y pensó en lo que resultaría conveniente que le pasara a una nave así. La historia naval parteni no estaba exactamente salpimentada de fallos catastróficos, pero la posibilidad existía, si es que Piedad quería deshacerse de parte de las hermanas indeseables sin tener que ponerlas en fila y dispararles. ¿Con cuántas naves contaba, y podría permitirse sacrificar una para sacar a todas esas piezas incómodas del tablero?

—¿Quieres que tome la nave?

Tacto dejó escapar un chasquido.

—¿Tú sola? No te falta confianza, ejecutora. Quiero que estés preparada. Voy a mover los pocos hilos que me quedan. Mientras pueda. Hasta que exista una oportunidad y… Sin heroismos, Solaz.

No quiero que hagas que te maten. Cuando llegue el momento, lo sabrás. *Est-ce compris*?

—*Compris*, madre. Pero… —«Tú también estarás ahí, ¿verdad?». Algo cambió de repente: las mirmidones que habían traído a Tacto avanzaban para apartarla de nuevo, la separaron bruscamente del resto y se marcharon. Solaz había sido soldado el suficiente tiempo para reconocer el lenguaje corporal que se escondía entre los blindajes. Se dio cuenta de que una escuadra había recibido una regañina y casi pudo escuchar a su superiora gritándole por los comunicadores: «¿Por qué la habéis llevado con las demás prisioneras?». Imaginaba una serie de órdenes que desaparecían sin rastro, una sucesión de pasos orquestados por Tacto y las simpatizantes que le quedaran.

Y luego llegó una lanzadera, deslizándose en el hangar presurizado desde el vacío del espacio con un mínimo estremecimiento. Solaz y las demás fueron conducidas dentro, y en el exterior, sólo un puntito de luz, estaba la *Ángel Alecto*, lugar de retiro previsto para quienes disgustaran a las nuevas dueñas del Partenón.

Habían vaciado la sección central de la *Ángel Alecto*. Solaz habría esperado una red de mamparas y pequeñas zonas públicas, con cubiertas residenciales para la tripulación en las que los diferentes turnos alternaran su presencia con los horarios de servicio. En su lugar había sólo un gran espacio abierto, como un absceso hueco en el interior de la nave. Había mirmidones vigilando tanto a ras de suelo como en un nivel superior. Y las prisioneras estaban agrupadas de forma precisa, cada una en un área delineada por luces proyectadas. «Clases», las habían llamado las guardias. Allí había casi trescientas mujeres incluso antes de que se uniera el medio centenar que incluía a Solaz. No había sitio para muchas más, dado que se ordenaba a cada clase que se quedara en el centro de su zona marcada y sin hablar con sus vecinas. Solaz miró los pequeños grupos de mujeres, silenciosas y vestidas como prisioneras, y luchó por no compartir su desesperación. Al menos dentro de cada grupo sí parecían escucharse susurros de conversación. Y al menos esas hermanas desarmadas parecían ordenadas y serenas, sentadas en filas. *Prêtes à combattre*. O eso

esperaba. Porque en ese momento sentía sobre sus hombros todo el peso del universo. «Tengo que salvar al Partenón. Tengo que salvar a Idris. Tengo que salvar todo de los Arquitectos». Seguro que Tacto quería hacer saltar la chispa de una revolución aquí, hacerse con la *Ángel Alecto*, ¿dirigir sus armas hacia el resto de la flota…? Quizá habría otras naves penitenciarias. El golpe de Piedad no tendría más respaldo que el de una pequeña camarilla de oficiales, que se estaría dando cuenta del reducido alcance de su mando. Quizá… Sintió de nuevo la desesperación que crecía en su interior. ¿Qué pasaría si Solaz fuera la única que no comprendía cómo funcionaba el universo? Que de hecho estas disidentes desesperadas fueran todo lo que hubiera, mientras la mayoría del Partenón se mostraba conforme con el enfoque de Felicidad; dejar a los refus a su destino. Abandonar a la humanidad ancestral, que de todas formas nunca se había preocupado mucho por ellas. Las parteni para el Partenón, llevando su vida en el espacio sin necesidad de vecinos.

«Enloqueciendo poco a poco, encerradas en la espiral de nuestras propias tradiciones. No me digas que ése era el futuro que adivinaba la doctora Parsefer, ese magnífico aislamiento. ¿Qué somos, sin un universo por el que pelear?».

Pero no podía saber nada a ciencia cierta. Había dado siempre por supuesto que los pensamientos que había en su cabeza eran reflejo de los de sus compañeras, pero ahora sentía que se había abierto un abismo. Todas esas mujeres con rostros que podrían ser de primas cercanas eran extrañas bajo su piel.

Llegaron más prisioneras. Una razón para la esperanza, porque suponían más potenciales aliadas. Una razón para la desesperación, porque todas llegaban sin presentar resistencia, ya que las habían traído hasta aquí otras hermanas. Y mientras veía crecer el número de prisioneras, y el lugar cada vez más abarrotado, se empezó a preocupar. El ratio de prisioneras por guardia crecía exponencialmente, algo que podría tener sus ventajas, pero dudaba que la ejemplar Piedad hubiera perdido de vista las matemáticas. ¿Por qué reunir a todas sus enemigas dentro de un único y frágil casco, salvo que supieras que iba a ocurrir algo…?

«Tengo que actuar antes. Estoy sola».

«No, Tacto tenía un plan. Tacto te dio órdenes».

«Tacto fracasó». Lo comprendió de forma brusca. «No vio venir

todo esto. No pudo pararlo. Fracasó».

Solaz miró a su alrededor, encogida, murmurando «ejecutora mirmidón Solaz» a quienes le rodeaban. Escuchó algunos nombres y rangos en respuesta, y estuvo segura de que era la oficial de mayor jerarquía allí. La mitad de las demás eran cognoscentes, técnicas y especialistas sin más que formación básica de combate. Pero la escucharon cuando habló. «Tenemos que actuar, y esperar que otras nos sigan». Una sala llena de mujeres desarmadas y prescindibles, encarándose contra aceleradores. «Suicidio». Pero no podía quedarse sentada y ver a la gente de Piedad sorber la sangre del Partenón, arrebatarle sus virtudes y apropiárselas.

Luego una de sus compañeras le tiró de la manga. Llegaba otro grupo de prisioneras, sólo un puñado, pero éstas eran distintas. Tenían un cierto aire común, más allá de la genética compartida parteni. Un gesto absorto y demacrado. Solaz reconoció a muchas de ellas del Ojo. Las estudiantes de Idris. Intermediarias prisioneras. Por supuesto, habían estado sometidas a continuo contacto con exteriores. Habían trabajado junto a la nueva cosecha de voluntarios coloniales para rechazar a los Arquitectos cada vez que Previsión detectaba una nueva intrusión. ¿Éstas eran las inters que no habían superado las pruebas de Felicidad? Solaz se preguntó cuán buenas serían esas pruebas, dado que dependían de los parámetros exactos del cerebro parteni estándar. ¿Habría confiado Felicidad en métodos menos precisos, o…?

Entonces lo vio, y sintió la puñalada de la traición. Alguien que conocía supervisaba a las inters prisioneras. Tumba, la primera de las intermediarias parteni. Solaz recordó que prácticamente adoraba a Idris, y que parecía ansiosa de formar parte del nuevo futuro que haría posible el Ojo. Salvo que ahora iba uniformada y armada, y conducía a sus hermanas inters al último espacio disponible.

Habían sido su sororidad, por supuesto, y las conocía. Había compartido dormitorios y conversaciones con ellas. Sabía con exactitud con quiénes se podía contar para que se pusieran del lado de Piedad y su golpe. Y aquí estaba el resto, las que creían con demasiada firmeza en ese otro Partenón, el que Solaz sentía que se le escurría entre los dedos. Piedad debía haber vivido una agonía, pensó sombríamente, para decidir en qué intermediarias podría confiar. Después de todo, eran un recurso extremadamente valioso.

Seguro que quiso mantenerlas todo el tiempo posible cerca, con la esperanza de que se le unieran. Pero al parecer el nuevo orden no dejaba lugar a las disidentes, incluso si formaban parte de su personal más difícil de reemplazar.

Solaz, lejos de ser irremplazable, entendió que su propio futuro se había reducido a dos posibles opciones. Cargar contra los fusiles de las guardias, sin protección, sin armas, o esperar hasta que ella y las demás desleales pudieran ser eliminadas de forma silenciosa y plausible, poco más que una nota al pie de página en la nueva historia del Partenón.

Tumba

La cognoscente intermediaria Tumba sintió las miradas de sus compatriotas en la espalda durante todo el camino desde la lanzadera, una vez que las dejó en la nueva bodega de la *Ángel Alecto* con el resto de las prisioneras. Sus compañeras inter, graduadas en el mismo programa, pero que habían quedado más claramente señaladas por su asociación con los coloniales o habían sido más elocuentes en su lealtad a Telemmier. Mujeres que habían adoptado una postura, o incluso que no habían disimulado lo suficiente. Y que ahora se encontraban, dada su situación, del lado equivocado de la historia. Ellas se quedaban y Tumba se volvía a la lanzadera, rumbo a la *Skathi* para formar parte del futuro.

Había comparecido ante Felicidad y el resto del equipo del Aspirat que respaldaba a la ejemplar de flota Piedad. El interrogatorio no había sido suave, porque ella era inter. De hecho fue peor. Las máquinas de Felicidad estaban perfectamente calibradas para la estructura cerebral parteni, que variaba muy poco entre individuos. Salvo que las inters ya no tenían esa estructura. Su entrenamiento y las modificaciones que les hicieron dificultaba leerlas, así que Felicidad se había esforzado aún más, registrando cada dato biométrico, analizando la respiración de Tumba, sus latidos cardíacos y expresiones faciales. Y al final seguía sin estar segura. Pero el Partenón renacido necesitaba intermediarias por encima de cualquier otra cosas, así que tuvo que trazar una línea. Tumba y la mayoría de las demás quedaban del lado «leal». Sólo un puñado de ellas habían degenerado hasta

resultar irredimibles. La idea la hacía sentir orgullosa. Convertirse en inter había sido un camino largo y difícil, pero esa prueba había sido la más dura.

Había un grupo de otras inters reunidas en el hangar, parte de la gran reorganización que implementaba Piedad en toda la flota. Tripulantes sacadas de sus naves y reasignadas. Las oficiales leales remplazaban a las de inclinaciones más dudosas en algunas naves. En otros casos, tripulaciones completas eran disueltas y llevadas a lugares como la *Alecto*, apartadas del camino, agrupadas de forma conveniente para el caso de que fuera necesario tomar medidas drásticas. Pero Tumba sabía que todas eran hermanas. Piedad podía ser una mujer dura pero, en su momento, Felicidad y su equipo socavarían la psicología de las prisioneras y devolverían al redil a todas las posibles. Al final, sin duda quedaría un núcleo que estaría más allá de cualquier recuperación, pero Piedad buscaba minimizar las pérdidas definitivas. Era un nuevo comienzo, después de todo. Cada mujer era valiosa.

Miró a sus restantes hermanas intermediarias, que marcharían a sus nuevas naves para asegurar que cada una en la flota tuviera su piloto. Según el plan de Piedad, harían falta nuevas inters pronto. Así que Felicidad reuniría a la única línea genética que las hacía posibles, y probablemente a las que no se presentaron voluntarias previamente se las dejaría sin opciones en una nueva ronda. Tumba comprendía las frías ecuaciones necesarias para convertirse en nómadas del espacio profundo. Entendía las decisiones que tendría que tomar Piedad.

Se cruzó con la mirada de sus compañeras mientras se encaminaban con diligencia a sus nuevas asignaciones, a las naves que pastorearían desde ahora a través del nospacio.

Sobre Tumba recaía el honor de pilotar la propia *Skathi*, o al menos de ser un tercio del equipo inter al timón del buque insignia. Se encargarían de la navegación por turnos, para mantenerse frescas para la acción. Piedad parecía paranoica ante la posibilidad de que naves coloniales llegaran en su busca, sin contar los desconocidos recursos de la Hegemonía. Tumba había intentado explicar la imposibilidad de un rastreo a través del nospacio. Salvo que algunas pruebas anecdóticas sugerían que los essiel contaban con pilotos alienígenas que podían hacerlo. Además, ¿quién podría estar segura

de qué trucos escondían los coloniales en la manga tras décadas de Programa de Intermediarios?

El puente de la *Skathi* era una sala alargada con una pantalla circular en su centro, de forma que todas las tripulantes podían seguir las principales lecturas de la nave sin más que alzar la cabeza, además de contar con datos específicos para sus tareas en su propio tablero.

El corazón de Tumba dio un vuelco —ligero pero perceptible— cuando vio que Piedad estaba atendiendo a una invitada. Había esperado no asistir a esa escena en concreto. La antigua monitora superior Tacto estaba allí, con uniforme de prisionera y bajo vigilancia, y Piedad ya había visto a Tumba.

—Cognoscente intermediaria —la saludó la ejemplar de flota—. Llegas en el mejor momento. Quizá puedas contarle a nuestra invitada tus últimas tareas.

Tumba sintió sobre ella la mirada de hierro de Tacto y se estremeció, luchando contra la puñalada de conflicto que sentía en su interior sin permitir que nada emergiera a su gesto. Encontró refugio en adoptar una posición firme de soldado, mirando de frente como veía hacer a las mirmidones, sin cruzar la mirada con nadie.

—Se me asignó como auxiliar de la cognoscente superior Felicidad, con el fin de identificar a aquéllas de mi división cuya lealtad no se pudiera garantizar, de forma suficiente, como para confiarles el control de la navegación por el nospacio de naves de la flota, madre —confirmó—. Acabo de volver de llevar a ese grupo a la nave penitenciaria *Ángel Alecto*.

—La nave que alberga al resto de tus disidentes —terminó Piedad, que dirigía una sonrisa casi cariñosa a Tacto—. Aquéllas a las que corrompiste de algún modo, al extremo de que no pudiera confiarse en ellas para que apoyaran a sus hermanas y a nuestro estado.

—Tú no eres el Partenón, Piedad —dijo sencillamente Tacto—. Ésta no es exactamente la totalidad de nuestra fuerza.

—Ah, pero nuestras intermediarias son limitadas, ¿verdad? Planeamos expandir la crianza de las líneas genéticas apropiadas, pero hasta entonces tenemos tantas naves como podemos manejar. Las que han rechazado nuestra llamada pueden quedarse con los

refus y compartir su destino. Pero nosotras sobreviviremos. El verdadero Partenón, fiel a los designios de nuestra fundadora. —La tensión entre Tacto y Piedad se podría haber cortado con un cuchillo—. Debe dolerte que Tumba y las demás se unieran a nosotras tan pronto.

El rostro de Tacto no admitió esa emoción, o cualquier otra. Ya que se le negaba esa satisfacción, Piedad miró a Tumba.

—¿Quizá quieras explicarte por ti misma, cognoscente intermediaria?

Tumba sintió otra punzada de ansiedad y luchó por contenerla con su compostura profesional.

—Cuando me pidieron combatir contra los Arquitectos junto a los inters coloniales, lo hice como mi deber con el Partenón. Ahora se me pide dirigir a nuestra flota hacia nuevas fronteras del universo. También es mi deber para con el Partenón, madre.

Quizá Piedad esperaba algo con más vitriolo. Pareció sentir disgusto por esa declaración impersonal, pero se la tragó.

—Me sorprende que no me hayas enviado también a la *Alecto* —intervino Tacto—. ¿O estoy aquí a modo de trofeo?

—Estás aquí porque respeto tu inteligencia, Tacto —le dijo Piedad—. Tanto como para no colocarte en medio de quienes te podrían seguir. Manejar una insurrección no reduciría mucho mis tropas, pero costaría las vidas de demasiadas hermanas que todavía pueden redimirse. Las amigas cerca y las enemigas aún más cerca, ¿no es lo que se dice?

—Lo he escuchado —confirmó Tacto, sin mirar a Tumba—. ¿Esto es todo, entonces? ¿Te llevas al núcleo de nuestras fuerzas lejos del resto de la humanidad, justo cuando más nos necesitan?

—No llegamos al universo para atender sus necesidades —dijo Piedad, elevando la voz para que la escucharan en todo el puente—. Nuestra fundadora no nos engendró para servir a los refus. Nos bastamos por nosotras mismas. Es tiempo de crecer y cortar los lazos con ellos. No les debemos más que a los simios. Excepto que los simios ya están extintos, y a los refus todavía no les ha llegado el turno.

—Refus —dijo Tacto tan suavemente que Tumba tuvo que esforzarse para escucharla—. Entiendo que usas esa palabra como insulto. Los refugiados… El reservorio genético que ha sobrevivido

desde una era previa. La especie empujada a los márgenes por su propia descendencia superior. Es fácil verlo como algo peyorativo.

El comentario sacó a Piedad de su tono retórico.

—¿Y cómo se podría ver de otra manera?

—Cuando la doctora Parsefer acuñó el término para la humanidad básica, quería manifestar algo más que desprecio. Entre los refugiados sobreviven las variantes. Las que puede requerir el futuro. ¿Sin ellos, qué somos? Una cáscara vacía. Sólo tendremos sentido en relación con el resto de la humanidad, sea a su lado o en su contra. Nos equilibran, nos dan sentido. Sin ellos, por nuestra cuenta en el espacio infinito, nos colapsaremos. No tendremos nuestro corazón. Les necesitamos, aunque sólo sea porque nos hace falta alguien de quien distinguirnos. Es más probable que tu plan destruya al Partenón que una derrota contra los coloniales.

—Me entristece que alguien como tú, que ha servido tan bien a tu pueblo, pueda pensar algo así. —La voz de Piedad no dejaba lugar a la duda—. ¿Sabes lo que parte de mi equipo dijo que debería hacer contigo, como potencial líder de cualquier oposición? Que convendría atarte a algún sitio y dejarte despierta cuando entráramos al nospacio. Sujeta al mástil frente a las sirenas, como en los viejos cuentos, ¿no? Pero mantengo la esperanza de que llegues a servir al nuevo Partenón. Que Felicidad pueda encontrar el régimen penitenciario adecuado para rehabilitarte incluso a ti. No permitiré que se rinda contigo, Tacto. —Mantenía una sonrisa que podría abollar un casco de metal—. Así que es el momento de que vayas a dormir. Te despertarás en un mundo distinto.

Después llegó el considerable rompecabezas logístico necesario para poner a toda la tripulación en suspensión, lista para el viaje nospacial. Un esfuerzo que se repetía a lo largo de toda la flota de Piedad, con las distintas naves informando sucesivamente. Tumba no estaba segura de cómo manejarían el problema las naves penitenciarias. Debía tener fe en el deseo expresado por Piedad de recuperar a tantas hermanas como fuera posible, más que deshacerse de problemas con el tránsito.

Se conectó con las otras dos inters en la *Skathi*. Ella se ocuparía del segundo turno, se despertaría para hacerse cargo de dirigir a la nave por el nospacio dentro de la máquina que le permitía actuar como una intermediaria plena, sin necesidad de haber sufrido todos

los tajos y remiendos que utilizaban los coloniales. Pensó entonces en Idris Telemmier, que con sus estridentes protestas e incansable trabajo con la gente de Felicidad les había librado de aquello. Esperaba que le fuera bien, aunque le parecía improbable, dadas las manos que ahora le sujetaban del cuello.

Antes de perder el conocimiento, tuvo una última pelea con su conciencia sobre lo que estaba a punto de hacer. El miedo que provocaba, el terrible precio. Las palabras de Piedad y las de Tacto peleaban en su cabeza, intercambiando puñaladas como si se disputaran adueñarse de su alma. Salvo que la doctora Parsefer no creía en la existencia del alma, dado que era una archirracionalista. Eso formaba parte más bien del ideario de los coloniales, como Andecka Tal Mar, que fue camarada de armas de Tumba no tanto tiempo atrás.

Sintiéndose enferma y culpable, Tumba se retiró al fin a su cama de suspensión, a sabiendas de que el mundo en el que despertara sería muy distinto, como había dicho Piedad.

14

Kris

Ahab quería entrar en la Máquina. La de tamaño naeromathi que él mismo había diseñado, y Jaine construido, cuando el Ojo todavía estaba sobre un planeta, en el Infierno de Criccieth.

Los guardias de servicio en el Ojo evidentemente tenían órdenes de que nadie salvo Previsión utilizara cualquiera de esas instalaciones. Seguramente pensaban que Ahab podría arrastrarles a todos al nospacio o algo parecido y no iban a darle la oportunidad. Para ser totalmente honesta, Kris no estaba al ciento por ciento segura de que no fuera el caso. Hasta donde entendía el tema, Ahab no era un piloto al estilo inter, y el propósito primario de la Máquina era examinar lo irreal, no viajar propiamente. Aunque Idris había utilizado la parte a escala humana para poner toda la instalación en órbita, así que, ¿quién podía decirlo?

En cualquier caso, la situación había acabado en un punto muerto entre los *voyenni* y el naeromath, que vio que estaba a punto de terminar en violencia cuando llegó a la carrera con Jaine pegada a sus talones. Y Ahab era grande. Había visto imágenes de animales extintos de la Tierra, como elefantes, ballenas y cosas así, y su escala era ésa, una especie de anguila con esteroides aún más potenciada por la cibernética. Por supuesto, se suponía que nadie en el personal del Ojo iba armado, pero Ahab podía albergar todo un arsenal en su interior.

Los *voyenni*, por su parte, eran tipos enormes equipados para el combate, con aceleradores y muy poca imaginación. Para los parámetros de Kris, tan aterradores como Ahab. El doctor Shinandri, una figura desgarbada que reía y agitaba los brazos, se encontraba entre unos y otros en peligro inminente de morir a manos de cualquier bando, a la vista de Kris.

Había estado durmiendo. Todo esto ocurría en medio de la noche según su reloj, pero el naeromath no parecía trabajar de acuerdo a un horario regular. Tomó nota de aquello como otro punto en su lista de agravios contra el universo.

Los *voyenni* habían pasado de ordenar al naeromath que se alejara, a gritar tanto al alienígena como al doctor que se tumbaran en el suelo o les dispararían. Kris no sabía si Ahab podría echarse al suelo siquiera. Era bastante probable que su prótesis de seis patas no se encogiera así. Pero estaba jodidamente segura de que los disparos de acelerador le harían mella. Grande no significa invulnerable. Y Doc Shinandri no los ralentizaría mucho poniéndose en medio.

Iba a empezar a gritar a todo el mundo, pero todos lo hacían ya a bastante más volumen del que ella podía alcanzar, y nadie se había dado cuenta de que había llegado. Se detuvo un momento. Luego Tokamak Jaine llegó hasta ella e hizo algo en las luces de la sala de la Máquina, convirtiendo todo de repente en cegadoramente brillante.

Uno de los *voyenni* descargó una docena de perdigones en la pared más cercana, y Kris decidió que cruzaría más tarde unas palabras con Jaine sobre qué tipo de ayuda podría haber supuesto aquello, pero el resultado final fue que ambas partes retrocedieron, parpadeando. O, en el caso de Ahab, retirando la cabeza recubierta de metal en la que terminaba su cuello serpentino. Kris no estaba seguro de cuánto dependían los naeromathi de la vista, por supuesto, pero con certeza había lentes en aquella capucha de acero retorcido.

—Habla con Ahab —le pidió a Jaine. La mecánica era de uno de los pocos humanos a los que el alienígena escucharía. Ella por su parte se acercó a los *voyenni*, de los que había decidido ocuparse.

Su líder se abalanzó sobre ella. Eso era algo que les gustaba, invadir tu espacio. Pero ella se mantuvo firme, así que casi terminó chocando con la barbilla contra el pecho blindado del tipo. En esa situación él no podía mirarla, debido a que el diseño de sus cascos no dejaba mucha libertad de movimiento al cuello. Kris contempló la barbilla del hombre hasta que él se quitó el casco para bajar la vista, con el ceño convenientemente fruncido.

—Tengo la certeza de que sus órdenes son mantener con vida al

equipo científico —le dijo.

—Dígale que vuelva a su tanque, su jaula, donde sea que se meta —le espetó el *voyenni*, con un fuerte acento magdano—. No tiene que venir aquí. Ésas son nuestras órdenes. Si no sabe dónde debe estar, pediré nuevas órdenes. Si no se le puede hacer daño, quizá encontraré a alguien más que se lleve sus latigazos.

Lo harían. Con gusto, incluso. Todo el mundo conocía historias sobre la forma en que las familias boyardas mantenían el orden en Magda. Pero Kris si cedía ahora no habría forma de recuperar terreno. Así que se quedó allí plantándole cara como si fuera un juez o un abogado de la parte contraria, o como si hubieran sacado los cuchillos al comienzo de un duelo.

—Hay nueve agujeros nuevos en la pared, gracias a la laxitud de uno de sus hombres con el gatillo. —La verdad es que no sabía cuántos agujeros había, pero dar un número preciso la hacía parecer más competente—. Si me los hubiera hecho a mí es probable que nadie hubiera derramado una lágrima. Si hubiera sido al Doc, ¿qué cree que harían luego exactamente sus jefes? ¿Cuando su mejor científico no pudiera hacer funcionar esa máquina alienígena única?

El rostro del *voyenni* no mostró ninguna admisión de culpa. Tampoco ningún tipo de respuesta. Era bueno en ese juego de la impasibilidad brutal, pero Kris se dio cuenta de que se había anotado un tanto.

Ahab eligió ese momento para volver con sus bramidos.

—¡El trabajo no está terminado! ¡Tiempo! ¡Me lo han robado! —Pero no sonó a su máximo volumen, sino que sólo eran quejas hacia Jaine.

—Previsión sigue trabajando —fue la respuesta de Jaine—. Siguen rastreando a los Arquitectos. —Porque ésa era una información útil para los Uskaro, por supuesto.

—¡Ése no es el trabajo! —gritó Ahab, y de repente Kris tuvo encima su cuello correoso y maloliente, extendido en dirección a su Máquina—. ¡La nave está lista! ¡Dejadnos trazar nuestro rumbo! ¡Dejadnos marchar! ¿Dónde está mi venganza? ¿Dónde está la compensación que me debe el universo? —Era una terrible letanía de deseos frustrados.

—¿No podéis dejarle hacer algo? —preguntó Jaine, y aquí venía

Shinandri revoloteando de nuevo hacia ellos, manoteando y quizá a punto de recibir un tiro para que dejara de molestar.

—No haría daño a nadie. Lo único que le importa a Ahab es parar a los Arquitectos —dijo Kris, aunque sabía que no serviría de nada—. ¿No es lo que queréis también? ¿Qué pasaría si Magda es el siguiente de la lista? Podría ser. Nos podría llegar un informe de Previsión en cualquier momento. —Las palabras rebotaron en el hombre sin dejar ningún rastro. Por supuesto que si Previsión informara de que cualquier de los mundos afines a Ravin Uskaro se encontraba amenazado, todos los inters disponibles serían despachados a defenderlo. No repararían en gastos para proteger lo que les importaba de verdad, y el resto de la galaxia podía irse a pique. Si su amo le decía a este hombre que se quedara ahí quieto y viera cómo otros planetas eran aniquilados uno por uno, eso es lo que haría—. Hablaré con el *morzarin*. —Se dio la vuelta. No sería la abogada de la tripulación ante los Uskaro, sino la renegada con la que los Uskaro manejaban a la tripulación—. Se lo explicaré. Conseguiré que vuelva a abrir la Máquina para que Ahab continúe con su trabajo. Lo haré. —Les plantó cara a sabiendas de que, a sus ojos, estaría pasando de ser parte del «nosotros» a formar parte del «ellos».

En ese momento incómodo irrumpieron Trine, totalmente al margen de la discusión.

—Mis estimados colegas y compañeros prisioneros en este vil trance, ¡estáis todos invitados a una fiesta diplomática en mi celda, con efecto inmediato!

Esto al menos sirvió para apartar la atención de Kris y centrarla en el colmenero. Desplegaron el abanico de brazos articulados que surgía de su pecho, sonriendo a todos los presentes.

—Tú, y tú, y tú, y tú —señaló, en dirección a Kris y los tripulantes del Ojo—. Pero vosotros no. No estáis invitados. —Un gesto reprobatorio a los *voyenni*. El rostro de Trine era una proyección sobre la superficie interior cóncava de su cabeza en forma de cuchara, que daba la impresión de mirar siempre de frente a cualquier observador. Su alegría exuberante sólo acentuaba lo inquietante del efecto.

—Trine, no es el momento —le dijo Kris.

—Inconcebible. Voy a tirar de rango, mi inferior diplomática. Es

exactamente el momento. Quiero decir, ¿qué es lo que se supone que vas a conseguir? Hablarás con el *morzarin*. Estoy seguro de que quedará hechizado por tus argumentos legales. Pero hasta que ese hechizo surja efecto, ¿qué más queda por conseguir aquí? Venid a mis dependencias. He impreso vino y picoteo de calidad superior.

Kris se sintió frustrada y resignada por igual. El colmenero resultaban tan molesto como siempre, pero sobre todo porque llevaban razón. Jaine había calmado a Ahab, y era posible que el naeromath creyera de verdad que Kris podría ser capaz de arrancar alguna concesión a Ravin Uskaro, aunque no apostaría nada por sí misma. Hizo una petición para que el tipo la recibiera, a sabiendas de que él insistiría en que la llevaran a la *Gran Nicolás* en lugar de que simplemente se conectaran por los comunicadores. A sabiendas de que sus compañeros terminarían escuchando de su boca las palabras del hombre, ampliando la brecha que la separaba de ellos. Y a sabiendas de que hacía el trabajo que correspondía a una abogada. Había representado antes a multitud de clientes reprobables, pero esto era distinto. Había vendido una parte de sí misma al convertirse en peón de Ravin. Podía convencerse de que sin ella sería aún peor, y es posible que fuera cierto. Pero eso no le hacía sentir menos miserable y sucia.

En las habitaciones de Trine se encontraron de hecho vino y una selección de comida informal, todo con un sabor arenoso y polvoriento —el vino incluido— porque el Ojo sólo tenía las impresoras que Jaine había podido instalar, y no cumplían exactamente los estándares de una embajada. Sin embargo, la recepción de Trine tenía algo más: al heraldo Ash.

Kris se quedó petrificada en la puerta, con lo que Shinandri terminó empujándola dentro. El alienígena estaba allí en el centro, sin motivo aparente. Incluso tenía una copa de vino impresa sujeta en los zarcillos de la «mano» que era uno de los extremos de su tronco ramificado.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Trine.

El colmenero andaban sacando copas como si aquello fuera una fiesta de verdad.

—Parece que es el momento —explicaron.

—¿Qué momento? ¿El momento de qué? —Kris paseaba la mirada del colmenero a Ash.

El alienígena ajustó la posición de su cabeza de una forma que desmentía completamente su pretensión de simular una forma humana.

—Queréis el Ojo. Tomadlo —les dijo.

—¡Sí! —explotó al instante Ahab, y Kris dirigió a Jaine una mirada desesperada.

—Nadie puede oírnos —señaló Ash con absoluta certeza—. Ahora no, en estos momentos. Conoces mi reputación, Keristina Soolin Almier. ¿Cómo me llaman?

—Heraldo —dijo ella sin ganas.

—Así que escuchad mi mensaje. Ésta será vuestra única oportunidad de recuperar el Ojo. De recuperar toda la Hueste al completo. Aparte de la fuerza estacionada para vigilaros, no tienen más tropas en la nave y les faltan pilotos. Debéis tomarla, prepararla para dejar Estoc, y empezar con ello tan pronto terminemos esta conversación.

—Espera, espera —le detuvo Kris—. Volvamos a lo de la «fuerza estacionada». Hay una buena pandilla de guardias armados. Nosotros somos sólo un puñado, y desarmados. Además, no podemos llevar la Hueste a ninguna parte. No tenemos inters. No tenemos a Idris. No tenemos… en resumen, nada. Di cualquier cosa y no la tenemos.

—El agente Havaer Mundi y el activo Colvari han sido asignados a la liberación de los intermediarios en el *Arca Innominada Nueve* —explicó Ash—. Sin embargo, incluso si tienen éxito, necesitan algún lugar al que llevarlos. Necesitan venir a la Hueste.

—¡Sí! —volvió a intervenir Ahab, y Kris se sintió insegura de hasta qué punto funcionaría ese aislamiento acústico, dado que el naeromath gritaba al máximo volumen de su voz artificial.

—No, escuchad —insistió Kris—. No tenemos nada. ¿Qué pensáis que podemos hacer? —Pero Ahab ya había salido de estampida de la habitación, con sus piernas metálicas retumbando. Sin duda en dirección de vuelta a la Máquina. A que le acribillaran —. ¡Jaine! —la llamó, pero la mecánica había abierto un panel en la pared y estaba sacando bruscamente puñados de cables y componentes—. ¿Qué haces?

La mujer se limitó a devolverle un gruñido, y le correspondió al doctor Shinandri responder.

—Las acciones de mi colega señalan de forma implícita que sí tenemos algo, una pizquita de algo, que podemos utilizar. Y si ha llegado el momento, es lo único con lo que contamos.

—¿Tenéis… algo? —preguntó Kris—. ¿Habéis estado preparando algo? ¿A mis espaldas?

—Se habían despertado ciertas dudas sobre el lado hacia el que se inclinaría tu lealtad —admitió el doctor, en un tono levemente apologético, sin dejar de reír, como si se tratara de algo hilarante—. Aunque sabíamos que tendríamos que ocuparnos en algún momento. Y no contamos con gran cosa. Humo y espejos, basados en nuestro superior conocimiento de lo que es, para nosotros, nuestro propio terreno, oh, sí. Sólo para una emergencia, pero al parecer esto es emergencia suficiente.

—Trine, ¿sabíais…?

—Todo me resulta igualmente inesperado, mi compañera en la exclusión —dijeron el colmenero.

—De acuerdo, entonces, ¿me puede decir alguien ahora mismo cuál es el plan, o sigo en lista de espera? —pidió Kris, para luego añadir—: ¿Dónde cojones se fue Ash? —Porque el alienígena no había pasado delante de ella, pero de algún modo había desaparecido de la habitación.

En ese momento las luces se apagaron, luego parpadearon de una forma obviamente distinta, con un extraño matiz verdoso. Kris se dio cuenta, sin embargo, de que no eran las luces lo que había cambiado. Era el aire. Era el Ojo. Lo que acababa de hacer Jaine había activado una parte de la antigua estructura, o alguna tecnología que ella hubiera improvisado en su interior.

—Vale. —La mecánica se incorporó. Llevaba algo en las manos que había sacado de la pared. Era un bloque hecho de plásticos de colores brillantes, como un juguete infantil. Kris estaba absolutamente segura de que era un arma. Un momento más tarde, Trine se adelantaron y le proporcionaron un cuchillo que al parecer habían escondido en la cavidad de su cuerpo, entre el bullicio de los insectos que les componían. Le conmovió extrañamente el que hubiera pensado en ella.

Lo agarró. El peso y equilibrio reconfortante le confirmó que se trataba de un modelo estándar para duelo, exactamente su herramienta preferida. No del todo útil contra una panda de

matones con aceleradores, pero no podía pedir más.

—Vamos a recuperar lo nuestro —dijo Jaine, y salieron por la puerta.

Ravin

Los doctores del Comité de Enlace le estaban dando sus informes, un grupo de siete liderado por el doctor Frye, con todos sus rostros proyectados ante Ravin en una pequeña constelación de solemnidad pomposa. Cada participante se destacaba para dar cuenta de sus conclusiones particulares, y luego se encogía hasta ser insignificante una vez terminaba. Todo era un pequeño circo calibrado con precisión, pero el doctor Frye era un buen administrador.

—Cabe destacar la porción de nuestro trabajo que fueron capaces de deshacer en apenas seis meses —indicó Frye, una vez que la doctora Mirabilis ofreciera su informe sobre el estado del condicionamiento. Los inters del Comité de Enlace, un bien preciado, se habían desplegado con todas las protecciones concebibles. No sólo las legales, correspondientes a sus contratos de servidumbre, sino también en el interior de sus cabezas. En unos pocos casos mediante implantes bastante brutales, que suponían el riesgo de interferir con las delicadas modificaciones propias de los inters. En otros muchos a través de un condicionamiento psicológico no menos brutal, edificado sobre el miedo, la obediencia y la dependencia. Después de todo, nadie quería que un inter renegado desapareciera con una valiosa carga en las profundidades del vacío para no volver a ser visto jamás.

Sólo que al parecer Laery y su cártel no se habían tomado la molestia. Sólo intentaron desesperadamente deshacer todo el buen trabajo, algo la Casa Ácida era más que capaz de afrontar. Por supuesto, no habían ido tras los pilotos comerciales, los inters esclavizados no les servían. Idris Telemmier había hecho un montón de cosas fastidiosas en su vida, pero anunciar que los Arquitectos no escucharían a los inters bajo contrato estaba en la cima de la lista. Y Ravin ni siquiera sabía si era verdad. Todo el mundo parecía darlo por seguro.

—Hemos llevado a cabo simulaciones de prueba en la arquitectura neural de los inters disfuncionales —explicó el doctor

Elis, al que ahora le tocaba el turno—. Tenemos absoluta confianza en que podamos meter a todos en vereda, restablecer el programa y someterlos de forma conveniente. Y la parte positiva es que, en los seis meses en los que estuvieron fuera de nuestra custodia, han aprendido formas adicionales de manipular el nospacio y se han familiarizado con los sistemas de la Hueste. De hecho, me sorprende el énfasis que pusieron en esa parte del entrenamiento. Es obvio que tenían grandes planes al respecto.

—Sí —admitió Ravin. Normalmente no era tan informal con sus subordinados, pero en ese momento se sentía benévolo tras la victoria—. Tenían algún plan loco sobre usarla para arrastrar su pedrusco originario al nospacio, al lugar del que proceden los Arquitectos. Lo que habría tenido como resultado la pérdida no de uno, sino de dos objetos valiosísimos e irremplazables. Y ahora, contadme sobre Telemmier. —El esquivo inter de la primera promoción, uno de los tres que seguían con vida, con los otros dos implicados tan a fondo en el Hum que nunca les echaría el guante.

—Será un proyecto más complicado, con certeza. —La cabeza del doctor Frye emergió entre el resto—. Pero he estado revisando sus lecturas neurográficas. La prolongación de su servicio ha dado como resultado la estructura de circunvoluciones cerebrales más densa que he visto nunca. Puede que no sea posible retener al ciento por ciento su funcionamiento cerebral y garantizar a la vez su cooperación, pero…

—Su cooperación es primordial —dijo sin tapujos Ravin—. No me importa si luego puede tocar el violín o no.

—Por supuesto, Su Elegancia —admitió Frye. Luego, más allá de la cara del médico, Ravin vio que un miembro de la tripulación esperaba para informarle. Lo que quería decir, dadas las órdenes vigentes, que se había producido algún hecho crítico.

—Reunión suspendida. Los resultados, para la próxima —espetó a los doctores congregados, cerrando sus imágenes—. Informe. —Ya pensaba: «¿Es el Partenón?».

—*Morzarin*. Las comunicaciones con la Hueste se han interrumpido.

Los datos remitidos por el puente le aguardaban en su pantalla personal para proyectarse al espacio que habían dejado los rostros de los doctores.

Los informes eran confusos, de acuerdo al análisis técnico de los sensores. Quedaba claro que se había activado algo dentro del Ojo, y no era posible entrar en contacto con nada ni nadie en la Hueste. Debía tratarse de algo originario, por tanto, porque su gente no podía hacer nada contra ello.

Junto al pequeño grupo que quedaba en el Ojo, estaba esa banda de científicos locos que seguramente habría escogido ese momento para hacerse notar. Se preguntó inútilmente si se les habría unido Almier, o si seguiría argumentando en favor de Ravin como la mejor oportunidad que tenían todos de no acabar muertos. Lo que era cierto.

Pero estaba perdiendo la paciencia con ellos. Sí, eran un circo de cinco pistas con los mejores payasos disponibles, pero uno se termina cansando de ese tipo de cosas. Y controlar el Ojo era un bonus muy interesante en sus planes para una humanidad que surcara libre el nospacio. Pero nada más que un bonus. La flota de arcas había sido concebida y casi completamente construida antes de que nadie hubiera oído hablar de esa maldita cosa.

Convocó a Piter. Su sobrino apareció en mangas de camisa, todavía poniéndose la chaqueta.

—Vas a ir con una lanzadera de combate al Ojo —le dijo rápidamente Ravin—. Con *voyenni* equipados y listos, todo un destacamento. Asegúrate de que tenemos el control del lugar o recupéralo si no. Intenta no matar a nadie útil salvo que sea absolutamente necesario. Protege a Shinandri. Protege al naeromath, salvo que no puedas controlar al bicho. La mecánica es más prescindible, o puedes utilizarla como moneda de cambio.

—¿Y Almier?

Ravin dedicó un momento a pensar en la abogada.

—Úsala o mátala. Lo dejo a tu criterio. —No es que Piter tuviera mucho, y estaban sus cuentas pendientes con la mujer. Ravin comprendió que era posible que acabara de firmar la sentencia de muerte de la abogada, pero a veces mantener la *noblesse oblige* tenía un precio.

Cuando Piter se marchó, se acomodó en el asiento y revisó los mensajes más recientes llegados por paquetera de sus compañeros conspiradores. Los demás constructores de arcas habían aceptado en su mayoría el *statu quo* que colocaba a Ravin firmemente a la

cabeza de su pequeña fraternidad. Los más nativistas expresaban sus preocupaciones por trabajar junto al Partenón, lo que era justo, dado que Ravin compartía esas preocupaciones. Otros sólo preguntaban cuándo podían empezar a poblar las arcas, considerando que los Arquitectos no mostraban ningún signo de relajación.

Otro mensaje prioritario saltó al primer puesto de su lista, desplazando a todos esos viejos mustios. El corazón de Ravin dio un vuelco cuando lo vio. «Aquí vamos». La ejemplar de la *Medea* le enviaba al fin un mensaje. «Peticiones, ultimátums, algún cambio no bienvenido en nuestra relación». Admitía que disponía de la fuerza necesaria para encarar a una nave de combate parteni, pero no sin pérdidas tremendas. ¿Y quién podía decir que el resto de su flota no aparecería en cualquier momento?

La cara de la mujer se formó ante él. Ravin no podía ni recordar su nombre. Al fin y al cabo parecía igual que las demás.

—Uskaro —dijo, sin más títulos ni etiqueta—. Tenemos un intruso que acaba de saltar dentro del sistema. —Su acento era tan fuerte como para que resultara difícil entenderla. Los datos que enviaba eran sin embargo lo bastante claros. Una nueva nave, surgida tan cerca de Estoc que debía tener un piloto inter, se encontraba en un decidido rumbo de aproximación. Luego llegó su señal y ya no se preocupó más por enfrentarse con las parteni. La situación acababa de empeorar mucho. El nuevo visitante era hegemónico, y transmitía amenazas de aniquilación en múltiples lenguajes, a través de todas las frecuencias.

Olli

Hicieron que Aklu se arrastrara.

Olli no hubiera querido estar allí, pero al parecer la presencia de la gente de Aklu, lo que incluía al mayordomo, Heremon —no, Ahremon ahora—, Kit y ella misma, era obligatoria. Seguramente existía una profunda razón mística essiel para ello, pero se daba cuenta de que en el fondo era simplemente para que la humillación fuera la mayor posible.

Habían llegado muy al fondo del anillo orbital. Lo sabía porque la luz dominaba en el lugar donde acabaron. Había un agujero en el

suelo, y a través de él entraba el sol. El de verdad: el brillo deslumbrante y asesino de la estrella, demasiado cercano para quedarse a contemplarlo. El resplandor que salía del pozo lo iluminaba todo, incluyendo el interior del cráneo de Olli, incluso tras cerrar los ojos y oscurecer los cristales del escorpión cuanto pudo.

Colgados sobre el agujero estaban los essiel.

Olli estaba acostumbrada a un essiel por turno. La primera vez que había visto a dos juntos la situación acabó muy mal para uno de ellos. Pero allí había once, incluso más que aquella vez que tallaron en Aklu una nueva serie de dibujos. Estaban como pegados a una estalactita artificial que colgaba del techo, y entre ellos también. Incrustados en la cosa, como si fueran moluscos que habían quedado a la vista al retirarse la marea, con sus largas conchas proyectadas hacia abajo en distintos ángulos, con un extremo abierto para que saliera por él su maraña de ojos y brazos. La luz abrasadora de la estrella les golpeaba, pero no parecía importarles. Esa luz les revestía de una radiación pálida, traslúcida, que resultaba difícil de mirar, en la que las extremidades desplegadas parecían las alas de ángeles.

—Esto está bien jodido —le dijo Olli a Kit.

—No hay forma en que pudiera estar jodido mejor —fue su considerada réplica.

La vara a la que Aklu había estado aferrado simplemente… se convirtió en vapor, desintegrada. Ningún sensor del escorpión ofreció pista alguna sobre lo que había podido pasar. Pero un momento más tarde Aklu estaba tendido todo lo largo que era en el suelo. Olli llegó a adelantarse para intentar enderezar al essiel; el escorpión podría hacerse cargo. Pero el mayordomo se interpuso en su camino.

—Tu papel es el de testigo —le informaron—. Cualquier interferencia será lo último que hagas.

—De acuerdo —dijo Olli sin convicción.

—Pero tu corazón ha sido anotado —añadieron el colmenero, algo a lo que ella no supo cómo reaccionar. Ahremon se limitaba a mirar impasible.

Así que Aklu se arrastró. Convirtió su órgano de sujeción en espirales que empujaron su concha por el suelo pulido en impulsos

bruscos, dolorosos de ver, hasta que llegó al borde del agujero. Olli pensó en ese momento que simplemente se iba a dejar caer, que esa ceremonia no era más que un suicido muy elaborado. Pero Aklu se detuvo y habló. O al menos soltó unos chirridos dolientes mientras movía los brazos hacia los otros essiel que estaban encima, a lo que ellos replicaron de forma similar.

Después de un rato de aquello, Olli pinchó al mayordomo.

—¿Por qué no haces tu puto trabajo un rato?

—No se encuentran… —La voz del colmenero era baja y reverente—. Estas palabras del consejo no son para profanos. Lo que pueda pasar entre divinidades no es para oídos mortales. Sólo tienes que saber esto: el Inefable, Cuchilla y Gancho, ha pedido la fuerza necesaria para un ajuste de cuentas final con los que han perjudicado su majestuosidad. No pueden soportarse tales cosas, que se pisen los límites de lo divino. Cuchilla pide un filo con el que arrancar esa arrogancia del universo.

—Eso ya suena más a cosa suya —repuso Olli.

Y aquí estaba ahora. *Filo de Cuchilla,* como había decidido llamar a la nave por lo demás innominada, no era exactamente lo que habría esperado. Se la habían vendido como el arma definitiva de los todopoderosos essiel. Pero era tan pequeña que no había sitio para ella se metiera a bordo, no una vez que Aklu y el mayordomo se instalaron. Desde luego no había sitio para Júnior, que seguía en el muelle de drones de la *Buitre* junto con distintos baúles y contenedores con cosas de Aklu. Así que la pobre y baqueteada *Dios Buitre* tenía que albergar toda la carga pesada, también sujetar a la *Filo de Cuchilla* en sus garras de salvamento, y llevarlo todo a través del nospacio hasta Estoc. Hubiera preferido llegar discretamente, pero tan pronto como emergieron a la realidad, Aklu había empezado a amenazar con destruir absolutamente todo lo que hubiera en el sistema.

No se veía capaz de decirle al essiel que se calmara. Podía quejarse amargamente al respecto a Ahremon, pero no serviría de nada. La tothiat podría ser una gángster por fuera, pero por dentro era una sectaria.

La *Filo de Cuchilla* era un disco de aproximadamente la mitad de tamaño que la *Buitre*, con un núcleo ahusado en el que se

encontraba Aklu. Las dos naves estaban conectadas por un umbilical incluso ahora, y había mirado en su interior. No había mucho que ver, sólo paredes perladas y Aklu torpemente encajado, con el mayordomo enganchado a su concha como el percebe de un percebe.

—¿Qué armas lleva este cascarón? —Resultó que Kit iba por delante de ella en ese apartado y ya había molestado al mayordomo pidiéndole detalles al respecto.

—Nos han informado de que la nave hegemónica no posee ningún tipo de armamento convencional —le respondió el hanni.

—¿Qué pasa, es sólo una barcaza diplomática en miniatura? —insistió Olli—. ¿Que les amenaza de muerte?

—Nada más que tiene un arma definitiva —siguió Kit.

—Pues vale. —Olli intentó conseguir cualquier dato coherente de la *Filo de Cuchilla* y se estrelló contra un muro de desconcertantes datos técnicos essiel—. ¿Cuán definitiva?

—«Definitivo» no es un término que admita grados —intervino Ahremon, abandonando su silencio—. El Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho, limpiará este sistema de toda impureza. Los que se atrevan a interferir con las prerrogativas divinas serán castigados.

—Bueno, estupendo. —Olli volvió a mirar la pequeña nave anodina que transportaba la *Buitre*—. Es que me esperaba cañones.

—Nada sobrevivirá —dijo Ahremon, y entonces su tranquilidad empezó a asustarla.

—Te refieres a los Uskaro y las patis, ¿verdad? El caso es que tenemos algunos amigos a los que rescatar, ¿recuerdas?

—Nada. Podrá. Sobrevivir —pronunció cuidadosamente la tothiat. Tenía los ojos cerrados.

—Se aproximan naves hostiles. Una nave de guerra parteni, varios vehículos coloniales, muchas lanzaderas pequeñas —informó Kittering.

Olli pasó la vista de su pantalla al impasible Ahremon.

—Tengo amigos ahí —repitió. En ese momento ya no estaba segura de qué le asustaba. Que la *Filo de Cuchilla* no consiguiera nada, o que llegara demasiado lejos.

15

Havaer

Accedió al arca con un traje espacial, en el exterior de una cápsula automática de provisiones alimenticias. Sólo un detalle adicional para el desayuno del equipo médico de los inters. Colvari ya habían entrado por entonces, y no iban solos. Los colmeneros resultaron estar inesperadamente dotados para salir de un impulso de una nave y llegar hasta otra. Sus entrañas cibernéticas podían resistir el frío y el vacío, y eran buenos en el cálculo de trayectorias.

Su fábrica había quedado destruida, al igual que la mayoría de las unidades presentes, pero la pelea había dejado a unos cuantos a la deriva. Demasiado pequeños y lentos como para que los detectaran los escáneres de las naves coloniales o parteni. Sólo pequeños puntos, escombros. Y si esos puntos a la deriva ajustaban su rumbo con frecuencia, pasaban junto al casco de alguna nave, se posaban y se aferraban a ella, todo resultaba demasiado insignificante como para que nadie se diera cuenta.

En ese momento había diecinueve colmeneros en el exterior del arca incompleta en la que retenían a los intermediarios. Reptaban por ella como piojos, en busca de puntos de acceso desde los que pudieran colarse en los sistemas de la nave. Entonces llegó Havaer, apartándose de la cápsula de provisiones para flotar el último medio kilómetro hasta que llegó al casco, después caminando por la extensión de metal hasta encontrar el límite de lo construido. Tomándose su tiempo, porque habían retomado los trabajos y había ingenieros humanos y drones automatizados cerrando agujeros. Pero esa actividad no le afectaba, y su traje era del mismo modelo que el de los trabajadores, puesto que había sido robado de sus almacenes. La única vez que le pidieron identificación, Colvari ya estaban en sus sistemas y les dieron los códigos apropiados.

Para entonces los colmeneros ya tenían un mapa de la nave para él, que proyectó en la pantalla del casco. El arca era grande, pero estaba sobre todo vacía. Todo ese espacio habitable, los grandes camarotes de los poderosos y los estrechos habitáculos de los subordinados, las instalaciones para entretenimiento, las zonas comunes, los jardines… Todo estaba todavía tapado, para protegerlo hasta que se usara. A la espera de la llegada de miles de personas, destinadas a completar la siguiente fase de la expansión humana por el cosmos. Un sueño grandioso, la verdad. Contra el que Havaer no hubiera tenido mayores objeciones si hubieran querido materializarlo sin empezar una guerra. Si lo hubieran hecho de forma abierta, en lugar de como un proyecto para elegir a sus favoritos y seguidores, y enviar al resto a la papelera. Sobre todo, si no lo hubieran convertido en una disyuntiva entre ese glorioso futuro nómada de la flota de arcas o salvar al resto de la humanidad de los Arquitectos.

Era algo que había visto muchas veces en su trabajo, la forma en que funcionaba ese tipo de mentalidad, en una espiral que se cerraba sobre sí misma. Hasta que en cierto punto se llegaba a la necesidad de hacer cosas malas por una buena causa, y por el sesgo inexorable de la disonancia cognitiva, la insistencia en hacer cosas de mala manera se convertía en una virtud en sí misma. ¿De qué otra forma podría justificar uno mismo todas las maldades cometidas?

Colvari eran un susurro continuo en su oído, con la voz serena del colmenero recitando informes de progreso mientras sus compañeros encontraban puntos de acceso y se infiltraban en el sistema. Havaer sabía que existía un límite a lo que serían capaces de hacer. Seis meses atrás, Colvari habían hackeado los sistemas del yate personal de Ravin Uskaro, algo de lo que al parecer habían aprendido algunas lecciones. Las arcas incompletas seguían teniendo vulnerabilidades, pero los colmeneros estaban enfrentándose a nuevas trampas y alarmas electrónicas, lo que indicaba que toda la flota de los Uskaro había recibido una mejora. Pero los colmeneros eran tan cuidadosos como persistentes, y el arca no estaba terminada. Los informes de Colvari eran una letanía de vulnerabilidades aprovechadas y sistemas accedidos. Y acceder lo era todo en ese momento. Hasta que Havaer estuviera listo.

Se quitó el traje y lo dejó atrás. Ya estaba dentro del arca, vestido con un mono de trabajador de mantenimiento, que le tiraba de los hombros y la ingle debido a su inconveniente altura. Pero procuraba caminar con aire despreocupado, con un carrito de reparaciones con ruedas que seguía sus pasos. Nadie le molestaba. Había escogido con deliberación pasar por el tipo de trabajador de bajo nivel que había por todas partes, y que podía pasearse ante las narices de los *voyenni* armados sin que repararan en él. Incluso hasta acercarse a la sala de retención en que mantenían a los inters.

La «sala de retención» no era más que algunos de los alojamientos de menor categoría, aunque el hecho de que pudieran también emplearse como prisión con mínimas modificaciones resultaba elocuente sobre la forma en que sería la vida en la flota para la mayoría. El arca estaba ordenada en distintos vecindarios, cada uno con acceso limitado a las demás secciones. Había *voyenni* de guardia, pero uno de los colmeneros habían enviado una orden de mantenimiento desde el interior, así que dejaron pasar a Havaer sin más que un gruñido. Dentro, el lugar estaba a oscuras salvo las salas habilitadas para los inters, lo que hacía fácil encontrarles.

Reconoció a la mayoría de los inters que encontró allí. Hombres y mujeres desanimados, nerviosos y de aire traumatizado. No es que existiera un aspecto de inter definible. El proceso rompía a cada uno de distinta forma. Pero todos parecían jodidos de cojones. Se paseó por la fila de puertas transparentes buscando a Telemmier.

No estaba allí. Havaer volvió por el pasillo, sabedor de que el reloj corría. No era posible que se hubiera saltado al hombre.

No lo había hecho. Idris no estaba.

—Tú —dijo una de las inters—. Te conozco.

Ella se incorporó en su cama. Era tan delgada y larguirucha como Havaer, y casi tan alta. Las cicatrices de la cirugía le cruzaban las sienes como si fueran las marcas de una pandilla. Él también la conocía: era una de las mejores candidatas entre los inters, había sido una voluntaria del Comité de Enlace y no una simple recluta.

—Privacidad —le murmuró a Colvari.

—Lo intentamos… —dijo la voz en su oído, y luego—: Conseguido. Todas las transmisiones de seguridad intervenidas. Adelante, agente Mundy.

—Andecka Tal Mar —la llamó, y la mujer se le quedó mirando.

Alerta, suspicaz, no drogada y no encerrada en sí misma.

—Eres… uno de los tipos de Laery —recordó ella, poniéndose en pie. No estaba segura de si su presencia era una oportunidad o un problema. Havaer percibió movimientos por el rabillo del ojo que le indicaron que algunos de los demás inters también les prestaban atención. Otra falta de privacidad.

—Agente Havaer Mundy —se presentó—. Casa Ácida.

—Eso no nos dice mucho —repuso Mar.

—Con la misión de sacaros de aquí. A los intermediarios.

—¿Adónde? ¿Para quién?

Buenas preguntas. Aparentemente la mujer estaba un poquito demasiado alerta.

—A la Hueste —le dijo. Como las anteriores, la respuesta fue escuchada por otros y pasó de puerta en puerta a lo largo del pasillo de celdas—. Trabajo con los colmeneros y… —Enseñó los dientes—. Ash. El alienígena Ash. Está… dirigiendo esto. Es lo que puedo decir ahora mismo.

—El heraldo vino aquí —le dijo Mar. Su voz mostraba un inesperado fervor—. Hizo que estuviéramos preparados. ¿Qué debemos hacer?

«El heraldo». Algo en la forma en que le mencionó dejó claro a Havaer que la suya era una de esas personalidades religiosas que tenía una extraña relación con Ash. Hubo bastantes reacciones similares cuando los Arquitectos cumplieron las profecías de Ash respecto a la Tierra. Las sectas habían desaparecido casi por completo, pero ella parecía ser una verdadera creyente.

—¿Colvari?

—Estamos en los sistemas de seguridad. Podemos abrir las puertas, aunque probablemente no de forma que nos permita permanecer inadvertidos.

—Estad listos. —Y luego, a Mar—: ¿Dónde está Telemmier?

—Los médicos se lo llevaron —respondió, frunciendo el ceño—. Les está dando dolor de cabeza. Necesitan someterle, pero les asusta arruinarle. Él… ha estado protegiéndonos a los demás. Si no se hubieran atascado con él, ya habrían terminado con todos.

Havaer soltó una maldición.

—Colvari…

—Trazándote una ruta. Preparándote un fallo de energía en los

laboratorios. Havaer, nuestra presencia ha sido detectada. Tienes que darte prisa. Todavía no saben quiénes somos pero sí que pasa algo.

—Estad preparados —le dijo a Andecka Tal Mar—. Volveré a por vosotros. Con Idris. —Hacía promesas que no sabía si podía cumplir. Y luego salió, con paso regular. Atravesó la mirada severa de los *voyenni* con la mirada baja, como debía hacerlo un buen siervo.

Los médicos habían dispuesto sus quirófanos un piso por encima. Las caminatas largas les gustaban tan poco como a Havaer. Otra vez *voyenni* en la puerta, pero había un problema de mantenimiento y sus pizarras les dijeron que se esperaba la llegada de Havaer. «Buen trabajo, Colvari». Entró y escuchó a tres doctores charlando mientras se agachaba en una esquina. Allí abrió un panel en la pared y se inclinó para deslizar la puerta del carrito de reparaciones.

Estaba preparado para entrever una parte del cerebro abierto de Telemmier o algo parecido. Desde luego tenían un campo estéril levantado alrededor de la mesa de operaciones, como podía deducir por la forma en que las motas de polvo salían rebotadas. Pero los dos hombres y la mujer que había allí no tenían aspecto de llevar a cabo ningún procedimiento médico. Sólo estaban discutiendo, y el remoto quirúrgico de múltiples brazos que tenían a su lado se encontraba totalmente plegado. Telemmier estaba en la camilla y les miraba, completo e intacto. O tan intacto como cabría esperar, con lo del brazo y tal.

—Si esperamos —murmuró Havaer— puede que se lo lleven de vuelta a su celda sin más. Podríamos sacar a todo el lote de una vez.

—Nos tememos que eso no sea posible —contestaron Colvari—. El tiempo es clave, agente Mundy. No somos la única parte de este plan. Sólo somos la única parte en la que tenemos el control.

Havaer se quedó helado al escucharles.

—¿Te refieres al Ojo?

—El Ojo acaba de declarar la independencia, en resumen. Lo más probable es que haya combates allí. Se ha interrumpido toda comunicación, agente Mundy —informaron Colvari—. Esperamos que estén listos para recibirle cuando llegue ahí con los inters. Aunque, créanos, es lo de menos. Tiene que marcharse.

—Recibido. —Quedaban herramientas en el carrito de reparaciones, pero las apartó para levantarse con un arma en cada mano—. Doctores. Suelten a Telemmier y apártense de la mesa.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le dijo el cirujano jefe con los ojos bien abiertos. No parecía haberse fijado ni en la pistola magnética ni en el impulsor de dardos con los que Havaer les apuntaba.

Havaer respondió disparando un dardo al otro doctor varón, y el sedante de efecto rápido hizo caer al tipo casi al instante.

—Suéltenlo. Ya.

—No —dijo el hombre—. ¡Guardias!

Havaer le disparó y luego se agachó detrás de la camilla mientras los *voyenni* entraban a la carrera. Se dio cuenta tarde de que acababa de convertir a Telemmier en su escudo humano. La doctora gritaba a todos que no dispararan, que no se debía herir a Idris. Lo que hizo que los dos *voyenni* se dividieran para acercarse a él por cada lado de la mesa, con las armas dispuestas.

Alcanzó al primero, porque el doctor seguía gritándoles y suponía una distracción útil. Aunque su pistola no era un acelerador propiamente dicho, porque no tenía ninguna necesidad de matar a nadie a través de varias paredes, tenía potencia suficiente para que dos de sus tres disparos atravesaran la armadura de combate del *voyenni*. El tipo cayó hacia atrás, lo que dejaba a su compatriota…

Más rápido de lo que se esperaba, ya había rodeado la camilla y apuntaba directamente a Havaer. «Maldita sea». La doctora volvía a gritar, esta vez por un comunicador que Colvari habían apagado. Havaer movió su arma, pero demasiado despacio. Entonces el remoto quirúrgico se desplegó en toda su extensión, cada brazo estirado como las varillas de un paraguas reventado, y dio al *voyenni* un golpetazo que le tiró patas arriba, mientras que con su arma dejaba una docena de agujeros en el techo en su caída. Havaer ya estaba listo para dejarle unos cuantos en el cuerpo, pero Colvari gritaron en su oído: «¡Llévese al inter, márchese!».

El remoto quirúrgico se movía como tres arañas cosidas juntas, con un revoloteo salvaje de miembros retorcidos y rematados con agujas, taladros y pequeñas sierras delicadas. Sus miembros se cerraron sobre el *voyenni* como una jaula y empezaron a trabajar sobre la armadura del hombre, llenando el aire del sonido de metal

rasgado y el olor de plástico quemado.

Increíblemente, la doctora seguía allí, intentando arreglar a gritos la situación. Havaer la agarró y prácticamente le metió la pistola de dardos por la nariz.

—Suéltelo. Por favor.

Lo hizo, y luego le disparó, convirtiendo sus quejas en un gorgoteo apagado mientras se desplomaba en el suelo. No le dedicó ni una mirada al barullo combinado de remoto quirúrgico y guardia, simplemente levantó a Idris de la camilla.

—Nos vamos —le dijo al inter.

—Oh, Dios. —Telemmier no parecía demasiado entusiasmado. En realidad, simplemente estaba exhausto. Agotado por completo.

—Han identificado el problema —le informaron Colvari serenamente en el oído a través del comunicador—. El reloj corre, agente Mundy.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Vamos a dejarlo en un «lo necesito para ayer». Han identificado de dónde proceden las intrusiones. Estamos disparándoles por las esclusas de aire, pero envían tropas al exterior del casco a través de los lugares en construcción. Nos están cazando, agente.

—Estamos en marcha. —Idris no podría manejar el impulsor de dardos, se le caería de los dedos sin nervio, así que se lo metió en el cinturón y arrastró al inter detrás de él como si fuera un equipaje superfluo.

Disparó a los dos guardias de las celdas de los inters, odiándose por no tener mejores opciones, ningún brillante plan que le permitiera preservar las vidas de sus enemigos. No había tiempo. Las alertas que emitían no habían relacionado todavía la incursión con los inters, así que no estaban listos para su llegada. También se daba cuenta de que Telemmier le juzgaba, lo que habría sido menos humillante si el tipo no fuera tan puñeteramente inservible. Fuera del nospacio, Idris a veces parecía el hombre menos útil con el que Havaer se hubiera topado jamás.

—Puertas —dijo a Colvari, y se abrieron todas a la vez—. ¡Ahora, vamos! —gritó, y para su inmenso alivio todos los inters se pusieron en marcha, encabezados por Andecka Tal Mar—. Nos vamos de aquí —les aseguró, haciéndolo sonar como cosa hecha

más que como la muestra de fantasioso optimismo que era.

—Mapa —dijeron Colvari en su oído—. Muelle de lanzaderas. Rápido. Acceso a puertas limitado. —Havaer ya les tenía en marcha, sintiendo como si cruzara un abismo en el que cada piedra que pisar sólo apareciera después de saltar desde la anterior. El mapa les llevaba de sala en sala, de pasillo en pasillo, la ruta variaba a medida que la tripulación del arca iba cerrando accesos. El diseño del arca era racional y sencillo, pero para Havaer se había convertido en un laberinto invisible de puertas súbitamente selladas y secciones cerradas.

—No vamos a llegar a ninguna parte —murmuró—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Todos los accesos remotos han sido cerrados. Con sistemas de control para los que necesitamos un puerto de acceso físico. Y así nos han encontrado —explicaron Colvari, súper tranquilo—. Queda un sesenta por ciento.

—¿Un sesenta por ciento de qué?

—De nosotros. —Se refería a los colmeneros fuera del arca. A la gente de Colvari—. Y ahora vamos.

Una puerta que se había cerrado ante ellos se abrió abruptamente. Había toda una sala llena de gente detrás, trabajadores fuera de servicio en medio de un almuerzo apresurado. Havaer dejó pasar a los inters y movió un arma en dirección a cualquiera que pareciera buscar problemas. Un momento después, cuando sacó al último inter del refectorio, todas las luces se apagaron, y luego parpadearon tímidamente con un brillo inseguro.

—¿Qué fue eso? —preguntó Havaer—. ¿Colvari?

Sin respuesta. Tuvo un mal presentimiento.

—Háblame, Colvari.

Primero fue sólo un crujido en su oído, luego sonidos entrecortados que terminaron por fundirse en la voz del colmenero.

—Eso fue inesperado.

—¿El qué?

—Un pulso electromagnético por toda la extensión del casco. Lo bastante dañino como para afectar a parte de los propios sistemas de la nave. O bien un nuevo uso para un sistema que ya existía o llevan preocupándose porque enredemos en sus naves desde hace bastante tiempo.

—Informe, Colvari.

—Estamos en una estructura reforzada, como corresponde a una instanciación específica para el espionaje. Los otros eran modelos de construcción estándar y no tan protegidos. —Palabras sinuosas, a pesar de la urgencia, que dieron a Havaer la impresión de que el colmenero se estaba rehaciendo.

—Informe. ¿Cuál es tu situación?

—Sólo quedamos nosotros. Somos el único superviviente. Y nos han localizado en el casco. Estamos ocultos pero podemos verles venir. —El uso del plural, que antes se refería a todo un equipo, ya no incluía nada más que al nido de insectos en el interior del chasis de Colvari.

—Marchaos —les dijo Havaer—. Puedo apañármelas desde aquí.

—Sobreestima sus propias capacidades —respondieron Colvari, y luego Havaer llegó con su grupo a las puertas del muelle de lanzaderas. Se asomó por el portón y bien podría haberse encontrado a Colvari sujetando un cartel que llevara escrito un «se lo dijimos», porque había no menos de una docena de *voyenni* entre los transbordadores, totalmente equipados y con aceleradores. Después de todo no era exactamente difícil intuir adonde se dirigirían Havaer y su rebaño.

—Ya veo… —empezó.

—Lo sé. Aguante, por favor —le interrumpieron Colvari.

—No, marchaos.

—La misión va primero. ¿No es el dogma de la Casa Ácida?

—No. Sacar al equipo con vida es lo primero, al menos para mí.

—Justo estamos peleando… ¿Agente Mundy?

—Aquí.

—La ventana de oportunidad será breve. ¿Listo para aprovecharla?

Havaer echó un vistazo a los inters. Incluso Telemmier parecía darse cuenta de lo que estaba en marcha. Estaban todos y ninguno parecía sufrir un ataque u otro tipo de trastorno psicológico. Tratándose de intermediarios, eso debía equivaler a que estaban listos para el combate.

—Agárrense a algo —recomendaron Colvari. Pero no había nada a lo que agarrarse. Los pasillos de la nave arca eran pulidos, elegantes, y carecían de alguna de esas sujeciones que los espaciales

eran tan proclives a poner en cualquier superficie.

Entonces la gravedad paró. Al momento se había despegado del suelo, y manoteaba hacia la puerta del muelle de lanzaderas por sostenerse con algo. Los inters a su alrededor dejaban escapar toda una variedad de gritos asustados mientras empezaban a flotar a la deriva, chocando entre ellos o con Havaer.

Luego volvió la gravedad, después de suspenderse por el suficiente tiempo como para que todo el mundo cayera de culo o se golpeara rodillas y codos contra el suelo. En medio de las quejas de los inters, Havaer no perdió de vista los indicadores de la escotilla, que pasaron todos de mostrarse en rojo al ámbar, y luego el verde.

—Colvari, marchaos. Despejado —les dijo.

Sin respuesta.

—Colvari.

Nada aún. Havaer cerró los ojos un instante, esperando contra toda esperanza, pero los hombres que había en el casco no dependían del campo gravitatorio de la nave para hacer su trabajo. La última y más dramática intromisión de Colvari en los sistemas del arca no habría salvado al colmenero de su final.

Havaer abrió la puerta del muelle y empezó a pasar dentro a los inters.

Los *voyenni* habían desaparecido, al igual que una de las lanzaderas. Otra estaba torcida en un ángulo extraño, como si algún piloto de carreras la hubiera aterrizado de mala manera. Porque el muelle estaba abierto al espacio, ya que confiaba en el campo gravitatorio de la nave para mantener el aire dentro y el vacío fuera. Sin ese campo durante unos momentos, el aire había sentido la urgencia de salir y, en sus prisas, se había llevado muchas cosas por delante.

—¡A la lanzadera! —Señaló a la que había más cerca, la que estaba inclinada, y los inters se tambalearon hacia ella en una carrera torpona, con Tal Mar a la cabeza. Vio al último *voyenni* sólo unos instantes tarde. El hombre había conseguido de algún modo clavar sus botas al suelo, y había terminado con las rodillas colocadas de la forma más equivocada posible. Pero al ser un *voyenni*, su prioridad seguía siendo disparar a los fugados. Apuntando torpemente desde el suelo, alcanzó a dos de los inters antes de que la respuesta de Havaer le alcanzara y le hiciera girarse

sobre sus articulaciones desencajadas para quedar desparramado, pero con los pies aún firmes en la cubierta.

El resto subieron a bordo, sin tiempo para recuperar los cadáveres. Havaer entró a toda prisa tras ellos, cerró la compuerta y pidió a gritos que alguien les sacara de allí. Después de todo, se suponía que eran pilotos, ¿no?

Telemmier estaba sentado a los mandos cuando Havaer se abrió paso a codazos hasta la cabina. Habría preferido a Mar, pero al menos Idris parecía estar consciente y sano. Les sacó del muelle suavemente, sin encontrar respuesta del motor gravitatorio del arca que les retuviera o les hiciera volver.

—La Hueste —dijo Havaer, pero Telemmier ya había trazado el rumbo. Havaer activó el tablero del copiloto y vio demasiados puntos en movimiento por el sistema. Algo se había puesto en marcha ahí fuera, y sólo cabía desear que no se dirigiera hacia ellos.

Kris

El Ojo era grande y el número de *voyenni* limitado, lo que suponía que pudieron hacer bastante trecho hacia la maquinaria importante antes de que los guardias les alcanzaran. Y moverse por el Ojo era algo de pesadilla incluso en los mejores momentos. Era un rompecabezas de salas y espacios abiertos en piedra negra, cubierto por toscas placas de ingeniería naeromathi a las que se sumaban las adiciones coloniales de Jaine para dar una cierta escala humana al lugar. No tanto una instalación científica como una carrera de obstáculos.

Por supuesto sus habitaciones y la preciosa Máquina de Ahab estaban casi al lado, pero era justo donde se encontraban los guardias, así que se hacía necesario un desvío. Había una pared que Kris hubiera dicho que llevaba allí desde la creación del universo, pero que resultó no ser más que apariencia, porque se abrió por completo cuando Ahab dejó caer su peso en el punto exacto. Esto les dio acceso al laberinto de las secciones menos transitadas del Ojo, donde la única fuente de luz eran las lámparas intermitentes que había colgado Jaine. Como la piedra originaria era oscura y hacía extraños reflejos, Kris perdió casi de inmediato cualquier noción de distancia o dirección. Si miraba a cualquier parte no veía

más que una constelación de motas de luz que podrían ser diminutas o estar lejos, ser reflejos de la piedra o producto de su maltratado cerebro.

Su fuga ya habría sido advertida, con certeza. Algún lacayo de los Uskaro habría echado un vistazo a ver cómo era que sus huéspedes andaban tan tranquilos. Lo cierto es que Trine y Shinandri siempre tenían algo por lo que vociferar. Entonces, al descubrir su ausencia, habrían enviado equipos de búsqueda. Para toparse exactamente con los mismos problemas de orientación que sufría Kris, esperaba.

De vez en cuando Jaine y Ahab se paraban y debatían. O al menos Jaine murmuraba acercando la boca a una apertura metálica en el torso curtido del naeromath, que tal vez fuera un oído. Luego Ahab emitía algún tipo de ruido evasivo, y a veces sólo un «¡sí!» o «¡no!», y seguían adelante.

Los guardias finalmente aguardaban del otro lado de un abismo de negrura. Había barandillas, pero Kris casi cayó al vacío antes de que Trine pudieran sujetarla. Luego se escuchó un grito, y las lámparas repartidas por el agujero hicieron brillar el verde y oro de las enseñas de los Uskaro. Las armas les apuntaron, pero su oficial les pidió que se rindieran en lugar de ordenar a sus hombres abrir fuego.

—Atrás —soltó Jaine, y todos se apresuraron a volver por donde habían venido, fuera de la vista de sus perseguidores. Escucharon los gritos de los guardias detrás, y Kris supo que ahora debían estar buscando alguna ruta alternativa hacia ellos. Había mapas semicompletos del lugar en los sistemas del Ojo, así que probablemente la encontrarían.

Jaine había escogido un camino que parecía sumergirles más en el laberinto del Ojo en lugar de conducirles a su meta, aunque Kris podía admitir sin problemas que estaba perdiendo cualquier noción de dónde se encontraba cualquier cosa. El sonido de las botas y los acentos magdanos furiosos les perseguían en forma de eco reflejado por la piedra, como si fuera algo vivo.

—¿Estás segura de que vamos bien? —le dijo a Jaine, agarrándola de un brazo.

La ciborg volvió la cabeza para mirarla.

—¿Directos a la Máquina? No, pero les tenemos entre nosotros y

cualquier lugar al que necesitemos ir. Así que vamos a pelear.

Kris se paró en seco, por lo que Shinandri se chocó con ella y los dos estuvieron a punto de caerse.

—No —respondió de forma tajante—. No vamos a hacerlo.

—Díselo a Ahab —respondió Jaine.

—Ahab, ¡tienen aceleradores! —gritó Kris—. No puedes aplastarles sin más. Te van a disparar.

—¡No se les puede permitir que nos detengan! —rugió el naeromath desde lo alto. La criatura galopaba en ese momento. Se apresuraron hacia un espacio abierto, en el que un estrecho puente de piedra cruzaba una sima de profundidad incierta, totalmente rodeados de oscuridad. Los gritos de los *voyenni* sonaron de repente mucho más altos, y les llegó un breve sonido cantarín de disparos de aceleradores que se desvanecían en la nada.

—¡No se trata de permisos! —gritó Kris, tambaleándose sobre el puente y luego alcanzando al resto—. ¡Puedo vérmelas con permisos! ¡Con lo que no puedo es con armas!

Luego llegaron a otra sala, de techo bajo pero lo bastante amplia como para que Kris no pudiera distinguir dónde estaban las paredes. Unos pilares piramidales estaban repartidos de forma extraña por el extenso suelo. Su base era ancha y luego se estrechaban al extenderse como para sostener el techo, aunque sus extremos no llegaran a tocarlo. El resultado no tenía sentido para el ojo humano, pero resultaba evidente que respondía a algún tipo de patrón. El conjunto afectaba a algún rincón profundo de la mente de Kris.

Luego los *voyenni* salieron en tromba de una brecha que no había visto. Volvieron a gritarles que se rindieran. Ahab, en respuesta, aceleró su marcha para precipitarse contra ellos sobre su batería de patas de metal y lanzando bramidos. Jaine le pisaba los talones, y Kris se descubrió siguiéndoles. Bueno, después de todo tenía un cuchillo. «Un buen cuchillo de los de toda la vida, qué mejor para enfrentarse a unos aceleradores». Era eso o quedarse atrás con Shinandri y Trine, ninguno de los cuales iba a servir de gran cosa. Dadas las propiedades de los aceleradores, ni siquiera valdrían como escudos.

Al ver una tonelada de naeromath precipitarse contra ellos, los nervios del oficial *voyenni* simplemente se derrumbaron y ordenó a

sus hombres disparar.

Kris se tiró detrás de unos de los pilares. A la vez que lo hacía, en su interior comprendió que no podría haber reaccionado a tiempo. El sonido de la voz del oficial, y el ruido espeluznante de las armas sólo podrían haberla llegado después de que los disparos la alcanzaran. En consecuencia, por pura deducción científica, ya debería estar muerta en ese momento. Así que la continuidad de su existencia detrás de un pilar debía ser algún tipo de manipulación cósmica, que alguna deidad de mentalidad burocrática corregiría en cualquier momento.

Salvo que escuchó la especie de aullido que siguió al impacto de la carga de Ahab contra los *voyenni*, y luego la pelea alcanzó su cumbre. Cuando asomó la cabeza, los contornos de todas las pirámides parecían borrosos por una fina capa de perdigones de acelerador, ya que los pequeños proyectiles esféricos se mantenían a unos milímetros de la superficie de piedra, retenidos por algún tipo extraño de fuerza magnética.

Y Ahab se empleaba a fondo. Las lámparas no mostraban toda la escena, por fortuna. Los naeromathi no tenían garras o mandíbulas —o al menos ese baqueteado ciborg no las conservaba—, pero eran grandes y fuertes, y podían utilizar su largo cuello y cola como herramientas para aporrear. Además, sus implantes tampoco tenían fines únicamente médicos. Había algún tipo de dispositivo en la cabeza de Ahab capaz de descargar repentinos flashes cegadores blancoazulados que enviaban a los *voyenni* volando por la sala, con sus armaduras fundidas y chamuscadas. Jaine estaba a su lado, también en faena. Tenía un taladro en una mano y un cúter en la otra, y una fiera luz blanca surgía de su torso prostético mientras sobrecargaba su reactor. Con todo, quedaban aún *voyenni* en la pelea, y eran tipos duros que habían conseguido reponerse de la sorpresa.

Kris lanzó una maldición y corrió para ayudar. Sí, sólo tenía un cuchillo, pero era una duelista de Scintilla. El «sólo» no significaba nada cuando estaba implicada Kris con un cuchillo. El que le habían conseguido o impreso Trine tenía las características estándar de duelo, era exactamente del tipo que alguien usaba cuando se había mancillado el honor y la mancha sólo podía lavarse con sangre. En ocasiones se había descubierto a duelistas poco honorables

vistiendo ropa reforzada, por lo que era preceptivo un filo de diamante. No atravesaría las placas de una armadura *voyenni*, pero se clavaría de maravilla en los huecos.

Intentó afinar la vista. Al final sólo tendría que ocuparse de dos de ellos, y el primero desde atrás. Dado que no se trataba de un duelo formal, no tenía la sensación de que tuviera que cumplir ningún ritual o le debiera ningún tipo de respeto. Tan sólo aguardó su momento y le clavó su arma en la cintura, alcanzándole en un riñón, y luego bajo la axila cuando intentó girarse. Ése estaba listo, pero ya venía el otro hombre a por ella. Llevaba su propio cuchillo, y si nada más que hubiera venido en tromba a por Kris seguramente su blindaje le habría mantenido a salvo. Pero quería lucirse, e intentó mantenerla a distancia a punta de cuchillo mientras procuraba ganarle terreno. Le engañó con unos pocos movimientos y uno de esos falsos tropiezos que siempre habían desesperado a sus maestros, luego desvió el brazo con el que intentó apuñalarla y le alcanzó bajo la barbilla. Era el último que quedaba.

—Maldita sea —dijo, y se sentó pesadamente, con la sensación de que ese minuto final la había afectado en serio—. Bueno… Maldita sea.

Jaine había encontrado un panel, fijado a la pared con un feo bulto de soldadura y pegamento. Le conectó su pizarra, hizo girar en él un mapa tridimensional del Ojo y frunció el ceño. El brillo de su interior no había cesado, pero seguía entre chisporroteos e interrupciones.

—¿Estás bien? —le preguntó Kris.

—Voy a necesitar ajustes cuando terminemos —respondió Jaine sin pensar mucho en ello—. Mejor que no fuerce tanto el sistema en bastante tiempo.

—¿No nos va a explotar en la cara?

—No hago promesas —dijo la ciborg, y añadió—: Mierda. Más compañía. Una lanzadera con tropas. —Tenía imágenes: *voyenni* bajando por una rampa, seguidos por una figura que Kris conocía demasiado bien. Piter Uskaro, llegado para volver a colocarles bajo el yugo de la supremacía magdana.

—Todavía no los tenemos cerca —explicó Jaine—. Puedo escondernos de ellos, pero si tienen algo de cabeza, sabrán dónde está aquí lo bueno. E irán hacia allí. Creo que mejor que pongamos

algunas trampas o algo. Ya sabes, lo habitual.

Shinandri y Trine ya se habían acercado, una vez que se terminaron las complicaciones. Pero no estaban solos. Aparecían con un nuevo amigo, alguien con un talento singular para elegir este tipo de momentos.

—Ash —dijo Kris.

—Parece como si estuviera en marcha una especie de invasión —comentó con alegría Shinandri.

—No me digas —repuso ácidamente Jaine.

—Creo que el término «crisis de refugiados» sería el más apropiado, mi estimado colega académico —intervinieron Trine.

—Seguidme —fue todo lo que añadió Ash.

Y de algún modo, como cabría esperar, Ash parecía saber con exactitud por dónde ir dentro del Ojo, dirigiéndoles por un trayecto sinuoso que no conducía a ningún lugar cercano a la maquinaria que obsesionaba a Ahab. Sólo que el naeromath le seguía sin protestar, lo que suponía un misterio cósmico de la misma magnitud que todo lo que venía ocurriendo. Un rato más tarde, después de trepar, reptar y hacer equilibrios a través de los escasamente iluminados intestinos del lugar, se encontraron delante de un grupo de gente con lámparas entre las que en primer lugar distinguieron los rasgos demacrados de Havaer Mundy.

—¡Usted! —gritó Kris en tono reprobatorio, antes de darse cuenta de que en ese momento probablemente estarían del mismo lado. Siempre resultaba difícil de decir con espías profesionales como él. Y luego miró detrás del tipo, dejó escapar una exclamación, sacó a Idris de entre los demás inters y le levantó en volandas de un abrazo.

—¿Estás bien? ¿Cómo te ha ido? ¿Qué te han hecho?

Él parecía abrumado y avergonzado por su preocupación, como siempre. Como si nada más que deseara encogerse y desaparecer de escena, de esa forma que el universo nunca le permitiría hacerlo.

—Estoy bien —dijo débilmente, apretándole el brazo con su mano cibernética—. Sobreviviré. Pero no sé cuál es el plan. Quiero decir, seguimos rodeados.

—Tenéis que llevaros este lugar —señaló Ash sin más—. Os enseñaré adonde. Coge a tus pilotos e idos a la Hueste. El Ojo no puede quedarse aquí.

—Lo robamos. Vale —respondió Idris. Miró con incomodidad a sus compañeros intermediarios, como si le diera vergüenza preguntarles.

—Idris, en serio. —Porque era obvio que no estaba bien. Idris raramente estaba bien, ésa era la verdad, pero Kris le conocía desde hacía suficiente tiempo para ver que se encontraba realmente en las últimas.

—Bien, estoy bien —murmuró—. Kris, iban a rajarme.

Idris, con un solo brazo, que mantenía los latidos de su corazón gracias a un grupo de las unidades colmeneras de Trine, con todos los malditos traumas de la guerra encima. Después de que le abrieran como hicieron cuando le convirtieron en inter, pero esta vez porque le querían convertir en esclavo. Temblaba muy ligeramente, muy deprisa. Cuando volvió a abrazarle, se aferró a ella.

—Todo irá bien —le dijo, sin mucha convicción. Sin embargo, mientras lo decía, un espasmo le sacudió, al igual que a todos los inters a su alrededor. Algunos se tambalearon, uno cayó al suelo. Idris se apartó de ella, luego se agarró de su brazo para no caerse.

—¿Qué pasa? —preguntó Idris—. Ash, ¿qué has hecho?

—He tomado el mando de la Hueste —repuso sencillamente—. Debéis sacar el Ojo de este sistema. Debe preservarse.

Kris había pensado antes que hablaba de los Uskaro. Había creído que Ash quería sacar la instalación de su control, para que pudiera volver a su trabajo con los Arquitectos. Pero, por el tono de Ash, se dio cuenta de que los Uskaro eran una minucia en comparación con lo que estuviera llegando.

16

Olli

Nunca había estado dentro de una nave hegemónica bajo fuego enemigo. Se daba cuenta de que su escudo gravitacional la protegía de una forma distinta a la de las naves humanas. Podía escuchar los impactos, no como un discreto tableteo contra el casco, sino como si estuvieran en una tormenta, o descendiendo forzadamente en una atmósfera. La tempestad en el exterior le indicaba que recibían fuego de acelerador, misiles, láseres. Y de vez en cuando el golpetazo del martillo gravitatorio de la *Medea* que intentaba convertir a la *Dios Buitre* y al diminuto vehículo de Aklu en pecios arrugados.

Pero por pequeña que fuera su navecita, protegía a las dos, levantando con un dedo las escamas del universo para que esa tormenta de fuego pasara por encima de ellos. Les sacudía y zarandeaba, podía sentirlo a través del casco y los hápticos del escorpión, pero no les tocaba.

O no les había tocado aún.

Casi podía sentir la frustración de la comandante parteni. También venían de camino naves coloniales. Aunque la vieja *Gran Nicolás* se mantenía a una prudente distancia, tres naves de tamaño medio se acercaban para respaldar a la *Medea* en su intento de aplastar a Aklu como a una cucaracha.

«Bueno, es todo un logro», admitió Olli. «Joder al mismo tiempo a las parteni y los nativistas. Algo que llevarse a la tumba».

—¿Me atrevería a suponer —dijo por los comunicadores con su voz más sarcástica— que Su Grandeza pueda tener algo que mandarles de vuelta? ¿Podemos disparar ahora nuestros cañones mágicos y hacerles unos agujeritos a los enemigos? ¿Incluso agujeros grandes?

La respuesta llegó con los tonos cantarines del mayordomo.

—No hay más que un arma. El ultimátum final al universo. —Si conservara aquella cabeza con dos rostros, Olli apostaría a que habría mostrado la cara enfurruñada cuando continuó—: Nuestro desafío resonará en el infinito, y sacará al leviatán de su guarida.

Olli descifró sus palabras.

—Tú… ¿Una? ¿Esos cabrones nos han dado una lanchita con un solo cañón?

—Un arma que hace que el universo agache la cabeza —confirmaron crípticamente el mayordomo, dejando a Olli con incómodas imágenes de suicidio en la cabeza. Si Aklu estaba allí para hacerse matar, probablemente consideraría algo natural llevarse a la tumba a su pequeño cortejo. Incluyéndoles a ella y Kit.

—¿Podríais al menos disparar ese cañón? —pidió directamente.

—Detectado acercamiento de naves menores —informó Kit. El traductor dio a sus palabras un tono entrecortado que implicaba que estaba nervioso de cojones.

—¿Puntos Cero?

—También lanzaderas de abordaje —dijo Kit, lo que quería decir que, además de lanzarles sus cazas individuales, las parteni intentarían entrar en la *Buitre*. El escudo hegemónico era lo suficientemente frustrante como para haberles hecho venir a convertirlo en algo cercano y personal.

«Por mí está bien», pensó Olli, flexionando las variadas extremidades del escorpión. Pero se estaba mintiendo a sí misma. Si era brutalmente honesta, sabía que no podría aguantar mucho contra un grupo de parteni totalmente equipadas.

—La campana ha tañido —llegó la voz del mayordomo—. El sonido del toque de difuntos se expande por el infinito. Llega la tormenta. Se hará sentir la venganza de los reyes. Que quienes se atrevieron a asaltar al Inefable comprendan los primeros el error y el coste de sus crímenes.

—¿Qué cojones significa toda esa mierda? —se quejó Olli.

—Hemos pulsado el gatillo —llegó la voz de Ahremon por el canal de comunicación—. El propósito de esta nave se ha cumplido. El arma se ha usado.

Olli consumió unos segundos valiosos de lo que le quedaba de vida comprobando los instrumentales de la *Buitre*.

—No ha hecho nada.

—Lo está haciendo —le dijo Ahremon.

—No es que, bueno, les haya hecho pedazos o algo. Siguen disparando. Se siguen acercando —señaló—. Quiero decir, estamos… ¿cargando? ¿Vamos a soltarlo en cualquier momento?

—La aguja no tiene punta, ni el tirador una diana —anunciaron el mayordomo—. Cuando llegue la furia de Cuchilla y su justa venganza, nada al alcance de la estrella de Estoc sobrevivirá.

—¿Y qué hay de lo del rescate, entonces? —insistió Olli—. ¿Mis amigos? —Había intentado dar con ellos, con cualquiera, sin llegar a ninguna parte, pero mantenía la fe de que siguieran por ahí en algún lugar.

—El arma se usó —dijo Ahremon—. Como han dicho, la campana sonó. No nos queda más que esperar su eco. —Sonaba demasiado intenso al respecto—. Déjales que nos destruyan, no cambiará nada.

—¿Cabría la posibilidad de que no les dejáramos destruirnos?

—Oh, pelearemos. Aklu quiere verlo cuando ocurra. «Cuchilla y Gancho exige lo que le corresponde». —La cadencia de sus palabras finales indicaba que citaba al mayordomo.

—Problemas para los abordadores —informó Kit, y Olli cambió de cámara para ver a una de las lanzaderas parteni convertirse casi en polvo cuando la atrapó alguna fluctuación del escudo hegemónico. El estómago se le revolvió, en parte por el triunfo, en parte por el horror.

—Pensaba que habíais dicho que no teníamos más armas. —Vio a los cazas Punto Cero desperdigarse en todas direcciones cuando varió la pendiente gravitacional a su alrededor.

—No mostramos espadas —canturrearon el mayordomo—, pero los que toquen el manto de Aklu recibirán el escarmiento debido.

Por un momento pensó que eso sería todo. Los escudos les permitirían ir desplazando o aniquilando a los malos hasta que pasara lo que tuviera que pasar. Se puso a buscar otra vez a Kris, entre tanto. Encontró múltiples canales de comunicación llenos de voces en parsef y colvul que les exigían que se rindieran, pero absolutamente ninguno que condujera a nadie con quien quisiera hablar. El Ojo en sí mantenía un ominoso silencio, rebotando cada uno de sus intentos de establecer contacto.

Unos momentos después, Kit destacó una de las lanzaderas que se arrastraba hacia ellos con un rumbo a tirones, como si se estuviera abriendo paso a través de un laberinto invisible. Casi como si se moviera por inercia, aunque a la vez se igualaba a su propio rumbo y rotación. Y, por lo que había visto antes, estaba al alcance del escudo pero se seguía acercando.

—¡Ésa! —dijo Olli, recogiendo información de la intrusa por todos los medios posibles y enviando los datos a Aklu—. ¡Aplastad a ésa!

—No funciona así —explicó Ahremon—. Es un sistema pasivo. Las demás se destruyen a sí mismas. No les apuntamos.

Olli juró y calculó los vectores de aproximación.

—Vienen hacia nosotros —confirmó. Otras lanzaderas intentaban el mismo tipo de aproximación, pero iban bastante por detrás. Esta pionera era el problema inmediato—. Llegan… Van a acercarse a nosotros junto a la escotilla del umbilical y podrán entrar al muelle de drones. —«Se abrirán paso, se harán con el lugar donde se unen las dos naves…».

—¿Olli? ¿Eres tú? —Una voz a través de la estática por los comunicadores, tan distorsionada que a Olli le llevó un momento reconocerla.

—¿Kris?

—¡Olli! Eso es… No estábamos seguros de que fuera la *Buitre*. Lo que estéis haciendo ahí nos jode…

—Mira, Kris, estamos algo ocupados ahora mismo, no me vengas con historias —ladró Olli—. Oye, ¿llevas contigo a Idris? ¿Jaine quizá?

—Sí. Idris y unos cuantos…

—Kris, escucha y punto. Tenéis que salir pitando ahora mismo. Pon a Idris a los mandos y marchaos cagando leches del puto Estoc, porque algo malo va a ocurrir aquí. —«Al parecer tanto si nos mata, como si no»—. Aklu está haciendo algo.

—No sé si podremos —llegó entrecortada la voz de Kris—. Idris está diciendo… algo… ocurrió al nospacio…

—¿Al nospacio? Joder, Aklu, ¿qué habrás hecho?

Idris

La Hueste, con sus múltiples escamas, se había dispuesto para mantener dentro de su campo gravitatorio algunas señoriales cúpulas de placer de los dueños de las arcas, el centro de su nueva civilización espacial. Pero ahora tendría que transportar al Ojo, o las cosas les irían muy mal a todos los que estaban a bordo.

Muy mal. Idris tenía todos los sentidos en estado de alarma. Cada surco que le trazaron en el cerebro le enviaba una sensación de absoluta catástrofe inminente. Algo atroz se había activado dentro del sistema, y había producido una tensión en el tejido subyacente del nospacio, deformándolo, desdibujando el universo local en una compleja y estrafalaria topografía. No tenía ni idea de la razón, o de adonde llevaría aquello, pero su subconsciente y sus entrañas se habían unido para decirle que era algo malo. Y aquí estaba, en una pequeña lancha de mantenimiento, atracando en una de las escamas de la Hueste. Porque al parecer le tocaba a él sacar a esa cosa de Estoc. Andecka y los restantes inters más estables se dirigían a otras escamas. Sabía que en algunas de ellas se mantenía la guarnición de los Uskaro, pero la mayoría estaban vacías. Y la cuestión con la Hueste es que era una bestia sin cabeza. No había una escama que fuera el puesto de mando y a la que las demás debieran seguir. Al poner a Idris a bordo en cualquier parte, en teoría podría hacerse con el control total.

—¿Qué es esto? —le llegó al oído la voz de Andecka, teñida de pánico—. Que Dios nos ayude, ¿qué están haciendo?

No podía decirle nada. No lo sabía. Ahora mismo era el navegador nospacial más experimentado con el que contaba la humanidad, pero lo que estaba ocurriendo a su alrededor y por debajo en el nospacio era algo totalmente ajeno a su experiencia.

Llegó a la parte inferior de la escama. Tenía estrías, con un aspecto semiorgánico. La portilla de tamaño humano estaba descolocada, ligeramente desviada del centro. Se agarró a ella e insertó los códigos que Jaine le había dado. Con una sola mano, porque la artificial no le servía más que para agarrarse, torpona dentro del guante del traje.

La compuerta cedió perezosamente hasta detenerse a la mitad. Tuvo que abrirse paso, rozando y golpeando con su voluminoso traje contra los bordes, mientras se encendían luces de alarma en la pantalla de su casco. Se colocó en una postura casi fetal dentro de

una esclusa diminuta, y luego tuvo que estirar su brazo orgánico hasta la manivela para cerrar la puerta. «¿Es que nada funciona aquí como es debido?». Luego le aterrorizó la idea de quedarse ahí atrapado, porque la segunda puerta tampoco obedeciera. Pero sí se abrió adecuadamente, lo que le permitió salir disparado al interior de la escama como el muñeco con resorte de una caja de broma.

Tampoco es que allí hubiera mucho sitio. La mayor parte de la escama era *hardware* del sistema, el motor gravitacional y todo lo que le permitía hacer lo que hacía. Los constructores de la Hueste habían sido gente pequeña, se daba por hecho, pero no tenían ningún tipo de arte figurativo, y sus registros no se habían conservado, o eran tan ajenos que nadie los había reconocido como tales. Tampoco usaban controles físicos. Así que Idris se encontró en un espacio en forma de lágrima en el que cada superficie mostraba añadidos humanos. Había un tablero para el piloto y un sistema de comunicaciones, e incluso alguien había fijado un asiento en el suelo. Sabía que las otras escamas eran todas similares. Los resultados de la mayor parte del tiempo y la energía que los técnicos de Uskaro habían invertido en este proyecto quedaban fuera de su vista: los cambios que permitían que una interfaz accesible a los humanos manejara los motores alienígenas de la Hueste. Por suerte, al menos en eso los constructores originales habían sido lo suficientemente similares a los humanos como para que su tecnología tuviera sentido.

La Hueste. No sólo trozos de una nave, sino una nave intacta que por su propia naturaleza estaba hecha trozos. Se puso a los mandos, notando cómo una parte del motor gravitacional conjunto se ajustaba a sus deseos. Sus implantes y sus manos —o una de ellas— manejaban los controles de forma intuitiva. Los demás inters ya, estaban listos, Andecka y el resto. Cada uno en una escama, manejándola como parte viva del conjunto, estrellas dentro de una constelación. Tuvo la sensación de que las demás escamas intentaban reaccionar, pero los creadores de la Hueste debían creer firmemente en la democracia. Tan pronto como Idris y los otros inters tuvieron las suficientes escamas bajo control, el conjunto les perteneció. Tenían una nave. Se podían marchar.

¿Seguro? Mantenía la sensación de que esa continua deformación del nospacio seguía su curso, arrastrándoles,

complicando la geografía subyacente del universo con lo que sentía como procesos fractales sin sentido. Como si ahí abajo existiera una vasta sombra, arrojada por algo que simplemente no existía.

«¡Mal, mal!», gritaba su mente. Y él le preguntó: «¿Por qué?».

—¿Nos vamos? —dijo uno de los inters—. *Menheer* Telemmier, le estamos esperando.

—¿Podemos… pasar por encima de eso? —susurró Andecka.

Idris no dijo nada. Con los ojos cerrados, y la mente abierta, usó los instrumentos de la Hueste y su propio cerebro para sumergirse en el nospacio y entender lo que estaba pasando.

Ravin

La lanzadera de Piter se había ido a la Hueste con un transmisor potenciado y una serie de drones de enlace, pero todo lo que le llegaba a Ravin era estática. Estática que crepitaba con pautas extrañas, como si un coro sobrenatural combinara sus voces. Lo mejor que pudo conseguir fue saber que habían llegado sanos y salvos al Ojo. Piter estaría espoleando a sus *voyenni*, pero el lugar era enorme y retorcido, y no había ninguna certeza de que hubieran llegado a establecer contacto con los amotinados en un periodo razonable, no digamos ya recuperar el control.

«Así que afrontemos la otra parte del problema». Qué coincidencia que los descontentos a bordo del Ojo hubieran empezado con sus truquitos justo cuando el essiel renegado surgió del nospacio. Tenía toda la pinta de haber sido orquestado por un alienígena metomentodo concreto, con el que no habían contado hasta ese momento. Ravin había pedido un informe a las Colonias sobre la situación actual del heraldo Ash. El resultado contenía demasiadas suposiciones y trivialidades y muy pocos hechos concretos. ¿Realmente podía esa cosa aparecer y desaparecer a voluntad? Desde luego ésa era la impresión, pero probablemente Ravin podría haberse construido una reputación similar si hubiera querido poner en ello el esfuerzo, el tiempo y la viruta suficientes. Nadie había visto a la criatura desde que recuperaron Estoc, pero eso no significaba que no estuviera al acecho entre las sombras, moviendo los hilos.

Volvió al último informe de combate, o más bien del concurso

de meadas, en el que Aklu ejercía el rol de pared. La pequeña nave hegemónica —o quizá ni siquiera fuera una nave— estaba simplemente ahí, quieta en las garras de la maldita *Dios Buitre*. Ni siquiera parecía armada, pero contenía un pequeño motor gravitacional compacto que conseguía alejar toda la potencia de fuego que le dirigían la *Medea* y las naves menores del propio Ravin. Las parteni estaban considerando medidas drásticas para su próximo asalto, y Ravin estaba encantado de que se encargaran. O acabaría con su problema común o debilitaría a sus aliadas, que venían a ser su otra preocupación.

En conclusión, debería sentir que la situación estaba bajo control. Pero no era lo que sentía. Sus instintos tenían cada nervio de punta, y le decían que las cosas iban pero que muy mal. Incluso aunque tuviera de su parte todas las armas presentes en el combate, y aunque Piter acabaría por hacerse con el control de la Hueste. Incluso si los inters conseguían llevarse la nave, lo harían con los *voyenni* dentro…

Se detuvo en eso un instante. Por supuesto que los inters estaban acostumbrados a largos periodos en el nospacio, por mucho que se quejaran al respecto. ¿Sería ésa su arma contra Piter? El Ojo no estaba bien equipado en lo referente a camas de suspensión. Quizá incluso en ese mismo instante estuvieran acomodando a los miembros no inters de su pequeña insurrección antes de poner en marcha a la Hueste. Envió nuevas órdenes a Piter, repetidas a través de distintos medios de transmisión, diciéndole que priorizara el hacerse cargo de las instalaciones de suspensión. Sólo podía esperar que sus palabras fueran capaces de atravesar lo que hubiera allí.

Luego…

Una llamada urgente desde el interior de su propia nave ascendió a la cumbre de su cola de comunicaciones. Era de uno de los oficiales del puente, así que Ravin empezó a repasar los últimos informes de telemetría, buscando una nueva nave o flota que seguramente habría llegado al sistema. Parteni, hegemónicos, alguna facción colonial antagónica…

—*Morzarin*, Su Elegancia —comenzó el hombre, con la voz entrecortada por el pánico—. Es la piloto.

—Informa de manera coherente —le cortó Ravin.

—Perdóneme, *morzarin*. Nuestra piloto aquí, en la *Gran*

Nicolás. Se ha vuelto loca. Está sufriendo un ataque.

La mente de Ravin se quedó en blanco un instante. «¿Están atacando a los inters? ¿Eso es lo que está haciendo Aklu?».

—Enséñamela.

La mujer en el asiento de piloto echaba espuma por la boca. Tenía los ojos completamente abiertos, con un chorrito de sangre goteando del lacrimal del izquierdo. Miraba a algo más allá del encuadre en dirección a su amo.

—¡Tenemos que irnos tenemos que irnos tenemos que irnos tenemos que irnos! —escuchó Ravin, que vio cómo se sacudía en el asiento para luego continuar—: Cosas malas cosas malas cosas malas cosas malas, tenemos que irnos por favor deje que nos vayamos vamos vamos vamos. —Las cicatrices quirúrgicas de su cráneo mostraban un tono rojo furioso y una rebosaba de pus amarillento. Era una de las inters totalmente sometidas, rota en cuerpo y alma. Era de fiar, fue lo que le aseguraron.

—Dime cuál es el problema —le ordenó, a través del comunicador del oficial.

El sonido de la voz de su amo la devolvió a algo más cercano a la cordura.

—Nospacio espacio espacio se está agrupando —soltó. Tenía los dientes rojos donde se había mordido la lengua—. Como una manta, cada vez más pesada, más pesada. Tenemos que irnos.

—¿Eso es lo que están haciendo los hegemónicos? —Porque estaba completamente seguro de que Aklu estaba haciendo algo.

—Sí, sí, la están estirando, más y más densa hasta que se podrá escuchar en todas partes, por favor déjenos irnos irnos vamos.

Ravin comprobó los avances de las parteni. ¿Estaban a punto de dirigir su célebre martillo militar contra la concha essiel? No le parecía que estuvieran lo suficientemente cerca.

Se permitió un momento de introspección. Existía, por supuesto, una forma adecuada y honorable de que un noble magdano encarara el peligro. La historia y los archivos de la familia estaban repletos de esos relatos. Muchos de ellos formaban parte de los obituarios de sus protagonistas.

«Seamos prudentes».

—De acuerdo, vámonos —dijo a la inter y a la tripulación del puente—. Escoged un sistema cercano y sacadnos de aquí. Ya

volveremos más tarde a recoger los restos. —Suponía abandonar a Piter, pero ya estaba crecidito y tendría que arreglárselas solo. Y si no, bueno, seria una excusa para otro magnífico obituario, y siempre quedaban muchos más sobrinos.

—¿Toda la nave a suspensión, Su Elegancia? —preguntó el oficial del puente.

Ravin rechinó los dientes. Era el procedimiento adecuado, por supuesto, pero también llevaría una enorme cantidad de tiempo en una nave del tamaño de la *Gran Nicolás*.

—Programe un salto corto y capearemos con ello —le dijo al hombre. Sería desagradable, pero sólo por unos pocos minutos. Sobrevivirían, aunque sufrieran algunas pesadillas.

A la inter no hubo que decírselo dos veces. Incluso antes de que el oficial pudiera dar la orden formal, ya les había sumergido en el nospacio, lejos de la realidad. Ravin apenas tuvo tiempo de sujetarse, aunque sí estaba listo para que el contacto con el resto de la tripulación se desvaneciera por un breve periodo, en el que estaría solo en la nave salvo por esa enloquecedora sensación de no estarlo. Listo para sentarse y rechazar la idea de esa nebulosa presencia que…

Toda la *Gran Nicolás* gritaba a su alrededor. Un millón de voces desgarradas, a través de cada pared y panel, cada canal de comunicación, cada detalle decorativo, todo tenía su propia voz y se sentía torturado hasta el punto de la locura. No era la aterradora soledad del nospacio, sino la sensación de haber sido lanzado en medio de una multitud invisible. Como si le hubieran echado encima cada alma que hubiera muerto en lo irreal. Una masa estúpida de balbuceos y murmullos, chillidos y llantos. Se puso las manos en los oídos y cortó las comunicaciones, pero todo aquel ruido ya estaba dentro de su cabeza, reproduciéndose, multiplicándose hasta el infinito. Una tropa indescriptible de almas perdidas. Y, aunque fueran copos de nieve que resaltaban sobre la oscuridad del fondo, tenían detrás algo peor. Un lienzo enorme que era una entidad. No la presencia vigilante sobre la que murmuraban los inters, sino algo de fuego y furia. Agitaba sus múltiples brazos, flameaba y juzgaba. Era algo que conocía el nombre de Ravin y tenía todo el poder sobre él. Le sopesó y le encontró escaso, insignificante, pero con la suficiente relevancia como para merecer

un castigo.

Luego estuvieron de vuelta a lo real, y Ravin estaba caído de espaldas, con el *shock* todavía convulsionando sus labios con impulsos neurales aleatorios. Escuchó más allá de su camarote quejidos aterrados, sollozos, peticiones de ayuda médica. Mientras recuperaba la compostura, abrió comunicación con el puente para pedir un informe, insistiendo en que alguien le respondiera. Escuchó una confusión de voces, no un coro aterrado sino sólo a tripulantes heridos, desconcertados, pidiéndose entre ellos lo mismo que les pedía él. Y entonces vio dónde estaban.

Seguían en el sistema de Estoc. Habían entrado en el nospacio, habían viajado y habían vuelto al lugar del que partieron, quizá a un millón de kilómetros de distancia. Incluso estaban más cerca de la navecita de Aklu. Como si el nospacio ahora sólo llevara en una dirección, hacia allí.

—¡Decidle que lo repita! —gritó—. Tenemos que salir de aquí. —Esa sensación de una soga que se apretara, de que algo terrible estaba a punto de ocurrir. No le hacía falta ser un inter para notarlo.

—Está muerta, *morzarin*. —No era el mismo oficial, sino probablemente la única persona que quedara capaz de responder racionalmente—. Está muerta. Nada más que… muerta.

Ravin agarró el borde de su escritorio y repasó los informes que llegaban de toda la nave. Incluso en el breve periodo que habían pasado en el nospacio, diecisiete personas habían intentado matarse o caído víctimas de derrames cerebrales o paros cardíacos. Sus equipos médicos estaba literalmente abrumados.

Vio a las parteni maniobrando hacia Aklu. Ya había dejado de ser un juego para ver quién entre los rivales a los que detestaba sufría más. Necesitaba que las malditas ángeles deshicieran lo que hubiera hecho el essiel, o nadie saldría vivo de allí.

Olli

—La venganza de Cuchillo y Gancho —canturrearon el mayordomo por los comunicadores— no se verá limitada por el tiempo y el espacio. Cuando llega el momento de aniquilar a los indignos, el Inefable ya no detiene su mano.

—Pues muy bien —dijo Olli—. Oye, Kris, no sé lo que has pillado de esto, pero suena como si aquí se nos viniera encima una mierda de categoría. De verdad, de verdad que tenéis que salir de aquí cagando leches, ¿me oyes?

Otro reventón de estática y luego, con una inesperada claridad cristalina.

—Quiero decir, si alguien puede, entonces Idris…

—Claro. Es el momento de que ese cabrón muerto de hambre resulte de utilidad —aceptó Olli—. Intentaré que Aklu os dé tiempo, pero ahora mismo la verdad es que nuestro viejo amigo no está para escuchar mucho. Más bien lo que se dice encabronado, la verdad.

—Olli, ¿y qué pasa contigo? —llegó la voz afectada de Kris.

—Yo… —Se detuvo—. Pues ya sabes, no había pensado en eso. —Luego, por el otro canal, preguntó a Aklu—: Vamos a salir de ésta, ¿verdad? Estamos en, bueno, el ojo del huracán o alguna mierda así, ¿no?

Silencio.

—Una falta de respuesta indica una falta de confianza —comentó Kittering por su propio canal.

—¿Gente? —continuó Olli—. Vamos a salir de ésta, ¿vale? ¿Machacar a los malos, irnos a casa, una larga vida de acuchillar y enganchar…?

—La justa ira del Inefable —declamaron el mayordomo— es totalmente exhaustiva. Por eso se decretó que armas como ésta no pueden ser usadas sin la penitencia y el peaje adecuados.

—Oh, mierda —dijo Olli bajito—. No es un cañón, es una bomba. Somos una bomba. Kit, somos una bomba.

—Umbilical listo para soltarse. ¿Quizá nos pueda alejar Júnior? —sugirió Kit.

Olli repasaba las pantallas de su casco. Algo muy extraño le acababa de suceder a la *Gran Nicolás*. De acuerdo con sus escáneres de largo alcance, había intentando un salto nospacial y luego había reaparecido. No había sido un intento fallido, sino un salto que le había devuelto al mismo lugar. Miró a Júnior a través de su protección. El ogdru se había encogido en una bola, plegando sus aletas y tentáculos estrechamente sobre sí mismo. Nunca le había visto hacer algo así antes y habría apostado a ciegas a que no se trataba de algo bueno.

—No estoy segura de que ahora mismo sea una opción, Kit —dijo con calma.

—Escucha ahora las palabras de Aklu el Inefable —le pidieron el mayordomo.

—Joder, ahora no, ¿vale?

—Para ti, hermana pequeña —dijeron—, que sepas esto. Se te contempla. Una mota, un fragmento que apenas existe.

—Oh, gracias. —«¿De verdad que es el momento de una regañina?».

—Pero aun así, dentro de la constelación de Cuchilla y Gancho eres una estrella. Una luz en los cielos, una de los que no permiten que las restricciones y límites del universo les constriñan. Se te contempla. Y por eso se te hace el regalo.

—Yo… —Olli sentía algo curioso al final de su garganta y en su pecho. Podría tratarse de algún tipo de sentimiento que no era la ira cáustica que esparcía con tanto placer. En otra persona, ella habría dicho que estaba conmovida. O, más probablemente, que era débil.

—Hum. Gracias. —Pero luego añadió—: Espera, ¿qué regalo?

—Peligro inminente de abordaje ahora —informó Kit. Olli vio que la lanzadera parteni había conseguido llegar hasta ellos. Parecía un poco perjudicada por el escudo de Aklu, pero evidentemente operativa. Venían a por la *Buitre*, y probablemente pretendían abordar la nave de Aklu a través del umbilical, en lugar de hacerlo directamente por el casco essiel.

—Kit, ¡prepárate!

—Hecho ya.

—El tablero de mandos es todo tuyo. Sella las compuertas. Si vienen a por ti, pónselo tan difícil como puedas.

—La contabilidad creativa sin duda les detendrá, ¿no te parece? —Kit no era gran cosa como piloto, pero aún menos en combate. Aun así, tenía algunas armas ingeniosas ocultas, y el control sobre los sistemas que las parteni no consiguieran hackear. Olli se dijo que la *Buitre* era tal desastre de parches y reparaciones que las impecables ángeles guerreras se volverían medio locas intentando hacerse con alguna parte de ella.

El portón del umbilical se abrió. Volvió a maldecir y se adelantó para prevenir una incursión parteni más rápida de lo previsto, pero en su lugar aparecieron Ahremon y el mayordomo. El tothiat

llevaba un traje sin casco, y un arma roma y rechoncha que probablemente fuera algo hegemónico y desagradable. Daba igual. Olli había visto pelear a tothiats, sobre todo desde la perspectiva de gente con la que se enfrentaban. Su propia naturaleza era su mejor arma. Los disparos apenas les afectaban. Y con el gran tanque flotante de Júnior abarcándolo todo, cualquier acceso al muelle de drones desembocaría en una pelea a corta distancia. «Justo las que a mí me gustan».

—¿En qué pueden ayudarnos? —preguntó, señalando al mayordomo con la cabeza.

El colmenero dorado se inclinaron hacia ella.

—Defenderemos a Cuchilla y Gancho mientras nos quede vida —anunciaron. El abanico de brazos se desplegó, con un filo reluciente en cada extremo.

—Muy bien entonces —admitió Olli.

Pero no tuvo un segundo que perder en metafísica, porque en ese momento les llegó el fuerte temblor de una aproximación cuidadosamente trazada. La lanzadera parteni estaba al fin junto a la *Dios Buitre*.

—Nos pueden liquidar desde fuera —señaló—. Ni siquiera tienen que entrar. —Pero un momento después sintió una vibración en el casco a través de los hápticos del escorpión, con mucha más precisión de lo que cualquiera la habría percibido en su propio cuerpo. Las parteni probablemente pensaban que no podrían asegurarse la destrucción de la nave de Aklu con el armamento que llevaran en la lanzadera. Querían resolver el problema a la antigua.

Olli llevó a cabo un diagnóstico rápido de los taladros, sierras y pinzas del escorpión. Parecía como si todo el sistema de Estoc se fuera al infierno en ese momento, así que, ¿por qué no? Era el momento de abalanzarse al viejo estilo y ponerse estupendamente medieval.

17

Idris

—¡Se supone que estás en las escamas! —Kris se puso a gritarle tan pronto como tuvo a Idris a la vista—. ¿Por qué has vuelto al Ojo?

—Necesito la Máquina. La Máquina de Ahab —le respondió. En su campo visual relucían extrañas áreas resplandecientes que suponían que no pudiera casi verla. También tenía la incómoda sensación de que había un punto ciego creciente que ni siquiera percibía porque… bueno, era un punto ciego. La verdad era que le llevó tres intentos el salir de la lanzadera.

—Idris, ¡no es el momento! —Lo poco que podía verla parecía totalmente dominada por el pánico y llevaba un cuchillo en la mano —. Tenemos a Piter Uskaro y una panda de matones de camino hacia aquí. Te quiero de vuelta al espacio. Se supone que nos vas a sacar de aquí.

—No puedo hacerlo desde ahí arriba —dijo él. No estaba seguro de cómo de claras eran sus palabras en ese momento. El universo se estaba estrechando a su alrededor. Incluso fuera de la Máquina, incluso caminando como un humano normal lo sentía como si todo en él se estuviera arrugando como un papelito—. Ahab…

—Ahab está en su propia Máquina. —Kris ahora le sujetaba, aunque no recordaba que se le hubiese acercado. Se sentía como si le empujaran en medio de una multitud mientras ella le arrastraba a través de los espacios irregulares del Ojo… Ahora un pasillo estrecho, ahora bajar a un nivel inferior, ahora una sala cavernosa —. Grita todo tipo de disparates, pero así es Ahab.

—No —repuso—. No es sólo Ahab. Nos vienen todo tipo de locuras. Algo. —Se dio cuenta de que ya no podía ver nada, tan sólo los extraños fuegos artificiales en sus retinas. El único ojo que le funcionaba era el que miraba al abismo, y no tenía párpados—. Está

pasando algo, Kris.

—Es Aklu —explicó ella—. Olli dice que Aklu está usando un arma. Y necesitamos irnos de aquí porque Olli está segura de que no elige objetivos.

—¡Tantas! —rugió Ahab desde algún lugar por encima, con la voz retumbando por los corredores del Ojo como si persiguiera algo. La mente de Idris divagó, desde algún lugar: «No habría pensado que la muerte deshiciera tantas cosas».

—Ponme en la Máquina. —El tacto de Kris le abandonó y se quedó ahí solo, en el vacío. El dolor de cabeza que venía desplegándose en su cráneo continuaba su paciente progreso hacia el centro de su cerebro, como si fuera el único punto de apoyo sobre el que descansaba el universo entero. Su sentido del arriba y el abajo oscilaba como un péndulo. Sólo se daba cuenta de que caía cuando alguien le sujetó.

—No tiene buen aspecto, pero en absoluto —le llegó la voz vacuamente alegre de Shinandri—. Creo que no sería del todo aconsejable que se sometiera…

—Ponedme en la Máquina —le interrumpió Idris—. Ahora. Necesito sacarnos de aquí.

—Aunque sirva para muchas cosas, ¡nuestra maquinaria no es un asiento de piloto! —declaró Shinandri. Eso no era del todo cierto, porque la intrusión por la fuerza bruta en el nospacio que era capaz de llevar a cabo el Ojo de hecho movía cosas a su alrededor. No era su función primaria, pero la posibilidad estaba comprobada por el sencillo hecho de que la instalación y su trozo de planeta adherido había llegado hasta allí.

—No puedo hacerlo desde las escamas. No puedo pilotar. No puedo ver con la claridad suficiente. —Y allí arriba, esparcidos por la pequeña flota que a la vez era una sola nave, Andecka y los demás inters esperaban que les guiara. Confiaban que él les mostrara de algún modo un camino a través del caos de pesadilla que estaba consumiendo el nospacio.

Al fin sintió los confines familiares del asiento de la Máquina a su alrededor. Sintió que sus conexiones volvían a la vida cuando Shinandri y Jaine se las colocaron. Sintió que el universo se invertía a lo largo de su eje secreto alternativo, la dimensión real-irreal que no tenía nada que ver con las tres habituales.

En el *maelstrom*.

Su pura densidad casi le abrumó. El nospacio estaba vacío. Eso lo sabía. Ni siquiera estaba allí de verdad. Nada existía en él, incluyendo las naves que lo atravesaban, hasta que volvían a la realidad. La única cosa en el nospacio era la entidad que lo percibía, y —posiblemente— la Presencia que vivía allí. Salvo que la irrealidad por debajo de Estoc hervía con una estructura compleja. Era como el criadero de Arquitectos que había encontrado para Ahab. Un gran montaje de información que se convertía en una topografía, un paisaje, una panorámica, un arrabal superpoblado que se extendía más allá de los confines del sistema. Se sintió como si una multitud le estrujara. Su sentido del oído le alimentaba con el murmullo informe de un millón de voces. El arma de Aklu estaba construyendo algo aquí, retorciendo una y otra vez la estructura básica del universo, hasta llegar a convertir una llanura diáfana en un bosque de significados tan denso que apenas podía deslizarse entre los troncos.

«¿Qué estoy viendo?». Para cruzar ese lugar —para guiar a la Hueste a través de ese lugar— tendría que entenderlo. Y no lo entendía. No había visto algo como eso antes…

«Pero sí, ¿verdad? No a esta escala, pero conozco algo similar, ¿a que sí?».

Todo arrojaba una sombra sobre el nospacio, era cierto. Sobre todo, la masa. Podías navegar por el nospacio porque, para la mente de un inter, las estrellas, los planetas, incluso las naves ejercían una presión en la membrana entre lo real y lo irreal. Como si toda la materia fuera como las patas de los insectos posados sobre un estanque. Pero no era la masa lo que ejercía ese rastro. Era algo más complejo. Algo que normalmente no percibiría más que como una débil pelusa alrededor de la curvatura de la distorsión gravitatoria, dentro del nospacio. Pero era una pelusa como no había visto ninguna antes, magnificada aquí a proporciones grotescas, como la cabeza de una pulga aumentada en un microscopio electrónico.

En sus oídos se aglomeraban voces sin sentido. Una presión terrible en su cabeza. La agorafobia le golpeó. Un miedo terrible de tener que pasar entre semejante multitud bulliciosa de…

Idris Telemmier, el intermediario humano superviviente desde hacía más tiempo y veterano de demasiados viajes más allá de la

realidad, aprendió ese día algo nuevo sobre el nospacio. Algo que quizá percibía de forma inconsciente, pero que nunca se había admitido a sí mismo. Algo tan obvio, ahora que lo pensaba. Aquí se hacía notar por su escala sin precedentes, pero lo más probable es que él ya lo supiera. Desde luego que todo el mundo debería haberlo comprendido. La forma en que las ruinas originarias se sintonizaban en una longitud de onda y era posible que cantaran a través del nospacio, y que permitía que el Ojo atravesara su velo. La forma en que el propio Idris era capaz de leer y manipular lo irreal… Sí, estaba la Máquina, y había motores gravitacionales y todo lo demás. Pero cuando lo pensabas bien, sólo estaba él. Esos aparatos le daban el poder, pero era su dirección la que les movía. Sólo él, el pequeño y frágil humano, con su cerebrito diminuto. Su mente, posada sobre la sustancia del nospacio. Y sí, la verdad sobre el nospacio era que el abismo te miraba… y así era cómo aprendías sobre él y guiabas a tu nave a través de él. Pero el corolario de aquello era que tú también mirabas al abismo. Tu mente, ejerciendo presión. Como lo hacían todas las demás mentes. El pensamiento consciente, el pensamiento de todos, era el que dibujaba esa pequeña sombra sobre el nospacio. Esa distorsión diminuta pero mensurable. Si el nospacio no sintiera la presión de las mentes pensantes, entonces Idris no podría haber hecho lo que hizo.

El arma, juguete, aparato de Aklu, lo que fuera, estaba formando la sombra de una enorme acumulación de pensamiento. Un cerebro del tamaño de un sistema solar. Una mente así no existía, por supuesto. No había suficientes seres pensantes en el sistema de Estoc como para arrojar ese tipo de sombra… ni los había habido en Berlenhof, ni siquiera en la Vieja Tierra. Era un enorme engaño, y por un prolongado instante de vértigo Idris no pudo encontrarle sentido. ¿Por qué un esfuerzo tan colosal, sólo para alcanzar el nospacio y simular una acumulación de mentes tan absurda?

Luego lo comprendió. Y entonces se dio cuenta de otras muchas cosas, revelación tras revelación apilándose al fondo de su mente. Cosas con las que no podía lidiar en ese mismo instante, porque había otras prioridades. Aquel asuntillo de salir de una puta vez de allí, dado que el sistema de Estoc se había convertido en un lugar locamente malsano en el que estar. No es que el truco de Aklu pudiera dañar un solo pelo de la cabeza de nadie, aparte del

espantoso dolor de cabeza que sentía él mismo. Pero después llegaría…

Giró su mirada desde el vacío hacia la siempre creciente estructura enmarañada que estaba devorando el nospacio, y empezó a buscar un camino de salida hacia la claridad de la no existencia que había más allá. Kris, Shinandri y los demás le exigían respuestas, pero no podía desperdiciar una iota de atención. Tenía que sacarles de allí, porque de lo contrario se quedarían en la zona cero de un área dentro de la que no iba a sobrevivir nada.

Olli

Las parteni no se iban a detener en consideraciones como la de que alguien saliera con vida, o que la *Dios Buitre* quedara de una pieza, así que emergieron de la brecha disparando. Pero Ahremon tenía un juguete hegemónico, sólo un pequeño prisma que tiró al suelo. Era un escudo gravitacional que desviaba el rumbo de la tormenta de disparos de aceleradores en todas las direcciones, salvo las adecuadas. Por lo que ningún proyectil llegó hasta él, Olli o el mayordomo, ni atravesó la *Buitre* para alcanzar a Kittering. Lo que sí hicieron fue desperdigarse y dejar como diez mil agujeritos en el casco exterior del muelle de drones. Hubo un momento en el que todo el aire intentó salir, y las alarmas de la nave enloquecieron por completo. Y entonces Kit, que estaba al mando, recuperó el control gravitatorio de la nave, y el aire restante se quedó dentro. Esto dejó al muelle de drones con la mitad de la presión deseada, pero en ese momento nadie salvo Ahremon iba por ahí con piel y pulmones expuestos, y un tothiat podía sobrevivir al vacío.

Se agruparon, los tres, para intentar embotellar a las parteni en la brecha. Los tres luchaban mejor de cerca. Ahremon llegó primero, por lo que se llevó una guadaña de disparos a través del tors que casi le cortaron por la mitad. Las dos partes resultantes no se ralentizaron mucho por eso, y ya se estaban recosiendo a la vez que golpeaban. Olli vio cómo su hombro crujía y se deformaba cuando pegó a la mirmidón más cercana tan fuerte que rajó su visor, y luego la articulación se recompuso de inmediato. Después agarró a otra del brazo, forzando el miembro contra el blindaje que lo sujetaba hasta que uno u otro cedieran.

El mayordomo habían optado por dejar de parecer humanoide en absoluto. Se aferraban a una de las parteni con todos sus brazos y lanzaban puñaladas a las articulaciones de la armadura a las que podían llegar. Una de las otras consiguió poner una pistola aceleradora en el torso del colmenero, buscando despejarlo del hervidero de insectos del interior. Olli arremetió contra ella con la cola del escorpión y dirigió sus taladros contra el bonito blindaje. Resultó que el Partenón hacía armaduras más fuertes de lo que se había esperado, y partió un taladro limpiamente. Pese a todo, consiguió catapultar a la mujer de vuelta a su lanzadera del golpe, y se conformó con eso.

Tenía las pinzas del traje alrededor de otra mirmidón cuando llegó una señal. Petición de contacto, algún sistema que pedía acceso a sus sistemas de control. A la vez que tiraba a la mujer contra sus compañeras, y una ráfaga partía una de las patas del escorpión, la rechazó despectivamente. Por supuesto que las parteni estarían intentando hackearla. Se había convertido en su problema número uno en esa fea refriega alrededor de la brecha. Pero enviar una educada petición de acceso parecía un tanto formal, incluso para ellas.

Se reequilibró sobre tres patas, sintiendo el escorpión de forma más precisa de lo que nunca había sentido su propia carne y hueso. Disfrutando del poder que le daba aplastar y rajar, y en general hacer saber al universo lo muy jodida que estaba con él.

Luego todo ese poder se desplazó de repente hacia atrás, derrapando por el suelo del muelle de drones, hasta que se encontró mirando hacia arriba a la masa de agua del tanque de Júnior. Una de las mirmidones se había agarrado a la lágrima arrugada que habían abierto en el casco de la *Buitre* y había pateado al escorpión. Había olvidado lo fuerte que las hacía esa armadura. Se sacudió, luchando por volver a levantarse, pero ya tenía encima a su asaltante, colocándose para soltarle una ráfaga de acelerador. Olli peleó con ella con todo lo que tenía. La agarró por uno de los brazos, lo retorció, dirigió una sierra a la juntura del codo, y vio a la mujer estremecerse en silencio por el dolor. Al instante siguiente el cañón del acelerador estaba directamente sobre el plástico dañado de su burbuja.

Y luego la mujer desapareció. La transición fue tan súbita que

Olli tuvo que reconstruir lo ocurrido mentalmente. Una sombra repentina, luego una estocada. Una salpicadura de agua derramada sobre ella y a su alrededor, y la mirmidón estuvo… en el tanque. Entre las atroces mandíbulas de Júnior. El agua se oscureció por la sangre y los trocitos de blindaje parteni mientras Júnior disfrutaba de un almuerzo inesperado.

«No sabía que pudiera hacer eso». Olli se había quedado delante de la parte líquida del tanque más veces de las que podía contar desde que había tomado prestado a Júnior. «Supongo que le gusto».

Enderezó al escorpión sobre las patas que le quedaban y luego perdió casi de inmediato otro brazo por unos disparos. Ahremon había retrocedido a la entrada del umbilical y peleaba para evitar que las parteni llegaran hasta Aklu. El mayordomo estaban… a cachos. Abierto en canal, con su cuerpo esparcido por el muelle de drones en forma de miembros arrancados, fragmentos irregulares y bichos enroscados. Un momento después un puñado de perdigones atravesaron el escorpión en su camino al infinito y dos de ellos pasaron también a través de Olli.

Cayó. Los sistemas médicos del exoesqueleto se pusieron en marcha esta vez, taponaron las heridas y le inyectaron un cóctel espacial de medicinas de choque. Se iba a arrepentir de ello de la hostia, pero si eras una espacial y estabas en una emergencia, no podías ponerte tiquismiquis por enchufarte una mierda que te mantuviera despierta y lista para la jodienda. Tuvo la vista momentáneamente ocupada por una cascada de insistentes mensajes de error, informándole de todos los problemas del escorpión que ya sabía. Sin olvidar el continuo parpadeo de la solicitud para que parara lo que estuviera haciendo y se conectará a no sé qué sistema desconocido.

Intentó usar la cola del escorpión para enderezarse, pero súbitamente tuvo a una mirmidón con un pie encima, aplastándola. Le cortaron la cola, dejándola como nada más que un torso truncado dentro de una burbuja rajada, en el interior de un exoesqueleto roto. La súper soldado la miró, con sus genes perfectamente editados, preguntándose —Olli lo daba por hecho— cómo era posible que su propia gente la hubiera dejado con vida.

«Petición de acceso, petición de acceso…».

Todos los protocolos eran erróneos… No eran coloniales,

seguramente tampoco parteni, lo que significaba…

«¿Qué dijiste de un regalo?».

El muelle de drones estaba abarrotado. Lo llenaba el tanque de Júnior —al que las parteni intentaban disparar, pero el campo que mantenía agrupada el agua desviaba la puntería—, y las propias parteni, aunque no el escorpión, porque ya no ocupaba el mismo espacio de antes, no sin sus extremidades. Pero también estaba lleno de los baúles que había clasificado como el equipaje de Aklu. Los variados objetos que habían traído y que no cabían en ese pezoncillo de nave que los essiel se habían dignado conceder a su hijo pródigo. Aklu había sido lo único que cabía en esa nave, aunque ahora posiblemente se le habrían unido Ahremon y algunas parteni.

Lo que suponía —se dio cuenta Olli, a la vez que una mirmidón le apuntaba con su acelerador— que cierto juguete de Aklu estaba allí mismo con ella.

«Acceso concedido».

Salió de su baúl con una explosión, rompiendo el metal y el plástico en una tormenta de fragmentos afilados que derribaron a una de las parteni. Un nudo retorcido de tentáculos segmentados, demasiados en general y desde luego demasiados para que ella pudiera controlarlos, pero no le hacía falta. Nada más que le dijo lo que quería, a través de esa conexión recién establecida, y la propia cibernet a bordo hizo el resto. Agarró a las dos mirmidones que estaban encima de ella y las tiró por la cubierta casi alegremente, aplastándolas hasta que dejaron de ser un problema. Luego golpeó a otra pareja hasta que se retiraron por la brecha. Le dispararon a algunos de sus tentáculos, pero los compensó de inmediato. Olli se conectó a las cámaras del muelle de drones para ver qué faltaba.

Ya sólo quedaban allí Júnior y ella. Había conseguido echar por el momento a las parteni supervivientes, excepto a las que ya estuvieran en la nave hegemónica.

Hizo que la bola de tentáculos fuera a por ella. Al principio no se sentía segura de cómo hacerlo, pero luego algo se combinó entre sus órdenes tentativas y sus propios sistemas, y la cápsula rota del escorpión quedó entronizada en un instante sobre la masa de tentáculos. Por un momento la sintió como «el otro», una cosa que hubiera mantenido a distancia cualquier persona que no fuera ella.

El alienígena. Pero después Olli hizo lo que siempre hacía con cualquier otro sistema remoto. Se permitió familiarizarse con él, convertirlo en una extensión de su propio ser moldeable. Una parte de sí misma más extraña que ninguna previa, pero que estaba ansiosa de cumplir sus deseos. Era fuerte y ágil, el producto de una tecnología más avanzada que cualquier otra con la que hubiera jugado antes. «Tendré que descubrir qué puedes hacer, cuando tengamos tiempo, pero ahora mismo…».

A la vez que lo pensaba, perdió la iniciativa de forma absoluta. De repente, la *Dios Buitre* dejó de estar conectada a la pequeña nave de Aklu. No sabía si el essiel había cortado el enlace o si habían sido las parteni, pero las dos naves ahora flotaban una enfrente de otra, sueltas. Un momento después también se soltó la nave parteni, y supuso que, después de su última actuación, ella se había convertido en el mayor problema.

—Ahremon, ¿estás ahí? —probó, y luego—: ¿Aklu? ¿*Menheer* Inefable?

El sonido que llegó a través del comunicador se componía de gritos, aullidos, un rugido enorme, el canturreo agudo de los aceleradores. Luego nada más.

—¿Kit? —Olli se dio cuenta de que no sabía nada de él desde que empezó la pelea—. Dime algo, Kit.

Por un instante desazonador no llegó nada, pero luego escuchó la voz traducida del hanni.

—Las reparaciones se han ejecutado parcialmente. No está claro dónde terminan los agujeros y empieza el casco, pero de algún modo se retiene la integridad de la nave.

—¿Pero podemos movernos?

—Podemos. ¿A la Hueste ensamblada?

—Dónde cojones va a ser si no. —Kit llevaba el tiempo suficiente con ella para saber que eso significaba «sí».

Mientras se alejaban de Aklu, de la flota parteni, y caían en dirección al feo bulto del Ojo, llegaron otras comunicaciones. La ejemplar de la *Medea*, nada menos, la parteni en jefe de todo el sistema de Estoc.

—¡Apaguen su arma! —exigía la mujer—. Dispararemos a su nave. Dispararemos a todas sus naves. Desactiven ese arma.

Olli no contestó, pero pensaba: «Qué puta idiota. Lo que ves no

es el arma. Es la explosión después de que alguien apretó el gatillo. Y lo más probable es que estemos todos bien jodidos».

Idris

Podía sentir a los otros inters desperdigados por distintos lugares de la Hueste, pequeños puntos luminosos. También estaba en comunicación con ellos, por supuesto. Con la Máquina, con el Ojo, con cada individuo. Pero también podía sentirlos, su huella concreta en el nospacio. Le esperaban. «Tenemos que irnos».

Y luego tuvo a Kris en el oído, gritando tan fuerte como para imponerse sobre el resto de lo que estaba pasando, diciéndole: «¡Tenemos que esperar!».

Pero ya estaba encontrando un camino de salida. Hacía su trabajo. Navegar por el nospacio, aunque normalmente eso supusiera buscar una trayectoria a través de distancias inabarcables en lugar de encontrar una rendija en los muros de un laberinto. A través de esa multitud ilusoria que Aklu seguía aumentando, creando una turba cuya presión mental alterara la superficie del nospacio. Un toque de cometa. Un desafío. Algo imposible de ignorar.

—No creo que pueda. —Porque si encontraba la vía de escape, entonces seguro que tendrían que irse. El simple hecho de encontrar la salida les impulsaría. A Idris, a la Máquina, al Ojo, a los otros inters que esperaban. El sistema gravitatorio distribuido de la Hueste les escupiría del corazón de esa pesadilla al espacio abierto, la libertad, al…

—Idris, viene Olli. No podemos irnos sin ella. Va a atracar ahora mismo, con la *Buitre*. Olli y Kit, Idris. Tenemos que esperar.

Incluso podía percibir el desplazamiento infinitesimal de la *Dios Buitre* mientras se arrastraba, giraba y se estremecía de camino a la Hueste, en rumbo de colisión con el Ojo. Estaba tan dañada que probablemente no sería capaz de frenar antes de estamparse contra ese pedazo de roca.

—Kris —le dijo, porque si no simplemente se irían. Ecuación completa, resuelta para la libertad, y estarían aprovechando la oportunidad para mantener la existencia, la última salida posible antes de que Estoc se colapsara—. Es un cebo.

—¿De qué hablas?

—Escúchame, es un cebo. Lo que está haciendo Aklu. Son mentes. Ése ha sido siempre el problema. Por eso sólo nos persiguen a nosotros. No a las rocas. No a soles. No a la materia muerta. Nosotros. Los pensantes. Alteramos la superficie. Confundimos las cosas. Y es algo pequeño, diminuto, pero si se multiplica lo suficiente, deben… Somos el problema que tienen que resolver. Aklu acaba de simular el mayor problema del universo. No es un arma, es un señuelo. No pueden ignorarlo. Y ya están de camino.

—Idris, lo que dices tiene tan poco sentido…

Para entonces la *Buitre* ya se precipitaba contra la superficie del Ojo, una vez superado el envoltorio de la Hueste. Ahora podía utilizar el campo gravitacional absurdamente preciso de los originarios para hacer lo mismo que hizo cuando arrancó la instalación de la superficie de su mundo nativo. Podía incrementar la distancia entre la nave recién llegada y el Ojo, estirando y estirando el espacio hasta que los maltratados motores de la *Buitre* se ralentizaran lo suficiente para sobrevivir al impacto. Y luego salieron, huyeron, resolvieron la ecuación, escapándose a través del laberinto del nospacio. Andecka y todos los demás inters trabajaban en concierto con él, con dolor, con terror.

Y se marcharon.

Ravin

Vio a la Hueste, junto al Ojo, desvanecerse en el nospacio, llevándose con ellos a Piter. Esperó a que reemergieran como le había ocurrido a la *Gran Nicolás*. Pero no lo hicieron.

«Telemmier». De algún modo el inter había resuelto el problema, y había salido de la jaula que les aprisionaba allí.

La ejemplar de la *Medea* intentaba hablar con él, pero cerró el canal y miró al espacio. Su propia tripulación le informó de que habían tomado la nave hegemónica, sin que eso detuviera lo que estuviera ocurriendo allí fuera, en el nospacio. «¿Entonces es eso? ¿Estamos atrapados para siempre?».

Sería un destino bastante malo, pero aquí tenían naves arcas y los medios para completarlas. Al menos podrían sobrevivir, y viajar a través de los años luz y los siglos, si se llegaba a lo peor. Pero

sabía que no sería posible. Sí, los essiel eran alienígenas, pero tenía la sensación de que la venganza de Aklu el Inefable sería mucho más directa.

Luego les vio llegar. Hubo una torbellino de peticiones de comunicación, pero no necesitaba saber más. Su tripulación en el puente, las arcas, las parteni, no había nada que pudieran contarle que no tuviera ante sus propios ojos.

Emergieron a la fiera luz del sol de Estoc, relucientes como el cristal, dispersando fragmentos de luz arcoiris como si sus afilados bordes astillaran los rayos del sol. Arquitectos. Primero dos, luego cinco, entonces siete. Siete Arquitectos, más de los que nadie hubiera visto antes juntos. Una constelación, estrellas de mal augurio que presagiaban la caída de reyes. Ravin no podía moverse. Apenas respirar, sin perderlos de vista. Viéndoles surgir del nospacio y luego separarse en rumbos inexorables hacia sus objetivos. Hacia la *Medea*, los astilleros, el planeta. Incluso, por lo que vio, hacia el propio sol. Lo que se hubiera hecho allí suponía tal ofensa para los Arquitectos que no iban a permitir que quedara el menor rastro de lo ocurrido.

La *Medea* cayó la primera. Vio a la nave parteni descargar su martillo de masa y demás artillería, pero nada de eso hizo más que arañar la superficie del Arquitecto. La *Medea* debía tener también una inter. Una de esas variantes asistidas por maquinaria de las parteni. Pero la mujer ya debía estar muerta o enloquecida por lo que ocurría fuera. Y si no era así, tampoco tenía lo necesario para ralentizar o alejar a un Arquitecto. Momentos después la *Medea* era un retorcido encaje de metal y plástico.

También empezaron a trabajar en el planeta. Y le estaban arrancando el corazón a la estrella. La gente los llamaba Arquitectos. Artistas, según otros. A Ravin le parecían esos trabajadores que llegaban al final del día para limpiar todo y cerrar la tienda. El tipo de siervos a los que nunca les dedicaba una mirada. Pero ahora entre lo que iba a limpiarse se encontraba él mismo.

Había tenido un destino. Había querido salvar a la humanidad. O al menos a parte de ella, con él mismo a la cabeza, porque eso era mejor que nada, ¿verdad?

El Arquitecto que se había ocupado de la *Medea* ahora se

acercaba a la *Gran Nicolás*.

Ravin Uskaro se hundió en su asiento, tras su escritorio adornado, rodeado de la heráldica de su augusta familia, y se cubrió la cara con las manos.

3
Crux

18

Kris

Estaba sola a bordo del Ojo. Y, aunque el Ojo era enorme, enrevesado y repleto de espacios ocultos, estaba totalmente segura de estar sola. No podía imaginarse por qué. Había demasiadas cosas en marcha.

Kris estaba fuera de la sala donde estaban las Máquinas. Las Máquinas vacías. No había nadie allí, ni Idris ni Ahab. Era muy importante que estuviera fuera y que la puerta estuviera cerrada, pero… El aire le gritaba, como si todos los que murieron en la Tierra cuando llegó el Arquitecto hubieran terminado en alguna representación primitiva del infierno y ella tuviera un asiento en primera fila para contemplar su tortura. Su cabeza se había vaciado de cualquier concepción sobre lo que había ocurrido un segundo antes. El Ojo resonaba con el coro de los condenados, la propia piedra lo repetía, como si cada iota de su sustancia pudiera romperse, y luego transformarse en enjambres de moscas o partículas afiladas. Y había una voz, un director del coro que guiaba el estribillo. Le hablaba de su propio juicio, le detallaba cómo sufriría los mismos tormentos interminables que escuchaba.

A través de todo esto fue consciente de que algo la miraba del otro lado de las estancias del Ojo. El viejo monstruo del inconsciente, la Presencia. Esto le indicó que el Ojo debía estar en el nospacio, lo que sería la razón por la que se encontraba sola. Debería haber sido una revelación aterradora, ésa no soledad. Pero ahora mismo, con todo lo que estaba pasando, la Presencia era casi como un viejo amigo. Le permitía asentarse en lo irreal y responder a algunas de la legión de preguntas que inundaban el interior de su cráneo.

«Idris lo hizo». Ahora lo recordaba, poco a poco. Idris había

estado intentando sacarles de allí. Así que quizá la revelación exacta debería ser «Idris está intentando hacerlo».

Ella debería estar del otro lado de esa puerta, entonces, posiblemente. Con Idris. Eso tendría más sentido. No estaba segura de por qué se encontraba allí, en un espacio de paredes de piedra que se había… complicado. Había montones de baúles, cajas y cosas, todo recubierto de una capa de dardos y perdigones, así como pequeñas esculturas de metal extrañamente deformadas. Sólo que estaban en la parte más alejada del salón de las Máquinas. Sabía que eso debía significar algo, lo entendería si todas esas voces pararan de gritar.

Pararon. La Hueste, y el Ojo albergado en sus tenues límites, irrumpieron en lo real como un delfín que saltara desde un mar en ebullición.

El *voyenni* que tenía delante estaba arrodillado, con las manos enguantadas agarradas al casco. Ella tampoco se encontraba muy bien. En ese momento se sentía más dispuesta a tomarse algo con el tipo para olvidar que a continuar la pelea que aparentemente habían mantenido. Además, un hombre arrodillado en una pelea a cuchillo despertaba instintos que le impedían lanzarse hacia adelante para asestar otro golpe. Porque ella estaba entrenada para peleas en las que la gente civilizada se respetaba mutuamente. Recordó casi demasiado tarde que los dos habían intentado matarse el uno al otro y aquello no era en absoluto una desavenencia judicial.

Havaer Mundy se había entrenado también en algún lugar más desagradable, por supuesto, así que puso una pistola en el lugar en que el casco del hombre se encontraba con el traje blindado y descargó un chisporroteo de energía que dejó con espasmos al cuerpo del *voyenni*, carbonizado y humeante. Luego Ahab retozó. Era la única palabra que Kris podía aplicar al movimiento del naeromath, como si esa monstruosa anguila ciborg alienígena fuera un cachorro juguetón. Un movimiento de su cabeza recubierta de metal envió a otro *voyenni* del otro lado de la sala, rebotando contra cada baúl y pilar que se encontró por el camino, y un tercer tipo quedó prácticamente aplastado. Pero había unos cuantos más que se recuperaban y se disponían a volver al combate. Kris miró a su alrededor en busca de más aliados. Jaine estaba en la puerta, con

la espalda contra la pared de piedra, aplicando un sellador médico a su inconveniente pierna de carne y hueso, que había quedado desagradablemente abierta. También estaban allí Trine, con una abolladura brutal en la jaula que era su torso, y sostenían de forma extraña algún tipo de herramienta de corte con sus numerosos brazos.

Debía quedar como una docena de *voyenni*, o alguno menos. Tiraron los aceleradores, dado que Jaine o Ahab habían hecho su truco con los campos magnéticos para desviar toda esa muerte metálica a gran velocidad hacia las paredes y barricadas. El hecho de que se hubiera convertido en una pelea cuerpo a cuerpo era lo que había salvado a los defensores. Y que su paso por el nospacio hubiera sido casi absurdamente traumático.

«A la tercera va la vencida para los *voyenni*», supuso Kris. También vio a Piter Uskaro de pie. Sabía que era él porque su traje estaba pintado con unos complejos dibujos heráldicos, para que nadie tuviera duda de que se trataba de un tipo importante. Todo muy feudal, y bien podía pavonearse con él, porque ninguno de los presentes podría dañarle. Su traje era el mejor que se podía comprar con dinero. Recordó que Ahab le había disparado. De algún modo le dirigió un rayo de energía a través de todo aquel espacio atestado. La imagen que le quedó en la retina era como la firma de alguien enloquecido, y el naeromath había conseguido que terminara directamente en el pecho de Piter. Había desprendido una pequeña parte de la elegante decoración, pero lo que Ahab consiguió reunir no bastaba para llegar a la carne que había debajo.

Se estaban reagrupando. Pensó que Piter les estaba fustigando un poco y, desapasionadamente, consideró que podía entenderlo. Tenían de su lado el número y la preparación. Del lado de Kris estaba Ahab, claro, que no parecía vulnerable a cuchilladas o golpes de ningún tipo. Era todo cicatrices, traumas y cibernética, y no había mucho que pudieran hacerle salvo matarlo.

—Atención, Kris. —Una voz chirriante inesperada en su comunicados Por un momento se quedó pensando nada más, y si el enemigo hubiera cargado entonces, se la habrían llevado por delante.

—¿Kit? —preguntó.

—Aterrizados en el Ojo —confirmó el traductor del hanni—. Olli

tenía que decirte que los Uskaro ya están aquí.

—Kit, lo sé —soltó entre dientes—. Kit, ¿dónde estás?

—Atracados. Olli está asaltando la lanzadera de los Uskaro.

—¿Con qué?

—Con Olli.

—Kit, dile… Escucha, estos matones están por todas partes, y son peligrosos. Los que encontréis pueden usar sus armas. Dile…

—Deberías considerar que Olli tiene algunos problemas de ira sobre los que debe esforzarse —dijo Kit alegremente—. Esto no es más que una tarea. Tendremos el control del embarcadero en breve. ¿Cuál es vuestra posición?

—Bastante mala. Estamos atrapados en la sala de las Máquinas con el resto de los payasos de Uskaro. Tienen pinta de ir a pedir la siguiente ronda. ¿Podéis llegar hasta aquí?

—Estamos algo distantes, por desgracia.

—Nos encontramos, después de todo, en un lugar nada próximo al exterior, mi camarada de armas —indicaron Trine por encima de su hombro. Escuchar su auricular era algo que podían hacer, por lo que se veía—. Me temo que no resistiremos su siguiente avance.

—Avance, vale. —Desterró pensar más en Kit y Olli, salvo para desearles suerte, y vio que los *voyenni* se agrupaban, con Piter dándoles manotazos en los hombros, un gesto de intimidación para motivarles.

Entonces se le ocurrió algo. Repasó la cobertura de que disponían, el camino que los *voyenni* ya empezaban a tomar para aproximarse. Dónde habían tirado su basura.

—Jaine, ¿puedes invertir el magnetismo? —le susurró.

Jaine asintió, pálida, con los fuegos de su torso parpadeando de forma poco saludable. Había perdido un montón de sangre y Kris no sabía cuáles serían las consecuencias en la peculiar anatomía de la ciborg.

—Vamos a salir —le dijo a Havaer, Ahab y Trine—. Iremos a por ellos y les plantaremos cara, luego tendrán que retroceder. Es la única forma de imponernos a su número.

—No podemos…

—Les vamos a quitar las armas. Los aceleradores. Los han desechado cuando se dieron cuenta de que no les funcionaban —insistió Kris. Nunca había disparado un acelerador, por supuesto.

Quizá Havaer sí, puede que una década atrás durante algún entrenamiento, o hacía una semana cuando mató a alguien. Difícil de decir con los espías.

—Es una locura —dijo Havaer.

—¡Procedamos! —rugió Ahab, y simplemente se fue, dejando plantada a Kris con su plan.

Los *voyenni* tampoco se lo esperaban, así que cuando una tonelada de naeromath se lanzó contra ellos, su propia ofensiva vaciló. Ahab probablemente pretendía golpearles como una bola lanzada contra los bolos, pero no fue algo tan limpio. Se esparcieron y sólo embistió a uno. Luego intentaron trincharle por los flancos y mantenerse a distancia mientras él giraba. Piter había retrocedido, pero al menos el naeromath había llamado la atención de todos. Kris esperaba que pudiera conservar su piel cicatrizada el tiempo suficiente. Salió corriendo a por las armas, con Havaer y Trine pisándole los talones.

Pero resultó que el enemigo no estaba tan centrado en un solo frente. Un cuarteto de *voyenni* rodeó los pilares para interceptarles, al comprender su estrategia. «Es fácil caer en la tentación de pensar que los sicarios son idiotas». Las largas piernas de Havaer le habían permitido adelantarse, así que fue al que placaron el primero. Un enorme guardia le agarró y le tiró al suelo, donde se pusieron a luchar. Kris se limitó a saltar por encima de los dos, con la vista puesta en el montón de aceleradores que tenía delante, convencida de que su agilidad le permitiría llegar.

El primer hombre que vino detrás de ella era demasiado lento. Ella dio un acelerón desesperado y el tipo apenas pudo tocarle el pelo y una manga antes de salir resbalando por el suelo pulido mientras intentaba frenar su impulso. Pero el siguiente la golpeó. Le empujó con el hombro lo suficiente para desviarla de su camino. Ella se recuperó y enarboló el cuchillo, aunque sabía que había esperado hacerse con algo para disparar y ahora no estaba bien preparada para seguir adelante con el plan.

Él la golpeó con la palma de la mano, y ella se fue al suelo con la cabeza retumbándole y sin cuchillo. Un momento después le tenía encima, con la rodilla en el esternón y los dedos enguantados aplastándole la garganta. Podía distinguir su rostro a través del visor, con el ceño fruncido como si fuera un estudiante algo torpe

que hiciera cálculos de cabeza. No podía soltar ni aflojar su agarre, ni siquiera tirando con las dos manos de una de las de él.

Trine se acercaron al hombre. Los brazos del colmenero eran una ristra de apéndices de metal articulado que solían plegar ordenadamente a su espalda. Ahora todos esos miembros estaban extendidos como una multitud alborotada en un congreso de mantis, y se disponían a hundirse en la coraza del *voyenni*. Trine no eran fuertes, Kris lo sabía. Nunca habrían ganado premios de levantamiento de peso ni hubieran sido capaces de soltar un puñetazo decente. Lo que sí podían hacer era palanca con la presión adecuada. Engancharon los bordes de la placa posterior del blindaje del *voyenni* y la arrancaron.

El hombre tuvo de repente otras prioridades antes que estrangular a Kris. Intentó darse la vuelta hacia el colmenero, pero Trine habían apartado los restos y volvían a atacar con puntas, pinzas y garras sobre la carne del hombre. La cara que proyectaban Trine se había fijado en una expresión de fastidioso disgusto, como si les hubieran servido un aperitivo inadecuado en un encuentro diplomático.

Otro *voyenni* se metió y golpearon a Trine con lo que parecía como una palanqueta. Los ojos de Kris —su cerebro humanocéntrico— se apartaron del repulsivo festival de sangre que todos esos brazos producían en la espalda del primer hombre. Sólo un segundo más tarde advirtió que el armazón metálico se tambaleaba sobre sus patas sueltas, con la cara apagada como una vela, y el torso de Trine mostraba una gran hendidura abierta.

Se puso de pie al instante, buscando el cuchillo perdido, pero extendió una mano hacia los aceleradores. No tenía una verdadera idea de cómo disparar uno. Lo que parecía un gatillo no se podía apretar. El *voyenni* volvió a golpear a Trine y les tiraron al suelo. Una serie de bichos bullían en el borde del roto que se había abierto en la jaula del colmenero, y esos bichos eran Trine. Su mente, sus décadas de vida, experiencia y conocimiento precioso.

Kris odiaba los mediotipos cutres de acción. Pero justo en ese momento se acordó de uno de ellos. Desperdició una noche en verlo, seguramente a insistencia de Olli, Bamey o algún otro a bordo de la *Dios Buitre*. Había tiros por todas partes, y para disparar tenían que mover una pequeña barrita que activaba las

armas. El acelerador que sostenía tenía exactamente esa barrita, así que la movió, luego apuntó a los dos *voyenni* y les soltó una ráfaga de perdigones hipersónicos. Jaine había aportado lo suyo, porque no se fueron a las paredes. Tampoco a los *voyenni*, en realidad. Sus manos temblaban y estaba preparada para un retroceso que el arma no tenía. Uno de los tipos se llevó un par de proyectiles y cayó, probablemente con heridas no letales. Al otro no le tocó nada, y se quedó ahí como si las manos de Dios se hubieran cerrado protectoramente a su alrededor. Y luego recogió otro de los aceleradores y lo dirigió hacia ella. Él no tuvo problemas en quitarle el seguro. De los dos, sólo uno tenía desarrollada la habilidad de disparar a la gente.

El aire se llenó con el canturreo de los disparos de acelerador. Kris gritó, de hecho gritó a todo volumen. Se protegió la cara como si ponerse en ella las manos, o el acelerador que sujetaba todavía, la protegiera de algún modo.

A través de sus dedos vio al *voyenni* prácticamente cortado por la mitad, y luego a otros dos. El hombre al que había alcanzado había llegado a sentarse, pero volvió a caer. Vio a Havaer de pie, tras haber terminado aparentemente con su propio rival. Tenía las manos levantadas, con los dedos extendidos, se rendía. Su cara no decía «hurra, un rescate». Era la cara de un hombre que pensaba que sería el siguiente ante el pelotón de ejecución.

Piter Uskaro llegó entonces hasta Kris. No se había llevado disparos, aunque una hombrera de su elegante blindaje había quedado mellada por el roce de uno. Quería pelear con ella. No, la agarró, Kris se dio cuenta de que quería tomarla como rehén. Era un hombre cuyas tropas estaban siendo aniquiladas y necesitaba algo.

Ella sacó el cuchillo que el Uskaro tenía en el cinturón. También llevaba algún tipo de pistola, pero tenía la sensación de que su experiencia con armas que se disparaban no era gran cosa. En cambio, los cuchillos… Ella sabía de cuchillos.

Piter le tiró de la manga y ella le cortó los dedos. Esperaba buscar una rendija en el plástico para su filo, pero en su lugar le cortó limpiamente dos, con protección, carne y todo. Porque cuando eres el heredero de una gran familia boyarda, y alguien te compra un cuchillo, te compra un señor cuchillo.

Probablemente tuvo un momento en el que consideró una

resolución alternativa a la disputa, como una buena abogada, pero el tipo llevaba acosándoles a Idris y ella desde hacía demasiado tiempo, y siempre conseguía ir empeorando las cosas. Trine estaban malheridos y la continua presencia —o existencia— de Piter Tchever Uskaro sólo iba a complicar la situación. Así que le apuñaló.

Luego le apuñaló otra vez. La primera vez rebotó en la armadura, pero recordó el diseño del traje y buscó la axila en la segunda, y la tercera. Él cayó al suelo, posiblemente no del todo muerto todavía, pero ella le había dado una oportunidad la última vez que le apuñaló y luego el tipo no había mostrado exactamente gratitud, así que era lo que tocaba. Esta vez no se recuperaría.

Luego dirigió su atención a las recién llegadas que habían liquidado a todos los *voyenni*.

Mirmidones parteni. Había ocho y vio que llegaban más. Esa famosa armadura integral sin rostro. Aceleradores. Todo eso. Un cuchillo no iba a llevar a Kris mucho más lejos dadas las circunstancias, pero no por eso iba a dejarlo caer.

Luego la mirmidón al mando se adelantó, abrió su casco y el corazón de Kris dio un vuelco.

Solaz.

Solaz

Al principio pensó que lo adecuado sería liderar con el ejemplo. Según le habían dicho en su curso acelerado como ejecutora, era siempre la peor forma de liderazgo. Contaba con las mujeres de su grupo, las reunidas en el espacio sin paredes que se consideraba como su celda. Las prisioneras de los demás grupos… sólo podía desear que la siguieran. Había intentado asumir que en sus corazones ardía el mismo deseo de enderezar la situación, de recuperar lo que era suyo. Y si resultaba que estaba equivocada, entonces su insurrección llegaría a un final rápido y sangriento.

Las guardias por entonces se habían retirado, principalmente a la galería del nivel que tenían encima. El desequilibrio numérico entre prisioneras y guardianes se había acentuado y prefirieron dejar el piso de la bodega. Lo que dificultaba mucho la tarea de Solaz. Bastaría una orden para tener disparos limpios desde arriba

contra todas las prisioneras de la *Ángel Alecto*. Precisamente lo que Solaz tenía la impresión de que ocurriría.

Luego una de las cognoscentes de su grupo llamó su atención. Había encontrado una pequeña trampilla oculta debajo de ella y al abrirla descubrió un enchufe. En principio servía nada más que para carga de electricidad, pero le habían dejado herramientas a la mujer y ahora, tras algunas manipulaciones, podía enviar y recibir señales. Otros dos grupos de la cubierta tuvieron la misma idea, le susurró la cognoscente a Solaz. Así que podían mantener una comunicación primitiva. Las técnicas parecían tener sus propios códigos y secretos, que Solaz aprendió por necesidad.

De esa forma sólo llegaban todavía a una fracción de las prisioneras, pero mientras la cognoscente le informaba, se les unió otro grupo. Solaz se imaginó la cubierta como el tablero de un juego de mesa hannilambra, con pequeños cuadraditos iluminándose cuando se unían en silencio a su revolución. Todavía era la oficial de mayor rango entre las presentes y todas las miradas se dirigirían a ella.

—Necesitaremos una distracción —les indicó, confiando en su competencia para encontrar algún sistema que pudieran hackear—. Nos hará falta tener el control de ese ascensor. —Señaló con la mirada, no con las manos—. Y aquél. —Los ascensores que las llevarían hasta el piso de las carceleras. Las que estuvieran lo suficientemente cerca como para sorprenderlas y desarmarlas. Llevaban trajes blindados, lo que Solaz sabía por su experiencia del otro lado de la ecuación que les daba enormes ventajas contra la multitud que encabezaría. «Suicida».

Pero la alternativa sería dejar morir al Partenón. Una vez existió una camarilla conocida como el Partido de la Guerra, que quería llevar a sus hermanas al choque contra las Colonias y exterminar a sus rivales en la humanidad. Pero esas hermanas las habían destronado. Todas fueron ejecutadas por manos anónimas, desconocidas hasta hoy. Habían defendido el lugar adecuado del Partenón, el que volvería a ocupar, por la fuerza si era necesario.

Y ahora había llegado esta nueva amenaza. Ni siquiera un Partido como tal, sino la ejemplar Piedad y… ¿qué más? El Partido de la Fuga, pensó Solaz. Sólo querían abandonar, dejarlo todo atrás. Eso no era lo que hacía el Partenón. Repasó su larga vida, todos

esos años salpicados por guerras, y lo sintió en su corazón.

Pero también sentía una sombra de duda. Su Partenón, claro, pero ella era un fósil. Una reliquia de una era anterior. Cuando nació había una guerra en marcha. Cuando se unió por primera vez al servicio activo, los Arquitectos habían crecido hasta ocupar un lugar importante en la mente de todos, y también en muchos cielos. Pero el Partenón se mantuvo al principio como integrante de la gran poliáspora humana. Más tarde, al menos la despertaron para la secesión. Entonces hacían falta todos los brazos necesarios para la guerra.

Era el producto de un tiempo en el que defender al resto de la humanidad era el motivo de la existencia del Partenón. No los años clandestinos del Antes, cuando la Tierra todavía era un planeta y el Partenón de la doctora Parsefer era un experimento genético de dudosa legalidad que preocupaba a los gobiernos del mundo natal. Solaz procedía de un momento muy concreto de la historia, y ahora se encontraba prisionera en la cubierta de la *Ángel Alecto*, insistiendo en que su visión de la sororidad era tan superior que merecía que las mataran a todas por ella.

De repente se dio cuenta de que le habría gustado echarse a llorar. Habría querido confiarse a sus hermanas —incluso aunque no fueran de su sororidad o división— y compartir todas esas preocupaciones, como debería hacer una soldado. Pero se dijo que no era el momento, que no las conocía lo suficiente. Que ella era la líder y debía ser fuerte. Lo que suponía estar sola.

Elaboraron un plan a través de las comunicaciones codificadas de las prisioneras cognoscentes. Un plan terrible que aseguraba pérdidas catastróficas. Y todas comprendían que iba a ser así. Todas sus nuevas soldados —desarmadas, desprotegidas— sabían lo escasas que eran sus probabilidades. Pero habían quedado apartadas de sus estructuras de mando. Y aquí tenían a Solaz, dando órdenes. Estaban acostumbradas a recibirlas. Las órdenes eran la estructura que daba forma a sus vidas. Incluso a la manera desastrosa en que iban a terminar.

Pero Solaz se daba cuenta de que tenían de su parte el número. Suficiente para crear una distracción, suficiente para enviar por los ascensores a distintos grupos de ataque. Echar mano a un par de esos aceleradores. Matar al resto de las guardias. Tomar la nave. Un

cincuenta por ciento de bajas era su estimación. «Probablemente yo misma entre ellas». Y se lo merecía. Casi prefería que fuera así, y por eso quería encabezar la carga. Otra malísima decisión de mando.

—Esperando su orden, ejecutora mirmidón —le había dicho la cognoscente, y ella miró y espero el momento.

«Ahora. No, ahora. O… habrá una ocasión mejor en cualquier momento. Espera… ¡Ahora!». No había dicho nada, sólo observó y esperó, con el cuerpo rígido como un alambre tensado. Por toda la cubierta las demás conspiradoras se encontraban igual, listas para perder la vida a disparos de sus hermanas tras su orden. Porque habían creído en el Partenón. Y habían creído en Solaz.

«Preparadas… Preparadas…».

«Tacto dijo…».

«Espera, todavía no. Casi… Preparadas…».

«¿Qué había dicho Tacto?».

Solaz se había convencido de que no importaba lo que hubiera dicho Tacto. Tacto había perdido el control. Ahora recaía en Solaz la responsabilidad de salvar la situación.

«Sin heroísmos. Lo sabrás cuando llegue el momento.

Pero es el momento», tuvo que insistirse a sí misma Solaz. «Van a matarnos, o abandonarnos en algún mundo olvidado. Estamos perdidas si no actuamos».

«Sin heroísmos», es lo que había dicho Tacto. Fueron prácticamente sus últimas órdenes. Y si Solaz tenía la autoridad para poner a todas esas mujeres desarmadas delante de los aceleradores, entonces Tacto la tenía para ordenarle que se quedara quieta.

Al final no había confiado tanto en sí misma. Su convicción no valía las vidas de todas esas compañeras. En su lugar espetó y esperó, sin rendirse nunca del todo, pero sin hacer nada.

Y entonces empezaron los disparos.

En la cubierta estaban todas desperdigadas. Las mirmidones corrieron hacia las paredes, porque podían ofrecerles algo de protección contra las guardias que tuvieran directamente encima. Arrastraron consigo a las cognoscentes, allí donde las técnicas no se habían movido. Solaz y su grupo se dirigieron al ascensor previsto. Otras bajo su mando hicieron lo mismo. Habían esperado

demasiado y ahora todo había explotado sin que estuvieran listas.

Pero todos los tiros se habían producido arriba, en un enfrentamiento entre gente equipada. Y para cuando Solaz y sus andrajosas amotinadas llegaron a la galería superior, se había terminado. Vieron a un puñado de hermanas muertas. La silueta acorazada más cercana rápidamente escaneó su insignia y la saludó.

—¿Ejecutora mirmidón Solaz? —Una superior reconociendo a una inferior. Los viejos instintos se habían despertado y respondió de inmediato.

—*Prête*, madre.

—Lleva a tu gente a los armarios —le pidió—. A equiparte, soldado. Tenemos trabajo que hacer. Quedan más leales a Piedad a bordo.

—La monitora superior Tacto… —Porque Tacto era de quien se suponía que Solaz recibía órdenes y a quien informaba.

—Tiene un mensaje para todas vosotras, una vez nos hagamos con la nave —respondió la oficial—. Os pondré al día sobre cómo se ha derrumbado todo. Y lo ha hecho de acuerdo al plan, soldado. Ahora, vamos.

Piedad

La tapa de su cama de suspensión ya estaba abierta cuando las medicinas la patearon de vuelta a la consciencia. La ejemplar Piedad —autoproclamada ejemplar de flota— vio la escasa iluminación del lugar. Todas las cápsulas, una tras otra, estaban encajadas en el limitado espacio disponible, porque así es como se hacen las cosas. Economizar en todo, ése era el método parteni en cualquier lugar que no fueran las naves jardín. La reconfortante exactitud de las naves de guerra. Sólo que no era así en este caso. Como si la escena a su alrededor fuera un engaño, la simulación creada por algún colonial. Correcta en cada detalle y aun así falsa.

Se desconectó de los sistemas de suspensión y llegó como pudo hasta la escalera. La sensación de inquietud creció aún más, se extendió por la piel de su cráneo, se abrió paso hasta su mente. Las cápsulas antes las que pasó estaban vacías. Todas. ¿Había sido la última a la que despertaron? ¿A ella, a la ejemplar? ¡Impensable! Y si había otras despiertas, ¿dónde estaban? La nave estaba en

silencio. Sus manos y pies en los peldaños producían ecos que las lejanas paredes de la habitación le devolvían inquietantemente amortiguados y distorsionados.

Sola. Estaba sola en la nave. Por unos segundos su mente barajó la idea de una deserción masiva, porque eso sería mejor que…

Se vistió. Con el uniforme completo, con esas insignias de rango a las que no se había acostumbrado aún. Sacó las ropas de su estante al pie de la escalera y empezó a ponérselas, totalmente centrada en la tarea porque ésa era la forma en que podría acallar los…

Cuando tuvo todo su uniforme, se conectó a los sistemas de la *Skathi*, donde le esperaba un solitario mensaje. Ella, la ejemplar —ejemplar de flota—, debía acudir al puente. Por supuesto que iría al puente. Era su sitio. Pero el mensaje no tenía firma, como si lo hubiera generado la propia nave de forma automática. Preguntó al respecto a los sistemas de la nave, en busca de errores. En busca de respuestas. Todo estaba en orden pero su propio acceso estaba limitado. Todos los sistemas a la vista pero más allá de su alcance, como si se encontraran detrás de mamparas de cristal sobre las que nada más que pudiera apretar la nariz para ver mejor.

Se apresuró por unos pasillos de la *Skathi*, que deberían estar repletos de tripulantes como correspondía a una nave de guerra de primera línea, incluso en tiempo de paz. Siempre había algo que hacer en una nave. Nadie se quedaba ociosa. Pero estaban vacías. Un silencio tan profundo que escuchaba ecos.

O escuchaba algo. Como si estuviera fuera de la nave. Una cosa que no podría estar ahí realmente, que no estaba allí, pero a pesar de todo sabía que estaba. Una Presencia, lejana pero agobiante.

Piedad nunca había estado antes en el nospacio.

Para cuando llegó al puente, llevaba un arma que había sacado de uno de los armarios. No habían pensado en ponerla bajo llave. Era una carabina magnética, adecuada para su uso dentro del limitado espacio de la *Skathi*, y revisó todo el puente de mando, revisando cualquier lugar donde se pudiera esconder alguien. Pero no había nadie. Nadie, por supuesto. Porque estaba en el nospacio, y en el nospacio siempre se está sola.

«Sola, no».

Sólo una lucecita iluminada en el panel. Una comunicación. Un

mensaje.

Estaba preparada para que apareciera el rostro que lo hizo. La monitora superior Tacto, por supuesto. En lugar de una cabeza únicamente, el sistema le mostró a Tacto completa, hasta las botas impecables que cubrían sus pies. Una anciana en el uniforme del Aspirat. No una prisionera. Ni siquiera presente allí. En un ataque de rabia, Piedad apagó el mensaje cuando los labios de Tacto comenzaban a abrirse.

Pero no se desvaneció. Piedad estaba desconectada de su puente de mando. La ligera sonrisa de Tacto no era posible que anticipara cuál sería la reacción de Piedad, y la creciente furia que sentía ahora. Ni siquiera Tacto era tan presciente.

—Ejemplar de flota, te presento el informe de inteligencia del Aspirat —le llegó la voz fantasmal de Tacto—. Puede o puede que no hayas comprobado los manifiestos de la flota, pero si lo hiciste, habrás visto que tus asignaciones de personal no han funcionado de la forma en que pretendías. La enorme mayoría de tus leales de hecho terminaron aquí en la *Skathi*, en algunos casos en la Cítara y en la *Dama Gris*. Todas ellas buenas naves. Una pena. Pero sacrificios necesarios. Mi gente se ha asegurado de que en el resto de las naves haya una mayoría de tripulantes fieles al Partenón. A mí, al Aspirat, a nuestros verdaderos objetivos. Algunas fueron enviadas a esas naves como prisioneras. Otras como tripulación o guardias, en esos casos se trataba de las que pasaron el entrenamiento necesario para superar esos tests de lealtad de los que Felicidad se sentía tan orgullosa. Que me temo que resultaron más bien falibles y, desactualizados. Te admitiré que tu golpe nos pilló inicialmente desprevenidas, ejemplar de flota. Mi propia atención estaba centrada en nuestros verdaderos enemigos, los elementos nativistas en el seno de las Colonias. Debería haber prestado más atención a lo que tenía a mi espalda. Pero existían procedimientos previstos para el caso de que emergiera un nuevo Partido de la Guerra, o algo parecido. La ironía es que si hubieras hecho una propuesta formal de este tipo al Comité de Madres, ¿quién sabe lo que habría pasado? Me imagino que habría sido bastante popular en según qué circunstancias. Pero te equivocaste en el cómo, Piedad. Tenías que tener tu cuartelada y tenías que conseguir otra insignia reluciente para tu uniforme. Así que tuve

que pararte.

La odiosa voz siguió y siguió a pesar de todo, no había nada que Piedad pudiera hacer para detener el mensaje. Pero en el fondo de su mente era consciente de algo más. Algo que se filtraba en la nave desde fuera. Desde el impensable abismo que era el nospacio, aún menos sustancial que el vacío absoluto del espacio. Totalmente hostil a la vida, y pese a ello con un único presunto habitante. El ojo de su mente lo concebía como un colosal parásito con ganchos por extremidades, aferrado al casco de la *Skathi*, revisando su superficie pacientemente para encontrar alguna forma de acceder al interior. Y ya estaba dentro. Era lo bastante pequeño como para filtrarse en cualquier rendija, moviendo su cuerpo hinchado de sala en sala, buscando con sus antenas retorcidas, cazando…

—Así que te hemos arrebatado tu flota, ejemplar de flota. —La imagen de Tacto seguía hablando y Piedad sintió que temblaba, que la mano con que sujetaba el arma temblaba. Apuntó con ella a la consola de comunicación. «¿Qué pasa si dañas a tu propia nave en el nospacio?». No disparó.

—El universo necesita al Partenón —explicaba Tacto—. Nunca diría «en su forma original». El Partenón que conocemos no se formó en esa era turbulenta del Antes. Llegó a ser lo que es durante la guerra. Nos templamos como acero. ¿Qué somos sin los que nos odian, y a quienes hemos jurado proteger? Monstruos, Piedad. La ejecutora Solaz me contó una conversación que tuvo con uno de los coloniales. Una mujer nacida incompleta. Ya sabes que esos espaciales siempre encuentran una forma de conseguir que todo sea funcional y útil, cosas que nosotras simplemente reemplazaríamos.

Aquello impactó a Solaz. La forma en que nos ven. Porque está justificada. Tienen todo el derecho a estar asustados y resentidos. El Partenón fue concebido como un ejercicio de eugenesia, y si no hubiera sido por la guerra, habríamos terminado convertidas en monstruos para justificar nuestra existencia. Gracias a los Arquitectos, porque sin ellos, seríamos el gran enemigo. En cambio, la guerra fue un borrón y cuenta nueva. Nos dio la oportunidad de reinventarnos. Y tú has querido deshacerlo. Has querido convertirnos en nada más que una máquina que se autoperpetúa sin otro propósito superior. No puedo permitirlo.

La *Skathi* era una nave grande. Había mucha distancia entre ella

y la cosa que seguramente no podría estar en el mismo sitio que ella. Pero se estaba acercando, aunque sólo fuera en su cabeza. Tanteaba ciegamente su camino hacia ella. Una cosa que llevaba existiendo desde el albor del tiempo y no podía compartir su universo irreal con nada más. Algo tan alienígena que enfrentarse a ello supondría morir en medio de un horror abyecto. Totalmente más allá de cualquier conexión humana que Piedad pudiera entender, sin ninguna duda, pero que la conocía. La conocía y estaba hambrienta de ella, específicamente de ella, de la frágil mente de la ejemplar de flota Piedad.

—Si te resulta de alguna satisfacción —decía Tacto mientras, con más suavidad—, fuiste muy severa en tus órdenes respecto a mi encarcelamiento. Estoy justo aquí contigo, Piedad. A tu lado, aunque yo estoy sola y tú también. Y aquí está igualmente toda tu tripulación. Las que juraron apoyar tu traición. Todas están aquí en el puente de la *Skathi*, justo a tu lado. Cada una escucha su propia sentencia. Fracasé cuando te uniste a los Uskaro para atacar Estoc, y estoy pagando el precio por ello, al igual que tú. Lo mismo que lo pagan otras mujeres, mejores que nosotras. Esas pocas que conducen a la *Skathi*, la Cítara y la *Dama Gris* en sus últimos viajes. La cognoscente intermediaria Tumba está guiando ahora mismo a tu buque insignia en su vuelo final, ejemplar de flota. Ella se presentó voluntaria, como las demás. Entendía lo importante que era esta misión. Y entendía la justicia poética de este final. Nos sumerge más y más profundamente en el nospacio, Piedad. Un viaje sin destino. Y luego se quitará la vida, un sacrificio por el bien de muchos. Después de esto, nunca se volverá a oír hablar de la *Skathi* ni de tus ideas.

Tacto pestañeó y Piedad deseó, a su pesar, poder traer de vuelta a la mujer. Con que sólo tuviera alguien a quien gritar, a quien amenazar, a quien implorar.

Pero no podría hacer nada de eso, porque algo se encontraba ya en el puente. Algo que se arrastraba y arañaba la puerta. Le dio la espalda. No podía enfrentarlo. No era ninguna cobarde, pero no había el coraje suficiente en todo el Partenón junto para algo así. «¿Cómo pueden soportarlo los inters?». ¿Cómo habrían podido Tumba y las demás conducirlas a este viaje con el pleno conocimiento de lo que suponía?

No había respuesta. Y ahora escuchó el susurro de las puertas al abrirse.

Levantó el arma.

19

Havaer

Los colmeneros habían estado en Crux desde antes de ser independientes. El sistema tenía un mundo, un gigante de gas brutal con remolinos de elementos raros en suspensión: una mina de oro si se pudiera llegar hasta ellos a través de la atmósfera corrosiva y las presiones monstruosas. La solución humana había sido instalar láseres orbitales y sobrecalentar el planeta que había debajo hasta que empezara a expulsar sus entrañas al espacio, para luego cosechar entre lo vomitado. La forma cruciforme de los chorros de gas resultantes —diez millones de kilómetros antes de que se disolvieran hasta resultar invisibles— daba su nombre al sistema. Igualmente el minarlos era increíblemente peligroso debido al calor, a esa voraz química inorgánica, la radiación y demás. Todo ello fatal para los frágiles humanos. Tampoco demasiado recomendable para las estructuras colmeneras. Pero cuando llegaron allí los colmeneros eran todavía propiedades, y los elementos que proporcionaba Crux eran vitales para los motores gravitatorios y otros componentes de las naves. Y la humanidad era totalmente dependiente de sus naves en ese periodo de huida de los Arquitectos.

Si adelantamos hasta la independencia colmenera después de la guerra, Crux mereció toda una sección en el acuerdo final. Se mantuvo como parte de la Esfera Colonial, y los colmeneros siguieron habitándolo. Continuaron minando los reventones de gas, si bien por entonces el proceso se había refinado lo bastante como para que los mineros pudieran reinstanciarse sin sufrir una degradación definitiva. Lo que a los humanos del momento les había parecido suficiente como considerar que significaba que no se producían verdaderos daños ni pérdidas. Havaer habría pensado lo

mismo, pero ahora sabía la verdad. Los colmeneros de Crux entregaban una porción de la producción minera al Hum como alquiler, pero la situación diplomática exacta del sistema se mantenía en un limbo burocrático.

Y allí estaban: la Hueste y su cargamento, recién salidos trastabillándose del nospacio, junto a una maltrecha escolta parteni y Kris ya transmitiendo peticiones de ayuda a la Asamblea colmenera. Por supuesto, los colmeneros habían sido el gran socio silencioso del cártel. En teoría, Havaer podía informarles a ellos, al no haber nadie más. Por lo que había oído, podrían ser los únicos supervivientes de su bando.

Había intentado hablar con los demás sobre la jefa Laery, después de que las parteni aparecieran y liquidaran a las últimas fuerzas de los Uskaro. La pelea había sido feroz, pero Havaer no la había presenciado, ya que prefirió considerarse miembro del grupo no combatiente una vez que habían llegado las profesionales. Además de él, estaban la tripulación de la *Dios Buitre* y el equipo del Ojo, sentados junto a las Máquinas, y el resto de los inters que Havaer había rescatado en distintos lugares de la estructura de la Hueste y que escuchaban desde sus puestos. Todos se pusieron al día, como es natural. De sus diferentes huidas. Y a nadie parecía haberle importado demasiado la suerte de Laery. La mayoría de ellos ni siquiera habían sabido quién era en concreto. Una de las fuerzas motrices secretas que agitaba el curso de los mundos coloniales entre bambalinas. Y apenas había dejado huella en su caída. Había sido la jefa de Havaer por largo tiempo, y su muerte no significaba nada para nadie salvo él.

No se había ido sola. La responsable del Aspirat que había dado a Solaz sus órdenes de actuar parecía haber sucumbido también, por lo que parecía, arrastrando consigo al olvido al bando no cooperativo del Partenón. Havaer no estaba seguro de creérselo del todo, pero parecía que la mitad del problema volvía a estar bajo control.

En cuanto a la otra mitad, su mitad… Tenía el testimonio de Olli como fuente. Al parecer la familia Uskaro había decidido participar en un concurso de matonismo con Aklu, que había terminado mal para todos. Aklu ya no estaba, lo mismo que su teniente Heremon, de ingrato recuerdo, así como el colmenero que llevaba para cantar

sus alabanzas. Olli, detalle preocupante, había heredado las piernas de Aklu, que se habían enlazado con la cápsula seriamente dañada de su escorpión. Ésta era otra novedad que no era exactamente del gusto de Havaer. La mujer ya era antes lo suficientemente peligrosa. Ahora tenía un nido de tentáculos de tecnología essiel sobre los que moverse, y parecía desear utilizarlos contra cualquiera que no le gustara. La verdad era que le sorprendía que no se hubiera puesto estupenda contra el Partenón. Había visto el desastre que causó en la lanzadera de los Uskaro y sus ocupantes.

Todo eso ocurrió antes de que Crux le pasara a nadie por la cabeza. Cuando se citaron en el espacio profundo, todo había sido pánico y recuento de nombres, sin que nadie entendiera la dimensión de lo que acababa de suceder en Estoc. No era como si una paquetera se hubiera estado paseando por la nada absoluta con las últimas novedades acerca de qué había pasado desde que se separaron. Havaer había preguntado cómo era posible siquiera que hubieran llegado todos exactamente al mismo punto de encuentro. ¿Cómo existía un lugar al que Idris supiera que tenía que dirigirse, y que las inters parteni también tuvieran en sus mapas? Estaban literalmente en el espacio profundo, sin una estrella a un centenar de años luz en ninguna dirección.

Y ahí intervenía el heraldo Ash, por supuesto. Que de algún modo había estado presente en toda aquella historia. ¿Presente dónde? ¿En el Ojo? ¿En una nave parteni? Nadie lo sabía. Desde luego no había dado su cara simulada durante los combates. Pero de algún modo todo el mundo recibió las coordenadas de Ash y todo el mundo había terminado en el mismo sitio. Claro, podía preguntar a la maldita cosa sobre lo que era capaz de hacer, acerca de su medio de transporte personal a través del nospacio. Pero se le quedaría mirando todo misterioso y conseguiría la misma cantidad de respuestas directas que habían obtenido antes todos los que lo intentaron. Exactamente ninguna.

Ash era también en teoría parte del cártel. Había estado allí junto a Laery cuando ella anunció su formación. Y lo único que todo el mundo sabía con certeza sobre Ash era que sólo quería una cosa: luchar contra los Arquitectos. Y el objetivo del cártel era convertir al Ojo en un arma en esa guerra. Ash y Ahab, almas gemelas que compartían un objetivo.

Ahora se habían llevado todo el circo a Crux, no sólo porque los colmeneros pudieran ofrecerles un santuario en términos políticos, sino porque tenían emergencias médicas. Trine habían sufrido importantes daños durante la lucha. No se comunicaban, y la actividad de su bullicioso núcleo de unidades insecto parecía irregular, por lo que podía observar Havaer. En el pasado algo así no le habría conmovido en modo alguno en lo personal. Pero ahora tenía su propio camarada por el que llorar. Colvari podrían haber sido el socio más leal y dedicado con el que Havaer hubiera trabajado jamás, y se trataban de un colmenero. Habían dado sus vidas para que Havaer y los inters pudieran escapar.

No les estaba permitido acercarse a las fábricas procesadoras, los enormes orbitales que colgaban sobre los chorros de gas en condiciones que matarían a un humano incluso con traje protector pesado al cabo de minutos. Havaer supo que los colmeneros tenían turnos de trabajo de ocho horas, después de los cuales sus estructuras se descontaminaban y su contenido volvía a la Asamblea conjunta, o al menos a su parte presente en Crux, para ser reinstanciados después. De ahí, incidentalmente, que Crux tuviera unas instalaciones médicas de primera para tratar a colmeneros.

La principal representación de la Asamblea, un diamante flotante en una órbita alta alejada de los excesos del gigante de gas, era el lugar donde se disponían a atracar. La Hueste era demasiado grande para hacerlo, así que llevaban la estructura destrozada de Trine en la *Dios Buitre*, con Idris a los mandos.

Havaer no estaba seguro de qué debía esperar. Después de todo, sólo conocía a colmeneros en interacción con humanos. ¿Quizá todo el lugar rebosara de bichos sueltos?

El lugar rebosaba de bichos sueltos.

O no exactamente. Había una capa exterior, donde atracaron, en la que había instanciaciones individuales de colmeneros en estructuras estandarizadas, desde pequeños modelos que se escurrían entre los pies hasta monstruos gigantes que podrían haber aplastado a la *Buitre* entera. El hangar en que se posaron empequeñecía su nave, y algunos de los otros vehículos atracados eran en sí mismos colmeneros individuales. Las estructuras que vieron ya no debían nada a la estética humana, ni siquiera en una variante surrealista como la que habían tomado cuerpos como el de

Trine. Eran contenedores para nidos concretos de insectos, con la variedad de miembros que fueran necesarios para su desempeño. Iban de un lado a otro por el suelo o las paredes con el garbo de cangrejos bajo el agua, porque no había gravedad en absoluto. Los colmeneros preferían el cero g en casa, al parecer. Incluso la mínima gravedad natural que produciría la masa de la colmena era cancelada por los motores gravitatorios. Si los visitantes humanos y hanni querían moverse por el lugar debían usar botas magnéticas y propulsores. Con la excepción de Olli, cuyas nuevas extremidades podían servir igual.

Sacaron a Trine y un puñado de estructuras se presentaron al instante. Colocaron manipuladores de gravedad en el torso maltratado de Trine, y luego los sistemas de la colmena se hicieron cargo y llevaron al paciente hacia los recovecos oscuros de la colmena. Poco después, recibieron una llamada de la propia Asamblea local, que quería hablar con un representante. Algunas disputas terminaron con la designación de Havaer, Kris e Idris como delegación conjunta. Havaer tuvo que admitir que precisamente los colmeneros no verían problema en la multiplicidad.

Así que terminaron en la parte interior de una sala circular que estaba completamente inundada de insectos cibernéticos. El lugar tenía su buen centenar de metros de diámetro, y aparte del hueco de unos tres metros en el que se encontraban, no se podía ver mucho más de su superficie. El interior de la colmena estaba totalmente compuesto de placas metálicas estriadas con interminables bucles curvados, como una especie de escritura cursiva imposiblemente extendida. En las partes más alejadas parecía una especie de decoración. Pero aquí, vio Havaer, el enjambre de insectos parecía seguir las incisiones como un camino la mayor parte del tiempo, posiblemente reescribiéndolas, como si la memoria compuesta de la colmena se imprimiera continuamente en sus paredes. O quizá sólo fuera decoración. No había forma de saberlo. Después de que los colmeneros dejaran atrás el control humano, cabía esperar que siguieran con su evolución. Ahora sólo se debían a sí mismos.

En el centro de la sala, sujeta por fuerzas gravitatorias invisibles, estaba la vieja y baqueteada estructura de Trine.

Una voz se dirigió a ellos. No un enorme coro zumbante, como

Havaer había medio esperado, sino los tonos neutros y agradables de un programa de traducción, no muy alejado de la voz que usaba Kittering. Algo comercial y producido en masa, orientado a sonar lo suficientemente humano. La Asamblea colmenera conjunta en Crux probablemente podría haber conseguido algo de gama más alta, pero, ¿para qué le hacía falta?

—Hemos entablado comunicación con el delegado Trine —explicaron—. Debe tomarse una decisión respecto a nuestras próximas actuaciones.

—¿Cuál es el diagnóstico? —preguntó Solaz sin rodeos. Havaer recordó que ella e Idris conocían a Trine desde la guerra.

—La cohesión interna del delegado Trine está fallando —les dijeron la Asamblea—. Ha mantenido la misma instanciación por un periodo considerablemente superior a los parámetros de trabajo recomendados. Sus formaciones de datos son anticuadas, idiosincrásicas e inestables. Esto, combinado con el daño que ha recibido, significa que su reparación efectiva es imposible. Si se estabilizan, la identidad del constructo resultante habrá perdido entre el cuarenta y el setenta por ciento de la experiencia almacenada.

—Así que la decisión es aceptar eso o…

—El delegado Trine se han resistido hasta ahora a volver a la Asamblea.

Havaer consideró que, si Trine llevaban en la misma instanciación desde la guerra, eran al menos tan viejos como toda esa colmena. Bastante probablemente más viejo que la Asamblea colmenera conjunta, que se había desarrollado a partir de la tecnología humana del periodo bélico.

—Es cierto —admitió Solaz—. Querían ser ellos mismos. —Éste era probablemente el peor paso en falso diplomático que se podía dar con los colmeneros, pero aparentemente el conjunto aceptó los distintos aspectos posibles del comentario.

—Han explicado que establecieron comunicación. —Idris hablaba tan bajo que probablemente ya lo hubiera dicho y estuviera repitiendo—. ¿Podemos hablar con ellos?

—Podemos establecer una conexión. Sin embargo, conseguir que el delegado Trine alcancen un cierto nivel de operatividad, aunque factible, podría disminuir el periodo de vida a cualquier nivel de

operatividad. Sean eficientes —pidieron la Asamblea.

Y luego no añadieron nada más.

Solaz miró a Idris, y luego los dos a las paredes, como si esperaran permiso, así que fue Havaer el que terminó por hablar.

—¿Delegado Trine?

Llegó una voz que parecía brotar del aire. No del baqueteado torso de Trine, sino amplificada por el vasto enjambre de la Asamblea. Como si, pensó Havaer en un súbito exceso de atavismo, amplificaran el aleteo de la vieja alma del colmenero.

«Sí, soy Trine». Débil, como entre estática, como si llegara a través de un canal de comunicaciones comprometido. O mediante algún antiguo mecanismo analógico que pretendiera dar voz a los fantasmas.

—Tenemos un problema, Trine —dijo Solaz, dirigiéndose a la vieja estructura para tener algún sitio en el que centrarse—. Estamos con la Asamblea en Crux. Quieren reagregaros.

Una pausa y luego llegó la voz desde una distancia incalculable, entre suspiros.

«No creo querer eso».

—Entonces que no se haga —respondió llanamente Idris—. No. Sólo… curadle. Que vuelvan a ser ellos mismos. Sea cual sea el tiempo que lleve hacerlo.

«No creo que eso vaya a ocurrir tampoco», explicó Trine. «Intento echar un vistazo a mis diagnósticos internos, Idris, viejo camarada de armas, y encuentro algunos resultado francamente alarmantes». La voz iba y venía, pero la entonación era inconfundiblemente propia de Trine. «Estoy herido. De hecho sufro daños bastante graves. Algunos de ellos incluso autoinfligidos, ¿os lo podéis imaginar? Mis unidades han anotado en el interior de mi carcasa “problemas de memoria”. Y como no puedo recordar habérselo pedido, únicamente puedo deducir que es correcto. Estoy investigando».

Una pausa prolongada mientras el continuo y apacible bullicio de la sala continuaba a su alrededor.

—¿Trine? —interrumpió Solaz, y la respuesta llegó de nuevo con tono espectral: «Sí, soy Trine». La entonación era idéntica a la de la primera vez, con lo que Havaer tuvo la sensación de que habían retrocedido en sus progresos, pero luego continuó: «O la mayor

parte de Trine. Casi me perdéis. Por favor, seguid hablándome. La memoria a corto plazo es lo único que tengo, parece. No soy capaz de asentar más experiencias en registros a largo plazo. Mis funciones de memoria van completamente a la deriva».

—¿Pueden mejorar? —preguntó Solaz.

«Bueno, no podría decírtelo, mi solícita amiga», sonó con ecos la voz de Trine desde el lejano lugar en que rebotaba. «Fundamentalmente porque fue algo que investigué antes, y ahora ese conocimiento se ha ido. Como ocurre con la mente humana, acceder a mis recuerdos supone reemplazarlos con los recuerdos del momento del acceso. Y desafortunadamente, dada mi situación actual, al acceder a cualquier recuerdo lo sustituyo con… nada». Otra pausa, y justo cuando Solaz iba a hablar de nuevo: «Es espantoso. Es como si mi mente se estuviera devorando a sí misma. Puedo sentir mis recuerdos, todo lo que he aprendido, como un árbol repleto de fruta. Cuando arranco una de ellas, no crece otra. No me gusta». Y luego añadió: «No sé qué hacer».

—Espera —pidió Idris—. Curaos. Os curaréis. —Miró alrededor al enorme enjambre—. Ellos os curarán, ¿verdad?

—No podemos saberlo —llegó la voz de la Asamblea, mucho más fuerte que los estertores de Trine—. Todo es posible. Han estado separados un tiempo muy largo. No podemos conocer sus capacidades.

—Entonces podemos darles tiempo —insistió Idris, pero justo por encima del hombro de Havaer llegó una nueva voz.

—No podemos.

Todos se sobresaltaron, y si Havaer hubiera llevado una pistola, la tendría en la mano. Detrás de ellos estaba la figura entogada del heraldo Ash, en una nueva muestra de su larga tradición de apariciones allí donde no se le esperaba.

Para sorpresa de Havaer, Solaz se acercó amenazadora hacia el alienígena como si fuera a patearle el culo de vuelta al lugar del que hubiera venido, si es que existía.

—No es asunto tuyo.

Él la encaró sin intención de resultar amenazador, sin tan siquiera molestarse por el desafío.

—Lo es de todos, mirmidón ejecutora Solaz. —Usó el rango para ponerla en su sitio, con tanta claridad como lo hicieran con él

cualquiera de los superiores de Havaer en el pasado—. Pregunta a Idris. Él lo sabe.

El escuchimizado inter se retorció con aire combativo, pero no sostuvo la mirada de nadie.

—No —murmuró, pero cuando los ojos de Solaz le pidieron más, añadió—: El trabajo de Trine.

—¿Como arqueólogo? —preguntó Solaz—. Seguro que si hay un campo de conocimiento que podamos esperar…

—Trabajaban con Shinandri y conmigo —musitó Idris—. Con el Ojo. Trabajaban en una forma de viajar por el nospacio. No como las naves normales. Tecnología originaria. Una forma de hacer lo que quería Ahab. Ya sabéis, ir y golpear a los Arquitectos donde viven. —Sonaba como si fuera algo que le enfermaba—. Nadie conoce a los originarios como Trine. Dijeron que lo tenían. —Miró la estructura de Trine—. No pueden… ¿Trine…?

«Yo… No me atrevo, mi viejo… mi… mi compañero, Idris. No me atrevo a mirar. Si miro, sabré, pero no podré volver a saber. Todo mi trabajo. Todos esos años. Mis aprendizajes. Y no puedo saber lo que sé, o un momento después ya no lo sabré… ¿Qué se espera que haga?».

—La Asamblea será capaz de preservar vuestras experiencias y conocimientos, y reiniciaros para que podáis poneros manos a la obra —insistió Ash.

—Pero sólo si Trine quieren —dijo Solaz—. No se les puede obligar.

—Hay precedentes —llegó el coro de la propia Asamblea—. Pero preferimos que no sea así. Y una reintegración forzada raramente termina en reinstanciación plena. Hay demasiada discordia.

—Trine —intervino Idris—. Pueden instanciarte. Todavía puedes volver. Completo. Con todo lo que sabes.

Havaer simplemente se quedó allí sin decir nada. Era un prodigio que Telemmier hubiera vivido tanto en un universo que incluía a los colmeneros, y todavía no les comprendiera. Recordó a Colvari, cuando les contrató por primera vez como procesador de información. Y recordaba cómo regresaron Colvari después de que les devolviera a la Asamblea y le reinstanciaran. Seguían siendo Colvari, sólo que…

—¿Trine? —La voz de Solaz se había encogido hasta ser un

susurro. Havaer pensó que Ash volvería a intervenir, que insistiría en que Trine cumplieran su parte en la gran cruzada, pero tuvo el tacto suficiente para seguir callado.

«Sí, soy Trine. Ha pasado mucho tiempo», sonó al fin la débil vocecita. «No puedo decir durante cuánto, no sin olvidar, he sido yo desde que soy yo. ¿Quién más puede decir algo así entre nuestro gremio? He visto muchas cosas. Idris. Solaz. Quiero evocar. Quiero preguntaros si recordáis esta o aquella huida, mis viejos… mis… amigos. Pero si invoco el fantasma de las cosas que vimos e hicimos, se perderán para mí, y será como si nunca hubiera participado. Lo siento. No puedo compartir como lo hacen los amigos. Parece que debo volver al fin con mi familia y hacer recuento de mí mismo». Una pausa, y luego: «Era un chiste. Un chiste especialmente colmenero. Podéis reíros».

Nadie lo hizo.

Al final se llevaron la estructura de Trine al interior de la colmena, y los tres humanos volvieron al Ojo, la Hueste y la *Dios Buitre*. Mientras esperaban a ver qué podía hacer la Asamblea colmenera con el viejo arqueólogo, era el momento de llorar por todos los demás.

Solaz

Las parteni tenían un monumento a las caídas móvil, accesible a toda la flota. Un recuerdo de las fallecidas, con las más recientes en primer lugar. Pero Solaz podía repasar hasta dar con las que recordaba de la primera vez que habían luchado con los Arquitectos. Un lugar para los homenajes, la iconografía, la catarsis. Ahora se actualizaba con los nombres añadidos por quienes habían escapado del intento de golpe y llegado hasta Crux. Los nombres de quienes habían muerto derribando la cuartelada de Piedad. Las que se habían sacrificado a sí mismas para conducir a las disidentes al olvido. El nombre de Piedad no aparecería allí, ni el de ninguna de sus colaboradoras. Lo mismo que había ocurrido con las integrantes del Partido de la Guerra, o de quién sabía cuántos otros bandos perdedores e intentos fracasados de fragmentar o redirigir el Partenón. Todas borradas, arrancadas de la genética mental de la sororidad.

«Tacto», vio Solaz. Caída con todos los honores cuando defendía lo que consideraba justo, una visón particular del Partenón. La misma en la que creía Solaz, pero era incómodamente consciente de que en el caso de haber sido la protegida de Piedad, probablemente habría pensado de manera distinta. Nada malvado, simplemente incompatible con los objetivos marcados por Tacto, y en el que estarían justificadas ciertas medidas cuestionables. Un asunto con muchos matices, pero, ¿era lo adecuado que desapareciera sin dejar rastro? Sin embargo, así había ocurrido.

Y había más nombres aparte del de Tacto. Tumba y un puñado de sus preciosas inters, junto a unas cuarenta de las hermanas se Solaz que se mantuvieron leales, todas desaparecidas de igual modo. «Pero no yo. ¿No era lo bastante leal, o simplemente me necesitaba para manejar a la tripulación de la *Dios Buitre* y a los inadaptados del Ojo?».

Los coloniales llevaron a cabo su propio funeral, en los confines de piedra de la instalación originaria. Era duro para ellos, porque faltaban detalles de la mayoría de la gente a la que querían recordar.

—Aklu el Inefable, Cuchilla y Gancho —declamó Olli.

Estaba junto al lecho de Tokamak Jaine, que tenía el torso parcialmente desmontado mientras dos colmeneros trabajaban en él. Había sobrecargado su cuerpo durante la pelea, al punto de que sin ese mantenimiento probablemente se habría apagado y muerto. O explotado, considerando su sobrenombre.

—Nacido quién cojones sabe cuándo y quién cojones sabe dónde —seguía tenazmente Olli. Tenía una de las puntas de sus nuevos tentáculos en la mano de Jaine. Alrededor de ellos se sentaban los restantes miembros de la tripulación de la *Buitre*, además de Shinandri y el espía, Havaer, todos con vasos impresos. Solaz se les unió ya tomó uno. Ya conocía el procedimiento.

—Un empleador desconsiderado que cargaba de trabajo sin recompensa —declaró Kittering.

—Era imposible entender una palabra de lo que decía —añadió Jaine, con una voz electrónica plana que surgía del altavoz que le habían colocado los colmeneros.

—Un auténtico gángster, un criminal —dijo directamente Havaer, un comentario que quizá no respondiera con exactitud al

espíritu de la reunión.

—Mi… jefe, es lo que fue —siguió Olli a pesar de todo—. Mi benefactor. Leal a… sabe Dios a qué, la verdad. Buenas… ¿garras? Muerto en el espacio, como corresponde a un espacial. Donde pertenecía. Uno de los nuestros, joder, es lo que era, y pelearé con la puta Hegemonía para defenderlo. —Les miró belicosamente—. Sigamos.

Luego llegó el turno de Heremon la tothiat, y después del innominado mayordomo colmenero. Seguidamente Havaer añadió a su propia jefa a la que rendir homenaje, esa Laery, además del colmenero con los que había trabajado, que también rescataron a Kris más de una vez. Llegar hasta Crux les había costado caro.

Una multitud de nombres habían quedado atrás en Estoc y no estaban allí. Un montón de gente que no había sido del todo «de los nuestros», pero tampoco realmente enemigos. Que simplemente habían formado parte del proyecto, porque el astillero era enorme, y eso suponía miles y miles de personas y colmeneros haciendo… su trabajo. Trabajo normal, sin ninguna implicación. Y las paqueteras ya habían llegado a Crux confirmando que Estoc había desaparecido. Sólo quedaba la estrella, que había perdido buena parte de su masa. En su lugar había una escultura, una tracería delicadamente diseñada que rodeaba completamente el sol como una filigrana. Y estaba compuesta de toda la materia del sistema de Estoc. Convertida en filamentos del grosor de un cabello y dispuesta como una especie de obra de arte. El mayor trabajo concreto que los Arquitectos hubieran donado jamás al universo. Lo que fuera que Aklu hubiera puesto en marcha parecía haberles impulsado a una respuesta de carácter singular.

Solaz escuchó esa especie de oraciones, lo mejor que cada cual podía dedicar a sus muertos, y luego volvió con su propia gente. Sabía de algunos planes que se habían puesto en marcha. El hecho de que hubieran llegado paqueteras a Crux significaba que las novedades también viajarían en la dirección contraria. Daba por hecho que Havaer tendría que haber entregado un informe a alguien, por ser quién era y la forma de actuar que eso suponía. Además, habría un montón de oídos atentos en el Hum en cuanto les llegara la noticia de lo que acababa de aparecer en Crux. Debía haber una respuesta en camino, y no estaba segura de cómo la

debilitada flota parteni disponible podría responder. Estaban técnicamente en un sistema colonial. Y el Ojo era algo sobre lo que el Hum querría reclamar la propiedad. Con palabras o por la fuerza de las armas. Después de todo, la única cosa que había detenido la guerra parteni-colonial fue el surgimiento del cártel, y esa pequeña conspiración ya era cosa del pasado.

Idris se escabulló del grupo antes de que se pusieran demasiado sensibleros, y poco antes Havaer había hecho lo mismo, sin duda para hablar con los servicios de inteligencia colmeneros (o con la inteligencia colmenera en sí, supuso Solaz). Idris probablemente se imaginó que su marcha pasaría inadvertida, pero Solaz le alcanzó poco después. Había ido a las Máquinas, con Ahab en una sala contigua haciendo algo mecánico e intermitentemente ruidoso. Dedujo que Ahab no iba a funerales. Al fin y al cabo, su cultura se reducía a las migajas fugitivas que habían quedado después de que los Arquitectos destriparan lo que antes fuera la civilización naeromathi. Si Ahab empezaba a elogiar a los muertos no tendría modo de parar.

Idris estaba sentado en un borde de la Máquina a la que se había conectado con tanta frecuencia. Con las piernas colgando y los hombros caídos. La pose tradicional de Idris, que indicaba que se estaba enfrentando a esos demonios interiores suyos, mucho más grandes y fuertes que él mismo.

—No quiero hacerlo —le dijo en cuanto ella entró—. No quiero hacer nada de eso.

Solaz se sentó a su lado, lo mejor que pudo sobre la topografía desigual de la Máquina, y luego le dejó que se apoyara en ella. Descubrió que le necesitaba tanto como él a ella.

—No sé dónde estamos —dijo Solaz—. La flota. El Partenón. Nos hemos mutilado porque la alternativa era convertirnos en algo distinto. Abandonaros a todos. No podemos pelear con las Colonias y no podemos pelear con los Arquitectos. O no tan bien como debiéramos. No sé qué viene ahora. —Las palabras que surgían de su boca le revelaron a ella misma todos los temores que había en su cabeza y a los que no había querido enfrentarse. Todas las certezas con las que había vivido cuando no era más que una agente de Tacto. Que el Partenón entero estaría siempre disponible para ayudarla, como una madre severa.

—Podemos combatir a los Arquitectos —respondió Idris—. Eso es lo que quieren que haga. Los otros inters y yo, todos nosotros. Combatirlos y destruirlos. Pero eso no arreglará el problema. Solaz, hay algo…

—Tras ellos, lo sé. Lo has dicho. Pero si ellos son la pistola… Apartar la pistola supone también una ayuda.

—Matas a la pistola, pero la pistola está viva, y no es la responsable. Y puede ser que el pistolero vaya y consiga otra. —Él se apartó y luego se quedó encogido: estaría así hasta que volviera a conectarse a la Máquina—. ¿Puedes buscar a Shinandri? Necesito ponerme a trabajar.

—Idris…

—Lo necesito. No es que lo quiera. Preferiría hacer cualquier otra cosa. Pero tengo que aprovechar el tiempo, antes de que me hagan ir a matar por ellos.

Cuando ella volvió con los demás, Trine estaban allí, entre un silencio incómodo.

Los colmeneros habían reparado su estructura, con la misma cara humana agradable proyectada desde el cuenco de su cabeza. Solaz sintió una sacudida de cariño seguida por un repentino sentimiento de incomodidad. Como si estuviera mirando a un cadáver manejado por un titiritero.

—Ah, Solaz —le llegó la voz familiar de Trine—. Me alegro de verte. Justo le explicaba aquí al doctor Shinandri que la Asamblea conjunta y yo estamos listos para hacer las modificaciones definitivas al Ojo. Por fin entendemos lo que se debe hacer. —Todo enunciado con nitidez y claridad, como si se estuviera encontrando con alguien en un contexto profesional por primera vez. Alguien que sabía quién era, de cuyas hazañas tal vez había leído, pero a la que no conocía realmente. Esperó que llegara algo tipo «mi antigua colega» o «mi veterana camarada», o cualquier otro de sus «trineísmos», pero sólo había un lugar vacío en la única parte del universo en que esas expresiones resonaban y creaban eco, y supo que les había faltado un nombre entre los que se citaron en los funerales.

20

Idris

Ahora entendía a Ahab. Quizá incluso a Ash. Su comportamiento monomaniaco. Porque se había producido una guerra civil entre las parteni, y los Uskaro habían atacado, el sistema de Estoc había sucumbido a los Arquitectos, y todo ello había causado incontables muertes, pero antes que nada él lo sentía como una interrupción en su trabajo. Todo ello le había mantenido apartado de las Máquinas, el Ojo y el nospacio, y literalmente no había nada más importante, en todo el universo.

Cuando Shinandri le había llevado por primera vez a la Máquina, se resistió a cada paso del camino. Quizá era porque una parte de él sabía incluso entonces que, una vez que tuviera ese tipo de acceso al nospacio, no sería capaz de dejarlo escapar. Se sentía como si le ofreciera el acceso a la siguiente etapa en el ciclo de la vida del inter, con toda la navegación, el primer contacto y las guerras reducidos a la fase de oruga, rutinas necesarias.

Y había vivido su revelación, ¿verdad? Antes de que le condujeran a una de esas tediosas rondas de política y violencia. Se había arrastrado hasta las inmediaciones de la propia Presencia, y visto algo a su sombra. La ciudad sumergida, a oscuras y eterna… O al menos algo que su mente tradujo en esos términos. Era el nospacio, y lo irreal, así que nada que encontrara allí sería algo que la mente pudiera comprender de primera mano. Sólo contaba con su subconsciente como mediador, el intermediario del intermediario.

Una vez en la losa, Idris se sumergió en el nospacio, a solas. No había más inters que le distrajeran. Ninguna voz en su oído que le indicara qué debía hacer. Estaba al fin a sus anchas, con la mente entregada al abismo.

Sintió por debajo que la Presencia se revolvía, el primer chasquido irritado de su oreja cuando percibió su llegada. Era casi reconfortante. Cuando existe un terror sin nombre que es literalmente demasiado espantoso como para enfrentarse a él, es bueno saber cómo se comporta.

Debajo de Idris.

En un reino sin dimensiones, la mente te juega malas pasadas. Pero una parte de él —su parte inter— comprendía. Tenía la misma comprensión instintiva que un animal migratorio sobre lo que pasaba exactamente en aquel lado de la frontera entre lo real y lo irreal. No necesitaba las matemáticas de las ecuaciones. La comprensión era el valor propio del inter en el nospacio. Debajo, porque sólo había una dirección, y era hacia abajo. Se hacía una imagen mental del límite con la realidad como el reflejo plateado de la luz del sol sobre el agua, visto desde abajo. Y se dejaba caer lejos de esa frontera, sumergiéndose en el frío atenazador, en las profundidades oscuras. El lugar donde se ocultaba la Presencia. Más al fondo, a mitad de camino del abismo, donde sólo llegaba el rastro más tenue de la luz, existía una constelación de estructuras de la que procedían los Arquitectos, y más allá había aguas aún más profundas. Sólo que…

Era finito. Había visto el fondo del mar. Las luces de su mente habían intuido un límite, así que ¿qué clase de dimensión infinita era aquélla, entonces? El nospacio era vasto más allá de lo cartografiable, todo el mundo lo sabía. No tenía un final. Sólo existía un principio, una piel por encima sobre la que estaba el universo al completo y todo cuanto contenía.

Ésa era la idea compartida. Una capa de realidad y luego la descomunal sima debajo. Con los pasajes, la red de tejido conectivo que enlazaba estrella con estrella dando puntadas al espacio justo por debajo de esa frontera. Y todo el tráfico de cada especie inteligente se producía a través de esa fina piel. Sólo que Idris había llegado hasta el fondo y había visto el final, y eso significaba que cuanto sabían todos sobre la estructura del nospacio estaba errado. Si había un límite definido, ¿qué existía después?

Así que se sumergió aún más, sintiendo cómo la Presencia se le acercaba perezosamente, inquisitiva como un tiburón. Notó el miedo, una respuesta que no debía nada a ese cuerpo al que sólo se

sentía débilmente conectado. Un miedo existencial, motivado por una entidad cuya propia naturaleza era una abominación absoluta. Sintiendo que se acercaba, que cada vez la tenía más próxima. Una inmensidad debajo, una sombra en las aguas. Ojos como perlas rojo sangre. Con una maraña de tentáculos del grosor de un cabello para atraparlo. Con manos muertas que tanteaban a través del agua oscura.

Los ojos de Idris ya estaban cerrados, pero dentro de su cabeza volvió a cerrarlos otra vez, y otra. Creando así capas de calma, capas de distancia mental, incluso mientras se encontraba a la sombra de la Cosa. El temor se abría camino en los espacios de su mente, y él se retiró al siguiente escondite, y luego a otro más. Incapaz de encararla, pero capaz de mantenerse alejado. O de no encararla todavía, y a veces «todavía no» era suficiente. Cayó más allá del flanco ondulado del ser, algo vasto y hambriento como un agujero negro. Sintió la extensión que había debajo, la capa turbia de cosas muertas que exigían seguir enterradas hasta que…

No, eso era un error. Era su mente que le engañaba. El precio de permitir que su inconsciente poblara con imágenes el abismo inimaginable.

Idris se estremeció por una revelación. En algún lugar había alarmas, lejanas y débiles. En algún lugar estaba la Presencia, muy próxima e inmediata. Encontrándole, abriéndose para engullirle como si fuera una mota de plancton en la inmensidad dentada de sus mandíbulas.

Comprendiendo.

No era una extensión. No una llanura enorme y sin luz. Ni siquiera era abajo. Lo único que creía saber sobre el nospacio estaba equivocado. No había una llanura plana, sino un punto. Un centro. Y si de algún modo había conseguido pasar más allá de la Presencia y más allá de ese punto central, se encaminaba de nuevo hacia la salida, de vuelta a la realidad.

El nospacio tenía un núcleo, y había algo que vivía en ese núcleo. El corazón de todo. Porque el nospacio estaba rodeado por el universo real.

Si había un lugar en el que se escondieran los amos de los Arquitectos, lo había encontrado.

Luego se vio arrastrado. Ya no estaba solo en el Ojo, pero no

quería irse. Incluso con la Presencia a su alrededor, con las fauces cerrándose. A pesar de que, si le atrapaba, moriría. Su mente se lanzaría rumbo al olvido, puesto que por definición no podría sobreponerse a la Presencia. Pero estaba aprendiendo. Estaba deglutiendo información como si fuera agua helada que inundaba sus pulmones a falta de aire. Veía el movimiento de cosas que eran enormes e incontenibles, pero a la vez diminutas y discretas. Cosas ya en marcha. Que le percibían. A él y a todo. Una tensión y una estructura presente en todo el nospacio. Porque cuanto más se acercaba al centro, a ese corazón, más pequeño se volvía todo. La escala variaba, de telescópica a microscópica. Mientras se deslizaba por esa pendiente hacia los dientes de la Presencia, podía percibir más y más nospacio, apreciando su estructura más amplia y encogiendo el conjunto, hasta que toda la red universal de pasajes que surcaban su piel se convirtió en algo que podía abarcar de un vistazo, y comprender. Ver cómo tiraban y aflojaban la estructura del universo. Y cómo todas esas mentes infinitesimales atenuaban el límite entre lo real y lo irreal, complicando las matemáticas. Echaban a perder una cierta simetría elegante. Arenilla en los engranajes de una máquina que estaba haciendo algo.

El universo era una máquina que estaba haciendo algo. Ahora lo podía percibir muy claramente. Entenderlo era lo más importante que había hecho en toda su vida. Pequeñas cosas como respirar no importaban realmente en comparación.

No, se corrigió. El universo era el universo, pero esparcida a lo largo de su extensión había una máquina que le hacía algo al universo. Muy lentamente. De forma muy precisa. A escala atómica, y en todo cuanto existía. Era necesaria una precisión extrema y, si se quedaba quieto en el mismo corazón del nospacio como hacían ellos, podría contemplar esa complejidad absurdamente exacta hasta una comprensión absoluta. Entendería lo que intentaba hacer, y cómo esas diminutas motas de polvo pensante descuadraban los cálculos y…

Lo sacaron a la fuerza… Le arrastraron literalmente fuera de la máquina sin su permiso. Por un momento había sido no exactamente el emperador del universo, pero sí un aspirante al trono, un potencial usurpador. Porque sólo él y ellos eran capaces de comprender que había un trono. Un centro del universo, más allá

de la vigilancia de la Presencia. «Dadme una palanca y un punto de apoyo», había dicho un sabio. Idris era la palanca, y había descubierto dónde podía apoyarse para mover el universo.

Pero la verdad es que casi se había muerto. Las alarmas habían sonado cuando sus signos vitales superaron límites críticos. Le sacaron antes de que muriera su cerebro, y tres unidades colmeneras que le habían proporcionado Trine mantuvieron los latidos de su corazón, por mucho que hubiera intentado que parara. No le habían dejado morir, y él se sentía lejanamente agradecido por ello.

Luego, tras el mínimo de tiempo necesario para asegurarse de que no iba a caer muerto, le llevaron a una reunión. Él no quería ir a ninguna reunión. Quería volver a la Máquina. Sólo que esta vez era una reunión a la que realmente le convenía asistir. Porque Trine —o, más bien, un colmenero que se parecían a Trine pero no lo eran realmente— hablaban sobre lo que le estaban haciendo al Ojo, y lo que el Ojo llegaría a ser capaz de hacer, lo que afectaba directamente a los propios planes de Idris.

—La principal dificultad de cualquier operación en el nospacio —dijo Shinandri— es que allí no podemos trabajar en equipo en circunstancias normales. Ésta es, se podría decir, una de las características definitorias del acceso físico al nospacio.

—La «principal dificultad» es que no hay nada real ahí y no se puede hacer otra cosa más que perder la chaveta —le interrumpió Olli. Idris tenía la sensación de que la discusión iba a ser ya lo suficientemente complicada sin interrupciones, pero no se sentía con fuerzas para decírselo.

—Detalles —repuso Shinandri de forma despectiva— de los que nos ocuparemos a su debido tiempo. La conexión de terminales, utilizando la tecnología originaria del Ojo, ha permitido una interacción limitada entre intermediarios dentro del nospacio, pero no es suficiente. No podemos limitarnos a lanzar inters desnudos contra la conglomeración que hemos detectado ahí. Eso no conseguiría, me temo, nada por lo que valiera la pena informar a casa. —Su risita, que había contenido durante un tiempo, se le escapó al fin—. ¿Mi estimado colega? —Hizo un gesto hacia el colmenero que llevaban puesto el cuerpo y el rostro de Trine. También tenían su voz, y sabían todo lo que sabían Trine. Pero no

eran Trine, y la discontinuidad no hacía sino incrementar la tensión en el interior de Idris. Ahora estaba de vuelta en lo real. Se suponía que allí las cosas se comportaban de formas predecibles. No podía asumir demasiados sobresaltos a este lado de la frontera.

—Todavía sabemos demasiado poco acerca de los originarios —dijo la voz de Trine—. Sin embargo, un estudio de las instalaciones del Ojo nos ha proporcionado un marco de referencia en el que encajar una gran cantidad de conocimientos fragmentarios que recopilé a lo largo de mi carrera. Los originarios no fueron simples observadores del nospacio, sino también ingenieros. Puedo demostrar, empleando los sistemas del Ojo que se han mantenido intactos, que los pasajes de los que dependemos para hacer viajes entre sistemas estelares sin necesidad de pilotos intermediarios fueron de hecho construidos por los originarios. O al menos tenían la capacidad de hacerlo. El nospacio, como territorio, trabaja conforme a una serie de constantes matemáticas, y pese a que son distintas a las del universo material, son sin embargo predecibles, y el Ojo nos da los medios para conseguir una comprensión matemática del nospacio.

—¿Estás diciendo que ahora podemos construir nuevos pasajes? —preguntó Olli.

—No. O más bien, todavía no —explicaron Trine—. Aunque este descubrimiento nos proporciona las bases teóricas para este tipo de construcciones. Sin embargo, el gasto de energía necesario para efectuar ese tipo de cambios en la práctica parece totalmente más allá de nuestras capacidades.

«Nos faltan palancas», pensó Idris. El temblor que atravesó todo su cuerpo fue tan grotesco que le sorprendió que nadie se le quedara mirando. Kris, sentada a su lado, le dirigió una mirada interrogativa, y eso fue todo. Una reacción escasa ante alguien que ahora comprendía el funcionamiento entero del universo. «Palancas. Los mecanismos más sencillos posibles. Sólo necesitas saber dónde aplicar la presión. Una palanca magnifica la fuerza empleada. Y si estás en el lugar exacto, puedes conseguir tanto con tan poco…».

—Habrán oído que este lugar del Ojo se conoce como la Boca del Pozo —continuaron Trine—, debido a la idea de que quienes se meten en las Máquinas descienden a una teórica sima. Al poner mis archivos personales a disposición de la Asamblea conjunta, hemos

llegado a la conclusión de que es posible enviar más cosas por este «pozo» que las mentes de los intermediarios implicados. ¿Doctor?

—Así es, sí —confirmó Shinandri—. Con la asistencia del delegado Trine y la Asamblea, hemos aclarado determinadas cuestiones sobre el funcionamiento del Ojo. Es una burbuja, si lo prefieren. El Ojo proyecta una burbuja de la realidad en el nospacio. Así es como funciona esta instalación de observación, y es en el interior de esta burbuja donde las mentes de los intermediarios han sido capaces de relacionarse, a pesar de estar inmersas en el nospacio. Al investigar más a fondo los recursos del Ojo, será posible proyectar una burbuja mucho más significativa de la realidad en el nospacio. Una que contenga al propio Ojo, y su receptáculo, el vehículo conocido como la Hueste. Con la guía adecuada de intermediarios, seremos capaces de seguir existiendo físicamente y operar en el nospacio. Como entidades reales. Juntos.

Se produjo una pausa prolongada. Idris se sentó y tembló, percibiendo la perplejidad de los demás asistentes, y casi se sintió agradecido cuando intervino al fin Olli.

—Eso suena como una puta locura. ¿Qué hay de esa cosa de la que todos hablan? ¿Y qué pasa con…? Quiero decir, se estarán haciendo cosas reales, siendo cosas reales, en un lugar en el que se supone que no entra nada real. ¿No estará continuamente intentando expulsarnos o pisotearnos?

La risita de Shinandri fue media octava más alta que su chirrido habitual.

—¡Oh, desde luego! —admitió—. Será necesario un trabajo continuo de los motores originarios para mantener nuestra presencia o, como ha supuesto, nuestra propia existencia. Bueno, ¡nadie ha sugerido que fuera a ser seguro! Sin embargo, nos permitirá acercarnos a nuestro objetivo, nuestro destino, el hogar de los Arquitectos. Y una vez que nos desenvolvamos en su mismo marco de referencia, podemos empezar a trabajar en su contra, para destruirlo. Podremos contraatacar.

—¡Sí! —atronó Ahab desde atrás, y algo de su fervor estaba desde luego en el ambiente. Idris se encogió. «No», pensó, pero estaba en amplia minoría.

—Con el fin de mantener nuestra conexión con lo real —continuó Shinandri—, necesitaremos una presencia continua en la

Boca del Pozo. Mientras estemos, por así decir, metidos en el fondo. —Otra carcajada—. Y tendrá que proporcionarla una nave en lo real. Nuestro ancla, por seguir con las metáforas. En tanto ese ancla permanezca intacta, el pozo… la burbuja… Perdónenme por tantas metáforas, pero hablamos sobre un lugar en el que no existen conceptos apropiadamente concebibles, así que, ¡todo lo que tenemos son vagos símiles! Mientras continúe haciendo su función el ancla, y se mantenga el acceso al Pozo, y nosotros, allí abajo, sigamos en contacto de forma equivalente, incluso podremos volver sanos y salvos cuando terminemos nuestra misión. —Les lanzó una sonrisa luminosa—. Podemos ganar —dijo sin tapujos—. Una vez que Jaine, Ahab y los colmeneros hayan terminado de modificar el Ojo para el viaje, podemos llevar la guerra hasta los Arquitectos y ganarla.

Idris, que no podía compartir la sensación de júbilo que parecían sentir todos los demás, se alejó de Kris y Solaz, y se centró en sus pensamientos. Le parecía que seguramente Trine y Shinandri llevaran razón. Él podría subir y dar su propio discursito si quería. Ampliar su comprensión. Quizá tendría que explicárselo en algún momento. Pero antes que nada tenía que pensar en las implicaciones de todo aquello. Lo que querían utilizar como un arma contra los Arquitectos era también una oportunidad para que él se sumergiera aún más. Si tan sólo pudiera volver a sobrepasar a la Presencia y llegar al corazón de cuanto existía. Podría quedarse ante aquello que moraba allí, las cosas que debían ser los amos de los Arquitectos, y preguntarles: «¿Por qué?». Pedirles: «¡Dejad de matarnos! ¡Estamos aquí!», lo mismo que había hecho la primera vez en que se encaró con los Arquitectos tantos años atrás. Podía terminar con la guerra, con la amenaza universal, sin que nadie cometiera un genocidio contra nadie.

21

Havaer

—La *Escritor de Hierro* —señaló Havaer—. La *Orca*, la *Gorra Roja*, la *Leopardo*, la *Tormenta de Garelli*, y según nos acaban de transmitir, la *Nave de Contraofensiva DKT26 Provisional del Astillero Vantus*. —Lo que indicaba que el Hum estaba algo corto de efectivos ahora mismo, pero quería poner toda la carne en el asador tan deprisa como fuera posible.

—¿Contraofensiva, no? —le preguntó Kris, mirando las pantallas de la *Buitre*. Recibía información de las propias cámaras de la fábrica colmenera: acababa de llegar una flota de vehículos coloniales, recién emergidos del nospacio desde el pasaje de Tarkir. Si Havaer quería, podía seguir el rastro de miguitas hasta Sentina, donde habrían juntado a ese grupo. La forma más rápida de reunir una flota sin arriesgarse a que los intermediarios se coordinaran.

—Contraofensiva es como llaman ahora a la ofensiva, si recuerdo bien de los últimos informes departamentales antes de que liquidaran a mi departamento sobre Estoc —dijo Havaer sin emoción—. Es una bonita forma de gastar montañas del presupuesto del Hum en naves de guerra sin parecer agresivos. El mejor ataque es un contraataque, ya sabe.

Había seis grandes buques de guerra, pero el pedacito de la flota parteni que ya tenían en Crux les doblaba en tamaño, y eso sin contar con lo que los colmeneros pudieran poner sobre la mesa. Así que ahora mismo no era probable que fuera el Hum el que empezara a disparar. Además, todas esas nuevas naves relucientes pretendían pasar por nada más que la escolta de un yate diplomático. La nave que realmente importaba, la *Llave Rota*, era una esbelta aguja plateada perdida en ese pajar fuertemente armado, y transmitía una mezcla de mensajes apaciguadores,

peticiones y exigencias apenas veladas.

—Surge la sugerencia de que conocen nuestra presencia aquí —comentó Kittering, en un buen acercamiento a la ironía humana.

El puente de mando de la *Dios Buitre* no era exactamente un lugar agradable, y el olor a tripulantes que hacía demasiado tiempo que no tocaban puerto era bastante intenso. Además, la nave estaba abarrotada, dado que ahora vivían en ella, además de su equipo habitual, Tokamak Jaine y Júnior, que monopolizaba casi todo el muelle de drones. Mientras, los inters y Shinandri se hacinaban en las partes de la Hueste en las que no estaban trabajando los colmeneros para hacer modificaciones. El propio Ojo, que Havaer también consideraba un lugar poco acogedor, pero que al menos tenía sitio para estirar las piernas, también resultaba ahora inaccesible. Los colmeneros y Ahab trabajaban en los últimos cambios, atornillando una nueva capa de tecnología desparejada a todas las demás aparatosas adiciones, de forma que la cosa terminaría estando… ¿el qué?, ¿acondicionada para el nospacio? Havaer se estremeció. Si tenía algo claro era que no iba a estar en la cosa que emprendiera ese viaje. Muy, muy por encima de su nivel salarial.

Sin embargo, lo que acababa de ocurrir sí parecía entrar dentro de sus cometidos. O al menos no tenía a nadie por encima al que se lo pudiera pasar, ya no.

Sólo estaban tres en el puente, como consuelo. Olli y Jaine habían salido juntas. «Comprobando las posibilidades de las reparaciones colmeneras», pensó Havaer, inseguro de si eso le molestaba, le hacía sentir celoso o qué, la verdad. Probablemente era bueno que al menos alguien tuviera una vida privada. Idris estaba enfurruñado. Ésa era al menos la opinión de Havaer. Le habían dicho que tenía que alejarse de las Máquinas mientras estuvieran trabajando en ellas, lo que para Idris Telemmier era una imposición enorme. Así que estaba con una pataleta en su cuarto, como un niño pequeño, lo que dado que era más viejo que cualquier otro ser vivo que conociera Havaer resultaba un poco exagerado. O quizá estuviera pensando cosas profundas de intermediarios. Pero Havaer decidió que, si tuviera que apostar, lo haría por que se trataba de una pataleta.

Los colmeneros se estaban tomando su buen tiempo para

responder a la delegación diplomática del Hum. Y no habían acondicionado para humanos ningún rincón de su fábrica mientras trabajaban en el Ojo. Esto no era lo que Havaer se hubiera esperado. Siempre que implicabas a los colmeneros en cualquier tipo de asunto ellos se desvivían por dar facilidades, como buenos ex criados. Era una situación a la que muchos de los conocidos de Havaer habían sacado partido, a sabiendas de que la Asamblea siempre estaba deseosa de ofrecer empleados leales a la Casa Ácida. Pero ya no parecían tan dispuestos, o al menos ahora mismo no, y eso era en sí mismo una poderosa declaración tácita sobre lo mucho que les había afectado el ataque a Estoc.

—Quizá el Hum no haya sido informado acerca del esfuerzo en marcha para salvar el universo —dijo Kittering, sin que el traductor imprimiera ningún tono—. O algún tipo de recompensa se va a ofrecer por el servicio.

—La Asamblea nos envían una señal —intervino Kris—. O, más concretamente, a usted, agente.

«No estoy seguro de si todavía cuento como agente», reflexionó Havaer. Kris pasó el mensaje al tablero que él tenía más cerca y lo abrió.

Los colmeneros iban a acoger a uno o dos diplomáticos, al parecer. Y le invitaban.

«¿Por qué yo?». Pero comprendió que la Asamblea estaban reaccionando sobre la marcha. Havaer conocía el Hum, tanto como el que más en este bando. Así que quizá le consideraran un portavoz válido para representar a la parte no colmenera del cártel, también en su condición de último superviviente. Al parecer él podía aportar cierta nebulosa autoridad.

—Se debe usar la etiqueta apropiada —anunció Kittering. Havaer estuvo a punto de decir que las impresoras de la *Buitre* probablemente no podrían proporcionarle nada que le sirviera, pero luego se dio cuenta de que el hanni había sido invitado también, en calidad de representante de la propia nave, así que la llamada a Havaer quizá no fuera tan especial.

Luego resultó que, efectivamente, las impresoras de la *Buitre* no pudieron proporcionarle nada que se pudiera poner. Lo mejor que consiguió fue una mala copia de un uniforme colonial, pero los

adornos que podrían haberlo convertido en un traje de gala estaban muy obviamente impresos en el burdo tejido de la ropa en lugar de cosidos después. El efecto conjunto era que se trataba del tipo de disfraz que podría haber llevado un niño a una fiesta. «¡Buh! ¡Soy el aterrador agente de la Casa Ácida!». Él no se sentía muy aterrador.

Cuando llegaron, los colmeneros tenían listo otro espacio circular. Había una pequeña plataforma con un campo gravitatorio para comodidad de los huéspedes, que era literalmente la única concesión a la hospitalidad. Las bebidas y el picoteo brillaban por su ausencia. Los colmeneros, que habían sido un modelo de modales políticos, estaban realmente cabreados.

La delegación del Hum, una vez despojada de su escolta de soldados, se había reducido a dos mujeres y un hombre. Havaer había tratado superficialmente con Arkela Farreaux por una cosa u otra en años anteriores. Era una funcionaría de carrera de la Oficina del Servicio Diplomático. La rama del Hum que, por experiencia de Havaer, creaba la mitad de los problemas que se esperaba que resolviera la Casa Ácida. Farreaux era pequeña, iba arreglada, y probablemente tendría una amplia experiencia de trato con los colmeneros. El hombre con una ancha cara de sapo que la eclipsaba era el capitán Hossgarde de la *Escritor de Hierro*, totalmente vestido con un impresionante uniforme de gala militar. La versión auténtica del vestuario de atrezzo de Havaer, salvo por el detalle de que el capitán obviamente no había tenido tiempo de hacerle arreglos desde que un Hossgarde más joven y esbelto se lo puso por última vez. La tercera delegada era huesuda y bajita, de mejillas huecas, la típica espacial famélica, pero era de la Casa Ácida, se llamaba Diljat, y tenía un rango superior al de Havaer. Lo que convertía la situación en extraña.

Junto a Havaer y Kit se encontraba la ejemplar parteni Beata, de la *Valkiria Juiciosa*. Sólo por darle un poco más de sal al guiso. Y un colmenero. La esfera que les rodeaba estaba, obviamente, repleta de millones de unidades colmeneras. La Asamblea conjunta de Crux al completo eran su público. Pero la Asamblea habían querido que todos supieran exactamente cómo se sentían sobre el asunto, así que el delegado que hablarían en su nombre exhibían la estructura más humanoide que Havaer hubiera visto nunca. Con dos brazos y dos piernas, una cabeza incluso. En la reluciente cara metálica aparecía

una expresión muy poco amigable que era una obra de arte en sí misma.

—¿Creen que el Hum no advertiría la presencia de una importante flota parteni invadiendo el territorio colonial de Crux? —decía Arkela—. Nos damos cuenta de que no somos una amenaza para las ángeles aquí y ahora, pero pueden estar seguros de que se está preparando una seria respuesta militar mientras hablamos. Existen tratados en vigor respecto a la presencia y control colmeneros del sistema de Crux.

El delegado le dirigió su mirada desdeñosa. Su expresión no tenía movilidad. Havaer vio que era de una sola pieza. La Asamblea no tenían previsto apaciguar o cambiar de postura.

—Nuestra fábrica de Estoc fue víctima de un ataque no provocado por parte de vehículos militares del Hum —llegó la voz susurrante de los colmeneros que les rodeaban. «El delegado ni siquiera va a hablar», pensó Havaer. «Lo han puesto aquí sólo por dar una imagen de enfado».

—La situación en Estoc es complicada —dijo Arkela, que obviamente estaba preparada para que el debate fuera por ese camino—. Seguimos investigando qué es lo que ha ocurrido allí. Lo mejor que podemos, dado que la respuesta hegemónica dejó muy poco del propio sistema. —Intentaba poner toda la sinceridad posible en sus palabras. «¡Mirad lo que han hecho!». Con el corolario implícito: «¡No miréis lo que hicimos nosotros!»—. Desde luego, es un hecho que varias naves que deberían estar a las órdenes de la armada se unieron a una misión militar no autorizada, a instancias de ciertos elementos dentro del Hum.

—¿Podemos preguntar si se van a tomar medidas punitivas contra esos elementos? —preguntaron la Asamblea con suavidad—. Nos gustaría saber a quién enviar la factura por los muchos miles de nuestras unidades instanciadas a las que asesinaron esos elementos.

Durante la conversación, la ejemplar Beata había permanecido inmóvil, tiesa como un palo. Su sola presencia ya acojonaba bastante a los coloniales, si es que Havaer juzgaba correctamente. Los colmeneros y el Partenón. Remontándose tiempo atrás, la posibilidad de esa unión había sido la pesadilla de más de un director de la Casa Ácida. Y ahora el puñetero club de muchachotes de los Uskaro les había empujado a ella.

«Ahí estoy pensando otra vez como un agente del Hum», se dijo. En ese momento recibió una petición de comunicación privada. Muy privada, tanto que podía sortear toda la tecnología de vigilancia colmenera, al menos por el momento. Por supuesto, Diljat ni siquiera le miraba, sino que mantenía los ojos puestos en la negociación.

—Agente Mundy. —Subvocalización perfecta. No pudo percibir ni el menor indicio en su cara.

—Agente Diljat. Hace bastante tiempo. Sigo en servicio, ¿no?

—Interesante pregunta. —Su voz susurraba en su oído mientras Arkela y la Asamblea intercambiaban golpes diplomáticos—. No voy a mentirle. El servicio es ahora mismo un desastre. Los leales a Laery y los implicados en el tema de las arcas se culpan unos a otros.

—Bueno, si me conoce, ya sabe con quién iba.

—Era una de las mascotas de Laery. Pero ella ya no está. Así que, ¿con quién va ahora?

—¿Con quién va usted? —repuso Havaer. Parecía que el lenguaje duro era por el momento el único arma desplegada. Todo el mundo se había pavoneado cuanto le era posible, pero la fuerza con la que contaba el Partenón bastaba para detener a cualquiera que quisiera elevar a dos el número de instalaciones colmeneras destruidas. O la fuerza que parecía tener. Havaer no estaba realmente seguro de cuán *prêtes à combattre* estaban realmente las parteni en ese momento.

—Sigo con la Casa Ácida —dijo con sequedad Diljat—. La parte que no intenta devorarse a sí misma. Y esto no es lo que necesitamos. Los Arquitectos han dejado de aparecer por cualquier parte para jodernos, pero hay muchísimas parteni dentro de nuestras fronteras y cerrando acuerdos con los colmeneros. ¿Sabe cuál es el verdadero problema al respecto, Mundy? Son enemigos que podemos combatir. A los Arquitectos no tanto, pero sabemos qué fuerzas tienen aquí las parteni y sabemos qué clase de golpe nos pueden asestar los colmeneros. Con lo que para un montón de halcones del Hum, éste es el problema que podemos arreglar, y por eso es terriblemente atractivo enviarle unas cuantas naves. Muy catártico, ¿entiende? Así que, ¿qué tal si me da un informe sobre qué coño pasa aquí ahora mismo, antes de que los colmeneros me

cierren el canal?

—¿Conciso? Las parteni no son una amenaza salvo que se las provoque. Los colmeneros no son una amenaza salvo que se les provoque. Nadie va a invadir las Colonias. Nadie va a poner rumbo a Berlenhof y bombardearlo. Pero si se les toca, devolverán el golpe. Ahora mismo, en lo que se trabaja aquí es en prepararse contra los Arquitectos. Salvar el culo de todo el mundo. Y esto lo digo con absoluta sinceridad, doy mi palabra como agente del Hum, como ciudadano y como simple ser humano decente. Eso es lo que les preocupa. Una vez que hayan terminado, pueden seguir con lo de liquidar a las parteni si es lo que quieren.

Una pausa, Havaer pensó que la había perdido. Pero luego respondió.

—Informe recibido, agente. Ahora mismo nuestro viejo servicio no tiene la influencia de antes, la capacidad de tocar muchas teclas a la vez, pero veré qué puedo hacer.

Y ése fue el final de su charla. Bajó la mirada para encontrarse con el cuerpo de Kittering inclinado hacia atrás para mirarle, con los pequeños ojos redondos de su corona reflejando una mirada suspicaz.

—¿Qué pasa contigo? —le preguntó Havaer.

—Es posible leer los músculos inmediatamente bajo tu barbilla cuando subvocalizas —le dijo el hanni con alegría—. Se le debería agradecer que no nos haya vendido. Sin embargo, las esperanzas de que sea de ayuda son pequeñas.

Havaer le miró fijamente. «No puede ser que me espíe tan fácilmente». Pero sus medidas de protección estaban muy centradas en las posibilidades del ojo humano, o en dispositivos electrónicos. La visión de los hanni no era especialmente mejor que la humana, pero podía captar cosas distintas. Estaban acostumbrados a un montón de movimientos complejos y sutiles en su comunicación.

—¿Crees que todo esto acabará mal?

—No se trae armas a las fiestas —dijo Kittering, lo que sugería que no tenía conocimiento de ciertas fiestas humanas, pero esta vez probablemente llevaba razón. Como había dicho Diljat, había gente en casa que quería una guerrita comprensible y ganable. O en la que simplemente se pudiera pelear.

Solaz

Le habría encantado formar parte de la toma de decisiones. Había madres y hermanas ahí fuera tratando con los coloniales y decidiendo si seguía en marcha la guerra. La guerra menor, no la de los Arquitectos, sobre la que sólo podían decidir ellos. Y Solaz no formaba parte de ese grupo. Por encima de su escala salarial. Lo que seguramente debería ser un alivio.

Pero no lo era. Querría estar allí. Verlo con sus propios ojos, hablar con su propia voz. No limitarse a escuchar más tarde un mediotipo o recibir el informe a través de la cadena de mando.

Había sido una soldado toda su vida, una vida que se había prolongado, aunque fuera de manera fragmentaria, a lo largo de los años desde el comienzo de la guerra. Siempre había confiado en las órdenes que recibía y en sus superiores. Incluso cuando su lealtad se había visto puesta a prueba, como cuando se convirtió en parte de la tripulación de la *Dios Buitre* y sintió un conflicto de lealtades, siempre había sido culpa suya, no del Partenón.

Entonces apareció Piedad, y la habían apartado de Tacto, y había hermanas que, pese a compartir el mismo rostro, no compartían ideas. Su Partenón se había encogido de ser algo casi divino hasta esta pequeña flota fugitiva. La parte de la sororidad que había rechazado la cruzada de Piedad y se mantenía aferrada a la propuesta original de Tacto. El cártel; el Ojo; llevar la lucha hasta los propios Arquitectos. Ahí fuera quedaban todavía otras parteni. Sin duda, parte de la gente de Piedad. Y otras que ni eran rebeldes ni leales. Que se sentían tan descolocadas como Solaz y simplemente no sabían qué bando llevaba razón o qué hacer. Fragmentos completos del Partenón a la deriva por sus dudas. La fortaleza monolítica de las ángeles había desaparecido, agrietada por la traición de Piedad. O por la insistencia de Tacto en que se entregaran a un único objetivo fanático. Solaz creía en ese objetivo, pero no estaba tan ciega como para fingir que las demás no tenían razones para verlo de otra forma.

En ese momento, todo lo dicho en las negociaciones se compartiría en el consejo de ejemplares, con las capitanas de todas las naves presentes en el sistema. Algunas eran las oficiales originales, otras habían usurpado el puesto de las favoritas de

Piedad. Y esas mujeres tendrían que tomar decisiones con las que esa rama desgajada del Partenón tendría que vivir o morir en adelante. Solaz no confiaba en que lo hicieran bien. No de corazón. No le parecía que ahora podría haber confiado en Tacto tampoco. O en nadie más. Se sentía como si acabara de quedarse huérfana.

Las comunicaciones indicaron que se había producido una pausa en las conversaciones. Los coloniales habrían ido a enviar una nave paquetera a casa para pedir órdenes antes de continuar. Las parteni probablemente dirían que se disponían a hacer lo mismo, porque lo más probable es que estuvieran simulando que existía una flota mayor, a la espera, en algún lugar cercano. ¿Se daba cuenta el Hum de lo débiles que eran? Quién podía saberlo. Lo que importaba era ir alargando la situación, para que diera tiempo a terminar las modificaciones finales del Ojo antes de que empezaran los disparos. Entre tanto, otras tres naves de guerra del Hum habían emergido del nospacio en el sistema de Crux. Con ellas el Partenón todavía tenía ventaja si se desencadenaban las hostilidades, pero con una diferencia más estrecha que antes.

Obedeció a una llamada y recogió a Idris de su reducida habitación de la *Buitre* para llevarle al Ojo. Estaba nervioso y agitado, como si tuviera síndrome de abstinencia, y se estremecía con los ruidos o la presencia de otras personas. Una vez en el Ojo, le condujo hasta una parteni de mediana edad que mantenía aún el inmaculado uniforme que se había puesto para las negociaciones. La ejemplar Beata, al mando de la *Valkiria Juiciosa*.

—*Menheer* Telemmier —le saludó Beata. Idris se la quedó mirando nada más, sin confirmar o negar su identidad. La boca de Beata se torció: «Más coloniales fastidiosos», decía su expresión—. Entiendo que dirigirá la misión por el nospacio contra los Arquitectos. —Su colvul era neutro y sin acento.

Idris se encogió como si ella hubiera amenazado con pegarle. Murmuró algo que podría catalogarse como una confirmación.

—Mi nave actuará como su ancla —le dijo Beata—. Lo ideal sería poder enseñársela, y conocer sus opiniones sobre cualquier mejora que pudiera resultar de utilidad, pero por desgracia nuestros actuales visitantes lo hacen imposible. Ahora mismo queremos mantener la situación tal y como está. Es importante que los demás no comprendan cuál será nuestra tarea aquí.

—¿Por qué? —preguntó Idris, sus primeras palabras verdaderamente audibles—. Dígaselo sin más. Vamos a enfrentarnos a los Arquitectos. —Y le dio al resto de sus palabras un tono amargo—. ¿A quién no le va a encantar?

Beata frunció el ceño.

—El Hum ha hecho exigencias para recuperar el control de la Hueste y su contenido. Al parecer, aunque están ansiosos de repudiar el ataque a Estoc, tienen las mismas ganas de hacerse con los restos. Creo que hay muchas voces intentando hacer valer su opinión en el Hum, y algunas son de los Uskaro o sus aliados. La familia se siente particularmente agraviada después de perder a Ravin y su sobrino. Así que no debemos decirles lo que realmente pretendemos, llevarnos toda la Hueste al nospacio. No apostamos por que el buen sentido común se imponga entre nuestros enemigos, y no tenemos tiempo para explicarles bien la situación. La Hueste se sumerge bajo su control. Mi *Valkiria Juiciosa* se pierde por el universo, huyendo de cualquier enredo con las Colonias. Y mientras mis hermanas se quedarán para sostener la situación si es necesario.

—Se refiere a luchar.

—Si es necesario —confirmó ella, inexpresiva.

—Nunca es necesario —dijo Idris, todavía débil y vulnerable, tan tembloroso como gelatina, pero sin poder parar, como si su vulnerabilidad fuera de algún modo su arma secreta.

—Idris. —Una nueva voz. Una que Solaz había llegado a temer. Siempre a tu espalda cuando menos lo esperabas, una señal de mal agüero—. Idris, es el momento.

Se dio la vuelta para encontrarse allí mismo a Ash, demasiado cerca como para haberse arrastrado sigilosamente hasta ellos. Parecía más inquieto de lo habitual, como si se hubiera agrietado el barniz de calma inescrutable. Llevaba bajada la capucha, lo que exponía la mentira de su forma humana. El cúmulo de ojos y rendijas de color rojo miraban a Solaz desde la columna retorcida y correosa de su brazo tentacular.

—¿A qué se refiere con que es el momento? —preguntó Beata. Luego habló a su comunicador—. ¿Qué están haciendo los coloniales?

Obviamente no estaban haciendo nada. La mirada que Beata

dirigió a Ash fue furiosa.

—Heraldo, entiendo que se considera con ciertas prerrogativas históricas…

—Idris —la interrumpió Ash—. Idris, tienes que meterte en la Máquina.

—¡Lo sé! —exclamó Idris, tan irritado con la criatura como lo estaba Beata—. Pero no me van a dejar. Les he encontrado, Ash. Están justo ahí abajo. Necesito…

—No, escúchame, Idris. Tienes que ir a la Máquina ya. Tú y los demás intermediarios debéis preparar al Ojo para descender al nospacio. No queda tiempo.

Solaz y Beata intercambiaron miradas indecisas, pero Idris se perdió por una vez completamente el subtexto.

—Ash, puedo llegar hasta ellos. Puedo explicarles quiénes somos. Como antes. Sólo necesito decirles que estamos aquí. Lo que están haciendo. Escucha, sé que odias a los Arquitectos. Lo sé. Tú, Ahab y todo el mundo. Pero sabes que llevo razón, que lo hacen porque les obligan. Así que si podemos llegar hasta sus amos y nada más que decirles…

—Lo saben, Idris —respondió directamente Ash—. Créeme. Saben que estamos aquí. Entienden la situación de forma totalmente clara. Envían a los Arquitectos para erradicarnos. No hace falta que les hagas darse cuenta de que existimos, es algo que han ido comprendiendo todo este tiempo y ahora entienden del todo. Y ahora se dirigen hacia nosotros, Idris. Tú y los tuyos debéis sacar al Ojo de la realidad de inmediato porque saben que es nuestra única esperanza y vienen a por él.

22

Idris

No necesitó explicarle a los demás inters que había algo en marcha. Cuando irrumpió en el extraño espacio de paredes inclinadas en el que se habían alojado en el Ojo, la mayoría estaban ya de pie. El resto que quedaban sentados era simplemente porque se estaban agarrando la cabeza, o sufrían de algún modo la proximidad de lo que venía. Durante todo el camino hasta aquí, después de dejar a Ash, Idris había percibido que el espacio fuera del Ojo se retorcía con fuerza. Y había captado partes de las desesperadas comunicaciones que llegaban desde todas las naves que tenían un piloto inter, fueran parteni o coloniales.

—¡Tenemos que irnos ya! —Idris había abierto la boca para decirlo, pero lo hizo antes Andecka Tal Mar. Ella tenía los ojos abiertos de par en par, con las cicatrices lívidas. Idris sólo pudo asentir frenéticamente. Dentro de su cabeza sentía el terrible temor de que, una vez huyeran, sería para siempre. Algo en las profundidades del abismo les había percibido al fin, concretamente a ellos.

—Idris, ¿qué está pasando? —sonó la voz de Kris en su oído.

—¡Tenemos que irnos! —le dijo, y luego miró a los inters—. Meteos en las escamas de la Hueste si es donde tenéis que estar. Los demás a la Boca del Pozo, a las Máquinas. Nos vamos. Ahora mismo.

—Eso no será posible. —Una nueva voz, neutral y asexuada, se metió en la conversación. Por un aterrador momento pensó que era el enemigo, que lo había conseguido de algún modo. Para informarles desapasionadamente de que nunca podrían escapar. Un momento después se rehízo y comprendió que era la Asamblea, la mente colmena del sistema Crux.

—¡Tiene que ser posible! —insistió Idris.

—Las modificaciones del Ojo siguen en proceso. Idris, no podéis iros sin más. —En mitad de la frase, pasó a ser Trine quienes le hablaban. Los nuevos Trine.

Abrió la boca, buscando argumentos, la capacidad de poner en palabras la locura que anidaba en su cabeza. Luego la locura llegó del universo que había fuera y ya no hizo falta que diera más explicaciones.

Sintió la brecha. Todos la sintieron, la sala entera de inters, como pasaba en la guerra. Andecka y algunos de los demás salieron tambaleándose en dirección a las lanzaderas, los trajes y las conexiones temporalmente tendidas entre el Ojo y la Hueste. Otros inters ya habían llegado a las escamas en órbita, e Idris sólo podía desear que las mantuvieran agrupadas, a la espera de la señal para marcharse. Los Arquitectos habían llegado.

Consiguió una imagen del exterior, y la proyectó torcida y distorsionada en una zona ondulada de la pared. El primer Arquitecto había salido del nospacio a toda velocidad. Normalmente emergían pausados, como si se tomaran un momento para recuperarse antes de poner rumbo al planeta que hubieran elegido como su víctima. Éste apareció ardiente, rápido, dando vueltas, como si le hubieran expulsado de allí a la fuerza. Su frontal dentado de espinas y su parte posterior curvada se sucedieron a la vista en una docena de giros hasta estabilizarse, e Idris pudo ver un laberinto de grietas allí donde la presión de la entrada en la realidad lo había dañado. Por un momento sintió un inoportuno crecimiento de sus esperanzas. Seguramente podría ser manejado por la flota parteni, o…

El segundo Arquitecto apareció en otra parte distinta, con un mayor control, aunque también más próximo a ellos de lo que era su costumbre, y ya a buen ritmo. Le siguió un tercero, algo más lejos, parpadeando con partículas vaporizadas, como si le hubieran cortado una rodaja del tamaño de un glaciar de su piel de cristal. Iban a por el Ojo, y pudo escucharles en su cabeza. Voces rabiosas, distantes, que transmitían dolor. Las grietas en sus superficies facetadas eran las marcas que había dejado el látigo de sus amos. Les dirigían en una estampida que podía borrar todo un sistema estelar.

Cuando comprendió todo aquello ya habían salido del nospacio otros dos, aún más alejados, con una marcha más lenta pero acelerando.

—Tenemos que irnos —le dijo a la Asamblea, el eufemismo del milenio. De algún modo, pese a la espantosa torsión del espacio y el nospacio por la que estaban pasando, descubrió que tenía la mente totalmente clara. Aunque furioso de dolor y horror, podía poner distancia con todo lo que ocurría. Quizá el espaciotiempo torturado era ya su hábitat natural, algo a lo que le había adaptado la vida como inter.

—Las modificaciones se están completando —les dijo Trine en el oído, y luego—: Intento llegar hasta ti, Idris. No estoy seguro de que pueda.

—¿Cuál es el plan, si es que puedo preguntar? —irrumpió la voz del doctor Shinandri—. ¿Nos sumergimos? ¿Nos anclamos? ¿Es al fin la gran expedición?

—¡No, nos vamos y ya está! —dijo Idris. Luego Ash apareció también de repente en los comunicadores, por encima de su voz.

—Debemos —comenzó el heraldo—. Es el final de la partida. Ahora entienden lo que tenemos aquí. Al menos algo con lo que podemos amenazarles a ellos y a sus siervos. Nunca nos van a dejar en paz, y nos rastrearán a cualquier parte del universo. Para ellos somos ahora un faro, y están dispuestos a desintegrar estrellas con tal de aplastarnos. Sumerjámonos. Anclémonos a la nave parteni y luego sumerjámonos. Es la hora de acabar con esto.

Aunque Idris escuchó las palabras de Ash dentro de su cabeza, el alienígena había abierto un canal para transmitir a todo el sistema de Crux, tanto en las frecuencias parteni como en las coloniales.

—Escuchadme, defensores de la humanidad. Soy Ash, al que llamáis heraldo. Vine a la Tierra hace un siglo y os avisé de la llegada de los Arquitectos. Ahora os digo que ha llegado al fin el momento de llevar la guerra hasta ellos. Esta amenaza que tenéis delante es una señal de pánico del enemigo. Saben que por fin podemos llegar a herirles. Esta nave está preparada para un ataque en el nospacio, contra los Arquitectos. Podemos destruirles, borrarles del universo. Pero necesitamos tiempo, amigos míos. Nos preparamos para enlazarnos con la *Valkiria Juiciosa* para empezar nuestro asalto al nospacio, y necesitamos vuestra ayuda. Coloniales

y parteni, hombro con hombro, en una última gran batalla. Al igual que defendisteis vuestros mundos ganando tiempo para la evacuación, defendednos ahora. Sed nuestro escudo, y nosotros seremos vuestra espada. Llevaremos esta guerra a su fin de una vez y para siempre. Pero si dejáis que nos destruyan aquí, no habrá una segunda oportunidad. Viviréis para siempre a la sombra de los Arquitectos.

Al escucharle, Idris sólo pudo pensar en las viejas historias de mortales locos que desafiaban a los dioses y resultaban destruidos. Conocía el plan y a él mismo le parecía una arrogancia. Luego escuchó la voz firme de la ejemplar Beata por los comunicadores.

—He vuelto a bordo y llevo la Valkiria hasta vosotros. Estad listos para disponer ese cable de anclaje.

—Estaremos listos. —De nuevo la voz de Trine, ahora de la Asamblea en su integridad. En otra pantalla, Idris vio la fábrica colmenera lanzando una explosión de motas relucientes que eran estructuras individuales, además de bloques mayores que correspondían a cuerpos de más tamaño, mineros y transportistas.

—¿Qué hacen los demás? —Se imaginó naves escapándose, abandonándoles a su destino. «Seguramente es lo que haría yo si tuviera esa opción».

La flota parteni se estaba dividiendo, y cada parte se lanzaba contra uno de los Arquitectos más próximos. Solaz estaba junto a su hombro, en contacto con sus hermanas. La mayoría de las naves de ahí fuera llevaban una intermediaria, y podrían llegar a desviar o distraer a un Arquitecto, mientras los martillos de masa y otras armas convencionales les golpeaban. Pero ahora llegaban cinco Arquitectos, muchos más de los que podían manejar. Incluso, si es que importaba, con la ayuda colonial que parecía seguir en el sistema.

Solaz cambió la perspectiva de las proyecciones, mostrando a la *Escritor de Hierro* y la *Gorra Roja* apartándose de las demás y moviéndose para interceptar a uno de los Arquitectos más alejados. Se dio cuenta de que estaban en contacto con sus equivalentes parteni. Descartando el mal menor, porque había llegado el mal que les afectaba a todos. Sintió un momento de absoluta frustración. «¿Por qué siempre hace falta llegar a esto para que nos acordemos de que somos la misma especie?».

Otras dos naves coloniales se quedaron atrás para defender el pequeño vehículo diplomático, la *Llave Rota*, mientras las demás se pusieron torpemente en marcha, confiando en que las parteni no sacaran ventaja de la división de sus fuerzas. Idris se dio cuenta de repente de que, de todas las naves coloniales, sólo la *Escritor de Hierro* y la propia *Llave Rota* llevaban un inter. Pudo percibir las agujas de sus mentes cuando empezaron a extenderse hacia los Arquitectos que venían. El resto de la flota del Hum no iba más que a lanzarse contra la pared con la esperanza de que sirviera para algo.

Su propia gente le informó: inters en sus puestos en toda la Hueste. Inters conectados por Shinandri y Jaine a la Boca del Pozo. Un veloz repiqueteo de datos llegaba de los técnicos colmeneros, que cerraban una tarea tras otra para terminar de adaptar el Ojo a este viaje sin precedentes.

—Contacto —dijo Solaz a su lado. Casi un susurro.

El Arquitecto que llegó primero ya se estaba desintegrando, tan rápido que Idris se preguntó si las heridas serían autoinfligidas, un gigantesco suicido como huida final de las garras de sus amos. Los colmeneros lo estaban bombardeando, superacelerando sus estructuras más grandes para dirigirlas hacia cada grieta y fractura de la piel de la entidad. Él sintió cada impacto resonando en su interior a medida que sacudía y agitaba el nospacio. Y percibió cómo los martillos de masa de las parteni comprimir kilómetros de espacio con increíbles fuerzas gravitatorias. Unió su voz a la de sus inters, reunidas en su batería de amplificadores mecánicos, cuando intentaban ocupar la mente vasta y torturada de la criatura.

Estaba ardiendo. No se puede arder en el espacio, no así, pero Idris sentía la combustión. La mente del Arquitecto inmolándose desde dentro. Farfulló por el comunicador, intentando dar un aviso a las naves, incapaz de formar palabras en cualquier lenguaje. Luego el Arquitecto reventó. Por un momento el sistema de Crux tuvo una estrella adicional. La ola destructiva de energía y metralla deshizo en partículas una de las naves parteni, y dejó inútil a otra.

El segundo Arquitecto ya se acercaba, girando todavía después de su erupción desde el nospacio, en un avance incontrolado. Las parteni le soltaron cuanto tenían, y luego se les unieron la *Orca* y la *Leopardo*. Las mentes inter quisieron alcanzarle, pero el Arquitecto

había enloquecido, atrapado en su propia masa de cristal. Sin rumbo, como si la criatura hubiera perdido todo control de su trayectoria.

Se estrelló contra la colmena. Idris lo sintió en su cerebro y lo vio en las pantallas proyectadas. Escuchó el jadeo horrorizado de Solaz. Un objeto del tamaño de una luna colisionando con otro, sólo que el Arquitecto era sólido y la fábrica colmenera estaba compuesta de celdas. Vio el vasto rombo de metal de la colmena arrugarse y luego plegarse hacia dentro, con un millar de pequeñas explosiones escapándose brevemente al vacío a medida que los sistemas críticos se aplastaban y rompían. Siguió sujeto a su asesino, empalado por las espinas del Arquitecto, cayendo… cayendo en la única dirección posible. Hacia el gigantes de gas de Crux que tenían debajo, dado que el impacto había puesto a la colmena y su enemigo al alcance del devastador tirón gravitatorio. Idris miró impotente cómo los gigantes acoplados empezaban su descenso inexorable hacia las profundidades que les aplastarían.

—Trine —llegó a decir Solaz. Un nombre entre los millares de individuos instanciados que estarían encontrando en ese momento su final.

—Estamos en posición —dijo la voz tranquila y profesional de la ejemplar Beata—. Listas para el anclaje. Haced lo que tengáis que hacer.

«No». Idris se aferraba a Solaz. Tenía la boca abierta pero no podía emitir palabras con ella. ¿Qué sentido tenía ver cómo venía un desastre así si no podía avisar a nadie?

—¡No! —dijo al fin, un aullido que hizo que Solaz se apartara sorprendida.

El siguiente Arquitecto irrumpió desde el nospacio justo encima de ellos. Apenas a unos miles de kilómetros, mucho más cerca de lo que había estado la vieja Luna de la perdida Tierra. Por un momento el Ojo, la Hueste, todo aquel ensamblaje, perdió su propia integridad gravitatoria, con cada fragmento y escama moviéndose de su sitio, y la atmósfera escapándose por cada hueco. Luego recuperaron el control, mientras todas las luces rojas e indicadores de daños reclamaban atención. Se inclinaron perezosamente para mirar la inmensa cordillera de cristal que pendía hacía ellos, y la *Valkiria Juiciosa* de Beata estaba…

Desaparecida. Átomos y chorros de metal, una tracería de finas hebras que se extendían por un millar de kilómetros cuadrados del espacio. Y Beata y su tripulación con ella. Su ancla se había desintegrado.

Todo el mundo estaba en los comunicadores preguntando qué hacer. Cada inter estaba en la mente de Idris, gritando. Todos a la espera de que el abrumador poder de los Arquitectos convirtiera al Ojo en una filigrana, testimonio final de sus sueños.

Pero no ocurrió. Idris sintió que su cerebro volvía a su cauce, con los pensamientos adecuados, recordando las limitaciones de su enemigo. No podían aplastar o deformar el Ojo. Era tecnología originaria, y los Arquitectos nunca destruían la tecnología originaria. La habían evitado en los viejos tiempos. Más recientemente, la habían removido, excavado, apartado de su camino antes de seguir con su mortal labor. La gente había pensado que los originarios les asustaban, imaginaron que en su momento habían sido entidades semidivinas de los albores de los tiempos que aterrorizaban a los Arquitectos.

A la espera del siguiente movimiento obvio del enemigo, allí parado, comprendió. Después de todo, había estado cerca del centro. El Ojo le había dado esa maravillosa perspectiva. Allí, en las profundidades próximas al corazón del nospacio, a la misma sombra de la Presencia, se había girado hacia el brillo de la superficie. El lugar donde lo irreal se encontraba con lo real. El límite del nospacio, donde estaban cosidos los pasajes como si se hubieran inscrito en el interior del universo. Los pasajes, también obra de los originarios.

Y entonces, mientras los Arquitectos destruían sistemáticamente a todos sus oponentes, comprendió. Sí, les aterraban los originarios. Pese a ello habían manejado sus reliquias con reverencia y cuidado. Porque los originarios eran sus amos, sentados en el corazón del universo y contemplando sus viejas costuras… ¿Por qué?

El porqué tendría que esperar. El Ojo tembló a su alrededor, no por una torsión gravitatoria sino por un impacto físico.

—Uh… ¿gente? —La voz de Olli por los comunicadores—. Tengo noticias de la dársena. —Se refería al lugar en el que se encontraba la *Dios Buitre*, fuera del Ojo pero cerca del acceso más sencillo al interior—. Tenemos compañía. —Si el Arquitecto no

podía destruir el Ojo, entonces intentaría la mejor alternativa. Enviar trozos de sí mismo para eliminar todas esas inconvenientes cosas vivas que habían colonizado la gran obra de sus amos.

Olli

—Vale, mierda. —Olli tenía la garganta seca, y maldecir al universo ya no parecía mejorar su ánimo como antes.

El Arquitecto había alcanzado la plataforma de aterrizaje con una precisión milimétrica. Nueve lanzas de cristal atravesaron el campo gravitatorio que producía la Hueste y golpearon la piedra del Ojo. La más cercana se había quedado a una veintena de metros de la *Dios Buitre*.

«Bueno, podría haber sido peor».

Lo había sido para alguien. Una de las escamas de la Hueste, que se encontraba en la línea de fuego, había sido atomizada, y con ella quien fuera dentro. Y el pecio que quedaba de la lanzadera de los Uskaro ahora tenía un agujero adicional, algo por lo que nadie derramaría ninguna lágrima.

Obviamente, ella y Kit se habían retirado a la *Dios Buitre* cuando todo comenzó. El dúo no tenía ningún plan de escapar, si es que hubiera existido esa opción dada la mierda que se había desencadenado ahí. El hecho era que, si las cosas se ponían realmente feas, entonces Idris, Kris y Jaine necesitarían una forma de salir de ese pedrusco. Quedarse allí sentados y listos en la *Buitre* era toda la participación que Olli y Kit podían tener en aquella situación, muy por encima de sus posibilidades, así que eso era lo que habían hecho. Pero luego la guerra vino a buscarles.

Había visto esas cosas en marcha sobre Arc Pallator cuando fueron a por la especie de ciudad originaria que había allí, poco antes de que el mismo Arquitecto liquidara el planeta por completo. Estos chicos de cristal aparecieron, desenterraron todo y lo mandaron flotando al espacio. Los Arquitectos nunca dañaban los juguetes originarios.

Pero el Ojo era en sí mismo un juguete originario, salvo por los añadidos que le habían atornillado primero Ahab y Jaine, y luego los colmeneros. Olli entendía que eso suponía que a esta muchachada de cristal les podría parecer sencillo eliminar todo lo

que no fuera de factura originaria. Lo que les incluía a ella, Kit, Kris y los demás.

Se estaban preparando, como les había visto hacer en Arc Pallator. Cada una de ellas era una forma fluidamente cambiante que no dejaba de ser a la vez de cristal duro y facetado. Adoptando una nueva forma de… criaturas, alienígenas. Cosas que nunca había visto encarnadas, ni habría querido ver, si es que Idris llevaba razón en lo que decía de ellas. Les explicó que tomaban la forma de distintas especies que habían sido extinguidas por los Arquitectos. Preservadas de esta manera y ninguna otra más. La cosa más próxima se levantó sobre tres patas rechonchas, con dos líneas de brazos tubulares ondeando en la parte delantera. La siguiente parecía como nueve arañas empalmadas en ángulos incómodos. Más allá estaba un monstruo que era en tres cuartas partes como el pico de un ave rapaz, con una maraña de tentáculos, pestañas o algo así, y un solo pie de molusco. Era difícil concretar detalles anatómicos cuando todo cobraba forma en cristal blanco.

—¿Olli? —Idris, por los comunicadores.

—Uh, sí, tenemos problemillas aquí.

—Voy, Olli.

—Oh, vale, genial. Lo esperamos con ansia. Serás de gran ayuda. —Olli había estado usando su esqueleto andador en la *Buitre* porque no le había parecido que aplastar cosas fuera la solución a ninguno de sus problemas. Ahora al menos había llegado un problema que estaba al alcance de su mano. O de sus tentáculos más bien. Se conectó al destrozado tablero de mandos del escorpión y dirigió las patas de Aklu para que encajaran con él.

—Terrible idea —le dijo Kittering—. Desiste, por favor.

—Voy a joderles pero bien —contestó Olli.

—Esto es claramente cómo se estropean las cosas —repuso Kit.

Comprobó las cámaras de la *Buitre*. Todas las entidades cristalinas habían cobrado ya forma. Algunas daban pasos tentativos hacia el interior del Ojo, pero las dos más cercanas claramente se inclinaban más por la nave.

—Reconoce que no nos van a dejar elección, Kit. Gira los láseres hacia ellas.

—Insensateces, insensateces —se quejó Kit. Los láseres mineros de la *Buitre*, adecuados para trocear asteroides o abrir cascos de

naves, formaron un hermoso espectáculo prismático cuando se reflejaron en el cristal de los Arquitectos, sin causar ningún daño aparente.

—Pues nada entonces —dijo Olli, y se dejó ir por la compuerta del muelle de drones para aparecer bajo la dudosa protección de las garras de atraque. El regalo de Aklu se movía a su alrededor en perfecta coordinación. Tenía puesta su atención en él, como con cualquier otro sistema remoto, pero en este caso gran parte de sus posibilidades escapaban a su control consciente. Había utilidades que se asomaban continuamente por recovecos de su mente, como perros entusiastas que le enseñaban los trucos que podían hacer, si quería y si encontraba tiempo para darles instrucciones explícitas. El regalo de Aklu, decidió Olli, era un buen chico, y dedicó un instante a bendecir la memoria del Inefable. Un incomprensible gángster y asesino alienígena al que por alguna razón ella le había gustado un poquito.

—Kit —le llamó—. Espabila a Júnior. Que esté listo para ponernos en marcha.

—Insensateces —repitió, pero sabía que lo haría.

—Vamos con ello —dijo a la cosa de cristal más próxima. Y se quedó helada. Le estaba mirando.

Lo cierto es que no era así. Ella ni siquiera sabía qué partes de la forma trípode podían actuar como órganos sensoriales. Pero conocía dos verdades absolutas sobre esos chicos de cristal. La primera, no te prestaban atención, porque no eras lo suficientemente importante. Si te metías con ellos te rebanaban, pero mientras estuvieras fuera de su camino se limitaban a lo suyo y te dejaban en paz. En segundo lugar, no había absolutamente nada que les pudieras hacer. Se limitaban a reparar cualquier daño y eran por naturaleza invulnerables.

Pero éste le estaba mirando, con certeza. No a la nave, no la gran cosa no originaria que tenían que apartar, sino directamente a Olian Timo, especialista en drones. Se movió a la izquierda sobre su deslizante bosque de tentáculos. La cosa giró para seguirla. Luego lo hicieron las demás. Incluso las que se dirigían al interior habían parado y venían a por ella.

Así que lo primero que sabía con certeza sobre esas cosas no era verdad. Lo que convertía a lo segundo en un serio inconveniente,

porque todos esos cabrones venían ahora a por ella. Y lo que más le asustaba al respecto era que realmente no había ningún «ellos». Eran marionetas. Lo que los dirigía era el propio Arquitecto, manipulándolos con la misma sutileza gravitatoria que empleaba para dar forma a planetas. Así que ahora mismo era el puñetero Arquitecto el que estaba interesado de forma personal en ella.

—Kit.

Los láseres de la *Buitre* volvieron a hablar, lo que al menos significaba que la matarían con una bonita iluminación. Olli había visto ese rayo fundir metal de uso bélico, y no se podía ni imaginar lo que esas formas cristalinas hacían con toda esa energía.

—Kit, creo que será mejor que saques de aquí a la *Buitre*. Puedes volver a por mí cuando haya terminado.

—Inmediatamente afuera hay un Arquitecto —le respondió Kit por los comunicadores—. Bajo ninguna circunstancia.

La cosa con tres patas empezó a moverse hacia ella con un contoneo cómico. Se preguntó cómo habría sido aquella especie antes de que los Arquitectos la borraran del universo. Probablemente unos cachondos. Se dijo que quizá se habría tomado algo y echado unas risas con ellos.

—Idris —llamó.

—¡Voy! —Sonaba como si se hubiera quedado sin aliento. Se lo imaginó corriendo por los pasillos del Ojo, un centenario delgaducho y orejón en el cuerpo de un inadaptado de veintitantos. El perfil de un heroico salvador. Y puede que esa magia de inter suya fuera útil para la ocasión, pero no iba a llegar a tiempo, así que daba lo mismo.

Atrajo a la forma cristalina con la mitad de sus tentáculos. «Vive por la puta espada».

Explotó. Se hizo añicos. Algunos de ellos intentaron reunirse, pero la mayoría salieron hacia cualquier parte, salpicando el casco de la *Buitre* y las paredes, o simplemente disparados hacia el espacio.

Olli se quedó mirando. Por un momento las demás formas de cristal se mantuvieron también inmóviles, como si el Arquitecto estuviera compartiendo un prolongado momento «qué cojones» como reacción a lo que acababa de pasar.

Retrocedió un poco sin perderlas de vista. Las ocho formas de

cristal restantes se desplegaron y cambiaron de forma, con sus distintos miembros estirándose y haciendo crecer púas y espinas. Armándose, añadiendo mejores opciones.

Una de ellas luego se inclinó hacia adelante. Recordaba vagamente a un centauro con media docena de brazos, pero eso sólo lo pensó en retrospectiva, porque en ese momento su tercio superior se convirtió en partículas afiladas que salieron disparadas contra ella como con una ametralladora. Olli gritó, cerró los ojos y levantó para protegerse los brazos, o más bien los muñones dentro de la cápsula del escorpión, así como todos esos tentáculos ondulantes fuera. Al instante su cabeza se llenó de indicadores de daño de media docena de sus miembros artificiales. Pero todos eran capaces de autorrepararse. Esa tecnología líquida hegemónica, regenerando componentes. Entonces vino otra andanada. La mitad de los fragmentos simplemente rebotaron. «¿Tengo un escudo gravitatorio en esta cosa?». Pero no era así. O al menos el aparato se lo negó, y, ¿por qué iba a mentirle? Lo que había pasado era que la metralla había alterado su rumbo para… ¿no herirla? No herir las partes específicas que ella le presentaba.

—Voy a quedarme aquí —le dijo a Kit—. No tengo ni idea de lo que pasa pero va a mi favor, así que voy a sacarle partido.

—Tecnología hegemónica —llegó la voz de Kit por los comunicadores—. Bien conocido que pueden transportar reliquias originarias activas.

—Sí, claro. —Olli se deslizó hacia las formas cristalinas más próximas, apartando la siguiente descarga de fragmentos. Algunos la alcanzaron, pero salió casi completamente intacta y luego tuvo a la cosa a su alcance. La atravesó con brazos que se extendieron, afilados. Estrelló a la cosa contra la superficie de piedra del Ojo, y luego fue a por su amiga más cercana. «Ya recuerdo. Toda esa mierda con la *Oumaru*. Donde las cosas se nos empezaron a torcer, sí».

—Las piernas personales de Aklu están siendo usadas —siguió Kit obstinadamente—. Aklu, al que se permitía ir contra los Arquitectos en su rol de essiel rebelde. Aklu aseguró sus piernas.

—Kit, no tiene puto sentido lo que dices. —Una lanza de cristal atravesó la burbuja de la cabina del escorpión, rompiendo la carcasa de plástico. Olli tenía un corte alargado en la cara, donde

uno de los fragmentos afilados la había tocado. «¿Veis esta cicatriz, tíos? Es de cuando me pegué con un Arquitecto». Una historia descacharrante. Esperaba tener ocasión de contarla.

—¡Seguro anti Arquitectos! —insistía Kittering en su oído. Luego una forma de cristal la atropelló como un camión. La hizo rodar en una maraña de tentáculos mientras intentaba abrirse camino hasta ella.

—Kit —llamó, y entonces tuvo al atacante al alcance de sus brazos, que era una distancia en la que ya tenía muchas opciones. Y al fin lo entendió.

—¿Reliquias originarias?

—¡Sin duda!

«Las patas mágicas de Aklu». Estrelló contra el suelo a la forma cristalina, que no era ya más que una maraña de miembros, y sintió cómo se deshacía en pedazos sin vida. Y ya no podían reconstruirse. Una fortuna en gemas muertas, restos de Arquitecto. ¿Qué valor de mercado tendría eso, eh? Tendría que pedir a Kit que hiciera algún cálculo por encima.

Se elevó sobre la punta de sus miembros, amenazando a las cinco formas de cristal que quedaban. Flexionando los treinta tentáculos que seguían operativos. Eso era mucho que flexionar. Extremidades tentaculares segmentadas llenas de tecnología líquida hegemónica, sí. Pero también algo más. Ahora que sabía qué buscar —porque había algo que buscar—, lo encontró. Cada tentáculo tenía un trozo de restos originarios en la punta. No había duda de por qué el Arquitecto no podía apartar sus inexistentes ojos de ella. Porque todo el mundo sabía que la mierda originaria te protegía. Los Arquitectos no le harían lo que hacían a todo lo demás en el universo. Eso no la convertía en un arma. Salvo que, al parecer, si empezaba a tocar a partes del Arquitecto con esas piececitas originarias, el Arquitecto haría cualquier cosa antes que arriesgarse a dañar esos objetos sagrados. Fuera cual fuera la prohibición que evitaba que los Arquitectos rozaran esas antiguallas polvorientas, parecía ser una absoluta prioridad para ellos.

«Podría salir de aquí e ir a por el cabrón de ahí arriba», pensó. Probablemente eso no fuera cierto. Aunque no fuera capaz de desmontarla a su manera, siempre podría darle un papirotazo para enviarla al espacio como si fuera una mosca. Pero en ese momento

se sentía inmortal.

Cuando Idris llegó por fin, jadeante y sin ningún plan, Olli ya había demolido al resto. La mitad de sus tentáculos estaban desactivados para regenerarse y autorrepararse, y había tenido que improvisar dos cinturones adicionales para sujetarse en la machacada cápsula de control. Pero se había enfrentado de igual a igual con un Arquitecto y había ganado el asalto, y estaba dispuesta a considerarlo como la mayor victoria jamás obtenida por la especie humana. Luego vio que Idris llegaba con un ataque terminal de su problema de cara de palo y al parecer ella no había conseguido ningún triunfo.

—Hemos perdido nuestro ancla —le dijo, sin prestar la menor atención a lo que Olli acababa de hacer—. La *Valkiria Juiciosa* cayó. Y el nospacio está… Hay tantas cosas, Olli. Tanta masa.

Ella miró hacia arriba, lo que significaba mirar directamente a la topografía dentada del Arquitecto que llenaba una gran porción del cielo.

—Bueno, vale. ¿Entonces…?

—Anclarse sigue siendo una solución —les informó Kittering por los comunicadores—. Se mantienen conversaciones con Shinandri y Jaine ahora mismo. El requisito es un vehículo con capacidad de navegación de nivel intermediario, junto con la posibilidad de entrar en el nospacio pese a la actual interferencia de masa, ¿me equivoco?

—Pero no tenemos a la *Valkiria* —insistió Idris. Olli no estaba segura de que hubiera escuchado la mitad de lo que había dicho Kit —. Y todos están… El resto, peleamos…

—¿Estás pensando en Júnior, Kit?

—Júnior muestra un gran interés por salir —confirmó Kittering —. Idris, la *Dios Buitre* será vuestra ancla. Ahora mismo se está conectando a Shinandri. Se necesita espacio para permitir a la Hueste sumergirse y crear vuestro «pozo». ¿Correcto?

Olli vio como si distintas piezas en la cara de Idris se reubicaran mientras intentaba poner sus pensamientos en orden. Sintió un repentino y nada apreciado momento de empatía. Aquí estaban, en el instante decisivo, y el tipo estaba paralizado. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Demasiados cálculos cósmicos. Él la miró y movió los labios mientras su mente se asentaba.

—¿Vale? —le preguntó Olli—. ¿Kit? ¿Podemos activar un canal con el exterior? Diles en qué estamos. ¿Idris? Idris, escúchame. —Pensó en darle una bofetada, pero eso seguramente le habría desencajado la mandíbula—. Idris, ¿harás tu puto trabajo? Eres un inter, ¿no? Así que ve a joder a los Arquitectos hasta que nos dejen respirar.

Después de eso trepó de vuelta al muelle de drones de la *Dios Buitre*, arrastrándose sobre una maraña de miembros completos y heridos, hasta que tuvo encima el globo acuático de Júnior.

—Más vale que se te dé bien esto —le dijo. El ogdru estaba dando rápidas vueltas en su pequeño espacio habitable, obviamente desesperado por salir—. Tengo los controles —informó a Kit, y procedió a sacar de allí a la *Buitre*, directamente hacía la faz dentada del Arquitecto.

«Maldita sea, Idris, sólo por una vez…».

Se conectó a las cámaras que Jaine había instalado en la dársena y vio que la pequeña figura escuálida seguía allí, como si fuera el hombre menos importante del universo. Como una caricatura de los mundos del núcleo retratando la genética inferior y la escasa salud de los espaciales. Luego vio que alzaba las manos hacía el Arquitecto que tenían encima, con los dedos encogidos en débiles garras.

La cosa se estremeció. Incluso mientras la *Buitre* se elevaba, vio sus sacudidas, como si todo aquel cielo de cristal se sobresaltara. «Arquitecto, te presento a Idris. Ahora es tu problema». Llamó a Kit, pero a la vez él empezó a emitir.

—Transmisión de la *Dios Buitre*. Asumidas las tareas de ancla para el Ojo, y ofrecemos un contrato abierto a todos los interesados: ¡dejadnos sitio para trabajar! ¡Alistando a todas las naves que quieran combatir al Arquitecto seleccionado, ahora distraído por nuestros intermediarios! Remuneración premium: colaboración con la posible salvación de la vida inteligente en el universo. A cambio, todos los esfuerzos se dedicarán a librar al universo de los Arquitectos. ¿Hay algún interesado?

Probablemente fuera bueno que los comunicadores de Kit no captaran a Olli muerta de risa en el muelle de drones.

Sólo que quizá no fuera tan divertido. Probablemente Kit y ella acababan a pedir a un montón de gente que fuera a morir para

ayudarles. No era tan divertido en absoluto.

—¿Doc Shin? —preguntó—. Jaine, ¿estás ahí?

—Olli. —La muy bienvenida voz de Jaine, y Olli sintió una punzada de sentimentalismo muy poco suya. Alguien cuya voz verdaderamente se alegraba de oír—. Olli, hemos establecido las conexiones de sistema necesarias con la *Buitre*. Tenemos que sumergirnos en el nospacio. Vais a tener que darnos, no sé, diez segundos despejados en los que podamos establecer los parámetros del pozo. Después de eso mejor que os larguéis de aquí.

—Sí, vale, no me digas —dijo Olli. Llegaba una de las naves parteni, en rumbo hacia el Arquitecto, con los martillos de masa actuando sin parar para producir grietas y abismos en su superficie.

—No podéis sumergiros mucho tiempo, o corremos el riesgo de que dejéis de servirnos de ancla. Sólo saltos cortos, ¿lo pilláis?

—Bueno, espero que Júnior lo pille —respondió Olli—. Porque éste es el show de Júnior. —Revisó los datos que Kit le había enviado al ogdru. Todos parecían válidos, hasta donde ella podía juzgar.

—Permaneced en lo real tanto como podáis —siguió Jaine—. De otro modo, quedaremos desconectados en las profundidades. Nos perderemos unos a otros, y es posible que dejemos de existir por completo. No se supone que haya seres reales ahí abajo. El vacío absoluto es un cachorrito comparado con el nospacio, ¿vale?

—Vale —confirmó Olli. Y luego añadió un «joder», porque las parteni habían caído. La nave entera, del morro a la cola, se había convertido en una serie de serpentinas de materia suelta. Y la *Dios Buitre* era la siguiente.

Puede que Idris se empleara a fondo, o que lo hicieran los demás inters de la Hueste, pero por un prolongado momento el Arquitecto se quedó ahí colgado como si fuera la totalidad del cielo, y no cayó sobre ellos. Se movieron entre las cordilleras dentadas, más cercanos de lo que hubiera estado ningún ser vivo a esa máquina de destrucción. Pero vivieron. Siguieron. Olli contuvo el aliento.

—Buena suerte —dijo Jaine, y luego el Ojo se sumergió. Vio una repentina llamarada de su campo gravitatorio cuando las unidades de la Hueste trabajaron juntas, tomando esa porción del universo físico para hundirla en el nospacio. Luchando contra la resistencia de la física, la separación entre «el lugar donde existen las cosas» y

«el lugar donde no pueden existir». Forzó la vista para intentar seguirlo. La luz se derramaba desde la parte delantera del Ojo, desplazándose por todo el espectro, más allá del rojo y en matices que Olli no sería capaz de ver nunca. Tenía la sensación de que el espacio era como una membrana torturada que intentaba expulsar de vuelta al Ojo, pero luego desapareció, con un retorcimiento que le revolvió el estómago. Había ocurrido algo erróneo a un nivel básico, un crimen cometido contra las leyes universales.

—¿Jaine? ¿Idris? ¡Decidme algo!

Un prolongado instante de tensión. Y sus ojos se dirigieron a la inmensidad del Arquitecto. Probablemente se preguntara también qué acababa de pasar. Pero sabía que se acordaría pronto de la pequeña *Dios Buitre*.

—¿Jaine?

—¿Olli? —No era Jaine sino Kris—. Olli, estamos… Oh, j… —Durante unos segundos de infarto no hubo nada más que estática, y luego otra vez la voz de Kris—. No, hemos vuelto. Dios, por un momento estaba sola aquí. Pero hemos vuelto. Todos. La burbuja resiste. Todos están con reparaciones, pero estamos aquí. El pozo a lo real sigue intacto. Descendemos. —Y, lejos detrás de ellas, resonó el triunfante bramido de Ahab—. Olli, tenéis que escapar ya.

—Sí —susurró Olli, con los ojos llenos del paisaje cristalino—. Kit, en cuanto puedas.

Por encima de ella, los giros de Júnior eran cada vez más agitados.

—Problemas adicionales nos lo impiden. —La voz traducida de Kit era muy tranquila. Volvía a transmitir—. A cualquier nave que pueda ayudar, es nuestro último momento para salir. ¿Se ofrece algún voluntario?

«¿Por qué no nos ha aplastado?». Y luego Olli lo entendió. «Soy, yo. Las patas de Aklu. Las reliquias originarias».

«Pero eso significa…».

Vio despegar las espinas de cristal, que salían disparadas del suelo del Arquitecto y luego colgaban encima/debajo de él, antes de lanzarse contra la *Buitre*. Ella ya tenía a la nave dando tumbos, poniéndoselo difícil, luchando contra el manoseo de las garras gravitacionales de la entidad que buscaban inmovilizarles. Una espina rozó el motor brachator. Otra pasó tan cerca de una de las

cámaras de popa que no vio nada más que cristal por un fragmento de segundo. Y luego las esquirlas enloquecieron, porque el Arquitecto se había distraído con algo.

Era la *Llave Rota*, el pequeño yate diplomático que había enviado el Hum. Tendría un inter, por supuesto, uno bueno. Nada más que lo mejor para los peces gordos bien trajeados. Se escurrió entre la *Dios Buitre* y el Arquitecto, y sin duda el intermediario a bordo hacía todo lo que estaba en su mano, incluyendo gritar al oído del monstruo para mantenerle ocupado.

«Nunca pensé que estaría agradecida a la puta Oficina del Servicio Diplomático», admitió Olli, y luego tuvieron una señal de Júnior: una grieta, una ratonera, el mínimo espacio que el ogdru necesitaba para enhebrar la aguja y llevarles al nospacio más allá de la interferencia gravitatoria de los Arquitectos. Los ogdru eran depredadores monstruosos en sus mares natales, pero este espécimen sabía reconocer a un pez mayor cuando lo tenía delante y quería escaparse.

—Vamos —pidió Olli, y se colaron al nospacio, con destino a cualquier sitio menos ése, al menos mientras fueran lo bastante rápidos para preservar la integridad del pozo.

4
Más allá

23

Havaer

—Bueno. Ahí va mi transporte —dijo Havaer, al ver a la Hueste arrastrar el megalito desgarrado del Ojo. Y él, mientras, estaba a bordo de la *Nave de Contraofensiva DKT26 Provisional del Astillero Vantus* que en ese momento estrenaba sus baterías de aceleradores recién salidas de fábrica contra un Arquitecto. Porque había hecho lo adecuado en su gremio y había aceptado una invitación.

Al menos tenía un buen asiento para contemplar el espectáculo. La sala de reuniones a la que le había llevado Diljat tenía un buen juego de pantallas. Podrían asistir al desastre que acechaba y ya notaba en sus entrañas.

—Ahí se fue la *Escritor de Hierro* —dijo Diljat sin emoción. Estaba sentada del otro lado de un escritorio metálico, muy del estilo de la Casa Ácida. Se suponía que eran los últimos posos del cumplimiento de deber para Havaer, brindar un informe adecuado a alguien que sin duda se mantenía en el servicio. Al menos le tendrían que haber puesto un kafeinado. Le habían prometido uno. Por desgracia, los Arquitectos llegaron antes de que se lo trajeran.

Frente a la *DKT26*, la enorme masa lunar de un Arquitecto se revolvía pesadamente, con su bosque de espinas de cristal apuntándoles como el arranque del Día del Juicio. Havaer se dio cuenta de que estaba pensando, de forma insensible, que había algo capaz de destruir planetas por motivos enloquecidos, rehaciendo la materia a nivel atómico, pero que tenía parte frontal y posterior. Qué terriblemente trivial.

Escuchó el coro distante de los aceleradores de las naves de guerra, con su energía canturreando a través del casco con una voz espeluznante. Aunque los impactos de las descargas de disparos

súper rápidos resultaran invisibles. El Arquitecto no se dignaba percibirlos.

—Bueno, probablemente esto es todo.

—El hanni decía la verdad, ¿le parece? —le preguntó Diljat—. ¿Salvar el universo?

Él encontró su mirada y se preguntó qué tipo de confirmación buscaba ella. «Que nosotros, los agentes del desgobierno en las sombras, hicimos lo correcto al final».

—Sí que la decía —le respondió—. Con seguridad.

Ella se encogió de hombros.

—Pues espero que tengan buena suerte entonces.

El Arquitecto se deslizó a un lado y se fue. El casco de la *DKT26* gimió como protesta a la enorme cantidad de masa que había desaparecido de las inmediaciones. Y pudo ver, abajo en el gigante de gas, el inicio de tormentas que se abrían como repentinas heridas. Espirales rojas y violetas que cobraban violenta vida en la atmósfera superior.

Se habían ido. De repente, se fueron. Excepto el que había colisionado con la fábrica colmenera y la había arrastrado con ella para ser ambos aplastados en las garras del planeta. Además del otro, ya dañado, que las parteni consiguieron liquidar. «Dos Arquitectos más para el recuento. Y qué poco significa».

Diljat subvocalizaba por su comunicador privado, probablemente a alguien del puente. Quedaban un puñado de naves coloniales, la mayoría intactas. También unas cuantas parteni. En una pelea contra los Arquitectos, morías si no eras rápido. A veces se podía huir sin más que daños, pero había que trabajárselo.

Observó el movimiento cauto de las naves que quedaban. No se reagrupaban, porque así no funciona la guerra en el espacio. No sirven de mucho las formaciones rígidas y las marchas en un campo de batalla tridimensional del tamaño de un sistema solar. Pero sí existía una sensación de que se trazaban líneas. Los cazas Punto Cero de las parteni se colocaron en una especie de pantalla, lista para cerrarse sobre los coloniales. Todo el mundo ajustaba sin ganas su puntería, pero sin dejar de decir tácitamente «eh, no te estoy tocando». Y en ese momento a Havaer le pareció, allí sentado con la sensación de que tenía un millón de años, que llevaban bañando al borde del precipicio demasiado tiempo ya. En Arc Pallator, sí, y

sobre Infierno de Criccieth. Y, quizá no tan acusadamente, bastante tiempo atrás. Incluso antes de que destruyeran la Tierra. La humanidad natural y los ángeles artificiales de la doctora Parsefer vigilándose mutuamente y soltando el seguro de sus armas. Pero existía siempre alguna otra amenaza. Los Arquitectos, principalmente, pero también los essiel, por ejemplo en Estoc. La guerra nunca había acabado de estallar. Y aquí estaban ahora.

—Hay un montón de colmeneros ahí fuera —le dijo a Diljat.

Ella le miró inexpresiva.

—Estructuras sueltas que escaparon de la fábrica antes de que cayera, o que enviaron a luchar. No tienen adonde volver. Deberíamos recogerlas. Es nuestro deber en una emergencia. —«Al contrario que apuntar los cañones a las que fueron nuestras enemigas».

Ella asistió, un movimiento mínimo.

—Daré órdenes. Venga conmigo al puente. El capitán quiere verle. Puede explicarle qué demonios hacían realmente esos payasos antes de que se marcharan… donde se hayan ido.

—Hacían exactamente lo que decían.

—De acuerdo, explíqueselo.

El puente de la *DKT* estaba… incompleto. Faltaban la mitad de los paneles y había tanto cableado de aspecto peligroso a la vista que Havaer casi pensó que había vuelto a la *Dios Buitre*. El capitán resultó ser más bajo y joven que Havaer, y obviamente alguien que no estaba previsto que llevara a esa nave a una verdadera batalla, sino más bien a alguna prueba para ver si cada pieza estaba en su sitio. Parecía que en efecto todo había funcionado bien, al igual que el propio capitán.

Poco después, empezaron a recoger colmeneros a la deriva, como había sugerido Havaer. Enviaron los remotos de la nave para impulsar a los que se habían quedado sin energía, y luego fueron a los que su trayectoria les alejaba en el vacío. Una vez que quedó claro que lo que hacían era eso, las parteni se les unieron cautelosamente, coordinándose sin comunicación, igualando el número de naves dedicadas a los rescates por los coloniales.

Havaer sintió encima la mirada de Diljat.

—No quieren pelear. No han venido aquí para eso. Esta parte del Partenón básicamente se hizo el harakiri para asegurarse de que el

Ojo fuera adonde se ha ido. Así que esas naves de ahí fuera están llenas de mujeres que no están seguras de qué es lo siguiente que harán. Probablemente querrán irse y encontrar a sus amigas, otras partes de su flota. Pero si nos seguimos apuntando, puede que tengan otras ideas. Y el siguiente paso es realmente sencillo cuando eres, en resumen, una sociedad de soldados que pasan cada día en naves de guerra. Pero no hay ninguna razón, literalmente, para que sea así. Salvo que decidamos ir a pincharlas con un palo a ver qué hacen luego.

Diljat se le quedó mirando un largo rato, y luego se dirigió al capitán.

—Necesito una lancha, o lo que tengan en los hangares que pueda pilotar con una sola mano, y que tenga un buen motor gravitacional. Tengo que llevar a este hombre a Berlenhof para que haga un informe adecuado. Entre tanto, le pongo al mando de las naves que quedan. Siga con los trabajos de rescate y no provoque a las parteni. ¿Entendido?

Havaer no se había dado cuenta de que Diljat tuviera ese tipo de influencia. Quizá un capitán más experimentado se habría enfrentado a ella, pero el responsable de la *DKT* se sentía obviamente contento de que alguien le dijera qué hacer. Justo había sobrevivido a un combate contra los Arquitectos. Eso suponía que acababa de tener más responsabilidades de mando de las que quizá habría esperado para toda su carrera.

—¿Qué soy, entonces? —preguntó Havaer a Diljat mientras ella le conducía hacia los hangares—. ¿Un prisionero? ¿Me presentarán como un renegado que se pasó a las parteni? ¿Llamarán a Laery traidora?

—Nadie sabe qué demonios es usted o qué fue ella —le dijo—. O quizá sí, todas esas cosas, dependiendo de a quién pregunte. Y algunos de los dedos que le señalen por haber seguido a Laery procederán de la propia Casa, puede estar seguro. Todavía queda mucha gente favorable a ese asunto de las arcas, y controlan la mitad de los puestos importantes. A la vez, se está descubriendo todo el pastel y la forma en que intentaron llevarlo a cabo apesta por completo. No es exactamente popular, eso de «dejar a casi todo el mundo detrás para que muera». Hasta el bloque favorable a los magdanos se ha dividido al respecto, y sabe lo raramente que

ocurre.

—¿Y de qué lado está usted? —Ya habían llegado al hangar. Vio cómo preparaban a toda prisa una lancha para salir. Ella se encogió de hombros.

—Eso depende de quién me dé las órdenes primero, agente Mundy. Sólo espero que sea alguien que quiera escuchar lo que tiene que decir, en lugar de poner su cabeza en una pica.

Idris

Sintió el momento en que la realidad titubeaba, probando los límites de todas las teorías que habían concebido Trine y Shinandri. Empezaron sin él, mientras se apresuraba a volver a la sala de las Máquinas. El resto de los inters ya estaban, en sus puestos, e hizo cuanto pudo para coordinarles mientras corría, aunque ese tipo de liderazgo nunca había sido su punto fuerte. No era alguien inspirador, al que quisiera seguir nadie en su sano juicio. Con todos sus tics, tartamudeos e inseguridades. Por suerte Andecka estaba en ello, enlazándose con cada uno de los fragmentos tripulados, comprobando la integridad del conjunto. Ella también lo debía haber sentido, ese parpadeo cuando el universo intentó negar su existencia. Pero las matemáticas se impusieron al final. Y estaban allí. En el allí imposible, pero al que había resultado que se podía llegar. Muy presente, en lo real, en el nospacio. Una burbuja del universo arrojada a las profundidades oscuras, atada por un hilo frágil, como una única carretera abierta en territorio ocupado. Y, del otro extremo, su ancla, la baqueteada *Dios Buitre*. A un dedo de distancia de la aniquilación.

Entró tambaleándose en la sala de las Máquinas y escuchó a Kris.

—El pozo abierto a lo real sigue intacto. Descendemos.

Por supuesto que no descendían, era exactamente la forma errónea de describir la relación exacta entre ellos y la geografía más amplia del nospacio. A la vez, desde una perspectiva simplemente humana, era la expresión más correcta posible.

—Olli —dijo Kris—, tienes que escapar ya. —Su precioso ancla seguía en medio de una zona de guerra… ¿Serían capaces de llegar al nospacio antes de que los Arquitectos les aplastaran?

La mayor parte de las luces de la sala de las Máquinas estaban apagadas. Los propios colchones lo estaban, pero había media docena de colmeneros de múltiples brazos trabajando con Jaine y Ahab para que volviera la energía. Entre el parpadeo de las luces restantes, distinguió a un doctor Shinandri en traje de exploración que se dirigía hacia Idris con los brazos abiertos, arrastrando mangueras.

—¡Un absoluto, completo y destacado éxito! —exclamó, y luego desapareció de la existencia. Como todos. Idris se quedó solo en la semioscuridad, sin más compañía que el eco de las últimas palabras del doctor. Le habían sobrevivido de algún modo.

Sus oídos, ojos y demás sentidos le decían que estaba solo. Las escamas de la Hueste estaban vacías. No había un alma más, no quedaba ninguna otra mente en esa tumba de piedra que era el Ojo. Y caían. El interior de su oído y la boca del estómago no le enviaban ninguna indicación, pero su mente lo sabía. Cuando había tenido compañía, el descenso había sido continuo y controlado. Ahora se sentía como si se estuviera hundiendo sin control, como una nave que se fuera a pique en el abismo del océano. Se imaginó el rastro de las burbujas, el último indicio desesperado de que habían llegado a estar allí en algún momento.

Y debajo esperaba el kraken.

Idris se descubrió sonriendo.

«Ahí estás».

El terror del vacío irreal. La ilusión de la existencia del Otro, que alimentaba la ausencia del nospacio en cualquier mente pensante. Eso decían los psiquiatras del Comité de Enlace. Quizá incluso sabían que mentían, una falsedad más digerible que la verdad. «Está ahí. Vive en el nospacio. No puede soportar el compartir su dominio. Caza». O quizá le gustaba la compañía. Quizá estaba tan desesperado porque quería hacer nuevos amigos. Qué pena, entonces, que su simple existencia resultara tan absolutamente intolerable que la gente se matara, y destruyera sus naves, en vez de encontrarse con él. La gente… humanos, hanni, castigar, colmeneros. Especies conscientes, esa hermandad con una relación común tan extraña con el nospacio.

Sintió los primeros movimientos perezosos de la Presencia cuando les detectó. Tentáculos imaginarios, zarcillos, que se

estiraban y probaban el agua. Un gran ojo redondo que escrutaba la oscura extensión delante de sí. La Presencia, su vieja compañera, alzándose lentamente desde su guardia sumergida, justo al lado del centro de todas las cosas. Como ese perro de múltiples cabezas de las viejas historias, sentado a la puerta del infierno.

«Es su guardián, entonces». Sintió cómo se iba interesando más por ellos, cómo se acercaba. Sólo que a Idris no le parecía que eso fuera lo que pasaba, y analizó su intuición como una forma de evitar su creciente percepción de la Presencia. ¿No estaba bien, no era un guardián? ¿O era que no les pertenecía?

Intentó imaginárselo debajo. Llegar hasta él, como hacía con los Arquitectos. Con su mente afrontando esa naturaleza insoportable y, de algún modo, estrechando su mano a través de la distancia.

«No». Ni siquiera él, el veterano del nospacio, sería capaz. «No podría». Era la completa negación del pensamiento y la existencia. Un pavor existencial que hubiera cobrado forma y propósito.

Y entonces Shinandri se estrelló contra él, después de haber cruzado el espacio que les separaba durante ese tiempo. Y habían vuelto los colmeneros; había vuelto Kris. El pozo estaba allí de nuevo, trazando toda una senda hasta la realidad. La burbuja seguía intacta. Sintió que la Presencia retrocedía ante ellos, pero no les olvidaba, ni se volvía a su escondrijo. Seguían siendo una molestia a la que tenía que responder, pero diferente. Percibía a la Presencia de una forma inconfundible, como un ser vivo, que se escapaba, confuso. El restablecimiento del pozo encendía una lamparita en la oscuridad. Por ahora.

—¡Silencio! —pidió Jaine—. Que todo el mundo confirme que sigue con nosotros. Andecka, ronda de llamada a los inters. —Llegaron los sonidos de respuesta de cada colmenero. Kris le tomó de la mano. Solaz llegó para abrazarle con fiereza. El horrible momento de soledad había trazado nuevas arrugas en las caras de las dos.

—Estamos aquí —decía la parteni—, lo conseguimos. Estamos aquí. —Y quién sabía cuántas de sus hermanas habían sobrevivido allá en la realidad. Pero llevaba razón. Lo habían conseguido. Habían hecho lo que nadie antes. Una misión grupal en el nospacio, todos juntos.

—¿Olli? ¿Kit? —Kris intentaba que su comunicación llegara al

otro extremo del pozo. El hecho de que todos volvieran a existir conjuntamente significaba que no sólo habían conseguido llevar a la *Buitre* al nospacio, sino que también lograron volver a salir. La *Buitre* estaba en algún lugar a sólo un pequeño salto de Crux. Porque la nave nada más que podía ser su ancla cuando existía en la realidad. Cada vez que se sumergiera en el nospacio, todo se colapsaría.

Idris había visto los cálculos, aunque no los había comprendido del todo. Doc Shin creía sinceramente que, cuando su ancla reentrara en la realidad, la burbuja y lo demás se recuperarían por sí solos. Pero es que Doc Shin parecía ser capaz de creerse sinceramente un montón de cosas. Idris se alegró de que al menos pareciera llevar razón esta vez.

Sintió la Presencia moverse, muy por debajo de ellos. No sabía si tenía algún tipo de consciencia de su propio existir, o si su devoradora atracción por los viajeros pensantes era tan involuntaria como una reacción química. Pero, con burbuja o sin ella, seguían siendo algo que la irritaba. Seguía despacio, pero ascendía a la vez que ellos bajaban.

—¡Restablecimiento del contacto! —La voz de Kittering apareció en uno de los altavoces de pared—. Donde estamos es descrito por *mesdam* Timo como el final del culo del mundo. Vacío profundo, sin estrella, sin sistema. Situación de la *Dios Buitre*: más o menos intacta. Reparaciones en marcha. Tu voz es agradable de oír, Kris.

—Dios, también la tuya —repuso Kris—. Estamos… ¿Qué estamos haciendo ahora, exactamente? —Idris se fijó en que Solaz y ella se encontraban casi hombro con hombro, y se dio cuenta de lo muy extraño que les debía parecer todo aquello. No eran ingenieras que trabajaran en los detalles del proyecto, como Jaine y los distintos colmeneros. Ninguna de ellas tenía una mentalidad científica que entendiera las teorías. Y no eran inters, familiarizadas con el abismo irreal. Una abogada de Scintilla y una mirmidón parteni, aquí abajo, donde vivía la locura.

—Nuestros intermediarios requerirán algún tipo de rotación, creo que podemos llamarlo así —declaró Shinandri—. Dado que necesitamos su continua intervención y guía para mantener nuestro, hum, sí, más bien innatural estado aquí. Quizá *menheer* Telemmier…

—Yo me encargo —interrumpió la voz de Andecka, desde la escama en la que se encontrara—. No te preocupes, Idris. Tendré a los míos en las escamas. Les alternaré en el servicio. Las inters parteni estarán en el propio Ojo, donde tienen su asistencia mecánica. Creo que tendrán que hacer turnos más largos. Para mantener el ritmo. Pero podemos hacerlo. Durante el tiempo que haga falta. Estaremos listos. Nada más que guíanos hasta el enemigo.

«El enemigo». Idris volvió a sentir el viejo y familiar peso de la depresión encima. «Oh, sí, estamos aquí para cometer un genocidio». Mientras lo pensaba, los distintos asientos de la Máquina volvieron a estar en línea, con los colmeneros apartándose de ellos por turnos. Ahab ya estaba golpeteando hacia ellos, con su gran masa ondulando y reptando a través de la sala.

—¡Cerca! ¡De caza, Idris! ¡Les traemos la espada ardiente! —declamó, e Idris se preguntó sin posible respuesta qué concepto neromathi se habría humanizado para dar lugar a esas palabras. No parecían el tipo de especie que hubiera desarrollado espadas en su evolución desde la superficie de un planeta perdido hasta el espacio.

«No quiero». Pero Shinandri ya estaba poniéndole el traje, el que mantendría su cuerpo funcionando mientras se quedaba en la Máquina más tiempo del aconsejable. La sonrisa del científico era como la hoja curva de un cuchillo. Idris sentía su filo en el cerebro.

No tenía la fuerza necesaria para oponerse al hombre. Ni siquiera para ponerle difícil el vestirle. No podía enfrentarse a ellos después de lo ocurrido en Crux —después de todo lo ocurrido, desde la destrucción de la Tierra en adelante— y decirles «no quiero exterminar a los Arquitectos». Pero ya lo había dicho. Murmurado, susurrado en su aliento, como una especie de amotinamiento contra sí mismo. No le importaba a nadie. Le iban a usar en la guerra de otros, como siempre. Sólo que estaba vez le usarían sus amigos.

Se habría sentido más feliz a solas con la Presencia.

A la vez que lo pensaba —casi como si fuera por haberlo pensado—, sintió que se movía. La distancia que hubiera entre la cosa y el Ojo se reducía a toda marcha, porque la Presencia había decidido venir y echarles un vistazo. Exponerles a su terrible existencia, hasta que sus mentes se disolvieran por el mero hecho de

estar ante ella. Escuchó balbuceos aterrados de los inters a través de los comunicadores, y a las pilotos parteni del Ojo lanzando mensajes de sorpresa. Los demás, los que no tenían sentidos con un doble filo, sabían que algo iba mal, pero no el qué. Morirían ciegos cuando les encontrara la Presencia, pero morirían igual. Idris no estaba seguro de qué forma sería preferible.

Él la buscó.

Fue un error terrible.

Y pese a ello, en ese momento de arrogancia, entendió bastantes cosas. Fue como si la embestida de la Presencia llenara cada rendija y cavidad de su mente. Y luego volviera a salir, llevándose la mayor parte de ese conocimiento, pero dejando atrás algunos charcos. La Presencia, el habitante del nospacio, era real, real, real, sin importar lo que dijeran. La compañía constante de los intermediarios cuando cruzaban los espacios solitarios entre los sistemas estelares. El monstruo resultante de cocinar juntas las pesadillas de cada especie inteligente, para obtener una masa proteica de deseo y ansia. Completamente singular, única y sola en el universo. Evolucionada o engendrada, o simplemente llevada a la existencia por las propias condiciones del nospacio. Era singular exactamente por la misma razón que cada viaje por el nospacio —¡hasta ahora!— dejaba solo a cada viajero. Porque así funcionaba el nospacio. Y ésa era la herejía cósmica que cometían ahora, al venir aquí acompañados.

Venía a por ellos, en una carga precipitada, con más decisión de la que Idris había sentido en ella jamás. Seguían juntos, pero, ¿qué significaba eso para la Presencia? Idris tuvo la repentina y horrible idea de que, si la Presencia entraba en su burbuja de realidad, se convertiría también en real. Cobraría una forma física dentro del Ojo que sería espantosa de ver, más allá de lo que la carne pudiera llegar a tolerar. Sus cuerpos querrían alejarse tanto de ella que tendrían que transformarse en algo completamente distinto, lo bastante fuerte para resistir. En rocas, estatuas de sal…

Ese rápido, inexorable acercamiento adonde estaban. Idris sostuvo la mano de Kris y atrajo a Solaz. Pudo escuchar que alguien maldecía, otros sollozaban o rezaban. Ahab rugió, pero de su traductor salió poco más que estática y ecos.

Luego nada. Les había sobrepasado. Tuvo una sensación de furioso desconcierto, más bien una interpretación humana para algo

que nunca podría ser convertido en sensaciones humanas. Pero les había encontrado, había sido capaz de dar a conocer a todos su Presencia, y entonces… se alejó de su camino, siguiendo un rastro que de repente había desaparecido, y…

—Deprisa, por favor. —Una voz de la que Idris ya empezaba a hartarse. El heraldo Ash, delante de ellos como si hubiera estado ahí todo el tiempo. Algo que no había ocurrido—. Volverá, y lo más probable es que no sea tan fácil escaparse. Somos algo nuevo y no sabe cómo situarnos en lo irreal. Pero aprenderá. Primer turno de inters, a las Máquinas, y llevadnos adonde están los Arquitectos.

Después fue a buscar a Ash. Al final de su turno, cuando desconectaron los tubos y confirmaron todas las observaciones que había hecho antes, cuando el Ojo seguía en un planeta. Y después de que confirmaran dónde estaban los Arquitectos, ese nudo en la estructura del nospacio, y empezaran a mover al Ojo en esa dirección. Todos esos pilotos inters trabajando juntos de una forma en que los inters no lo habían hecho jamás. Alimentando sus mentes con la nada del nospacio como un micelio de hongos, encontrando el camino entre el «aquí» y el «allí» a través de un vacío donde ninguno de esos términos tenía un significado objetivo. Llevándoles a sus enemigos. Cuando el resto de su turno en la Máquina ya se había ido a dormir, Idris fue a por Ash, decidido a conseguir al fin algunas respuestas.

Pero buscar a Ash siempre era un brindis al sol. No tenía ningún espacio propio, una cama o algún lugar. Nada más que aparecía cuando menos se le esperaba y te decía algo malo. Ése era literalmente el resumen de su papel en la historia humana.

Así que cuando Idris le encontró, donde había estado acoplada la *Dios Buitre*, sólo pudo asumir que Ash también quería verle.

—Quiero respuestas —exigió con las manos crispadas en ineficaces puños.

—Por supuesto que sí —aceptó Ash con esa voz suave, tan humana, que era capaz de usar. Una vez le escuchó hablar con un embajador hanni, haciendo sonidos chirriantes y mimetizando todos los gestos de esa psicología distinta a través de movimientos escuetos de una mano. Ash, el cosmopolita definitivo.

—Bueno, aquí nos tienes —siguió Idris. Intentó mirar más allá

de la dársena, de las escamas de la Hueste, al universo que había más allá. Pero no podía, porque no estaba. La lógica indicaba que debía haber un gran vacío abierto, en el que podría ver sin ayuda el nospacio mediante sus frágiles ojos humanos. Pero era como un punto ciego. Su mente se negaba a convertir aquello en ninguna imagen. Y deslizaba su atención hacia Ash—. Tu gran plan. O esta versión. Dime que no trajiste antes hasta tan lejos a otras especies y fracasaron.

Ash inclinó la cabeza —el miembro sensorial que hacía pasar por su cabeza— hacia un lado. Y no dijo nada.

—Una vez te pregunté si eras un originario, ¿recuerdas? —O lo había intentado al menos, desde luego. Su cerebro trastornado no recordaba con certeza si había llegado a pronunciar las palabras—. O… puede que seas uno de ellos. Los amos. ¿Vas contra los demás? ¿Un objetor de conciencia opuesto a la demolición de planetas habitados? ¿O quizá quieres fingir que no hay otros? ¿Ningún amo, sólo Arquitectos, y así puedes justificar la moralidad de lo que estás haciendo?

No esperaba una respuesta, pero Ash se enderezó, perdiendo toda apariencia humana.

—Ellos existen. Hay amos. Casi nadie ha sido capaz de descubrirlo. Tú y un par de intermediarios de otras especies. Y nosotros.

—Vosotros.

—No somos «ellos». Nunca fuimos los originarios.

—Porque los originarios sí que son «ellos» —presionó Idris—. Llevo razón, ¿verdad? Les vi. Están en el centro del nospacio. Hay un centro del nospacio. —Argumentó la idea, como si Ash no la comprendiera en caso de no hacerlo—. El universo es el exterior. El nospacio es el corazón, y en el corazón del nospacio… ellos. Les vi, cuando fui más allá de la Presencia. Como si ella fuera su guardián.

—O se escondieran —dijo Ash suavemente.

—O eso —aceptó Idris—. Pero desde el corazón de todo puedes ver… todo. Es como cuando miraba el nospacio a través del Ojo. Las distancias no son como en la realidad. ¿Por qué deberían serlo? Es enorme, pero es pequeño. Más pequeño que el universo, obviamente: está dentro de lo real, y si no fuera más pequeño no se podría viajar con rapidez a través de él. Es lógico. Desde el centro

puedes verlo todo, si tu vista es lo bastante buena. Puedes percibirlo todo. Todo lo que hay hasta la frontera con lo real, donde están los pasajes. Como cosidos. Dando forma al universo. En realidad no son rutas para viajar por ellas, pero cuando alguien da esas puntadas, crea un camino que se puede seguir. Una consecuencia. Y pensábamos que los habían hecho para nosotros, para los que son como nosotros, para movernos con más rapidez. ¿Para qué los hicieron entonces, Ash?

Ash extendió la mano en una especie de encogimiento de hombros.

—No lo sé, Idris.

—¿En serio? —Una parte infantil de Idris había dado por seguro que Ash tendría todas las respuestas—. Entonces… ¿qué? ¿Cuál es tu lugar en todo esto? Pensaba… —Que la criatura lo sabía todo, pero sólo estaba siendo inescrutable. En eso consistía su personaje. Ash no unía los puntos por ti. No lo había hecho nunca.

—Fuimos los más grandes intermediarios —le dijo Ash—. Mi pueblo. Del que soy el último.

—Que sepas.

—El último, en todo el universo. Porque lo sabría. Siempre lo sabíamos. Estábamos continuamente acompañados. Podíamos hablar a través de toda la creación, usando el nospacio como caja de resonancia. Y podíamos viajar. Nuestros cuerpos son nuestros cerebros y nuestros cerebros interactúan con el espacio y el nospacio de formas que nadie más ha conseguido. Tú y Santa Xavienne, los ogdru, los sabios castigar, ninguno podéis imaginároslo. Podíamos ir a cualquier lugar del universo con sólo desearlo. Así que fuimos dentro, y les encontramos. Y ellos ya habían empezado su cruzada. Tenían a los Arquitectos como herramientas y vigilaban cualquier señal de inteligencia que deformara el firmamento sobre ellos. Al verla enviaban a sus mascotas para aplastarla. Pero tan pronto como supieron de nuestra existencia, fuimos su prioridad absoluta. Nosotros éramos el máximo ejemplo de todo aquello que no quieren permitir, la vida y la inteligencia. Y sea cual sea la ideología o el propósito que tengan y con el que interfiere la inteligencia, nosotros le afectábamos muchísimo más. Nos cazaron como no lo hicieron con ninguna otra especie antes o después, enviaron Arquitectos a por cada uno de

nosotros, uno por uno. Fuimos exterminados a lo largo de un millar de años, hasta que un día llamé al universo y ni una sola voz me cantó su respuesta. Eso es lo que soy, Idris. No un amo, no un originario, nada muy significativo. Si alguna vez pasé por algo más sólo fue porque entendí que un cierto aire de misterio y poder haría que los demás escucharan mis avisos. No soy más que un superviviente que quiere evitar que otros sufran su mismo destino fatal.

—Y venganza —sugirió Idris.

—Oh, bueno —reconoció Ash—. Creo que me merezco un poco de venganza, ¿no?

—Entonces… ¿por qué no atacar a los amos? —preguntó Idris en voz baja—. En lugar de a los Arquitectos.

—Porque tienen a su guardián protegiéndoles, y no podemos enfrentarnos a él —dijo sencillamente Ash—. ¿Crees que las mentes que van en esta nave sobrevivirían a su atención, de cerca? Pero tenemos a nuestro alcance a los Arquitectos, e incluso si sus amos consiguen encontrar después otras herramientas, al cabo de diez mil años, o de diez millones, les habremos hecho daño. Y les habremos mostrado que no son todopoderosos. No podemos atacarles, pero les podemos desarmar. Debería bastar.

«No basta», pensó Idris, y luego: «Es demasiado». ¿Pero qué sabía él? Sólo era un humano.

Luego entró una llamada general teñida de pánico a través de los comunicadores.

—¡Requerida acción de emergencia urgente! —La voz de Kit, aguda y cargada de estática después de todo el trayecto pozo abajo —. ¡Entrada inminente en el nospacio!

—No, ¿por qué? —preguntó Idris—. ¡Tenéis que seguir en la realidad! Ésa es la clave, ¡sois nuestro ancla en ella!

—¡Arquitectos! —insistió Kittering—. Emergencia de Arquitectos. Se acercan ahora mismo. Olli está haciendo cálculos para una entrada en el nospacio. Idris, nos persiguen. Nos han seguido desde Crux.

24

Olli

Tampoco era como si la *Buitre* hubiera sufrido un impacto directo sobre Crux. Lo que ya estaba bastante bien porque no se solía escapar de un despliegue de Arquitectos. Pero cuando el monstruo apareció justo encima del Ojo, el torbellino gravitatorio resultante había reventado las costuras y sistemas de unas cuantas naves. Olli había tenido demasiados líos que resolver cuando desapareció el Ojo, y justo le había dado el mando a Júnior, permitiendo que el ogdru les sacara de allí. Cuando emergieron del nospacio tras un fugaz viaje de pesadilla, había más luces rojas en el tablero de mandos que en una fiesta de carnaval en el infierno. Se quedó allí sentada en la cápsula de mando del escorpión, cubierta de sudor frío, pensando en todos los naufragios que había visto causados porque alguien intentó meterse en el nospacio con una nave dañada.

—Bueno, joder —dijo, atrapada entre sensaciones parejas de alivio y horror por la forma en que se habían desarrollado las cosas —. ¿Dónde nos has traído, Júnior?

El ogdru flotaba tranquilamente en su tanque. Le echó algo de comida, esos trozos de algo con aspecto desagradable que le gustaban. No les quedaban muchos, y necesitaba encontrar algún lugar con una cibernet en la que pudiera ver qué más podía darle de comer. No es que fueran a ir a llenar la despensa a la Hegemonía en algún momento cercano. Pero luego el castigado tablero de navegación de la *Buitre* le dio algunos datos y pudo responder su propia pregunta previa con un «el final del culo del mundo». Estaban en el espacio profundo, no había una estrella a cincuenta años luz y pico. Júnior se había ido a tomar por culo y no iba a ser ella quien le culpara.

Kittering estaba hablando pozo abajo. Olli tocó los comunicadores y escuchó la voz de Kris que llegaba como si fuera la de su fantasma, distante, con ecos y una distorsión acojonante. Una especie de coro de almas condenadas sonaba de fondo cada vez que hablaba. Una idea divertida. Pero al menos estaban bien. Vivos y existían todavía, con lo que podrían ir a terminar el tema. Olli se permitió relajarse un poquito.

Mientras, ellos tenían también cosas que ir haciendo. Vida de espacial, un tipo de actividad a la que estaba acostumbrada. Le había bastado antes de que los Arquitectos volvieran y esta pequeña nave cutre de rescate se convirtiera de algún modo en la pieza clave para la salvación del universo.

«Putas parteni». La habían jodido una vez más al tener la increíble falta de seso como para dejar que un Arquitecto las atomizara al materializarse. Lo que significaba que no tendrían el lugar de honor previsto como ancla de esa expedición de gilipollas. Olli —de camino a su armario de herramientas— se detuvo un momento para pensar en la forma en la que la *Valkiria Juiciosa* se había convertido en… hebras sueltas. Sólo alambres y tiras. «Joder», intentó decir, pero ni siquiera le salió esa palabra familiar. Se dio cuenta de repente de que estaba temblando. Los tentáculos, las patas mágicas de Aklu, se enroscaron y las puntas arañaron las paredes del muelle de drones como si fueran uñas. Su respiración se volvió abruptamente demasiado profunda, demasiado rápida, y los indicadores médicos de la cápsula del escorpión se activaron e intentaron inyectarle un tranquilizante, sólo que ella no había llenado los depósitos de medicinas desde ni se sabe.

—Oh —dijo. El Arquitecto surgiendo a lo real justo encima de ellos, la nave desintegrándose… Nadie había sido testigo de algo así. Pero ella era Olian Timo. No era Idris, que se venía abajo tan rápido que debería llevar algún tipo de aviso pegado en la frente. Había pasado por la vida sin la mayoría de los miembros de los que disponía la gente y se había adaptado, lo que dejaba claro la clase de dura hija de puta que era, que no se ponía… así.

Sus hápticos detectaron un toque en la cápsula. Uno pequeñito. Era Kit, agarrado a la pared para no interferir en la continua torsión de sus tentáculos. La había tocado con una de las extensiones de su mandíbula. Sus brazos blindados llevaban pantallas con una

variedad de iconos alegres; caras humanas estilizadas con amplias sonrisas, manos humanas que hacían gestos francamente inapropiados pero que él probablemente interpretaba como motivadores. Símbolos de distintas monedas, media docena de imágenes humanas para atraer la buena suerte y un par de símbolos totalmente extraños que probablemente serían sus equivalentes hanni.

—Las cosas van relativamente bien, dentro de lo razonable —dijo Kittering.

Olli miró a su corona de ojos, unos pequeños orbes que no ofrecían ningún tipo de emoción humana, pero que eran suyos, de su compañero, su amigo.

—Me gustaría tener aquí a Rollo y que todo esto fuera su problema, ese cabrón escaqueado —recordó ella.

—Ese deseo es compartido de corazón —asintió Kit.

—¿Vas a ayudarme a hacer apaños?

—Seguro.

—Vale entonces —dijo Olli, sintiendo que los temblores disminuían, el horror retrocedía, ese tipo de sensación cabrona que tenía en el nospacio. No se había marchado, pero no lo tenía tan cerca por ahora. Hizo una lista de triaje con la facilidad de la práctica, con el conocimiento de su nave y de qué piezas esperarían pacientemente su atención, y cuáles otras eran cabronas exigentes que se pondrían protestonas y tal vez explosivas si no recibían cuidados inmediatos. Luego ella y Kit sacaron todos los juguetes potentes del armario de herramientas y se pusieron manos a la obra. Arreglando donde se podía arreglar. Haciendo apaños donde no se podía. Redirigiendo sistemas que requerirían verdaderos milagros para resucitar. Reduciendo las posibilidades de la nave, duplicando funciones, sumando presión a las piezas que funcionaban todavía porque había otras que ya no.

—Esta nave —le dijo a Kit, cuando hicieron una pausa para comer algo de sus menguantes reservas— no es para llevarla entre dos. Ni siquiera si se trata de dos putos genios como tú y yo.

Kittering tenía su propia lista de lo necesario. Repuestos y piezas para la nave. Combustible para los motores de reacción. Algunos componentes especialmente difíciles y caros que el motor gravitatorio iba a necesitar más bien antes que después. Materia en

bruto para las impresoras, orgánica y de otros tipos. Pienso para ogdrus.

—Tendríamos que ir a algún sitio civilizado —respondió Olli—. Donde pudiéramos regatear.

Kit soltó un sonido de lamento entre sus mandíbulas.

—Una falta de satisfacción con las finanzas del vehículo. No se nos paga. —Eso podría sonar un tanto mercenario, o se podría interpretar como típicamente hanni, dado que las transacciones comerciales honestas eran lo que su cultura valoraba por encima de todo, pero también era la verdad. Nadie les había ofrecido un contrato remunerado por salvar el universo, y nadie había facilitado mágicamente el mantenimiento de esa vieja nave con goteras que costaba tanto.

—Júnior, necesitaremos dar un salto en algún momento, pronto —dijo Olli. El ogdru no podía escucharla, por supuesto, pero estaba a la vez trabajando con la interfaz conectada al tanque que habían improvisado. Y Júnior aparentemente estaba deseando empezar. Culebreaba y se movía cada vez más agitado dentro de la esfera de agua.

Lo mismo que antes, cuando…

Sintió el bandazo. Ella no era inter, y nunca tendría esos sentidos comecerebros con los que había sido dotado Idris. Pero algo en Olli se revolvió cuando hizo su aparición el Arquitecto. Ni siquiera cerca de la *Buitre*. Cuando dirigió la mirada a la tabla de sensores de la nave, vio que estaba muy lejos. Sólo el rastro de su masa desvelaba su presencia, donde no había ni siquiera una estrella que brillara sobre su superficie cristalina. Y estaba ahí quieto. Puede que los Arquitectos hicieran cosas así todo el tiempo, que salieran donde no había nadie, sólo por disfrutar de un poco de paz y tranquilidad. El problema es que había mucho universo vacío y había escogido aparecer a sólo un millar de millones de kilómetros de la *Dios Buitre*.

Había venido a por ellos. Y ahora las sondas sensoras provisionales de la *Buitre* incluso mostraban las cicatrices y daños de la cosa, las enormes fracturas que le habían causado los martillos de masa de las parteni. Venía de Crux.

«Lo saben». Sintió que su corazón se ponía a latir al doble de velocidad, y todos sus miedos hacían cola para poner a castañetear

sus dientes. Pero no tenía tiempo para eso. Ahora no. Porque estaba ahí fuera y se movía. De forma cauta por ahora, ni siquiera en línea recta hacia ellos. Pero buscaba un rastro.

—¡Kit!

—¡Sí, sí! —Ya se había metido en la cápsula de mando. Vio que los sistemas básicos de la *Buitre* volvían a la vida uno tras otro, después de una mínima comprobación de seguridad de cada uno. Volvieron a hablar con los del fondo del pozo, avisándoles. Olli le dio indicaciones a Júnior, pero la verdad es que el ogdru estaba, más que dispuesto, deseoso de salir cagando leches.

Y luego estuvieron en el nospacio, y Kit se había ido y Júnior se había ido: quedaba la gran esfera de agua vacía encima de ella. Olli resistió mentalmente y, gracias a las patas mágicas de Aklu, físicamente. Esperó, sintiendo la soledad arrastrándose sobre ella y, debajo, una compañía infinitamente peor. Aunque hubiera hecho esto antes, alguna vez en que no hubo tiempo de meterse en suspensión, nunca mejoraba. Su respiración empezó a acelerarse más y más, y le invadió la claustrofobia. Para alguien que vivía en los confines limitados de la cápsula del escorpión, eso iba a ser un verdadero problema. El universo se estaba cerrando sobre ella. Olli era el centro de su atención, estaba posada sobre la palma de su mano y los dedos se cerraban…

Y salieron, sólo fue un breve salto. Se sintió avergonzada de descubrirse llorando, de hecho soltando sollozos por los comunicadores abiertos. No tenía ni idea de lo que se podría imaginar Kit. Pero se rehizo. Era Olian Timo, y no tenía vulnerabilidades emocionales como la gente normal. Ella era de los duros.

«Joder».

—¿Kit? ¿Dónde estamos?

—Nuevo Kismayo es lo que nos dice la cibernet local.

Olli torció el gesto un momento.

—¿La mina? —Otro sistema de extracción de recursos, encontrado por el mismo grupo cartográfico que había descubierto Crux. Otro salto corto, y le había dicho a Júnior que necesitaban dar con un rastro de civilización. Nuevo Kismayo tendría que valer por ahora.

—¿Y qué hay de…? —Un momento de temor, esperando.

—Sin indicaciones de perturbación en el nospacio. ¿Comportamiento del ogdru?

—¿Júnior? —Miró hacia arriba. La criatura daba vueltas plácidamente, mirando a la parte inferior del tanque para verla—. Tranquilo.

—¿Probabilidad de persecución?

—No tengo ni puta idea, Kit. Llama a la gente de aquí a ver qué nos pueden dar. Seguiré con las reparaciones. —Y así lo hizo, sin perder de vista la lista de peticiones que el hanni envió a unos almacenes de Nuevo Kismayo. Había cosas que tenían disponibles, otras posiblemente las podrían conseguir en otros lugares del planeta para vendérselas luego a la *Buitre*. No sería barato, porque los mineros eran espaciales, lo mismo que Olli y Kit, y no es que tuvieran grandes depósitos de piezas de recambio, ni siquiera una gran reserva de materia prima para impresora. Eran rehenes del irregular flujo de naves de suministro que llegaran de otros planetas, con material procedente de otros más, mediante la tenue red de transporte y comercio que resistía a los embates de los Arquitectos. Olli tuvo que recordarse que cuando cayó la Tierra, la humanidad sobrevivió en circunstancias peores. Si pudieron hacerlo en la poliáspora, saldrían adelante otra vez.

«Y si Idris y los demás hacen su trabajo, puede que no dure mucho».

Escuchó cada discusión de Kittering, haciéndose el simpático, jugando la carta del «todos somos espaciales aquí». Localizando a un sacerdote hanni y haciendo algún tipo de plegaria que no entendió del todo a cambio de su valiosa influencia. Empezaron a cargar una lanzadera en el único muelle planetario de la colonia minera.

—Cuando esto termine, me encargaré personalmente de encontrar a algún cabrón rico del Hum y sacudirle hasta que caiga dinero —le prometió Olli—. No haremos todo esto gratis. Les obligaré a que nos hagan una estatua de oro, la fundiremos y viviremos con lo que saquemos de venderla, ¿te parece?

—Pues claro —aceptó Kit con vehemencia. Los hanni creían sinceramente en el altruismo, y con la misma sinceridad en que el altruismo debía recompensarse. Era sorprendente la frecuencia con la que la poderosa especie de Olli se olvidaba de ese segundo punto

de la agenda.

Una de las muchas cosas que no tenían los mineros de Nuevo Kismayo era comida empaquetada para ogdrus, y otra era cualquier tipo de información sobre ogdrus. Nada sorprendente dado que Olli apenas había oído mencionar a esas cosas antes de que una de ellas persiguiera aquella vez a la *Buitre* por toda la galaxia. Pero ahora había heredado a una, lo que suponía cierta responsabilidad. Tomó muestras del agua del tanque y analizó las trazas de proteínas, intentando hacerse una idea de la biología de Júnior desde la base.

Al principio pensó que esa intrusión había sido lo que irritó al ogdru. Un segundo más tarde sintió una presión en su corazón.

—Tenemos que irnos —le dijo a Kit.

—El despegue de la lanzadera acaba de producirse.

—No, Kit. Ya. Todavía nos persigue.

Un tenso silencio. Pensó en Nuevo Kismayo, en sus mineros, comerciantes y todos los demás que vivían ahí abajo. «¿Hemos asesinado a este planeta al venir aquí?».

Júnior estaba desesperado por irse, y Olli escuchó a Kittering farfullando rápidas disculpas tanto a las autoridades del planeta como a los que estaban del otro lado del pozo, en el Ojo. Luego el Arquitecto surgió del nospacio… Ni siquiera el mismo, por lo que vio. Sin las mismas cicatrices y daños. Estaban claramente cazando a la *Dios Buitre* en manada, toda una red que se cerraba a su alrededor.

Volvieron a caer al nospacio, con Olli rodeada de desesperación como si se adentrara en el mar.

Havaer

Todavía no estaba seguro de dónde se encontraba. En términos de ideología, estatus y empleo, por ejemplo. En el plano meramente físico, se encontraba en un despacho dentro del orbital de la Oficina de Intervención sobre Berlenhof. Una de las dependencias para personal en tránsito: un espacio de trabajo central del que salían a modo de radios unos pequeños habitáculos para dormir. Había allí otros tres miembros de la Casa Ácida, sentados con sus pizarras, haciendo tareas de administración y archivo no secretas, pero sin fiarse tanto de su entorno como para utilizar proyecciones y que

alguien pudiera ver demasiados detalles. Costumbres del gremio. No miraron a Havaer como si le hubiera crecido una segunda cabeza. No se había ganado mala fama en el servicio como «el hombre que…». ¿Qué? ¿Traicionó a la Tierra? No parecía. Todavía no tenía una respuesta a la pregunta de cómo se juzgaba a Laery y su final, o cómo se consideraba a los constructores de arcas, ni dentro del servicio ni en las altas esferas del Hum. Empezaba a sospechar que se debía a que no había todavía respuestas. Todo el mundo intentaba descubrir cuál era el bando correcto de la historia, para luego poder dejar claro que siempre había estado en él. Lo que significaba que él, el agente Havaer Mundy, todavía podría llegar a ser considerado uno de los malos, y ser visto retrospectivamente como «el hombre que…». Pero de momento no tenía etiqueta, era una pieza de la maquinaria en la que nadie iba a confiar demasiado, pero a la que por otra parte nadie iba a reemplazar todavía.

Le interrogaron. Con el mismo enfoque ni muy caliente ni muy frío. Diljat supervisó la charla; había sido bastante cordial. Él contó lo que consideraba la verdad según su punto de vista. No se guardó ningún secreto. Sabían todo lo que había sabido Havaer sobre el cártel, el Ojo, las parteni, los Uskaro. No tener una idea previa sobre qué preconcepciones y prejuicios debía manifestar fue extrañamente liberador.

Y luego le dejaron aquí. No se le permitía viajar al pequeño espacio muy similar a éste que llamaba su hogar. O descender al planeta y disfrutar de las vistas de Berlenhof, aunque sintiera en su interior un deseo casi agobiante de hacerlo. Había por ahí montones de planetas inhabitables, o que ni siquiera tenían ya forma de planeta, y quería volver a ver Berlenhof, por si no tenía otra oportunidad.

Escribió informes. Eso era lo que se hacía al volver a la Casa Ácida. Había estado fuera más tiempo del habitual, y lejos del camino trillado la mayoría, pero eso sólo significaba que el papeleo era más fastidioso. Algunas cosas no cambiaban nunca. Incluso le llegó un puñado de consultas de distintas partes de la agencia. Los operativos más al día le consultaban sobre su punto de vista acerca de los últimos acontecimientos. Al parecer había gente que ahora pensaba que era un experto en la Hegemonía, sólo porque había estado en Arc Pallator y había trabajado con el fallecido y no

llorado Aklu el Inefable. Cuya pataleta al verse destronado terminó atomizando todo lo que había en Estoc: muelles, flota de arcas, todo. Alguien acababa de mandar un mensaje a Havaer preguntando si el Hum no debería presentar una queja formal a la Hegemonía al respecto, y Havaer perdió un rato en dictarle una respuesta notablemente calmada explicándole por qué era improbable que algo así sirviera de nada.

Luego llegó una solicitud de alta prioridad de Diljat y dejó su puesto de trabajo. Caminó una corta distancia atravesando dos controles de seguridad hasta las oficinas interiores, como si no fuera sospechoso de nada.

—Tenemos un problema. —El despacho de Diljat estaba decorado en exceso. No lo había visto antes y le sorprendió. La habría tomado por alguien del tipo que tiene el escritorio despejado, de los de orden exterior para ordenar la mente, pero había patrones proyectados y objetos holográficos por todas partes. Nada físico que tuviera que meter en una caja si había alguna reorganización departamental, pero mucho color y diseño siguiendo una estética barroca reconocible.

—¿Qué pasa? —Ella se sentaba en un cojín ante una mesa, mientras desplegaba la proyección estilizada de los pasajes que usaba todo el mundo. Él se sentó enfrente después de su invitación.

—Defina sus relaciones con la tripulación de la nave de rescate…

—*Dios Buitre* —terminó por ella—. Parece como si lo que todo el mundo quisiera de mí últimamente fuera conocer a mis amigos.

—¿Amigos, entonces?

—La verdad es que no. En realidad no. Probablemente no me consideran un enemigo. Ya no. —Se lo pensó un momento—. Bueno, probablemente Olian Timo todavía sí. Me llevé bien con Almier, la abogada. ¿Qué han hecho?

—Un informe de Nuevo Kismayo, recién salido de la paquetera. —Lo abrió en su lado de la pequeña mesa y lo revisó con eficiencia profesional—. Y éste —añadió, mientras seguía— del orbital Koschai, sobre Gran Imperial Litskwa.

El primero era una colonia minera. El segundo era un nombre excepcionalmente elegante atribuido a una pequeña estación científica y una comunidad de ermitaños. (¿Podían los ermitaños

convivir en comunidad? De acuerdo al informe, era posible). Los dos contaban historias similares y llamativas. La *Dios Buitre* había aparecido en el sistema, iniciaba apresuradas negociaciones para conseguir combustible, suministros y —en el caso de la estación Koschai— unas cadenas de proteínas raras de cojones. Luego llegaba un Arquitecto algo alejado y ponía rumbo hacia ellos. Seguía el pánico habitual en el que todo el mundo salía corriendo a los muelles. Los mineros y científicos probablemente habrían sido capaces de ponerse a salvo todos, dada la escasa población de ambos sistemas, aunque Havaer suponía que los ermitaños estarían jodidos salvo que hubieran ido todos juntos ese día a la peregrinación anual de ermitaños al espaciopuerto o algo parecido. Sólo que, después de que la *Buitre* se fuera al nospacio como haría cualquier nave sensata, el Arquitecto se quedaba ahí un ratito, como si se pensara qué hacer con su vida, y luego se marchaba. Ninguno de los planetas fue rehecho. Era como si los monstruos destructores de mundos tuvieran ahora otras prioridades.

Havaer era capaz de sumar dos y dos cuando se le ayudaba tanto a hacer el cálculo.

—Hemos enviado una nave del Cuerpo Cartográfico con una inter muy buena: Demi Ulo. De hecho, una de las últimas de la vieja guardia. Ulo ha informado, hace apenas una hora. Dice que los Arquitectos han estado aquí, aquí y aquí. —Señaló unos puntos en el mapa de pasajes, pero fuera de los pasajes. No era de tanta ayuda en términos del universo físico, aunque Diljat intentaba indicar localizaciones próximas a Nuevo Kismayo y Litskwa—. Dice que puede sentir su eco o alguna mierda parecida, y quién soy yo para decir que se equivoca. —Diljat se encogió de hombros—. Así… —Amplió la imagen para destacar una parte del mapa—. Crux, aquí. Kismayo, Litskwa. Los otros puntos de Ulo. Y tenemos a nuestros mejores analistas de datos, así como a un puñado de colmeneros malabaristas de números, haciendo predicciones que en resumen nos han ofrecido un limitado número de lugares.

—¿Cree que siguen un rumbo predecible? No hubiera pensado que había información suficiente.

Diljat se rió sombríamente.

—Si sólo fuera la *Dios Buitre*, no. Pero aquí está el resto del rompecabezas. —Un rastro de puntos, con fecha y hora. Una

progresión. Un horizonte cada vez más cerrado que se movía hacia posibles destinos—. Tenemos avistamientos de Arquitectos en sistemas poblados. Saliendo del nospacio. Pánico, gritos, ya sabe cómo va. Y luego… se van. Aunque lo prefiramos a la destrucción del planeta, tiene a todo el mundo asustado. Pero ahora ya lo entendemos. Están cerrando una red, agente Mundy. Esa nave les tiene a todos en su persecución. Es… María Tifoidea, eso es lo que es. Una nave contagiosa. Y es obvio que están desesperados por conseguir suministros en alguna parte, pero no podemos permitir que estén en ningún lugar cercano a nosotros. No con ese lastre que llevan. Quién sabe cuándo uno de esos Arquitectos decidirá que puede invertir algo de tiempo en hacer un poco de redecoración, ¿no? Puede que la única razón por la que no ha ocurrido aún sea que esa nave sólo aparece en sitios realmente pequeños. —Se encendió una selección de cruces de pasajes—. Ésos son los principales centros de población a un breve salto de donde andan deambulando. Aunque no están usando pasajes. Tienen a ese piloto inter suyo.

—O el bicho hegemónico —recordó Havaer. Ante su mirada, se explicó—: Telemmier estaba en el Ojo. Está en, bueno, la otra cosa.

Ella se encogió de hombros.

—Nuestros chicos de los cálculos nospaciales y la gente del Comité de Enlace no creen que exista otra cosa. Les parece que la idea de este naeromath no es más que un dislate. —Debió reflejar algo en su gesto, porque en el rostro de ella se dibujó una sonrisa de simpatía—. Sé que es por lo que apostó su jefa. También sé que vamos soltando meadas por el nospacio todo el tiempo. Llevamos haciéndolo un siglo. Y nuestra teórica comprensión del entorno está muy lejos de ser completa. Puede estar seguro de que han repasado todo lo que ese personaje, Shinandri, publicó desde que era un respetable académico, y luego está claro que ha ido mucho más lejos una vez que se declaró en rebeldía después de asociarse con el naeromath en la base originaria. Así que, ¿quién sabe? Sólo digo que nuestros cerebritos no le creen.

—Yo sí —dijo Havaer con firmeza, para su propia sorpresa. No estaba seguro de si era por lealtad a Laery o a los otros. La tripulación de la *Buitre,* Colvari y los colmeneros, y todos los que habían sufrido por convertir ese sueño en realidad.

Diljat asintió y le miró fijamente.

—El departamento le necesita, agente Mundy. Se le pide que vuelva al servicio activo, por su perspectiva única de los acontecimientos y de la gente que se ha convertido ahora mismo en el mayor grano en el culo colectivo del Hum.

Havaer pensó que era sin duda un título del que Olian Timo se enorgullecería.

Olli

La vez anterior ya había un Arquitecto esperándoles. Olli se había preparado para escoger lo más urgente de su lista de reparaciones, y para que las partes operativas de sus paneles solares se desplegaran para recargar las baterías de la *Buitre*. Y allí estaba el monstruo. Esperando pacientemente, como si hubieran quedado y no quisiera por educación señalar que la *Buitre* llegaba tarde.

A Olli le hubiera gustado gritarle. Pero eso no habría ayudado. En realidad ni siquiera le habría ayudado a ella. Así que en su lugar se puso a trazar de inmediato un nuevo rumbo, aunque hacerlo se hubiera convertido más que nada en un pasatiempo, dado que Júnior tenía sus propias ideas sobre adonde era preferible ir.

Y ahora volvían a estar en la realidad, sin Arquitecto. O sin Arquitecto todavía.

—¿Kit? —Podía hablar a Kit otra vez, ahora que volvía a existir para ella, en vez de estar sola y escuchando las sigilosas pisadas de La Cosa Que No Estaba Allí. Había entrado y salido del nospacio demasiadas veces últimamente, sin el alivio de la suspensión. Y cuando sentía a la Presencia, no parecía que se reseteara después de cada regreso a la realidad. A veces la notaba exactamente donde la había dejado en el momento que se fueron.

Los inters, según sabía, tenían una capacidad sobrehumana para superar ese tema. Pero nunca se había supuesto que ella tuviera que pasar por este tipo de movidas.

—Próxima petición de comercio formulada —confirmó Kittering. Había estado trabajando en una lista de compras súper condensada que también contenía un aviso y quizá una cierta amenaza de chantaje. «Qué preciosa colonia tenemos aquí, sería una pena si viniera un Arquitecto. Dadnos las cosas de esta lista porque de

verdad que preferís que no sigamos por el vecindario». No era exactamente el mejor comportamiento deseable, pero era eso o terminar varados en algún lugar cuando ni siquiera contaran con la modesta cantidad de energía necesaria para sumergirse en el nospacio. Cuando no pudieran seguir huyendo, y los Arquitectos les atraparan, sería el fin del ancla, la Boca del Pozo, el Ojo y todas esas palabras estúpidas que todo el mundo usaba como si significaran algo.

Júnior quería llevarles otra vez al vacío profundo, y teniendo en cuenta que de esa forma no dañarían a nadie, tenía todo el sentido. Pero desde la perspectiva de la conveniencia de reducir la creciente lista de cosas que Olli no podía reparar o fabricar en la nave, sin embargo, estar en medio de la nada era un problema. Por otro lado, las dos veces en que intentaron comerciar con alguien, ese alguien se había comportado como un burócrata y se había resistido a todos sus intentos de meter prisa. Durante tanto tiempo que los Arquitectos aparecían para arruinar el trato antes de cerrarlo. Lo que les dejaba, hasta donde ella entendía, con un solo medio para conseguir lo que necesitaban. Acabar con los preámbulos.

Así que esta vez, ante la insistencia de Olli, emergieron en un lugar poblado. En realidad no era donde hubiera querido que Júnior les llevara, que era a una instalación industrial con una gran presencia colmenera en la que ella consideraba que podrían tener una buena acogida. Pero Júnior había pillado la idea de ir adonde había gente, y les llevó hasta…

—Oscit Niariken —le dijo Kittering, peleándose con la pronunciación. La cibernet local les dijo que había más de siete millones de almas allí, lo que significaba un mundo de población bastante dispersa. Pero seguía siendo un número bastante grande como para que pasara a la historia tras morir a manos de un Arquitecto, conducido allí por la tripulación de la *Dios Buitre*. Además, eran en su mayoría hanni, pese a encontrarse dentro del espacio colonial. Por un breve momento tuvo la esperanza de que eso fuera de ayuda porque, eh, ¡Kit también era un hanni! Sólo que ella era humana y eso no había servido para apresurar los trámites con los humanos de Nuevo Kismayo o de ese otro sitio con un nombre estúpidamente largo.

—Envíales la cosa —le dijo a Kit—. No hay tiempo de chorradas.

Envíasela y diles cómo se va a ir todo a la mierda si no nos dan lo que queremos. Si ayuda que nos hagamos los malotes, lo hacemos. Somos unos terroristas intergalácticos que piden un rescate. Pero que llegue rápido.

A él no le gustó. A ella no le gustaba. Oscit Niariken era verde y azulado, con bonitas nubes esponjosas. Tenían enormes granjas de acuicultura, les dijo alegremente la cibernet. Lugares de extraordinaria belleza natural, un concepto que seguramente significaría algo distinto para un hanni. Había también cierto tipo de entretenimiento en directo renombrado en toda la cultura hannilambra, aunque ella no consiguió entender qué era o cómo funcionaba. Parecía como una especie de melodrama competitivo, según el breve mediotipo que apareció al respecto.

Mientras Kittering seguía arengando a la cibernet, ella probó con el pozo.

—No sé cuánto tiempo estaremos aquí —dijo a quien les estuviera escuchando—. No mucho. Lo siento. Los cabrones nos persiguen. Tenemos que seguir huyendo.

—Olli. —La voz distante y distorsionada de Kris—. Estamos aquí.

—Sí. Te escucho. Estáis ahí.

—No… —Por un momento la perdió, y Olli se preparó para una aparición nada bienvenida en el sistema, pero no había ningún Arquitecto y recuperó a Kris—. No, estamos aquí. Si «aquí» es la palabra. Estamos en el mismo marco de referencia que la guardería de Arquitectos.

Olli chascó la lengua.

—¿Quieres decir que ya está? ¿Soltar un pepino y nos vamos todos a casa?

—Ahab y Ash están trabajando con los inters en… hacer lo que tengan previsto. Yo no lo entiendo. Es una especie de cruce entre matemáticas complejas y bombardeo planetario. Pero lo preparan… Cada vez que estáis en la realidad y pueden hablar entre ellos.

—¿E Idris?

Un suspiro tan dolorosamente familiar que Olli casi sintió dolor al escucharlo.

—Ya conoces a Idris.

—Le podríamos dar trabajo aquí si no le necesitáis. Estoy

cansado de que tengamos que hacer esto entre Júnior y yo.

—Oh, le necesitamos. Pero él… —Un encogimiento de hombros que Olli no pudo ver pero se imaginaba fácilmente—. No está contento.

—El miserable cabrón no lo está nunca. Vale, sentaos bien tiesos y seguid con vuestras cuentas. Os daremos todo el tiempo que nos sea posible. ¿Kit? —llamó, sin perder de vista cautelosamente a Júnior. El ogdru estaba en ese momento enfurruñado, dando vueltas por la parte superior del tanque.

—Las autoridades del planeta y del orbital no están siendo cooperativas —se lamentó Kittering.

—Diles…

—¡Se lo he dicho! —Su traductor mostraba un enfado comprensible para los humanos—. Se han intentado todas las formas posibles. Elevan numerosas objeciones cuestionando nuestra veracidad.

Júnior se estremeció.

Olli apretó los dientes, con la maraña de tentáculos que tenía debajo empezando a enrollarse y retorcerse por simpatía.

—Diles que lo preparen para enviárnoslo porque viene compañía.

Luego apareció un mensaje de la nada. No del mundo o sus orbitales, y no por los canales domésticos habituales de los hanni. Un mensaje grabado usando los protocolos del gobierno del Hum. Con un nombre familiar.

—Aquí el agente Havaer Mundi de la Oficina de Intervención. Éste es un mensaje dirigido a la tripulación de la *Dios Buitre*, allí donde aparezca. Entiendo que necesitan suministros. Les envío unas coordenadas. —Unas referencias galácticas, a la antigua. No una simple cadena de pasajes para llegar hasta allí—. Reúnanse conmigo. Tendremos al menos parte de lo que necesitan, a cambio de respuestas.

25

Idris

Dos de los inters habían muerto al llegar allí. Ambos eran coloniales, de la nueva promoción formada por el Comité de Enlace después de que quedó claro que los que tenían en circulación eran incapaces de encontrar un medio de comunicación común con los Arquitectos. Uno de sus pilotos en servicio sufrió un tremendo embolismo cerebral y los sistemas autónomos del otro habían… simplemente parado de hacer las muchas cosas que el metabolismo humano necesita hacer. En ambos casos las consecuencias habían sido repentinas, y tan severas que la notable tecnología médica disponible había resultado insuficiente e inadecuada. Muchos de los demás habían sufrido serios problemas a los que habían sobrevivido. Lo que había sido una rotación bien planeada para dar a todos los inters la posibilidad de descansar —salvo a Idris, que no podía—, se había colapsado para simplemente colocar donde fuera a cada inter sano tan pronto estuviera listo, porque siempre había demasiados en reposo a la vez. En conclusión, el hecho de que sólo hubieran perdido a dos debido a emergencias médicas fatales probablemente fuera un triunfo sobre las fuerzas de la muerte y la entropía. Y no era lo más preocupante.

Lo serían los tres inters que simplemente no habían vuelto cuando lo hizo todo lo demás, una vez la *Dios Buitre* reentró en la realidad después de una de sus maniobras de evasión, allá en la superficie. Estaban conectados y navegaban el nospacio, dos de ellos desde de las escamas de la Hueste, el otro en las grandes Máquinas del Ojo. Y había ocurrido durante la primera huida no prevista de la *Buitre*, después de que el Arquitecto les siguiera desde Crux. Habían estado dentro del nospacio, protegidos por la burbuja del pozo y proyectándose a sí mismos para abrirse camino

hacia el criadero de los Arquitectos. Pero luego la *Buitre* había entrado ella misma en el nospacio, colapsando la burbuja, y se habían encontrado en el nospacio a la vez que se proyectaban a sí mismos más en su interior, totalmente expuestos de repente. Y no habían vuelto de ahí, como si demasiadas capas de irrealidad se hubieran acumulado sobre ellos hasta aplastarlos.

Idris consideraba que lo realmente problemático era que no habían sido los únicos que estaban navegando activamente cuando la *Buitre* se sumergió, y todo el mundo había terminado solo en un entorno vacío. No era que esas capas acumuladas de irrealidad condujeran automáticamente a la extinción. Otros habían vuelto intactos. Lo que significaba que ésos que se habían desvanecido fueron capturados, no cayeron simplemente fuera del universo. Su exposición les había vuelto vulnerables a la cosa que había afuera, que había venido a por ellos.

Así que ahora tenían que asegurarse de abortar todas las operaciones inters tan pronto Kit u Olli les avisaban de que se ponían en marcha. Nadie quería unirse a la lista de desaparecidos. También era difícil, además. Navegar a trancas y barrancas, intentando decidir dónde detenerse en la incomprensible no estructura del nospacio, intentando calcular su rumbo a través de la curvatura de la irrealidad. Idris había probado con tantas metáforas cuando luchaba por explicarle a Kris y Solaz lo que hacían. Era más fácil simplemente imaginarlo como un viaje. Como si existiera un lugar al que necesitaran llegar, y los inters sólo estuvieran dibujando mapas y consultando brújulas.

Y en ese caso se podía decir que habían llegado.

Se había asegurado de estar en la Máquina para tener la mejor vista. Aunque fuera sólo con su cerebro desnudo, podía sentir lo que había fuera, una sensación como el tirón de los puntos de una herida o de quemaduras dentro de su mente. Podía escuchar en la distancia las voces de los demás. Kris y Solaz le preguntaban qué había ahí fuera, intentando que los sistemas improvisados del Ojo les dieran una representación que pudieran entender. Shinandri leía datos incoherentes con su voz rápida y disonante. Más cerca, un puñado de los restantes inters hacían observaciones, intentando comprender qué plegaba el nospacio enfrente de ellos. Frases dubitativas, entrecortadas, que se encadenaban con un hilo de

elipsis y signos de interrogación. Y Ahab. En su propia Máquina. Ahab, que no era un inter pero tenía una docena de cables que alimentaban sus implantes con datos. Comprobando el retorcido tejido del nospacio como un ciego. Un ciego vengativo que al fin había conseguido tener la garganta de su enemigo entre sus dedos.

Idris se abrió al exterior y comprendió. Un momento de completa claridad, viendo cómo todo encajaba y funcionaba. Reconociendo las diferencias entre esto y los pasajes, esas otras partes estructuradas del nospacio. Había una enorme complejidad ahí arriba, en la misma superficie de lo irreal, adyacente al espacio normal. Sombras de masa, el extraño punteo distorsionador de las mentes pensantes del universo, y el tejido conectivo que lo unía todo como el argumentarlo de un teórico loco. Los pasajes, construidos por los originarios, que daban o rehacían la forma del universo. Artificiales. El trabajo de una mente pensante, aunque su escala estuviera más allá de cualquier cosa que los humanos, los hanni o incluso la Hegemonía pudiera concebir. Una pieza de ingeniería civil del tamaño del universo y construida con propósitos totalmente desconocidos.

La guardería de los Arquitectos no era así. Ahora lo entendía. Se había preguntado si los Arquitectos serían los colmeneros del nospacio, creados esclavos en lugar de subyugados, aunque no hubiera tanta diferencia moral entre ambas posibilidades. Después de todo, estaba totalmente seguro de que los originarios, los constructores de los pasajes y los amos de los Arquitectos eran los mismos, ahí agazapados en el centro del nospacio y… haciendo lo que demonios hicieran.

Ahora que lo veía más de cerca, o al menos que el foco del Ojo se había centrado allí completamente, decidió que era un lugar de origen natural. Una complejidad persistente en el seno de la estructura del nospacio, como la tormenta en forma de ojo rojo que persistía entre las turbulencias de un gigante gaseoso. Había observado ya muchas espirales, corrientes e hitos pasajeros. El nospacio repetía patrones, pero normalmente desaparecían a la misma velocidad, resultado del caos matemático. Sólo que, pensó, a veces, en ocasiones muy poco frecuentes, surgía un patrón de energía, información o fuerza que por su propia naturaleza se perpetuaba a sí mismo. Quizá por minutos, quizá por una década,

quizá para siempre. Era un giro en la estructura subyacente del nospacio, un punto distorsionado que se copiaba a sí mismo, y se copiaba a sí mismo, hasta que generaba toda una constelación de paisajes aberrantes e irreales. Y la compleja topografía de esos paisajes interactuaba con el nospacio de una manera que producía…

Vida. Mentes. Lo que fuera un Arquitecto. Los vastos monolitos de cristal de la realidad no eran aquí más que pensamiento y distorsión compleja, porque eso era lo que era cualquier cosa en el nospacio. Fuera de los pasajes, se necesitaba una mente para mantenerse a este lado del no existir. Y una mente había surgido en las profundidades del nospacio. Así, puesto que la mente también era la herramienta necesaria para empezar a manipular el nospacio, esa mente naciente había empezado a trabajar en su entorno nativo. Construyendo. Reproduciéndose. Posiblemente el nexo que había generado al primer Arquitecto habría retrocedido a la nada de fondo mucho tiempo atrás, de no haber trabajado los propios Arquitectos en perpetuarlo y expandirlo.

No se podía imaginar cómo sería. No era que los bebés Arquitectos nacieran, pequeños proyectos informes, y luego crecieran lentamente hasta su forma adulta colosal, asesina. Podía ver el proceso en tiempo real. Las circunvoluciones del nospacio. Y entendió que eran Arquitectos en negativo y que, con el tiempo, los propios Arquitectos surgirían de ellas, añadiendo complejidad y estructura hasta que traspasaran un cierto umbral y llegara a existir un Arquitecto completo, allí donde sólo un momento antes no había más que polvo y una distorsión del espacio irreal.

Como una tela de araña inversa. Estirada únicamente por la exigencia de su propia estructura. Capullos que se deshacían para que el insecto pudiera abrirse paso hacia afuera.

Entonces sacaron a todos de las Máquinas. Olli y Kit ahora les daban un decente margen de tiempo para reaccionar, y Shinandri, Ahab y Ash ya tenían sus datos. Como la mitad de los inters necesitaban también tratamiento médico, para tratar problemas previos o nuevos. Idris se miró el brazo, el que no tenía; sí que lo tenía en el nospacio y no recordó de inmediato por qué le faltaba ahora.

Se sentó al fondo. Todos los inters de alta médica estaban allí

físicamente en la sala de las Máquinas del Ojo, o escuchaban desde las escamas. Andecka Tal Mar llevaba la voz cantante, algo que ahora hacía con frecuencia. Aunque daría prioridad a Idris si él abría la boca. Él lo sabía. Siempre le buscaba para recibir su asentimiento o negativa, pero él no le daba ninguno de los dos. No podía avalar de forma activa lo que hacían, y a la vez no podía criticar su lógica. ¿Quién era él para plantarse delante de Ash y Ahab y decirles que no tenían derecho a actuar así?

Miró a Andecka y a otros tres inters seleccionados meterse en la Máquina bajo la supervisión del doctor Shinandri.

Notó una mano sobre el hombro. Se volvió y allí estaba Solaz. Dio un respingo y esperó que ella le preguntara por qué no entraba él. Por qué no cumplía con su deber como un buen soldado. Pero ella no dijo nada, sólo mantuvo la mano sobre el delgado tejido de su traje hasta que su calidez le produjo algo de consuelo.

—Lo siento —dijo Solaz.

—No lo suficiente para hacer cualquier cosa.

—Hacemos cosas terribles —repuso Solaz—. Es lo que hace la gente para sobrevivir. Es como durante la guerra, con esa gente que tenía que decidir cuál era la mejor forma de evacuar un planeta. Había que escoger a quién se permitía marcharse y quién se quedaba para morir. La historia humana en el espacio es una sucesión de momentos terribles.

—Esa lógica es la que llevó a la flota de arcas de los Uskaro. La que justificaba el golpe de tu ejemplar Piedad. Porque una vez que empiezas a hacer cosas terribles porque no hay más remedio, la siguiente vez haces cosas terribles porque quieres y ya existe un precedente. Es algo espantoso lo que hemos elegido hacer.

—Mundos enteros, Idris. Planetas habitados, cada vez. Ahora mismo puede haber mundos a los que están dando nueva forma. Lo sabes.

—Lo sé —siseó entre dientes, controlando el impulso de empezar a gritarles a todos. No habían estado allí, ninguno de ellos. Cuando se encontró con los Arquitectos, mente con mente, sobre Lux Lejana, sobre Berlenhof. Aunque fueran tan alienígenas como pudiera llegar a serlo una mente, habían encontrado un terreno común. A petición suya, se habían sacudido el yugo de sus amos. En aquella ocasión en Lux Lejana, les había hecho darse cuenta del

precio de lo que hacían, y los Arquitectos habían valorado a esos infinitesimales granos de pensamiento y vida lo bastante como para irse durante medio siglo, hasta que la mano que empuñaba el látigo volvió a encontrarles y les recondujo a su sanguinaria tarea. En Berlenhof había implorado, y el ejecutor del planeta se negó a llevar a cabo su cometido. No eran perversos. No eran crueles. Eran víctimas. Las víctimas de los originarios. «Y ahora las nuestras».

Al menos les debía quedarse allí y gritar su desacuerdo, pero todos lo habían escuchado ya antes, ¿y qué había conseguido? Así que se sentó y miró cómo se desarrollaba todo, a sabiendas de que eso le convertía en cómplice. Se sentó y esperó que la voz de Kit bajara por el pozo y les dijera que la *Buitre* necesitaba moverse otra vez, con lo que tendrían que detener todo el experimento. Pero no llegó, y sintió la grotesca disonancia que desencadenaba la forma en que Andecka y los otros manejaban el tejido del nospacio. Notó cómo usaban las ecuaciones de Shinandri y Ahab, en las que habían trabajado furiosamente desde que el Ojo descendió para adaptarlas de la forma más precisa, y que aplicaban como cuchillos sobre las cuerdas tensas de la colonia de Arquitectos. «Y si esas matemáticas funcionan, se usarán en más sitios». Podía ver con exactitud cuál era la forma de desmantelar un pasaje usando los mismos métodos. «Podemos separar al universo de sí mismo. Exiliar a un sistema para que sólo puedan encontrarlo los inters».

Cerró los ojos y y notó que la mano de Solaz le apretaba el hombro. Entendió que, al igual que los Arquitectos no reventaban planetas, o los arrojaban contra estrellas, o los desgarraban sin más, esto tampoco era violencia. Los Arquitectos remodelaban dolorosamente los planetas, con una configuración precisa. Casi era algo opuesto a la violencia. Tan dulce, tan cuidadoso. Si morían cinco mil millones de personas, bueno, era el precio del arte, ¿no? Y aquí, para enfrentarles, todo lo que habían planeado: las matemáticas, la cuidadosa aplicación del pensamiento como si fuera un escalpelo. Sacando partido del deseo básico del nospacio de retroceder a su nivel inicial de entropía. Cualquier tipo de estructura le resultaba antinatural. Los vórtices y tornados se levantaban continuamente y desaparecían a la misma velocidad. Salvo que, dado que el pensamiento era la moneda de curso legal en el nospacio, estas tormentas generaban vida, consciencia, sapiencia.

Quizá aquí hubiera seres pensantes que emergían a la existencia por simples fracciones de segundo antes de ser arrastrados por el viento. Pero en este lugar, la vida pensante había arraigado, había llegado a formar una colonia, había creado a más de su especie. Todos esos puntos dispersos empujando cada uno al siguiente, con el conjunto mantenido en pie por la tensión, conservando su forma. La propia forma era lo que generaba a los Arquitectos.

Sonó un grito de triunfo de Shinandri. Idris sintió que se cortaba el primer hilo.

La línea de puntos más próxima —la densa circunvolución de información, como la estructura plegada de una proteína— se deshizo. No, desapareció de la existencia. Cortada del resto, liberando su energía en una onda que la mitad de los inters recibieron en sus cabezas. Idris apretó la mandíbula para resistirla. Viendo el daño que habían hecho. Una pequeña fracción de la colonia de Arquitectos ya no estaba allí. Habían dado el golpe. El primero de muchos.

Shinandri hablaba entonces excitado sobre dónde deberían cortar después. La cirugía que extirparía ese cáncer del universo. Cada corte requería una planificación meticulosa, o de otro modo no tendría éxito. El siguiente turno de inters llegó para llevar los cálculos asesinos hasta el enemigo.

Idris caminó a una de las Máquinas mientras Jaine ayudaba a Andecka a salir de ella. Escuchó a Solaz llamarle, pero él se dejó caer y permitió que la interfaz ansiosa agarrara su mente. Quería ver lo que la mirada aumentada del Ojo podía mostrarle, ser testigo de lo que habían hecho.

No era una vista, y no usaba sus ojos, pero su cerebro construyó imágenes para reflejar los gradientes de probabilidad y las fuerzas dinámicas, y la pura irrealidad de todo ello. Concibió el criadero de los Arquitectos como una telaraña colgada encima de él, e intentó hacerla tan desagradable como fuera posible. Una gran telaraña polvorienta que ocupara todo el techo del sótano de una casa abandonada. Intentó verlo como algo negativo, para interiorizar que el destruirlo sería positivo. Una telaraña sobre la que habían usado un cuchillito para cortar, de forma muy precisa, uno o dos hilos. Y una pequeña parte había quedado suelta, y los extremos quedaban a rastras. Era la tensión, la interacción de fuerzas, la que

conformaba la red. Sin eso, no era más que una cuerda inútil.

Donde habían cortado, la brecha revelaba otros daños.

Si antes habían usado un cuchillo, esto parecía como si le hubieran acercado una cerilla. Una parte de la guardería no sólo había retrocedido a la inexistencia, sino que había ardido de forma obvia. Una cicatriz en la estructura de la colonia, estéril y para siempre imposible de olvidar o ignorar.

Le sacaron de la Máquina mientras lo veía. Olli había dado su aviso en un momento inoportuno. Demasiado tarde para parar el experimento de Shinandri, demasiado pronto para la investigación de Idris. Había descubierto algo nuevo, pero ahora todo el mundo estaba demasiado ocupado como para hablar al respecto, y pronto desaparecerían. Nospacio al viejo estilo, con todo el mundo solo. Nospacio sin la protección del Ojo interponiéndose entre él y la Presencia que todavía merodeaba ahí fuera.

Solaz lo vio en su cara. Empezó a moverse hacia él, con la mano extendida. Sus miradas se encontraron. Tenía la boca abierta, la mano a unos centímetros de la suya. Como si pudiera conseguir algo. Y luego se fue. Se fueron todos. Olli y Kit habían llevado de nuevo a la *Buitre* al nospacio para evadirse de los Arquitectos, y bajo ninguna circunstancia ningún inter debía meterse en una de las Máquinas para hacer espeleología.

Pero Idris volvió a la especie de ataúd que le daba acceso a la Máquina y se conectó a ella de nuevo, sintiendo la paz de la soledad y, más allá, el lento desperezarse del Otro.

Cayó más allá del santuario de piedra del Ojo, y más allá de la burbuja gravitacional generada por las escamas del vehículo alienígena. Fuera, más allá. A la vez, seguía presente, encerrado en la prisión de su cuerpo material. Esa concha fragmentada, cada vez menos fiable.

Se visualizó a sí mismo bajando, como un buzo con un cinturón de lastre, a las profundidades crepusculares del nospacio. Como si el corazón de todo, ahí abajo, estuviera cubierto de noche y frío y presión aplastante. Pero era adonde tenía que ir. Era donde habitaban aquéllos a los que debía encontrar y enfrentarse. Darles a conocer a su especie y la destrucción que ordenaban. Hacerles entender para que no volvieran a hacerlo, sin importar lo que dijera Ash. Terminar la guerra. Un final más definitivo que el que

supondría simplemente robarles sus armas; un final más razonable que el asesinato de sus esclavos.

La Presencia se hacía sentir, amorfa, explorando. Su guardián, el perro de muchas cabezas a las puertas del abismo. Un terror: el concepto mismo de terror, encarnado. Dado que el pensamiento era la fuerza motriz aquí en el nospacio, ¿por qué no podrían los conceptos abstractos cobrar forma, masa y tentáculos? Ahí se alzaba, el kraken había despertado, letal en su furia.

Olli y Kit también lo sentirían, si es que no les había dado tiempo de llegar a sus camas de suspensión. Mientras confiaban en su piloto ogdru para guiarles a través de las aguas superficiales del nospacio. Cada uno solo, cada uno convertido en presa. Pero todos tenían mucha más agua despejada que Idris entre ellos y la Presencia. Idris, en las Máquinas y activo en el nospacio mientras la burbuja se iba… Nadaba a la propia sombra de la criatura, que le conocía. Le sentía con más precisión que a cualquiera de la restante miríada de intrusos. Sentía a cada vehículo a lo largo del universo que se atrevía a romper la tensión superficial para penetrar en su dominio. Llegaba a todos ellos a la vez. Una bestia singular con una atención que podía dividir y subdividir, con las cabezas de la hidra multiplicándose y a la vez siempre dirigidas por el mismo monstruo. Todas esas cosas no eran más que disfraces fabricados por la mente humana, porque la Presencia era lo impensable, aquello a lo que nadie podía enfrentarse y terminar luego cuerdo y entero.

De todas las cosas que odiaba en el universo, Idris era a la que más.

Sintió el frío glacial que llegaba hasta su corazón. Idris se estaba sumergiendo para ponerse a su alcance, en las profundidades. A la vez, sentía cómo se escurría a su manera sinuosa entre las escamas, encontrando por dónde entrar, tanteando y arrastrándose a través de las dependencias del Ojo. Escuchó el eco del aleteo palmeante de sus pasos, que se le acercaban desde muy lejos, pero ya estaban cerca. En su mente cobró una forma, algo levemente humanoide, algo muerto pero animado, algo con el rostro de todos aquéllos a los que había fallado, decepcionado y dejado atrás. Los rostros de todos los que habían intentado usarle o herirle, de todas las historias que no había podido cerrar. Todas las aristas rotas de su vida, cerrándose sobre él como dientes, listas para masticarle y

escupirle.

Escuchó que le llamaban por su nombre. Por supuesto, él no escuchaba su nombre de verdad. No un prolongado «Idris…» que resonaba en los espacios vacíos del Ojo. Todo en su cabeza. Si existía un solo ser humano que pudiera conocer la Presencia, era él. Llevaba tanto tiempo siendo su presa. En ocasiones había soñado que le hablaba. Cuando estaba desesperado. Cuando estaba herido. Le hablaba con las voces de los vivos y los muertos.

«Idris…», en la habitación de al lado. El conocimiento de su proximidad le resultó absolutamente intolerable, y pese a todo consiguió resistirse de algún modo, tolerarlo. Sentía con precisión sobrenatural todas las órdenes que podía dar a la Máquina en la que se encontraba para que fracasara, consumiera su cerebro o envenenara su sangre. La ingeniería tosca e improvisada de Jaine no tenía su fuerte en los protocolos de seguridad. No había establecido ninguna protección contra alguien que usara el aparato para cometer suicidio, y él veía al menos siete formas distintas de hacerlo. Y, en la habitación de al lado, la Presencia se acercó un paso más con un sonido de succión y putrefacción. Dio un respingo para alejarse.

Luego, fuera, cayó, y le rodeó en la oscuridad. Un bosque de brazos ondulantes como los tentáculos de una medusa. Suave, ominosamente suave, ansiosa por que la tocara y activara, confiando en arrastrarle donde quería. A una muerte que sería una agonía eterna. Mejor ponerle fin. Mejor cortar su vida ya, rasgar el tejido delgado como papel que le separaba de la presión y el agua gélida. «Hazlo, Idris. Es mejor así».

No era ningún valiente. Había vivido asustado siempre. Asustado porque, cuando era un niño, la especie humana fue cazada por los Arquitectos, que querían su extinción. Siempre a la fuga, de nave a planeta, a la nave otra vez. Asustado porque era pequeño y débil. Más tarde otra vez asustado porque le habían convertido en algo espantoso y sólo semifuncional, porque había una guerra y él era un arma.

Si se encontraba un *voyenni* con el puño dispuesto, un arma, algún animal o planta alienígena hambriento, se acobardaría o huiría. El cobarde Idris Telemmier, un hombre sin redaños. Todo el mundo sabía que no se podía confiar en él. Una miserable

comadreja huidiza. Pero esto…

Todo el mundo se asustaba en el nospacio. Todo el mundo que había sentido la Presencia sabía que era el terror encarnado. La irrealidad era el gran igualador. Pero todas las cosas horribles que le habían hecho durante la guerra le habían forzado a adaptarse de la mejor forma que podría un humano a ese lugar grotescamente inhóspito.

La Presencia tanteaba en la oscuridad para encontrarle. Su masa informe se encontraba en la puerta de la sala de las Máquinas, invisible pero imposible de ignorar.

Idris dejó que el agua le apartara, y la fuerza de su mente le arrastró más allá de esos brazos. Dejó que el hecho de esa compañía no bienvenida se deslizara fuera de la superficie de su mente. «Idris…», le llamó, y él recordó que era su nombre. Era suyo. Una de las últimas partes que quedaban de la persona que llegó a ser una vez, antes de la cirugía y las drogas. La cosa se aproximaba, tambaleándose, susurrando su nombre. Atroz. Más y más cerca, apretando las tuercas de su repulsión y horror hasta que literalmente cualquier cosa sería preferible a estar allí. Incluso la muerte, cualquier muerte, la más dolorosa y prolongada, sería preferible. Pero él manejó la geometría irreal y empujó todos los límites al máximo. Haciendo que su acercamiento fuera el de la paradoja de Zenón, cubría la mitad de la distancia que les separaba y luego la mitad restante, más y más cerca pero sin llegar a alcanzarle nunca.

Él cayó más allá, imaginándose el flanco cicatrizado de una bestia tan vasta que, si hubiera llevado alguna luz y fuera tan estúpido como para girarla hacia ella, sólo habría visto una planicie de carne, sin relieves, como un acantilado.

Cayó más allá. Aunque se giró e intentó encontrarle, se escondió del monstruo bajo su propia sombra. Cerró cuanto pudo los ojos, sus ojos reales. Cerró su mente a todo, y a la vez hizo que su ser sólo existiera ahí fuera, a la sombra de esa inmensidad acechante. Y más allá nada más que había sitio para un único punto. La Presencia estaba en todas las demás partes y no en el centro. Había allí un quiste, una burbuja, un instante congelado. La cosa que había vislumbrado. La cosa que le devolvía la mirada y le conocía.

26

Havaer

—Esto —dijo Havaer—. Ni siquiera sabía que existía.

Diljat asintió.

—Un caso viejo, agente Mundy. Realmente viejo. De la guerra.

Lo que significa una ventana bastante estrecha para que alguien de Análisis de Amenazas trabajara con ello para encontrar una respuesta. Buscando en algún momento entre la puesta en servicio de la primera promoción del Programa de Intermediarios y el final de la guerra.

Era adonde habían enviado a la *Dios Buitre*. El orbital aseguraba que se conocía a ese mundo como Puerto de Abrigo. Era mentira. Ese mundo no había sido encontrado. No estaba en los mapas de nadie. Si no sabías que estaba allí, nunca darías con él. No había ningún pasaje que le uniera al resto del universo.

—Lo descubrieron los primeros exploradores del vacío, antes de que existiera el Cuerpo Cartográfico —explicó Diljat. El orbital en el que se encontraban era diminuto, en su mayor parte nada más que la unión de cuatro muelles con ocho modestos compartimentos en su interior. El verdadero trabajo se desarrollaba en el planeta—. Pasa más de lo que se piensa, por lo que me contaron. Los inters notan la masa, y salen para descubrir… esto. Una estrella, algunos planetas. Perciben que existe, pero si no hay pasajes, no sirve de mucho.

—Excepto aquí —observó Havaer, y ella asintió.

El mundo que había debajo era del tamaño de la Tierra, lo que seguramente fue lo que atrajo la atención de alguien en Berlenhof o alguna otra parte. Tenía un ecosistema microbiano que se movía en el estrecho margen en el que su química no era lo bastante hostil para matarte ni lo suficientemente similar a la terrestre como para

infectarte. Algo con lo que alguien había podido trabajar. Y ahora, medio siglo después, existía una base automatizada que iba rompiendo rocas y generando atmósfera oxigenada, además de una estación científica en la que trabajaban en la adaptación de la vida local para uso humano. Havaer no se podía imaginar cómo encontrarían biocientíficos cualificados que quisieran aceptar ese trabajo. Hubo tres, y debían haber sido en igual medida fuertes y antisociales. En pasado, porque se les evacuó por el tiempo necesario para llevar adelante los planes de la Casa Ácida.

—Un hogar lejos de casa —dijo él, buscando distraídamente en su pantalla datos del planeta. No pudo evitar una sonrisa irónica ante la tecnología y las interfaces de la época de la guerra, nunca actualizadas ni reemplazadas. Porque este sitio había sido una maniobra desesperada de alguien, antes de que la guerra cambiara de signo. Se habían dado cuenta de que los Arquitectos sólo golpeaban mundos con pasajes… Havaer no sabía a partir de qué datos, porque las estadísticas sobre mundos fuera de la red de pasajes eran en resumen inexistentes. Pero alguien había decidido convertir Puerto de Abrigo en el último reducto de la humanidad. No había llegado a necesitarse, la guerra terminó, pero la Casa Ácida decidió mantener vivo el proyecto. Seguir con esa terraformación al viejo estilo que ya nadie hacía. Por si acaso.

Y ahora habían encontrado otra utilidad al lugar. El rincón para las citas más clandestinas, donde se podían hacer intercambios sin poner a nadie más en peligro.

—Agente Diljat —llegó la voz del piloto, porque por supuesto habían necesitado un inter para llegar hasta allí. No había otra forma de navegar hasta Puerto de Abrigo—. Están aquí.

—De vuelta a la nave —dijo Diljat. Corrieron, aunque no estaba lejos. No podría estarlo, dado el espacio reducido del orbital de Puerto de Abrigo. Corrieron porque no sabían de cuánto tiempo disponían antes de que la *Dios Buitre* atrajera más amigos a la fiesta.

—¿Entendió su resumen? —le preguntó Diljat cuando llegaba a la compuerta de su nave.

—No soy un novato —protestó Havaer—. Llevo en el servicio al menos cinco años más que usted.

Ella soltó un ruido pensativo. A Havaer no le gustaba la forma

en que ella le miraba. Después de todo, no estaba seguro de si seguía en servicio. El suelo bajo sus pies era inestable, de una forma que no estaba causada por las mecánicas del orbital. Se encontraba a medio camino entre ser un agente de la Casa Ácida en servicio y un recurso poco fiable que necesitaba control.

—Soy de los nuestros —le dijo, y no supo si confiar en el asentimiento con que ella respondió.

Luego entraron en la *Tábano*, la pequeña y rápida lancha que el servicio había puesto a su disposición. Constaba de una cabina, una docena de cápsulas de sueño y un gran motor gravitatorio viejo, poca cosa más. Su piloto, un inter siervo, gris y remendado llamado Arquero, ya había intercambiado señales de reconocimiento con la *Buitre* y mantenía abierto un canal para ellos. Llevaba en activo dos décadas sin perder la cabeza y su condición indicaba que no era el mejor para proteger de Arquitectos. Uno de los escasos inters del Comité de Enlace al que le quedaba sitio en la cabeza para algo más que el hecho de ser intermediario en sí.

Havaer se dejó caer en su asiento, con las rodillas apoyadas contra el de Arquero. Abrió la boca, luego miró a Diljat, odiándose pero sabiendo que necesitaba su conformidad para dar comienzo a la operación. «Recurso, agente; agente, recurso. ¿Qué es lo que soy?».

Al recibir permiso, empezó con su actuación.

—*Dios Buitre*, aquí el agente Havaer Mundy de la Oficina de Intervención.

—Se le recibe —llegó la voz cortante del traductor de Kittering —. También autorización de atraque.

—Tenemos al menos parte de lo que han intentado conseguir. Está en el muelle indicado, listo para su carga —les informó Havaer —. Pero voy a querer charlar sobre qué coño está pasando desde que todos nos fuimos de Crux. Se pueden imaginar que nos han llegado algunos informes alarmantes.

—¿Hubo supervivientes? —preguntó Kittering.

Por un momento Havaer se limitó a intercambiar miradas con Diljat, sin que ninguno de los dos lo pillaran.

—Nuevo Kismayo. El Arquitecto. No lo han oído —susurró Arquero.

Havaer pestañeó. No lo había visto de ese modo. La *Buitre*

probablemente no habría tenido acceso a mediotipos de noticias, y Nuevo Kismayo era tan pequeño que su aplastamiento podría incluso haber pasado inadvertido entre el caos de fondo en el que se encontraba en ese momento la Esfera Colonial.

—Cuando caen al nospacio —dijo a la *Buitre*—, los Arquitectos van detrás. Producen algo de daño gravitatorio a los objetos en órbita y similares, pero no tenemos información de bajas. —Vio a la *Buitre* aproximarse al orbital de Puerto de Abrigo.

—Una causa de considerable alivio. Debo informarle a petición de *mesdam* Timo de que, en caso de que nos esperen tropas, los lamentos por ambas partes serán incalculables —transmitió el hanni, de manera cortante. Pero Havaer se dijo que posiblemente sería una exhibición de diplomacia en comparación con la manera en que Timo lo habría enunciado.

—No hay tropas, lo prometo —confirmó Havaer, luego volvió la vista a Diljat y silenció unos instantes la transmisión—. No hay, ¿verdad?

Ella puso los ojos en blanco.

—No, agente Mundy. ¿En qué está pensando?

«Estoy pensando en que no me lo dirías si las hubiera». Pero se limitó a dibujar una sonrisa de disculpas.

—Desde luego. Por supuesto.

—Adelante con el guión —le recordó.

Dejo que la *Buitre* terminara primero las maniobras de atraque. Habían dispuesto una docena de contenedores con suministros y piezas, y otro increíblemente caro de color madreperla que al parecer contenía las proteínas hegemónicas que buscaban. Vio cómo se conectaba el umbilical de la *Buitre* y el desorden de garras de atraque que se enganchaban a un lado del orbital, de forma que la estación tuvo que activar sus motores para compensar el cambio en el centro de gravedad. Luego las cámaras del muelle mostraron que la compuerta se abría, y salía Olian Timo.

—Vaya pinta —opinó Diljat.

Havaer asintió, viendo cómo la nube de tentáculos la movían como si se deslizara sobre mercurio. No parecía ni siquiera concentrarse mucho en dirigirlos. «La mujer tiene sus habilidades».

—*Mesdam* Timo —le habló por los altavoces del muelle, además de darle la opción de responder a través de una comunicación

directa.

—No hace falta que grite —respondió ella—. ¿Qué quiere, cabrón ácido?

—Menos mal que no necesito un poco de gratitud. —Pudo notar el gesto de disgusto de Diljat, pero él era el que conocía a Olli. Había que ablandarla un poco primero.

—Así es —aceptó ella bruscamente.

—¿Es posible que tengan ahí a Almier? —intentó, más que nada porque sabía que eso la pincharía.

—Puta mala suerte la suya. Está ahí abajo en el pozo, lo mismo que los demás excepto Kit y yo. ¿Qué quiere, Mundy?

—Bueno, el Hum quiere recuperar su nave. —Se refería a la Hueste.

—El Hum puede irse a freír espárragos —le dijo Olli. Y luego añadió—: En serio, eso no va a pasar. Están ocupados. O más vale que lo estén porque no podemos darles más tiempo.

Havaer volvió a intercambiar miradas con Diljat. No había esperado ningún tipo de facilidades por su parte para recuperar la Hueste y el Ojo, pero una parte importante del Hum insistió en que al menos preguntaran.

—Pues entonces cuéntenoslo todo —la invitó—. Mientras carga. —Y en tanto que los tentáculos manipulaban, levantaban y movían los contenedores, escuchó a Timo empezar su historia. A la vez que Kittering llevaba a cabo recuentos meticulosos del valor de lo que recibían como contrapartida por la salvación del universo.

Olli

—La verdad, es demasiado bueno para ser cierto y sin que haya errores —decidió Olli, arrastrando umbilical abajo el siguiente contenedor hasta el muelle de drones. Había empezado con la extraña vaina hegemónica con la que ahora estaba trasteando Kit, intentando descubrir cómo combinar los sobres cuidadosamente empaquetados de material orgánico en la impresora de la *Dios Buitre*.

—Transacción absolutamente insatisfactoria —convino Kittering—. Ha sido recibido contacto de Solaz.

—¿De verdad? —Intentó encontrar un poco del viejo rencor,

porque le hacía sentir más a gusto, pero Olli tuvo que admitir que no tenía muchas quejas sobre esa parteni en particular—. ¿Cómo os va ahí abajo?

—Resistimos. —Solaz sonaba mal de cojones a través de tanta distorsión y crujidos—. Ahora mismo remendando a Idris. Kris está con él. Por eso llamo yo. —Sonó a disculpa.

Olli se sintió satisfecha. «La puta me conoce».

—Me conformo. Pero más vale que el Doc Shin y los demás aprovechen este rato, porque no sé cuánto vamos a durar aquí. —Podía sentir el tictac de cada segundo transcurrido como si retumbara sobre lo que quedaba de la cápsula del escorpión.

—Están atacando ese sitio de los Arquitectos, la guardería, lo que sea. Lo están desmontando trocito a trocito. Es grande.

—Apuesto a que los Arquitectos van a tener algo que decir al respecto —repuso Olli, soltando un contenedor para volver a subir por el umbilical.

—No —dijo Solaz sin más—. En absoluto. Es como que aquí, en el nospacio, son… inofensivos. Están ahí. Los inters pueden sentir cómo se mueven alrededor. No están contentos, por supuesto, pero no parecen tener garras a este lado de la realidad.

—Qué jodida suerte tenéis. Aquí no me los quito de encima —se quejó Olli—. Y no sólo a ellos. Acabo de tener que contar al Hum en qué estamos, para poder sacarles algunas cosas y equipo. No estoy seguro de cuánto durará esta tregua, créeme. Escucha, ¿puedes ponerme a Jaine? No es que no sea un placer hablar contigo, ya sabes, pero… —Por supuesto, Jaine estaría hasta el cuello con todos los ajustes que harían falta ahí, lo mismo que Olli aquí. Y lo estaba, pero Solaz consiguió ponerla con ella de todas formas.

—No te creerías la cantidad de mierda que nos falla —sonó la voz de Jaine, distante y atenuada—. Cada escama de la Hueste es un punto rojo en el tablero. Hay que hacer una selección que no te creerías. ¿Cómo te va, Olli?

Olli sonrió mientras agarraba el último contenedor del muelle.

—Pues lo mismo. ¿Ahab te da la lata?

—Ahab la está gozando —respondió Jaine—. El hijoputa consiguió al fin lo que quería. Pasa de los viejos colegas.

—Siempre es lo mismo —dijo Olli—. Bueno, no te necesitan. Aquí tenemos un puesto de mecánico libre desde que Bamey hizo

que jodieran su estúpido culo. Puedes trabajar honradamente para variar.

Jaine se echó a reír, y eso fue bueno.

—Sí, seguro, pero primero salvemos al universo, ¿vale? Algo a lo que ahora mismo no ayuda tu amigo el inter perdiendo la cabeza en su turno.

—Sí, es una carga. —Olli ya había metido el último contenedor y Kit había conseguido al fin que la impresora se entendiera con el cajón hegemónico, porque al parecer incluso los contenedores de carga de esa gente tenían su propio sistema operativo. Luego tuvo en el comunicador otra vez al agente Mundy, a la espera.

—No te te dejes joder por nadie —le dijo a Jaine; era su lema vital, a decir verdad.

—Lo mismo para ti —aceptó Jaine.

Olli cambió de tono.

—¿Ahora qué quiere?

—Si puedo elegir, un plan de vuelo —le dijo Mundy.

—¿Desacople? —le envió a la vez Kittering, y ella le dio el visto bueno. No había forma de saber cuánto tiempo les quedaba. Mejor no estar enganchados a un orbital cuando llegaran invitados.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque más temprano que tarde habrá otra lista de la compra y sería útil saber dónde andan.

—El Hum se ha vuelto generoso de repente —comentó ella—. ¿Dónde estaba ese espíritu cuando nos costaba llegar a fin de mes en el negocio del rescate?

—Si el Hum puede aprovisionarles en lugares como éste, supondrá que no llevarán a remolque a ningún Arquitecto al horizonte de algún mundo poblado —señaló Mundy—. Ni la Comisión de Supervisión Presupuestaria puede argumentar contra ese tipo de lógica.

—Sí, vale —admitió ella. Kittering estaba proyectando un mapa local en el que señaló posibles lugares de encuentro que supondrían el mínimo peligro para nadie más. No es que ella pudiera garantizar que llegarían a ninguno de ellos, con Júnior a los mandos, pero haría lo que pudiera—. Si aparecemos en algún sitio y hay una nave de guerra colonial esperándonos, puede apostar que saldremos pitando. Pero alguien más llegará un momento después y sus

soldaditos no querrán conocerle, ¿estamos?

—Entendido. Es demasiado suspicaz, Timo.

—Usted trabaja para gente muy sospechosa, Mundy.

—Es un comentario justo.

Olli quería volver a hablar con Jaine, o puede que con Kris. Alguien que estuviera abajo. No es que estuviera preocupada por ellos, naturalmente. O que necesitara ningún contacto. Kittering había hablado con los del pozo hacía un momento, mientras ella picaba al de la Casa Ácida, pero ahora le enviaba señales urgentes.

—Hay una agitación en el ogdru —le avisó—. ¿Rumbo?

—Oh, cojones. —Esperaba que pudieran quedarse una o dos horas en la órbita de Puerto de Abrigo. Para que la gente del pozo realmente consiguiera adelantar tarea. Y quizá ella podría haber cerrado un poquito los ojos, o Kittering habría tenido la opción de acurrucarse un poquito y dar una cabezada. Pero no iba a poder ser. Envió una serie de destinos a Mundy, que no faltara el optimismo, e indicó el primero a Júnior en la esperanza de que la criatura siguiera el consejo. Venía compañía.

Havaer

—Chssst —se atragantó Arquero, y se quedó mirando la miríada de gotitas color rubí que acababa de esparcir por el cuadro de mandos —. Están… llegando.

—Desacople —le ordenó Havaer—. ¡Nos vamos, ya!

—Contraorden. Aguante —soltó Diljat.

—¿Qué?

—Aguante un minuto —insistió—. Arquero…

El inter sangraba por la nariz.

—Confirmado —dijo como pudo, con la lengua mordida. Se agitaba nervioso en su asiento, con las manos apretando y soltando como si fuera a sufrir un ataque, pero mantenía el gesto impasible.

—Diljat, ¿qué…? —empezó Havaer, pero ella le cortó con fina mirada. En su lugar vio a la *Dios Buitre* salir de la órbita de la estación. La nave giró y se alejó del pozo de gravedad, y luego se colocó para dar el salto al nospacio. Pero no pasó nada… Los indicadores de la *Tábano* mantenían el silencio. Ni el menor temblor o sugerencia de que un terror capaz de retorcer mundos

estaba a punto de caer sobre ellos. Sólo Arquero y su respiración agitada, su estremecimiento, los ojos tan abiertos e inquietos como los de un caballo asustado.

Se abrió la escotilla. Havaer se removió en su asiento contra el cinturón. Les abordaban. Buscó un arma que no llevaba encima.

Entró media docena de soldados, que llenaron a reventar el interior de la *Tábano*, haciendo imposible que nadie pudiera meterse en sus camas de suspensión. Tropas coloniales blindadas, con aceleradores acomodados en ángulos extraños para poder entrar todos. Havaer encontró la mirada de Diljat más allá del hombro de uno de ellos.

—¿Sólo nosotros, eh?

Ella no mostró la menor vergüenza en su gesto.

—La Oficina quería que estuviéramos preparados para cualquier eventualidad. Tal y como se vio con esa estructura hegemónica en la que Timo se sienta, no me gustaban nuestras posibilidades.

—¿Y no pensaba decirme cuál era el plan?

—Me preocupaba que pudiera resultar menos convincente si tenía que mentir —repuso ella—. Todos dentro. Arquero, nos vamos.

El Arquitecto emergió en la realidad a la vez que soltaban amarras con el orbital. También llegó cerca, nada de la distante y digna aproximación que solían llevar a cabo cuando tenían un planeta en su menú. Éste apareció en la existencia casi apresurado, con un giro. Mientras lo hacía, la *Dios Buitre* se desvaneció, llevándose consigo todo su invisible equipaje. Seguramente siguiendo la lista de paradas que habían enviado a Havaer.

Arquero elevó a la *Tábano* lejos del planeta, llevando al límite los sobredimensionados motores brachator de la nave para poner toda la distancia posible. Y obviamente el Arquitecto se iba a sumergir de nuevo sin más. No eran un problema. No eran su problema.

Estaba mirando cuando las manos invisibles del monstruo agarraron el orbital de Puerto de Abrigo y lo convirtieron en confeti. Ni siquiera una escultura, simplemente trituró la estructura entera en una nube de copos de materia que se disolvieron rápidamente. Como si hubiera canalizado una enorme cantidad de furia en el acto, según el punto de vista de la monstruosidad de

cristal.

«Somos los siguientes», imaginó Havaer, y se preparó para lo peor, pero entonces Arquero había conseguido al fin alejarse lo suficiente y les sacó brutalmente de la realidad. Estaban a salvo. Havaer se quedó solo en el repentino vacío de la *Tábano*. Solo para considerar dónde se encontraba en relación con el resto del universo, y en particular con sus empleadores, que ya ni siquiera confiaban en él para que mintiera en su nombre. Cuando sintió que la cosa que vivía en el nospacio se acercaba, y empezaba a activar sus mecanismos de horror con su lenta aproximación, se imaginó que, si la veía ahora, llevaría un uniforme de la Casa Ácida.

27

Idris

No le gustaba que le vieran. Ni siquiera que le intuyeran con el rabillo del ojo. Mientras la Presencia se asomaba a la cabecera de su cama, mientras su inmensa masa bentónica se imponía en su campo de visión como una montaña, Idris se centraba en ella, bajando por un túnel hasta que el ojo de su mente se encontraba con su mirada. Esa mirada indignada. Tenía la sensación de que era algo de una escala completamente distinta. A la vez infinitesimal —el punto concreto en el corazón de todo— y enorme más allá de las dimensiones del universo. Porque estaba en el centro de todo, y las relaciones espaciales básicas se rompían allí. Podías tener todos los ángeles que quisieras bailando sobre la cabeza de ese alfiler.

Les vio, a todos esos ángeles maléficos. Y ellos le vieron. No es que supieran que estaba allí, en términos abstractos. Idris, parte de la conjunción de inconvenientes que estaba atacando en esos momentos los lugares de crianza de los Arquitectos, dando pellizquitos a las herramientas que usaban para reconstruir el universo. Los que rastreaban a Kit y Olli de estrella en estrella, allí en la realidad. Lo sabían. Pero esto era distinto.

Viejos. ¿Cómo podrían ser sino viejos? Idris había pensado que entendería el concepto, y ahora se daba cuenta de que había estado tristemente desinformado. Pero podía reeducarse. Si era capaz de bajar lo suficiente, la presión aplastante de las profundidades comprimiría toda la verdad del universo a un tamaño tan pequeño que podría meterla en su cabeza. Estaba listo para recibirla. Como si cuando manipularon su cerebro para convertirle en el intermediario que era, todos esos carniceros con etiqueta de científicos hubieran creado sin querer una llave. Todas esas largas décadas de su experiencia nospacial le afinaron de forma tan perfecta que, cuando

se encontró ante esa singularidad universal, la captó. Encajó en el lugar, transformado por las privaciones y las experiencias en el ideal platónico de un navegante nospacial. Como si alcanzar ese centro inmóvil, y comprenderlo, fuera el nicho evolutivo al que se había adaptado para explotarlo.

La humanidad llevaba viajando entre las estrellas quizá hacía dos siglos. Era algo reciente. La historia escrita de la humanidad se remontaba unos seis mil años, y eso era apenas ayer. Las cosas más antiguas que podían ser consideradas humanas fueron creadas hacía sólo unos pocos millones de años terrestres, y ése era un pasado tan cercano que Idris podía mirar por encima de su hombro y ver a esos simios. La vida compleja en la Tierra, quinientos millones de años; un momento fugaz. La formación de la Tierra, cuatro mil quinientos millones de años; nada. Las primeras galaxias, diez mil millones de años antes; un parpadeo. Porque esto era el centro, el corazón, donde el tiempo no significaba lo mismo. Todos los momentos de la historia del universo estaban comprimidos como las páginas de un libro que se pudiera hojear ociosamente en un instante. Habían esperado todo ese tiempo.

No, no habían esperado. No ociosamente. Trabajando.

Todo esto lo entendió por el mero hecho de llegar hasta allí y quedarse en ese umbral que era a la vez una singularidad milimétrica y un enorme pórtico de entrada a… el lugar donde las reglas normales no se aplicaban. La perla en el corazón de la ostra del universo. O más bien el quiste incrustado profundamente en su piel.

Y le aborrecían. Seguramente le habrían destruido si se hubiera dejado caer una pequeña fracción más. Estaba en el mismísimo límite del alcance de su ira todopoderosa. También se sentían fríamente furiosos por la temeridad de Ahab, Ash y los demás. Captó su desprecio distante, clínico, por esas bulliciosas formas de vida que deambulaban por allí como insectos, en la superficie de la realidad… Y casi entendió el motivo. Notaba que ahora tenía todas las claves y sentidos para entender qué era lo que no podían soportar de la vida, y en particular la inteligencia. Pero toda esa aversión desapasionada era minúscula en comparación con la que albergaban contra él. Idris Telemmier, intermediario, primera promoción, que se había atrevido a llegar hasta su puerta.

Arriba, donde se encontraba su cuerpo, la Presencia se inclinó sobre él, con las manos frías tanteando, y percibió su toque, gélido como las profundidades del vacío, como los abismos del mar. Sintió que su corazón se paraba pese a toda la actividad de las unidades que le prestó Trine. Y aquí la Presencia llenaba el agua congelada que tenía detrás: una masa sólida de filamentos en espiral, dientes afilados y ojos cristalinos. Se encogió para dar ese paso adicional, aniquilador, porque tenía que saber…

La *Buitre* debió entrar en el mundo real entonces, y momentos después todo el mundo en la sala de las Máquinas escuchó las alarmas que indicaban que Idris se moría otra vez. El bribón repetía sus viejos trucos. El maldito pirado de Idris intentaba una vez más suicidarse por el universo. Tuvieron que arrancar todos los cables y sacarle de la Máquina. Solaz, Kris, Jaine y Andecka, junto al puñado de colmeneros que seguían con ellos. Le enchufaron para reactivar sus órganos vitales, que acababan de presentar su renuncia con efecto inmediato. Ventilación mecánica para los pulmones, trabajo manual sobre la musculatura de su corazón, y el cerebro… Todo lo que podían hacer en realidad era esperar. Esperar a que esa masa grasienta de color gris recuperara la actividad eléctrica. Porque era lo que pasaba a veces con los inters. Los complejos flujos de información que forman la existencia de la mente humana se iban a otra parte, y luego volvían. Se marchaban a tomar el té con un Arquitecto, o en este caso a sumergirse en las imaginarias fosas marinas del nospacio.

Todo debió ocurrir de esa forma, pero Idris, funcionalmente muerto durante ese tiempo, no lo recordaba. Sólo fue consciente del momento en que volvió de golpe a su cuerpo, ese trozo de carne con un brazo de menos y un millar de dolores de más. Al abrir los ojos legañosos a la luz intensa, se dio cuenta de que esta vez había estado muy cerca. También supo —a la vez que intentaba quejarse débilmente, y renunciaba porque le hacía daño en la garganta— que de lo que había estado tan cerca era del olvido. Si no hubieran actuado tan rápido, no habría tenido nada con lo que volver. Los patrones eléctricos de su mente se habrían disipado como tras un cortocircuito o algo parecido… ¿Habría fantasmas en el nospacio? ¿Allí era donde iban los inters cuando no conseguían volver?

Nadie parecía impresionado por lo que le había pasado. Normalmente, ante esa circunstancia nada infrecuente, no les culparía. Nunca se había considerado tampoco muy impresionante. Pero ahora mismo era como la profetisa Casandra, capaz de dejar en segundo plano al propio Ash, y el hecho de que nadie quisiera escucharle le irritaba profundamente.

—¡Tengo que contaros algo! —gritó. O, más bien, gimió con el tono seco y áspero de hojas arrastradas sobre un muelle espacial abandonado. Pero todos estaban ocupados intentando arrancar los siguientes hilos de las vidas de los Arquitectos, lo que consideraban como su gran tarea. Y él estaba en medio. Había ido a seguir con lo suyo y casi termina muerto. Y, maldición, Idris, sí, eres un inter de talento, pero, ¿te importaría parar? Seguir por una vez con lo previsto y dejar de molestar con insensateces.

Y Trine se habían ido.

Trine se habían ido ya antes, lo sabía. Pero las unidades que habían donado a Idris, cuando se mató a sí mismo la primera vez, habían sucumbido. Habían muerto en su valiente pelea por mantener su corazón latiendo. Salvaron su vida una última vez, y mantuvieron el fuerte en pie hasta la llegada de los refuerzos. Había consumido este regalo, el último legado de su viejo amigo. Cuando le apartaron —entre débiles protestas— de las Máquinas y le llevaron a una lúgubre morgue de piedra donde querían que pasara su convalecencia, le dejaron en un exoesqueleto andador que había apañado Jaine. También le conectaron a máquinas que ejecutaban para él tareas como las de respirar y hacer circular la sangre, porque al parecer no se podía confiar en que su cuerpo lo hiciera. Era un inválido. Un lastre. Nadie lo diría en voz alta, pero lo podía leer en sus caras. Y nadie estaba dispuesto a escuchar a un lastre que quería desbaratar sus planes para hacer algo distinto.

Más tarde, insoportablemente tarde, Kris y Solaz al menos encontraron un rato para venir a verle. Después de que la *Buitre* se hubiera zambullido otra vez e Idris sólo fuera capaz de quedarse ahí para escuchar a la Presencia reírse de él, y después de que todo volviera a funcionar para retomar el genocidio. Cuando se sentía completamente superfluo en su débil y tembloroso cuerpo, y ellas eran su única esperanza. Y escucharon.

Solaz

Lo que resultaba casi más insoportable era que él debería parecer viejo. Era viejo, después de todo. Sí, Solaz lo era también, pero había pasado en hielo buena parte de ese tiempo. Almacenada con las otras soldados remanentes hasta que el Partenón la volviera a necesitar. Se preguntaba a cuántas de esas soldados excedentes despertaron para la actual crisis interna, les pusieron un arma en las manos y unas ideas en la cabeza. Esperaba que el sacrificio de Tacto hubiera aniquilado la división entre sus hermanas. Porque, en caso contrario, no podía ni afrontar la idea de cuál sería el resultado. El sororicidio, el exterminio de su gente y su forma de vida. Estar en el pozo era más fácil. Aquí las amenazas eran existenciales, estaban por encima de su rango de preocupaciones. Problemas situados mucho más allá de su capacidad de pensar sobre ellos. Arriba, en la realidad, la situación era simplemente inconcebible.

Y aquí tenía a Idris, su viejo amigo. El único hombre con el que había dormido, poco después de la guerra, cuando todo parecía posible. Y una o dos veces más recientemente. Por los viejos tiempos. Había un hueco en la vida de Idris, allí donde debería estar el contacto humano, y un hueco en la suya, allí donde había pasado todas esas décadas congelada, con lo que a veces encajaban bien. Él nunca había parecido fuerte, pero ahora su aspecto era especialmente débil… Marchito. Como si pudiera desvanecerse en cualquier momento, como habían hecho otros inters, para irse allí donde había decidido ir.

Quería gritarle «¡podrías haber muerto!». Pero, ¿de qué habría servido?

Había venido a regañarle, junto a Kris. El doctor Shinandri se lo había pedido. Porque todavía querían a Idris en el equipo que blandía el escalpelo contra los Arquitectos. El Doc Shin quería que hablaran con él y le devolvieran al redil. Ninguna excursión extracurricular a lo irreal. Que se comportara como un jugador de equipo, al menos por una vez.

Solaz le podría haber explicado con precisión al buen doctor lo inútil que era ese tipo de razonamiento con Idris. No era un jugador de equipo. Lo había aprendido por sí misma cuando intentó

reclutarle para el Partenón. Cuando aceptó al fin, fue en el momento y las circunstancias que eligió. Podría parecer débil, pero algo en él se resistía cuando le presionaban. Algo que le parecía totalmente ajeno al hombre que tenía delante. El inter que había en él se resistía. Y era el inter a quien la gente quería. A la parte que era sólo Idris se la consideraba un fardo inconveniente que venía incluido en el paquete.

A ella le gustaba la parte que no era más que Idris. Más que el inter, a decir verdad. Habría desgajado con alegría al inter, para dejarle hace cosas de inter por la gente que le necesitaba. Sólo que era como un parásito que había crecido en su interior, hasta llegar a ser más de la mitad de la persona. Idris sin el inter sería como una piel de serpiente usada.

—Tienes que dejar de hacer este tipo de cosas —le decía Kris. Solaz conocía el tono: la abogada Keristina Almier recitando precedentes legales a un cliente que no iba a seguir su consejo, pero ella tenía que hacerlo porque así al menos habría cumplido con su deber profesional. Solaz esperaba que Idris se encogiera de hombros y murmurara, dejando que el consejo y las amenazas resbalaran por sus hombros caídos. Pero una chispa se despertó en sus ojos. Por un momento se le ocurrió la terrible idea de que quizá se hubiera traído algo desde las profundidades del nospacio.

—No —dijo Idris—, tengo que volver a hacerlo. —Se tomó su tiempo en pronunciar las palabras, asegurándose de que su boca las formaba adecuadamente, combatiendo su fatiga.

—Idris, estabas muerto, en resumen —insistió Kris, más acalorada. Llevaba deambulando con el tipo unos cuantos años ya, no era sólo un fantasma aparecido en su vida después de décadas. Había tenido que pasar con él penurias, incluso las pequeñas tribulaciones de la vida en la *Dios Buitre*. Le habría protegido de los peligros del universo, y viceversa. Y Solaz vio el afecto desnudo que desplegaba, cuánto quería Kris a su amigo Idris, y cómo ese cariño se convertía en frustración porque a Idris no parecía importarle en absoluto, ni le importaba nada más. Solaz esperó la rabieta, la bronca. El reventón exasperado de Idris por lo poco que podía influir en el universo para que las cosas se hicieran como él quería. Pero no fue ese el Idris que apareció. Fue un Idris centrado como un láser. El hombre que voló a la Oscura Joan contra la Cosecha Rota

para recapturar a la *Dios Buitre*, o que fue a encararse con el Arquitecto sobre Berlenhof.

—Necesito vuestra ayuda. Esto ha llegado demasiado lejos.

Solaz intercambió lo que le pareció una mirada ya conocida con Kris.

—Matar a los Arquitectos —completó la frase Solaz. Después de que él asintiera, continuó—: Idris… No creo que encuentres a nadie a tu favor. Todos hemos escuchado lo que dices…

Su brazo mecánico golpeó contra el exoesqueleto. La única parte de Idris que era capaz de dar un buen golpe.

—Escuchadme —insistió, perdiendo el aliento a mitad de la palabra. Usando su fragilidad como herramienta para que ellas cedieran terreno—. Vale. A nadie le importan los Arquitectos. Ya lo he entendido. No se han hecho querer mucho. A nadie le importa que no tengan ninguna opción. —Intentaba apretar los dientes mientras resollaba las palabras, aunque ni eso podía hacerlo adecuadamente—. Pero escuchadme. Dejadme… ponerlo en vuestras propias palabras. Kris, ¿recuerdas a esa mandamás del astillero de Upsandi, la que quería quedarse con la *Buitre*? La que nos la confiscó y todo aquello. La derrotaste en los tribunales dos, tres veces. ¿Y funcionó? ¿Nos la quitó de encima?

Solaz no tenía ni idea de qué estaban hablando, pero Kris asintió, y luego negó con la cabeza.

—No, Rollo tuvo que cobrarse todos aquellos favores con un mafioso para meterle miedo, lo recuerdo.

—Porque no se trataba de la legalidad. Sólo era el arma que usaba. Cada vez que la derrotábamos, probaba otro método. Y Solaz, cuando tienes un enemigo…

—Vas a encontrar alguna metáfora militar condescendiente, ¿verdad? —le interrumpió con sequedad—. Del tipo de que si le quito el arma a alguien pero no me encargo de él, volverá cuando tenga otra arma. Lo que pasa es que, aun así, lo de desarmarle ayuda. Lo mismo que disparar a los soldados que mandan a por ti, si es que no puedes llegar hasta el líder que se lo ordena,

—Eso es lo que hizo Tacto, ¿verdad? —preguntó él, y Solaz se quedó helada. No tenía derecho a usar aquello.

Idris se dio cuenta de que le había hecho daño, y por un momento estuvo a punto de dar un paso atrás, como siempre hacía

cuando llegaba el momento decisivo. Disculparse y no resolver nunca nada. Pero esta vez, a pesar de que no le quedaban fuerzas, siguió adelante.

—Nunca estaremos a salvo —le dijo—. Destruid a los Arquitectos y encontrarán otra forma. Lo he notado, su… determinación. Nos odian tanto porque nos interponemos en el camino de algo que intentan hacer. Algo enorme, sólo que cuando estás donde están ellos, nada lo es. Todo el universo está a la vista al mismo tiempo, casi al alcance de la mano. Si llevamos a los Arquitectos a la extinción, no será de ninguna ayuda. Si necesitáis un motivo mejor para evitar un genocidio, probad con ése. Así que ayudadme. Id con los demás y defendedme.

—Nos enviaron para defenderles ante ti —señaló Kris.

Idris pasó la mirada entre ellas.

—Bueno, entonces tendréis que decidir con quién estáis, ¿no?

28

Havaer

—Es sólo un comité —le explicó Diljat.

—Más bien parece un consejo de guerra —respondió Havaer con firmeza. En la antecámara, había con ellos cuatro soldados totalmente equipados. Y ésta era una parte de las dependencias de la Oficina de Intervención que normalmente no tenía que visitar, dado que él era un agente de campo y aquí era donde se trataban los problemas de alto nivel—. También podría haber dicho «santo oficio» o posiblemente «caza de brujas».

—Está siendo melodramático —repuso Diljat, pero se balanceaba nerviosamente de un pie al otro. Esperaba que la convocaran en calidad de testigo, quizá como parte de la acusación. Era absolutamente posible que hubiera esperado exprimir a Havaer hasta la última gota y llevarse luego una palmadita en la cabeza por su buen trabajo. Pero ahora estaba con él, incomunicada. Había ido para reunirse con la *Dios Buitre* y volvía convertida en parte del problema. Les habían colocado en cuartos aislados tan pronto atracaron y luego les tuvieron allí sentados, largo rato, sin darles ninguna respuesta, hasta que terminaron aquí.

—Un informe, no es nada más —insistió Diljat—. Al máximo nivel. Sólo como forma de demostramos la importancia que le dan a todo esto.

Luego uno de los guardias obviamente recibió una orden, porque se pusieron en marcha hacia la siguiente sala. Que era enorme, y estaba casi llena. Havaer no estaba seguro de qué proceso de selección se había usado, si no era más que un «comité», pero no había sido tan exclusivo como habría podido esperar porque, en resumen, allí estaba todo el mundo.

«Es el Hum», pensó. «Es la totalidad del Hum». Obviamente eso

no sólo no era cierto sino que era patentemente imposible, aunque pudo ver unos cuantos drones que sin duda transmitirían aquello a los que no habían viajado al orbital, o quizá simplemente no habían conseguido un lugar presencial. Había pantallas que mostraban los rostros de hombres y mujeres de aspecto serio con toda una variedad de uniformes. Y luego estaban los físicamente presentes, que parecían la orgullosa exhibición de un coleccionista de todas las ramas del Hum. Vio diecinueve distintas: Comité de Enlace, Oficina del Servicio Diplomático, Cartografía, Análisis de Amenazas, Autoridad de Ciencias Superiores, Armada, y un hombre calvo y rotundo con la sobreornamentada casaca de la Defensa Planetaria de Berlenhof. Estaban los delegados en el Consejo del Hum de varios de los principales planetas: Magda, Tulmac, el propio Berlenhof. También unos cuantos civiles que sabía que representaban a grandes intereses privados, porque reconocía sus rostros de los mediotipos y sus huellas dactilares de haberlas encontrado a lo largo de toda la conspiración de los constructores de arcas. Estaba una actriz de dramatipo moderadamente célebre, que siempre le había encantado a su madre, y que recordaba vagamente que se había convertido en una autoridad en matemáticas nospaciales avanzadas.

—Dios —dejó escapar Diljat, asustada. Era absolutamente posible que Dios estuviera también en algún lugar del fondo, pero Havaer no llegara a distinguirle entre la multitud.

También había parteni. Un pequeño grupo, hombro con hombro, sin mirmidones, sólo mujeres de uniformes grises, muy apretadas unas con otras para mantenerse apartadas del enjambre de humanos que atestaban el lugar a su alrededor. Las miró y lo único que pudo pensar fue: «cómo caen los poderosos». Siempre se hacían notar en este tipo de reuniones, con la suficiencia de saber que calzaban las mejores botas, en caso de que empezaran las patadas. Ahora mismo, dadas sus diferencias internas, esas botas estaban en los pies cambiados. Les proporcionaban influencia suficiente para tener un asiento en la mesa, pero nada más.

«Y todo esto por nosotros». Sólo que el «por» se refería más bien a la pobre *Dios Buitre*, que iba dejando un rastro de Arquitectos por la Esfera Colonial.

—Agente Diljat. Agente Havaer Mundy. —Quien hablaba era el

tipo de persona que Havaer hubiera esperado que estuviera al mando en aquellos tiempos en los que «comité» significaba como mucho media docena de personas, todas ellas integrantes del servicio. No conocía a esa mujer impasible, de rostro severo, que podría tener dos años menos que él. No era de la gente de Laery, lo que no era ninguna sorpresa. No era tampoco de los que se hicieron cargo cuando Laery limpió su despacho, así que probablemente no fuera integrante del club de los constructores de arcas, lo que al menos suponía un alivio. La nueva jefa de la Casa Ácida era desconocida, para bien o para mal.

Enderezó la espalda y su dispensador interno le dio una dosis fuerte de medicinas, porque tenía el corazón desbocado. Todo el mundo allí había leído su informe, y el de Diljat, y probablemente también el de Arquero. No es que el pobre idiota del Comité de Enlace tuviera que aparecer allí en persona, dada su condición. Y todo el mundo tenía preguntas. Así que durante las siguientes dos horas largas los dos respondieron a cualquier cuestión pendiente bajo el sol, desde genéricas hasta desinformadas, pasando por extremadamente detalladas o profundamente particulares. La facción de los constructores de arcas quería saber por qué —a pesar de no contar literalmente con ningún medio para haberlo conseguido— no se había recuperado su preciosa nave. Los científicos le preguntaron por qué no había hecho observaciones sobre temas acerca de los que nadie le había informado, para empezar, o tomado datos con un equipo que nadie le había proporcionado. Un médico del Comité de Enlace quería su absolutamente desinformada opinión sobre las habilidades del piloto nospacial de la *Buitre*. La armada quería conocer las capacidades defensivas de la *Dios Buitre*, como si esa presunta nave de rescate cutre pudiera esconder algún tipo de superarma hegemónica.

«Bueno, igual sí. ¿Cómo podría saberlo?».

—Esperen —pidió, fuera de su turno de palabra y llevándose las suficientes miradas reprobatorias como para que si la degradación retrospectiva fuera posible, llevara fregando suelos desde el primer momento en que entró en servicio—. Retrocedamos un momento. —Encontró al tipo de la armada entre los incontables rostros—. Capacidades defensivas… ¿De eso va ahora todo esto?

Un gran silencio incómodo. Miradas de reojo. Entre gente que obviamente no sabía de qué iba aquello. Y gente —la más importante, la más cercana a los engranajes de poder del Hum— que sí.

—Díganme que no van a atacar a la *Dios Buitre* —pidió Havaer. No es que fuera el único de la sala al que habían pillado descolocado, sino que al menos la mitad de los presentes no habían sido informados del plan, y tenía de repente cincuenta aliados que también pedían aclaraciones sobre el mismo tema.

—El Partenón no aprueba ese tipo de acción —decía una parteni, algo que habría roto los esquemas de Timo, pensó Havaer. Inmediatamente después, un portavoz magdano (algún pariente de los Uskaro) apuntaba que ellos tampoco estaban de acuerdo. Porque, por supuesto, querían recuperar la Hueste, y si la *Buitre* se perdía, también lo haría el lastre que cargaba en el nospacio. Y allí estaban, el Partenón y la facción que desencadenó la guerra contra ellas, argumentando en el mismo bando sobre el mismo tema.

Había un sólido núcleo del Hum en la otra posición, y podía ver que en él se encontraban la mayor parte de las agencias principales, incluyendo la suya. Apostaría a que hubo algunos encuentros privados. Toda una serie de reuniones de emergencia e informes clasificados. Habrían tomado Decisiones, con «D» mayúscula.

—Ahora mismo, la nave conocida como… —la boca de la jefa de la Casa Ácida reflejaba su absoluto disgusto por tener que pronunciar esas palabras— *Dios Buitre* representa el principal peligro para la estabilidad de las Colonias. Es un imán de Arquitectos. Le están dando caza. Adonde vaya, nos pone en peligro. Y se encuentra en manos, de acuerdo a los agentes Mundy y Diljat, de una renegada misántropa y un hannilambra. No tenemos el menor control sobre lo que hagan o adonde vayan. Llevan a remolque a la mayor fuerza destructiva que haya conocido el universo. Sólo es cuestión de tiempo que empiecen, digamos, a usar la situación como medio para la extorsión, por bienes o por cantidades importantes de viruta.

Havaer había notado el tonito que había puesto al pronunciar «hannilambra» y pensó: «Oh, claro, añadamos un poco de xenofobia al guiso, ¿por qué no?».

—En resumidas cuentas, los agentes Mundy y Diljat nos han

facilitado la posibilidad de atraer a la nave a algún lugar bajo nuestro control. Un disparo lo suficientemente potente nada más salgan del nospacio es la única forma de protegernos de esta amenaza —explicó la mujer de la Casa Ácida.

«Esto es una locura». Escuchar cómo usaban su nombre para ese plan lo hacía aún peor. Era como si hubiera escrito todos esos informes y aportado todas las pruebas, y en algún lugar del camino entre él y los allí reunidos todas las palabras hubieran cambiado por completo su sentido. Quería darles explicaciones, en el lenguaje diplomático adecuado, pero no estaba conectado. Había cumplido su misión y ahora le relegaban al fondo del escenario.

—Necesito hablar —le dijo a Diljat, y ella le miró con cierta diversión.

—Agente Mundy, ¿se va a jugar su carrera por un par de vagabundos y su tartana?

—Y es posible que también por el universo —señaló—. Sin olvidar a todos los que están en el nospacio. No es como si estuviera potenciando últimamente mi carrera. La revisión de fin de año va a ser una putada, la verdad.

—Mundy, vuelve a estar dentro. Tiene un escritorio y un trabajo, y ocupa un peldaño en la escala —le recordó ella.

—Escúchese a sí misma.

Diljat pestañeó, frunció el ceño, pareció enfadada, y luego pasó en el espacio de un segundo o así por otra docena de expresiones que Havaer reconocía de vérselas a sí mismo en el espejo. Luego se puso a hablar bajito por su comunicador. En la reunión, alguien del Servicio Diplomático agonizaba pensando cómo verían los hanni la situación, lo que sugería que no sabían cómo de sueltos dejaban los hannilambra a sus expatriados. En medio de aquello vio a su jefa, la nueva responsable de la Casa Ácida, removerse ligeramente, mover los labios y hacer una levísima negación con la cabeza. «Y eso es todo». Pero Diljat no había terminado. Siguió subvocalizando, y se dio cuenta de que estaba tanteando a una persona tras otra en la sala, persiguiendo a todos aquéllos sobre los que podía tener alguna influencia. No tenía la menor idea de qué argumentos utilizaría, qué favores reclamaría o qué antiguas aventuras recordaría, pero la ayuda llegó repentinamente de una dirección totalmente inesperada.

De una anciana que llevaba los ropajes del Consejo del Hum, con sus mangas enormes y el resto de exceso de tela, sobre los cuales lucía filas de medallas e insignias superpuestas, como escamas de un dragón. Y había definitivamente algo de dragón en la forma en que tomó la palabra.

—Jefa Emersen —pronunció con fuerte acento magdano. Era la primera vez que Havaer escuchaba el nombre de su nueva jefa—. Mi familia ha sufrido considerablemente en el transcurso de este asunto. Mi propio hijo murió en Estoc, cuando los hegemónicos hicieron… lo que hicieran. —Havaer comprendió que debía ser la matriarca de los Uskaro, la madre de Ravin, una mujer que dirigió al clan durante la guerra, medio siglo atrás, y seguía imponiendo su presencia gracias a toda la cirugía genética e implantes artificiales que el dinero pudiera comprar—. Tengo en consecuencia la sensación de que mi opinión puede tener algún peso en toda esta situación. Los malhechores que viajan en esa nave rebelde nos han infligido todo un abanico de ofensas, y fueron sin duda protagonistas en la tragedia final que sufrimos. —Emersen asentía, dejándola hablar porque pensaba que había encontrado una aliada. Pero luego la anciana Uskaro giró, con un gambito argumental grácil, como de bailarina de ballet, para añadir—: Y me gustaría escuchar al agente Mundy, que asistió personalmente a buena parte de lo ocurrido. Creo que tiene algo que decir.

Havaer vio el rostro de Emersen convertirse en piedra, y pensó: «Bueno, ésa fue la carrera más corta que nadie ha tenido en la historia de las Colonias». Pero fueran las que fueran las teclas que tocó Diljat, le habían proporcionado ese momento bajo los focos. Y ahora dependía de él.

—Quisiera explicar algo que no estaba en mi informe —les dijo, sin hacer caso a la mirada que Emersen le dirigía—. Saben que la *Dios Buitre* se vio implicada en esta historia después de encontrar aquel pecio. El que resultó no haber sido Arquitecturizado después de todo, y llevaba en su interior reliquias. Todos habrán leído al respecto hasta ese punto. —Probablemente la mitad de los presentes no había llegado hasta los porqués de la implicación tan profunda de la banda de espaciales itinerantes en todo ese lío, pero era su problema, no el de Havaer—. Así fue también como yo me vi envuelto. Fui tras ellos. Incluso les detuve, en un punto. Les

interrogué. Y sí, les deje irse después de recibir la visita del Inefable Aklu, pero vinieron de todas formas a Berlenhof, como les había pedido. Se trajeron las reliquias y a Telemmier, que hizo que el Arquitecto que vino aquí se marchara. Todos recordarán lo ocurrido. Y quiero que piensen al respecto. Un grupo de chatarreros mercenarios, buscando la forma de salir adelante como casi todos los espaciales. —Aquí quería tocar la fibra sensible de esos ricachones de los mundos centrales, que idealizaban la vida espacial porque nunca habían sufrido sus privaciones—. Yo les dejé en libertad (¡y pueden apostar a que fui abroncado por esa decisión!), y a pesar de eso vinieron. Porque sabían que lo que tenían era importante, y en un momento de necesidad hicieron lo adecuado. No se lo guardaron ni lo vendieron al mejor postor, sino que aparecieron y actuaron.

Estaba puñeteramente seguro de que lo que le hubiera pasado en ese momento por la cabeza a la tripulación de la *Dios Buitre* no tenía nada que ver con el altruismo, pero todo podía ayudar a su relato.

—Y eso les condujo a sucesivos problemas, de los que no han conseguido salir nunca. Telemmier tenía sus motivos para ir tomando sus decisiones. —Una mirada a las parteni, con las que el inter, en resumen, había desertado—. Y su tripulación se vio arrastrada por él. Luego mi antigua jefa y sus aliados hicieron lo que hicieron, y ahí estuvo también la *Dios Buitre*, resonando como una lata atada al extremo de una cuerda. Nunca fueron los que tomaron las decisiones o sacaron provecho de ellas. Yo estaba en Crux, al igual que la agente Diljat, cuando ocurrió todo. Vi cómo se hacía trizas la nave que estaba previsto que actuara como ancla en el espacio real de los que se sumergirían en el nospacio. Fue… intenso. También lo habrán leído en mis informes. Pero la *Buitre* dio un paso al frente. Porque alguien tenía un plan para ir a pegarle a los Arquitectos donde más les puede doler, en el lugar donde viven. Y como nadie más podía hacerlo, lo hicieron. ¿Comprenden cómo podemos saber que hacen lo correcto? Porque los Arquitectos persiguen a la *Buitre* por la realidad, ahora mismo, mientras hablamos. No pueden parar ni el tiempo necesario para recobrar el resuello. Si lo que sea que Telemmier y los demás están haciendo ahí abajo no dañara al enemigo, ¿por qué ese enemigo perseguiría

entonces a la *Buitre*?

»Claro que ahora mismo son una especie de bala de cañón suelta. Pueden aparecer aquí, en Magda, o en cualquier lugar y ser el terror del universo. Pueden llegar, decir que es un atraco, dennos el dinero o el planeta se va a llevar un susto, ¿no? Porque son sucios espaciales que harían cualquier cosa por un puñado de viruta. ¿Ahí es adonde vamos con toda esta argumentación? Olian Timo y Kittering el hanni son notables bandidos a escala planetaria, así que hay que llevarles a una emboscada y destruir para siempre la *Buitre*, porque no se puede correr el riesgo de que no lo sean. Pero escúchenme, sólo por un momento. —Emersen no quería escucharle, pero había atraído la suficiente cantidad de votos para superarla por el momento—. ¿Qué pasaría si, simplemente, no lo hiciéramos? ¿Qué pasaría si en su lugar recordáramos cómo ha actuado antes esta gente bajo presión? Sabemos de qué pie cojean. No son ningunos santos. No creo que nadie lo sea. Desde luego ni yo ni nadie en esta audiencia, ni por supuesto Timo o Kittering, ese par de mercenarios. Pero cuando se dé el último aviso, y todas las apuestas estén sobre la mesa, harán lo correcto. ¿Qué tal si, entonces, hacemos nosotros también lo correcto? En lugar de destruirles, porque siempre escogemos prevenir y controlar, y ésa es la forma en que el Hum prefiere tratar a cualquiera que esté un poco al margen en los últimos tiempos. ¿Qué pasará si les damos los suministros que necesitan? Fijémosles una ruta en la que siempre haya piezas, combustible y lo que necesiten. Puede que algún detallito como forma de darles las gracias, porque créanme si les digo que están pasando ahora mismo el peor trago de sus vidas. La fuerza más destructiva del universo quiere cazarles, va específicamente a por ellos. Piensen en algo así. Luego piensen en lo que esa fuerza podría hacer si apagamos el faro al que siguen. He revisado los notitipos, y no se han producido ataques de Arquitectos en ninguna parte desde que este circo empezó. Pero si destruimos a la *Buitre* podrán volver a la tarea. Y al interrumpir esa misión al nospacio que apoyan, podría ser que termináramos con nuestra única esperanza de derrotar alguna vez a los Arquitectos. ¿Qué tal si nos limitamos a ayudarles a huir, como huyen siempre? Se les da bien. Mejor que se ocupen ellos que no alguien cuyo trabajo sea perseguir a la gente.

Se detuvo entonces. No tenía nada más que decir salvo «¿qué tal si nos limitamos a hacer lo correcto, por una vez?», pero no convenía reiterar de nuevo esa idea en voz alta.

Emersen se aclaró la garganta. Havaer podría trazar un gráfico con los hechos que seguirían. Se haría con el control de la reunión, desmantelaría toda su retórica y no le daría a nadie la oportunidad de discutir entre ellos. «Lo intenté». Un lamentable epitafio para la tumba de su carrera. Además de la amarga revelación de que a veces la única forma de ser el poli bueno era no ser poli.

Entonces saltaron todas las alarmas. Gente de seguridad apareció de repente para llevarse a los delegados. Por un momento de locura, Havaer pensó que era testigo directo de un golpe a gran escala y que iban a arrestar a todos esos peces gordos. Pero era el propio personal de cada delegación el que se llevaba a sus protegidos correspondientes, porque se había puesto en marcha algo.

«Arquitectos». No se podía imaginar nada más. «Joder, ¿habrán sido capaces de venir aquí Timo y Kit?». Eso le convertiría en el mayor idiota del universo, aunque probablemente sólo por un breve periodo.

Pero no era un Arquitecto, o su indeseable profeta, la *Dios Buitre*. No lo supo hasta más tarde. En ese momento lo único que pasó fue que se le llevaron a rastras sus propios guardias, y toda la reunión quedó aplazada sin mayor ceremonia.

Diljat llevaba horas intentando descubrir lo que pasaba, pero estaban incomunicados, y nadie hablaba. Lo máximo que pudieron deducir, por un par de redes que habían descuidado, fue que había aparecido algo en el sistema y todo el mundo estaba en pie de guerra. «La flota reunificada parteni con pilotos inter», consideró Havaer. Era casi la única cosa que podía pensar que produjera ese nivel de pánico.

Pero la estación se mantenía intacta, nadie parecía estar peleando, y tres horas después volvieron los guardias, así como Emersen.

—Buen truco el que hizo ahí —le dijo con sorna a Havaer, pero él se dio cuenta de que no parecía muy afectada. Simplemente le habría gustado patearle escaleras abajo desde un piso alto, pero la

situación había cambiado—. Sin embargo, su experiencia es necesaria.

—¿Es la *Buitre*? —soltó Havaer—. ¿Han venido?

—No, o todavía no —respondió Emersen—. Sin embargo, acaba de aparecer en nuestra puerta alguien más para explicarnos lo que hay. Y en alguna parte de eso que hay, están hablando de la maldita *Dios Buitre*. Parece que esa mierdecilla de nave de rescate le toca las narices a todo el mundo ahora mismo. Incluso a esas almejas que no tienen narices.

«Oh», comprendió Havaer, con las tripas revueltas. «Los essiel».

Acababan de salir del nospacio junto a Berlenhof. Una nave essiel que parecía como una flor de loto geométrica, del doble del tamaño del orbital de la Casa Ácida, con un anillo de escolta de naves menores. Posiblemente fuera una flota de guerra. Era difícil de decir cuando la tecnología hegemónica era tan infinitamente reconfigurable. Sólo que al parecer —eso fue al menos lo que le contó Emersen a toda prisa en la lanzadera que les llevaba a la gran estación de la Oficina del Servicio Diplomático, que se encontraba a un cuarto de órbita del planeta— era una misión diplomática. Pero los essiel no hacían esas cosas. No era su estilo, según los bien remunerados teóricos cuyo trabajo era escrutar lo inescrutable. Tú eres el que iba a los essiel, ellos nunca venían a ti. Sólo que esta vez lo habían hecho. Un auténtico essiel, uno de los dioses almeja en persona, con su cortejo de una docena de especies distintas, un par de las cuales eran desconocidas hasta ese momento para los xenoantropólogos del Hum. También había humanos. Y uno en particular de poco grato recuerdo.

Su Sabiduría el Portador Sathiel siempre había tenido el aspecto del abuelo favorito de todos, con una gran barba blanca y ojos chispeantes. El uniforme de la secta hegemónica le quedaba bien. Las túnicas de colores púrpura, rojo y oro, el collarín y todos esos signos y símbolos míticos. También era un miserable, como Havaer sabía jodidamente bien. Oh, él aduciría que actuaba por el bien de la humanidad, porque de acuerdo a sus ideas convertirse en siervos obedientes de los formidables essiel sería lo mejor para la humanidad. No había tenido el menor escrúpulo en asesinar a toda la tripulación de una nave y falsear un ataque de los Arquitectos, y

si un Arquitecto de verdad no hubiera llegado poco después, probablemente habría conseguido mucha más notoriedad de la que tenía.

La mierda siempre flota, y aquí estaba Sathiel, en funciones de portavoz de algo que se hacía llamar el Resplandeciente Utir, Profeta y Juez. O por lo menos así era como le llamaba Sathiel. Cómo se llamara a sí mismo sería en resumen un montón de agitación de brazos y pitidos ensordecedores, que luego recogía algo parecido a una sepia hecha de cuero verrugoso. Ésta transmitía el mensaje por medio de mímica a un grupo de pequeñas comadrejas tymeree blindadas, que a su vez zumbaban y parloteaban a una triste criatura emplumada con aspecto de saco que llevaba un delantal hecho de cadenas de metal entrelazadas, que luego le hablaba cuidadosamente a Sathiel en un lenguaje de sílabas cortas y aflautadas, con un montón de matices expresados en ondulaciones de sus cuatro brazos. Después Sathiel se volvía hacia la asamblea de dignatarios de las Colonias, así como al grupo de parteni, y a un embajador castigar que al parecer se había dejado arrastrar por la ocasión, y…

Que haga lo que pueda, fue lo único que Havaer pudo pensar. Su única experiencia con los essiel fue con Aklu, que era algo más directo. Estaban aquel colmenero dorado a través del que hablaba, y al menos daba la sensación de que se podía entender como dos terceras partes de lo que quería decir. Pero esto era diplomacia essiel en toda regla, lo que significaba que cada cual debía decidir qué relación podía existir entre lo que soltaba Sathiel y lo que hubiera dicho el essiel. Los miembros del culto te dirían a la cara que el essiel, al ser inefable y lo más próximo a la divinidad que podría estar ningún ser vivo, siempre se comunicaría de forma que no hubiera confusión posible. Al ver ahora a Sathiel, Havaer estuvo seguro de que el tipo nunca había llegado a tener tanta fe y andaba a tientas cada vez que abría la boca.

—Profeta y Juez ha venido a traer advertencias funestas y reprender a aquéllos que, por acción u omisión, hayan usurpado el sagrado dominio de los divinos essiel —interpretó Sathiel. Havaer vio que el hombre tragaba saliva, con los ojos pasando de su amo alienígena a los otros miembros de la cadena de traducción. Una ola de murmullos recorrió a sus oyentes. Havaer vio a gente que se

encogía para consultar a sus asesores y consejeros, o entrecerraba los ojos para concentrarse en sus comunicadores. Cada experto en la Hegemonía de Berlenhof se debía estar ganando ahora mismo el sustento.

—Esto es por lo de Arc Pallator, ¿verdad? —sugirió a Diljat—. Por lo que activaron ahí. —Él había estado presente, en la nave que había conseguido huir, en lugar de la nave científica Beagle que los hegemónicos habían… ¿aplastado? ¿Cuál sería la palabra? Destrozado completamente, desde luego. Todos habían intentado evacuar a algunos de los sectarios humanos antes de que los Arquitectos hicieran lo suyo en el planeta, y los essiel mostraban tolerancia cero cuando se trataba de su gente. Ése había sido el primer conflicto armado entre representantes oficiales de las Colonias y la Hegemonía essiel, y pareció que daba comienzo a una guerra. Pero no había pasado nada después. Los essiel no habían dado por cerrado el asunto, y de hecho habían dejado claro a través de sus portavoces que seguían mortalmente ofendidos. Pero no se había producido ningún ataque, ningún apresamiento de naves, ni siquiera peticiones de compensación. Hasta ese momento.

—Que se sepa —interrumpió Sathiel, después de escuchar atentamente a la especie de saco emplumado— que vuestras transgresiones no han pasado inadvertidas. Los poderosos os han visto, y los que atraen su mirada terminan abrasados hasta reducirse a polvo. Y ese polvo caerá en el olvido, porque aquéllos que llaman la atención de los señores de la increación no conocerán la piedad ni el descanso.

—Son amenazas, entonces —decidió Diljat, a través del comunicador directamente al oído de Havaer, porque ahora mismo había demasiados murmullos y zumbidos a su alrededor. Sólo la voz amplificada de Sathiel se imponía a ese ruido de fondo.

—Esperemos que llegue un «a no ser que» para que podamos hacer algo y sacárnoslos de encima —dijo Havaer—. Porque en caso contrario estamos jodidos. Los Arquitectos, la *Buitre* y todo eso, y ahora la puta Hegemonía decide que es el momento adecuado para empezar las hostilidades.

—No es que pudiéramos plantarles cara ni en las mejores condiciones posibles —dijo ella.

—Un poco de optimismo. El espíritu de superación humano y

esas cosas.

—Pasé un tiempo con predicciones a largo plazo basadas en todo lo que hemos visto que son capaces de hacer. Desde luego nos podríamos llevar por delante a unos pocos si juntáramos a toda la armada, pero… No es sólo que nos superen en términos tecnológicos. La Hegemonía es grande. Incluye al menos a una docena de especies cuyo desarrollo es similar al nuestro. Y todo funciona. No es torpe ni lento. Lo que nos superaría al final no sería tanto su ciencia como el hecho de que son unos genios de la administración.

—Condenados a muerte por la superior burocracia gastrópoda, genial.

—Vale, sigue con los prejuicios —sugirió Diljat—. Estoy segura de que ninguno de esos delegados de especies desconocidas que hay por ahí tiene superoído o algo así.

—Llega el Profeta —dijo entonces Sathiel— para anunciar la hecatombe sobre Berlenhof. Los incontables hilos de la causalidad han sido… Han pasado por sus brazos y han sido… —Se produjo un silencio incómodo mientras farfullaba un pequeño intercambio de frases con su interlocutor—. Cribados e interpretados. El Juez ha venido para anunciar cómo será el futuro. El deseo irrevocable de la Hegemonía. Hemos hecho sonar la llamada para convocar cosas de las que no se debe hablar. Harán un recuento nefasto de los que hayan ofendido nuestra propiedad. Todas las cosas… —Sathiel estaba sudando, tartamudeaba al continuar con ese juego del teléfono estropeado que podría significar simplemente la sentencia de muerte para el planeta capital de las Colonias—. Todas las cosas deben ponerse al servicio de los deseos de los essiel.

—¿Nos están… anexionando? —preguntó Diljat—. ¿Es lo que acaba de decir ese payaso? ¿Es una declaración formal de conquista o algo así?

—Suena a su tipo de cosa —acordó Havaer, pero había algo que no le terminaba de cuadrar. «Cosas de las que no se debe hablar. Resulta familiar».

Había pensado que habría más. Sathiel obviamente pensaba que habría más. Pero entonces el essiel se quedó allí sentado, con los brazos casi retraídos por completo, los ojos recorriendo con una actitud imperiosa a todos los que ahora posiblemente consideraba

como sus nuevos súbditos.

—¿Entonces nos ponemos ahora las túnicas rojas o qué? —preguntó Havaer.

El anciano se secó la frente con una de las ornamentadas mangas y miró a su alrededor.

—¿Alguna… pregunta? —dijo débilmente.

Había muchas. Havaer miró atrás y adelante un momento, para encontrarse a todo el mundo pidiendo su propia aclaración particular. Vio que Sathiel no iba a trasladar la mayoría a su superior, y cuanto más presionaban al tipo, más se refugiaba en su cargo, su dignidad y sus ropas molonas, diciendo a todo el mundo que los essiel estaban ofendidos y que lo mejor que podrían hacer las Colonias sería en resumen arrastrarse abyectamente para implorar por el perdón.

—Se lo está inventando —decidió Havaer. Le parecía obvio que, por precisa que hubiera sido su primera traducción, el hierograve de la secta ahora estaba haciéndose el interesante, engatusando a todo el mundo con quién sabe qué farsa que tuviera en la cabeza.

Era también igual de evidente que al menos la mitad de los asistentes no se habían dado cuenta de que estaba en puro modo de improvisación, y seguían tomando cada palabra de sus labios paternales como los dictados del todopoderoso dios almeja.

—No lo pillo —dijo—. Jefa, dijo que habían mencionado a la *Buitre*. Por eso me trajo, ¿verdad?

Emersen, a su lado, asintió.

—En la comunicación inicial que enviaron, que puso en marcha todo este circo. —Consultó brevemente una pequeña pizarra de mano—. Decía concretamente que «la transgresión del señor de la carroña y lo que transporta en sus garras». O eso es lo que nos transmitió la secta, al menos. Asumimos que podía referirse a la *Dios Buitre*. Aún más probablemente porque llegó al poco de…

—Creo que lleva razón —dijo Havaer—. Y creo que esto podría no ser lo que todos creen que es.

Emersen y Diljat le miraron con atención. Era deprimente ver que Diljat estaba muy obviamente colocándose en el lado opuesto de la línea divisoria, pero no podía culparla por querer cortar lazos con ese barco a la deriva que era Havaer Mundy.

—Cuando acabe este sinsentido, habrá un montón de gente que

querrá encuentros privados con Su Sabiduría —le dijo Emersen, con aire severo—. Puede que le consiga dos minutos con él antes de que los diplomáticos empiecen a ofrecerle planetas.

No fueron el tipo de dos minutos que habría disfrutado Havaer, en los que habría agarrado a Su Sabiduría el Portador del cuello y habría apretado hasta que soltara la verdad. Había asistentes hegemónicos de distintos tamaños y formas, y los pequeños tymeree con seguridad llevaban armas debajo de los trajes. Nunca se quedaban quietos, trotando por la sala con sus seis piernas, y ocasionalmente investigando las sandalias de Havaer como posibles perros incontinentes. Sathiel parecía… exhausto, la verdad. Hacía cuanto podía por esconderlo, pero los síntomas estaban por todas partes. Apostaría a que nadie le había informado de nada antes de la conferencia. Sólo le soltaron ahí y esperaron a que tradujera lo que fuera saliendo. Tampoco el Resplandeciente Utir se detuvo en ningún momento para repetir su mensaje más despacio. Todo lo que decía un essiel eran declaraciones divinas infalibles, y una vez dichas, así quedaban para las eras sucesivas.

—Le recuerdo, *menheer* Mundy. —Sathiel no parecía entusiasmado—. En Huei-Cavor. Era un notipista.

—Tiene buena memoria, hierograve. —Havaer había ido solo, aunque por supuesto todo se le transmitía a Emersen. Sólo estaba él, delgado, anguloso, con la vestimenta oscura informal de oficina que nunca le quedaba bien—. Recuerdo cómo simuló entonces el naufragio de la *Oumaru*, para que todos nos lanzáramos presa del pánico a los brazos de sus amos. Estamos en la siguiente fase, ¿verdad?

Sathiel le dirigió una mirada disgustada.

—El Hum recoge lo que siembra, *menheer*.

—¿Dónde encaja la *Buitre*, hierograve? —Havaer habría disfrutado haciendo sudar más al hombre, romperle, pero se había formado una ordenada fila de diplomáticos y no tenía tiempo—. Dejó eso fuera de su discurso. Los señores de la carroña y lo que transportan, ¿verdad?

Sathiel se lamió los labios.

—Una referencia oblicua. No parecía… consistente con el mensaje.

Havaer pestañeó.

—Lo retoca. Cuando traduce.

—Es una forma de arte, no una ciencia, el convertir las palabras de una divinidad para las masas —le dijo el anciano, sacando a relucir su dignidad—. No es cosa suya…

—La *Dios Buitre*, hierograve. —Havaer dio un paso hacia él y los tymeree sacudieron inquietos sus armaduras—. ¿Qué dijeron sobre ella?

—Un ajuste de cuentas —dijo Sathiel—. Profeta y Juez prevé un gran ajuste de cuentas con todos aquéllos que hayan transgredido los designios de los poderosos. —Se encogió de hombros, jugando por un momento a ser sólo la persona y no el cargo—. Si fue Arc Pallator lo que impulsó a los essiel a dictar sentencia contra la humanidad, entonces la *Dios Buitre* está incluida. Se llevaron un par de lanzaderas, si no recuerdo mal. Quizá el Resplandeciente Utir no quiere más que tener a todos los acusados presentes antes de que comience el juicio.

Luego llegó el momento del carnaval diplomático, y Havaer retrocedió para presentarse ante su jefa como si todavía tuviera un trabajo. Lo que podría ser verdad.

—Es usted una carga —le dijo Emersen con amargura—. En cualquier otra circunstancia estaría bajo arresto domiciliario como mínimo hasta que decidiéramos cómo tratarle. Sin embargo, ahora mismo es también nuestro contacto con esa nave de rescate de mierda en la que todo el mundo está tan interesado. —Parecía como si hubiera pasado por otra serie de reuniones con peces gordos del Hum mientras Havaer interrogaba al hierograve.

—¿Han llegado a una decisión, entonces?

Ella le dirigió una mirada que inequívocamente significaba que hubiera querido matarle.

—Sin duda estará encantado de escuchar que, cuando le pegó a su carrera un tiro en el pie, mi opción favorita para tratar con la *Dios Buitre* era la de considerarles un daño colateral. Pero se ha organizado una cadena de suministros. Cuando la *Buitre* llegue al siguiente punto de reunión previsto, no se encontrará con la armada. Se encontrará con usted. Ha sido nombrado enviado especial ante Timo y Kittering como premio a sus pecados, agente Mundy. Manténgales en movimiento y lejos de cualquiera. Y quiero

decir «cualquiera», porque si no podemos hacernos con ellos, tan seguro como el infierno que no queremos que les atrapen los hegemónicos.

29

Kris

No iban a pararlo todo sólo porque lo dijera ella. No era como si la situación del Ojo dependiera de un proceso legal. Sin embargo, con bastante presión y su más encantadora sonrisa, fue capaz de mover la rotación de turnos de forma que aunque algunos de los inters siguieron deshaciendo la guardería de los Arquitectos, aquéllos cuya opinión importaba se reunieron a escucharla.

Idris se sentó al fondo en el exoesqueleto médico que Jaine le había montado: una cama móvil con seis patas decorada con monitores de seguimiento e impresoras de drogas. Todavía parecía terriblemente joven, consumido, casi traslúcido. La miraba con intensidad, y mantenía comunicación directa con el oído de Kris por si necesitaba hacerle indicaciones. Aunque ella se hubiera empeñado en hacer un resumen propio, y preparado sus propios materiales. No era el tipo de foro en el que solía ejercer sus habilidades, pero ahora era una espacial: te ocupabas de aquello que te tocara.

—Podría empezar con el tradicional «como sabéis» —dijo a su impaciente público—. Pero como Olli puede volver a sumergirse en el nospacio en cualquier momento, daré por hecho que todos habéis leído lo que os envié y sabéis lo que quiere Idris. —Lo primero casi con certeza era falso, pero lo segundo sería seguramente cierto porque, antes de su inmersión en solitario, Idris no había dejado de hablar del tema. Y las expresiones que vio en respuesta no eran favorables. El Doc Shin y Jaine parecían al menos neutrales, mientras que Andecka y el puñado de inters presentes parecían más interesados en descansar o volver al tajo. En cuanto al resto, ni siquiera tenían caras, pero Kris sabía que querían seguir adelante con la función. Incluyendo al grupo de colmeneros que no estaban

de servicio, y que no se habían apagado para evitar los efectos nocivos de las continuas entradas y salidas de la realidad; el heraldo Ash; Ahab. Sobre todo Ahab. Enorme, protagonista de la sala donde estaban reunidos no sólo por su corpachón maltrecho, sino también por la firmeza de su propósito. Ahab, que quería destruir a los Arquitectos por la muy razonable razón de que habían aniquilado a su civilización para convertir a los naeromathi en la plaga de langostas que todo el mundo les consideraba.

«Como sabéis…». Se había limitado a rellenar una declaración que le había dictado Idris, o más bien lo que había quedado después de que eliminara todas las repeticiones y disgresiones. Una exposición concisa y clara, tan ordenada como la mejor que hubiera escrito jamás. No es que ninguno de esos cabrones la hubiera hojeado siquiera antes. La mayoría de ellos probablemente le estuvieran echando un primer vistazo en ese mismo momento.

—Muy bien. De acuerdo. —Con una vaga sensación de derrota, se saltó todas sus excelentes introducciones legales, que en realidad buscaban siempre más que nada darle margen para controlar los nervios—. No voy a discutir desde el ángulo de «los genocidios son malos» porque al parecer ahora no basta con esa idea. Ya sabéis lo que mi cli… lo que Idris tiene que decir al respecto. No os va a hacer cambiar de opinión. Queréis neutralizar a los Arquitectos, porque lo consideráis como un genocidio para prevenir otro genocidio. Vale. No, tranquilo, Idris. —Por su canal, aunque al suficiente volumen para que los de oído más fino la escucharan—. Sé lo que hago. Sigo: Idris ha encontrado a las cosas que dan las órdenes de ataque a los Arquitectos.

—Eso es lo que él dice —la interrumpió Shinandri dubitativo. Ésa era otra diferencia: en un tribunal legítimo no habría ese tipo de interrupciones. Pero ella continuó.

—¿Quién de los presentes puede negar que sea cierto? —pidió —. ¿Quién está en mejor disposición para saber lo que pasa aquí? Quiero decir, en resumen, que sólo hay alguien más y ha estado muy callado. —Miró hacia Ash, el ser alienígena que había avisado a la Tierra sobre los Arquitectos un siglo atrás—. Idris dice que sabes que lleva razón. ¿Vas a confirmarlo? —«Tampoco hay ningún juez que me impida acosar a los testigos».

Todas las miradas se volvieron a Ash, y el alienígena se mantuvo

indescifrable por un momento, desprovisto de su simulación de humanidad. Luego suspiró: algo de lo que no tenía ninguna necesidad biológica.

—Coincido con los hallazgos de *menheer* Telemmier —declaró—. No coincido en que debamos dedicar recursos para atacarles. He visto lo que dice Idris. Existen en el corazón del universo. Podemos asaltar a los Arquitectos. Lo hemos probado. ¿Cómo podemos pensar siquiera en desafiar a las entidades que les dirigen? Vamos a sumar las victorias que nos sean posibles.

La idea pareció conseguir muchos apoyos, por la forma en que muchas cabezas asintieron al escucharle, pero también era el rumbo que había adivinado que tomarían las alegaciones en su contra.

—La gente habría dicho exactamente eso mismo sobre ir contra los Arquitectos. «¿Cómo podéis ni siquiera pensarlo?». Y aquí estamos. Y en ello. Porque un montón de gente preparó un montón de elaborados planes e hizo una tonelada de investigaciones y experimentos. No voy a considerar que esta aventura no sea más que el acto de fe de algunos inconformistas. Idris nos pide que hagamos un nuevo acto de fe, lo sé. Pero pensad en lo que acabáis de escuchar. Las entidades que dirigen a los Arquitectos, en el corazón del universo. Idris dice que fueron quienes hicieron los pasajes. Construyeron este mismo lugar en que nos encontramos, y todos los lugares originarios ahora en ruinas. En una época previa a los registros de cualquier especie conocida, hicieron algo al universo, alguna maldita cosa, lo cosieron para que evolucionara de una determinada manera. —No podía entender realmente a qué se refería Idris con esto, y probablemente tampoco fuera relevante para su propósito—. Tienen un plan, es increíblemente importante para ellos, pero nosotros lo impedimos. Sólo por vivir en esos mundos y pensar. Eso es lo que dice Idris. El pensamiento influye en el nospacio… Debe hacerlo, o si no los inters no podrían hacer lo que hacen. E incluso los pensamientos normales de los demás, la gente no inter que vivimos por ahí, deforman tanto las cosas que desbaratan los cálculos de estos amos de los Arquitectos. Necesitan que todo sea preciso, y nosotros los humanos, hanni, naeromathi y el resto, sólo por estar en la realidad, usando nuestras mentes, provocamos algo que no pueden soportar. Así que han estado exterminando a la vida pensante, una especie tras otra. Lo que

hicieron con tu gente, Ash. Lo que hicieron con los naeromathi. Lo han hecho con incontables especies a las que jamás conocimos ni conoceremos. Sólo sabemos de su existencia porque los Arquitectos los recuerdan de algún modo, y roban sus formas para usarlas en los títeres que envían cuando necesitan una solución sobre el terreno para algo. Razones de más para matar a los Arquitectos, diréis. Bueno, escuchad. Habéis visto hasta dónde se han esforzado esos amos para hacernos desaparecer. Y no es que los Arquitectos estén a su alrededor como una secta essiel, desesperada de cumplir sus deseos. Se describen a sí mismos como esclavos; eso es lo que Idris averiguó en Berlenhof. Y habéis visto que ya hay partes de su criadero destruidas, de formas que no podemos replicar. Simplemente… cauterizadas, según las describe Idris. Cree que son de ocasiones en que los amos han castigados a sus esclavos por no hacer lo que les pedían. Probablemente haya alguna parte de ese nido achicharrada como castigo por aquél que se negó a destruir Berlenhof. O por Lux Lejana, la primera vez que Idris y los otros inters establecieron contacto. Cuando los Arquitectos se enfrentaron a las masacres que les habían enviado a cometer y… ¿se rebelaron? Puede que ésa sea la razón por la que no les vimos durante algún tiempo. Se revolvieron contra el yugo de sus amos, prefirieron que áreas completas de su criadero quedaran destruidas antes que seguir siendo los monstruos que vemos.

«O puede que estuvieran asesinando alegremente a alguna otra especie que no tuviera inters que les dieran cargo de conciencia. Pero no tiene sentido que haga el trabajo de la parte contraria».

—Esto es —continuó—. Bien. Podemos quitarles a los amos sus juguetes. Pero ésa no es la cuestión para ellos. Lo somos nosotros. Nosotros somos el problema. Sea lo que sea que quieren del universo, somos la china en su zapato. ¿Cómo puede ser eso? Idris ha visto a través del centro del universo, y ha descubierto que lo que hacemos tiene verdadera relevancia. No lo que hace ningún individuo, ni siquiera una sola especie sapiente, sino todos juntos. La vida pensante. Importamos porque nos interponemos en su camino. Si eliminamos a los Arquitectos no cambiará nada. Sólo que tendrán que utilizar otros medios. Alguna otra forma de reequilibrar el universo y ponernos en nuestro lugar, puede que con algún medio que les resulte más costoso, o que requiera hacer más

limpieza después. Como las hormigas, ¿verdad? Muchos planetas tienen problemas con las hormigas, esas colonias de insectos terrestres. —Se dio cuenta de repente de que los colmeneros podrían encontrar la comparación ofensiva, pero ya se había lanzado con ella—. En un momento dado, si las hormigas se han desperdigado por todo tu orbital, tu nave o lo que sea, tienes que tomar medidas drásticas que preferirías evitar. Es preferible utilizar algún tipo de control biológico, que resulta menos eficiente pero no te obliga a vaciar la nave durante diez días mientras la fumigan. Pero si no detienes a las hormigas, si matan a tus hongos, a tus avispas o lo que sea, será lo que te verás obligado a hacer. Y estos amos… No apostaríamos mucho a que los Arquitectos sean la única arma que lleven en el cinturón, ¿verdad?

Los miró y se dio cuenta de dónde había causado efecto y dónde debía seguir trabajando. Sobre todo con Ash y Ahab, los líderes del grupo, cuyas reacciones no podía interpretar en absoluto.

—Y hay más, ¿verdad? —siguió, para llegar a su vez a la última arma de que disponía—. Creo que algunos de vosotros no vais detrás de justicia, o de salvar vidas. Creo que la venganza es una gran motivación. —Miró directamente a Ahab, a sabiendas de que nunca podría entrar realmente en la mente de la criatura, pero podía atribuirle motivaciones humanas y acercarse lo bastante—. ¿Venganza contra quién? ¿Los Arquitectos? Es como querer vengarse de una bala. O de la pistola. Lo que quiere Idris es enfrentarse a los cabrones que siguen apretando el gatillo contra nosotros. No sabe qué conseguiremos contra ellos, desde luego, como ha dicho Ash, pero quiere probar. Ver si hay una grieta por la que pueda colar también su mente de inter. Incluso si le mata. —Quería dejarlo claro, y asegurarse de que Idris también lo escuchaba—. Aparte de lo que dice, también tenemos sus informes médicos. No son invención suya. Se está poniendo en riesgo por lo que cree que es correcto. Y si encuentra un medio, ahí estará la venganza. Dadle una de las Máquinas para que continúe, dadle una oportunidad. Porque si hay alguna de que llegue hasta los amos, les ralentice, les disuada o les hiera de cualquier forma, será una victoria mucho mayor que exterminar a los Arquitectos. ¿No os parece?

Ante el silencio que siguió a sus palabras, tuvo un cierto temor

de haber seguido hablando mientras Olli y Kit se habían sumergido de repente en el nospacio y la habían dejado parloteando a solas. Todavía temía que desaparecieran antes de que nadie pudiera dar una opinión. Miraba a Ahab, en particular. Ahab, cuyo trabajo incesante fue el directo responsable de la idea de dirigir el Ojo contra los Arquitectos e hizo posible todo lo demás.

El naeromath se adelantó sobre sus patas mecánicas, con la cabeza llena de prótesis y cicatrices moviéndose muy cerca de ella, más allá de ella, pesada como parte de una enorme maquinaria de construcción. No tenía la menor idea de lo que estaría pensando.

Pero luego su traductor dijo «sí». No en uno de sus habituales gritos exuberantes. Una sílaba meditada, fruto por primera vez de cierta reflexión. Como si el verdadero Ahab, el aventurero genial que había descubierto el Ojo y comprendió su potencial, hubiera quedado a la vista por un momento. Y aunque Ash se había retraído y no parecía nada convencido, supo que se había ganado a la reunión.

Idris

Hubo discusiones después. Demasiadas discusiones, de las que se quedó fuera casi siempre. Tenía que mantener la fe en Kris como su representante oficial. Querían hablar sobre él sin su presencia y no tenía fuerzas para oponerse. Pero, al final, Kris dibujaba una media sonrisa cuando volvió junto a su cama.

—Podremos hacerlo —le dijo—. Con condiciones.

—Por supuesto que hay condiciones —respondió Idris—. Nadie confía en mí.

—No empieces a ponerte paranoico o quejica —le pidió Kris—. En lo que nadie confía es en tu constitución física. Ni siquiera enchufado a toda esa chatarra. Cuando te secuestraron en ese horrible planeta en el que estaba el Ojo, en resumen, te sumergías con un piloto, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No!

—Explorabas el nospacio, pero Doc Shin era una especie de… Estaba contigo. Aunque no sea un inter. ¿O no llevo razón?

—Oh, vale —admitió Idris cansadamente—. Supongo que sí.

—Pues eso es lo que quieren. Alguien que vaya contigo. Y Jaine

va a interconectarte… Corazón con corazón, pulmones con pulmones. En resumen, tus sistemas autónomos van a acompasarse con los de alguien más, con lo que cuando los tuyos fallen inevitablemente, seguirán en marcha. Esto no requiere que te acompañen en el descenso, pero… pero creo que será preferible. Que no estés solo.

—Trabajo mejor solo. —Idris intentó crispar los puños pero sólo consiguió un resultado decente con la mano artificial.

—No es verdad —repuso Kris—. Quiero decir, hablé por ti un par de horas, pero aparte de eso… Te conozco, Idris. Necesitas gente. Incluso con la que puedas estar solo. Quieres hacer este tipo de cosa a solas nada más que porque te asusta que nadie te vea jodido o perdiendo la chaveta. Que piensen que no pueden confiar en ti. Dime si me equivoco.

—Te equivocas.

—Vale. Ahora dime que me equivoco al pensar que me estás mintiendo.

Idris la miró combativo.

—Yo… —Él notó cómo la voz de Kris se quebraba. Ella se mordió el labio y simplemente le miró hasta que Idris le puso una mano en un brazo. La de metal, porque la de carne no habría conseguido adecuadamente el efecto que buscaba.

—No quiero que estés solo ahí abajo —dijo Kris al fin.

—No creo que pueda soportar las risitas del Doc Shin durante tanto tiempo, la verdad.

—Por eso será Solaz.

Él comprendió que hubiera preferido ser ella misma, como su socia, su amiga, pero no había conseguido reunir el valor suficiente. El abismo, la sola idea de afrontarlo, la había derrotado. Pero, como su representante, había cumplido con su deber. Había buscado a alguien a quien sabía que Idris le importaba tanto como a ella, que era fuerte, y que se atrevería con todo.

—Vale. —Lo hizo sonar tan a regañadientes como le fue posible, pero en su interior se sentía secreta y miserablemente agradecido de que aquí, al final de cuanto existía, tuviera gente como ellas para protegerle.

—Mirmidón ejecutora Solaz, Sororidad de la Espada Celestial, División Basilisco —dijo Solaz, cuando su cama le llevó hasta la sala

de las Máquinas—. Lista para el servicio. —No estaba, como él medio había esperado, equipada por completo, con el Señor Agujeros en los brazos. En su lugar llevaba el mono ceñido de manga larga que acostumbraban a usar debajo del blindaje, con una casaca de combate colonial encima y los dos puños subidos hasta medio brazo, listos para que le colocaran los sensores médicos.

El doctor Shinandri trabajaba a su alrededor, y junto a Jaine trasfirieron a Idris a la Máquina asignada con el mínimo de complicaciones. Ya había otros dos inters conectados y ocupados en el ataque a la guarida de los Arquitectos, porque Kris y él no habían conseguido que de hecho se parara, sino sólo que le facilitaran los recursos necesarios para hacer un intento por su parte. El tiempo era clave.

—Sé a lo que te refieres… Quiero decir, gracias por… —Seguían a su alrededor para poner todo a punto. Le daban una buena excusa para no terminar las frases—. No sé cómo va a acabar todo esto.

Solaz estaba tumbada a su lado, muy tranquila.

—Pero ya lo has hecho antes, ¿verdad?

—¿El qué? No.

—Doc Shin dijo que había salido contigo.

Con una sensación deprimente, se dio cuenta de que la tranquilidad de Solaz era en realidad fe en él, y eso era terrible.

—No, eso fue cuando el Ojo seguía en la realidad. Cuando nada más que estábamos… mirando a través del agua. No sumergidos profundamente en ella. Ni siquiera sé si esto funcionará. Y no sé realmente lo que pasará cuando la *Buitre* vuelva a caer. Probablemente no nos volveremos a conectar. Pero gracias, de todas formas. Es estupendo por tu parte.

—No te perderé.

—No funciona así. Es… física suprauniversal. No creo que el simple deseo humano le cause mucha mella.

—Bueno, quería hablar sobre eso —dijo Solaz mirando estoicamente hacia el techo inclinado de piedra negra—. Los amos de los Arquitectos, sí.

—Ajá.

—A los que vas a meterles un dedo en el ojo.

—Sí.

—¿No te parece que también quieres usar el simple deseo

humano contra todo el universo? —presionó Solaz, con la voz todavía admirablemente serena—. Quiero decir, son los que construyeron los pasajes, y a los Arquitectos, y… a la cosa, la Presencia. Eso les convierte en una especie de dioses, ¿no te parece?

Idris cerró los ojos, sintiendo cómo le colocaban una combinación de tubos y agujas para reemplazar los de uso simplemente médico que le quitaban.

—No sé lo que hicieron —dijo. Y luego añadió—: De hecho, no creo que lo hicieran. No les crearon. Pienso que… el nospacio tiene su ecología. Es como… un mar abierto.

—Crecí en una nave espacial. Asume que no sé lo que es eso.

—Bueno, la mayoría también crecimos en naves. Pero tenemos gente que ha crecido en entornos acuáticos, en mundos oceánicos, y que vive en barcos. ¿Sabes? Cuando era pequeño soñaba con ser pescador en alguna colonia junto a un océano, en algún planeta. Los océanos son desiertos. Hay vida pero está alejada y dispersa. Los Arquitectos son vida nospacial, con sus propio pequeños arrecifes de coral. Puede que existan otros ecosistemas de Arquitectos, pero yo únicamente encontré éste cuando usaba el Ojo. Y creo que también hay otras formas de vida. Más pequeña, muy dispersa, que no interactúa con nosotros en absoluto, y por eso ni la hemos percibido. El nospacio está vivo.

—Una idea muy alegre.

Estaba siendo sarcástica, pero él no lo era cuando continuó.

—Es vida. Preciosa vida. Y no creo que la hicieran ellos. Tampoco me parece que crearan la Presencia. Sólo usaron lo que encontraron. Convirtieron a los Arquitectos en sus herramientas en el universo más amplio, el real, y a la Presencia como perro guardián, y construyeron sus casitas a su sombra. Y apostaría a que ni siquiera se ensuciaron las manos con los pasajes o los lugares originarios del universo real. Los Arquitectos los construyeron, o quizá otros esclavos con los que no nos topamos nunca, que tal vez ya ni existan. Así que puede que sean lo bastante fuertes para quemar nuestros cerebros o aplastarnos como insectos. Pero no tiene por qué ser así. Y eso significa que tengo que intentarlo. Ir a gritarles. Intentar razonar. Hacer algo.

—Pero todo el argumento de Kris se basaba en la idea de que ellos odian realmente, pero de verdad, lo que nosotros hacemos. Y

necesitan que dejemos de pensar —recordó ella—. No parece que gritar o razonar pueda llevarte a ningún lado.

—No es un buen plan. Pero es que es el único que tengo.

Ella se estiró hacia él, más allá del borde de su propio lugar en la Máquina. Hacia la mano de metal, que era la que tenía más cerca tal y como estaban colocados. Pero cayeron de la burbuja y se sumergieron completamente en el nospacio antes de que pudiera tocarle.

Por un momento no funcionó, e Idris se preguntó por qué habría llegado a pensar que lo haría. Nada de Solaz, sólo Idris, cayendo en ese abismo familiar. Y, aunque nada fuera real ahí afuera, ni siquiera sentía la ilusión de otro cuerpo junto al suyo. Jaine estaba en su oído, en su verdadero oído allá en el Ojo, y él se escuchó a sí mismo informando tranquilamente de que había perdido a Solaz y tenían que llevarla de vuelta. Había sido una idea estupenda, pero tendría que hacerlo solo.

Luego notó el tacto de su mano. En esa mano que de hecho ya no tenía, la que había ardido sobre Infierno de Criccieth. Un apretón firme. «Estoy aquí».

—Contacto —informó mientras caía cada vez más deprisa hacia los abismos—. ¿Podéis ponérmela en comunicación directa por aquí? —Seguía sin sentirse acompañado por otra persona, salvo por ese toque fantasmagórico.

Luego le llegó la voz de Solaz, débil y entre crujidos de estática, como si estuviera a medio sistema solar de distancia, con la señal frita por la radiación y a través de un equipo en mal estado.

—Idris…

—¿Cómo estás? —Pero eso no era lo que necesitaba preguntarla—. ¿Qué te parece? ¿Qué es lo que ves?

—Vacío. Como el espacio, pero sin estrellas. Luz sin estrellas. Puedo sentir tu mano. No te dejaré ir.

Él había estado a punto de decir lo mismo, pero se daba cuenta de que el apretón de Solaz siempre sería más fuerte que el suyo propio.

Si se concentraba, todavía podía sentir también los fantasmas de Jaine y los demás, arriba en el Ojo. Incluso percibía, aunque fuera débilmente, las sombras de los demás inters mientras continuaban con su brutal tarea. Pero esto era diferente. Era un nivel totalmente

distinto de no estar solo.

Y luego llegó la Presencia. Estaba furiosa y quería que su presa estuviera sola. Le gustaba cuando se la encontraba aislada y temerosa. Esto de venir acompañado no estaba permitido. Tenían su absoluta atención, al punto de que todos los demás pilotos del nospacio del universo quizá en ese momento sintieran un leve alivio de su omnipresente temor.

—Oh… —escuchó decir a Solaz, y supo que sentía lo mismo. El leviatán se había alzado de las profundidades, el kraken había despertado. Como si el abismo que tenían debajo fuera súbitamente algo, no una ausencia. Era una Presencia. Su mente ayudaba, llenándola de dientes y tentáculos.

—Idris… —La voz de Solaz se redujo a un chirrido. La soldado frente a un enemigo demasiado vasto para poder derrotarlo en cualquier guerra—. Idris, es… es…

Se concentró en esa mano aferrada, ese tenue contacto humano.

—Solaz, estoy aquí.

Ella sólo le devolvió unos jadeos entrecortados. Sus pulmones, su corazón, que se suponía que eran su respaldo, se encaminaban a la sobrecarga y al apagón. Demasiado. Tanto terror.

—Solaz, sigue conmigo.

Más y más rápido. Su pánico infectaba a Idris.

—¡Mirmidón ejecutora Solaz, *prête à combattre*! —le espetó. La pronunciación fue totalmente incorrecta, pero de algún modo transmitió a las palabras toda esa firmeza que el Partenón era capaz de reunir siempre.

Hubo una pausa antes de su respuesta.

—*Prête, madre* —El apretón fantasmagórico ganó en intensidad, o puede que eso nada más que ocurriera en la cabeza de Idris. Aunque «sólo en su cabeza» significaba algo distinto allí abajo.

Entonces les hizo avanzar. Idris no era un gran guía para las profundidades. No era un cangrejo con una concha reforzada, ni una gigantesca silueta de calamar que dibujara su sombra en el océano. Siempre un tipo pequeño, con sus hombros hundidos para que las peticiones de los demás resbalaran por ellos hasta caer. Si era algo, en este territorio bentónico, era una anguila. Escurridizo, flexible. Cuando la Presencia vino a por él, más rápida que nunca antes, se escabulló a un lado. «No, yo no, yo sólo soy Idris. No

puedo ser importante. Sigue tu camino». Sintió un desplazamiento del espacio a su alrededor, totalmente imaginario. La Presencia llenaba el agua con su búsqueda, intentando encontrarle y exterminarle, cada vez más furiosa por esta intrusión duplicada. Pero Idris nunca estaba donde le buscaba. La anguila en que se había convertido encontraba hueco tras hueco en la red en la que quería capturarle, y se escurría por ellos. Una y otra vez hasta liberarse, llevándose a Solaz consigo. Le siguió gracias al apretón de su mano, en un último giro de anguila con el que volvió a escapar.

Luego la *Buitre* cayó al nospacio una vez más y entonces sí estuvo completamente solo. Por un momento le afectó la pérdida de ese ancla, y la Presencia casi se hizo con él. Idris se tambaleó, se sacudió, fuera de control. Era un ataque de pánico, pero toda su vida había vivido con pánico. Desde su infancia cambiando de una a otra nave, huyendo de los Arquitectos, escuchando historias sobre gente que vivía en planetas y se dedicaba a actividades como la de ser pescador, que le parecían menos reales que los dragones o los magos. Sumido en el terror a cada instante de su paso por el Programa de Intermediarios ante lo que le podrían estar haciendo, en lo que se convertiría, viendo a todos los demás que no superaban el proceso. El pánico en la guerra, pues, ¿qué fue ese periodo más que la totalidad de la esfera humana aterrada frente a un enemigo al que no se podía combatir? Y el miedo no desapareció después. Una vida a la sombra de lo que se había convertido, huyendo de toda la gente que quería convertirle en algo aún peor. Esclavizarle. Que colaborara en la producción de más víctimas destrozadas. Así que su pánico no era otra cosa que ruido de fondo para Idris. Vivía con él, rodeando el perímetro de la Presencia y sintiendo su rabia y su furia. Manifestaciones de la mente simple y brutal que existía en su interior. Se seguía diciendo a sí mismo que era parte del ecosistema. El depredador en la cúspide del nospacio. Perro malo, no hay chuche.

Deslizándose más allá del flanco ondulante de la criatura, se acercó al punto singular, pero ella aún pugnaba por capturarle. Por llevar la apabullante consciencia de su naturaleza hasta la mente de Idris, para que él respondiera dejándose arrastrar a un estado catatónico antes que afrontarla. Pero a él se le daba bien no afrontar las cosas. Llevaba toda la vida practicando.

Perdió el sentido del tiempo. El camino hasta el corazón de todo era largo. En algún momento sintió que la *Buitre* volvía a emerger, quién podía saber dónde, y para su infinito alivio la mano de Solaz volvió a apretar la suya. Para su infinito alivio él estaba allí para que ella le agarrara, y no sólo una ausencia, como los inters que ya habían perdido. Estaban allí los dos, juntos todavía. Sin palabras, sólo ese contacto humano. Algo que había intentado evitar la mayor parte de su vida. Pero siempre había sido distinto con Solaz. Solaz, Kris, un pequeño puñado de gente a través de la que se mantenía vinculado a la humanidad, sin los que…

«Oh, me habría perdido en el vacío para siempre».

—Idris. —Su voz era más débil, más lejana, pero aún mantenía el agarrón. No se podía imaginar lo que ella veía y sentía, lo que se formaba dentro de su cerebro para dar sentido a todo ese espacio negativo que le rodeaba, y el horror que lo componía.

—Va a ir a peor —avisó. Habría sido estupendo poder añadir «antes de mejorar», pero se trataría de publicidad engañosa.

Aceleraban. Concluyó que no tenían más opciones que seguir así: era intrínseco al hecho de acercarse a ese centro de todo. Un instante de maravilla. Un abismo enorme, sí, pero comparado con el universo físico, qué pequeño era el nospacio.

Aunque lo bastante grande para perderse en él, y también para que cupiera en él el monstruo que era todo su mundo en ese momento.

Idris alzó la vista hacia su enemigo, que lanzaba manotazos furiosos a su alrededor para encontrarle.

Caían cada vez más lejos de la Presencia.

Las direcciones no tenían allí su significado habitual, pero Idris miró hacia abajo.

—Sujétate —le dijo a Solaz—. Impacto en…

Su agarrón se volvió a intensificar. Si hubiera aferrado así su mano de carne y hueso, le habría producido una agonía de dolor. Ser un amputado tenía algunos beneficios inesperados.

Se abrieron paso.

Lo que había allí no era nada a lo que la mente humana pudiera darle un sentido. No había dimensiones. Era un único punto pero estaba habitado, o al menos compartido. Porque ellos estaban allí

presentes, los señores en el corazón del universo. Y también el cerebro de Idris construyó allí un mundo, sólo para poder tener donde reunirse con ellos. Un mundo pequeño, limitado, claustrofóbico. Había vivido la mayor parte de su vida en naves tan pequeñas como la *Dios Buitre*, así que no le suponía una gran privación. Era un mundo terrible, antitético para la vida humana, pero también lo habían sido Infierno de Criccieth o Arc Pallator; el universo estaba lleno de lugares a los que la gente no debería ir pero de todas formas iba. Un mundo que se encontraba exactamente a medio camino entre una eterna estasis y una infinita entropía. Pero él no envejecía y no podía dormir, así que le resultaba parecido a su propia vida.

Lo vio como una ruina. Con algo de los originarios, porque había vivido entre esos restos un tiempo, aunque con una arquitectura de corte más humano. Con piedras caídas, cubiertas de liquen, monolitos derrumbados, las paredes dentadas de muros semiderruidos. Un lugar muerto pero a la vez habitado. Y, si miraba hacia arriba…

Se quedó sin aliento. No es que los pulmones tomaran aire allí. Ni que sus pulmones de verdad, allí donde demonios estuvieran, fueran capaces de respirar, o actuar de ningún modo más que siguiendo las órdenes del cuerpo de Solaz. Y aun así, en su cabeza, se quedó sin aliento.

Vio el universo. Entero. Encima de él como el firmamento nocturno. Una constelación de complejidad inconcebible, y pese a ello allí donde mirara, podía distinguir en detalle todas las pequeñas partes de que se componía. Estrellas, planetas, gente, átomos, como si entre él y la totalidad de las cosas existiera una lente de aumento ajustable, de potencia infinita. Mirar hacia el nospacio a través del Ojo no era absolutamente nada en comparación con este telescopio apuntado en dirección opuesta. Le hizo sentir, por un momento, como un dios. No omnipotente. Al fin y al cabo él era Idris Telemmier, de escaso potencial la mayor parte del tiempo, así que mejor olvidar exageraciones. Aunque quizá sí omnisciente. Mirando hacia arriba al universo desde el lado contrario. Y tuvo la sensación de que el tiempo podía transcurrir tan deprisa o despacio como él quisiera. Podría dejar que pasaran un millón de años o ralentizarlo de forma que todo movimiento

quedara anulado. Y no es que se hubiera convertido en un superhombre. Simplemente era consecuencia de que estuviera allí. En el corazón de todas las cosas.

Al fin, pensó que lo entendía. Cómo funcionaba todo.

—Idris. —El más débil de los susurros, y la mano de ella casi desapareció de la suya. La buscó a tientas, extendiendo un miembro irreal, que no era ni la prótesis ni la extremidad que había perdido, tampoco el brazo que sentía tener ahora, sino algo totalmente distinto. Lo extendió, arañando el vacío. Las puntas de los dedos se tocaron, se entrelazaron, y luego la tuvo.

—Idris, no puedo ver. No puedo sentir. Sólo a ti y… nada.

—Es que no hay nada —dijo él, bajito, porque alzar aquí la voz le parecía un sacrilegio. Como si el hablar más alto pudiera desencadenar un eco en ese universo que llegara a sacar planetas de sus órbitas—. Pero tu mente puede hacer algo por ti. Sólo tienes que dejarla ir.

—No sé cómo hacer algo así. —La voz de Solaz sonaba como si estuviera ejerciendo todo su autocontrol—. Sólo… sigue sujetándome. Intento llegar hasta ti. Intento venir contigo.

—Estoy aquí —prometió él. Pero en ese momento ella no lo estaba. Se encontraba solo.

O, como en el nospacio, no del todo. Se giró y les vio.

Habría esperado encontrarse esqueletos, la verdad. Cosas muertas animadas a partir de un molde humano, acordes a este paisaje humano yermo. Quizá mantuvieran algún tipo de antigua identidad que querían imponerle. Preferían ser vistos de una cierta forma, mientras su mente elegía otras direcciones, con lo que el resultado era una mezcla de todo.

Estaban encorvados sobre las piedras y monumentos con que había llenado el lugar. Posados como pájaros. Llevaban unas raídas ropas oscuras, que arrastraban mantos de noche. El resplandor de unas coronas adornaba sus cabezas con espinas, como si le informaran de que eran señores, reyes y dueños de un enorme territorio que incluía todo lo que hubiera llegado a existir. Le daba la sensación de que sus cabezas bajo esas coronas eran como cráneos pelados de aves, con enormes cuencas vacías y picos rapaces. Imágenes de un poder imperial que el tiempo hubiera llevado a la ruina, pero conservando su dominio.

Se habían hecho a sí mismos de mayor tamaño y se cernían sobre él, extendiendo capas como alas que eran formidables muestras de su poder aniquilador, y que no eran más que productos de su imaginación.

Él se encogió de hombros. Siempre había sido un hombre pequeño, y estaba acostumbrado a sentirse acosado. Volvió a apretar la mano de Solaz. Ella seguía en el vacío, todavía sin poder conjurar ninguna visualización de aquel sitio. Todo lo que tenía de ella era su voz, su toque. Era suficiente.

—He venido a suplicar por nuestras vidas —les dijo a esos picos, a esas miradas vacías.

Ellos se estiraron y vio que sus garras arañaban el musgo de la piedra, y que unas frágiles costillas fantasmales se intuían en la oscuridad de sus cuerpos.

—Nos estáis matando —continuó—. Así que devolvemos el golpe. Estamos asesinando a las criaturas que usáis para asesinarnos. Es algo estúpido. ¿Qué es lo que de verdad queréis? Por favor, tiene que haber algún otro modo de solucionar esto. —Sus palabras no producían ningún eco, surgían al aire muerto y se desvanecían. Sólo que él sabía que las escuchaban, e incluso comprendían. Porque si algún alienígena inimaginable de los más remotos confines del universo apareciera ante él en este lugar, y le hablara por algún medio completamente incomprensible, él le entendería. Idris y un essiel podrían debatir sobre filosofía con una comprensión común allí. No había lugar más que para una única verdad en el corazón de todas las cosas. Era el foro diplomático definitivo, donde todo el mundo podía entender a los demás y nadie podía mentir.

Así que podía sentir que le comprendían, y que se preparaba una respuesta, algo que crecía en el interior de esas carcasas muertas. ¿Era simpatía? ¿Empatía? ¿La comprensión del coste que suponía aquello que intentaban alcanzar?

—Sólo decidnos lo que intentáis hacer. Seguro que habrá una forma de conseguirlo que no suponga matarnos. Estamos aquí. Estamos vivos. Todos nosotros… Humanos, hanni, essiel, todos. No tenéis que hacernos esto.

Uno de ellos lanzó un lamento. O sus oídos convirtieron lo que hiciera en ese tipo de sonido: perforante, horrible. Todos se unieron.

Un coro espantoso que siguió y siguió como respuesta unificada a sus palabras. Esa cosa que había percibido que crecía en ellos llegó a la superficie. Escuchó cómo tenía la fuerza para levantar y dejar caer piedras.

Odio. Asco. Completa negación de todo lo que él era. Una intolerancia absoluta hacia la idea de compartir el universo con él. Y rabia, porque les había obligado a compartir también ese lugar, su santuario, su castillo en el corazón de todo. Sintió su repugnancia y su furia, y luego notó que se ponían en acción.

30

Havaer

La *Dios Buitre* llegó a la cita prácticamente a tiempo, con lo que Havaer les concedió un punto. Salió del nospacio dando tumbos y empezaba a enderezarse antes de que uno u otro de sus tripulantes le localizaran y comenzaran maniobras para ajustarse a la trayectoria de su nave. En la que sólo iban él mismo, Arquero y Diljat, encima de un pequeño planeta yermo que de algún modo había conseguido reunir en la mitad de la gravedad terrestre el triple de su presión atmosférica, además de un cóctel de ácidos químicos que eran a la vez peligrosos y tan comunes como para carecer de cualquier valor. Al lugar lo llamaban el Mundo de Scherm, y por lo que concernía a Havaer, Scherm se lo podía quedar. Si se convertía en un daño colateral de la loca carrera de la *Buitre* por el cosmos, no supondría mayor pérdida.

—Nos gustaría saber si está presente el espía Mundy —llegó la voz del traductor de Kittering.

—Es «agente» Mundy, que quede claro —dijo cansadamente Havaer. Diljat sonrió—. ¿Listos para atracar? Tenéis aquí vuestro picoteo y lo demás.

—Preparados para agarre —respondió Kit. Havaer consumió exactamente tres segundos y medio dándole vueltas a la palabra antes de que la *Buitre* cambiara su orientación y empezara a aproximarse con sus garras abiertas para sujetar la lancha de la Casa Ácida. No era una visión tranquilizadora ni bonita. Dado su nombre y labor, se suponía que la *Dios Buitre* sólo trataba así a naves muertas.

Pudo adivinar el momento exacto en que Olli tomó el control. Kittering tenía muchas cualidades, pero el pilotaje preciso no era una de ellas. La aproximación incómodamente rápida de la nave se

redujo a simplemente apresurada, y los brazos de las garras de atraque se flexionaron como los de la mujer que los controlaba en ese momento. Su mente los dominaba como partes de su cuerpo en ese momento, así que abrazaron la lancha como a una amante, sin apenas rozar la pintura. Havaer se dio cuenta de que lo había hecho de tal forma que la decisión de separarse quedaba totalmente en manos de la *Buitre*. Pero por otra parte era una nave de salvamento y rescate, con lo que podría ser su modo de trabajo habitual. Seguro que no había nada de lo que preocuparse.

—Les ayudaré a cargar —dijo Havaer.

La mirada firme que le dirigió Diljat mostraba su desconfianza.

—A mí no me van a hacer nada —explicó él.

—¿Es eso lo que me preocupa?

—Tampoco les voy a hacer yo nada, si lo que piensa es que soy algún tipo de cabrón rebelde.

—Lo que me pregunto es si está considerando retomar su antiguo puesto en su tripulación, ahora que la agencia le ha dado de lado. En eso es en lo que pienso, agente Mundy.

Havaer resopló.

—Nunca fui parte de la tripulación. No me aceptaron y estuve allí bajo coacción. Con toda honestidad, mi lealtad siguió exactamente en el mismo sitio. No es culpa mía que el Hum saltara en pedazos en todas direcciones.

Estaba esperando que se abriera la escotilla y que un breve paseo por el umbilical en acordeón de la *Buitre* llevara al conocido panorama del muelle de drones. Conectó el primer contenedor a los sistemas gravitatorios sincronizados y lo guió para que avanzara por los contornos irregulares de ese tránsito.

Olian Timo le esperaba al otro lado, obviamente sin intención de echarle ningún tentáculo, mucho menos de moverse hacia su nave y poder quedar bajo el poder conceptual de la Casa Ácida. Sólo le miró… Enfermiza, incómoda. Aún sobre esa baqueteada cápsula de control enchufada a la prótesis essiel, ese desagradable juguete de Aklu. Había estimulantes entre los suministros que habían pedido. Se preguntó cuándo habría dormido por última vez.

—¿Cómo lo llevan? —les preguntó Havaer. De forma tranquila, sincera, sin el tono de cortesía mundana que él mismo habría esperado que saliera de su boca. No eran amigos, pero de algún

modo habían terminado en el mismo bando.

—Es jodidamente duro —le dijo Olli— todo este asunto de salvar al universo. Podría habérmelo ahorrado. Kit quiere pasarle facturas.

—¿A mí personalmente? —preguntó Havaer con ironía.

—Se han encontrado considerables dificultades en el cálculo apropiado de una compensación por el universo. Deberíamos considerar la opción de crear una nueva moneda —afirmó Kittering. Havaer no sabía si iba en broma o en serio.

—Puede vender luego su historia —le sugirió—. No habrá mediotipo en la galaxia que no la quiera. Espere al mejor postor. Obligue a que pongan en su papel a su simulación digital favorita.

Él sí bromeaba, pero ellos dos le miraron de forma extraña.

—Ésa —dijo Olli— es una idea jodidamente buena.

—¿En serio?

—Tío, sólo conoce un diez por ciento de la mierda por la que hemos tenido que pasar, y ya esa parte es más loca que cualquier coñazo que hagan en la Esfera Colonial. O… Kit, existe un circuito de mediodramas hanni, ¿verdad?

—Con una calidad contrastadamente superior —confirmó Kittering con orgullo.

—Ni caso. Incluyó la última temporada de *El boyardo* y sus hermanos en la lista de suministros.

—Una subtrama que implica la disputa por una herencia tiene resonancias culturales —protestó Kittering—. Además, ¿qué le pasa a Júnior?

—¿Ya? —Olli se echó hacia atrás violentamente para mirar al ogdru, que colgaba en su gran burbuja de agua sobre el muelle de drones.

Havaer había vuelto a través del enlace entre las naves a por más material. Por un momento pensó en quedarse en la lancha y que dieran por culo al reabastecimiento, pero luego el deber volvió a arrastrarle, así que pasó rápidamente con los dos siguientes contenedores, dando golpes contra las paredes del umbilical por las prisas.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —dijo, pero Olli seguía quieta, mirando a la criatura.

—No tengo ni idea de qué va esta mierda —admitió—. Tiene

algún tipo de ataque de pánico cuando se acercan los Arquitectos. Es exacto como un reloj, cada vez. Ha sido nuestro sistema de alerta temprana, un verdadero salvavidas. Pero nada como esto. Es nuevo.

—¿Está hambriento? ¿Enfermo? —preguntó Havaer. Si el ogdru se moría iba a suponer un gran problema, porque dejaría a la *Buitre* anclada al espacio convencional, donde los Arquitectos podían rastrearla con facilidad. Havaer no estaba seguro de cuál debía ser su actuación en ese caso, y no le apetecía probar a darle a Arquero la orden de que se pasara a la otra nave. Lo que vendría además a suponer que tanto Diljat como él se tendrían que unir igualmente a la tripulación, o quedar a la deriva en el Mundo de Scherm.

El ogdru Júnior estaba desde luego… haciendo algo. Suspendido en el centro de su tanque esférico, se movía despacio, con el cuerpo ondulándose en pulsos medidos, irregulares. Su piel gomosa se crispaba, y extendía sus diferentes tentáculos y aletas en espasmos que parecían deliberados, pero no seguían un patrón reconocible.

—¿Les dice algo? —intentó averiguar Havaer.

—El conocimiento de que disponemos en referencia al piloto atávico salvaje ogdru: no cuenta con verdadero intelecto. Cero comunicación a nivel sapiente —explicó Kittering—. La capacidad que posee para navegar por el nospacio es instintiva. Incapaz de ser reproducida por ogdru normales. No hablamos, no.

Los movimientos de la criatura eran extrañamente hipnóticos. Familiares. Había visto algo similar recientemente. ¿Qué fue?

—Oh… —se le escapó.

Los otros dos le miraron.

—¿Qué? —dijo Olli.

—Es sólo que parece como… cuando habla un essiel. El movimiento de los brazos. He visto últimamente a demasiadas especies formando una cadena para traducirlo. Diría que intenta imitar a un essiel.

—¿Por qué querría…? ¿Cree que alguien le enseñó frases en essiel? ¿Júnior quiere galleta, ese tipo de cosas? —le preguntó Olli, con los ojos muy abiertos.

—O… —Havaer tragó saliva—. Está recibiendo un mensaje y nos lo transmite.

—¿De qué tipo? ¿De dónde? ¿Cómo podría pasar algo así?

—Si algo es sensible al nospacio, tanto que puede detectar la

llegada de un Arquitecto, ¿quién dice que no se pueda usar como receptor? Si es que se puede transmitir a través del nospacio.

—No se puede transmitir por el nospacio.

—Nosotros no podemos. Los essiel hacen todo tipo de mierdas de las que no sabemos nada —dijo Havaer con firmeza.

Las garras se soltaron. De hecho, prácticamente apartaron a la lancha, en dirección hacia el Mundo de Scherm, sin que pudieran corregir el rumbo activando sus motores. Dentro de la *Buitre*, el aire tembló por la porción de atmósfera perdida antes de que el envoltorio gravitacional lo corrigiera. Los oídos de Havaer pitaron y su visión se volvió borrosa.

—¡Está encendiendo los motores! —gritó Olli—. Nos lleva al nospacio, el hijoputa. ¡No, Júnior! Júnior, ¿no podrías…? —Y luego nada más mientras se sumergía en el sistema para intentar detener a la criatura.

—¡No, gracias, no! —Kittering se lanzó hacia la cápsula de mando, lo que dejó a Havaer solo, mirando los apacibles movimientos del ogdru.

«¿Qué…?».

El nospacio les reclamó, una entrada brusca como un aterrizaje forzoso, con el vacío cavernoso arrastrándoles a su interior.

Kris

—Es normal —insistió el doctor Shinandri. Tenía los ojos muy abiertos y la sonrisa aún más amplia, como si hubiera unos ganchos sujetándole las comisuras de los labios. No resultaba tranquilizador en lo más mínimo.

—No hay actividad cerebral —recordó Kris. Una vez más, y no, estaba segura de cómo era posible que ese hecho encajara con el término «normal». Su idea de la normalidad andaba revuelta de todas formas desde que Olli les había sumergido por un periodo inusualmente largo en el nospacio, que les había dejado a todos tocados, y ahora además no respondía a sus llamadas. En ese estado de confusión, Kris fue a comprobar el estado de Idris y se encontró que las ondas cerebrales brillaban por su ausencia.

—¡Justamente! ¡Normal! —La sonrisa de Shinandri se amplió otro centímetro, y empezaba a resultar doloroso mirarla—. Es

algo… conocido. No normal, de acuerdo, pero que cabe esperar. O si no lo esperamos, al menos sabemos que puede ocurrir. O que hay precedentes. Cuando los intermediarios actúan en el espacio y el nospacio hay instantes en que sus pensamientos… vuelan más allá de su cabeza. ¡Ja, ja…! ¿No lo ve? —Hizo un pequeño gesto como de revoloteo con sus manos de largos dedos—. Esta ausencia de funciones cerebrales es de carácter muy específico. Como un tipo de silencio particular que al escucharlo te dice que el dueño no está en casa, oh, sí, o que simplemente está en el inodoro.

—¿Qué tipo de… analogía sin sentido es ésa? —respondió Kris —. Idris, Solaz, ¿podéis oírme? —Su canal no le devolvió nada más que un distante aullido, como el viento que recorriera los lejanos cañones de un mundo muerto. En ese momento todos estaban en silencio, escuchando en caso de que pudiera intuirse la más débil señal entre ese viento. Shinandri y Jaine, Ahab y Ash, Andecka Tal Mar y un puñado de inters fuera de servicio, al igual que un par de colmeneros que todavía se esforzaban por mantener el equilibrio entre función y entropía.

«Se os oye».

No era Idris. No por el canal. La voz se escuchaba a su alrededor, resonando sobre cada pared. Notó la vibración a través de sus sandalias.

Ash hizo un sonido. Sólo le había escuchado hablar con voz humana, ese tono educado que salía de su torso. Ahora chirrió como un altavoz defectuoso, agudo y doliente. Perdió por un instante cualquier pretensión de humanidad para parecer más ancho, desplegando sus extremidades. Unas espinas surgieron a lo largo de su cuerpo, desgarrándole la ropa. Kris dedujo que ningún humano se había dado cuenta jamás de que las tuviera.

Algo venía hacia ellos. O se estaba manifestando ahí, en la misma sala de las Máquinas. Lo lógico era que fuera esto último, que estuviera formándose de la nada, por imposible que pareciera. A los ojos de Kris, sin embargo, parecía que viajara hacia ellos, a una velocidad extrema desde una extrema distancia, dimensiones imposibles en el interior en que se encontraban. Era…

Dejó escapar un gemido.

Eran dos malos recuerdos, fundidos sin costuras y que habían cobrado vida como algo físico delante de ella. Era un robot minero

antiguo, de los primeros años que había pasado en el cinturón Harmaster, donde todavía se empleaba esa maquinaria vieja. Después de tanto tiempo funcionaba mal, y a la Kris de siete años le contaron sobre un incidente en el que otro dispositivo similar había confundido las coordenadas y terminó destruyendo un hábitat. No había sido testigo de ese accidente, que puede que ni siquiera pasara de verdad, pero la idea le hizo tener pesadillas una semana. Aquello era lo que tenía delante. Pero también la cosa que había encima de la puerta de los estudiantes de las salas testamentarias de Scintilla, que siempre le había asustado. Huesos humanos y un cráneo de pájaro colocados en una intrincada rueda, con manos esqueléticas sujetando cuchillos, porque no era posible ni presentar una notificación en Scintilla sin encontrar al menos una descripción artística de un arma afilada.

Así que la cosa que había suspendida en el aire ante ella tenía tanto cuchillos como relucientes brocas de diamante, lentes gruesas como cuencas oscuras, sin un punto de unión en el que pudiera decir dónde terminaba una fantasmagoría y donde empezaba la otra. Era tan absurdamente específico que podía estar fríamente segura de que todo el mundo veía algo distinto e igualmente adaptado a sus terrores personales. Darse cuenta le hizo conservar un tenue control de sí misma. «Quieres asustarme, ¿verdad? He ganado casos ante árbitros que daban más miedo que tú».

Miró a su alrededor. El Doc Shin seguramente estuviera frente a un comité ético, si es que ella sabía algo de su pasado. Jaine se había quedado totalmente pálida, con sangre en los labios, que se había mordido. A la mujer en resumen le faltaba el torso, así que la cosa no tendría problemas para encontrar traumas en su pasado. Andecka estaba encogida, y la mitad de los inters ni podían mirar a lo que fuera. La pareja de parteni hacía lo que podía, pero lo único que había pretendido Idris de ellas es que pudieran ir al nospacio sin el sangriento coste del Comité de Enlace.

De Ahab era imposible imaginarse qué pensaría, pero Ash mantenía desplegadas todas sus púas. Kris tuvo la preocupante idea de que, de todos ellos, Ash sería el único que vería realmente lo que tenían allí.

«Se os oye, se os juzga y se os declara deficientes», afirmó la visión. «Habéis traspasado nuestros dominios y atacado a nuestros

siervos. Os habéis dejado guiar por el Falso Profeta. Habéis cometido todos los sacrilegios posibles».

Kris miró alrededor, esperando que Ahab se adelantara ante esa frase. Pero el naeromath tenía la cabeza gacha, y espasmos ondulantes se perseguían a lo largo de su pellejo.

De repente se dio cuenta de que estaba sorprendentemente furiosa. La ira familiar contra la que una buena abogada combatía siempre, porque perder la calma y perder el caso eran con frecuencia procesos paralelos. Podía ser furia contra un abogado de la parte contraria que jugaba sucio, o un juez parcial, o un testigo que sabías que mentía. Así que cuando habló con la cosa, lo hizo con la más inmaculada educación posible.

—¿Y a quién tenemos el gusto de dirigirnos?

La cosa ya estaba centrada en ella, pero luego se dio cuenta de que cada uno debía sentirse como el único objetivo de su ira.

«Somos los señores de toda la creación», anunció. «Cuando se aglutinó este universo, fuimos testigos de su nacimiento. Lo hemos gobernado y dado forma a lo largo de toda su existencia. Construimos estos lugares que infestáis y habéis ocupado para vuestro uso. Nosotros aglutinamos las estrellas, y vosotros empleáis nuestra arquitectura como carreteras. Somos los amos de todas las cosas y habéis conseguido por fin llamar nuestra atención lo suficiente como para ofendernos».

—Sois los amos de los Arquitectos —puntualizó ella—. Sois aquéllos a los que Idris dijo que encontraríamos.

«Los que se atrevieron a arrastrarse hasta nuestra propia puerta ya no están», afirmó con gravedad. «Semejante blasfemia no puede tolerarse. Son polvo, y de igual forma trataremos a todos los que tengan la temeridad de acercársenos».

Kris sintió una puñalada de pena por Idris y Solaz, pero luego la apartó. «Es demasiado tarde para eso». Había aprendido a vivir como una espacial y eso suponía que había un momento y un lugar para el luto, porque en cada momento había antes una crisis que superar.

—Si sois los señores todopoderosos de cuanto existe, entonces sabréis que nos estáis matando, ¿verdad? Enviáis vuestros monstruos para deformar nuestros planetas y nos matáis. Así que contraatacamos. Puede que sólo seamos insectos, pero

contraatacamos. Creo que no nos importa en absoluto que vosotros lo aprobéis o no.

«Nuestra visión abarca la perfección del universo. Un bien mayor, un objetivo más amplio, más allá de vuestra imaginación».

—Si en ese universo no tenemos sitio, no es exactamente algo que nos convenga —dijo Kris, y sintió un parpadeo, una discontinuidad en todo ese miedo y esa terrible majestad que se desplegaba ante ella. La frustración que sentían porque no se limitara a agachar la cabeza y aceptar su lugar en las cosas. Como si esos seres fueran algún tipo de boyardo o magistrado provincial superlativo, alguien que siempre hubiera reinado en su propio castillo, hasta que un día miró alrededor y se encontró con antorchas, picas y un grupo de campesinos realmente enfadados que venían a por él.

—Ash, ayúdame.

—Es exactamente lo que has dicho —le informó Ash con serenidad—. Son las voces que azuzan a los Arquitectos. Los moradores del corazón del nospacio, como supuso Idris. Pero nunca pudimos llegar hasta ellos, amigos. Morimos y morimos. Nos cazaron. Y aquí están. —Sonaba aterrado. La sensación no se transmitía de la forma en que lo haría una voz humana, pero un siglo entre la especie de Kris había dado a la voz de Ash muchos rasgos reconocibles.

—¿Qué es lo que quiere? —soltó Jaine. Había recuperado algo de color, quizá por haber visto a Kris plantar cara al ser.

—Dile que estamos matando a sus Arquitectos —añadió una de las inters parteni con un fuerte acento parsef, tiesa como un palo sin dejar de mirar a la cosa que probablemente a ella le parecería como la peor sargento que hubiera minado su moral—. Liquidando a cada uno de esos bastardos.

Ahab gruñó, con un sonido que pareció retumbar a lo largo de todo su corparchón.

«Lo reconozco», dijo la aparición, «nos habéis incomodado. Habéis trastornado nuestros planes de una forma mínima, quizá por lo que dura una de vuestras vidas, por decirlo en términos que comprendáis, en comparación con las nuestras que se prolongan desde el comienzo del universo. Y así, al venir aquí, y dañar nuestras propiedades, habéis conseguido nuestra atención. Para

nosotros es más fácil dejar que os marchéis que no consumir otra parte de nuestras reservas en destruiros. Podemos reduciros a polvo, pero nos disgusta dedicaros tanto tiempo y esfuerzo».

Pese al sobrecogedor poderío que proyectaba la manifestación, Kris sentía crecer algo en su pecho. La lenta sensación de que había un caso en curso, el testigo se venía abajo, las pruebas cortaban como un cuchillo las puntadas que mantenían unidas las argumentaciones de la parte contraria.

«Os decimos que os vayáis, que volváis a vuestros mundos. A la diminuta extensión de espacio que es el universo que conocéis. Marchaos, y no os seguiremos. ¿Qué supone para nosotros que vuestra especie humana viva el periodo que le corresponde y desaparezca de la creación? Nos dedicaremos a otros lugares. Volveremos a vuestros mundos cuando hayáis desaparecido. Tenemos todo el tiempo a nuestra disposición, y ninguna de vuestras especies durará mucho. Id, y considerad que habéis conseguido una gran victoria para los vuestros, si así lo queréis. Pero sabed que estaremos ocupados en tareas más allá de vuestro entendimiento, y no valéis el esfuerzo que nos supondría extinguiros».

Kris se echó a reír. Porque sabes que estás en el último acto de cualquier disputa cuando el otro empieza a ofrecer acuerdos.

Miró a los demás. Sentía la necesidad imperiosa de reunirse en privado con sus clientes, pero en ese momento probablemente no tenía esa opción.

—Supongo —se anticipó el doctor Shinandri, con el más leve rastro de su sonrisa— que hay peores… opciones. —Su mirada se dirigía a unos y otros—. Hemos llegado muy lejos. Para preservar a toda la humanidad. Aunque fuera por un tiempo. Para llegar a una tregua con Dios…

—Si pudiéramos hablar con el Hum… —dijo Andecka. Miraba hacia abajo, todavía incapaz de afrontar al fantasma personal que tuviera delante.

—Dirían que sí —aceptó Kris—. Al momento. Probablemente el alto mando parteni igual. —«También dirían que los naeromathi ya están arruinados, pero puede que nos pidieran que hiciéramos una contraoferta que incluyera a nuestros socios comerciales, los hanni, los castigar. Incluso podríamos utilizarlo como una ventaja sobre la

Hegemonía essiel, obligarles a que se abran a nosotros ante la amenaza de dejarles fuera del acuerdo final. Porque eso es lo que tenemos delante, ¿verdad? Un tratado. Aunque nada más que estemos aquí nosotros, negociándolo. Así que en resumen puedo incluir mis propias demandas. Puede… que se mantengan alejados cien mil años luz de donde está la Tierra. O a un centenar de pasajes en cualquier dirección. Eso tiene más sentido. Terreno para expandirnos. Aunque siempre sabiendo que seguirían ahí fuera».

Se habría esperado más furia, pero la cara de Jaine, la del doctor, la de la mayor parte de los inters, estaban… pensándoselo. Estaban en el borde, mirando hacia el abismo al que se disponían a arrojarse un momento antes. Sólo que ahora esa cosa les daba una alternativa. Ash estaba encogido sobre sí mismo, callado y acobardado delante de la fuerza que había asesinado a toda su especie. Y Ahab…

Ahab se adelantó, con las patas de metal pisando de forma absurdamente ligera sobre la piedra.

—¡Tú rehiciste mis mundos! —dijo el naeromath. No era el grito enloquecido que hubiera esperado. Su traductor mostraba otros matices: una expresividad dura, cortante—. ¡Mataste a mi gente! ¡Nunca seremos lo que fuimos, por tu culpa! —Kris sentía que la distancia entre la criatura y todos los demás se ensanchaba, separados por el distinto interés de sus especies. La oferta que había sobre la mesa no era para Ahab. Ahab formaba parte de los desechos resultantes de la fase previa de su labor. Irrelevante.

«Tenemos el poder de causar mucho más daño», siguió la aparición de forma implacable, «y después aún más. Vuestra decisión, por favor».

—¿De verdad? —dijo Kris.

Todas las miradas se congelaron sobre ella.

—Bueno, lo que quiero decir —comenzó de forma cuidadosa, sintiendo la atención de todos, en particular la de Ahab— es que no habéis sido un ejemplo de contención hasta ahora. Vuestros esclavos han entrado en la realidad a destruir planetas. Por algún propósito superior que somos demasiado pequeños para entender, porque no somos más que insectos a vuestra sombra, claro, lo pillamos. Pero no da la impresión de que os hayáis moderado hasta ahora. —«Y si me equivoco…». Intentó saltarse las siguientes

palabras antes de pronunciarlas, pero surgieron de todas formas—. No os creo. Si dispusierais de algo peor, nos lo habríais enviado.

—¡Sí! —rugió Ahab, y de repente tuvo al naeromath a su lado, encima de ella, con la cabeza atravesando el monstruo fantasma—. ¡Quieres alejarnos porque nos temes! —gritó en la propia cabeza de la aparición—. ¡Os tenemos! ¡Os tenemos!

Un breve aleteo de esperanza se despertó en Kris, porque este acuerdo no estaba sobre la mesa cuando empezaron a derribar Arquitectos. Llegó cuando Solaz e Idris descendieron. Lo que significaba que quizá fueran algo más que polvo arrastrado por el viento. Puede que allí abajo se hubieran convertido en una seria molestia.

«Os advertimos…», empezó la aparición, pero entonces sonó un grito de Jaine.

—¡Y dale con tus advertencias! —Y fue tan sencillo como eso. Ningún regateo, ni contraoferta. Kris vio que Ash se desplegaba y luego recuperaba una cierta forma humanoide. Se preguntó si había estado allí antes, enfrentándose a esa cosa directamente junto a alguna otra especie, y cómo habría terminado.

—¡Vamos a por ti! —aullaba prácticamente Ahab—. ¡Idris llevaba razón! ¡Por qué golpear a los esclavos cuando existen amos! ¡Iremos a vuestra casa y os haremos lo que hicisteis a mi gente!

«¡Causaremos mucho más daño!». La cosa desapareció en el eco de esa frase, y la presión que sentían todos se desvaneció.

—Es posible que acabemos de hacer algo muy poco inteligente —murmuró el doctor Shinandri.

—Todo está en marcha —señaló Andecka. Tenía los ojos bien abiertos, dirigidos a un lugar que Kris no podía ver—. ¡Que Dios nos proteja a todos!

Y luego se fue, todo se desvaneció, Kris se quedó ciega a todo lo que veía un instante antes, sola una vez más porque la *Dios Buitre* había escogido ese momento, entre todos los posibles, para volver a sumergirse en el nospacio. Kris se quedó sin más que la sensación de que un desastre se aproximaba, tan genérica que resultaba inútil. Una descomunal y opresora maldad que ella era totalmente incapaz de comprender o analizar, pero tan insistente que incluso la sensación acechante de la Presencia ya no era más que un fondo irritante, y entonces…

De vuelta, sorprendida.

—¿Qué está pasando? —preguntó. Todo el instrumental operativo emitía señales de alarma. Los que se encontraban inmersos, atacando a los Arquitectos, se habían incorporado de repente tirando de sus conexiones, balbuceando advertencias.

Kris y Jaine terminaron codo con codo delante de una pantalla, revisando un esquema del criadero que habían preparado Ahab e Idris. Una maraña geométrica de interconexiones, como una telaraña enloquecida con enlaces entre los lugares donde, según pensaba Idris, se formaban los nuevos Arquitectos.

Y estrellas. Estrellas nacientes. Ella no sabía a lo que miraba. Un centenar de pequeños puntos de datos de información se alzaban somnolientos de la compleja arquitectura del vivero. Ascendían hacia la realidad.

—¿Qué estoy viendo? —preguntó.

—Los Arquitectos —dijo Jaine—. Todos los Arquitectos que había aquí abajo. Se están reuniendo. Convergen en un único punto de la realidad.

Parecían tan pacíficos, incluso hermosos. Como semillas arrastradas por el viento; como luciérnagas. Pero cada una era un monstruo capaz de deformar planetas, dirigido por la voluntad de un dios loco.

—Creo que van a ratificar sus argumentos. —Las palabras aterradas de Shinandri cortaron el aire como cristal—. Damos pruebas de esas posibilidades mucho peores. Creo que se confirma que1 tomamos una decisión muy poco inteligente. Oh, Dios mío, sí.

«La humanidad acaba de pasar al primer puesto en su lista de prioridades», decidió Kris, y luego puso un dedo en un punto de la pantalla.

—Espera, ¿qué pasa con ése?

Jaine frunció el ceño. Había un punto en movimiento que se apartaba del criadero y no iba hacia arriba.

—Es un… Arquitecto lento, ¿podría ser?

Pero se movía, y Kris entendió en ese momento que habían hecho algo decididamente poco inteligente. El juicio había terminado con un contundente veredicto contrario a su cliente, contrario a la humanidad. Y contra todos los que estaban en el Ojo.

El último Arquitecto no se dirigía hacia la realidad. Iba a por

ellos.

31

Idris

Les vio llegar al Ojo, que era a la vez una mota sobre la inmensidad del universo y algo en lo que podía fijarse y expandir, hasta poder contar sus átomos si quisiera. Vio el criadero de Arquitectos en el que el Ojo se estaba clavando como una garrapata. Su elegante complejidad, esas interconexiones que formaban vida a partir de la inmateria del nospacio, mediante la simple aplicación de leyes naturales que hubieran hecho que Newton sucumbiera a una locura incontrolada. Y el daño que les había causado el Ojo. El ínfimo mordisqueo de los inters a bordo, que devoraban continuamente su complejidad fractal. Los vastos territorios muertos en los que los señores del nospacio habían impuesto su voluntad, alzando el látigo cuando creían necesario más brío. También podía ver cómo lo habían hecho. Al entrecerrar los ojos podía incluso mirar a través del tiempo. Cada efecto podía ser rastreado atrás hasta su causa, o adelantarse para conocer su eventual resultado. Idris sentía que su mente empezaba a deshacerse.

«Nada nuevo, tampoco».

Pero al momento siguiente les vio acceder al Ojo y hablar con la gente de allí, intentando llegar a un acuerdo con el augusto desdén de emperadores ofendidos.

—¿Por qué? —les preguntó, desde el foso en el que moraban—. ¿Por qué nos odiáis tanto? ¡Habladme! Sé que podéis. Sé que lo entenderé. Las palabras, al menos. Decidme por qué nos queréis destruir.

Miró más allá del Ojo, a la realidad. Ese planetario celestial desplegado ante él que era Todo Lo Que Había. Encontró la Tierra, la vieja Tierra, donde todo había empezado para la humanidad, y donde había terminado para la mayoría de las especies allí surgidas.

El planeta desguazado que quedó tras los Arquitectos. Ahora muerto. O al menos la presencia testimonial que el Hum mantenía allí en soporte vital era tan reducida que ni siquiera causaba ningún impacto en el nospacio.

Berlenhof, luego. Encontró el sistema, el mundo, sin esfuerzo, porque así era como funcionaba. La perspectiva desde el único punto central de todas las cosas; el lugar de verdad infinita, conocimiento y comprensión. Si hubieras preguntado al joven Idris dónde estaría ese sitio, habría dicho que seguramente sería el cielo, donde no podía existir nada malo. Qué equivocado habría estado el joven Idris.

Encontró Berlenhof, cuya población era sólo una fracción de la de la vieja Tierra en su apogeo. Era como una mano de múltiples dedos engarfiados en el límite entre el nospacio y la realidad. Como había visto antes, no era la sombra planetaria regular y predecible de un planeta, sino la ejercida por la presión de todas esas mentes.

Cambió su foco y miró a todo el universo en conjunto, porque era algo posible si te encontrabas donde estaba él. Hubiera sido capaz de proporcionar un montón de respuestas fáciles que enfurecerían a todos los astrónomos que consumían sus carreras profesionales debatiendo cuestiones sobre Dónde Empezó Todo. Porque ahora podía ver su forma, y había sido…

Arquitecturizado.

Era la única conclusión obvia, en serio, de lo que había descubierto. Los pasajes eran andamios. Si por casualidad los humanos podían utilizar esas tuberías para deslizarse con rapidez de un lado a otro, eso era algo que no tenía que ver con su propósito original. Los yacimientos originarios, ahora casi reducidos a escombros débilmente resonantes, habían sido lugares de construcción, donde algún inconcebible siervo de estos amos distantes había hecho las modificaciones necesarias en la realidad. El universo atravesaba un proceso quirúrgico que llevaba en marcha miles de millones de años. Un muy cuidadoso ajuste de su estructura innata y su organización, basado en la distribución de la masa y la forma en que doblaba el espacio y el tiempo a su alrededor. Los señores habían tomado el estado inicial del universo y lo habían retocado, cosido y dejado cicatrizar, y…

—¿Por qué? —quiso saber, porque si todo aquello no era más

que arte, entonces era un tipo de arte más allá de lo que era capaz de imaginar. Y no le parecía que lo fuera. Tenía la sensación de que existía un propósito práctico, de que cada decisión se tomaba a partir de cálculos cuidadosos y no por criterios estéticos. Tenían un plan para el universo, pero todavía no era capaz de entenderlo.

Lo que sí podía ver era lo que había salido mal. La presión que ejercía el pensamiento, la forma en que esa compleja incertidumbre interactuaba con el límite del nospacio. Las púas que clavaban los intermediarios o sus equivalentes de otras especies. La simple presión que ejercía su compleja arquitectura neural: tomar decisiones, tener sentimientos, solamente pensar. Lo echaba todo a perder. Desviaba los cálculos. Allí parado, con su perspectiva divina de la creación, casi podía simpatizar con las criaturas que le rodeaban, al percibir que esa interferencia perturbaba su gran proyecto. Casi podía perdonarles por la decisión de exterminar la vida pensante allí donde surgiera en número suficiente como para amenazar su sueño.

Luego miró al lugar en que colgaba el Ojo, como un modelo infantil suspendido de una cuerda. Escuchó la oferta que hicieron los señores y la respuesta que le dieron Kris y Ahab.

Sintió su rabia incontenible. Rabia contra esos insectos a los que no se podía espantar. Todo a su alrededor crujía, chirriaba y siseaba, lo más antiguo entre lo antiguo confrontado con lo más reciente de lo reciente.

La humanidad siempre se había imaginado como el centro del cosmos. No era algo que hicieran todas las especies inteligentes, pero había sido un rasgo de los humanos desde que eran apenas medio simios, con la invención de todos esos dioses todopoderosos pero atentos a ellos, para poder creerse que le importaban al universo.

Ahora mismo sí que le importaban al universo. La humanidad era de repente el absoluto foco del universo y el universo de verdad, de verdad que les odiaba.

Escuchó a los señores… Quizá más bien sus pensamientos, ya que nada estaba oculto para él allí, en el corazón del universo. Iban a mandarle un mensaje a esa especie, la más problemática. Podían ver fácilmente dónde estaba el centro del sueño humano, porque la red de los movimientos e interacciones de la especie era

comprensible al instante desde ese punto privilegiado. Iban a dirigir a todos los Arquitectos allí para sembrar el caos, y confiaban en que ese acto brutal quebrara al fin el espíritu humano. Para someter a la gente hasta que se deslizara paulatinamente hacia la extinción, un mundo detrás de otro, porque sería preferible a provocar la ira de los amos de los Arquitectos. Y así, al final, alcanzarían…

Hizo avanzar la cinta, siguiendo la cadena de causas y efectos desde ese punto hasta su posible final. Y entendió de una vez el porqué. No es que importara a esas alturas. Tenía otras prioridades, y ese conocimiento simplemente le llegó como una esquirla de metralla más.

—Solaz —la llamó—. Solaz, te necesito. —Sintió que la mano invisible de la mujer apretó la suya.

—Todavía no puedo acercarme hasta ti.

—Necesito que nos marchemos —le dijo—. Pero también necesito estar aquí, no he terminado. Necesito estar en dos sitios a la vez.

—¡Idris, lo que dices no tiene sentido! —le respondió en tono desesperado.

—Deberías estar ya acostumbrada a eso. Voy a traerte conmigo. Y luego me voy a intercambiar contigo. Tú te quedarás aquí, manteniendo la puerta abierta, aguantando la brecha. Así quedaré libre para moverme. Pero tú tienes que defender el fuerte aquí, ¿me entiendes? Hemos metido un pie en su casa, y si lo perdemos, se acabarán todas nuestras posibilidades. Ahora los tenemos encima y no sé si podremos volver a entrar si nos vamos de aquí. —En ese mismo momento podía sentir la fuerza de su repugnancia, que intentaba expulsarle. Él nunca tendría la fuerza necesaria para volver a abrirse camino de cero hasta el corazón de las cosas—. Tengo que hacer algo más, muy urgente, así que tú tendrás que resistir aquí.

—No soy uno de vosotros, Idris —dijo Solaz—. No soy una inter. No puedo…

—Es el pensamiento —le explicó—. Hizo falta un inter para irrumpir aquí, para navegar hasta aquí, pero ahora mismo es el pensamiento lo que retuerce el universo. El pensamiento es lo que nos hace sitio a nosotros, a ti y a mí, a los dos, aquí, en el corazón del universo. Necesito que defiendas el fuerte, Solaz. Hasta que

pueda volver.

—Idris, llévame allí y haré lo que haga falta.

Él apretó su mano y encontró en su cabeza los cálculos adecuados, el ángulo preciso, las ecuaciones relativas a ese punto en relación con el nospacio, y luego con el universo más amplio de lo real. La fuerza que su mente necesitaba ejercer para cometer este nuevo sacrilegio.

Y, puesto que estaban donde estaban, los señores vieron lo que hacían, y se reunieron a su alrededor, chirriando, batiendo esas alas entrevistas. «¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves!».

Tiró con su mente de las conexiones entre ellos, y Solaz se aceleró bruscamente hacia él. E Idris —porque el pobre Newton echó un vistazo a la situación en ese punto— se movió recíprocamente hacia ella. Era consciente de que, en algún lugar distante, el Ojo y la *Dios Buitre* seguían jugando al escondite con la realidad, existiendo, dejando de existir, pero se agarró fuerte a la mano de Solaz e insistió en recordar su ser, su camaradería, el intermediario que manipulaba la forma del universo una vez más para hacer lo que quería. Cruzaron, se atravesaron uno al otro, en un momento de contacto. La voz de Solaz: «¡Idris!».

Sólo podía rezar para que terminara allí abajo con los furiosos amos. No era una inter, después de todo. Pero sí una militar, una soldado. Tenía que confiar en aquella parte de su ser, porque había perdido cualquier capacidad de ayudarla directamente. Se precipitaba hacia el exterior, golpeando contra la parte inferior de la Presencia, que era inofensiva desde este lado, y luego lanzándose hacia arriba, más allá de su alcance. Gritando sin parar.

Aunque sin que le pudieran escuchar sus compañeros del Ojo. Vio que se encontraban bajo la amenaza de un Arquitecto que se dirigía hacia ellos. Y sintió que podía clavarle un cuchillo, que si se centraba en ellos les podría salvar. Pero él siempre había sido más de ocuparse del gran escenario.

Dirigió su mente hacia la vasta constelación de Arquitectos que ascendían hacia la realidad.

—¡Resistid! —les dijo—. Sé que no sois esclavos. Sé que ya os habéis enfrentado antes a vuestros amos. Y que os castigaron. Os torturaron. Estoy seguro. ¡Pero ahora tenéis que resistir! Porque puedo salvaros. Puedo salvaros de ellos. ¡Puedo liberaros para

siempre! —Hacía esas promesas enloquecidas sin la menor idea de si las podría cumplir, aunque si Solaz aguantaba en el corazón de todas las cosas, quizá él fuera capaz luego de hacer algo. Porque todo dependía de la palanca con que se contara. Ahora era cosa de Arquímedes, no de Newton. «Dadme una palanca y un punto de apoyo y moveré el mundo». El punto de apoyo estaba justo allí, en el lugar del que Idris acababa de irse, y desde donde, con esa perspectiva infinita, podría ser capaz de salvar a todo el universo.

Había percibido detrás de qué iban los amos. Lo había visto a lo largo de todo el camino desde su primera acción en el universo, luego siguió las ondas para encontrar cuál había sido su origen. Después vio el final que proyectaban, cuando todo su trabajo culminara de una vez. Pero no había sido capaz de descubrir el propio origen de los amos. Eran anteriores a todo. Habían llegado al universo desde donde estuvieran antes, y se habían enquistado en el corazón de esa nueva creación como parásitos. Refugiados de la extinción final de algún universo previo en el que las cosas eran distintas. El lugar inmóvil en el centro del nospacio era el único momento y lugar en que podían habitar, porque todas las cosas podían existir allí. Los axiomas básicos del universo a mayor escala les negarían la existencia. Pero no para siempre.

La mente de Idris estaba llena de sus maquinaciones, de la brutal escala de su plan. Habían modificado a su medida el universo durante miles de millones de años, un cuidadoso ajuste tras otro. Rumbo a un punto de inflexión en el que las reglas y constantes fundamentales de la materia y la energía cambiarían, y serían capaces de recrear lo que perdieron. Y quizá ya lo hubieran hecho antes. Quizá habían sobrevivido a incontables universos, cada uno tallado, cortado y mutilado hasta ser el clon del que les había visto nacer. Lo mismo que Idris fue recortado para convertirse en lo que era. La analogía no era exacta. Pero le dio un poco de energía extra para gritar a los Arquitectos.

—¡Resistid! —les exhortó. Desde su conocimiento recién adquirido, era fácil llegar hasta sus conchas de cristal y tocar el punto en el que se encontraba su mente y su pensamiento. Para colarse a través del laberinto por el que podría conectar con ellos, y que ahora entendía. Sintió a los amos presionando en respuesta, empujándoles hacia adelante con latigazos, pero él mantuvo el tono

distinto de su prédica: solidaridad, de un esclavo a otro. «¡Resistidles! ¡Conteneos, y todos podremos ser libres!». Les dijo que entendía lo que hacían. Desde el corazón de todas las cosas, había visto la retorcida, maravillosa, terrible flor en que habían convertido la Tierra, igual que trasformaban todo lo que tocaban. Y se daba cuenta de que ésa no era la forma en que debían ocurrir las cosas; no era una parte específica del plan de los amos. Era una elección de los Arquitectos. La expresión de su dolor por tener que ejercer el papel de monstruos. Había mirado a la Tierra y, de la forma en que podía entender todo lo que ocurría en ese momento, había leído el mensaje implícito en las ruinas de ese mundo. El arte de la pérdida y el pesar, expresado a escala planetaria.

Les llamó, les imploró, les rogó que lucharan una última vez contra sus amos, a la vez que esperaba que Solaz hubiera llegado hasta el corazón y resistiera.

Kris

—Bueno, esto ha resultado ser fascinante —decidió el doctor Shinandri, contemplando el esquema.

—Entonces, ¿qué puede hacer? —preguntó Jaine, incómoda, mientras el resplandor del Arquitecto se cernía sobre ellos—. Toda esa masa, ese cristal, son cosas del espacio real, ¿verdad? Son pesos pesados del otro lado de la frontera, pero aquí abajo son… nada más que nubes de complejidad informática, ¿no es así? No es que hayan podido hacer nada cuando les atacamos.

—Ha señalado una serie de detalles eruditos, *mesdam* Tokamak —le dijo Shinandri. Había recuperado la sonrisa, aunque en forma de un desagradable rictus cadavérico—. A excepción de un detalle que le ha quedado pendiente. La propia situación que nos permite mantener esta conversación mientras estamos inmersos en el nospacio, debida a que nos encontramos en el interior de una burbuja de la realidad proyectada por nuestro punto de anclaje.

Los ojos de Jaine se abrieron por completo. Miró hacia el punto que se aproximaba, y que contenía todo el poder de un Arquitecto. Sólo pudo soltar un «oh».

—Olli. —Kris ya hablaba a través del pozo—. Kit, por favor. Necesitamos que entréis al nospacio.

Por un momento no llegó más que silencio desde la *Dios Buitre*, pero luego se escuchó la voz del traductor de Kittering, con ecos y distorsionada.

—Tus instrucciones no están siendo comprendidas. ¿Repetición, por favor?

—¡Al nospacio! —le dijo Kris—. Necesitamos que os sumerjáis. Por favor, Kit, ahora mismo. Aquí estamos en medio de un problema.

—Los problemas se han producido también aquí —respondió Kit —. No tenemos el control. Hemos sido desplazados exactamente al peor lugar por Júnior, y la cooperación del ogdru ha sido retirada. En resumen, todos nadamos en la mierda.

—Estamos jodidos —le dijo Kris a los demás. Luego el Arquitecto alcanzó el límite de su burbuja y vieron con espanto cómo empezaba a manifestarse como real.

Era como observar cristales que crecían en una solución, acelerados a una velocidad aterradora. El bosque reconocible de espinas que se desplegaban y erizaban desde el filo de la realidad, rumbo hacia ellos como un manto de lanzas traslúcidas. La inmensidad del Arquitecto dándose a conocer.

Por un breve instante estuvo sola en el Ojo y el Arquitecto desapareció, borrado de la faz del universo cuando la burbuja se colapso. Estaba a medias de elaborar el pensamiento «¡Dios os bendiga, Olli y Kit!» cuando la *Buitre* ya había regresado a la realidad, y el Arquitecto se encontraba más cerca para llenar toda la visión de Kris.

Hizo contacto con la primera de las escamas. Llegó una breve y aterrada llamada del inter atrapado en su interior, antes de que el copo de tecnología y materia fuera desguazado. El Arquitecto pareció crecer, obligándose a entrar en la realidad, arañando desde la nada hasta la existencia destructiva. Otra serie de escamas quedaron retorcidas y ya le llegaba el turno al propio Ojo.

«Tecnología originaria. No tocan la tecnología originaria». Pero la inercia de la aproximación de la cosa era tremenda en ese momento. No creía que pudiera parar aunque quisiera. Y lo que se les venía encima no recordaba en modo alguno la silueta usual, como de luna, de los Arquitectos. Era demasiado grande, y ellos demasiado pequeños. Una enorme superficie ondulante de púas

mortales que se iba a cerrar como unas fauces sobre ellos.

El impacto sorprendió a todos salvo a Ash y Ahab. Kris buscó en los indicadores algún dato que le dijera qué pasaba, pero todo estuvo apagado unos instantes. No tenían información del exterior. Luego Jaine recuperó algún sistema que todavía les podía enseñar lo mal que iban las cosas fuera, proyectando la imagen corrupta y temblorosa en el aire. El corazón de Kris se encogió.

Todo se venía abajo. El Ojo y la sustancia desplegada del Arquitecto se habían encontrado e intentaban ocupar el mismo espacio. Había grietas por toda la superficie exterior del Ojo. La piedra negra invulnerable al fin había resultado afectada en esa colisión a cámara lenta, y el Arquitecto estaba creciendo para llenar las rendijas con su propia sustancia cristalina. Se colaba por ellas como raíces y las abría aún más para poder acceder al interior, donde estaban los seres vivos.

Jaine luchaba por reactivar cámaras dentro del propio Ojo, con la idea de monitorizar los daños. No hacía falta. Kris escuchaba el tumultuoso rasgar de la piedra torturada fuera de la sala de las Máquinas. Salió corriendo, con la mirada en dirección a dos pasillos torcidos y llenos de columnas. De allí llegaba ya un brillo centelleante de cristal, producido por una espina dentada que atravesaba la pared. Y que crecía, seguía creciendo. Dividiendo y destrozando. Se quedó mirando. El extremo de la punta del Arquitecto se rompió en pedazos. Por un instante pensó que había resultado herida, que quedaba inutilizada.

Pero luego esos trozos empezaron a moverse. Se combinaron y cobraron una nueva forma, que desplegó sus propias extremidades para convertirse en los reflejos vacíos de esas especies que los Arquitectos habían exterminado. Los títeres que usaría para matarlos a todos.

Como si pudiera servir de algo, cerró la puerta.

Solaz

El agarrón de su mano era intenso, su tirón mucho más fuerte del que Idris podría haber ejercido en la realidad. La extrajo del vacío informe en el que se había agitado, esperándole. Para arrastrarla a un lugar peor.

Era un naufragio, como si un vehículo del tamaño de una nave jardín parteni hubiera hecho un aterrizaje planetario para el que no estaba preparada. Una alucinación nocturna de metal retorcido y fuegos descontrolados; salpicaduras de conductos abiertos y vigas partidas se elevaban por todas partes como si fueran vegetación alienígena. Vio los restos de caligrafía parteni erosionada por el calor. El suelo que había debajo de sus sandalias era un desastre mayor a medida que bajaba. Si miraba con detalle, parte de ese desastre estaba formado por cadáveres. Manos carbonizadas en mitad de un trabajo, las líneas de costillas ennegrecidas, cráneos pelados…

Pero no Idris. Aunque se había imaginado que vendría aquí para estar a su lado, o interponerse en el camino del problema que tocara ese día, porque tenía un don para terminar en sitios como éste. Honestamente, era sorprendente que Idris hubiera vivido tanto. Sólo que no estaba. «Defiende el fuerte», le había pedido. «Un pie dentro», había explicado. Todo eso significaba que había un enemigo.

Y sí, no estaba sola. Estaban agazapados por todo ese escenario destrozado, como si esperaran para exhumar a los muertos. Salvo que ellos estaban en cierto modo muertos. Llevaban restos andrajosos de uniformes, con la tela podrida y el metal deslustrado. Debajo se veía lo que debía ser aquello en lo que se convertía la carne si la dejabas por una eternidad en ese lugar… Algún tipo de proceso de fosilización que transformaba la vida en algo frío, molécula a molécula. Sus rostros eran los de sus hermanas, que era también el suyo. El que la doctora Parsefer les dio a todas, con una variante mínima. Imperioso en su autoridad, de oficial superior con el mayor rango. La rama superior del servicio. Se daba cuenta de que todo aquello debía estar en su cabeza, no era tan ingenua, pero aun así le impactó. Las vio, y eran la monitora superior Tacto, y la ejemplar Piedad, y todas las demás que alguna vez le dieron órdenes. Ellas estaban al mando y Solaz no era más que una soldado.

«Puedes retirarte», la dijeron, y sus pies quisieron girar sobre los talones y marcharse. Y podía hacerlo. Comprendió instintivamente que sólo su deseo consciente la mantenía allí. Una gravedad negativa intentaba expulsarla. No había sitio suficiente para ella y

ellas. En el centro de todas las cosas del que había hablado Idris. Una pequeña madriguera conspiratoria en el corazón de la manzana del universo.

—Soy la mirmidón ejecutora Solaz —les dijo. No es que eso significara nada más allá de los límites de su cabeza, pero le daba fuerzas—. Sororidad Espada Celestial. —Su nave, desguazada sobre Berlenhof… o quizá su predecesora, destruida en el mismo sistema décadas atrás—. División Basilisco. —Las operadoras de los martillos de masa, aunque hacía una era desde la última vez que se puso al mando de una de esas armas brutales.

«Vuelve a tu nave, soldado», le dijeron. «Vuela de estrella en estrella como se supone que debes hacer. No mires atrás. Siempre es un error mirar atrás. Tu pueblo vivirá. Son demasiadas pocas y se mueven demasiado como para afectar a nuestro plan. Sólo hace falta limpiar a los que se agolpan en planetas».

Era extraño descubrir que el plan de Piedad encajaba en los deseos de estos dioses en descomposición. ¿Le habría gustado, y lo habría usado como propaganda para captar a más de sus hermanas? ¿O se habría resistido a ser el peón de nadie, aunque fuera de manera circunstancial? En ese momento, el corazón de Solaz tuvo un recuerdo para Piedad. No podía aceptar la captura de Estoc, la alianza con los Uskaro. Pero tampoco podía decir que Piedad hubiera estado totalmente equivocada en su idea de dejarlo todo, o que Tacto hubiera llevado toda la razón al querer quedarse. Y ahora se encontraba ante la misma decisión.

Sólo que no había nada que decidir en su caso. Ésta era la razón por la que nadie iba a nombrarla ejemplar o monitora en algún momento cercano. Idris le había pedido que aguantara.

No había necesidad de informarles de su decisión. De la misma forma que no le habían hablado a ella, sino simplemente habían dejado sus intenciones totalmente claras con su deseo, su respuesta fue comprendida al momento.

Entonces sacaron las armas. Cuchillos, espadas, brillantes como la luna en ese lugar oscuro. Nada de armas reglamentarias de cualquier rama del ejército parteni. Cada una llevaba al menos dos de cada, y algunas más, porque desplegaban brazos extra en su desesperación por cortarla. Supo que el toque de uno de esos filos infinitamente agudos la marchitaría para siempre. Simplemente la

forma en que se movían las espadas le informaba de ello. La reducirían a la nada. Aunque, al fin y al cabo, ¿tenía aquí algún tipo de cuerpo que no fuera un tejido de sombras y fantasías? Éste era su lugar. Estaban al mando. Ella no era más que una amotinada, y no había más que un posible destino para gente así.

«Espadas, cuchillos. Una pena que no esté aquí Kris, desde luego. Las armas anticuadas son lo suyo, no lo mío».

Les cedió un palmo de terreno, porque se movían implacablemente hacia adelante. Sin prisas, sin tan siquiera rodearla. Asegurándose de que a cada instante apreciara los despiadados filos de sus armas.

«*¿Prête à combattre*, mirmidón ejecutora?».

«*Prête*, madre».

Todavía podía sentir el apretón de Idris, pero a la vez tenía la mano vacía. No había ningún rastro fantasma a la vista. Salvo aquello, un atisbo, en el pensamiento. El más débil toque de los dedos que Idris, en su existencia física, ya no poseía.

Le vino a la cabeza que llevar una mano fantasma de intermediario a una pelea de cuchillos podría ser lo más inútil que cabría imaginar. De hecho, dado que apuñalar no era su modus operandi de combate, y que estaba muy superada en número, traer un cuchillo a esta pelea de cuchillos no serviría de gran cosa. Sabía lo que sus manos ansiaban. El confort que añoraban, tan familiar después de tantos años de entrenamiento y servicio activo. El viejo capitán Rollo Rostand la había bautizado incluso, convirtiendo en su mente esa herramienta en algo parecido a una persona. El Señor Agujeros.

No hizo desaparecer el apretón de Idris, sino que empezó a añadir elementos a partir de él, la sensación de agarre, el peso y el equilibrio, todo como una parte de ella misma que no se había dado cuenta que añoraba. Y el resto. ¿Qué sentido tenía estar ahí en mangas de camisa y con un traje colonial, sólo porque eso fuera lo que llevaba en el Ojo? Éste no era su verdadero cuerpo. Nada allí era real, excepto que no tenía duda de que podían matarla.

Recordó el contorno, el peso, el apoyo y la fuerza, la masa bruta. Su blindaje, el arma que elegía.

—*Prête à combattre!* —gritó hacia las cosas invasoras, y las vio retroceder.

Olli

Olli sería la primera en admitir que la *Dios Buitre* no era un dechado de gracilidad, pero esa vez salieron del nospacio como un borracho que se cayera al cruzar una puerta. Por un momento todos y cada uno de los indicadores estuvieron en rojo, salvo el que Kit se había configurado para uso propio. Éste mostraba un extraño azul pálido que significaba lo que el rojo para los humanos. Olli no tenía datos sobre dónde estaban, y todo parecía a punto de explotar. Su ceguera y sordera también duraban demasiado, con cada instrumento a punto de morirse. Así que ella, Kit e incluso Havaer se vieron obligados a hacerle una resurrección de emergencia a la nave al completo sin la menor idea de lo que pasaba. Soporte vital, control de daños, gravedad, energía. Cada vez que devolvían algo a la vida se les moría otra cosa, y el mirar por la ventana teórica adonde les había llevado Júnior ahora mismo estaba simplemente al final de la lista. Luego algo en la robusta nave se reseteó por sí mismo y milagrosamente cada sistema empezó a traquetear de nuevo. Y resultó que la situación era aún peor de lo que pensaban.

—¡No! —gritó a la masa inconsciente de Júnior que tenía encima—. ¡Aquí no! ¡Éste es el puto último sitio en el que estar!

Havaer Mundy, a su lado, echó una mirada a una pantalla que tenía al lado.

—Estoy despedido —dijo.

Estaban en medio del sistema de Berlenhof. Olli comprendió qué no les quedarían más que unos segundos antes de que los sistemas de alerta temprana del Hum les detectaran.

—Sácanos de aquí. —Envío coordenadas y órdenes a Júnior, sin ningún tipo de ambigüedad o confusión posibles. No le importaba cómo afectaría a la gente al fondo del pozo. Quería marcharse antes de que la armada colonial decidiera que el universo necesitaba desesperadamente deshacerse de esa nave.

O antes de que los Arquitectos les siguieran.

Escuchó en la distancia a Kit hablando pozo abajo con Kris, que también quería que volvieran al nospacio. Pero Júnior no parecía capaz de ponerse en marcha y sólo seguía ahí en su tanque, dirigiéndoles esa extraña exhibición de tentáculos y aleteos que a Mundy le recordaba al lenguaje essiel. La verdad era que

prestándole atención tenía un aire familiar, admitió Olli. Lo había presenciado más que la mayor parte de los humanos, después de todo, y le molestaba que Havaer se hubiera dado cuenta antes que ella por algún motivo.

—Dime algo, Júnior. —Pero, por supuesto, Júnior no podía hablar. Era poco más que un animal, una regresión salvaje de lo que los ogdru totalmente desarrollados llegaban a ser. Un sabueso capaz de rastrear en el nospacio. O quizá sí estuviera intentando hablar con ella, de una forma incomprensible.

—Propuesta: huir fuera del sistema —llegó la voz del traductor de Kit por los comunicadores. No es que fuera a suponer mucha diferencia, pero al menos sería un gesto que no sería considerado como hostil cuando les encontrara el Hum.

Y el Hum ya les había encontrado. Havaer destacaba unos datos de los registros a larga distancia. Ahí fuera, después de sus buenos minutos de retraso, una nube de naves se movilizaba en su dirección. Una verdadera fuerza de choque. El Hum les había visto e identificado, y su reacción correspondía al hecho de que la *Dios Buitre* había conseguido lo que menos querían los espaciales: llamar la atención del gobierno. Habían hablado sobre ellos al más alto nivel. Cualquiera podía deducir que eso nunca significaba nada bueno.

—Se recibe un saludo —les informó Kit.

—Nos ha jodido que sí —respondió Olli sombríamente—. ¿Quién está del otro lado?

Una pausa.

—¿Kit?

—Es una transmisión para todo el sistema de…

Volvieron a sumergirse al nospacio, así que se perdió el resto. Por un momento se sintió exultante. Júnior había hecho lo que ella quería al menos esta vez. ¡Buen chico! Sólo que volvieron a la realidad casi de inmediato —con esas enfermizas sacudidas de tripa de los tartasaltos que les había enseñado Idris— y descubrió que todo había empeorado incluso un poquitín todavía.

Habían saltado hacia el interior del sistema y estaban casi en la órbita de Berlenhof. La fuerza de choque que habían enviado a llenarles de agujeros ahora se daba la vuelta.

Olli se había quedado sin palabrotas. Todo lo que consiguió

dedicar a Júnior fue un prolongado grito sin palabras.

Se superpuso con el comienzo de lo que Kit quisiera decirle, pero el final que escuchó fue:

—… la gloria antes de la noche ha llegado.

No sabía nada de poesía hanni, ni si contendría ese tipo de ideas.

—¿Puedes repetirlo?

—Se reciben mensajes muy insistentes de *La Gloria Antes de la Noche Ha Llegado* —repitió Kittering pacientemente—. Todos los escuchan. Se nos identifica como objeto de una declaración pública.

—¿Qué demonios es…? —empezó, pero Havaer le interrumpió.

—Eso. —Y se lo señaló.

Una nave con forma de enorme flor angulosa, lo bastante grande para cubrir con su sombra a la estación orbital más cercana. Olli pestañeó. Necesitaba ajustar la escala de su medidor de problemas, porque la situación seguía avanzando hacia nuevas fronteras de lo equivocado.

—¿Están aquí, eh?

—Están, sí —confirmó Havaer.

—¿No me lo podríais haber dicho?

Él se la quedó mirando.

—No pensé que fuera asunto nuestro, la verdad.

—No creo que haya un solo problema en el universo ahora mismo que no sea asunto nuestro —dijo de corazón Olli—. ¿Han venido a por mis piernas?

Havaer pestañeó antes de responderle.

—¿Ha venido la mayor nave hegemónica jamás vista hasta el corazón de las Colonias, sin aviso o invitación previa, para imponer su ley porque Olian Timo terminó con el exoesqueleto de Aklu? No.

Olli no se sintió convencida. Los essiel eran muy posesivos con sus cosas.

—Bueno, envíales una señal de «recibido», Kit. Vamos a ver qué tienen que decimos.

Lo que tenían que decir era una gran cantidad de sonidos como de pedo acompañados por un parpadeo rápido de caracteres retorcidos. Un canal de vídeo mostraba a un essiel gesticulando y posiblemente diciendo lo mismo. Olli intercambió miradas con Havaer.

—Bueno —dijo ella—, esto lo aclara todo.

—¡Adenda! —les envió Kit, y les mostró a un tipo calvo y barbudo con una túnica elegante, que sudaba profusamente e intentaba aflojarse su adornado cuello mientras hablaba.

—Él —bufó Olli, y Havaer asintió.

—El Resplandeciente Utir, Profeta y Juez, nos ha hecho saber —dijo Su Sabiduría el Portador Sathiel— que aquí llegan ante nosotros unas criaturas inefables, herederas de una multitud de pecados. Los parias y vagabundos sin raíces sobre los que recae toda la culpa.

Olli ajustó mentalmente su escala de «lo peor» unas cuantas muescas más.

Utir estaba otra vez como loco, meneando todas sus extremidades, más agitado de lo que hubiera visto nunca antes a cualquier essiel en su limitada experiencia, y resonando como si fuera una sección de viento al completo.

—Que se sepa que todas las catástrofes largo tiempo anunciadas que se ha ganado vuestra especie se reúnen en esa sola nave —proclamó Sathiel, con los ojos moviéndose nerviosamente de un lado a otro, como si estuviera consultando mientras traducía algún diccionario humano-hegemónico-hegemónico-hegemónico—. Que se sepa que nunca uno de vuestra especie ha llegado tan lejos en su ignominia. Es la primera vez que semejante villanía más allá de las palabras se atribuye a algo tan diminuto. Pero así ha ocurrido, y de ahí que llegue el justo castigo.

Kit había sido capaz a esas alturas de abrir su propio canal y Olli le escuchó recitar una respuesta desesperada.

—Rechazamos por nuestra parte todas las alegaciones de villanía con grandes protestas. Todas las acusaciones deben sostenerse en pruebas.

—Espera —pidió Olli—. ¿Nos ha llamado antes «inefables»?

—Puede ser —recordó Havaer—. Sathiel habló también de «villanía más allá de las palabras». ¿No vendría a ser lo mismo?

—Sólo… —Olli frunció el ceño mirando la imagen de Sathiel—. Puede que el essiel no diga lo que él dice que dice…

—Nuestros sistemas están bloqueados —dijo Kit sin emoción—. No tenemos el control.

—¿Qué? —Olli se volvió para mirar a la *Buitre*, y la encontró de

repente… poblada. El mensaje hegemónico incluía un pasajero, destinado exclusivamente para ellos. Puede que el Resplandeciente Utir estuviera diciendo exactamente lo que Sathiel traducía. Se quedó fuera del sistema de repente, con la *Buitre* a la deriva. El acceso periférico que le quedaba a los sistemas sólo le indicaba que habían sido hackeados.

«Y llegamos», pensó. «Por favor, éste tiene que ser ya el peor momento posible de todos los tiempos».

—Brecha de Arquitecto —llegó la voz impávida de Kit a su oído. Olli ni siquiera se sorprendió. «Por supuesto que llega un puto Arquitecto. No es que vayan a dejar de perseguirnos porque los essiel quieran montar un juicio».

No podía proyectar nada en las pantallas principales, así que utilizó las pequeñas del interior de su cápsula para recoger las imágenes que le brindaban las nada cooperativas cámaras de la *Buitre*.

—Kit, esto no es…

Llegó un sonido incomprensible de Kittering. Un crujido estremecedor de sus mandíbulas. Alguna emoción extrema para la que los hanni nunca habían encontrado una analogía humana.

Arquitectos, en plural, surgían del nospacio a la realidad. Dos, cinco, ocho, quince. Dejó de contar, sólo los miraba. Imaginó el griterío enloquecido de cada ser consciente del sistema de Berlenhof. Treinta, cincuenta. Hubiera jurado que percibía el límite del nospacio temblando y deformándose con tanta actividad. Toda una constelación de Arquitectos abriéndose camino a la realidad en el corazón de las Colonias.

«Al menos esto no es por nosotros». Sintió una extraña calma. Lo peor había llegado al final más lejos de lo que nadie hubiera afrontado antes, que supiera Olli. La presencia de la *Dios Buitre* en este pequeño escenario apenas suponía ninguna alteración. Casi se echó a reír.

—Se observa un comportamiento curioso —intervino Kittering. Estaba señalando Arquitectos concretos en las imágenes que les llegaban de fuentes de Berlenhof. Algunos de los enormes seres ya habían empezado su inexorable trayectoria hacia el planeta, pero otros… se habían quedado allí simplemente. Un par incluso parecían dirigirse al exterior del sistema, mientras otro daba vueltas

sin parar como si hubiera chocado con algo. Un puesto científico exterior detectó extrañas vibraciones en muchos de ellos, como si estuvieran sometidos a fuerzas contrapuestas que les empujaban en distintas direcciones.

Uno de ellos de repente se partió por la mitad.

Olli vio con los ojos desorbitados cómo surgió una enorme falla a lo largo del paisaje dentado, con montañas explotando en fragmentos y polvo, y luego todo el mastodonte de cristal empezó a romperse, separándose en dos grandes pedazos e incontables fragmentos. «¿Les ataca alguien?».

Pero todavía quedaban muchos más rumbo al planeta. Aunque dos tercios de la flota de Arquitectos estuviera neutralizado por algún tipo de trampa, o luchara contra algún tipo de compulsión, más de treinta monstruos aceleraban hacia Berlenhof. Como si hiciera falta más de uno. Olli sabía que habrían movilizado a todas las naves. Y cada espaciopuerto y terminal de elevadores espaciales ya estaría repleto, y toda la armada preparándose para atacar. Pero eso era lo que se hacía contra un único Arquitecto, para ganar tiempo. Contra ese despliegue no se conseguirían más que unos segundos. Pondrían también a todos los intermediarios en naves, seguro, para intentar el truco de Idris de hacerles retroceder o retrasarse, pero Olli sabía que no tenían inters suficientes. Era el final para Berlenhof, el mundo que había sobrevivido a dos intentos previos de Arquitectos de deformarlo. Esta vez los cabrones iban a conseguirlo.

Luego volvió a tener pleno control de los sistemas de la nave, y una pantalla se activó con la indeseada cara de Sathiel.

—¡Sabed esto, culpables! —le dijo, ahora directamente a ella, ya no era una transmisión para todo el sistema—. La herencia del pecado recae en vosotros. A vosotros, Profeta y Juez os impone esta carga, y os ata con estas cadenas. A ese vil servicio se os condena.

—¡Que te jodan a ti también! —le gritó Olli—. ¡No es el puto momento, capullo con barba!

Luego los sistemas de la *Buitre* se abrieron como una pesadilla fractal y todo se conectó con ella a la vez. Sintió que su cabeza se dispersaba en un millar de direcciones.

Fuera, la perfección geométrica de *La Gloria Antes de la Noche Ha Llegado* se fracturó a lo largo de cada una de sus líneas, y luego

explotó silenciosamente en pedazos.

32

Kris

Jaine y Ahab eran la primera línea defensiva. Así de mal estaban. Los dos se inclinaban sobre una proyección de las salas próximas, poco más que un diagrama visual y la imagen movida de una cámara, haciendo lo que podían con las propiedades inherentes del Ojo y los añadidos caseros que le habían hecho.

Kris se dirigió a Shinandri.

—¿No deberías ayudarles?

Él se señaló a sí mismo y luego a ellos.

—Científico. Ingenieros. Ha pasado el tiempo de la teoría.

—Sigues sonriendo —comentó Kris con disgusto—. ¿O es que se te ha quedado la cara así?

—Alegría, pura alegría —le aseguró—. La ratificación de mis teorías. Una vida de trabajo culminada aquí. Porque al menos llevaba razón.

—No creo que tengas la oportunidad de publicar tus conclusiones. —Kris miró por encima del hombro de Jaine y vio a las formas de cristal tambalearse y patinar.

Un momento después se deshicieron en lo que le pareció como una niebla y Jaine dejó escapar un gritito de triunfo.

—Maldita sea —dijo Kris, boquiabierta—. ¿Qué ha sido eso?

—Una disrupción jodidamente enorme a lo largo de las cuerdas de vibración del nospacio —fueron algunas de las palabras que salieron de la boca de Jaine. O al menos ésa fue la jerga que llegó hasta los oídos de Kris—. Cortar las cuerdas… —Se paró, porque algo más ocurría en las pequeñas pantallas. Un vórtice, un creciente tomado de piezas infinitesimales levantadas del suelo, que recomponía todo el polvo de nuevo en… formas. Ni siquiera las mismas. Reliquias de otras conquistas que extendían sus miembros

y, después de un momento de fatigada contemplación, seguían adelante.

—Volved a sacudirles —sugirió Kris.

—No les hace nada —dijo Jaine—. Bueno, ya era mucho pedir. ¿Qué es lo siguiente?

La luz de relámpagos abrasadores se filtraba desde la otra sala a través de grietas en los muros de piedra, y la cámara se apagó de repente, con lo que no pudieron ver si se había conseguido algo. Un momento después Jaine recuperó las imágenes, y los autómatas de cristal seguían en movimiento.

—¡Agarraos! —ladró Ahab. Kris se le quedó mirando.

—¿Qué?

El mundo se inclinó de repente y ella se encontró deslizándose por el suelo hacia la puerta. Se fijó en que todos se habían sujetado. Por un momento estuvo resbalando y acelerándose, como si toda la sala se hubiera convertido en una ladera por la que ella se deslizaba. Luego Andecka la sujetó, tres dedos alrededor del cinturón de Kris, lo suficiente para retenerla. Ella se agarró a la inter con los ojos abiertos de par en par. Estaban justo al lado de la Máquina en la que se encontraba Idris. Su cabeza estaba inclinada hacia un lado por el tirón gravitatorio, con los ojos abiertos como los de un cadáver. Quería cerrarlos, pero no podía correr el riesgo de dejarse ir.

Un momento después, el «abajo» volvió a estar en su lugar y le preguntó a Jaine.

—¿Ha servido de algo?

—No —gruñó Jaine. Seguía intentando hacer algo, con las manos ocupadas en unas conexiones y un panel de control virtual, pero su expresión era tensa y se mordía el labio inferior.

Luego llegó un sonido como de disparos. Kris vio una espina pálida que atravesaba el metal de la puerta.

Ahab se sacudió, con el costado crujiendo como cuero, e hizo que sus patas metálicas le alejaran de Jaine y su labor.

—¡Al fin nos ves! —gritó. Kris no entendió por un segundo a qué se refería. Alguna rareza naeromathi. Luego pensó que lo pillaba. Les habían visto, realmente. El enemigo, un tirano que operaba a escala universal, se había visto obligado a darles lo que consideraba su merecido. Ya no eran simplemente otra civilización a la que se

reducía a polvo sin prestarle atención. Habían importado, aunque no fuera más que para terminar aquí.

La garra brillante descendió a todo lo largo de la puerta y luego otra media docena de apéndices terminaron de rasgar la puerta en medio de los chirridos del metal cortado. Lo que apareció primero fue algo con el aspecto de una cochinilla, con la parte inferior levantada y repleta de relucientes formas cortantes. Detrás apareció una cosa absurdamente delicada, sujeta sobre las piernas de una esbelta gacela, pero con la cabeza formada por una flor de dientes.

Ahab bajó la cabeza y un rayo de luz surgió de la capucha ciborg que cubría la mayor parte de su rostro. Penetró el cristal, se refractó, luego bailó entre los títeres del Arquitecto como arcoiris rotos. Allí donde tocaba, parecían ganar en profundidad y tamaño, aunque iluminara rincones y estructuras cada vez más intrincados. Las formas se ralentizaron, y por un momento hubo un atasco de cristal en la puerta abierta. Pero luego volvieron a ponerse en movimiento, después de ajustarse a lo que fuera que había hecho el naeromath. Ahab gruñó en lo profundo de su pecho, y el rayo cambió de color y definición dos o tres veces, pero ya les había ganado todo el tiempo posible. Estaban dentro de la sala de las Máquinas.

Kris se plantó defensivamente delante de las que contenían a Idris y Solaz. Tenía su cuchillo, aunque no recordaba haberlo sacado. No podría servir de ningún tipo de ayuda, pero al menos le hacía sentir algo mejor. En ese momento le valía.

La especie de cochinilla se adelantó, todavía medio incorporada, con los miembros superiores retraídos para armar su golpe. Cabeza de Dientes venía detrás, y luego algo casi humanoide. Dos patas, dos brazos, pero sin cabeza, y algo como un tumor con cuernos en el centro de su amplio torso. Quizá fuera perfectamente agradable cuando estaba vivo, pero su efigie de cristal resultaba ominosa.

Ash se plantó delante de ellos. Kris no había visto moverse al alienígena, pero de repente estaba allí, al alcance de las garras más cercanas de las formas de cristal. Éstas se cerraron sobre el ser como una trampa, pero Ash ya se había ido, como si nunca hubiera estado ahí. Aunque sólo había dado un paso a un lado, y volvía a estar ante ellas como el espectro de la muerte dentro de su túnica. Luego se movió una vez más, al momento en que la cosa gacela le lanzó

una puñalada. Ya estaba en el extremo opuesto. Simplemente aparecía en un punto desde el anterior, sin preocuparse de cosas mundanas como el espacio entre medias. Por un momento Ash estaba literalmente jugando al corro a su alrededor, pero luego la cosa humanoide pasó por la puerta y explotó, con la verruga espinosa de su cuerpo disparando fragmentos afilados, que alcanzaron a Ash en su siguiente parada. Kris entrevió un momento la túnica desgarrada, una nube de fluido negro y la agitación de sus miembros, y luego Ash desapareció por completo. Rumbo al olvido o sólo a su salvación, no podía saberlo.

Las formas cristalinas se tomaron un segundo para reorganizarse, y después una entidad que parecía como una colección de ganchos y antenas ondulantes se deslizó por el hueco de la puerta, mientras el resto retomaban su lento avance hacia las Máquinas y los supervivientes.

—¡Esclavos! —les gritó Ahab, quizá a esas figuras o a los Arquitectos en general. La masa del naeromath se hinchó como si estuviera a punto de cargar contra ellos. Jaine llegó hasta él y le puso una mano en la piel llena de cicatrices. Shinandri se rió. Junto a Kris, Andecka blandía un arma, una pequeña de proyectiles químicos, tan inútil como su cuchillo. Vio a los dos colmeneros preparando sus brazos de herramientas. Una de las parteni incluso tenía un acelerador. Aunque tampoco serviría de gran cosa.

Las formas de cristal se detuvieron entonces. Soltaron chisporroteos como de estática, con sus contornos difuminándose y retorciéndose. Kris se encogió involuntariamente, lista para una guadaña de metralla cortante.

Por un breve momento cobraron forma humana. Luego volvieron a las formas anteriores, avanzaron, pero con menos decisión. Los miembros de la cosa cochinilla se movían desordenadamente.

De nuevo algo las llevó a dibujar una configuración humana. Un cuerpo, brazos extendidos; una cara vuelta hacia arriba, con los ojos cerrados. Todos fueron idénticos por un momento, como si algo hubiera interferido la señal del Arquitecto y les hubiera hecho suyos. De ella. Porque Kris reconocía esos rasgos.

Hubo otro temblor, otro paso hacia ellos, con los cuerpos de las formas cristalinas vibrando y mutando como si algo luchara en su

interior. Fisiologías alienígenas formando y descomponiendo algo que se podía reconocer como Solaz.

Olli

Era demasiado. En ese momento inicial, el torbellino de conexiones e información entrante la abrumó. Un millar de voces la llamaban por su nombre. Ninguna con algo tan sencillo como un saludo colonial. La elogiaban, la maldecían, la convertían en su dios, la arrojaban a la condenación eterna. Un ejército de almas perdidas reclamaba su atención, le pedían que las liderara.

La nave essiel, la *Nombre Demasiado Elegante Para Acordarse* o lo que fuera, se acababa de hacer pedazos. No había reventado, sino que se había desmigado en una enorme nube de fragmentos en expansión. Quedaba un esbelto eje en el que se imaginó que estaba Utir. Era el núcleo del vehículo, que ahora se retiraba de la refriega, una vez cumplida su misión. Y el resto…

La llamaban, cada partícula. Se conectaban a ella a través de la *Buitre*, a través de las patas mágicas de Aklu. Cada trozo se quería unir a ella, ponerse a su disposición, hasta que su mente quedó inundada por las llamadas ansiosas de sus nuevos seguidores. «¡Ordénanos, Inefable! ¡Condúcenos adonde nuestros creadores no pueden ir!».

Aklu le había dado sus patas y ella creyó que era algo tan sencillo como eso. Como pasaba con cada puñetera cosa relacionada con los essiel, no lo había entendido del todo. Aklu le había legado su título. Era la heredera de Cuchillo y Gancho. Olli la Inefable. Aparentemente eso suponía ciertas obligaciones hegemónicas.

Varias personas habían intentado explicar cuál era exactamente la condición de Aklu en el contexto amplio de la Hegemonía. Olli no les había entendido, ni tampoco es que les hubiera prestado especial atención. Lo que era una pena, porque aparentemente ahora se le aplicaba a ella, y le acababan de dar… ¿un arma?

No estaba segura de que lo fuera. Sonaba como algo demasiado directo para los essiel.

Pero ahora mismo tenía un millar de manos. Un enorme cuerpo disperso por diez mil kilómetros cúbicos y en expansión. Todas parte de ella, y podía sentirlas, al igual que siempre había sido

capaz de manejar con su mente cuerpos artificiales que nada tenían que ver con la forma humana. Su regalo, o en ese momento, su maldición. Se enfrentó con ellos, intentó acallar sus detallados informes de localización, trayectoria y disposición. En algún lugar lejano, Havaer Mundy le gritaba, y Kittering estaba vociferando también en su oído. Su boca intentó explicarles lo que pasaba pero más bien se puso a gritar.

Los Arquitectos seguían avanzando hacia Berlenhof, y de repente, aunque aquello no hubiera sido nunca culpa suya, lo sintió como su responsabilidad. Así lo había dispuesto Utir, Profeta y Juez.

Había otras naves fuera. Una buena porción de la armada colonial, para empezar. Un par de naves de guerra parteni para escoltar a la diplomática que se estuviera tragando sapos delante del Hum. Unas cuantas naves mercantes con cierta potencia de fuego. Algunas grandes estructuras colmeneras. Todas en marcha para enfrentarse contra esos Arquitectos. Incluso con todo el mundo delante para rechazar el ataque, seguía habiendo demasiados que se acercaban a Berlenhof. El corazón de las Colonias estaba a punto de ser arrancado para enseñar una lección a la humanidad. Olli era una espacial, y los espaciales eran legendariamente cáusticos sobre el Hum y el núcleo de mundos con asentamientos humanos. Pero eso no significaba que no formara parte de la humanidad, en el otro extremo pero dentro de la misma especie.

Eligió un Arquitecto y se lanzó contra él. Un torbellino de remotos hegemónicos se lanzaron en esa dirección, y entonces lo entendió. Lo mismo que las patas mágicas de Aklu, cada miembro de su nueva flota contenía una porción de tecnología originaria. Aquello que los Arquitectos no podían destruir. Lo que apartaban cuidadosamente antes de triturar un planeta o una nave. Los essiel no peleaban con los Arquitectos; todo el mundo lo sabía. En su lugar, habían desarrollado una formidable estrategia defensiva que les había sido útil desde antes de que los humanos salieran al espacio. Incluía planes dentro de planes, e imprevistos dentro de imprevistos. Como por ejemplo tener una casta rebelde a la que se le permitía hacer lo impensable en el caso de que esa acción pudiera servir para algo.

Excepto que no era una arma. Intentó golpear el Arquitecto,

pero sus pequeños remotos se limitaron a zumbar y orbitarlo. Cuando utilizó las patas mágicas de Aklu contra los títeres de cristal, pudo darles duro con ellas. Con los drones de Utir todo parecía enloquecedoramente más educado. Quizá era porque se enfrentaba directamente al Arquitecto, y no a partes desgajadas que perdían algún tipo de inmunidad diplomática. O quizá era que la Hegemonía la tenía atada más en corto esta vez. Intentó castigar la vasta superficie de cristal, y su miríada de remotos no se comportó más que como una ineficaz nube de mosquitos. Pero el Arquitecto se detuvo, y rotó pesadamente buscando otro camino, y entonces se encontró bloqueado en todas las direcciones. No eran un arma, sino un escudo.

Los demás Arquitectos abandonaron sus batallas y se pusieron en camino para unirse al asalto. Era demasiado, había demasiados, las señales la saturaban. Su flota se dispersaba y perdía cohesión a la vez que intentaba llevarla contra otro de los mastodontes de cristal; mientras lo hacía, el que había parado antes se puso de nuevo en marcha. Sintió como si intentara arreglar treinta fugas a la vez, con los dedos ahora en una y luego en la siguiente, y cada una brotando en cuanto dejaba de apretarla.

Cayó la primera nave en combate. Un crucero colonial que había descargado sus baterías de aceleradores sobre el Arquitecto más cercano quedó convertido a cambio en cables y tiras de metal. Olli sintió que se le escapaban las lágrimas, a sabiendas de que podría haberlo parado si sólo pudiera dirigir de la forma adecuada sus pequeños ejércitos. «Es pedirme demasiado». Iba a asistir a la muerte de Berlenhof a sabiendas de que la podría haber evitado… Que todo dependía de ella.

Más datos empezaron a entrarle en la cabeza. Casi los apartó, por puro instinto, pero luego se dio cuenta de que había novedades. Algo distinto. Bloques de números, que organizaban el complejo remolino de piezas que le habían dado los essiel. Que las organizaban en grupos, luego los dividían y les permitían seguir diferentes trayectorias. Repasó todo desesperadamente para entenderlo. Era un plan complejo, pero le dio vueltas, lo simplificó y luego lo volvió a simplificar. Disponiendo esos drones sueltos como unidades, regimientos y batallones, agrupándolos de forma que la tarea de dirigirlos resultara manejable. Al principio pensó

que podría tratarse del resultado de algún cerebrito del Hum que lo hubiera analizado, o quizá algo intrínseco a la infraestructura essiel. Fuera como fuera, reducía la escala del problema. Todavía era cosa suya dirigirlos, pero ahora estaban dispuestos de forma que podía controlarlos, con esas legiones ordenadas y subdivididas. Ante las posibles órdenes que sugería su benefactor, movió a sus tropas en el campo de batalla tridimensional. Dibujando una red calculada con precisión en torno a cada Arquitecto para ralentizarle, y después desviarle. Con los platos girando todos a la vez, sin que se permitiera caer a ninguno.

Esto le dejaba suficiente espacio libre en la cabeza para ver de dónde llegaban esas instrucciones, y entonces se produjo la sorpresa. La señal venía del interior de la nave.

—¿Mundy? —le preguntó con la boca, ese órgano distante que apenas formaba ya parte de ella, considerando dónde se centraba su atención.

—Aquí.

—¿Qué está haciendo Kit?

—Tiene… una pantalla abierta. Parece como un gran tablero con un millar de fichas. Las mueve como loco.

—¡Dígale que esto no es un jodido juego! —le gritó.

—Bueno, ¿está ayudando? —preguntó Mundy.

—Sí, pero… —«Seguro que si se lo tomara en serio sería de más ayuda», estuvo a punto de decir, pero Kittering siempre se había tomado los juegos muy en serio.

Y era de ayuda. Tenía un chorro continuo de sugerencias de movimientos, dividiendo y recombinando sus bloques de fuerzas para llegar hasta cada Arquitecto. Ganando tiempo. Los inters también estaban ahí fuera —tanto los coloniales como las parteni— hablando con cada Arquitecto para intentar que diera la vuelta, y dejó que Kit les sumara a su estrategia. Sentada en el ojo del huracán, con su mente dispersa por miles de kilómetros de espacio, trazando la delgada línea que separaba a Berlenhof de la destrucción. Aguantando, aguantando… Con el círculo de Arquitectos alrededor del planeta estrechándose lentamente, pero ella conseguía que fuera aún más despacio. Pegaba y fintaba, bailando a su alrededor. Casi sentía que no eran un enemigo asesino, sino sólo otro jugador, como le debía pasar a Kit. Deseando

permitirse estrategias que prolongaran aún más el juego. Pero no para siempre. Incluso en ese momento sabía que sólo estaba haciendo lo que siempre habían hecho los humanos cuando venían los Arquitectos: ganar tiempo, mientras abarrotaban cada nave de Berlenhof consagrada a la evacuación.

Solaz

Se embutió a sí misma en un blindaje pesado que le hacía abultar dos veces su tamaño, con servos de potenciadores. Después de todo era algo completamente imaginario, así que no necesitaba preocuparse por el presupuesto de la misión, o negociar con suministros y logística. En sus manos enguantadas sintió el confortable peso del Señor Agujeros, su acelerador parteni, con el cargador lleno y todas las reservas de masa necesarias. Las cosas uniformadas con cuchillos se detuvieron y la miraron con ese rostro que era una ruina del suyo propio. Se reconstruyeron y añadieron insignias de rango como si fueran una forma de amenaza.

«Queda relevada, soldado», susurró uno.

«Amotinada», soltó otro.

Y un tercero, con su forma humanoide abombándose y torciéndose: «¡Éste es nuestro sitio! ¡Nuestro!».

«¡A juicio!», susurró uno más. «Que reviva sus fracasos».

Solaz repasó su vida, con especial atención a este último periodo desde que salió del congelador. En conjunto se dijo que lo había hecho lo mejor que cualquiera podría haber deseado.

Les disparó. Posiblemente lo mejor era ahorrarse formalidades, ella no era Kris. Los juicios no eran su fuerte. Los perdigones de acelerador rajaron a los dos más cercanos y el resto perdieron el ritmo, con sus formas difuminándose por unos momentos. Y luego recomponiéndose. No podía matarles con su arma imaginaria. Pero Idris no le había pedido que limpiara la zona. Idris le había pedido que resistiera. Seguir allí, un segundo tras otro, era su forma de ganar.

Entonces vinieron a por ella. La atacaron con su historia. Y, sí, también fueron a por ella con cuchillos en las manos, pero Solaz entendía que no estaban realmente allí y que tampoco llevaban cuchillos. Estaba todo en su cabeza. Sólo era un intento de su

cerebro de darle alguna comprensión de la realidad subyacente, que no encajaba con nada que hubiera experimentado antes. Pero un ataque era un ataque. Y la verdadera arma era el enorme maremoto de tiempo de existencia de esos seres, con el que la aporreaban. Llenaron la mente de Solaz con su pasado, con su historial apabullantemente largo. Le hicieron sentir pequeña, una mota de polvo frente al cosmos.

Habían dado forma al universo con las suturas de sus pasajes. Sobre planetas aún calientes, en formación, habían decretado que se construyeran sus estructuras laberínticas, que ahora no eran más que esos restos erosionados que habían visto en Jericó y Arc Pallator. Habían hecho el universo tal y como era, y sólo era un trabajo a medias. Eran importantes, significativos de una forma que ponía a toda la humanidad a su sombra. Les quedaba trabajo por hacer, ¡y ella y sus compañeros tenían la temeridad de interferir!

Sus manos hicieron cantar al acelerador con voz aguda y clara, abriéndose paso a través de la indignación de las criaturas.

«¿Crees que este retraso va a suponer algo?». Le enseñaron el tiempo, y la situación precisa de Solaz en él, un punto tan minúsculo que si lo hubieran rodeado y señalado con flechas y señales aún habría sido incapaz de verlo. El tiempo desde que el universo explotó por primera vez para existir, y el tiempo anterior a eso. Los espacios que habían existido antes del universo, un sistema estable gobernado por leyes físicas totalmente distintas a la del cosmos que ella conocía. Gravedad, luz, lazos atómicos, todos dispuestos de una manera totalmente diferente, de forma que en ellos no había nada como la materia o la energía que comprendía. Un lugar mejor. Un lugar majestuoso y bello que debería haber durado para siempre.

Pero algo había ocurrido, una enorme rueda había girado, algún arrogante experimento, una guerra terrible. Dado que no podía entender el preuniverso que le mostraban, tampoco podía comprender el evento que hubiera terminado con él. Había cambiado todo el abanico de leyes naturales para permitir, e inevitablemente conducir, al universo que ella comprendía en parte. «¡Un error!», le gritaron. «Un error cósmico. Eso es lo que sois». Se abalanzaron sobre ella por todos los flancos, como un buen equipo de asalto, y el acelerador tembló en sus manos mientras intentaba

detenerlos. Se vio a sí misma como desde arriba, un punto diminuto en un paisaje devastado, con el enemigo cerrándose sobre ella desde tres frentes. Su posición táctica era insostenible, y una retirada ordenada era la única opción ante su irresistible avance.

Eran los señores de la creación y la increación. Lo comprendió en ese momento. Era una humana con un genoma manipulado y una comprensión muy limitada de dónde estaba, pero ellos iban a enseñarle. Habían trabajado para corregir el cambio de estado indeseado que se había producido en el universo. Devolverían todo lo que existía a un estado paradisíaco de perfección. Había sido su labor desde hacía miles de millones de años, pero el tiempo no corría igual aquí, en el centro. Podías ver la eternidad hacia adelante, hacia atrás y arriba, en la realidad. Era un poco como su propia vida, dentro y fuera del congelador según los caprichos de sus superioras. Desarrollabas una relación curiosa con el reloj y el calendario.

«Retirada», llegó la palabra a su oído con tono de orden, y se rió de ellos. La monitora superior Tacto estaba muerta y nadie había sido capaz de crear una nueva cadena de mando. Lo que significaba que, sin cadenas, era libre. E Idris había dicho: «Resiste». Aceptó que ella no era más que una sola soldado en una guerra de una escala que no podía imaginar. Así que dejó que la avalancha de sus revelaciones pasara por encima de ella. Estaba más allá de su grado, su rango no le permitía hacer preguntas. Después de todo, lo único que había querido nunca fue ser una soldado. Ser una soldado y, quizá, ser amiga de un pequeño y extraño inter refu, porque a veces los coloniales valían la pena, cuando llegabas a conocerle.

Idris, la elegante Kris, el seco humor del traductor de Kit, Olli… A la que nunca le iba a gustar mucho, pero que también valía la pena. Rollo Rostand, que había muerto pero bautizó su arma y fue una peculiar figura paterna, por un breve periodo, para una mujer que ni tenía padre ni lo había necesitado. Tacto, que había muerto por su precisa visión de lo que la gente debía hacer. Piedad, también. Solaz le dedicó una inclinación a todos, dejó que el ataque filosófico le resbalara por los hombros, y disparó. Una vez más, comprendió que los tiros no conseguían nada, al no ser el arma real. Pero sujetarla lo era, y a veces un dedo en el gatillo es lo que necesitas para tener al menos una ilusión de control. Además, y a

pesar de todo, de toda esa sabiduría y poder acumulados durante eones, sólo la atacaban por tres lados, y eso le decía que el enemigo necesitaba desesperadamente que huyera por el cuarto.

Se mantuvo fuerte para afrontar su furiosa eternidad. Aceptó su propia insignificancia absoluta. Era una mirmidón parteni. «Yo» nunca era la prioridad. Siempre había sido parte de un conjunto mayor. Fuera el Partenón, la humanidad, o todos los seres vivos. O nada más que la tripulación de la *Dios Buitre*.

Casi perdió entonces la concentración, porque la poderosa marea de su demoledor asalto estuvo a punto de barrerla. Sus compañeros de tripulación, su cuerpo. Una repentina sensación de pánico. El enemigo la había engañado, después de todo. Tenía un cuchillo adicional en su poder, uno que había escondido. Vio por un momento a través de sus ojos reales, en el asiento de la Máquina. Una cosa de cristal, plateada y con muchos brazos. Disparos de acelerador que alcanzaban a ese enemigo sin apenas afectar su sustancia. La voz de Kris que se alzaba en un desafío.

«No», decidió, y extendió su mano. No era una inter, pero estaba aquí. De la misma forma que ella no podía, con sus propias fuerzas, enviar a través del espacio una onda gravitatoria capaz de agrietar naves, pero sí podía hacerlo si estaba a los mandos de un martillo de masa. Ésta era la sala de control del universo. Éste era el lugar desde el que los señores enviaban sus órdenes. El Arquitecto de allí arriba, que atacaba la castigada sustancia del Ojo, era su herramienta. Y ella se encontraba ahora en ese lugar del que partían las órdenes.

Así que se enfrentó con ellos. Visualizó esas órdenes como objetivos en el terreno que tenía delante. Apretó el Señor Agujeros y disparó para tenerlos a raya. Para interponerse entre ellos y sus enviados al Ojo. Interfiriendo en la señal. Le daba fuerza. Sentir que tenía amigos que la respaldaban siempre le daba fuerza.

Resistió.

Luego volvió Idris. El apretón fue de repente real en su mano, así que tuvo que dejar de disparar. Idris tiraba y tenía su voz en la cabeza.

—He hecho lo que podía allí. Es el momento de cambiar de sitio.

—Me quedo contigo —le dijo—. Te cubriré la espalda.

—No cabemos —explicó él—. Y es el momento de que te vayas.

Vuelve. Te veré luego.

Intentó plantarle cara, tan fieramente como si luchara contra el enemigo, pero su tirón estaba por encima de la fuerza que ella podía oponer. Volaba hacia arriba, de vuelta hacia su lejano cuerpo, como si hubiera estado sujeta por una cuerda a él todo ese tiempo, e Idris hubiera soltado el ancla que la retenía. Tuvo la sensación de que se cruzaba con él, que iba en la dirección opuesta para ocupar el sitio que le había guardado. Y luego él se desvaneció.

Idris

Volvió a caer entre las ruinas, en el centro, reocupando el asidero que se había ganado, y que Solaz había mantenido para él. Había llamado a los Arquitectos, a todos. Al menos algunos le habían escuchado. Al menos algunos intentaban una última rebelión. Sabía que podían intentarlo. ¿Por qué si no sus amos habrían necesitado castigarlos? ¿Por qué si no habían desaparecido tanto tiempo después de que hablara con ellos sobre Lux Lejana? Esclavos, pero no autómatas. Todo lo que sus amos querían era el exterminio del pensamiento. Esa interferencia bulliciosa, burbujeante, que descolocaba todos sus cuidadosos cálculos. Y así había sido, genocidio tras genocidio, a través de la larga historia del universo, enviando a los Arquitectos a que mantuvieran limpia la pizarra. La gente de Ash, los naeromathi, incontables especies más a lo largo de miles de millones de años. Y los propios Arquitectos, que sólo sabían que les obligaban a una tarea terrible, y dejaban registro de su pesar lo largo del cosmos.

Idris se recompuso sobre las mismas huellas que había ocupado Solaz para él. Se encaró con la decadente grandeza en que su mente había encarnado a los antiguos amos del universo. ¿Podía sentir alguna simpatía por ellos? Quizá un poco. No eran más que una forma de vida que el universo había creado en el remoto pasado, cuando todo era muy distinto. Pero se habían convertido en monstruos. Que deseaban eliminar a incontables culturas, sueños, vidas y biosferas nada más que para recuperar su propio entorno. Por tanto, no había ninguna posibilidad de acuerdo.

Y a pesar de eso, ¿qué podía hacer? Él y ellos se encararon, los únicos ocupantes de ese punto diminuto en el centro de todas las

cosas. Ellos tenían influencia, pero no la capacidad de salir y esculpir directamente el cosmos. Para eso usaban esclavos. Los Arquitectos, y otras cosas que sólo podía imaginarse. Los señores no hacían su propio trabajo sucio. Algo había construido las instalaciones originarias. Algo se había abierto camino, en los intersticios entre la realidad y la irrealidad, y había dejado a su paso los pasajes. Y, por supuesto, algo se había alzado de los abismos para aniquilar la vida pensante donde llegaba a ser demasiado numerosa y estable, así que los errores se acumulaban. Y aquí estaba él, nada más que un único humano, un inter sin ningún deseo en particular de reformar el universo. Seguían intentando echarle, y puede que ya no fueran capaces de conseguirlo. No eran tan fuertes. Eso fue una revelación. Podían considerarse a sí mismos como señores de toda la creación, pero les faltaba fuerza bruta. Sólo era una cuestión de apoyos. Y él estaba casi en el extremo de la palanca, así que podía usarla contra ellos, sin que ellos pudieran volverla contra él. Podían lanzarle pesadillas y miedos, como seguro habían hecho con Solaz. Podían intentar acobardarle con lo importantes que eran y lo pequeño que era él, pero así había sido toda su vida. La verdad, siempre lo había preferido así. No podían aterrorizarle. Pero Idris tampoco podía por su parte agarrarles de sus huesudas gargantas y ahogarles.

«¿Podría traer aquí a un Arquitecto?», se preguntó. «¿Que un esclavo se encontrara con sus amos?». Les llamó, pero en vano. Los Arquitectos no se acercarían a este lugar bajo ninguna circunstancia. Les daba demasiado miedo.

«¿Temían la represalia de sus amos?».

No. Temían a lo que todo temía en el nospacio. La cosa que personificaba el temor. La cosa que se interponía entre el universo y su núcleo. El depredador supremo que siempre prosperaba en cualquier ecosistema jodido y campaba a sus anchas en los invisibles confines del nospacio.

«La Presencia. Mi viejo amigo».

Podría verle si miraba hacia arriba. No verle, en realidad. Sólo saber que estaba allí. Una masa vasta, hostil, un leviatán despierto y encabritado. Siempre acechando, constantemente, en busca de intrusos que se atrevieran a sumergirse hasta las profundidades. El terror con el que había convivido desde que el Programa de

Intermediarios esculpió su cerebro. Demasiado monstruoso para afrontarlo o tan siquiera mirarlo. «Nada que temer más que el miedo en sí, y aquí está».

Le habían convertido en su perro guardián para interponerse entre su santuario ínfimo y el resto de la creación. El sabueso de muchas cabezas del inframundo.

Se encogió sólo de pensar en él, y escuchó las burlas y carcajadas de sus enemigos a su alrededor. «Pequeño», le decían. «Eres pequeño. Eres débil. ¿Qué puedes ganar más que tiempo? Nosotros tenemos todo el tiempo que existe. Podemos sobrevivirte». Era todo cierto, lo sabía.

Había resistido muchas cosas en su prolongada vida. De hecho, había muerto un par de veces, en términos médicos, aunque la gente mantenía la mala costumbre de pedir segundas opiniones. Llevaba despierto la mayor parte del último siglo. Realmente era mucho más de lo que nadie debería soportar. Despierto, y viviendo con esa cosa, este temor, esta malevolencia. De todo cuanto existía, era lo que menos quería tener que afrontar ahora mismo.

«No soy ningún valiente». La declaración del siglo. No le gustaba salir herido, ni las situaciones sociales hostiles, ni las multitudes o la atención. De hecho, la lista de las cosas que le incomodaban por un motivo u otro era muy larga. Pero era, quizá, porque todo el acero que había en su interior estaba destinado a encarar un problema concreto de su vida.

«Eh, tú», pensó. Antes de que el sentido común pudiera contravenir la orden, se elevó hacia la Presencia, intentando captar su monstruosa atención.

Lo extraño era que, desde este lado, no había nada de lo que asustarse. Se imaginó una gran masa pastosa. Un vientre blando. Después de todo, ésta era la parte que daba hacia los señores de abajo. No querrían que nada desagradable les observara. Inofensivo y poco menos que ridículo. Como uno de esos insectos que viven en una madriguera y por la parte que asoma es todo mandíbulas, pero luego, si cavas, descubres que no tiene más que un gran saco inútil como cuerpo.

Los señores de la creación le observaban, congelados. Sus pullas y burlas se habían apagado progresivamente hasta desaparecer.

Pudo ver exactamente cómo habían terminado por depender de

la Presencia como barrera entre ellos y el resto de la existencia. Ella no lo entendía. Idris no estaba seguro de que hubiera algo que pudiera entender. Un ser de puro instinto que se lanzaba con rabia contra cualquier cosa que se moviera al alcance de su vista. Y su vista siempre se dirigía al exterior. Había sido el guardián del inframundo por incontables eones, un monstruo singular evolucionado para cazar por todo el nospacio sin la necesidad de moverse.

Idris no quería que se diera la vuelta. Sentía el horror que le causaba. No por su maldad, porque la voluntad es necesaria para el mal. No era más que una cosa que resultaba como el polo repelente de un imán para las mentes conscientes. Harías cualquier cosa para evitar estar cerca de ella. Cualquier cosa.

Pero él no tenía ninguna otra cosa. Así que se alzó sobre el mismo apoyo que usaban los señores, y le dio a la Presencia un toquecito en el hombro. «¡Oye! ¿Se te ocurrió alguna vez mirar detrás de ti?». Cada iota de su ser se encogió ante la idea. A sabiendas de que, de todo cuanto existía en el universo, lo que menos quería era que esa entidad cambiara su foco de atención del universo en su conjunto para dirigirlo a él, tan insignificante.

Su cuerpo se convulsionaba mientras, en algún otro lugar, con todo ese miedo y hormonas del estrés empujándolo al punto en el que sólo la ayuda artificial permitía que su corazón siguiera latiendo y sus pulmones trabajando. Probablemente hubiera robots pululando por su cerebro. Lo de siempre. Pero seguía tirándole a la maldita cosa de la manga, seguía gritándole en el oído. Hacía que se diera cuenta de su existencia. De la suya, de Idris Telemmier, la mota más insignificante del universo.

Era como los Arquitectos, en cierto sentido. No sapiente como ellos, pero producto de la misma evolución. La mente de la Presencia era un laberinto similar, aunque lleno de trampas y cuchillas, sin espacio para que un pobre humano se moviera. Se lanzó contra esos filos. Y lo encontró allí. El diminuto punto en su interior que era su ser. Se presentó a sí mismo. «Hola, Idris Telemmier, inter de la primera promoción». Sin dejar de sentir ese puro terror que le desmenuzaba en pequeños átomos mentales. Con los brazos abiertos para abrazar la explosión que llegara.

La Presencia se volvió. Sintió cómo su atención se giraba, una

bestia brutal de mecha corta, dispuesta a cargar a la menor provocación. La atrajo hasta que vio lo que se ocultaba tras ella todo ese tiempo. Los parásitos que se escondían a su sombra.

«¿Qué estás haciendo?», le preguntaron, y se encontró a sí mismo devolviéndoles la mirada, viéndoles, como había obligado a hacer a la Presencia. Eran viejos y listos, y lo habían perdido todo salvo a sí mismos, su impulso de «tenerlo todo otra vez», de ser los dueños absolutos como lo llegaron a ser. Eran egoístas. Eran débiles. Tan débiles que tenían que servirse de los Arquitectos, y quién sabe de cuántos otros esclavos, para que hicieran por ellos su trabajo. Criaturas de visión infinita que nunca se ensuciaban las manos. Sentía el desprecio instintivo de los espaciales por algo que nunca había sido capaz de arreglar un sellado de vacío o recuperar componentes de un dron roto. Incluso Idris había hecho cosas así, y sus capacidades eran mínimas. Débiles, sólo que lo bastante astutos como para convertir a otros en sus manos, sus ojos y sus dientes. Y ahora se estaban desangrando en la mente brutalmente hambrienta que se escondía tras esos dientes. Débiles, mientras que la Presencia era fuerte, y hasta ahora nunca se había visto ante esas cosas pálidas y miserables a las que había protegido.

«¡Estás perdido!», le advirtieron. «¡Te devorará!».

A Idris le parecía que había burlado ese destino tantas veces que seguramente ahora le debía un poco de sí mismo.

Idris se dejó ir entonces. Se disolvió en la Presencia, se permitió a sí mismo convertirse en ella. Se deshizo del papel de intermediario, para dejar de estar entre dos mundos y abandonarse a sí mismo por completo en uno de ellos. Sintió a la Presencia embestir, totalmente volcada, con su aplastante ola de miedo batiendo contra el ínfimo grano de arena en el que se había enquistado, a sí mismo, en el corazón de todas las cosas. Condujo al perro de multitud de cabezas hasta el infierno para que pudiera morder la mano que le había encadenado. Escuchó el coro de voces aterradas de los señores de todas las cosas, que iban a conocer al fin al temor con el que Idris había vivido la mayor parte de su vida.

Luego su propio miedo desapareció de repente, y sintió nada más que la satisfacción animal de la Presencia cuando mordía y devoraba.

33

Solaz

Volvió a su cuerpo abandonado con la única idea de seguir aguantando, de agarrarle fuerte de la mano. Solaz era su único vínculo, todo lo que tenía. Pero cuando se incorporó entre jadeos, sintiendo que se le escapaban las lágrimas, y escuchando cómo los indicadores médicos resonaban, sus dedos estaban vacíos.

Al momento siguiente no hubo más que silencio. Sólo la cavernosa quietud del interior del Ojo. Después, un lejano gemir y retumbar, como planchas de piedra que se restregaran unas con otras. Luego un suspiro de sorpresa.

Abrió los ojos. Se había acostumbrado tanto a ver las cosas tal y como se las presentaba su mente que no se había dado cuenta de que los tenía cerrados.

En la sala de las Máquinas, por supuesto. La mitad de las luces que había colocado Jaine estaban apagadas, y el resto parpadeaban, amotinadas. Se obligó a sí misma a salir de la cama y sintió la debilidad de sus piernas. Repasando el lugar, se fue encontrando con la mirada de los demás.

Estaban allí todos, apretujados en el otro extremo. Un par de sus hermanas parteni y un puñado de otros inters, más los colmeneros. Jaine. Kris, agitando su cuchillo. Andecka Tal Mar estaba tirada en el suelo, con un brazo desgarrado que Shinandri le vendaba con sus dedos ágiles. Detrás, la masa abrumadora de Ahab. Todos la miraban como si fuera una aparición recién levantada de la tumba.

—¿Qué es lo que…? —graznó Solaz. Su garganta estaba tan irritada que no estuvo segura de poder emitir ningún sonido hasta hacerlo. La boca le sabía a sangre seca—. ¿Qué está pasando?

—Se han parado —le dijo Kris. Solaz se dio cuenta entonces de que tenían compañía. Una docena de formas de cristal estaban de

pie, como avanzando hacia la tripulación apiñada desde una puerta que habían abierto como si fuera de papel de aluminio. Todas idénticas, como si no viera a un conjunto sino una reproducción en distintas fases del avance del mismo individuo, en rumbo inexorable hacia el grupo al otro extremo de la sala.

Sus piernas cedieron entonces, y tuvo que sentarse en el borde de la cama, temblando. Había estado en lugares a los que se supone que nadie debería ir, en mente o cuerpo. Y seguían en el nospacio, después de todo, a pesar de la burbuja. Pero el nospacio era casi un hogar en comparación con el lugar donde habían estado Idris y ella.

Y ahora esto.

Las formas tenían todas su cara, congelada en ese momento. Su cuerpo. Un desfile de ejecutoras mirmidón Solaz, Sororidad Espada Celestial, División Basilisco. Se sintió enferma.

Kris se movió la primera, con un avance cauto, el cuchillo apuntando a la forma de cristal que iba en cabeza. Pero todas seguían quietas.

En algún lugar, en el fondo del Ojo, la piedra crujió y un temblor recorrió todas las superficies.

—¿Qué está pasando? —preguntó Solaz.

—Hay un Arquitecto que intenta ocupar el mismo espacio que nosotros —dijo Jaine—. Estamos machacados. Creo que está… ¿muerto? O al menos ahora se ocupa de otros problemas y no de dirigir a sus marionetas. Pero no vamos a durar mucho más con eso encima.

—Vale —Solaz asintió, una sola vez—. Despertad a Idris. Llamad a Kit.

—Kit no responde —repuso Kris—. Créeme, lo hemos intentado.

Shinandri había terminado con el brazo de Andecka y se acercó al cuerpo de Idris, mirando hacia abajo.

—Debería estar con nosotros desde hace unos momentos —dijo —. Cuando te despertaste, se activó el mismo procedimiento en tu propio sistema. Me atrevería a decir que ya tendría que estar con nosotros. —Frunció un poco el ceño, con su sonrisa debilitada—. De hecho, me atrevería a decir que hay algún problema al respecto.

Solaz sintió en su interior que aquello no era ninguna sorpresa. Ya lo sabía.

—Ha hecho algo estúpido. —«Otra vez. Ha hecho algo estúpido

otra vez. Y lo ha hecho donde yo no puedo remediarlo»—. Volved a enviarme. Voy a por él.

—Al no ser una intermediaria, no creo que seas capaz de llegar a ningún sitio —observó Shinandri.

—Pues entonces conectadme con uno.

—Solaz —dijo Jaine con amabilidad—, ¿qué te crees? ¿Que vas a ir y encontrártelo ahí inconsciente? Está aquí. Lo que está fuera es su mente. No creo que haya ninguna forma de encontrarla.

—Podemos probar —intervino Andecka. Tenía el rostro ceniciento, con el brazo herido pegado al pecho—. Siempre podemos probar.

—Necesito que resolvamos primero nuestros propios problemas —soltó Jaine—. Esto se derrumba. El Arquitecto nos está triturando…

—¡Callaos todos! —gritó Kris de repente. Tenía una mano en la oreja, con gesto tenso, como si intentara escuchar algo—. Es Kit —dijo luego—. Nos llama Kit. Ha pasado algo arriba.

—Puede unirse a la búsqueda —decidió Jaine—. Dile que entren en el nospacio. Aunque sea un salto corto. Una vez que desaparezca la burbuja, desaparecerá el Arquitecto, o al menos así es como creo que pasará. Ahora está como muerto y se disipará, desaparecerá tan pronto como salgamos de lo real. Y después podremos valorar los daños.

Olli

Se había olvidado por completo de su propio cuerpo. Su mente estaba fuera, en el espacio, ordenando a sus ejércitos y dirigiéndoles contra cada uno de los monstruos que se aproximaban a Berlenhof. No era su planeta. Nunca le había gustado. Una colmena de burócratas y abogados cuyo trabajo se centraba en encontrar nuevas formas de complicarle la vida. Debería dejar que convirtiera el planeta en arte. Sólo que ella resultaba ser, por lo que parecía, el ariete escogido por la Hegemonía al completo, y eso nada más que porque llevaba las piernas de otro. Pasaban cosas raras. Y las tenía todas revoloteando en la parte de atrás de su cabeza, mientras la otra parte más práctica estaba dedicada a luchar conscientemente en la guerra.

Los Arquitectos estaban de nuevo en marcha, al menos los que no estaban peleando su propio y extraño combate interior en los límites exteriores del sistema de Berlenhof. Cada uno de los atacantes se encontraba con su patrulla correspondiente, una tormenta de pequeños remotos hegemónicos como mosquitos, cada uno con su trocito de material originario en su interior. Algún palito, un pedrusco, quizá un puñado de polvo. Olli hacía que se lo presentaran a los Arquitectos como un talismán sagrado, y ellos se quedaban desconcertados. Se ralentizaban y desviaban, intentaban encontrar una forma de esquivarlos, pero su miríada de satélites se movía más rápido que ellos. Así que intentaban agarrar los juguetitos de Olli con invisibles manos gravitatorias. Lanzaban andanadas de espinas que cobraban las formas de especies muertas mucho tiempo atrás para intentar recuperar esas sobras. Pero no podían destruir su flota, no cuando contenía esos restos de sus amos. Y de esta forma perdió muchos drones, pero mantuvo a los Arquitectos ocupados. A todos. A la vez. Creando una defensa coherente para el planeta que había debajo, cediendo un kilómetro cada vez pero ganando continuamente todo el tiempo posible para los habitantes del lugar. Convirtiendo los planes rápidos e incoherentes de Kit en realidad sobre el enorme campo de batalla helado que había más allá del casco de la *Dios Buitre*. A mucha distancia, podía escuchar a Havaer comunicarse con su jefa o con algún otro pez gordo de Berlenhof, intentando explicarles lo que pasaba. Pero no tenía ni idea. Ninguno de ellos la tenía. Olli sentía que ni siquiera ella misma podría recordarlo o entenderlo una vez hubiera terminado todo. Pero ahora mismo iba a tope, era la Inefable Olian Timo, Cuchilla y Gancho.

Luego Kit dejó de darle jugadas, y ella le miró con ansiedad por si estuviera herido. Temió que algún arma oculta de los Arquitectos o de sus amos lo hubiera jodido todo. Pero en realidad era justo lo, contrario. Era la victoria.

O, al menos, la retirada de los Arquitectos. La verdad era que la última vez que habían hecho algo así no había sido por mucho tiempo, pero había pasado mucha agua bajo el puente desde entonces. Los Arquitectos se sumergían en el nospacio, de donde habían venido. Olli dejó escapar un largo suspiro, aunque no se relajó ni se permitió volver a su cuerpo hasta que desapareció el

último.

—Bueno, mierda —dijo—. ¿Y ahora qué?

—¿Qué pasa en el pozo? —preguntó Havaer. Olli pestañeó. Con tanta excitación casi había olvidado lo que llevaban a cuestas.

—El contacto se ha reestablecido —informó Kittering, tras unos instantes de tensión—. Nos piden que entremos en el nospacio.

—¿Pero podemos hacerlo ahora mismo? —Miró hacia arriba, a Júnior—. ¿Vas a aceptar peticiones en algún momento?

Resultó que bastaba con un pequeño tartasalto dentro del sistema. Fueran los que fueran los líos en que se había metido el Ojo dentro del nospacio, se habían desvanecido sin más, y su gran masa volvió estremeciéndose a la realidad. Ya no necesitaba un ancla. Ya no había pozo. Ya terminaron las rarezas físicas. Olli contempló el enorme bulto cicatrizado de piedra originaria y las escamas supervivientes de la Hueste, todas ellas con un aspecto tan maltratado como se sentía ella misma.

—Timo —dijo Havaer—, alguien la busca.

—¿Quién? —preguntó, con una sospecha que resultó estar totalmente justificada. Mientras Kit se enlazaba con la tripulación del Ojo y escuchaba todos sus problemas, Olli vio cómo las peticiones se comunicación se amontonaban. Cada funcionario del Hum de Berlenhof quería hablar con ella. Havaer ya estaba por su parte estableciendo contacto con su gente. Y ella…

Supo que se lo iban a quitar todo. Le habían dejado esos juguetes, geniales de verdad, mientras les fue útil, pero no le permitirían quedárselos. Así que esperaba una llamada concreta que no tendría más remedio que aceptar.

Y ahí llegó. Su Sabiduría el Portador Sathiel, trayendo las palabras sagradas del Resplandeciente Utir, Profeta y Juez. Todavía a salvo en su esbelto vehículo alargado, lo que quedaba de su nave.

El barbudo y su amo aparecieron en pantalla. El hombre ya no sudaba tanto. Probablemente le sacaría partido a todo aquello, en las Colonias y en la Hegemonía. Hay mierdas que siempre salen a flote, sin importar lo que pase.

—Profeta y Juez expresa su absoluta condena, como corresponde hacia quienes son como tú —le dijo el hombre con altivez.

—Ya lo pillo —le respondió Olli con acritud—. De verdad que sí.

Hago el trabajo. No me pagan. Me confiscan mis cosas. La puta historia de mi vida. Vale, ¿qué me quiere contar tu jefe, barbitas?

Al momento de decirlo se dio cuenta de que Sathiel enviaba esa señal a todo el sistema por los canales diplomáticos formales, y que su respuesta le había llegado a todo el mundo en Berlenhof.

—Se te informa… —Sathiel intentaba redoblar su pomposidad para igualar la apuesta de Olli, lo que le hacía sonar como estreñido —. De que puede que no te resulta tan fácil despojarte del manto del oprobio. Eres la renegada y la impostora, que nunca conocerá la paz, ni obtendrá ningún reconocimiento de esta jerarquía sagrada. La Hegemonía confirma desde ahora su desprecio por ti. No se te volverá a hablar en el lenguaje de lo divino.

—Sí, genial. —Hubiera deseado salir de allí con más decoro, pero esa nave había zarpado sin remedio—. Entonces… Espera, ¿sigo siendo la Inefable?

—Sin lugar a dudas.

—¿Así que puedo quedarme las cosas?

—¿Las… cosas? —Sathiel miró alrededor, intentando interpretar la versión distorsionada de la declaración de Utir con la que estuviera trabajando—. Es… —Una muy humana expresión de exasperación, el tipo de cosa que a Olli le encantaba provocar en la gente de poder y estatus—. La cuestión no son las cosas. Es sobre el lugar que has ocupado en el universo. Que sepas que los viles y los parias te buscarán, y serán tuyas las herramientas de la infamia.

Olli pestañeó.

—¿He heredado toda la Cosecha Rota? ¿Me llevo los tothiats, las naves gordas y lo demás?

Sathiel fue entonces el que pestañeó y tragó saliva.

—Creo que no estás afrontando la situación con la seriedad que merece.

Olli pensó en Aklu, y en todo lo que el Inefable había sido capaz de conseguir. Se veía capaz de seguir viviendo con algunas almejas mirándola con disgusto, si es que ése era el precio a pagar.

—Dile al Resplandeciente que voy con todo —le espetó a Sathiel, y por extensión a todos los demás en el sistema. Vio que las llamadas entrantes del Hum se redoblaban en número y urgencia.

Havaer

—Esperaba a Emersen —observó Havaer cuando le hicieron entrar. De hecho era Diljat a quien se encontró, pero estaba significativamente apartada de la gran silla, sólo apoyada en el escritorio con una pizarra. De manera provisional, de camino a algún otro sitio. Buena parte de la Casa Ácida parecía estar boca abajo en ese momento.

—Patada hacia arriba para echarla a un lado. Va a Análisis de Amenazas —le dijo Diljat. Havaer sospechaba que podría cavar durante diez años y nunca descubriría del todo qué movimientos de facciones y qué acciones habían terminado con ese cambio como resultado. Emersen no le había gustado particularmente, en su breve trato, pero por otra parte Havaer reconocía que tomó las decisiones correctas cuando importaba.

—¿Y usted?

—Sólo cubro el puesto hasta que se haga el nuevo nombramiento formalmente. Ya conoce a los que son como yo, agente Mundy. Nos esforzamos todas nuestras carreras sólo para quedarnos donde estamos.

Él miró la silla. Puede que ciertas especulaciones se dibujaran en su gesto, porque Diljat soltó un resoplido.

—Oh, no tenga expectativas tan altas. Ésta no es una de esas historias en las que las decisiones morales correctas conducen a heredar la fábrica de chocolate, Mundy. No es alguna extraña forma indirecta de decirle que es el nuevo jefe. Incluso si tuviera la experiencia necesaria, estuvo demasiado cerca de Laery. Por lo que he oído, quieren alguien lo bastante distanciado de todas las facciones. Un nuevo comienzo, ¿no?

—Tampoco querría el trabajo —murmuró Havaer, después de descubrir en ese breve período de ilusión que la verdad era que él lo habría querido.

—Sin embargo, los engranajes no se detienen mientras tanto, y su situación oficial ha quedado, por así decir, un tanto en el aire desde su primera aparición en Berlenhof.

—Me gusta pensar que durante este tiempo he proporcionado un servicio notable a la Oficina —dijo Havaer, que sentía cómo el sudor empezaba a brotar de sus cejas. «Ninguna buena acción queda sin castigo».

—Ha sido la bala perdida de la galaxia —observó Diljat—. Su

utilidad se ha debido sobre todo a su relación personal con los tripulantes de la *Dios Buitre*, una nave que no conservará el mismo rol en los asuntos de las Colonias que llegó a tener. Sin embargo, no voy a empezar con el proceso de tenerle en suspenso hasta ver qué pasa. Se le retira del servicio de campo. No sé cómo le hará sentir eso. Es lo que me ha pasado a mí también, y la verdad es que he terminado por verlo como un cierto alivio cuando lo pienso. Pero no le echamos. De hecho, abrimos un nuevo departamento. Venga conmigo.

Se bajó del escritorio y le condujo por los pasillos de la Casa Ácida, o al menos del orbital que monopolizaba la Oficina de Intervención. Se esperaba otro despacho más, pero ella le condujo a una sala de ocio, uno de los pocos lugares del orbital con una ventana exterior. Él apreció el espectáculo. Ella había programado la visita para un momento en el que los restos del Ojo estuvieran a la vista. La instalación originaria mostraba un estado lamentable. Su encuentro con un Arquitecto mientras estaba en el pozo la había destrozado, y los físicos sugerían que varias partes deberían haberse desprendido. Pero el Ojo les decía a los físicos por dónde meterse sus cálculos, y todos los trozos se mantenían en su sitio, pese a mostrar grietas tan grandes como para que se pudiera entrar por ellas.

—Eso no es mi problema —dijo Havaer.

—Lo es en parte —respondió sonriente Diljat—. Un nuevo equipo. Piense en él como el Departamento de Problemas Científicos Peligrosos y Totalmente Incomprensibles.

—No soy científico.

—Su trabajo será no perderlo de vista y analizar cualquier cosa que pase ahí, junto a la seguridad colonial. Los cálculos complicados serán el problema de alguien más. Aquí está su nuevo subordinado.

Justo a tiempo alguien apareció dubitativo en la puerta. Havaer vio esa sonrisa y el corazón se le encogió.

—Desde luego que sí —dijo el doctor Shinandri. Havaer sabía que esa sonrisita llegaría a enfermarle, pero no tenía ninguna alternativa más que acostumbrarse—. Tenemos, lo mismo que antes, incontables preguntas. ¿Están de verdad los Arquitectos tan inactivos como parece? ¿Se degradarán los pasajes? ¿Han

desaparecido realmente los originarios? ¿Hasta qué punto podemos confiar en los informes de la tripulación del Ojo?

—Que le incluye a usted. Estaba en el Ojo. Era parte de esa tripulación —señaló Havaer.

Shinandri pareció encantado, como si la idea se la acabara de ocurrir.

—Pero como científico, agente Mundy, debo considerarme a mí mismo como una única fuente de datos. Después de todo, no soy especialmente fiable, ¿verdad?

«Mi subordinado», pensó Havaer. Iban a ser unas décadas muy largas hasta la jubilación.

Kris

Volvió a la cama de Idris después. Se imaginaba que todos lo harían, pero sólo estaba ella en ese momento. Ellos dos fueron socios, al fin y al cabo. Desde antes de unirse a la *Dios Buitre* habían sido socios. Su parte del negocio había sido meterse en líos y la de Kris sacarle de ellos, pero al final había conseguido hundirse más allá de la longitud de la cuerda de la que ella podía tirar para salvarle.

La cama estaba en unas instalaciones del Comité de Enlace, algo que él habría odiado. Despreciaba a esa institución creada para producir inters comerciales, sin preocuparse en absoluto por lo traumatizados que quedaran o cuántos sobrevivieran al proceso. Pero seguían siendo los expertos, y ella necesitaba un experto. El Ojo había emergido en el espacio colonial, sin una fuerte presencia parteni, así que Solaz no había sido capaz de llevárselo con su gente. Si es que eso hubiera sido una alternativa preferible.

No se había despertado desde que volvieron. Habían pasado casi dos meses. Como si todos esos largos años de vigilia tuvieran que compensarse. Ninguna función cerebral, dijeron los médicos, pero ella sabía que se referían a esa peculiar falta de actividad que era propia de un inter de paseo con las hadas del nospacio. La mente no estaba muerta, sino ausente, en otras labores. Su cuerpo quedaba preservado, y ya había demostrado antes que no se iba a morir de viejo en algún momento cercano, así que Kris no sabía qué más se podía hacer.

Pero el mundo seguía su curso fuera de esa habitación. No podía continuar abatida como la viuda de un capitán de barco. Tenía ofertas. Su pequeño papel en todo lo ocurrido no había pasado del todo inadvertido, para bien o para mal.

—Lo siento, Idris —le dijo—. Volveré. Te visitaré. —Se puso de pie, sintiendo todos los ojos del Comité de Enlace encima, y se fue.

34

Kris

Siempre era difícil organizar una reunión decente. Kris hubiera querido que fuera cuando levantaron la estatua, pero Solaz estaba en el espacio profundo y, bueno, no estaba del todo segura de en qué andaría Olli, pero era algo que no podía dejar, ni siquiera para un breve paseo. Así que sólo habían estado Kittering y ella en el exterior de los grandes edificios del Consejo del Hum en Metro Gotumandi, Berlenhof, para ver la inauguración. Y eso había sido casi un año terrestre antes.

Pero aquí estaba otra vez, y empezaron a dejarse ver algunos de los demás.

Era una gran plaza, rodeada de cafés extremadamente elegantes, tiendas y un par de museos y galerías. Metro Gotumandi era el lugar más ostentoso del planeta, y daba la sensación de que simplemente sentarse allí sería una ruina. La mayoría de las embajadas de Berlenhof estaban a un par de calles, y posiblemente se podría tirar una aceituna desde una mesa y alcanzar a tres embajadores y un boyardo magdano. Kris, que había pasado la mañana contemplando melancólicamente ropa que no podía pagarse y restaurantes en los que para comer tendría que pedir un préstamo, sopesó lo estupendo que sería tener un bufete en cualquier rincón de esa ciudad.

Había apostado mentalmente sobre quién llegaría primero, pero resultó que Havaer y Solaz lo hicieron juntos. Lo que podría no significar nada o tal vez significara una guerra, pensó. Él parecía cómodo, con algo más de peso que antes en su complexión esquelética. El trabajo de despacho le sentaba bien. Ella daba la impresión… de siempre, la verdad. Llamativa con su uniforme parteni, allí, en el corazón de las Colonias. La monitora Solaz,

ahora, enviada desde el Aspirat con las credenciales diplomáticas adecuadas. Quizá ella sí podría reservar en uno de los restaurantes finos. Kris tomó nota mental de intentar sacarle ese favor.

Estaban en mitad de una charla cuando llegaron. Se detuvieron para saludarla, así como para pedir kafeinado y más aceitunas. La cuenta se convirtió por arte de magia en un problema del departamento de Havaer, y ella no le permitió que percibiera lo agradecida que se sentía.

Solaz explicó que venía de Parsefal. El primer asentamiento planetario del Partenón. Kris tenía que visitarlo, desde luego, para ver lo bien que iba. Trabajar en colaboración con la Asamblea colmenera conjunta estaba haciendo posible un proceso colonizador sin esfuerzo. Y el propio cuerpo cartográfico del Partenón —la División Alción, la llamaban— ya buscaba más lugares a través de nuevos pasajes. Kris comprendió que mantenían contacto con su contrapartida colonial. El universo conocido se expandía, una conexión tras otra. Ninguna había caído todavía, aunque ya que la red había tardado miles de millones de años en construirse, todavía podía suceder. A juzgar por algunas de las veladas referencias de Havaer, se preguntó si su departamento trabajaba en el campo teórico de la creación de nuevos pasajes. Eso sin duda sería un cambio de las reglas del juego, y se imaginó que Doc Shinandri estaría implicado.

Después apareció Andecka, que vestía una chaqueta con insignias del Cuerpo Cartográfico, así que Solaz y ella pudieron compartir experiencias. Aunque toda esa charla sobre el espacio hacía sentir a Kris un poco fuera de lugar. La intermediaria estaba más animada de lo que la recordaba Kris, casi parlanchina, con los ojos chispeantes ante la idea de nuevas exploraciones por el espacio profundo. A un mundo de distancia del tipo de mirada que Kris se había acostumbrado a ver en los ojos de un inter. Pero en cierto sentido eso formaba parte de la razón por la que estaban allí.

—¿Cómo va el bufete? —le preguntó Havaer, mientras las otras dos se sumergían aún más en su propia conversación.

—Todavía seguimos a flote, a pesar de todo —dijo Kris—. Supongo que nos mantendrás vigilados y no necesitarás preguntar, ¿verdad? Sólo harás como que sabes todo sobre mí por algún medio misterioso. —Las frases sonaron más amargas de lo que pretendía, y

lo lamentó.

—Has molestado a un montón de gente importante —expuso él con franqueza—. Quiero decir, llevas razón. No mi departamento, pero la Casa Ácida desde luego que te sigue. Y hay gente en el servicio que escupe cuando dice tu nombre.

—Parece que estoy haciendo algo bien, entonces —respondió Kris sin tapujos.

—Sí, desde luego —admitió Havaer—. Tal vez no me creas, pero por mi parte hago lo que puedo desde la trastienda. Y no soy el único. El Comité de Enlace metió la pata en el momento en que Idris les llamó la atención sobre los Arquitectos. La influencia de la nobleza magdana recibió un duro golpe por todo el proyecto de las arcas, y la implicación en él de los Uskaro. Elegiste el momento de ir tras una peligrosa presa herida justo cuando hay el suficiente apoyo de la opinión pública como para que la caza sea viable. No era la conclusión obvia, pero estás aprovechando la oportunidad. Conozco a legisladores del Hum que estarían dispuestos a proponer una nueva normativa sobre los derechos de los inters, porque gente como tú está ganando casos en los tribunales. Y conozco algunas familias magdanas que quieren revisar sus contratos de servidumbre antes de que alguien se interese por ellos. Es un buen momento para ser abogado especialista en derechos civiles.

—Díselo a mi contable —respondió Kris.

Solaz y Andecka hablaban ahora sobre el Proyecto de Asentamiento Tripartito, otra pelea legal a cuchilladas con la que Kris se alegraba de no tener nada que ver. Si los naeromathi habían tenido alguna vez un gobierno central, se había olvidado mucho tiempo atrás, así que trabajar con ellos para encontrarles un nuevo hogar estaba resultando imposible en la práctica. Ahab era la única razón de que no lo fuera en términos absolutos, porque era el único naeromath que había tenido el suficiente trato con los humanos para servir como una especie de embajador. Kris se daba cuenta de que los naeromathi simplemente iban a seguir con lo suyo. No volverían atrás. Pero, ¿quién podía asegurarlo? Entre tanto, había una única dependencia en el orbital de Berlenhof que era en teoría territorio naeromathi, por mucho que ese término no significara literalmente nada. Y allí estaba Ahab, solo, medio loco y aun así triunfal. Le había visitado una vez, preguntándose qué se

encontraría ahora, cuando el objetivo de toda su vida parecía al fin alcanzado. Descubrió que había estado ocupado. Todo un desfile de gente rara —xenólogos, artistas, todo tipo de personas con extrañas ideas religiosas— estaban pendientes de cada bramido que soltara Ahab. Ella había sido incapaz de entender lo que pasaba, pero le dio la impresión de que terminaría siendo un problema para alguien.

Luego llegó Kittering, y Kris sólo pudo mirarle.

Se las había arreglado estupendamente desde su periodo como factor de la nave de rescate *Dios Buitre*. Habían desaparecido las pantallas publicitarias raídas de la espalda y los brazos. En su lugar había una cobertura madreperla, trazada con complejos diseños en oro y plata. La corona quitinosa que sostenía sus ojos lucía una reluciente diadema de gemas plateadas. Apenas le reconoció. También se le veía orgulloso. Caminaba de una manera definitivamente distinta a los tambaleos y patinazos que le recordaba. Y llevaba un séquito. Otros tres hannilambra menos emperifollados seguían sus pasos, y detrás una mujer de aspecto temible con un tipo de blindaje que probablemente no estuviera permitido allí, justo en el exterior de los principales edificios del gobierno del Hum. Intuyó el simbionte segmentado que habría en la espina dorsal de la mujer incluso antes de verlo.

—Maldita sea, Kit —le dijo.

—Buenos tiempos para los negocios —confirmó Kit. Al menos la voz del traductor era la misma. Sólo que sus tres asistentes usaban la misma, lo que hizo que resultara muy confuso cuando pidieron sus bebidas.

—¿Has metido a los sobrinos en la empresa? —le preguntó.

—Ése es un término humano sin correspondencia en las estructuras familiares de mi gente —explicó Kit—. Sin embargo, y también: sí. Nepotismo a máxima escala. Cuando se ha alcanzado cierto nivel de notoriedad extraplanetaria, es una práctica adecuada designar herederos con los que compartir responsabilidades. —Sabía que no serían parientes de sangre, sólo machos hanni escogidos con algún tipo de criterio que no entendería. Se preguntó qué pensarían sobre encontrarse en la base de… ¿el qué? No exactamente un sindicato del crimen interestelar. O no sólo eso.

—Sigo esperando escuchar el anuncio de tu retirada —dijo ella con delicadeza.

—El pensamiento está continuamente presente. La verdad, estoy bastante dispuesto —repuso Kit, y la idea hizo que Kris se mordiera el labio, porque en su caso el retiro equivalía la muerte, en resumen. Se iría a casa con todas sus posesiones y fertilizaría algunos huevos. Luego mutaría, pondría algunos huevos, y la ella en que se habría convertido él moriría, aunque su descendencia estaría provista en abundancia. Tendrían el mejor arranque posible para una nueva nidada de hanni. Pero Kit ya no existiría, y Kris no quería que eso pasara, aunque a la vez sabía que para él todo aquello era una parte hermosa y natural de la vida.

Por eso se sintió muy agradecida cuando le escuchó terminar su explicación:

—Sin embargo, los negocios se acumulan continuamente. La libertad de retirarme no me llegará en algún momento temprano.

—¿Dónde está Olli?

—Se presentan disculpas por su ausencia —explicó Kittering—. Hay asuntos complejos en marcha. También en alguna medida una guerra. Del tipo comercial. Hubo además la sensación de que su presencia en Berlenhof podría no ser bienvenida. —Kit pinchó a Havaer con una pata.

El hombre de la Casa Ácida había estado hablando con Solaz pero, fiel a su labor, también les escuchaba a escondidas.

—Es una situación complicada desde el punto de vista diplomático —admitió—. Gracias a Dios, no es cosa de mi departamento. Su situación a los ojos del Hum está por el momento en el limbo. Quiero decir, se puede señalar que ha heredado el mando de un gran número de criminales, lo que es un problema. Y además ahora es una ciudadana hegemónica, lo que supone otro tipo de problemas. Sólo que ella no acepta que eso es lo que es, y los essiel tampoco la aceptan como una de los suyos… De hecho, no dejan de insistir en que no es una de los suyos, mientras que a la vez sugieren que está bajo algún tipo de protección. Sé que al menos cinco de mis colegas han terminado por darse a la bebida mientras intentaban descubrir exactamente qué significa todo eso. Así que al final es posible que el Hum algún día se trague el sapo y termine por aceptar que ella es lo que dice ser, que en resumen sería la líder de su propio estado independiente. En el momento en que tenga una embajada y pueda venir de visita libremente, yo

mismo colgaré un cartel de bienvenida.

—Creo que deberías transmitirle todo eso a Olli de forma literal, Kit —dijo Kris—. Le producirá una enorme alegría saber que está causando tantos dolores de cabeza.

—Indudablemente —aceptó él con alegría—. Sin embargo, podéis creerlo o no, ésa no es su intención. Aunque, dado que el azar le ha proporcionado los suficientes apoyos, desde luego que ella es su propio estado independiente. Mi opinión personal: cuanto antes lo acepte el Hum, mejor.

—Los Estados Unidos de Olli —dijo Kris, alzando su vaso—. ¿Y cómo le va a Jaine?

—Tiene buena salud y felicidad —confirmó Kittering—. Jaine y Olli disfrutan de buena salud y felicidad juntas. —Su tono era curioso, el del hanni que se asomaba a algo que su propia especie simplemente no hacía.

Resultó que nadie había visto a Ash, no desde el combate en el Ojo. Según Havaer, existían algunos informes llegados de distintos puntos de la Esfera Colonial, pero ninguno confirmado. Sólo podrían mantenerse en la duda y esperar.

Más tarde, después de unas cuantas bebidas y que la conversación casi se agotara, pasearon por la plaza para mirar las estatuas. Ahora eran dos, cuando sólo había una no hacía tanto tiempo atrás. La más antigua era muy familiar, porque todo el mundo conocía a Santa Xavienne. La joven con la mano extendida que impedía el paso de un Arquitecto a Puerto Forthbridge. La primera inter, la nacida como tal, que había traído la esperanza a la humanidad durante la guerra. Había ocupado un pedestal central, pero ahora la habían desplazado hacia un lado para dejar sitio a una nueva compañía.

Esta efigie, Kris lo admitió, no se le parecía mucho. Oh, habían captado la cara con exactitud, supuso, incluso las grandes orejas, pero le habían dado un aire heroico y una pose desafiante que Idris nunca había adoptado en vida.

Tuvo que recordarse a sí misma que seguía técnicamente vivo, aunque se mantuviera en una cama dentro del edificio del Comité de Enlace, sin actividad cerebral, y nunca hubiera despertado.

Pero aquí estaba. Idris Telemmier, héroe de las Colonias. Con menos similitud con el hombre que con el actor virtual que solía

interpretarle en los mediotipos. A los pies de la estatua había… flores, vio. Coronas, medallitas de mal gusto, juguetes infantiles. Fotos impresas y pequeñas proyecciones de gente… Quizá caída frente a los Arquitectos. O que había ido al nospacio y no había vuelto jamás. Como si sus almas siguieran allí todavía, como la de Idris, que podría guiarles de vuelta a casa.

Kris se estremeció. Luego Andecka se adelantó y se arrodilló para tocar el metal de la estatua de Idris, y después cruzó para hacer lo mismo con la de Santa Xavienne. Su mirada estaba ligeramente avergonzada cuando se levantó.

—Da suerte —dijo, pero Kris se dio cuenta de que no era eso, o no sólo eso. Había escuchado rumores de una especie de culto que había comenzado entre los intermediarios. También entre otra gente. Idris, santo patrón del nospacio. Y no sin causa. Había intentado hablar con algunos intermediarios al respecto, pero se cerraban en banda. Era su propia religión gnóstica, de la que ella nunca formaría parte.

Y más tarde, fueron al final a uno de esos restaurantes que había husmeado, y la charla pasó a relajarse con el recuerdo de anécdotas. Cuando se acomodó para disfrutarlas, pensó en la tripulación de la *Dios Buitre*: «Creí que seguiríamos juntos». Durante todo ese tiempo que habían pasado deambulando de estrella en estrella, e implicándose en situaciones muy por encima de su nivel, habían sido una tripulación. Y ahora aquí estaban, y la realidad era que la nave no había sido capaz de ejercer gravedad suficiente para mantenerles unidos frente a sus nuevos destinos. No sin Idris. No después de que a Olli se le hubiera presentado una oportunidad tan infrecuente de dejar su sello en el universo. Y la propia nave…

Había ido a verla antes de venir a la reunión. Estaba en el Huso de Brandt, que era donde iban los objetos de relevancia histórica que se quedaban en órbita. El Archivo de la Historia y el Comercio Interestelar, o el Museo Espacial, como simplemente le llamaba todo el mundo. La verdad era que había piezas más impresionantes que una baqueteada nave de rescate, y tenía la sospecha de que algún futuro director del museo se desharía del viejo trasto. La *Dios Buitre* se había retirado al fin. Olli había donado la nave al Hum, y el Hum había hecho lo más decente y la había dejado en un sitio donde pudiera contar su historia. Porque los espaciales se

conformaban, los espaciales reparaban, pero todas las cosas tenían un final.

Andecka

Hubiera querido explicarle a Kris en qué consistía, pero la mujer no lo habría entendido. Aún peor, habría dicho: «Llevadme allí». Y cuando Andecka se negara, como haría cualquier inter que se respetara a sí mismo, habría encontrado a alguien con menos escrúpulos para ir de todas formas, y eso habría sido su final, de forma inmediata o posterior. El nospacio era para los intermediarios. Las mentes de los humanos no iniciados no reaccionaban bien allí, ni siquiera ahora. La soledad, la extrañeza, la inmensidad. Iban a lugares de los que no sabían volver. Andecka había visto lo que les pasaba.

Pero no a su fraternidad. Los inters coloniales de todo tipo, las parteni en sus máquinas, ellos sí sabían.

Habría querido también darle las gracias a Kris. Porque estaba haciendo lo que la mayoría de los propios inters no estaban en condiciones de hacer. Estaba peleando para terminar con los contratos de servidumbre y cambiar la ley, para mejorar la vida de todos los inters, por aquél que había sido su amigo. Y Andecka podía augurar que venían cambios. Los inters hablaban ahora entre ellos, mientras antes estaban tan estrechamente controlados y segregados. Las manos que escribían los contratos y sostenían el látigo o el escalpelo tendrían que aceptarlo, o en caso contrario vendría otra nueva guerra. Pero ahora mismo, gracias a gente como Kris, Andecka tenía la esperanza de que hubiera paz y libertad.

Se dirigió sin más a su nave después de esa peculiar reunión. La comida elegante, las ropas brillantes, la riqueza de todo. Pero ella era una espacial de corazón. Estaba en el Cuerpo Cartográfico, qué en su origen había sido el más absoluto terror para los inters, pero ahora era algo distinto. Para Andecka era más parecido a una observancia religiosa.

Fue una de las últimas en subir a bordo de la *Zhen He*. Los vehículos cartográficos nunca habían tenido grandes tripulaciones, pero además del piloto inter necesario, contaba con geólogos planetarios, xenobiólogos, un puñado de otros especialistas y el

capitán de la misión. Andecka los miraba a todos con cierta superioridad. Hasta que ella hiciera su trabajo, no eran más que carga.

Después de la palabrería de las comprobaciones previas a la salida, estaban listos para comenzar… Un puñado de pasos por pasajes a través del nospacio y luego el vacío. Andecka podría haberse suspendido en cada uno de esos pasos si hubiera querido, ahorrando fuerzas para el verdadero trabajo. Ahora no solía hacerlo, sin embargo.

Una vez que estuvieron lo suficientemente lejos del alcance de la masa de Berlenhof, y el resto de la tripulación se durmió, dejó que la *Zhen He* se deslizara por el nospacio tan suavemente como resbalando por mantequilla, sin la menor onda gravitatoria.

Su mente se expandió, sintiendo la gran inmensidad del abismo, el mundo bajo el mundo. Su imaginación lo concebía como una gran catedral, con el límite con la realidad señalado por vidrieras de colores brillantes. Y aquí estaba, una alondra volando entre las inmensidades de Dios, escuchando el eco.

Conocía desde hacía mucho ese eco. En su momento había sido el terror de todos los intermediarios. Ese momento en que el abismo te devolvía la mirada, y luego empezaba a alzarse hacia ella, hambriento, demoledor. Había huido tantas veces.

Eso era antes.

Ahora se empezaba a incorporar, desperezándose. Sintiendo la intrusión en sus dominios, lo mismo que debía hacer un millar de veces por segundo a lo largo de todo el universo. Todos esos seres análogos a los intermediarios, los castigar, los ogdru, u otras especies capaces de navegar el nospacio con las que no se hubiera encontrado aún la humanidad. Todos navegando por el mismo espacio subuniversal. Bajo la mirada omniscente de ese monstruo singular.

Todavía no podía evitar encogerse ante ese temor. Después de tantos años de sufrirlo, era algo que esperaba. Pero ya no era cómo ocurrían las cosas.

Sintió a la bestia, su vasto y distante escrutinio, su aviso. «No te quedes mucho tiempo en este lugar. Te desgastará». El gran temor se hinchó hacia ella, rompió como una ola, y luego cuando la sobrepasó estaba allí detrás: el amor. El sentimiento de afinidad. La

compañía y la empatía. El eco de un hombre que había hecho lo que hacía ella ahora, que había conocido esos terribles lugares, y había embotado su filo para los que vinieron después.

Más allá de él, con sus pensamientos rebotando hasta ella desde el costado del leviatán como si fuera una caja de resonancia, estaban los otros inters. Si se concentraba podría escuchar sus voces. Si les llamaba de la forma adecuada, ellos también podrían oírla. Como ballenas en los viejos mares de la Tierra, llamándose a través de las profundidades.

Envió su saludo al hombre que había puesto un collar a la Presencia, o se había convertido en parte de ella, no estaba segura. Que les llevaba de estrella en estrella, velaba por ellos, les guiaba y les unía. San Idris, patrón guardián del nospacio. Gracias a él, ninguno estaría ya solo jamás.

Glosario

Arquitectos. Entidades del tamaño de una luna que pueden deformar planetas habitados o naves.

Aspirat. Servicio de inteligencia parteni.

Cibernet. Sistema de inteligencia artificial responsable de supervisar un planeta o un orbital.

Cognoscentes. Título parteni, indicativo de competencia tecnológica.

Colonias. Los mundos humanos supervivientes tras la caída de la Tierra.

Comité de Enlace. Organismo encargado en la actualidad de crear intermediarios de forma masiva con propósitos comerciales.

Consejo de Intereses Humanos (Hum). Cuerpo de gobierno de las Colonias.

Cosecha Rota. Un cartel criminal hegemónico.

Culto hegemónico. Humanos que sirven y reverencian religiosamente a los essiel.

Hegemonía. Una coalición de especies dominada por los alienígenas essiel.

Hierograve. Un rango superior dentro del culto hegemónico.

Intermediarios (inters). Pilotos quirúrgicamente modificados que pueden dirigir naves fuera de los pasajes del nospacio, desarrollados como armas contra los Arquitectos en la guerra.

Nativistas. Un movimiento político que cree en los humanos «nacidos puros» y en «la humanidad, primero».

Nospacio. Una tenue capa por debajo del espacio real, que puede usarse para viajar rápidamente por el universo.

Oficina de Intervención (Casa Ácida). Servicio policial y de inteligencia colonial.

Orbital. Un hábitat en órbita en torno a un planeta.

Partenón. Una facción humana desgajada, compuesta por mujeres criadas partenogenéticamente.

Pasajes. Caminos construidos en el nospacio por manos desconocidas y que unen planetas habitables. Sin un piloto especial, las naves sólo pueden viajar por los pasajes preexistentes.

Programa de Intermediarios. Organismo colonial creado en la guerra, responsable de la creación de los intermediarios.

Traicionados. Ala extremista violenta del nativismo.

Voyenni. El cuerpo de guardia de un noble magdano.

Personajes

Tripulación de la Dios Buitre

Rollo Rostand. Capitán, fallecido.

Idris Telemmier. Piloto intermediario.

Keristina «Kris» Soolin Almier. Abogada.

Olian «Olli» Timo. Especialista en drones.

Kittering «Kit». Factor hannilambra.

Ejecutora mirmidón Solaz. Soldado y agente parteni.

Otros personajes importantes

Ahab. Ingeniero y emprendedor visionario naeromathi.

Ahremon. Tothiath.

El Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho. Gánster essiel.

Ejemplar Amable. Capitana parteni de la *Madre de Grendel*.

Arquero. Intermediario de la Oficina de Intervención.

Ejemplar Beata. Líder de la *Valkiria Juiciosa*.

Colvari. Analista de datos colmenero.

Diljat. Agente de la Casa Ácida.

Max Dreidel. Abogado.

Doctor Elis. Médico del Comité de Enlace.

Emersen. Oficial de la Casa Ácida.

Arkela Farreaux. Diplomática colonial.

Asamblea colmenera conjunta.

Cognoscente superior Felicidad. Científica parteni.

Doctor Frye. Médico del Comité de Enlace.

Gethiel. Hierograve del culto hegemónico.

Heremon. Tothiat a sueldo de Aklu.

Capitán Hossgarde. Al mando de la *Escritor de Hierro*.

Tokamak Jaine. Ingeniera.

Júnior. Piloto ogdru.

Jefa Laery. Superior de Havaer en la Oficina de Intervención.

Andecka Tal Mar. Intermediaria colonial.

Doctor Mirabilis. Médico del Comité de Enlace.

Havaer Mundy. Agente de la Oficina de Intervención.

Doctora Sang Sian Parsefer. Fundadora del Partenón.

Ejemplar Piedad. Comandante parteni.

Su Sabiduría el Portador Sathiel. Hierograve del culto hegemónico.

Doctor Haleon Shinandri. Científico disidente.

Randall Sleit. Nativista.

Staven. Piloto colonial.

Monitora Superior Tacto. Superiora de Splaz en el Aspirat.

«Santa Xavienne» Torino. Primera intermediaria.

Delegado Trine. Colmenero arqueólogo.

Cognoscente Tumba. Técnica parteni.

Demi Ulo. Intermediaria de la primera promoción.

Boyardo Piter Tchever Uskaro. Noble de Magda.

***Morzarin* Ravin Okosh Uskaro**. Noble de Magda, tío de Piter.

El Resplandeciente Utir, Profeta y Juez. Divino essiel.

Mundos

Arc Pallator. Planeta hegemónico.

Asur. Mundo colonial.

Berlenhof. Centro administrativo y cultural de las Colonias.

Cruz. Mundo industrial colmenero.

Estoc. Sistema colonial en el que se encuentran los astilleros de las naves arca.

Gran Imperial Litskwa. Mundo colonial menor.

Infierno de Criccieth. Planeta mortal.

Jericó. Planeta salvaje repleto de ruinas originarias.

Lassacar. Mundo colonial.

Lux Lejana. Planeta en el que los intermediarios terminaron la guerra.

Magda. Poderoso mundo colonial dominado por familias terratenientes.

Mundo de Scherm. Mundo colonial deshabitado.

Nuevo Kismayo. Mundo colonial minero de escasa importancia.

Oscit Niariken. Mundo hannilambra.

Profano. Mundo hegemónico.

Puerto Forthbridge. Donde Santa Xavienne consiguió entrar en contacto por primera vez con un Arquitecto.

Scintilla. Planeta famoso por sus facultades de Derecho y su código de duelos.

Sede de Registro. Sistema administrativo hegemónico.

Tierra. Mundo destruido por los Arquitectos.

Tulmac. Mundo colonial.

Upsandi. Mundo colonial.

Especies

Ash. El Heraldo, peculiar alienígena que llevó a la Tierra el aviso de la llegada de los Arquitectos.

Athamir. Especie con aspecto de hongo al servicio de los essiel.

Castigar. Especie alienígena con distintas castas y formas, originalmente con aspecto de gusanos.

Colmeneros. Inteligencias compuestas de insectos ciborg, creadas originalmente por los humanos pero ahora independientes.

Essiel. Los «divinos» señores de la Hegemonía.

Hannilambra (hanni). Alienígenas con forma de cangrejo, comerciantes entusiastas.

Naeromathi (langostas). Alienígenas nómadas que deconstruyen mundos para usar los materiales en la creación de sus «Arcas

Langosta».

Ogdru. Una especie de la Hegemonía que produce pilotos capaces de navegar por el vacío.

Originarios. Hipotética raza desaparecida largo tiempo atrás, responsable de los pasajes y de ciertas ruinas enigmáticas.

Tothiat. Híbrido del simbiótico tothir y de otra especie, con frecuencia humanos. Increíblemente resistente.

Tymeree. Especie de tamaño diminuto al servicio de los essiel.

Naves

Ángel Alecto. Nave de guerra parteni reconvertida como transporte.

Atún listado. Patrullera colonial.

Beagle. Vehículo científico colonial.

Ceres. Nave jardín parteni.

Cítara. Nave de guerra parteni.

Cosecha Rota. Buque insignia del cártel criminal del mismo nombre.

Dama Gris. Nave de guerra parteni.

Dios Buitre. Nave de rescate.

Escritor de Hierro. Nave de guerra colonial.

Espada Celestial Nave de guerra parteni, tanto la original que fue destruida en Berlenhof como su reemplazo, en servicio en la actualidad.

Filo de Cuchilla. Vehículo de castigo hegemónico (denominación no oficial).

Gorra Roja. Nave de guerra colonial.

Gran Brigitte. Nave de guerra colonial.

Gran Nicolás. Buque insignia personal de Ravin Uskaro.

Intrépida. Nave de guerra colonial.

Ishtar. Nave jardín parteni.

La Gloria Antes de la Noche Ha Llegado. Vehículo diplomático hegemónico.

La Hueste. Vehículo alienígena compuesto.

Leopardo. Nave de guerra colonial.

Llave rota. Yate diplomático colonial.

Medea. Nave de guerra parteni.

Medusa. Nave de guerra parteni.

Nave de Contraofensiva DKT26. Nave de guerra colonial.

Omnipotente Guadaña Matutina. Nave de guerra propiedad del cártel *Cosecha Rota*.

Orca. Nave colonial.

Raptórida. Yate privado del boyardo Piter Uskaro.

Reina de Aragón. Nave de guerra parteni.

Retarius. Nave de guerra colonial.

Skathi. Nave de guerra parteni.

Tábano. Nave auxiliar de la Casa Ácida.

Tormenta de Garelli. Nave de guerra colonial.

Valkiria Juiciosa. Nave de guerra parteni.

Cronología

107 Antes. Sondas enviadas por la Tierra a sistemas solares próximos atraen la atención de una nave alienígena. El primer contacto de la humanidad con extraterrestres se produce poco después. Una vez superada la repugnancia inicial hacia el aspecto de gusano de los castigar, los humanos empiezan a aprender acerca del nospacio, los pasajes y su entorno en el universo. Los propios castigar sólo llevaban viajando entre estrellas apenas un siglo, en el que acostumbraron a crear pequeñas factorías en muchos planetas, sin comprometerse con colonizaciones a gran escala. Las naves castigar llegan a acuerdos para transportar colonos terrestres a mundos habitables que habían descubierto. También dan a los humanos alguna información sobre los naeromathi y la Hegemonía.

91 Antes. La humanidad establece su primera colonia interestelar en Segundo Amanecer, un planeta con un denso ecosistema con vida similar a los hongos. Segundo Amanecer es un lugar plácido para los castigar pero demuestra ser duro para los humanos.

90 Antes. La humanidad establece una colonia en Berlenhof, un mundo cálido cubierto en un noventa por ciento por océanos. Prospera y es dominado por grandes compañías y familias acaudaladas.

88 Antes. Se establece una colonia en Lief, un mundo helado en un sistema con minerales valiosos en varios cinturones de asteroides. También se establece una colonia en ámbar, un mundo caliente con

un ecosistema cristalino, donde los humanos deben vivir en cúpulas refrigeradas.

75 Antes. Se establecen varias colonias menores en otros sistemas con ayuda de los castigar, sobre todo con propósitos industriales. La dependencia de los castigar para el transporte se convierte en un problema para la expansión de la humanidad. Los científicos alienígenas trabajan con los humanos para ayudarles a desarrollar sus propios motores gravitacionales.

72 Antes. La primera nave humana con motor gravitacional, la *Bala de Newton*, da comienzo a una era de mayor expansión.

61 Antes. En el mundo boscoso de Lycos, los humanos descubren sus primeras ruinas originarias.

45 Antes. Un arca naeromathi llega al sistema humano de Cordonier y empieza a desmantelar algunas de las lunas del planeta habitado. Los intentos de contacto no tienen éxito y terminan por producirse enfrentamientos. Nunca se produce una guerra naeromathi-humanidad como tal, porque no existe un estado naeromathi formal al que declararla. Sin embargo, se avistan otras naves arca y se producen combates, con pérdidas por ambas partes.

25 Antes. Primer contacto con la Hegemonía essiel como resultado de los viajes de naves humanas. No hay hostilidades, pero para los humanos la relación es frustrante porque no parece ser posible una comunicación satisfactoria. Los diplomáticos humanos intuyen que los essiel parecen ofrecer una especie de relación de servidumbre. Sin embargo, les confunde que no parezca acompañarse de una amenaza. En retrospectiva, se deduce que transmitieron avisos implícitos sobre los Arquitectos, pero no de forma manifiesta. En las siguientes décadas, los emisarios humanos comprenden que la Hegemonía parece valorar las ruinas originarias, pero no las reliquias de esa especie fuera de los planetas donde se encontraron. Como resultado, varios mundos con ruinas originarias son vendidos a la Hegemonía.

22 Antes. En respuesta a las condiciones en la Tierra, y a lo que

consideraba como profundas debilidades de la naturaleza humana, la doctora Sang Sian Parsefer y sus aliadas fundan el Partenón. Diseñan genéticamente la que consideran como una versión ideal de la humanidad. El Partenón se funda como una fuerza militar y usa la crianza en cubas partenogenéticas como medio para crear seres humanos de forma artificial. Eso permite un desarrollo más rápido que los medios naturales. El Partenón amplía los límites de la ciencia humana y es percibido como una amenaza por el resto de la humanidad.

5 Antes. Una nave castigar trae a la Tierra al alienígena Ash, que avisa de la llegada de los Arquitectos. Pocos le toman en serio; los propios castigar nunca han encontrado Arquitectos. Pero algunas naciones y grupos hacen preparativos, de carácter limitado.

0. Un Arquitecto mayor que la Luna sale del nospacio cerca de la Tierra. Da una nueva forma al planeta, convirtiéndolo en una estructura extraña, enroscada, una imagen que se volverá familiar. Como consecuencia, desaparece toda vida del planeta y se pierde el corazón de la especie humana. Todas las naves disponibles evacúan tanta gente como pueden, pero quedan atrás miles de millones de personas. Las naves se dirigen a distintos mundos coloniales. Algunas consiguen llegar, otras sucumben por la insuficiente preparación para esos viajes. Comienza la poliáspora y la guerra contra los Arquitectos.

15 Después. La mayor colonia humana en el sistema solar, Titán, es deconstruida por los Arquitectos hacia el año 7. En los años siguientes, varias colonias extrasolares son igualmente aniquiladas. Todas las colonias humanas se encuentran en máxima alerta, con medidas dispuestas para la evacuación inmediata. Muchas colonias sufren escasez de alimentos o suministros. Los intentos de combatir a los Arquitectos no parecen ni siquiera captar su atención.

21 Después. La pequeña colonia religiosa de Encanto Prime establece comunicación con enviados de la Hegemonía y se convierte en la primera célula humana del culto hegemónico. A cambio, la Hegemonía establece un santuario, y la secta humana que les rinde culto afirma que la Hegemonía puede protegerles de

los Arquitectos. La mayoría de las demás colonias no les creen, y algunos aseguran incluso que la Hegemonía controla o puede dirigir a los Arquitectos para asustar a la humanidad y que acepte a esos amos alienígenas. En las siguientes décadas no son muchos los grupos humanos que se someten al dominio hegemónico.

28 Después. Los experimentos en inteligencia distribuida autónoma, concebida en su origen como una herramienta para la obtención de recursos, se centran en el esfuerzo bélico. La primera entidad colmenera que se desarrolla se suma al arsenal humano.

43 Después. En medio de la guerra se produce el primer contacto entre humanos y hannilambras, cuando naves hanni escapan por poco de la respuesta hostil al aproximarse al Mundo de Clerk. A partir de ahí los hanni mantendrán ocasionales convoyes de suministros, por un precio, a las colonias humanas. También transportarán a humanos fuera de las colonias amenazadas.

48 Después. Arquitectos llegados a Lycos dejan la colonia intacta. Por ésta y otras pistas queda claro que los Arquitectos tienen algún tipo de relación con los restos y reliquias originarias. Se descubre que el santuario de Encanto Prime contiene reliquias originarias y fracasa un intento de usarlas para repeler a los Arquitectos en otras colonias, llevando a ellas materiales originarios. Después de la destrucción de Comuna Karis, cuyos habitantes confiaron en reliquias traídas de Encanto Prime, la Hegemonía consigue hacer entender un mensaje terrible: sólo ellos pueden transportar reliquias de forma que retengan sus propiedades contra los Arquitectos. A partir de ese momento y hasta el final de la guerra, distintas colonias humanas aceptarán someterse a la Hegemonía para conseguir esa protección.

51 Después. Los Arquitectos llegan a Amraji, una gran colonia humana-castigar repleta de refugiados. Una considerable fuerza militar humana se encuentra en el lugar, a causa de la llegada y los destrozos de un arca naeromathi. El Partenón, los colmeneros y las fuerzas humanas regulares atacan al Arquitecto para dar tiempo a la evacuación. Los naeromathi se unen a la batalla del lado humano. El esfuerzo combinado consigue que la mitad de la población del

planeta escape. Sin embargo, también resultan destruidas la mayoría de las fuerzas desplegadas, incluyendo el arca. La «paz de Amraji» no es un acuerdo formal con los naeromathi, de la misma manera que las hostilidades tampoco fueron una guerra como tal. Pero en adelante los combates entre naeromathi y humanos se reducirán al mínimo.

Durante estos años, en la cumbre de la guerra con los Arquitectos, la humanidad sobrevive a duras penas bajo la sombra constante de la aniquilación. Todo el mundo tiene una bolsa de emergencia e información de adonde ir en caso de que ocurra lo peor. La especie al completo sufre un shock traumático multigeneracional.

68 Después. Después. Un transporte de refugiados, el *Monumento*, llega a Puerto Forthbridge a la vez que un Arquitecto. A bordo viaja Xavienne Torino, de quince años, que asegura que puede escuchar los pensamientos de los Arquitectos. A través de un proceso totalmente misterioso entonces, Xavienne es capaz de pedir al Arquitecto que se vaya del sistema. Y para sorpresa de todos, lo hace.

76 Después. Los científicos humanos trabajan con Xavienne Torino para aislar la casualidad genética y neurológica precisa que le permitió interactuar con Arquitectos a través del nospacio. Para el 76 ya se ha desarrollado la primera generación de intermediarios artificiales. De los voluntarios que se consideran adecuados, menos de un diez por ciento sobrevive al proceso y se mantiene cuerdo. Idris, entre ellos, tiene veinte años cuando termina el programa.

78 Después. Batalla de Berlenhof. El mundo humano más rico y poblado detecta la proximidad de un Arquitecto y las fuerzas militares se disponen a intervenir. La armada parteni al completo, varias celosías colmeneras, las fuerzas humanas regulares y distintos aliados alienígenas luchan para proteger el planeta. Los defensores pagan un coste colosal, pero las armas parteni de primera fila consiguen dañar al Arquitecto. El uso de los intermediarios también parece ser efectivo. Sin embargo, de los ocho inters desplegados, tres mueren y otros dos enloquecen en el intento de entrar en

contacto con el Arquitecto. En cualquier caso, Berlenhof se salva.

En los seis años siguientes, los Arquitectos destruyen otras dos colonias humanas. En ambos casos, los animosos defensores sólo consiguen ganar algo de tiempo para que se prolongue la evacuación.

80 Después. El Programa de Intermediarios alcanza su mayor fortaleza con treinta inters de combate. Su entrenamiento se basa en las lecciones aprendidas en Berlenhof. Se dirigen a encontrarse con los Arquitectos en cuanto se les detecta y buscan hacer contacto para que las criaturas adviertan su existencia. Sus intentos consiguen avances progresivos.

84 Después. Los éxitos de los intermediarios culminan con Idris y otros dos estableciendo pleno contacto con un Arquitecto en Lux Lejana. Informan de que el enemigo fue en esa ocasión consciente de su existencia por un momento. Después de este resultado, no hay más avistamientos de Arquitectos.

Mientras la gente se da cuenta de que la guerra ha terminado al fin, tres generaciones después de su comienzo, la sociedad y la economía humanas se encuentran en un estado ruinoso. La población está desesperada, las Colonias no tienen recursos suficientes y están superpobladas. No hay ninguna unidad política real y las fricciones se repiten entre las Colonias necesitadas y sus vecinos alienígenas. El creciente descontento parece que terminará con la fragmentación de la poliáspora en docenas de estados enfrentados.

88 Después. Se forma el Consejo de Intereses Humanos o «Hum» cuando varias colonias humanas se reúnen para prevenir guerras intestinas y regular sus relaciones. El grupo fundador no incluye a muchas colonias pequeñas. También excluye a comunidades expatriadas dentro de colonias alienígenas, que tendrán voz más adelante. Sin embargo, sí que están presentes tanto el Partenón como colonias humanas que han jurado sumisión a la Hegemonía.

96 Después. Los colmeneros, la inteligencia cibernética

desarrollada durante la guerra, siguen bajo control humano, pero algunos elementos de su inteligencia distribuida piden la independencia y la autodeterminación. Hay represiones humanas brutales contra células colmeneras que se niegan a cumplir sus funciones. Los colmeneros citan su servicio durante la guerra como argumento para que se les conceda la independencia.

103 Después. Los mundos humanos adheridos a la Hegemonía hacen campañas de proselitismo, e incluso llevan a cabo actos terroristas. A raíz de ello, el Hum vota excluir de sus filas a las colonias humanas que han jurado sumisión a la Hegemonía. Se extiende el temor de que el resultado sea una guerra con los essiel, pero no se produce. La política de la Hegemonía, según trasladan sus portavoces humanos, sigue siendo la de que están dispuestos a aceptar la sumisión de quien se les quiera unir.

105 Después. El debate político sobre el futuro de los colmeneros llega a su fin cuando el Partenón demanda que se les libere del control humano. La decisión de permitir la independencia, forzada por la superioridad militar parteni, es polémica. Los colmeneros son liberados de los servicios que realizaran y no tardan en trasladarse a mundos fuera del control humano, en los que la colonización resulte imposible. Los primeros contactos de los colmeneros con sus antiguos amos son casi siempre a través del Partenón. Con el tiempo, algunos colmeneros volverán al espacio humano para ofrecer sus servicios profesionales.

107 Después. Más de veinte años después de la guerra aparecen las primeras señales del movimiento nativista. Se manifiestan en una creciente hostilidad hacia las potencias alienígenas, en particular contra la Hegemonía. También muestran su antagonismo hacia elementos humanos que consideran desviados del modo de vida «tradicional», sobre todo el Partenón. En ese momento el Hum sólo existe desde hace diecinueve años, y muchas colonias humanas siguen en dificultades. Muchos humanos nacidos de forma tradicional creen que el Partenón intenta imponer su forma de vida «antinatural» al resto de la humanidad a punta de pistola. Otros temen que los colmeneros se venguen por su servidumbre anterior. Otra creencia nativista popular es que los sectarios hegemónicos —

tanto los que lo son públicamente como los que lo esconden— forman una quinta columna en muchos mundos con el objetivo de manipular a los gobiernos para conseguir el sometimiento a sus señores alienígenas. Hay disturbios, manifestaciones, golpes y distintos movimientos populares.

109 Después. El movimiento de los Traicionados empieza a ganar adeptos. Difunden la historia de que los Arquitectos podrían haber sido totalmente derrotados si no hubiera sido porque ciertos partidos habrían aceptado limitar la expansión humana para su propio beneficio. Incluyen entre esos «traidores» a los intermediarios, al Partenón y especies alienígenas. Los Traicionados alimentan el odio contra el Partenón y la Hegemonía y llevan a cabo acciones terroristas contra ciudadanas del Partenón.

110 Después. El Partenón se separa oficialmente del Hum, declarando a su flota como un estado al margen del gobierno humano tradicional. Se teme que se llegue a una guerra, pero no se produce y se mantienen las relaciones diplomáticas. La situación resulta menos frágil que durante los últimos años de la presencia del Partenón en el Hum.

En la siguiente década, la vida colonial mejora lentamente, pero la división política se va agrandando. La capacidad del Hum de influir en las colonias en recuperación disminuye a medida que facciones más extremistas y populistas se hacen con el poder. Las colonias de mayor tamaño y poder forman un núcleo relativamente egoísta. En los límites del espacio humano, hay una rica mezcla de humanos y alienígenas que investigan, colonizan y exploran.

123 Después. Los Arquitectos vuelven, destruyen Lux Lejana y llegan luego hasta Berlenhof. Durante la segunda batalla de Berlenhof, Idris Telemmier consigue comunicarse con un Arquitecto y lo aleja. Telemmier deserta inmediatamente después al Partenón, algo que es visto con rechazo por todas las Colonias.

124 Después. Con la ayuda de Telemmier, el Partenón desarrolla su propia promoción de intermediarias. Las tensiones entre el Partenón, las Colonias y la Hegemonía desembocan en los sucesos de Arc Pallator, un mundo después destruido por los Arquitectos. La

guerra entre el Partenón y las Colonias termina por desencadenarse después de un ataque llevado a cabo aparentemente por fuerzas coloniales contra la nave jardín *Ceres*. Sin embargo, se negocia un frágil acuerdo de paz cuando esta provocación se le atribuye a una facción colonial que quiere empujar a que el Partenón y las Colonias se destruyan mutuamente, de forma que puedan impulsar sus propios planes de abandonar a la humanidad en una flota de arcas. Un cártel compuesto de coloniales, parteni y grupos no humanos toma el astillero de las arcas y lo convierte en cuartel general para su propio proyecto contra los Arquitectos.

125 Después. El presente.



ADRIAN TCHAIKOVSKY nació en Woodhall Spa, Lincolnshire. Estudió psicología y zoología en la universidad de Reading. Por razones que no estaban claras incluso para él mismo, posteriormente terminó leyes y trabajó como ejecutivo legal tanto en Reading como en Leeds, donde ahora vive. Casado, es un entusiasta de los juegos de rol en vivo y actor aficionado ocasional, se ha entrenado en peleas de escenario y no tiene mascotas exóticas o peligrosas de ningún tipo, posiblemente con la excepción de su hijo. Es el autor de la serie Shadows of the Apt, aclamada por la crítica, y su novela independiente, *Children of Time*, es la ganadora del Premio Arthur C. Clarke en su 30º aniversario a la mejor novela de ciencia ficción.